

GEORGES RIGAULT

HISTORIA GENERAL
DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS
DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

TOMO VII

EL FIN DEL SIGLO XIX



Trabajos y luchas de los Lasalianos en Francia



GEORGES RIGAULT

HISTORIA GENERAL DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

TOMO VII

EL FIN DEL SIGLO XIX

***TRABAJO Y LUCHAS DE LOS LASALIANOS
EN FRANCIA***

París — 1949

* * *

Traducción: José Martínez Ramos

Edición digital — 2023

 **creative
commons**



Notas sobre esta edición digital

La **Historia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristinas** de Georges Rigault, publicada entre 1937 (Tomo I) y 1953 (Tomo IX), nunca antes había sido publicada en castellano.

El H. José nos ha hecho llegar generosamente la traducción de la obra completa, los 9 tomos que la componen. Es un trabajo realizado durante su trabajo como traductor oficial del Instituto en la Casa Generalicia de Roma, donde prestó sus servicios durante muchos años.

Esta edición

Hay que considerar esta edición como “privada” ya que no cuenta con el reconocimiento “oficial” de la Institución La Salle. Se trata de la contribución desinteresada de algunos Hermanos, todos ellos pertenecientes al “*Frente de Liberación Comunitaria Hermano Matías*” y de su interés por acercarse a la labor de Juan Bautista de La Salle y su obra y a la historia y vida del Instituto. Esperamos que sea del interés de cuantas personas, pertenecientes o no a la familia lasaliana, se acerquen a la lectura de esta singular obra.

Elementos de la edición

Esta traducción se corresponde con la publicación de la *Historia General*, sin “revisar”. Nos explicamos. Es importante reseñar que se han dejado las referencias a las obras de San Juan Bautista de La Salle tal y como las publicó Georges Rigault. En la actualidad ya ha sido fijado el texto de las ***Obras Completas de Juan Bautista de La Salle*** (primero en francés y luego en castellano y otros idiomas) y, en concreto, la manera correcta de citarlas, cosa que no había sucedido todavía cuando Rigault escribió su texto. Recordamos al lector/a que lo tenga en cuenta a la hora de recurrir a esas obras de referencia.

En este mismo sentido hay que recordar que después de la edición original de esta *Historia del Instituto*, los estudios históricos y documentales, han sido muy numerosos. Esto es muy importante tenerlo en cuenta, sobre todo, respecto al primer tomo. La documentación manejada por Rigault, fue limitada si se compara con la que está disponible en la actualidad. Aunque hay que decir que biógrafos de Juan Batista de La Salle, posteriores a Rigault, siempre han tenido en cuenta su aportación como una fuente histórica documentada y rigurosa.

Hemos hecho un cambio en cuanto a la presentación de las notas.

Las notas, en el texto original van a pie de página y en cada una de las páginas, las notas comienzan la numeración. En esta edición la numeración va seguida hasta el final del tomo. En el texto, las notas aparecen entre paréntesis (y no como superíndice) y el contenido de la nota va al final del tomo. Casi todos los lectores de eBooks tienen la opción de volver al texto una vez leída la nota.

Respecto a las notas de este texto que hacen referencia a capítulos o notas del mismo, hemos dejado la referencia tal cual (capítulo y página). Ya que el texto, en formato digital, no está dividido en páginas, será necesario recurrir a los buscadores

que ofrecen los programas de lectura de textos ePUB, MOBI y PDF. Esperamos que no suponga mucho inconveniente.

Gracias por tu interés

Acercarse a estos tomos, que se tienen como referencia en lo que se refiere a las etapas y concreciones de la historia de los Hermanos de La Salle, esperamos que sea una experiencia interesante. Queremos agradecer el interés de los hablantes hispanos por confiar en que esta edición. Esperamos que la larga espera esté llena de satisfacciones. Y más allá del hecho de ser un texto icónico, sea, así mismo, un acercamiento fraterno a la obra y la vida, con sus luces y sus sombras, de muchas generaciones de Hermanos.

Introducción

Los años que intentaremos revivir en estas páginas de historia del Instituto en Francia aparecen, a primera vista, como años ingratos. Ni el lirismo ni la epopeya encontrarían en ellos temas. Dentro de las fronteras de la República —aunque no en los amplios espacios donde colonizadores y misioneros toman su impulso— las existencias parecen encogerse, perder sus colores. La humillación de 1870-1871 sigue sensible en las almas; muchos no buscan distraerse más que preocupándose por enriquecerse, o mediante el diletantismo de la mente y del corazón. Las verdades de la fe son olvidadas, menospreciadas, contestadas, odiadas. Se pretende edificar una moral independiente del dogma; y no se consiguen más que ruinas. La política interior, que inspira ese agnosticismo, carece especialmente de grandeza: persecutoria, emplea medios subrepticios, procedimientos mezquinos; sofoca lenta y solapadamente a sus víctimas.

Si las tragedia sombrías, los deslumbrantes triunfos llaman la atención, si la Revolución Francesa, el reino de Napoleón I, el siglo de Luis XIV, el Imperio Romano en tiempos de Augusto o bajo la tiranía de Nerón conservan siempre la oportunidad de suscitar el interés apasionado del lector, dudamos que suceda lo mismo con la tercera República. No fue una “belle époque”; fue un “periodo” mediocre, sombrío, sin notable relieve, durante el cual un deslizamiento continuo encamina a los hombres hacia las catástrofes.

Pero tememos emitir juicios temerarios. De lejos, no percibimos más que el espíritu borreguil de la muchedumbre, guiada por malos pastores. Conviene aguzar nuestras miradas. Dios no abandona a sus criaturas. La cizaña se mezcla con el grano bueno: no obstante, el trigo no se marchita bajo los cardos. Jamás, en este mundo terrestre, él subsiste solo. Incluso, cuanto más se manifiesta su fuerza, tanto más se acrecienta la vitalidad del bien. Las enérgicas y nobles personalidades dibujan sus perfiles sobre el fondo gris; los acompaña una élite, que la ojeada, demasiado rápida, no había distinguido: quizás en días de tristeza y de opresión, ha retrocedido a los segundos planos. Acerquémonos: recuperará su verdadera importancia. Ya no nos la imaginaremos disminuida, debilitada, reducida a vagas sombras. Constataremos que está preparando su renacimiento.

Entonces no pasaremos distraídos, aburridos. Las miserias de la humanidad merecerían, en todo caso, una inteligente compasión. Su estudio las revela menos desesperantes de cuanto nuestra ligereza lo hacía suponer. Hay que descubrir el fuego bajo la ceniza.

Es algo muy distinto de un pabilo humeante: un fuego ardiente, inextinguible, y que se propaga. ¿Cómo no reconocer su permanencia cuando se cree en el Evangelio? “He venido para encender un fuego en la tierra”, declara Nuestro Señor y manifiesta con cuanta premura ha querido hacer brotar la llama [1]. La sigue manteniendo siempre...

Sus discípulos no ignoran el trabajo que el Maestro reclama. La consigna no cesa de transmitirse. A cada generación le queda suficiente generosa obediencia para

1 Luc. XII, 49.

ejecutarla. Repasando los anales de una grande y ferviente Congregación, estamos seguros de verla luchar contra el desaliento, la relajación, la tibieza. Si después de sus avances rápidos, luminosos, gloriosos, bajo la guía del Hermano Philippe, se le presentan caminos difíciles, si debe atravesar desfiladeros donde la acechan sus enemigos, el seguirla por tales sendas no nos causará desilusiones.

El Instituto lasaliano durante tres décadas de la República Francesa —esos son los límites en los que se concentra nuestra tarea—. Un generalato muy corto, que en cierto modo es como un anexo, a las glorias y realizaciones del “reino” precedente; luego, al acentuarse las oposiciones de los medios políticos, cuando comienza la persecución y se desarrolla siguiendo un plan sistemático, una sucesión de Jefes, dispuestos al sufrimiento y al combate; fecundos trabajos, en condiciones difíciles; elevadas virtudes, religiosas, profesionales, cívicas, en una colectividad más que nunca fiel a sus orígenes, preciosa para la Iglesia, útil a los pueblos. Y, después de una eficaz contribución a la salvación de las almas, a la cultura de las inteligencias, a la disciplina de las costumbres, a la paz social, el golpe mortal... Unos sectarios que se ensañan en destruir la obra de la que se ha beneficiado toda la nación; la ingratitud y el odio; o platónicos homenajes, alabanzas irrisorias, o acaso hipócritas, hacia aquellos a quienes se va a obligar a la dispersión. Finalmente, en medio del desastre, la voluntad de sobrevivir, la confianza sobrenatural, el germen dotado de una promesa de resurrección.

Amplio cuadro... Para igualarlo a las edades anteriores, se necesitaría el pincel de un Chateaubriand en sus análisis de la historia de Francia. Nosotros, por nuestra parte, no seríamos capaces de llevarlo a cabo. Además, demasiado cerca de los acontecimientos que se han ido desarrollando, en sus dos terceras partes, durante nuestra niñez y nuestra adolescencia, correríamos el riesgo de falsear algunas perspectivas: involuntariamente, ciertos rasgos podrán ser exagerados, otros atenuados. La interpretación de hechos apenas entrados en la historia es a veces aventurada. ¡Cuántos riesgos de error para el psicólogo, cuando pretende analizar a sus contemporáneos!

Al menos nos esforzaremos por lograr la imparcialidad, la serenidad. Entre el final del siglo XIX y nuestro tiempo, se ha producido un abismo: dos terribles guerras, incontables ruinas, masacres inauditas, una total conmoción de la humanidad, he ahí con qué crear el retroceso indispensables para las visiones de conjunto... Desenredamos las causas cuyos efectos nos abruman. Pero también, ¡cuántas divergencias, rivalidades, querellas, se reducen a las proporciones de molestos malentendidos! Las antipatías y los rencores se amortiguan, se desvanecen. En cambio, los afectos verdaderos atraviesan las fosas más profundas: aglutinan sus capacidades para alcanzar los objetos de su fidelidad.

El corazón nunca callará. ¿Por qué dudaría en expresar su agradecimiento, sus admiraciones, sus veneraciones? El sentimiento no es proscrito de la historia cuando conserva el valor de un leal testimonio. E igualmente, la afirmación de una creencia, lejos de hacer sospechoso un relato apoyado por pruebas, muestra al narrador en comunión con sus héroes, dispuesto a comprenderlos, capaz de explicar sus motivaciones y sus actitudes.

Para resaltar los principales rostros, para poner orden en la abundancia de los detalles, no adoptaremos un marco estrictamente cronológico. El tema se presta

poco: pide ser tratado en grandes bloques, iluminado en todas sus facetas, y en primer lugar por una luz en cierto modo “interior”. El primer proceso que se impone, es el exacto conocimiento del medio, mediante un estudio de los caracteres y los principios, con una investigación de las conciencias. Al mismo tiempo, hay que examinar los engranajes.

Bajo el título *La organización lasaliana*, intentaremos proporcionar precisiones relativas al gobierno del Instituto, a sus Superiores, sus Capítulos Generales, sus Reglas, la vida religiosa y la preparación profesional de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, desde el fallecimiento del Hermano Philippe hasta la votación de la ley de 1904.

Entonces podremos presentar *La Congregación en relación con la República*. Y, entonces, trataremos de la historia de las laicizaciones, el análisis de las leyes sobre la enseñanza, de las medidas fiscales y administrativas, de la supresión de las exenciones militares, el paso a través del arsenal paciente y metódicamente urdido por la Francmasonería para hacer fracasar al catolicismo, para excluirlo, si fuera posible, del destino nacional. Veremos así el fin de las escuelas cristianas que dependían de los municipios y de la Universidad.

Pero inmediatamente se presentará el magnífico edificio: *La Obra de los Hermanos en Francia antes de 1904*; escuelas libres, pensionados, instituciones técnicas, círculos, asociaciones recreativas, casas de familia, asociaciones de amigos, asociaciones piadosas, organizaciones múltiples, creadas en el momento oportuno, según las necesidades de la enseñanza, de la religión, de la ciencia aplicada a los trabajos cotidianos, y en la línea del progreso material, espiritual, individual y social.

En los albores del siglo XX, los hijos de Juan Bautista de La Salle se cuentan a millares en la patria de su Fundador. Y sus alumnos son, en ese mismo territorio, varias centenas de miles. La exposición universal de 1900 sitúa en primer plano las realizaciones pedagógicas del Instituto. No existen jueces en materia de educación que puedan negar la competencia y la influencia de los Hermanos. Pero precisamente los éxitos obtenidos se van a convertir en el verdadero, el fundamental motivo de agresión de sus adversarios. Una pseudo filosofía y una política partidaria lo recubrirán con diversos pretextos. Se acusará a los maestros religiosos de ser los enemigos del Estado y los deformadores de las mentes. La perfidia diabólica se dedicará a tramar con todas esas piezas el más espantoso escándalo: preludio (que además termina antes de tiempo) a la campaña de prensa contra los religiosos, en los recintos parlamentarios. Y, el 7 de julio de 1904, será pronunciada, por los representantes oficiales de Francia, la inicua condena, que prohíbe a los lasalianos la enseñanza y retira a su sociedad la existencia legal.

Ahora bien, *la gran prueba de los hijos* habrá seguido de cerca *la glorificación del Padre*. Coincidencia en el plano histórico; correlación evidente a los ojos del cristiano que medita sobre los designios de Dios. El Tabor y el Calvario son inseparables; el sufrimiento, es, en este mundo, el precio de los triunfos. Esta ley misteriosa se verifica particularmente en la vida del Sr. de La Salle; después de él, sus discípulos deben someterse a ella. 19 de febrero de 1888, 24 de mayo de 1900: tales son las fechas de beatificación y de canonización del Sacerdote-Educador. Cada una de ellas, con doce años de intervalo, da lugar a una serie de fiestas espléndidas. El Hermano Joseph, Superior General que preside la primera de dichas

manifestaciones, conocerá tiempos dolorosos, heridas en pleno corazón; el Hermano Gabriel-Marie, colocado al frente de la Congregación a partir de 1897, verá cerrarse los establecimientos de los distritos franceses, entre el octavo y el décimo séptimo y último año de su generalato; organizará los éxodos, él mismo tendrá que alejarse de la Casa de la calle Oudinot, centro semisecular de su Instituto, para refugiarse en Bélgica.

Nos despediremos de él hasta nueva orden, en el momento de su salida de Francia. Por supuesto, ese acontecimiento marca el final del presente volumen. El siglo XIX se acaba, en efecto, para nuestros relatos, en el momento en que, aparentemente, ya no queda nada que decir sobre los *trabajos y luchas de los Lasalianos* en el suelo natal de su Sociedad. El siglo XX, al cual, a menudo, no se le atribuye un comienzo auténtico, una realidad distintiva, hasta la apertura del drama de 1914, escapará, quizás, a nuestras investigaciones. Ningún hombre, llegado al umbral de su vejez, podría jactarse de un largo porvenir y, menos aún, de un renovado vigor. Desearíamos únicamente, si Dios quiere, atrevernos a escribir uno o dos volúmenes que nos parecen complemento indispensable a este VII tomo y que formarían la continuación directa del tomo VI: estudio o, más exactamente, amplia síntesis del apostolado de los Hermanos en Europa, América, Asia y África, antes de la definitiva “expansión mundial” de nuestra época. También aquí, la fecha de 1904 señalará un giro de la situación. Pero luego la carrera, en lugar de esconderse bajo tierra, se hace tan amplia, se extiende tan lejos, como en una polvareda, en una irradiación tal, que numerosos y sólidos equipos tendrán que dividirse la tarea de investigación.

Ésta, aunque pesada, no superaba las fuerzas de un hombre en la puesta a punto de las páginas que van a seguir. Las bases de nuestra documentación seguían siendo más o menos las mismas que en los días en que abordábamos “la era del Hermano Philippe”. Archivos de la Casa Generalicia en Roma; archivos de un cierto número de distritos franceses, principalmente Béziers, Besançon, Burdeos, Cambrai-Lille, Clermont-Ferrand, Le Puy, Quimper, Rodez [1], Saint-Omer, Toulouse; luego, en el primer lugar entre la masa de los impresos, las circulares de los Superiores Generales, con las actas de las sesiones de los Capítulos; las noticias necrológicas, escritas a partir de 1885 (y hasta 1922) por el Hermano Idelphus, un estilista que les da una fisonomía nueva. Sería conveniente añadir a esos interesantes —y a veces muy abundantes— *mementos*, las biografías publicadas por la Procuraduría General o por diversos editores. El más fecundo y el mejor de los biógrafos que gozaba antiguamente de la confianza de los Superiores se llamaba el Hermano Paul-Joseph: psicólogo, filósofo y místico, supo destacar las almas de los Hermanos Exupérien, Arnould, Aidan, Gabriel-de-la-Croix. Maestro en pedagogía —como lo demuestran algunos “manuales” provenientes de su pluma— dedicó una excelente obra al Hermano Auguste-Hubert, director del pensionado de Passy. No pasaremos por alto sus preciosas aportaciones [2]. Algunas otras las encontraremos en las

1 El carísimo Hermano Ildefonse-Gabriel, archivero del distrito de Rodez, falleció el 26 de febrero de 1947. Queremos rendirle un homenaje de amistad afligida y agradecida a ese buen trabajador que no nos escatimo ni los servicios ni los consejos. Durante veinte años, se dedicó a la clasificación de los dossiers; sus pacientes investigaciones, continuadas a pesar del debilitamiento de su vista, le valieron felices hallazgos. Sigue siendo un modelo para sus cohermanos en trabajos de erudición, así como también en abnegación religiosa.

2 El Hermano Paul-Joseph fue también el redactor del *Essai sur la Maison Mère* (1905) que ya hemos utilizado y que volveremos a utilizar. En 1914, se hizo cargo de la composición del *Bulletin des Écoles*

páginas atrayentes, sabrosas, del llorado Hermano Charles-Marie, que, bajo el pseudónimo de I. de Cicé, ha servido, como buen bretón, como Lasaliano muy fiel, a la causa de la Iglesia, del Instituto, de la juventud cristiana. Finalmente, entre los vivos, nos permitiremos citar, con agradecimiento, al Hermano Albert-Valentin y al Hermano Arthème-Léonce, narradores y retratistas de talento.

Al margen de estos trabajos de largo alcance, no es superfluo ojear las colecciones de efemérides que presentan, para uso de los alumnos, antiguos alumnos, profesores, los orígenes y las vicisitudes de los centros escolares: “Ecos” de los pensionados; boletines de las asociaciones de antiguos alumnos, “recuerdos” de “jubileos” individuales, de cincuentenarios o de centenarios de fundaciones. No se trata, seguramente, de recoger los florilegios retóricos, de reunir las “perlas” de dudoso oriente y las lentejuelas de muy humilde metal. Sino, que se puede descubrir entre todo ello algunas porciones de oro.

En el mismo rango colocamos las monografías locales: *L'Histoire des Frères des Écoles chrétiennes à Sedan*, de Henry Rouy, (1892), *Les Frères à Espalion*, de Lagarrigue (1906), *Les Écoles des Frères à Nîmes*, de F. Durand (1907), *Les Frères à Alais*, por el Hermano Théodat-Germain (1908), *Le Pensionat Saint-Pierre de Dreux*, obra de Louis Leter [1] (1914), *Les Frères à Cambrai*, por Dailliez (1923), *Le Pensionat Saint-Martin de Tours*, por Albert Brault (1930), la escuela de *Bellefonds* de Ruán, en las páginas del Padre Reneault (1935), *Les Frères et ses successeurs à Caillac*, notas de “un antiguo alumno” (Alphonse Journés) [2], *Les Frères en Savoie*, estudio exhaustivo del Padre Bernard Secret (1944). No pretendemos proporcionar una lista sin lagunas: en la mayoría de nuestras provincias, los amigos de la Congregación lasaliana, los especialistas de la pedagogía han considerado un honor subrayar los resultados conquistados por los maestros del cuello blanco. Y algunas obras han quedado manuscritas: como la de Anraud Le Méhauté sobre *L'École des Frères à Saint-Brieuc* [3].

Ha sido también necesario examinar cifras, nombres, hechos, en publicaciones de tipo más general, donde los discípulos de san Juan Bautista de La Salle encuentran su debido lugar: por ejemplo en el volumen de Eugène Rendu titulado: *Sept ans de guerre; l'enseignement primaire libre à Paris* (1880-1886); en el artículo del P. Lesêtre, párroco de Saint-Étienne du Mont: *Le bilan des Écoles chrétiennes* (Revista del Clero francés, número del 15 de marzo de 1897); en la encuesta de Max Turmann sobre *Les Patronages* (1899); en los trabajos e informes elaborados con ocasión de la Exposición de 1900, *L'Église et les Oeuvres sociales*, de Étienne Védie, *L'Enseignement industriel et commercial dans les institutions libres catholiques*, de Émile Cail.

chrétiennes, que han dirigido después de él, desde 1921 a 1940, los Hermanos Rolland-Bénigne y Frédebert-Marie. Continuaremos tomando prestadas informaciones de los artículos históricos de esa colección.

1 Hermano Albert-Valentin.

2 Hermano Ildéfonse-Gabriel.

3 Conservada en los archivos del distrito de Quimper.

Religión, educación, apostolado, tales son los temas dominantes, que retenemos, de los libros de Paul Blanchemain sobre Louis Gossin (1880) y sobre Paul Lerolle (1925), de Mons. Baunard sobre Philibert Vrau (1907). La política pasa a un primer plano en los “catorce años” de luchas parlamentarias del Sr. de Gailhard-Bancel (1901-1914). Y tenemos que acudir a él para leer las actas de las sesiones de la Cámara y del Senado, los textos legislativos, y el famoso informe del diputado Fernand Rabier, con prefacio de Henri Brisson.

Para ese panfleto, con un veneno más irritante que peligroso, poseemos el mejor antídoto en la “declaración del Hermano Justinus, secretario general del Instituto, durante la encuesta sobre la enseñanza secundaria”, encuesta oficial llevada a cabo en 1899 bajo los auspicios de Alexandre Ribot. Pero, con el fin de evitar —en la forma que sea— toda sospecha de parcialidad, escribiremos entre el números de los autores que no es inútil escuchar a Alexis Léaud y Émile Gay que dieron en 1934, dos interesantes volúmenes sobre *L'École primaire en France*, y un escritor de Burdeos, A. Donis, que escribía, en 1913, *L'Histoire de l'enseignement primaire public* en la capital de la Guyenne. Concebidas con un espíritu muy diferente, las páginas de Milès: *Banqueroute des maîtres chrétiens au dix-neuvième siècle, ses causes, ses remèdes*, (1904), no dejan de ser una acusación: es importante pues meditarlas.

Las de Georges Goyau sobre *L'École d'aujourd'hui* (1899 y 1906) presentan algunas consideraciones siempre sensatas. Y entre las obras de conjunto, se pueden consultar con fruto *L'Histoire de France contemporaine*, de Lavissee (tomo VIII; *L'Évolution de la Troisième République*, por Seignobos), *L'Histoire générale de l'Église*, por Fernand Mourret (tomo IX, l'Église contemporaine, 1878-1903), *L'Église de France sous la troisième République* (tomos II, III, y IV), del R. P. Lecanuet, *L'Histoire politique des Congrégations françaises, 1790-1914*, del P. Raimbault, *Le Prêtre français et la société contemporaine* (tomo II, « Vers la séparation de l'Église et de l'État », obra muy sugestiva de J. Brugerette.

Nosotros añadimos una piedra a las construcciones de nuestros predecesores. El edificio no se acabará sin el trabajo de los futuros historiadores.

PRIMERA PARTE

LA ORGANIZACIÓN LASALIANA

CAPÍTULO PRIMERO

EL GOBIERNO DEL INSTITUTO

La Casa Madre de la calle Oudinot. — Los Capítulos Generales; sus atribuciones; la preparación de sus trabajos. — Composición y modalidad de elección de dichas asambleas. — Reedición y puesta a punto de las Reglas. — Los Superiores Generales, de 1874 al principio del siglo XX: el Hermano Jean-Olympe. — El Hermano Irlide. — El Hermano Joseph. — El Hermano Gabriel-Marie. — Los Hermanos Asistentes; su nombramiento, su función, su número. El Hermano Exupérien, primer Asistente. — Los Hermanos Osée, Phileter, Junien, Aimarus, Raphaëlis, Louis-de-Poissy, Cyrus, Apronien-Marie. — El Hermano Réticius y el Hermano Narcellien. El Hermano Péral-Étienne; el Hermano Viventien. — El Hermano Procurador General Dominatoris; los Secretarios Generales de la Congregación: el Hermano Cyprus, el Hermano Justinus. — Los Hermanos Visitadores de los distritos; los Hermanos Visitadores-provinciales; función de estos últimos en el Instituto. — Las circunscripciones lasalianas en Francia al final del siglo XIX. Los Visitadores de París. — Algunos nombres y algunos rostros del interior de Francia; el Hermano Liacim y el Hermano Just-Joseph en Burdeos; el Hermano Maurice-Lucien en el distrito de Cambrai-Lille. — Algunos perfiles más en bajorrelieve.

En la parte opuesta de uno de los pabellones de la calle Oudinot —una vez pasada la entrada del ministerio de las Colonias— se percibe el escudo que lleva la Estrella y la divisa *Signum fidei* [1]. Así sigue subsistiendo, en esos lugares, que han cambiado de destino, el recuerdo del Instituto lasaliano. La Casa Madre, en 1874, sigue igual que al final del Segundo Imperio: largas construcciones bordeando las calles públicas; disimulado por esa muralla, el encantador *hotel* Montmorin; y sobre el jardín un ala reservada a la enfermería y al noviciado menor. El plan comprendía otros anexos. A partir de los acontecimientos de 1871, los trabajos se paralizaron. No volverán a reiniciarse hasta 1876, a petición del Reverendísimo Hermano Irlide. Uno de los Asistentes del Superior General supervisará la ejecución, de acuerdo con el arquitecto de la ciudad de París; ese Hermano Agapet, que morirá en 1880, supo hacerse entender por las gentes del oficio: les mostró lo que convenía a un establecimiento administrativo y conventual; siguiendo su parecer se realizaron serias modificaciones. En consecuencia, los muros se levantaron sólidos, las diversas partes de los edificios se adaptaron a sus fines, austero decorado suavizado por la ramaje de los árboles y las flores.

Dos estatuas del Sr. de La Salle muestran quien es, después de Dios, el dueño de casa. En el jardín, el Fundador preside las meditaciones y los recreos de sus discípulos; esta efigie, monumental, data de 1875: molde de una obra de Alexandre Falguière, de la que hablaremos en el momento oportuno. En el patio de entrada, el mármol esculpido por Oliva en 1862, inicialmente colocado en el recibidor, acoge a los huéspedes: el Hermano Irlide ha ordenado el traslado, sobre un pedestal que ofrece a cuantos la miran esta frase significativa: “El Evangelio es anunciado a los pobres”. Programa de Cristo, programa de la Congregación.

1 «El sello del Instituto será una estrella plateada sobre un escudo de fondo azul» decidió el Capítulo General de 1751. La divisa “*Signum fidei*” recuerda la “virtud fundamental” (el espíritu de fe) que el Sr. de La Salle exige de sus discípulos. (LUCARD, *Annales*, II, p. 210.).

Pero hay que tener cuidado con no dejar en la sombra al “Patrono y protector”, san José. A partir del 19 de marzo de 1877, se verá su imagen sobre el frontón de la fachada exterior.

No obstante, a ese noble conjunto le falta el edificio principal; o, al menos, no guarda proporción con el marco. La capilla bendecida en agosto de 1851 queda ya reducida para el numeroso personal, Superior, Asistentes, Hermanos de los despachos y del temporal, maestros y alumnos de los noviciados. Se decide una transformación y una ampliación. Los planos, preparados por el Hermano Pierre-Célestin, llevan a realizaciones interesantes, aunque no completas y sujetas a larga duración. Desde mayo de 1879 a abril de 1881, se construyó una nave de bóveda elíptica, que recibe la luz por unas aperturas practicadas en la bóveda y por una cúpula que se alza sobre el santuario. En torno a los laterales hay una tribuna a la que se accede desde la enfermería y desde las dependencias del Régimen. Un equipo de Hermanos pintores, bajo la dirección del Hermano Samuel, el artista de Béziers, decoró enseguida los muros. Luego, en 1887, la bóveda y la cúpula fueron adornadas, la una, con los misterios del rosario, la otra, con los doce apóstoles. En la tribuna figuran el Homenaje a María, Reina del Rosario, y la muerte de san José; en el techo, ángeles portando emblemas; en el órgano, David y santa Cecilia.

Los Superiores habían querido que el edificio cantase la gloria de Dios mediante su hermosa disposición arquitectónica y por su rico revestimiento. En los días más solemnes, a la luz de los cirios y de las arañas, esa nave —de doce metros de altura, dieciséis de anchura, y una longitud de treinta y dos— aparecía majestuosa y espléndida.

En 1888, fue dotada de un altar mayor de mármol blanco, mármol verde y bronce dorado. Ese mismo año —con toda razón, y un motivo memorable— una capilla lateral acogerá una reliquia del Fundador beatificado; más tarde; dos cuadros recordarán su obra y uno de sus hechos esenciales: el Beato enseñando a los alumnos; el beato bendiciendo a Gabriel Drolin y su compañero, a quienes envía a Roma [1].

De ese conjunto, algunos raros restos han encontrado un abrigo, lejos de Francia. En el lugar, inútilmente se buscaría algún vestigio. Diremos por qué motivos el Instituto tuvo que reducir sus gastos y no comprometerse a nada definitivo. Cuando los Lasalianos, dispersados por la ley, condenados por el juicio de un tribunal, tuvieron que abandonar su asilo de la calle Oudinot, los demoledores entraron en acción. La capilla desapareció de la propiedad, “laicizada” a partir de entonces.

* * *

“La amábamos, aquella Casa Madre”, escribía el Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, en aquel tiempo de dolor. Era “el hogar familiar, la morada hospitalaria, el símbolo de la unión entre todos los miembros de la Congregación” [2].

1 *Essai historique sur la Maison Mère*, pp. 201-203. — Noticias necrológicas del Hermano Agapet, 1880, y del Hermano Irlide, 1884.

2 Carta que sirve de prefacio al *Essai historique*, 25 de diciembre de 1905.

Nueve Capítulos Generales habían celebrado allí sus sesiones, desde 1853 a 1884; diez años después de esta última fecha, la propiedad de Athis-Mons, adquirida gracias al Reverendísimo Hermano Joseph, ofreció a los capitulares la paz de sus terrazas y de sus paisajes, en una soledad en las cercanías de París. Athis se convertirá, de esa forma, en el centro momentáneo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en 1894, 1897 y 1901 [1].

Es sabida la importancia de las asambleas capitulares en la vida de las Órdenes monásticas y de las Sociedades religiosas. San Juan Bautista de La Salle utilizó, desde el origen de su obra, ese medio de gobierno. La Bula de 1725 previó y reglamentó su funcionamiento. Pediremos a la circular firmada por el Hermano Irlide, el 2 de junio de 1882, algunas precisiones, algunos puntos de referencia.

He aquí en resumen, según ese documento, las atribuciones de los Capítulos Generales del Instituto:

Eligen los “principales cargos”. De hecho la elección del Superior General les ha correspondido siempre. Cuando en 1795 la Santa Sede pensó necesario poner remedio a la carencia del Jefe, Pío VI se contentó con designar un “Vicario General” [2]. En cuanto a los Asistentes, su nombramiento depende, también él, ya sea directamente, ya indirectamente, de los sufragios del Capítulo: en otro momento entraremos con más detalle en ese procedimiento.

En segundo lugar, a propuesta del Superior en actividad, del Régimen, o *motu proprio*, los Capitulares examinan “los asuntos más graves, relativos al buen orden, o a los intereses, de toda la Congregación” y aquellos cuya solución pueda suponer múltiples y profundas consecuencias.

Los tres artículos siguientes constituyen un haz de prerrogativas del mismo tipo; hay que hacer notar, de todos modos, el *crescendo* muy claro en los poderes confiados a la asamblea soberana:

Comienza por elaborar los “reglamentos apropiados para mantener en vigor las constituciones y los usos primitivos del Instituto”. Luego, “interpreta ciertos puntos de la Regla” y aporta retoques “que los tiempos y las circunstancias pueden imponer”.

Finalmente, completa “las Reglas y las Constituciones”, si existe “absoluta necesidad”.

Pero no se trata de aventurarse imprudentemente en ese campo. El Hermano Irlide pretende “permanecer en la rigurosa exactitud del derecho canónico”: en

1 *Essai*, p. 203. — En principio los Capítulos Generales se reunían cada diez años. Pero, de acuerdo con la legislación del Instituto anterior a 1946, los Superiores Generales provocaron reuniones más frecuentes. Por otra parte el Régimen convocaba la asamblea con el fin de elegir, cuando era el caso, a un nuevo Superior General.

2 Es cierto que el Superior General, Hermano Agathon, aún vivía; y su carencia era totalmente involuntaria. Pero, en 1940, habiendo fallecido en Mauléon el Reverendísimo Hermano Junien-Victor, y como los acontecimientos impedían la convocatoria de un Capítulo, S. S. Pío XII confió el gobierno provisional de la Congregación al Reverendísimo Hermano Arèse-Casimir, con el mismo título de “Vicario General” que había recibido el Hermano Frumence.

consecuencia, establece “una distinción entre las Reglas cuyos textos, por su inserción literal en la Bula de Benedicto XIII, han recibido una aprobación formal de la Santa Sede, y las otras Reglas o Constituciones que son tan solo supervisadas o condicionalmente aprobadas” en ese acta solemne.

“Para las primeras, ninguna modificación” podrá producirse, si no es mediante una intervención de la autoridad pontificia; ésta, en efecto, las ha “adoptado explícita y literalmente”.

“En cuanto a las segundas”, el autor calificado de la circular “admite la posibilidad de ciertas modificaciones que no alteran sustancialmente el espíritu, si un Capítulo estimase”, con total conocimiento de causa, “que las circunstancias lo exigen”.

Tal discriminación, añade, ha presidido en varias oportunidades el comportamiento de las precedentes asambleas [1].

Antes de estudiar, al respecto, la obra esbozada por los Capítulos del fin del siglo, detengámonos aún en las páginas de 1882. Ellas nos proporcionan un ejemplo del trabajo al que deben entregarse los delegados reunidos en torno al Régimen.

El Jefe del Instituto indica por qué lanza sus convocatorias sin esperar a que se haya terminado el periodo decenal desde el Capítulo de 1875: “En casi todas las regiones de Europa, e incluso en otros lugares, las cuestiones escolares... atraen la atención de los gobiernos”. Alemania, Bélgica, Francia, Italia organizan la enseñanza pública fuera de la religión, contra la religión. “Las leyes ya promulgadas, las que lo serán pronto, van a crear diversos problemas” a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Es el momento de prever y de actuar.

Habrà que “aumentar y fortalecer el personal del Régimen, de tal modo que el jefe y los miembros sean capaces de soportar las fatigas inherentes a sus cargos, de responder a la confianza del Instituto” en los días críticos.

Será necesario “examinar la situación bajo todos sus aspectos”, no dudar, si es oportuno, ante las “restauraciones” indispensables. Habrá que orientarse en las encrucijadas, teniendo en cuenta las incertidumbres del porvenir, las amenazas que pesan sobre la enseñanza cristiana.

El Hermano Irlide no exige únicamente la colaboración de los representantes oficiales de la Sociedad Lasaliana; invita a todos sus subordinados, del mundo entero, a ayudarle “con sus oraciones y sus iluminaciones”. Esta colaboración activa se ejercerá principalmente mediante el envío de “memorias” más o menos desarrolladas, referentes a:

1º La formación de los maestros, los programas de estudios, los libros, los métodos;

1 En adelante, la cuestión no volverá a plantearse. Después del Capítulo General de mayo-junio de 1946, la Santa Sede ha examinado y formalmente aprobado todos los artículos de las Reglas revisadas, en su conjunto, por los Capitulares (decreto pontificio del 24 de marzo de 1947). De ese modo, en adelante, la autoridad pontificia es la única que puede aportar una modificación de los textos legislativos que han adquirido un carácter idéntico a aquellos que se encontraban enunciados en la Bula de 1725.

2º La vida religiosa, los noviciados, la observancia, los retiros, los votos;

3º El gobierno: dirección de las comunidades, administración, finanzas.

De ese modo se aunarán los esfuerzos. El inmenso organismo, que conserva la más clara conciencia de su unidad, sabrá defenderse él mismo de los peligros exteriores, de los peligros internos, no perder nada de su vitalidad, remediar los desfallecimientos pasajeros, llevar a buen fin, si es oportuno, algunas rectificaciones esenciales.

* * *

La composición de los Capítulos, el número de los Capitulares, el modo de su elección, exigían desde hacía tiempo una puesta a punto. En los orígenes, treinta Hermanos, directores de “las principales casas” o profesos de votos perpetuos desde al menos quince años, constituían la Asamblea. Tal siguió siendo la fisonomía de los Capítulos después de la Revolución Francesa. Pero a medida que el Instituto crecía en número y se extendía en el espacio, las lista de los directores y de los “veteranos” aumentaba considerablemente: los Hermanos electores, a los que les era presentada, no conocían más que a algunos de los elegibles; sus votos, a veces, estaban expuestos a ser otorgados a ciegas.

El Capítulo General de 1858, aunque decidía elevar a treinta y seis el número de delegados “para Francia”, no modificó nada, en lo que se refería a los dieciocho directores y los dieciocho veteranos, las bases del sistema tradicional. Por otra parte, la extensión de la Sociedad Lasaliana fuera de las fronteras de su primera patria había ocasionado el ensayo de modalidades más flexibles y más sensatas. Las “provincias extranjeras” —ése era el término usado entonces— elegían a sus delegados oportunamente. Las que poseían tres establecimientos elegían, a partir de 1858, un delegado, tomado indiferentemente entre los directores de las principales casas o los profesos experimentados. Con cuarenta establecimientos daban derecho a dos diputados. (Además, el Superior General se reservaba la convocación directa de un segundo o un tercer capitular, cuando una “provincia” alcanzaba la cifra de diez casas).

Hubo que someter a la aprobación de la Santa Sede la decisión de 1858, que derogaba el artículo décimo tercero de la Bula *In apostolicae dignitatis solio*. El “rescrito” del 6 de mayo de 1859 no concedió más que una autorización provisoria, para una duración de diez años. El Capítulo de 1861, elegido conforme a las estipulaciones del nuevo texto, no cambió su tenor. Se contentó con añadir a los “miembros de derecho” de las futuras asambleas (Superiores y Asistentes en actividad o dimisionarios) “el Procurador General y el Secretario General al servicio del Régimen, el Procurador General ante la Santa Sede, y el Vicario General en los Estados de la Iglesia”. La función y la experiencia de estos altos dignatarios justificaban suficientemente su intervención en los Consejos del Instituto. Un nuevo rescrito pontificio, del 30 de mayo de 1862, confirmó esta disposición particular.

Al final del periodo decenal previsto por la decisión anterior, el Hermano Philippe se embarcó, una vez más, en gestiones con Roma. La Sagrada Congregación de los Obispos y Regulares no consintió más que en prorrogar el plazo primitivo; estimaba

que el sistema en vigor no dejaba de tener inconvenientes; que carecía de unidad; que creaba desigualdades molestas entre Francia y los demás países.

Este juicio poco favorable debía conducir a los Capítulos Generales de 1873, 1874 y 1875 a retomar el estudio de la cuestión. Finalmente, el 10 de julio de 1875, se formulaba la decisión siguiente, que la Santa Sede aprobará el 12 de noviembre:

“En el futuro, estarán incluidos en la convocatoria” para las Asambleas capitulares: en primer lugar, “el Superior General y sus Asistentes; los ex Superiores Generales y los ex Asistentes; el Procurador General y el Secretario General del Instituto; el Procurador General ante la Santa Sede; los Visitadores provinciales; el Vicario General o Visitador del Distrito de Roma”; en segundo lugar:

“Los delegados elegidos en cada distrito, proporcionalmente al número de profesos y de casas... Cada provincia o distrito elegirá tantos delegados como centenas tenga —al menos *comenzadas*— de Hermanos profesos de escuela. Así, los distritos que cuentan con cien profesos de escuela, al menos, elegirán un diputado; los que tienen ciento un profesos —y más— elegirán dos; tres delegados representarán al distrito de doscientos un profesos; y así sucesivamente.

Sin embargo, ningún distrito podrá proceder a la elección ni siquiera de un delegado, si no cuenta con al menos veinte profesos y tres casas, o bien doce profesos y seis casas.

“Los electores no pueden elegir delegados más que entre los Hermanos inscritos como elegibles *en la lista de su propio distrito*.”

“Los Hermanos elegibles son: los Visitadores de los distritos, los directores de las principales casas y los profesos de escuela llamados Veteranos, que cuenten con quince años de profesión”.

La circular del 2 de junio de 1882, que reproduce este documento esencial, proporciona su mejor comentario: “Según el nuevo modelo, el Capítulo General, aunque no reúna muchos más miembros que con el antiguo sistema, será la representación más completa de todo el Instituto. Cada distrito tendrá al menos un delegado”. Por su parte los distritos de Francia se beneficiarán en adelante de la regla aplicada primeramente —con éxito— a las “regiones extranjeras”. Sus electores se limitarán a designar uno o varios delegados, de los cuales no ignoran ni el nombre ni el rostro, y cuyo mérito pueden apreciar. Gesto seguramente más útil que el alinear sobre un boletín treinta, o hasta treinta y seis, Hermanos elegidos —sin elementos suficientes de discriminación— sobre un conjunto de más de mil quinientos elegibles. Procedimiento, operaciones, resultados de los votos se convierten en uniformes en todos los territorios donde la Congregación Lasaliana está establecida.

Este marco bien comprendido no sufrirá retoques antes de 1902. En esa fecha, será necesario tener en cuenta que el feliz crecimiento del Instituto corre el riesgo de transformar los Capítulos Generales en Parlamentos con demasiadas cabezas. El trabajo resultaría menos efectivo, las deliberaciones más difíciles. El Hermano Gabriel-Marie dirige una “súplica” al Soberano Pontífice; con el fin de que el número de capitulares “se mantenga en proporciones razonables”, solicita:

1º Que cada distrito elija tanto delegados como grupos se puedan contar, comenzando al menos, desde ciento cincuenta profesos de escuela;

2º Que ningún distrito proceda a la elección de un delegado, si no posee al menos treinta profesos de escuela”.

El rescrito aprobativo es expedido con fecha del 5 de marzo de 1902 [1].

* * *

Entre las grandes tareas que incumbían a los mandatarios de la Congregación se inscribían, ya lo dijimos, la reedición, incluso la revisión, de las Reglas. Sin menoscabar, sin debilitar en modo alguno el espíritu con el cual el Sr. de La Salle y sus primeros discípulos habían organizado la existencia religiosa y el gobierno de los Hermanos, era importante —en intervalos más o menos cercanos— verificar los textos, cambiar alguna palabra en desuso, interpretar el sentido de alguna frase, y también adaptar determinados artículos a circunstancias totalmente nuevas, o bien a alguna decisión recientemente tomada por la Santa Sede.

Las páginas de la Regla Común, escritas en 1717 bajo la mirada y la inspiración del santo Fundador, seguían siendo objeto de una atención y de una veneración legítimas. Pero el Instituto, a lo largo de su historia, no había dejado de apreciar la edición de 1726, obra del Capítulo de 1725, puesta de acuerdo con las prescripciones de la Bula y, además, corregida de las faltas materiales, de los equívocos, de las imprecisiones, que se habían deslizado, aquí y allá, en el manuscrito primitivo y en sus copias [2]. Esa edición *princeps*, el Hermano Agathon ordenó, en 1787, reimprimirla. Fue nuevamente reproducida en 1821, en 1835, en 1852.

Por su parte la Regla de gobierno, elaborada a principios del siglo XVIII, pero sucesivamente completada, por supuesto, también en función de la Bula, y que por mucho tiempo quedó bajo la custodia de los Superiores, debió su forma definitiva a los eminentes Lasalianos de 1777. No se imprimió antes de 1814. La edición que en esa fecha el Hermano Gerbaud dio de ella, estuvo lejos de contener todo el texto original. Los capítulos relativos a las asambleas capitulares, al Hermano Procurador General, al Hermano Secretario General, y varios otros, no figuraban en ella para nada. Al cabo de treinta años, el Hermano Philippe colmó esa laguna [3]. La edición de 1844 merecerá ser utilizada por más de medio siglo.

Las simples reimpresiones de la Regla Común parecieron, con toda razón, insuficientes para el Capítulo General de 1861. Deseó una minuciosa lectura de los artículos, una redacción más cuidada y siempre inteligible, una nueva presentación para ciertas páginas. De hecho, hubo que limitarse a un trabajo un tanto somero. Y,

1 Circular nº 111, del 19 de marzo de 1902.

2 Hermano MEMOIRE-ACHILLE, visitador del distrito de Bélgica Sur, *Étude préparatoire à la révision des Règles communes*. (Escrito en 1939, no publicado)

3 Circular nº 109, del 25 de diciembre de 1901.

en 1882, una verdadera revisión parecía “indispensable, urgente” para los Capitulares de la época.

Éstos decidieron que el Superior General nombrase una Comisión encargada de la tarea preparatoria. Ese primer esbozo sería examinado y corregido por un jurado compuesto por algunos miembros del Régimen y doce Hermanos elegidos por el Capítulo. Se pretendía principalmente cotejar los textos de 1717 y de 1726. Según una nota manuscrita del Hermano Irlide, no se procedería a las modificaciones más que con infinitos escrúpulos: no entrarían en juego sino “una prudente previsión” y la preocupación por la “claridad de estilo” o de la “propiedad de los términos”.

Diversas circunstancias impidieron la rápida conclusión del esfuerzo: acontecimientos del exterior, dificultades internas; ausencias, fallecimientos, problemas, persecuciones; voluntad filial de esperar las instrucciones y conformarse a las miras de Roma.

El Capítulo de 1884 suplicaba al Hermano Joseph que se continuasen los trabajos de realización. A modo de medida transitoria, autoriza el lanzamiento restringido del texto de 1861, entonces agotado. Esta reedición “ocasional” lleva la fecha de 1886.

En 1895, el decreto pontificio *Quemadmodum*, relativo a las “cuentas de conciencia” de los religiosos a su Superior jerárquico, supuso algunos cambios en los pasajes que se referían a la “rendición”. Luego, a partir de 1897, una “subcomisión”, compuesta por cuatro Hermanos Asistentes, aceleró la empresa. Tuvo en cuenta las directivas siguientes:

1º Mantener o restablecer —en la medida de lo posible— las palabras y las frases que, contenidas en el ejemplar auténtico de 1717, posean, en cierto modo, la impronta del Sr. de La Salle;

2º Suprimir el prefacio, que los capitulares de 1725 tomaron prestado de las obras de los Padres Rodríguez y Saint-Jure; remplazarlo por la Bula de aprobación, completada con los extractos del Código de Derecho Canónico;

3º Revisar especialmente los capítulos XVII y XVIII relativos a los votos; precisar las obligaciones votales y particularmente, después de acudir a las ilustraciones de la Santa Sede, el sentido y los límites de la promesa de “enseñar gratuitamente” [1];

4º Hacer compatibles con la extensión mundial de la Sociedad, y con su ampliación numérica, las prescripciones del capítulo XV a propósito de las oraciones por los Hermanos difuntos;

5º Anexar a la Regla las decisiones capitulares que interpretan o retocan tal o cual artículo;

6º Subordinar estrechamente al texto francés original las traducciones a las diversas lenguas [1].

1 *Stricto sensu*, el voto de gratuidad obliga solamente a no exigir, a no aceptar, retribución por parte de los alumnos pobres. La *Regla* extiende la gratuidad a toda enseñanza (pero no a la semi-pensión, al internado, y a los suministros escolares).

Una vez finalizada esa labor, el Superior General, Hermano Gabriel-Marie, convocó para el 15 de octubre de 1901, la gran asamblea de ciento ocho miembros que, al alba del nuevo siglo, y bajo la amenaza de las tormentas, recibirá la misión de fortalecer las almas, de confirmarlas en la ciencia, el respeto, el amor por las leyes religiosas [2]. Comenzando por un triduo de oraciones, el Capítulo General realizó a continuación su deber, y se separó el 8 de noviembre.

Regla Común, Regla de Gobierno, era el conjunto de la legislación lasaliana lo que había que pasar por el cedazo. Algunas motas de polvo, algunas briznas de paja se deslizaban entre el buen grano siempre abundante y sin degeneración.

Los capitulares asumieron los principios de la Comisión y del Régimen, aprobaron el método empleado, adoptaron, reservándose algunos últimos toques, la redacción que les fue sometida.

En definitiva, esa revisión de 1901 aparece como una obra de paciencia y de piedad. Sus autores —como lo subraya la circular del 25 de diciembre— han “expurgado cuidadosamente el documento de todo aquello que parecía interpolación inadmisibles, alteración perjudicial del “texto puro y simple de 1717”. Aunque han tenido que admitir alguna derogación en ese sistema, no se han resignado fácilmente a tocar al arca santa: ese gesto, según ellos, se justificaba únicamente al ser ordenado por una previa iniciativa de la Santa Sede o, al menos, por las ineludibles exigencias de la práctica. Por esa razón “algunas adiciones” y hasta “ligeras modificaciones introducidas por el Capítulo de 1725” no han podido ser suprimidas.

Se había querido, (excelente intención), garantizar la conservación integral del espíritu de los tiempos antiguos. Y ciertamente, el mismo se expresaba por entero en la Regla escrita bajo el generalato del Hermano Barthélemy. ¿Pero no se encarnaba también en esa Regla definitiva, perfectamente armonizada con la Bula de Benedicto XIII por religiosos ejemplares, como un Hermano Timothée, un Hermano Irénée? Estos discípulos inmediatos del santo Fundador, seis años después de su muerte, no habían cambiado de máximas.

Un juez competente [3] no ha vacilado en calificar de “error lamentable” la preferencia concedida al texto de 1717 sobre el de 1726. Sea lo que sea que convenga pensar sobre esa apreciación, una verdad sigue siendo incontestable: la edición de 1902 [4], que resultó de las decisiones del Capítulo, tenía pocas oportunidades de permanecer con la mención de *ne varietur*. Conservaba, en la forma primitiva, algunas prescripciones que, en el mundo del siglo XX, serían inaplicables o ya no tendrían sentido. Y de ese modo se arriesgaba, ante los jóvenes, a disminuir la autoridad de la Regla en su conjunto. Por otra parte, la

1 *Rivista lasalliana*, número de marzo de 1934, pp. 59 a 64.

2 Circular del 14 de junio de 1901; *Noticia necrológica* del Reverendísimo Hermano ALLAIS-CHARLES, p. 113.

3 El carísimo Hermano Mémoire-Achile en el *Étude* citado anteriormente.

4 Anunciada por la circular del 19 de marzo de 1902.

promulgación del nuevo derecho canónico exigirá una parcial refundición. A partir de ahí, no se tardará mucho en orientarse hacia las soluciones más definidas y más susceptibles de resultados satisfactorios: la elaboración de una Ley religiosa plenamente adaptada, plenamente viva, rigurosamente imperativa, y en la que nada, no obstante, fuese sacrificado en los objetivos perseguidos y los medios propuestos por san Juan Bautista de La Salle [1].

La Regla de Gobierno pasará por etapas similares. Pero aquí se caminaba sobre un terreno libre. Un código administrativo, aunque se trate de un piadoso Instituto y que comprometa intereses de tipo espiritual, soporta con mayor facilidad retoques que una serie de preceptos destinados a la disciplina de las almas. En consecuencia la revisión de “la regla de los Hermanos directores”, proveniente de Saint-Yon en tiempos del Sr. de La Salle, no podía pretender una restauración rigurosa. Más bien se trataba de una compilación metódica y prudente; la circular del 25 de diciembre de 1901 nos da a conocer el proceso:

1º De la edición de 1844 se conservan todos los reglamentos que no hayan caído en desuso;

2º Se reglamentaron, según las disposiciones tomadas por los Capítulos Generales y según los usos ya observados, los cargos y los empleos que permanecían aún sin legislación oficial: por ejemplo, la función de procurador general ante la Santa Sede;

3º Se introdujeron en el conjunto de la obra las decisiones y los votos capitulares de innegable importancia y de constante aplicación: tales como los que se refieren a la función de los Visitadores de distrito;

4º Finalmente, la Regla del Director, preciosa reliquia, mandamiento que no cesa de reclamar su obediencia, recibió el lugar que le correspondía.

Sobre esas bases sólidas, descansa el edificio, tan estable y tan bien organizado que se presta a las ampliaciones, a las superaciones. Las Reglas y Constituciones de los Hermanos, inseparables de la Bula de 1725, puestas en conformidad con todos los decretos pontificios, parecen extraer de las aprobaciones de Roma una garantía de perpetua duración.

* * *

Animemos estos espacios; entre las abstracciones jurídicas observemos los rostros humanos. Sucesivamente van a aparecer cuatro Superiores. Sus generalatos, sumados, constituirán un periodo de cuarenta años, a penas más extenso que el solo gobierno del Hermano Philippe. Aún así nos detendremos mucho antes de la dimisión del Hermano Gabriel-Marie, décimo cuarto sucesor de san Juan Bautista de La Salle.

El Hermano Jean-Olympe, elegido el 9 de abril de 1874, fallecido el 17 de abril de 1875, fue —según palabras de Pío IX— “más bien mostrado que dado al Instituto”.

1 Las modificaciones provocadas por la entrada en vigor del Derecho Canónico datan de 1923. La nueva edición de las Reglas fue publicada en 1947. (Ver la circular del Reverendísimo Hermano ATHANASE-ÉMILE, del 24 de mayo de 1947).

Merece que nos tomemos el tiempo de contemplar su fisonomía. Sería equivocado creerla indefinida, porque su paso por la cumbre de la jerarquía tuvo una singular brevedad. Jefe efímero después de un “reino” muy largo, se diría que se difumina en el supremo esplendor de su predecesor. Pero no fue invitado a subir a la cumbre sin serios motivos. Desde 1837 Joseph-Just Paget pertenecía a la Congregación, sus maestros, sus cohermanos, sus inferiores habían apreciado sus virtudes y valorado sus capacidades.

Había nacido el 4 de julio de 1813 en la Chapelle-des-Bois, pueblo del cantón de Mouthe, en el departamento de Doubs. Tercer hijo de una familia con contaba con doce, verá a varios de sus hermanos y hermanas consagrarse a Dios: dos de los Paget serán sacerdotes. El padre al principio ejercía el oficio, muy de la zona, de relojero. Luego, descubrió la vocación de maestro. Y, de ese modo, abrió a su hijo Joseph un camino en que éste superará los modestos horizontes de este mundo.

El maestro de escuela ocupaba, en 1831, el puesto de Chatrans. El futuro lasaliano le servía de auxiliar y, al mismo tiempo, se ejercía de organista en la iglesia. En 1834, fue él quien asumió toda la responsabilidad de la enseñanza. Llevaba ya la existencia de un religioso; el cura le llamaba: “Mi primer vicario”. Por eso la partida del joven para el noviciado de los Hermanos, el 17 de junio de 1837, no debió sorprender a nadie.

La decisión se remontaba al año precedente. Joseph-Just no la había guardado secreta y se había preparado a todas las renunciaciones con un retiro de ocho días con los Jesuitas de Dole.

El 2 de julio, en Lyon, tomaba el hábito negro y recibía su nuevo nombre. Postulante por quince días. Noviciado de algunos meses. Fue considerado enseguida un discípulo del Sr. de La Salle, sin duda, el piadoso maestro practicó la *Guía de las Escuelas* y el *Método de oración* en su soledad de Chatrans. El maestro de novicios, encantado con el nuevo recluta, se apresuró, incluso antes del final de la probación, a utilizar de modo extraordinario al Hermano Jean-Olympe. Y vemos, en la casa lionesa, a un religioso completamente novato encargado de instruir y formar a Hermanos de menor edad, con el título de subdirector.

No obstante, debe dar pruebas, en una clase de escuela primaria, de sus aptitudes pedagógicas. ¡Extraña aventura! Triunfaba en el pueblo; fracasa ante los niños de la gran ciudad. Su verdadero lugar está decididamente junto a las almas de élite. El noviciado, del que seguía estando vecino, lo invita a volver. Nuevamente subdirector en 1839, el Hermano Jean-Olympe recibe, dos años más tarde, la obediencia que le da todas las responsabilidades. Ha pronunciado sus votos perpetuos el 12 de septiembre de 1841, algunos días antes de su nombramiento de director. Profeso a la edad de veintiocho años, lo cual es más bien excepcional en aquella época; y al cabo de cuatro años tan sólo de vida religiosa, suficientemente experto ya en las ciencias divinas para cooperar a la acción del Espíritu Santo sobre la ardiente juventud. El establecimiento de Lyon sigue siendo entonces uno de los más considerables del Instituto; allí se podrá ver hasta ciento cincuenta novicios simultáneamente. Su formador manifiesta una sabiduría que no cesará de crecer en él. Su dedicación, sus conmovedoras atenciones —bajo una apariencia áspera— le valen la adhesión de sus numerosos discípulos.

Él los gobierna hasta el mes de octubre de 1850. El Hermano Philippe, al pretender crear un distrito en Besançon, dirige su mirada hacia ese Hermano del Franco-Condado que será para sus compatriotas un modelo y un guía. Ahí tenemos al Hermano Jean-Olympe Visitador. El programa que se le ha encargado ejecutar supone, en primer lugar, la organización de un noviciado. Los candidatos de Besançon, en adelante, pudiendo permanecer en su país, se beneficiarán de la experiencia adquirida por el antiguo director de todo el grupo reunido anteriormente a orillas de la Saône lionesa.

La instalación inicial se reduce a un recibidor y a un desván en la casa llamada San Juan. El Hermano Visitador podría decir que no encuentra un rincón donde reposar su cabeza: se acurruca, por la noche, en una división de la cómoda que “por metáfora” llama ¡su cama! Pero las cuestiones materiales no le inquietarán nunca. Estar bien o mal alojado, alimentado, vestido, ¿qué le importa? Trata a su cuerpo duramente. Pálido, pelo enmarañado, ceñudo, realmente feo —hay que reconocerlo— este asceta no busca corregir esa desventaja de su físico. Las personas que se detienen en la superficie sienten una sensación bastante incomoda. Y como su fría reserva colabora en ello, se apresuran de buena gana a despedirse.

Sus subordinados directos lo conocen mejor. Han descubierto su noble carácter, su hermosa alma. La intransigencia que constatan en él a propósito de la observancia de la Regla se acompaña y se templea con una paciencia incansable, una bondad muy delicada. Suaviza su semblante austero, sabe mostrarse amable con sencillez, incluso jovial, según la ocasión, quedando a salvo su dignidad.

Posee el arte de discernir las inteligencias y los corazones, de utilizar los talentos de cada Hermano, para una atinada atribución de los empleos. Sus predilecciones las guarda para los novicios; goza, para dirigirlos, de sorprendentes luces. Como antiguamente en Lyón, sus conferencias ofrecen un alimento sustancial para la reflexión de los oyentes. Los autores en los que se inspira más a menudo, comenzando por el Sr. de La Salle, le han impregnado de una mística y de una doctrina de alto valor, de perfecta coherencia, de poderosa acción: uso mucho los *Ejercicios* de san Ignacio de Loyola, la *Introducción a la Vida devota*, la *Imitación*, libros del Rodríguez y de Judde; por su parte las *Meditaciones* del Fundador de su Instituto, le proporcionan temas inagotables.

Su administración prudente y firme obtiene resultados apreciados por el Régimen. En 1852, el Hermano Visitador ha trasladado el noviciado a Haute-Saône, en la tranquilidad de la aldea de Neurey. El distrito se desarrolla regularmente, al ritmo de su organizador. No hay que pretender de él proezas: uno se vería tentado de juzgarlo un tanto flemático. Ese silencio difícilmente interrumpido, esa apariencia de lentitud esconden un trabajo constante y llevado hasta su conclusión. En la calle Oudinot no lo ignoran.

El 14 de julio de 1858, en plena madurez, el Hermano Jean-Olympe se convierte en Asistente. Un rescripto de la Santa Sede concedía al Superior General un décimo auxiliar: el Hermano Visitador de Besançon recibe un puesto en el Consejo del Hermano Philippe. No se alejará de su distrito sin sentir el desgarramiento del hombre al que se aleja de su país natal. La separación, no obstante, no es completa: en el campo confiado a la vigilancia del eminente religioso, las casas del Franco

Condado figuran con las del distrito loreno de Thionville y con la “provincia” cuyo centro está constituido por la isla de La Reunión, en el océano Índico.

El décimo Asistente, al igual que sus colegas, mantiene una abundante correspondencia, tanto administrativa como espiritual. Aunque debe limitar sus viajes a los establecimientos de la metrópoli, donde preside retiros, escucha individualmente a sus inferiores, da consejos de gran trascendencia y charlas magistrales, manifiesta a sus hijos de las colonias lejanas un interés muy vivo y los anima mediante cartas muy afectuosas. Se lo ve feliz de complacer, de prestar servicio [1].

Las consecuencias de la guerra de 1870 le ocasionan penosos problemas, crueles tristezas en Lorena. La muerte del Hermano Philippe lo aflige. Los sufragos del Capítulo de 1874 imponen a su modestia una dura prueba. No discute con el deber. Siendo Superior General, dará como anteriormente, el ejemplo de la abnegación, de la mortificación, de la humildad. No carece del valor y del dominio de sí en la situación compleja en la que su elección le ha puesto: incertidumbres, en Francia, sobre los problemas políticos muy importantes para el futuro del Instituto Lasaliano; herencia necesariamente pesada para los hombros del nuevo Jefe, en razón de la inmensa popularidad de su predecesor, de los prodigiosos incrementos de la Congregación.

El Hermano Jean-Olympe emprende su tarea, sin calcular sus fuerzas. Se propone inmediatamente tensar al máximo las energías religiosas: los Hermanos Visitadores luego los Hermanos Directores son llamados a París, reunidos para intercambiar pareceres, y para exámenes de conciencia personales y colectivos, bajo la activa presidencia del Superior. Dos circulares aparecen enseguida, relativas a la regularidad, a la obediencia, al espíritu sobrenatural, a los peligros de un comportamiento demasiado poco recogido, demasiado mundano. Más tarde, clasificando los manuscritos póstumos, se descubrirán notas para exhortar a los Hermanos a permanecer fieles a todas sus obligaciones, y en particular a su misión de catequistas. El autor percibe los preparativos de combate a los cuales, ya se entrega el anticristianismo: “Estemos bien persuadidos, escribe, que descuidar la instrucción religiosa, sería entrar en el espíritu del siglo, cooperar con la *Liga de la Enseñanza...*”

Multiplica sus labores hasta el exceso. No contento con tomar a menudo la palabra ante la comunidad de la Casa Madre, juzga bueno alertar a las almas de los maestros encargados de la enseñanza en las escuelas de la capital. Esos educadores inevitablemente mezclados con el mundo, y al mismo tiempo pioneros de un apostolado esencial, le parecen reclamar cuidados atentos. Convocados a la calle Oudinot, serán invitados a fijar en Dios sus pensamientos y sus actos, a practicar rigurosamente el voto de pobreza, a inspirar en sus alumnos un profundo respeto del lugar santo.

1 En otro lugar hemos visto sus páginas relativas a los jóvenes Malgaches. *Histoire générale*, t. VI, pp. 443 y 446.

[*Histoire générale* se refiere siempre a esta **Historia General...** de Georges Rigault]

En el mes de octubre de 1874, el Superior General acude junto al Papa. Es continuar la tradición del Hermano Philippe, testimoniar la ortodoxia romana del Instituto, la adhesión de los Lasalianos a la persona de Pío IX. La circular del 15 de diciembre siguiente relata dicha peregrinación: el Hermano Jean-Olympe, al día siguiente de su llegada, fue recibido por el Santo Padre, tratado con la graciosa bondad y la afectuosa sencillez que usaba el Pontífice con relación al difunto Superior. En el momento del paseo a través de las galerías del Vaticano, sotana blanca y hábito negro caminaron codo con codo. Entre esta audiencia del 3 de octubre y la del 25, tuvo lugar la visita de las comunidades de Italia: después de los acontecimientos entre 1859 y 1870, los Hermanos de las Escuelas Cristianas conservan aún veinte casas en la península.

A pesar del agotamiento por el excesivo trabajo, los sesenta y un años del Jefe de la Congregación parecían prometer un generalato de duración normal. ¡Se está tan acostumbrado a no escatimar esfuerzos, a caminar a pesar de las fatigas, en esta Sociedad que conserva el recuerdo de un Fundador heroicamente entregado a la acción, a la oración y a la penitencia! Pero acontece que el organismo usado flaquea de golpe.

El Hermano Jean-Olympe se vio afectado por una neumonía, hacia el 10 de abril de 1875. La enfermedad adquirió enseguida un carácter alarmante. Al quinto día quedaban pocas esperanzas. Administrados los últimos sacramentos, el arzobispo de París, cardenal Guibert, acudió a la cabecera del moribundo; el Papa envió su bendición.

Uno de los Hermanos del Superior, el Padre Paget, cura de la diócesis de Besançon, pudo acudir. De esa mano sacerdotal, amada y venerada, Joseph-Just — encontrando en los instantes postreros el cariño de una presencia familiar— recibió la santa comunión, el 16 de abril. Durante la siguiente noche, el problema respiratorio se acentuó. El enfermero advirtió a los Hermanos Asistentes, al capellán y al P. Paget. Entraron todos en la habitación. El agonizante, al escucharlos pronunciar el “Viva Jesús en nuestros corazones”, respondió bastante claramente: “Por siempre”. Y expiró [1].

* * *

El Capítulo de julio de 1875 le dio por sucesor a un Asistente que pertenecía al Régimen desde hacía tan sólo dos años, además casi contemporáneo del Hermano Jean-Olympe, en cuanto a la fecha de nacimiento, y —cosa curiosa— también él, entró en la Sociedad de Juan Bautista de La Salle después de haber ejercido, igualmente, las funciones de maestro público.

Ya conocemos al Hermano Irlide [2]. Lo hemos visto, en Toulouse, novicio del Hermano Adaucte, subdirector luego director del pensionado Saint-Joseph;

1 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Jean-Olympe, 1875. — Archivos del distrito de Besançon, Histórico de la casa del noviciado e Histórico del distrito. — *Essai sur la Maison Mère*, p. 229. — Memorias del Hermano Pierre-Crysologue (*Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1933).

2 Ver ÍNDICE de los tomos V y VI.

compañero del Hermano Leufroy en Italia; director y Visitador en Bayona. En las circunstancias más dolorosas, en las misiones más delicadas, en las cargas más pesadas, en 1848, en 1849, de 1852 a 1873, ese hombre mostró valor, habilidad, incluso genio.

Terminaremos de seguir, en las diferentes páginas de esta historia, su magnífico *curriculum vitae*. Ahora, no se trata más que de dejar constancia del punto de partida y de admirar su final. Además, estos datos, permitirían por sí solos, reconstruir toda la trayectoria de un destino verdaderamente providencial. Serán suficientes para perfilar la fisonomía del personaje.

Hijo de Antoine Casaneuve y de Marie Cazaubon, nacido el 25 de marzo de 1814, en Guchen, cantón de Arreau, circunscripción de Bagnères-Bigorre, bautizado con el nombre de Jean-Pierre, este pirenaico reproducirá los rasgos, el carácter, las virtudes de su raza. Según las justas expresiones de uno de sus biógrafos [1], “la firmeza de su alma recuerda la solidez del granito...; sus amplias perspectivas hacen pensar en los horizontes que se descubren desde las montañas. La pura luz de las cimas parece pasar a su espíritu. Y si ha conservado un fondo límpido, como los arroyos de su valle, no se ve libre de la impetuosidad de los torrentes que se precipitan entre las rocas”.

Este corazón ardiente resiste y quiere vencer. A sus diecisiete años decide optar por la carrera de la enseñanza. Prepara el examen del diploma de capacitación. El 16 de marzo de 1833, el jurado que funciona en Pau le otorga el diploma. Algunas lecciones particulares aseguran primeramente el pan cotidiano del recién diplomado; en febrero de 1835, es nombrado maestro en la montaña; Azet, el municipio que lo emplea, pertenece al cantón de Vieille-Aure, departamento de Hautes-Pyrénées.

La salud no es muy firme. Jean-Pierre Casaneuve se convence que morirá en la flor de la edad. Y como posee una fe viva y una conciencia muy noble, toma la resolución de trabajar únicamente, y sin demora, con vistas a la “eternidad” que imagina muy próxima; pretende que “los demás” se beneficien de ese trabajo con él. Entonces se encamina hacia el noviciado de Toulouse.

Tiene veintitrés años. La congregación adquiere un nuevo miembro precioso: espíritu ya maduro, que en perfecta conformidad con las Reglas, en las tareas de la educación y de la administración, encontrará su completa realización. El equilibrio físico, por tanto tiempo frágil, se restablecerá bajo la influencia de la alegría moral, de una paz interior profundamente saboreada.

El Hermano Irlide comienza por obtener brillantemente el diploma de tercer grado, en el mes de septiembre de 1841. Durante su fecunda carrera, demostrará la variedad de sus aptitudes, su facultad de rápida asimilación: catequista que podríamos calificar de teólogo, jurista de derecho canónico y derecho civil, director de colegio capaz de poseer el nivel de sus profesores de letras y de ciencias; maestro de lenguas extranjeras, italianizante e hispanizante tan pronto se lo exija su deber; y, en el plano de las realizaciones, constructor, organizador, fundador, intrépido y lúcido, vencedor de las dificultades.

1 El autor de la noticia necrológica de 1884.

Visto lo cual, es fácil explicar la elección del 2 de julio de 1875. El ex Visitador de Bayona, el Asistente en quien el Hermano Philippe ha descubierto rápidamente el elevado mérito, el Capitular distinguido por sus colegas tiene madera de grandísimo jefe. Conserva el vigor de temperamento indispensable para las rudas tareas, para los asaltos de las potencias hostiles. El joven enfermizo de antaño se ha transformado en un sexagenario cuyas espaldas no se doblan, cuyos rasgos acusan la indomable y severa energía.

De un aspecto más imponente y una personalidad más acentuada que el Hermano Jean-Olympe; menos pretendidamente paternal que el Hermano Philippe en sus últimos años. Pero muy en consonancia con la línea de sus predecesores por su amor a todas las tradiciones lasalianas, por las formas y las fuentes de su piedad, por su entrega a su Instituto, a sus Hermanos, a la niñez, por un catolicismo ardientemente “romano”.

El mismo día en que recibe su nombramiento, considera importante escribir a Pío IX: “Santísimo Padre, mi más urgente necesidad, como también mi primer deber, es el de acudir a apoyarme sobre esa Cátedra de Pedro, columna y fundamento de la verdad, centro de la unidad.” Y el Papa responde, el 14 de julio, afirmando una vez más el profundo y “legítimo” afecto que tiene hacia la familia del Venerable de La Salle.

La circular del 1º de agosto siguiente muestra a un Hermano Irlide penetrado del sentimiento de su debilidad humana, buscando su consuelo en la docilidad a las órdenes de Dios expresadas por los sufragios del Capítulo. Confiesa las “perplejidades”, los “temores”, las “angustias” que le ha causado “la elección de su humilde persona, para dirigir un Instituto tan numeroso” y, a su parecer, destinado a servir más útilmente, más ampliamente que nunca, a la Iglesia, a la sociedad civil. Como se consideraba incapaz de hablar sin intérprete, retoma las declaraciones de los antiguos Superiores; “siguiendo el ejemplo del Hermano Guillaume-de-Jésus, se resignará, por obediencia, a gobernar”. Al Hermano Agathon, el inolvidable modelo, le ha tomado prestado íntegramente el siguiente texto:

“Aunque pudieran buscarse un jefe más digno y más capaz, yo también puedo asegurarles [sin crearme temerario] que ningún otro estaría unido a ustedes con mayor ternura y sinceridad... Sus intereses son los míos; ustedes merecerán todas mis atenciones; las cuales no tendrán otro objetivo más que su felicidad”.

Esta humildad sincera, esos escrúpulos de conciencia y hasta la misma inquietud que sentía el Superior General a propósito del porvenir de la Congregación le impulsaron, siete años más tarde, una grave decisión. Al convocar el Capítulo de 1882, decía: “El jefe debe hallarse en condiciones de soportar las fatigas de su función”. Efectivamente, se consideraba desgastado. Sobre la mesa de la Asamblea depositó una carta de dimisión. Los capitulares no accedieron a sus pretensiones; en medio de la tempestad no era prudente, pensaron, cambiar de piloto. Sin duda, el Reverendísimo Hermano había envejecido; pero su cabeza seguía plena de sabiduría y pronta para las decisiones oportunas. Su deseo chocó con el rechazo unánime. Los delegados lasalianos se encontraban tan confiados en el vigor efectivo del Hermano Irlide, que los de América del Norte rogaron al Superior que acudiese a visitar sus casas.

La edad y los achaques del anciano impidieron tal desplazamiento. Fue verdaderamente “por obediencia” que en 1882, más aún que en 1875, el duodécimo sucesor del Sr. de La Salle conservó la dirección soberana. Sus propios hijos lo clavaban a su cruz. Después de la clausura del Capítulo, el 11 de noviembre, escribió la circular que resumía las operaciones de los representantes del Instituto. Su mantenimiento en el poder fue anunciado en los siguientes términos: “Las previsiones y las esperanzas personales que habíamos concebido quedaron aniquiladas” [1].

En lo sucesivo, ya lo sabe: la muerte le sorprenderá al timón. Puesto que tal es la voluntad de Dios, se mantendrá de pie hasta el último aliento. Apenas estamos empleando aquí una metáfora.

En 1883, en 1884, los incidentes de salud se multiplican. Los médicos acaban diagnosticándole un cáncer de estómago. Sin conocer aún la extrema gravedad de su caso, pero previendo que sus días están contados, el Hermano Irlide comienza, el 16 de julio de 1884, a delinear la “carta de indicción” de un nuevo Capítulo, convocado para el 15 de octubre con vistas a elegir un Superior General.

El 20 de julio, se entera, por boca de su confesor, el R. P. Auguste, que debe prepararse para abandonar esta tierra a muy corto plazo. Lo acepta, pide los sacramentos de Penitencia y de Extremaunción. Sentado en un sillón de su despacho de trabajo, con el ritual en mano para seguir las ceremonias, sublime en su tranquilidad, responde a las oraciones, ofrece su rostro y sus miembros a los santos óleos.

Al día siguiente, a las 5 y media de la mañana, acude a la capilla, para comulgar el viático. Se ha levantado un altar en la tribuna. El Padre Chaumont, capellán de la Casa Madre, porta solemnemente la eucaristía al Superior. Todos los Hermanos, los novicios y los novicios menores son testigos de conmovedor espectáculo. A continuación, el moribundo asiste a la misa.

Vuelve a sus dependencias, y ocupa su lugar en su despacho. Es para añadir a su circular un magnífico adiós, unas líneas que llegarán desde ultratumba al conjunto de la Congregación:

“Nos vemos obligados, carísimos Hermanos, a terminar aquí esta última comunicación general y oficial, comenzada hace cinco días, ya que nuestra temblorosa mano se niega a escribir todo aquello que nuestro corazón, desbordante de afecto, de gratitud y de entrega hacia ustedes, querría dictarle. Nuestra última palabra será pues para el cumplimiento de un deber del que nos sentimos felices de aprovechar la ocasión; es también uno de los favores del cual nunca podremos agradecer suficientemente a la Divina Providencia.

“Antes de ir a rendir cuenta de nuestra administración, debemos pedirles perdón a todos por no haber hecho por el Instituto, y por cada uno de sus miembros, todo aquello que habríamos debido y que hubiese servido para hacer cumplir mejor el compromiso solemne que prometimos al pie del santo altar: “de procurar la gloria de

1 Circular del 3 de enero de 1883.

Dios, cuanto nos fuere posible y Él lo exigiere de nosotros”. Perdónennos y recen para que Dios nos perdone el perjuicio causado de ese modo a ustedes y su mayor gloria. Perdónennos, sobre todo, las penas, los disgustos, los desalientos quizás, que hayamos podido ocasionarles; estén convencidos, carísimos Hermanos, que nuestro corazón no tenía nada que ver en ello; y creemos darles una prueba en estas líneas que estamos trazando con muchos esfuerzos, después de haber sido equipado por la Iglesia con las armas que reserva para los últimos combates.

“En efecto, ayer recibimos la Extremaunción; y esta mañana, el Divino Salvador ha tenido a bien dárse nos como Viático. Por lo tanto mientras esperamos la hora suprema les decimos: ¡Viva Jesús en nuestros corazones, por siempre! y les abrazamos a todos en espíritu, con el más verdadero y el más tierno afecto, asegurándoles que la tumba no quitará nada al fervor del cariño con el que nos sentimos felices de proclamarnos, por última vez, su muy humilde servidor en Nuestro Señor Jesucristo”.

Actitud más admirable aún que la del emperador romano Séptimo Severo. A la energía del gran trabajador se unen los sentimientos del padre y del cristiano. Hasta el 24 de julio, el Hermano Irlide se levanta a la hora de la comunidad; se suma a los ejercicios regulares; se interesa por los asuntos en curso y, con sangre fría, indica las soluciones.

El día 21, había recibido de Roma el telegrama que le transmitía la bendición apostólica. Escribía entonces al cardenal protector del Instituto, el Benedictino dom Pitra. Luego, su especial solicitud hacia España le llevó a escribir una carta al Hermano Visitador de Madrid.

Un síncope, producido el 22, pareció el anuncio del fin. El capellán recitó las oraciones de los agonizantes y dio la comunión al Superior en su lecho.

Pero éste, el 23, podía aún leer y corregir las pruebas de su circular.

En el atardecer del 24, el estado se volvía muy alarmante. Por sí mismo, el enfermo pedía las oraciones de la recomendación del alma. Y mientras los miembros del Régimen lo rodeaban arrodillados, su mano sostenía el cirio bendecido.

Los síncope se renovaron en la noche del 25 al 26. En las horas de calma, el Hermano Irlide indicaba a cuantos le rodeaban las invocaciones, las exhortaciones que deseaba escuchar. No profería ni lamentos ni suspiros.

El 26, hacia las 4 de la mañana, siempre lúcido, murmuró: “¡He aquí el fin!” Quince minutos después, inclinaba ligeramente la cabeza. Dejó de existir.

Los funerales se celebraron, el 28, en la iglesia San Francisco Javier. En el cementerio del Père-Lachaise, donde se realizaba el entierro, el senador Chesnelong, compatriota y amigo del Superior, pronunció el discurso fúnebre.

Algún tiempo después, durante la distribución de premios a los alumnos de las escuelas cristianas de la capital, en antiguo inspector general de la Instrucción Pública Eugène Rendu esbozaba este retrato, justo y matizado, del Superior comprometido, a su pesar, en la batalla escolar: [El Reverendísimo Hermano no tenía] ni debilidad ni jactancia, tan ajeno a cualquier idea de provocación como

incapaz de debilidad; guiado por un espíritu de iniciativa, controlado por una prudencia imperturbable; iluminado por un sentido práctico que le permitía medir el peligro sin exagerarlo ni disminuirlo, y adecuar la defensa al ataque, delimitando la lucha; templando el ardor del combate mediante las inspiraciones de la caridad; respetando las intenciones de sus adversarios, a veces presumiéndolas, con el fin de sentirse con el derecho de concederles su estima”.

Principios de conducta cívica, trabajos de educador, directivas de jefe religioso, muy pronto seremos capaces de estudiar su generalato bajo todos sus aspectos [1].

* * *

En el Instituto, el nombre del próximo Superior General se encontraba ya en boca de muchas personas. Se veía un digno heredero del Hermano Irlide en la persona del Hermano Joseph, fundador de la casa de los Francs-Bourgeois, antiguo Visitador del distrito de París *extra muros* [2], representante, desde 1873, de la enseñanza libre en el Consejo Superior de la Instrucción pública, Asistente del Hermano Jean-Olimpe en 1874, y perteneciente al Régimen desde esa época. Con otros procedimientos, otros métodos, que los del dominante y a veces rígido pirenaico, Joseph Josserand —voluntad rodeada de ternura, ascetismo impregnado de indulgencia, idealismo cotejado con una larga experiencia de seres humanos— sabría guiar la marcha de la Congregación [3].

Pertenecía a una humilde familia, originaria de Bourg-d'Oisans en Hautes-Alpes, pero trasladada del Dauphiné al Forez. Su acta de bautismo, en la parroquia Nuestra Señora, en Saint-Étienne, lleva la fecha del 31 de marzo de 1823. El nacimiento había tenido lugar la víspera, en la calle San Roque, en la casa del “jornalero” Jacques Josserand y de Jeanne Croizier, los padres.

En junio de 1836, el niño de trece años llevaba desde su ciudad natal al noviciado del arrabal Saint-Martin. Al acompañarlo al coche que conducía hacia París, la Sra. Josserand dijo a su hijo: “¡Vete, Joseph, y hazte querer!”

Anhelo totalmente realizado. El Hermano Joseph [4] poseyó en su más alto grado el don de ganar las simpatías. Su encanto no tardará en aureolarse de todas las virtudes religiosas; sin por ello dejar de ser menos natural. Es la amable bondad de los habitantes de Saint-Étienne; la cordialidad de un pueblo que conoce la dificultad de vivir y, en un deseo de justicia, en un impulso de caridad, se ingenia para remediar las miserias del vecino. En los Francs-Bourgeois primeramente, luego en

1 Circular de los Hermanos Asistentes, con fecha del 26 de julio de 1884. — Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Irlide, 12 de octubre de 1884. Eugène RENDU, *op. cit.* (p. XII de nuestra introducción). — DU SAUSSOIS, *Vie du Très Honoré Frère Irlide*, París, 1885. — *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 229.

2 Comprendía las comunidades de Seine-et-Marne, Aube y Haute-Marne.

3 Ver sobre el Reverendísimo Hermano Joseph el ÍNDICE de nuestro tomo V. — Nos permitimos también remitir a nuestra obra de 1925, *Un éducateur social, Le Frère Joseph*. Allí se encontrarán referencias útiles.

4 Conservó, bajo el hábito religioso, su nombre de bautismo.

los emprendimientos del generalato, la acción del apóstol manifestará ese carácter “social”.

La avenencia de expectativas que se orientaban hacia su personalidad muy conocida, muy estimada, tanto en los medios de los antiguos alumnos y de los amigos de la Sociedad Lasaliana como en diversas comunidades de las escuelas primarias y de los pensionados; esa *vox populi* que, verdaderamente coincidía con la inspiración del Espíritu Santo, el interesado no podía dejar de oírla. Sí, escribía, “el rumor llega hasta mí; no me siento movido más que por un solo deseo: la docilidad a la voluntad de Dios. Lo que los hombres creen una ventaja, porque en ello habría honor, sería para mí, en realidad, una cruz dolorosa, que marcaría y ensombrecería el resto de mi existencia. Pero no me atribuyo ni el derecho ni el deber de rechazar ser víctima, como el Hermano Jean-Olympe...”

La elección del 18 de octubre de 1884, rápidamente decidida [1], impuso al corazón del Hermano los sufrimientos a la vez temidos y aceptados. Tal como lo había previsto, sus días estuvieron a partir de entonces marcados por las inmolaciones. Muchos hombres —y no solamente los adversarios de la escuela cristiana— colmarán de amarguras al Superior General. A veces contradicho, a veces incomprendido, afectado quizás más por las ingratitudes que por los odios, acometido por angustias, este Jefe de alma extremadamente sensible no se mantendrá en pie sino gracias a un esfuerzo constante. Su noble rostro se verá surcado de arrugas profundas; la mirada, tan afable y tan penetrante bajo los párpados un poco pesados, se velará de melancolía; en la majestad de su estatura y de su andar se notará un ligero decaimiento. El manteo que, con un gesto familiar, las manos recogen sobre el hábito, parecerá recubrir las sangrientas heridas [2].

Seguramente, al Hermano Joseph no le faltarán ni la gracia divina, ni siquiera los alientos de las amistades fieles y de las leales obediencias. Y hasta el final sabrá extender sobre sus discípulos el bálsamo de su exquisita caridad, de su palabra muy evangélica.

Contempla el crucifijo, repite el *Fiat*. “Una sola cosa, declara, escapa a la influencia de nuestro orgullo... Es la cruz: nuestra naturaleza se complace en todo, excepto en aquello que la martiriza”.

Encontramos un tema análogo en sus “deseos y recomendaciones” para el año 1896, carta circular dirigida a los miembros de la Congregación. En ella el Superior General recuerda el gran deber de la oración, realizado con un espíritu de total abandono a la Providencia; insiste sobre la necesidad del sacrificio; exhorta a sus religiosos a duplicar su generosidad frente a las pruebas. En su meditación propone

1 Los escrutadores no tuvieron que abrir todas las papeletas. Según la costumbre, se detuvieron en cuanto se obtuvo la mayoría absoluta. El nombre del Hermano Joseph se repetía continuamente.

2 El retrato que figura al frente del presente volumen es la reproducción del cuadro que se conserva en el Círculo de los Francs-Bourgeois. Esa hermosa obra, encargada al pintor Paul Mathey por los antiguos alumnos del Hermano Joseph, fue ejecutada en 1894 y llamó la atención del público en el Salón de 1895. No sin dificultad, el Sr. Ferdinand Florentin, uno de los discípulos más apegados al gran Educador, obtuvo con una modestia recelosa algunas sesiones de pose.

el grito angustioso y espléndido del libro de Job: “Aún cuando Dios me hiciese morir, yo seguiría esperando en Él”.

Así escribía y firmaba, aquel 19 de enero, una especie de testamento espiritual. Desde hacía algún tiempo, la alteración de sus rasgos, su palidez, más que nunca “marmórea”, llamaba la atención de los que lo rodeaban. Éstos le rogaron que se tomase, al menos provisionalmente, un descanso absoluto.

Ya en octubre de 1895, había encontrado alivio en una permanencia entre los Hermanos de Arcachon. Se pensó volver a solicitar el mismo beneficio a la suavidad del clima, a la serenidad del lugar. Tras una última visita a sus queridos “Francs-Bourgeois”, el enfermo partió hacia la Guyenne, el 11 de noviembre de 1896, y se instaló en una tranquila casa rodeada de pinos, la “villa Santa María”.

Los dolores se acentuaron dos días después. El Hermano Joseph, como su predecesor, sucumbiría a una afección cancerosa. Disfrutó de algunas horas de descanso durante las cuales, con un estilo siempre vivo, añadía algunas páginas a su correspondencia.

Del 13 de diciembre data la última carta, que correspondió a un Hermano Visitador. Es una breve y muy humilde ojeada sobre el pasado; es, expresamente, un adiós: “Carísimo Hermano, si yo hubiera hecho todo lo que usted me atribuye, podría aceptar las hermosas cosas que usted me dice. Pero el buen Dios sabe cuan a menudo, y en situaciones diversas, no he sido más que la pantalla detrás de la cual trabajaban y actuaban los obreros del bien. Lo veo aún mejor de lo que creía saber, repasando en la soledad de la enfermedad, mi vida de educador cristiano y de Superior religioso. Se reza por mí en el Instituto... Esas oraciones valdrán a la Congregación el poder contar pronto con un Superior... Es su gran necesidad...”

Este gran constructor se complace en considerarse como un prestanombre. Y el Jefe está impaciente por desaparecer. Pero la posteridad no podrá olvidar sus iniciativas.

A su alrededor, se recogen sus *ultima verba*. Su enfermero, el Hermano Augustien, en un relato precedido y sintetizado por la palabra *Pax*, —divisa muy monástica— nos cuenta las miserias del cuerpo valientemente soportadas, los piadosos ejercicios regularmente realizados, las prolongadas meditaciones. El Hermano Amédée, hijo predilecto, continuador de la obra en la casa de la calle Saint-Antoine, acude a la cabecera del maestro venerado: escucha —¡con cuánta emoción!— las frases jadeantes que de pronto brotan del silencio: “Busquen bien el reino de Dios y su justicia; todo el resto les llegará por añadidura. No olviden nunca esta sentencia... Creo que se acabó; no me volveré a levantar... He consagrado toda mi juventud y toda mi vida al Buen Dios; ¡que él reciba mi muerte! En los Francs-Bourgeois que lo hagan mejor que yo... Allí sufrí... Bendigo la casa...”

El 27 de diciembre, León XIII, envía al moribundo, ya reconfortado con el Viático y la Extremaunción, la indulgencia y la bendición *in articulo mortis*. En la noche del 29 al 30, el sacerdote presenta la cruz al Hermano Joseph, que la besa devotamente, mientras se recitan las oraciones de los agonizantes.

Pero el instante supremo tarda aún. “A partir del jueves 31, hacia las 10 de la mañana —relata la noticia necrológica— el Reverendísimo Hermano queda inconsciente, sin ninguna relación perceptible con el mundo exterior... El viernes 1º de abril de 1890, hacia la una, levanta de golpe la cabeza, sus ojos se abren; fija un punto elevado, mientras el rostro se ilumina, toma una expresión de completa felicidad.

“Poco después, los ojos se vuelven a cerrar, agacha la cabeza, los rasgos permanecen radiantes durante algunos minutos. Luego se oyeron algunos suspiros, seguidos de una respiración profunda; y el Hermano Joseph se adormeció dulcemente, con el sueño de los justos...”

* * *

Los restos mortales del Hermano Superior general fueron llevados desde Arcachon a París. Descansaron en medio del parque de Athis, en la cripta que, durante los años precedentes, se había convertido en sepultura del Hermano Philippe y de sus sucesores [1]. El Capítulo, reunido el 15 de marzo de 1897, celebró sus sesiones en esa hermosa propiedad de las afueras de París, aquella “finca de Oysonville” transformada, bajo el nombre “Nuestra Señora de los Retiros” como un anexo de la Casa Madre. Entre los religiosos sobre los cuales la Asamblea podía orientar su elección, se optó por el Hermano Gabriel-Marie. El Régimen, del que era miembro, le había dado, cuatro meses antes, la misión de velar sobre el Superior enfermo. Lo había rodeado de atentos cuidados, llevó a la villa Santa María un médico excelente y esmerado; hasta el final, su compasión, su oración se asociaron a los dolores del anciano. En cierto modo, ¿no había sido investido como heredero, junto al lecho del enfermo? Del mismo modo, en 1874, el Hermano Irlide pareció recibir una investidura, más lejana, mientras auxiliaba durante su agonía al Hermano Philippe...

Eso no es más que el lado misterioso de los acontecimientos y de los destinos. Conviene considerar la historia bajo otros aspectos. El Hermano Gabriel-Marie poseía títulos personales para merecer la confianza de los Capitulares.

Hemos aludido, en nuestras páginas sobre los principios y fuentes de la pedagogía lasaliana hacia mediados del siglo XIX, a los orígenes de la región del Cantal de Edmond Brunhes, su formación intelectual y moral, su noviciado en la casa central del distrito de Auvernia, en 1850, y desde 1852 a 1873 sus diecinueve años como profesor en el centro escolar de Brioude [2].

Las aptitudes de matemático ya han aparecido: tan originales, tan completas que, sin sus ocupaciones de cada día y su humildad religiosa, el Hermano Gabriel-Marie, antes que sus sobrinos, el geógrafo, el astrónomo y el obispo, hubiera dado brillo al

1 El Hermano Joseph hizo trasladar los cuerpos de los Hermanos Philippe, Jean-Olympe e Irlide, el 13 de diciembre de 1884, al “pabellón de las Flores” acondicionado desde entonces como capilla funeraria. Señaló su lugar al lado de ellos. Pero después de la ley de 1904, para evitar que el liquidador de los bienes de la Congregación no protestase los títulos de la sociedad civil, propietaria de la finca y no la considerase como “persona prestanombre”, el Instituto se resignó a trasladar los restos de los cuatro Superiores al cementerio municipal.

2 *Histoire générale*, t. V. pp. 503 y 504.

apellido de Brunhes. Pero él asume las tareas absorbentes de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y, después de haber enseñado, infatigablemente, a la juventud de Brioude, se le encarga, el 15 de septiembre de 1873, dirigir el pensionado de Notre-Dame de France, en el Puy. El personal necesita ser estimulado, los estudios una organización más racional, los alumnos una disciplina más estricta. Firme y poco expresivo, el nuevo director exige de sus subordinados ciencia, trabajo, regularidad. Los programas se amplían, las clases conocen una incesante actividad, un interés inédito. El progreso de las almas se realiza, paralelamente al de las inteligencias. Una piedad, especialmente mariana, florece en esa ciudad de las grandes peregrinaciones, en esa casa consagrada a la Santísima Virgen.

El oriundo de Auvernia parece haberse convertido en uno más del Velay. A partir de 1877, debe añadir a la dirección del pensionado las responsabilidades de Visitador, con todos los desplazamientos que esa misión supone de una punta a la otra del distrito. Extiende a las comunidades de la Haute-Loire, a las de la Lozère, su exacta vigilancia; les dedica sus atenciones, acrecienta su número.

Pero sus talentos, tan fructíferamente utilizados, merecen como recompensa una más amplia dedicación. Y en consecuencia mayores trabajos y penas. El Hermano Gabriel-Marie es elegido Asistente el 28 de octubre de 1882. Seguirá manteniendo el control sobre su antiguo distrito y administrará, además, los de Lyon, de Clermont, de Avignon, de Marsella. Y de vez en cuando se le confiarán encuestas, o gobiernos temporales en otras regiones. En el mismo centro del Instituto, preside, durante una docena de años, la mayoría de las comisiones en las que se elaboran los manuales escolares. Su autoridad se impone en la elección y la puesta a punto de los proyectos; su muy juiciosa discreción concede a los redactores de los libros mucha amplitud.

El Hermano Joseph lo tuvo como un precioso auxiliar. La Congregación no ignora la estima de que goza el Hermano Asistente entre sus colegas. La ratificará, mediante los testimonios de una respetuosa sumisión, el evento esencial del vigésimo noveno Capítulo: la elección del 19 de marzo de 1897.

Nacido el 16 de noviembre de 1834, el Superior comienza su generalato en el umbral de la vejez. Contrariamente a sus dos predecesores, no tiene buena facha. Pequeño de estatura, de aspecto endeble, salud aparentemente frágil, decepcionaría a las multitudes que prefieren los jefes de aspecto imponente. “No parece uno de Auvernia”, observaba un periodista de su país, dibujante de “siluetas del Cantal”. No obstante —añade rápidamente su compatriota— el Hermano Gabriel-Marie muestra las cualidades distintivas de su raza: “Paciencia, energía, rápida e inteligente asimilación. Es un trabajador y un tenaz”.

Juicio que confirman los Lasalianos de la época. El Reverendísimo Hermano, dicen, posee una gran capacidad de trabajo, una memoria sobresalientemente fiel; maneja los pensamientos a la manera de Descartes, buscando la lógica, la claridad, las definiciones, las relaciones objetivas. Repiten una de sus frases favoritas: “Queremos orden en todo”. Sin pretender poner en duda el alcance y la penetración de su espíritu, se concuerda que, en él, ese “orden” prevalece sobre “la cantidad y la variedad” de las iniciativas intelectuales. Algunos principios, puestos a prueba, luego sólidamente anclados, están en la base de sus decisiones.

El lenguaje del hombre es claro, “medido e incisivo”. Miradas, gestos, ademanes, toda la persona acusa “esa precisión que las ciencias matemáticas confieren a sus fieles”. Como geómetra, el Hermano Superior General no pretende poner riendas a la imaginación o al sentimiento; fija los límites de lo real, o de lo razonablemente posible, para la prudencia de su actuación. “Amigo de la sombra”, que “huye de las relaciones no indispensables”, prefiere “los trabajos solitarios”, en consecuencia su ascendiente social no será como el del Hermano Joseph.

Pero en el plano de la fe, se equipara a los mejores discípulos de san Juan Bautista de La Salle. La canonización del Fundador tendrá lugar en el cuarto año de su generalato: providencial atención de la que el Hermano Gabriel-Marie es muy digno. Lleva la existencia de un asceta. Su conducta, como sus discursos, manifiesta el valor de su oración; se abandona a Dios, después de haber colocado su conciencia y su inteligencia bajo la luz de Espíritu Santo.

La más temible de las tormentas amenaza al Instituto en Francia inmediatamente después de 1900. Las disposiciones tomadas para atenuar las consecuencias han podido parecer insuficientes, humanamente. Algunos, entre los principales miembros del Régimen, sustentaron ilusiones demasiado generosas hacia los políticos. Determinados gestos ocasionarán desconcierto; y otras actitudes provocarán posteriormente desgarradores trastornos o amargos sufrimientos en almas nobles. No obstante, la Congregación y su jefe saldrán con honor de esas horcas caudinas. Dado que el Hermano Gabriel-Marie no desea más que la gloria de Dios, no solamente salvaguardará, a pesar de todo, posiciones de futuro en territorio francés, no solamente se verá consolado por la heroica fidelidad de un gran número de maestros cristianos; sino que, al abrir a sus Hermanos los caminos de las naciones próximas o lejanas, alcanzará él mismo unos objetivos que las más audaces ambiciones de un simple mortal hubiesen jamás podido conquistar. Una nueva era, aún más rica de realizaciones que la era del Hermano Philippe, comenzará para la Sociedad Lasaliana, en el mundo entero, a partir de 1905. El Superior General, refugiado en Bélgica, reorganizará sus dirigentes y sus tropas; la duración de su mandato le permitirá registrar realizaciones positivas. Dimisionario en 1913, vivirá aún tres años más. Y si las sombrías horas del conflicto europeo han entristecido su caridad universal, sus afectos religiosos y su patriotismo, él habrá perseverado en sus hábitos de trabajo, en su oración confiada. Se habrá ganado ampliamente el derecho a repetir, ya octogenario llegado a su crepúsculo en este mundo: *In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum* [1].

* * *

En teoría y de hecho, el Superior General y sus Asistentes forman un grupo indivisible. No es que el poder supremo se ejerza colectivamente; el gobierno del Instituto conserva, como sabemos, la forma monárquica: monarquía electiva y vitalicia, surgida del Capítulo General. Los Asistentes desempeñan el papel de consejeros indispensables, de irremplazables auxiliares; aportan al Superior las luces de sus juicios y de su experiencia; deliberan, de acuerdo con él, sin poder condicionar su decisión. Le alivian de una parte de la correspondencia

1 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie. — Cf. en la biografía del Hermano Basile-Joseph (por el Hermano ALBERT-VELENTIN) las líneas de la p. 144.

administrativa, responden a las cartas personales de los religiosos, visitan las comunidades, presiden los retiros. Su autoridad es estrictamente una delegación de gobierno, temporal, y a veces modificada, en cuanto a la lista de las regiones atribuidas a cada uno de ellos.

A pesar de todo parece considerable. La extensión de la Sociedad exige, además de los problemas más graves, debatidos en común, el intercambio de responsabilidades, la utilización de las competencias individuales. Un Asistente goza del más legítimo prestigio: lo debe a su puesto; lo debe sobre todo a su valor humano y religioso.

Normalmente, es investido mediante el sufragio de un Capítulo General, para un periodo de diez años [1]. Pero si se produce una vacante en el Régimen, en el intervalo de dos asambleas capitulares, se efectúa un procedimiento especial con el fin de remplazar al fallecido o dimisionario. Se reúne entonces la “Comisión Electoral”.

Desde 1873 a 1884, esa Comisión estuvo compuesta por el Superior General, los Asistentes en función, y veinte Hermanos elegidos por el Capítulo, votados sobre una lista y sin distinción de provincias. Los votos de los Capitulares, colocados en un sobre sellado, serían escrutados, llegado el caso, por tres o cinco antiguos miembros de la más reciente asamblea; a continuación se debían convocar los veinte electores designados. Uniéndose al Régimen realizarían su misión. Y el nuevo Asistente sustituiría en todos sus derechos a su predecesor, hasta la confirmación o eventual prórroga, durante la reunión de un Capítulo [2].

La Asamblea de 1884, teniendo en cuenta muy justos motivos de conveniencia y la costumbre antiguamente en vigor [3], reintrodujo en la Comisión Electoral a los antiguos Asistentes y al Secretario General. El Capítulo de 1897 reservó un puesto para el Procurador General ante la Santa Sede.

Los ocho Asistentes de 1844, los diez de 1858 trabajaban duramente para estar a la altura de su cargo. Pero la afluencia de tareas no cesaba de crecer. En 1874, estaba a punto de anegar las voluntades más animosas. En esa fecha, los Lasalianos eran 10.664, repartidos en 1.191 casas [4].

Un rescripto pontificio, solicitado en el momento de la apertura del Capítulo y expedido el 16 de abril, autorizó el aumento numérico del Consejo del Instituto. Se podían elegir dos Asistentes suplementarios. A propuesta del Superior General, Hermano Jean-Olympe, se contentaron con nombrar, como undécimo, al Hermano

1 La prórroga es siempre posible.

2 De hecho, los Capítulos Generales fueron suficientemente numerosos durante este periodo como para elegir por sí mismos a todos los Asistentes.

3 Seguida desde 1844. En esa fecha, un Capítulo General había abolido los “Comités trienales” instituidos por el Capítulo de 1787. La comisión que ocupaba el puesto de ese organismo obtenía diversas atribuciones, entre las cuales el poder de elegir los Asistentes (fuera de las sesiones capitulares).

4 Cifras dadas por la circular del 1º de noviembre de 1897.

Osée. Se decidió que la Comisión Electora elegiría al duodécimo cuando el Régimen considerase llegado el momento [1].

El puesto permaneció vacío hasta 1884. El Capítulo convocado por el Hermano Irlide y reunido después de la muerte del Superior, quiso ofrecerle por sí mismo al Hermano Joseph los doce Consejeros a los que tenía derecho el Jefe de la Congregación. Al haber prorrogado hasta 1894 a los Hermano Exupérien, Patrick, Renaux, Osée, Phileter, Junien, Aimarus, Gabriel-Marie, Raphaëlis y Louis-de-Poissy, Asistentes ya en funciones, les dio como colegas a los Hermanos Visitadores Cyrus, delegado del distrito de Clermont, y Apronien-Marie, delegado del distrito de Rodez.

Durante los años precedentes acabaron desapareciendo las personalidades que rodeaban al Hermano Philippe. El hábil organizador de los establecimientos de Bélgica, el Hermano Amos, dimitía en 1873 y moría en 1877. El Hermano Calixte, *alter ego* del ilustre Superior, se reunió con su amigo en la tumba el 31 de mayo de 1874. Una copiosa noticia ofreció a la familia lasaliana la carrera y los méritos de aquel admirable Nicolas Leduc [2]. El Hermano Facile, “padre de los Hermanos de América”, se extingue en Marsella el 2 de abril de 1877. El Hermano Judore fallece en 1879; el Hermano Firmilien en 1880, decano del Régimen.

Los Hermanos Patrick, Renaux, Exupérien, elegidos por el Capítulo General de 1873 [3], forman el eslabón entre los miembros del Régimen “philippino” y los Asistentes del Hermano Irlide y Joseph.

El Hermano Patrick, irlandés transformado en canadiense, y antiguamente secretario del Hermano Facile, “una potencia en Montreal”, asignado para los distritos de América del Norte y de Inglaterra [4], llegará dentro de algunos años al final de su función. Lo citamos únicamente como recuerdo, pues tendremos la ocasión de estudiarlo en otros volúmenes; y nos contentaremos con señalar sus últimos momentos en Fleury-Meudon, donde expira el 25 de abril de 1891.

Louis-Boniface Renaux, cuyo apellido se transformó en nombre de religión sobrevivió a su colega hasta 1894. Hijo y hermano de maestros, él mismo antiguo alumno de la Escuela Normal de Ruán y que ejerció en Bertreville-Saint-Ouen, es una figura destacada en la galería de los maestros de escuela que realizan su labor bajo la Regla de Juan Bautista de La Salle. Será en 1843, a la edad de veintitrés años, cuando dio el paso definitivo. Enseña en el brillante equipo del Hermano Libanos. Passy lo da a conocer: el Hermano Renaux es llamado a dirigir el pensionado de Reims, luego a dirigir el distrito de París *extra muros*. En los consejos

1 Circular nº 369 *bis*, del 7 de mayo de 1874.

2 Ver sobre el Hermano Calixte los *Índices* de nuestros tomos IV y V. Su noticia biográfica fue publicada el 1º de octubre de 1874.

3 A la vez que el Hermano Irlide.

4 Ver sobre él nuestro tomo VI. — Cf. el libro titulado *L'oeuvre d'un siècle*, p. 112.

de los superiores generales, ocupará el lugar discreto de un hombre afable y bondadoso, rico en saber y en experiencia [1].

Después de la desaparición de este anciano, el Hermano Exupérien queda como el único de los antiguos diez. Aunque más joven que los Hermanos Patrick y Renaux (en el momento de su elección, comenzaba su quincuagésimo quinto año), el eminente religioso, nombrado con anterioridad a sus dos cohermanos, ocupaba el primer lugar, desde 1884, en el areópago lasaliano. Y, en todo el Instituto, es tan venerado, tan escuchado, que nunca subyugaríamos suficientemente su influencia. La cual se ejercía, como hemos visto [2], sobre los novicios de la calle Oudinot, desde 1859 a 1873. No cesaremos de constatarlo en diversos campos, hasta el final del siglo XIX y principios del XX.

Nos encontramos aquí a ese director de almas frente a problemas administrativos. La vivacidad de su inteligencia, la finura de su juicio se emplearán en semejante materia. Adivina el pensamiento de su interlocutor, actúa según los temperamentos y los caracteres. Percibe claramente las dificultades y descubre rápidamente las soluciones adecuadas. En él, no hay ideas preconcebidas, y con gusto acude a la ayuda de los otros. Sobre este punto, su modestia radical puede llegar a perjudicar sus emprendimientos. “Porque se desprendía fácilmente de su opinión personal — observa su biógrafo, el Hermano Paul-Joseph— y a causa de su búsqueda de lo más perfecto, el Hermano Exupérien modificaba sus planes mientras estaban en ejecución”. Él mismo reconocía este defecto: “Me falta espíritu de continuidad”, escribía.

Se apresuraba a añadir: “Pero Dios me ha dado al Hermano Alban”. Ese incomparable auxiliar, el Hermano Alban-Joseph, pone al servicio de su maestro espiritual su tenacidad, su espíritu realizador. En definitiva, no siempre logra imponer su punto de vista. Humilde, acepta su equivocación; sobrenatural, a ejemplo del Hermano Asistente, conserva su confianza en la eficacia de la oración. Observemos su maravillosa manera de explicar ciertos éxitos, sin la menor alusión a sus intervenciones personales: “El santo Hermano Exupérien, decía el Hermano Alban, se ocupa con tanto celo de la gloria de Dios que Dios se lo recompensa. A veces, los medios que toma conducirían al fracaso a cualquier otro que no fuera él. Pues bien, mediante soluciones que nosotros no hemos elegido, consigue resultados que no hubiéramos podido esperar, a pesar de los cálculos de la prudencia humana” [3].

Todos, en la Congregación se inclinan ante la santidad del primer Asistente. No se dudaba de ella cuando el hombre aún vivía; hoy día se halla sometida al juicio de la Iglesia. Pero lejos de encerrarse entre los muros donde se entregaba a la oración y no escatimaba las mortificaciones, la misma irradiaba hacia afuera. Por deber de estado, el Hermano Exupérien tuvo que actuar en el escenario del mundo. Y en él consiguió su respetuosa apreciación.

1 Noticia necrológica, 1894.

2 *Histoire générale*, t. V, pp. 444 a 448.

3 *Vie du Frère Exupérien*, pp. 83 y 84.

Sucedió al hermano Joseph, representó la educación católica, de 1897 a 1904, en el Consejo Superior de Instrucción Pública. Tuvo asiento en la Comisión de Litigios y Disciplina, encargada de examinar los recursos contra la oposición a la apertura de escuelas y contra las sanciones pronunciadas por los Consejos Académicos. El hermano Joseph había cautivado a sus compañeros de la universidad; El Hermano Exupérien no fue menos apreciado. No sólo se elogiaron sus habilidades; su sensatez, su buena gracia, su distinción, su bondad desarmaban las mentes con prejuicios. Hay que reconocer que el ascetismo no excluye ni las cualidades ni los talentos humanos.

Recíprocamente, estas entradas en los círculos oficiales proporcionaron a los religiosos nuevos medios de observación, razones para juzgar sin prejuicios. En una página que permanece manuscrita, el Hermano Secretario General Justino analizó muy bien la actitud del gran Siervo de Dios ante los poderosos e ilustres de aquí abajo:

“El sentimiento muy vivo que alimentaba de su debilidad —como lo expresa nuestro autor— lo llevó a una sincera humildad de mente y de corazón y, al mismo tiempo, le inspiró una respetuosa deferencia hacia los representantes de la autoridad”.

Evidentemente, las concepciones cristianas sobre esta cuestión habrían sido suficientes para explicar y justificar a este respeto. “Pero otras dos consideraciones ayudaron al hermano Exupérien a establecer una apreciación bastante optimista de los actos de poder: como hombre de gobierno él mismo, conocía las preocupaciones y las múltiples dificultades de la administración; además, se había dado cuenta, en muchas ocasiones, del sosiego que provoca, para determinadas figuras políticas, el ejercicio del poder; de la comprensión más clara, que resulta, de las verdaderas condiciones y las necesidades imperativas del bien público; de la virtud moralizante del trabajo diario y del cumplimiento concienzudo del deber profesional. Al frecuentar a hombres de alto valor intelectual, había aprendido a hacerles la justicia, muchas veces rechazada, que merece el esfuerzo constante de una vida de trabajo o sacrificio.

“Varios de nuestros correligionarios estarían dispuestos a dividir a la humanidad en dos grupos: el primero reuniría todo lo que lleva el nombre de católico y que tendría el monopolio de la virtud; el otro, compuesto por no católicos de etiqueta y que estarían desprovistos de los verdaderos dones del alma y de la inteligencia. El hermano Asistente no cayó en este error.” [1]

El mismo retrato, de la pluma del más asiduo colaborador de los Superiores generales y de todo el Régimen, no le falta picante. Sin embargo, no ofrece nada que no sea exacto. Destaca un lado original, y quizás poco conocido, de la venerable fisonomía.

* * *

Junto a los Hermanos Irlide, Joseph y Gabriel-Marie, el Hermano Exupérien ocupa el primer plano. Sin embargo, su personalidad, al igual que la de los Jefes de la Congregación, no eclipsa los rostros y los méritos de los demás Lasalianos sucesivamente llamados al Supremo Consejo.

1 Archivos de la Casa Generalicia, dossier CF j.

Hemos enumerado antes los doce de 1884. Esboceemos ahora los rasgos de aquellos que apenas hemos vislumbrado. El mayor, según el orden de las elecciones, se llama Hermano Osée, Pierre-François-Louis Lassus. Ha servido en el Régimen desde 1874. Su bastión son los Distritos de Le Mans, Quimper y Nantes. Es un Comtois que emigró al oeste. Hijo de un campesino de Genevreville, en la diócesis de Besançon, miembro de una familia numerosa, fue uno de los tres que, entre diez hijos, se dedicaron a Dios: una monja, dos Hermanos de las Escuelas Cristianas. El mayor se convierte en el Hermano Romèze. En cuanto al Hermano Osée, entró en el noviciado de Lyon a la edad dedieciséis años, el 6 de junio de 1835. Fue después de haber profesado en Saint-Étienne, en Dijon, en Aurillac, cuando, en 1849, recibió una obediencia para el internado de Bel-Air, Nantes. Lo dirigió a partir de 1856. A partir de entonces fue bretón. Visitador del Distrito, de 1864 a 1874, inspiró a sus subordinados el respeto, y a veces miedo, con su mirada profunda y penetrante, sus exhortaciones entusiastas y su vehemente indignación. Los edifica, además, con hermosos ejemplos de piedad; los toca con ciertos gestos de delicada ternura. El estilo, pintoresco y sabroso, de sus conferencias sigue siendo célebre. El hombre posee “el fluido imperativo”. Lo conservó, en calle Oudinot, hasta su dimisión en 1894; para morir, regresó a Nantes. El día de Pascua, el 14 de abril de 1895, terminaron sus años terrenales [1].

Menos pronunciado, incluso difuminado, se dibuja el perfil del Hermano Phileter, Augustin Deygas, que fue Asistente desde 1875 a 1891. Oriundo de la Louvesc, en la diócesis de Viviers, creció cerca del sepulcro de san Francisco Regis, en un hogar de ardiente cristianismo: uno de sus hermanos ejerció el ministerio sacerdotal; dos de sus hermanas tomaron el velo. Augustin, una vez iniciada su carrera lasaliana, la recorrió apaciblemente, generosamente, a lo largo de las etapas del noviciado, del profesorado, de las elevadas funciones administrativas [2].

Su contemporáneo, tanto de nacimiento como de acceso al puesto de Asistente, Pierre Saurel —el Hermano Junien— nos aporta la sonrisa de un meridional amable y vivo. Es un amigo personal del Hermano Irlide: “Aunque no tenga la misma prontitud en la decisión, el mismo vigor en el gobierno, posee, también él, en muy alto grado, la delicadeza de espíritu, la energía de voluntad”. Carcassonne albergó, en 1822, su cuna. Toulouse lo acogió como novicio, en 1837, lo tuvo como maestro en la escuela de la Daurade, profesor, subdirector, director, finalmente, del pensionado Saint-Joseph. El establecimiento, bajo las órdenes del Hermano Junien, conoce una tal prosperidad que su hábil jefe llama la atención de los capitulares de 1875. Con cincuenta y tres años, el nuevo miembro del Régimen sigue siendo ardiente en el trabajo, infatigable en toda circunstancia. Los distritos de Bayona y de Burdeos le son asignados. Después de la muerte de su colega, el Hermano Judore, será, además, responsable de las comunidades de Toulouse y, momentáneamente, de las comunidades del Rouergue. A lo cual hay que añadir todo un imperio del otro lado del océano: Chile, Colombia, luego, en 1889, Argentina.

Se interesa por las cuestiones más diversas, como lo muestran sus extensas lecturas, realizadas con profundidad. Sus conferencias religiosas basan su solidez en la

1 Noticia necrológica, 1895. — Y, en el apéndice de la *Vie du Frère Camille de Jésus* (por I. DE CICÉ) la interesante nota nº 8.

2 Noticia necrológica.

doctrina de los Padres de la Iglesia. Sus estudios jurídicos le permiten ayudar muy útilmente al Superior General. Colaboró con el Hermano Irlide en la publicación de informes sobre la personalidad civil del Instituto, sobre el reconocimiento legal de los pensionados. Como especialista de las legislaciones escolares, se dedica a vencer las dificultades políticas o técnicas, a descubrir las soluciones adecuadas, prudentes, eficaces. No dimitirá hasta 1906. Octogenario, nonagenario, retirado en Toulouse, verá, de lejos, desarrollarse los acontecimientos que revolucionarán el mundo. Llamado hacia Dios el 26 de diciembre de 1917, faltará muy poco para que logre alcanzar los cien años de una fecunda existencia [1].

A la promoción de 1875 pertenece también el Hermano Aimarus. Políglota y globe-trotter, osado realizador, muy gran jefe, merece una atención particular. Pero precisamente por haber desempeñado fuera de Francia sus principales funciones, nos detendremos sobre su carácter y su obra en otro lugar diferente de estas páginas. Lo habíamos seguido antaño en Londres, en Túnez, en Argelia [2]. Lo volveremos a encontrar más tarde en Canadá, en los Estados Unidos, y pasando por África, Palestina, las Indias, China, Japón, para abordar América. Hasta el 8 de septiembre de 1906, fecha de su muerte, lo observaremos con toda tranquilidad, muy activo en las sesiones del Régimen, gracias a su gran prestigio, sus maneras afables, su aspecto de señor, su palabra pausada, y la seguridad de su juicio [3].

El Capítulo General de 1882 deja definitivamente, en la calle Oudinot, con el Hermano Gabriel-Marie, a los Hermanos Raphaëlis y Louis-de-Poissy; uno, Pierre Michallat, del Voreppe en el Dauphiné; el otro, Albert Bruny, de la antigua burguesía de Niza, orgullosa por sus nobles ascendencias.

Los diez años de “asistencia” del Hermano Raphaëlis terminarán trágicamente. Perecerá en 1892 en la catástrofe de Saint-Gervais-les-Bains. Ante la insistente invitación del Hermano Joseph, había ido a cuidarse en esa ciudad de Saboya. Durante la noche del 11 al 12 de julio, una enorme masa líquida, precipitada desde los glaciares, invadió el barranco en el que se había construido el balneario. Las aguas barrieron todo a su paso. Un ala del edificio fue derribada y la riada trasportó los restos a varios kilómetros. La habitación del Hermano estaba situada al borde del torrente devastador. El cuerpo sumergido, tragado, rodó a la lejos con el raudal. Fue encontrado cuatro días después, con el cráneo destrozado, en un amasijo de lodo y de escombros [4].

El Superior General sintió vivamente esta desgracia. “Daba pena verlo”, dice un testigo. Estimaba mucho y amaba a su Asistente, de expresión noble, con un carácter lleno de lealtad, de energía y de optimismo. El Hermano Raphaëlis había mostrado siempre un magnífico entusiasmo; siendo profesor en Lyon se enardecía leyendo a los alumnos los sermones de Bossuet y las conferencias de Lacordaire. A continuación su entrega se hizo realidad en Caluire: director del noviciado menor en

1 Noticia necrológica, 1919.

2 Tomo VI de esta *Histoire générale*.

3 Consultar, sobre el Hermano Aimarus, *L'Oeuvre d'un siècle*, p. 112.

4 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1923, p. 332.

1875, cuando estaba dirigiendo el conjunto del establecimiento fue llamado al Régimen [1].

La vida del Hermano Louis-de-Poissy se había desarrollado en Béziers durante más de treinta años. Albert Bruny llegaba al pensionado de esa ciudad en 1847 [2], siendo un muchachito de unos doce años. Era un joven brillante, cabeza bien formada y bien equipada, especialmente dotado para la filosofía, alma recta y pura, consagró todos sus talentos al Instituto que los puso de relieve. Ya con el hábito lasaliano volvía a la casa de su adolescencia. Allí, como educador, seguía los pasos de sus maestros, el Hermano Leufroy, el Hermano Exupère, el Hermano Théoctène, el Hermano Exupérien. Sus lecciones mostraron un amplio saber, una verdadera potencia de razonamiento. Las más notables se plasmaron, en 1875, en un volumen que, muy alabado en Roma, se adelantó al nuevo tomismo. Subdirector, luego director del pensionado de la Inmaculada Concepción, el Hermano Louis-de-Poissy destacó por interesantes iniciativas: revisó todos los programas de estudio y los adaptó a las necesidades de la región. Bajo su forma muy racional, no necesitaron ser modificados durante un cuarto de siglo. Los profesores jóvenes, al igual que los alumnos, se beneficiaron de las instrucciones del filósofo y del pedagogo. El celo del religioso, que se manifestó en todo, suscitó el desarrollo de la piedad eucarística, de la devoción mariana. El Capítulo de 1882, al reclamar la presencia y transformar las obligaciones del director de Béziers, le otorgaba un puesto para el que estaba particularmente indicado. El Hermano Asistente Louis-de-Poissy bajo tres Superiores Generales [3], proseguirá sus trabajos intelectuales, adquirirá fama de canonista erudito y sagaz; y administrará, con mano firme, sus distritos de Francia y del exterior [4].

Los Hermanos Cyrus y Apronien-Marie completan el colegio de los Asistentes, al principio del generalato del Hermano Joseph. El primero desaparecerá poco tiempo después del Jefe de la Congregación. El segundo, en cambio, prolongará su carrera durante diecisiete años más.

Pierre Lesage —Hermano Cyrus— tiene derecho de primogenitura sobre sus cohermanos. Nació en 1829 en Saint-Christophe del Jambet, en la diócesis de Mans. Un misionero, el P. Raingaud había conservado su agradecimiento hacia esa aldea, que fue su asilo durante la Revolución; volvió a ella en 1842 para predicar. El hijo de un artesano se dirige a él, y parece mostrarle señales de vocación religiosa. Siguiendo sus indicaciones, los padres envían a su hijo al noviciado lasaliano de Nantes. Tales fueron los comienzos del Hermano Cyrus.

La continuación no supone otras vicisitudes más que el paso por Bretaña, Poitu y Auvernia. Maestro en la escuela de Bon-Port en Nantes, profesor en el pensionado de Poitiers, director de ese establecimiento, al cual imprime un gran impulso, director

1 Noticia necrológica, 1892.

2 En el momento en el que Adrien Mas abandonaba el centro para convertirse, en Toulouse, en el Hermano Exupérien.

3 Presentará su dimisión en 1913, en el Capítulo General reunido en Lembecq.

4 Noticia necrológica, 1924.

del pensionado de Nantes, Visitador de Clermont-Ferrand, y, en ese distrito, creador de las escuelas libres después de la laicización, el Hermano, a sus cincuenta años, reúne títulos y obras suficientes como para asumir una carga más pesada. Se convierte en el undécimo Asistente el 23 de octubre de 1884. Escribe de forma muy agradable. Reviste con una forma impecable el fondo muy rico de sus conferencias. Lo cual resulta muy sorprendente, cuando se trata con él, por su palabra breve y seca, su reserva glacial [1].

Junto a este impasible oriundo de Le Mans, y no menos trabajador, no menos fiel, está el loreno Auguste Petitnicolas. Éste, natural de Arraincourt, en la diócesis de Metz, es en el Instituto, la conquista de su hermano mayor, el Hermano Archange. Hijos, ambos, de un agricultor, con propiedades en la región de La Moselle. El Hermano menor no pensaba en absoluto alejarse de ella. No obstante, acabó escuchando a su hermano: “Acumula tesoros en el cielo”. El 15 de octubre de 1853, el joven —tenía veinte años— partió hacia el noviciado. Su corazón en adelante no pertenecía más que a Dios. En cuerpo y alma, el Hermano Apronien-Marie está al servicio de su Congregación. El pensionado de Beauregard lo emplea como profesor, luego como subdirector, desde 1855 a 1874. Una estancia en Saint-Dizier sirve de preludio a mayores trabajos: en la isla de La Reunión, en Quimper, en Rodez. Sucesivamente Visitador de esos tres distritos, será el delegado por Rodez al Capítulo de 1884, allí, el 25 de octubre, su nombre recibirá la mayoría de los votos para ocupar el duodécimo puesto de Asistente, previsto en el rescripto pontificio de 1874.

“Aporta a las discusiones mucha prudencia y franqueza, deferencia y sentido práctico” declara su biógrafo oficial. En él sigue manifestándose la sabiduría campesina que teme las aventuras y no se compromete más que con conocimiento de causa, una vez todo bien calculado. A su boca acude con frecuencia una expresión: “Organizar, controlar, sancionar”. Prepara cuidadosamente la puesta en marcha; no pasa de una etapa a la siguiente sino después de una seria verificación. Aunque no llega a la meta tan rápidamente como otros, no deja de caminar, sin perder tiempo. Por otra parte, la administración no lo absorbe hasta el punto de obligarle a descuidar la dirección religiosa. Se mostró siempre preocupado por las almas; en el Rouergue, creó centros de retiro para los “retiros anuales”. Desde su despacho del régimen, mantiene una abundante correspondencia espiritual. A ello añade cursos apostólicos por las comunidades. Y por supuesto la oración.

Ya anciano de ochenta años y liberado de sus funciones por el Capítulo de 1913, volverá a Rodez para poner un cierto intervalo entre su vida activa y la muerte. Sus antiguos subordinados de Rodez recogerán su último suspiro, el 25 de enero de 1914 [2].

* * *

Después del Capítulo de 1894, después del de 1897, la lista del Régimen sigue incluyendo siempre los nombres de los Hermanos Exupérien, Junien, Aimarus,

1 Noticia necrológica, 1897. — El Hermano Cyrus muere en Saint-Omer el 1º de junio de dicho año.

2 Noticia necrológica, 1914. Y Archivos del distrito de Rodez, monografía del distrito.

Louis-de-Poissy, Cyrus y Apronien-Marie [1]. Pero se abre a personalidades nuevas que, en su mayoría, intervendrán en nuestros relatos. Es importante, en consecuencia, ubicarlos junto con los precedentes, en el umbral de la historia del Instituto en Francia antes de 1905.

Mencionemos aquí al Hermano Clementian, elegido por la Comisión especial de noviembre de 1891 para suceder al Hermano Patrick, y al Hermano Madir-Joseph, elegido por el Capítulo General, el 18 de octubre de 1894. Uno a cargo de Irlanda, Inglaterra, Estados Unidos, las indias inglesas: le pediremos audiencia, cuando retomemos la ruta de los países lejanos. El otro es Asistente para Bélgica. Por lo tanto, también él queda fuera de nuestro marco, hasta nueva orden.

No sucede lo mismo en lo que se refiere a sus dos colegas, el Hermano Réticius y el Hermano Narcellien. ¡Figura enérgica y dominante, la del Hermano Réticius! Actividad magnífica, de la cual la Congregación se beneficia por más de medio siglo. Este hombre no hubiera podido pasar desapercibido en ninguna situación. Su alta estatura, su prestancia bourguignon lo hacían ya descollar ante todas las miradas. Y su fisonomía inspira una reverencia intimidante: los ojos escrutan al interlocutor, lo perforan hasta lo más recóndito; la enorme nariz despinata hacia adelante; los labios finos, enmarcados de arrugas, esbozan una sonrisa un tanto burlona. Toda la voluntad se percibe en el amplio maxilar. Y toda su inteligencia irradia sobre la amplia frente.

De este conjunto imponente, rígido, casi temible, la naturaleza había suministrado, ciertamente, varios elementos. Una fuerza interior, en la que lo sobrenatural viene a acentuar las libres decisiones, dirige todo el ser, lo impulsa a realizarse de la manera más vigorosa.

Cuando Louis Gonnet, con veinte años de edad, se presenta a los Hermanos de Neurey-les-Ladernie, el 21 de octubre de 1857, para comenzar su noviciado, parece tan enclenque que dudan en conservarlo. El Director no cede sino bajo la orden del Hermano Visitador Jean-Olympe.

Una vez admitido, el Hermano Réticius se somete fácilmente a la Regla. Su salud ya no es una preocupación. En cuanto a los estudios, ofrece todas las garantías. En su país de Laroche-Pot, en la diócesis de Dijon, este hijo de ricos viñadores se ha instruido bajo los auspicios del cura párroco. En 1854, su familia lo confió a los Lasalianos de Nolay. Al año siguiente, preparaba la carrera de maestro en Beaune; aquí, el Hermano Namphase, célebre en el distrito, se ocupaba del joven. Su solicitud desembocaba, en septiembre de 1857, en la conquista de un certificado de capacidad... y al descubrimiento de una vocación religiosa.

Toma el hábito el 8 de diciembre siguiente. Luego, una vez terminada la probación, comienza como auxiliar del maestro de novicios, no ya a Neurey, sino a Dole, a donde es trasladada entonces la casa de formación; además, es profesor de una clase de primaria. Obediencia para Pontarlier, en 1859: sus alumnos mayores, al

1 El Hermano Renaux, fallecido en noviembre de 1894, no será remplazado hasta 1897. — El Hermano Gabriel-Marie, Asistente durante el Capítulo de 1894, es elegido Superior General en el Capítulo de 1897.

principio a la defensiva contra el recién llegado, el Hermano Réticius obtiene estima y docilidad.

Desde 1865 a 1880, aparecerá como gran conductor de almas. Ésos serán sus quince años de director en la casa de Saint-Claude de Besançon. Noviciado del distrito encontró allí una instalación definitiva y un jefe eminente. Los discípulos reciben piadosamente la palabra de un maestro singularmente conocedor de sus aspiraciones así como de sus inseguridades; admiran su flexible elocución; se alegran a veces de alguna broma lanzada, deliberadamente, durante un desarrollo severo. Se nutren con una teología tomada de las mejores fuentes.

Pero, para el Hermano Réticius se van a abrir inmensos horizontes. Bien informado de su valía, el Superior General va a disponer de él; lo utiliza plenamente en la misión de Visitador provincial en Canadá.

De sus fecundos siete años en el nuevo mundo, no mostraremos hoy, para extender un mejor iluminación sobre el retrato del jefe religioso, más que un recuerdo: la carta escrita por Gédéon Désilets, redactor del *Journal de Trois-Rivières*, un canadiense francés, antiguo zuavo pontificio, a su hijo, Hermano de las Escuelas Cristianas, cuando conoció, en 1916, la desaparición del Asistente:

“La lucidez de su mente y la rectitud de su juicio, su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, su indomable energía que menospreciaba los obstáculos, y sobre todo aquella rectitud de intención que subordinaba todo a la gloria de Dios, le inspiraban una invencible repugnancia hacia las medias tintas, los apaños, las concesiones abiertamente propuestas o hábilmente veladas por las sutilezas de la diplomacia... La calma y la alegría que conservaba en lo más recio de la lucha, como hombre que considera a sus adversarios como una cantidad despreciable porque tiene a Dios de su parte, me recordaban a mi querido general de Charette sobre el campo de batalla.”

Un luchador intrépido e intransigente... Ya se trate de combatir por los derechos de la enseñanza cristiana o por el respeto de las Reglas lasalianas, esa valentía se desplegará igualmente en todas partes. Suscita las oposiciones, pero también los entusiasmos. Le merece al Hermano Réticius adhesiones, fidelidades indefectibles. Después de su partida de Montreal, los novicios y los novicios menores, al saber que no volverían a verlo entre ellos, prorrumpieron en llanto.

Su misión continuó en el distrito americano de Baltimore. Solamente durante algunos años; ya que, en 1887, el Hermano Joseph lo llama urgentemente a París. El “segundo noviciado” —cuya génesis expondremos— está decididamente organizado. Nadie parece más apropiado para dirigirlo que el reconocido maestro, el religioso ejemplar, con iniciativas coronadas por el éxito. Y sin cesar de forjar, en su duro yunque, la élite de los Lasalianos, el Hermano Réticius inspecciona los noviciados propiamente dichos; luego, el 16 de noviembre de 1891, simultáneamente con el Hermano Clementian, entra a formar parte del Régimen. Canadá y el Franco Condado serán los campos principales de su apostolado, cerca de un cuarto de siglo. Entre esos dos países, tan distantes sobre el mapa terrestre,

pero objetos de un mismo cuidado, iban a establecerse, dentro del Instituto, vínculos de estrecha solidaridad [1].

Se comprende que nos hayamos detenido y complacido en describir la silueta de su común padre espiritual. Pero deberemos volver, en diversas ocasiones, a precisar los contornos, reforzar los colores...

El Hermano Narcellien no presentaba menos ciencia y virtud que su inolvidable colega. No dispuso, para dar la talla, más que de un corto plazo. Nombrado en octubre de 1894, morirá el 8 de mayo de 1901, a los sesenta y siete años de edad. Administró, como Asistente, los distritos de Clermont, de Chambéry, de Lyon [2]. Regiones que conocía bastante bien y a las que no llegaba como un desconocido.

Niño en Roanne, Antoine Gardet paso de la Loire al Rhône durante su noviciado, que realizó en Caluire en 1849. No obstante, será en Borgoña donde se creara su reputación. Durante veintinueve años consecutivos, trabaja en el pensionado de Dijon: el director, Hermano Namphase, el subdirector, Hermano Pol-de-Léon y el Hermano Narcellien, profesor de la primera clase a partir de 1858, constituyen, para el mayor éxito de la institución, la “trinidad de Dijon”, según el término corriente entre sus conocidos. En vano, la Universidad pone un ministro del Segundo Imperio contra la casa demasiado próspera [3]: en el pensionado Saint-Joseph se sigue impartiendo una amplia y sólida enseñanza. El maestro de la primera clase cautiva a su auditorio mediante la claridad de sus demostraciones matemáticas. En 1869, ocupa el puesto de subdirector y asume la responsabilidad de los estudios.

Por eso parece capaz de dirigir a los futuros maestros. En 1879, es puesto al frente de la escuela normal de Aurillac. Pero, casi enseguida, debido a las orientaciones políticas del momento, el Superior General retira a los Hermanos de los medios oficiales, en los que no son bien recibidos. El Hermano Narcellien se traslada al Puy, con el fin de elaborar allí, obras clásicas escolares. Luego, es llamado a la dirección del pensionado de Saint-Étienne.

Sus cualidades esenciales se confirmarán, desde octubre de 1884 hasta octubre de 1894, al timón del distrito de Auvernia. Demuestra ser un administrador diligente e interesado en lograr resultados concretos. Su función es particularmente activa en las casas de formación y su influencia considerable sobre los Hermanos jóvenes. Su aparente rigidez no engaña a aquellos que se acercan a él con frecuencia: se acaba sintiendo la calidez de su corazón y de su alma. Su piedad unida a la bondad sabe imprimir un vivo impulso a las aspiraciones hacia el más generoso ideal. El Hermano Narcellien, elegido con toda razón por los capitulares de la asamblea decenal, constituía una notable adquisición para el estado mayor del Hermano Joseph [4].

1 Noticia necrológica del 2 de febrero de 1918. — Archivos del distrito de Besançon, *Histórico del distrito*. — *L'Oeuvre d'un siècle*, p. 113. — Y en la biografía del Hermano Isidorus-Marie (por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL) p. 50.

2 Y, fuera de Francia, el distrito de Ecuador.

3 Ver *Histoire générale*, t. V. p. 394.

4 Noticia necrológica, 1901. — Y Archivos del distrito de Clermont-Ferrand, *Histórico del distrito*.

El Hermano Viventien-Aimé y el Hermano Périat-Étienne, de quienes nos falta hablar, estarán presentes en los consejos del Hermano Gabriel-Marie, a partir del 25 de marzo de 1897.

A la más tierna infancia de Paul Bargel —el Hermano Périat-Étienne— se vincula un relato que su perfecta autenticidad no le impide en absoluto conservar el sabor de “Leyenda Dorada”. El 28 de julio de 1846, hacia mediodía, el santo cura de Ars abandonaba la iglesia parroquial donde acababa de celebrar, rezar, confesar, durante doce horas seguidas. Al regresar a la casa parroquial, una mujer, de rodillas, le presenta el bebé que había traído desde muy lejos para una bendición de la mano sacerdotal. Y, entonces, Jean-Marie Vianney dice a la madre: “Ese niño que reposa en sus brazos ha sido elegido por Dios para su gloria. Será Hermano de las Escuelas Cristianas y hará mucho bien” [1].

“Por eso, declaraba un día el Hermano Périat a un amigo íntimo, estaba llamado a la más amplia actuación bienhechora. Tiemblo por no haber sabido responder completamente a esa vocación divina”. Así se expresa la humildad. En realidad, la predicción del Santo encontró su cumplimiento.

Los Bargel, gente modesta —el padre ejercía el oficio de molinero en Pontcharra, cerca de Tarare— representaban el tipo de buenas familias de la región lionesa. El hijo, educado en una atmósfera piadosa, desarrolló de la forma esperada su alma de predestinado. Entró en el noviciado de Caluire el 5 de septiembre de 1864. Un año después, se iniciaba como profesor de veinte años en el pensionado ubicado en las laderas de Fourvière. Enseñará a generaciones de estudiantes, orientará —en calidad de “inspector de la primera división”— la pedagogía de los jóvenes maestros, hasta 1887. Sin abandonar Lyon, se aleja de la vieja casa de los Lazaristas, para recibir el cargo de prodirector, luego de director, de la gran comunidad de San Policarpo, que se compone de cuarenta Lasalianos, empleados en siete “barrios” escolares. En 1897, realizaba, desde hacía dos años el papel de Visitador auxiliar del distrito, cuando fue elegido Asistente. De estatura mediana, rostro rechoncho, con un aspecto de graciosa mansedumbre, el Hermano Périat-Étienne, con “corazón de oro”, expresiones cargadas de candidez, dejó —después de veintiséis años de administración— el recuerdo de un excelente religioso y de un jefe paternal [2].

Encontramos una inteligencia más rápida y una voluntad más imperiosa en Claude-François Aymonier-Davat, descendiente de la burguesía de Saboya. Nacido en Aix-les-Bains el 6 de junio de 1851, novicio en 1867, el Hermano Viventien-Aimé ocupa diversos puestos en la enseñanza en Chambéry, en La Motte-Servolex, y otros lugares. Enviado al distrito de Clermont-Ferrand con una obediencia de Visitador, manifiesta su celo, actúa como hombre de autoridad. En el Régimen, su ascendiente, sus iniciativas se impondrán también. Y al serle confiado, además de Clermont y Reims, Ecuador y Colombia, descubrirá su alma de misionero. América del Sur acogerá su última vejez y conservará los restos mortales de ese gran

1 Francis TROCHU, *Vie du saint curé d'Ars*, ed. de 1932, p. 213. — El autor da la fecha de 1847. La noticia necrológica dice “28 de julio de 1846”, lo cual concuerda mejor con el tiempo del nacimiento del futuro Hermano Périat-Étienne (1845).

2 Noticia necrológica, 1924.

servidor del Instituto, muerto en Venezuela en 1937, a la edad de ochenta y seis años [1].

* * *

Al anotar en un cuaderno particular algunas “observaciones sobre el derecho canónico”, El Hermano Louis-de-Poissy se preguntaba quién tenía derecho a la calificación de “superior mayor”. Y según un estudio del Código promulgado por la Santa Sede, concluía: “En nuestro Instituto no hay otros superiores mayores más que el Superior General, los Visitadores, sus auxiliares, y en resumen aquellos que tienen poder a semejanza de los Provinciales de las otras congregaciones religiosas. Los Hermanos Procuradores Generales, y el Hermano Secretario General, sea cual sea el nivel de su empleo, no entran en la categoría considerada; parece que los mismos Hermanos Asistentes tampoco pertenecen a la misma, en el sentido canónico del término. En todos esos casos, en efecto, no se trata más que de poderes delegados, cuyas modalidades y extensión son dejadas a juicio del Superior General” [2].

Consideraciones teóricas, cuyo interés no se puede negar. Pero un estudio de los principales engranajes de la Congregación debe, sobre todo, tener en cuenta las realidades. En la práctica, la jerarquía se escalona desde el Superior y de los Asistentes hasta los Hermanos Visitadores pasando por los grados intermedios donde ocupan su puesto los procuradores generales y el secretario general.

Dijimos, en nuestro volumen precedente, a propósito del Hermano Floride [3], la función que desempeñaba el Procurador General ante la Santa Sede. El proceso de canonización del Fundador nos ofrecerá la ocasión de insistir sobre algunos rasgos del personaje, sucesor del humilde Gabriel Drolin, de modo semejante a como un embajador recoge la herencia de un paladín de las armas [4]. Luego, en nuevas páginas sobre Italia, volverán a aparecer nombres de religiosos que, por su residencia y sus atribuciones, están necesariamente asociados a la vida de los Lasalianos de Roma.

El otro Hermano de las Escuelas Cristianas que, en esa época, lleva también (y por mucho tiempo) el título de Procurador General [5], se encuentra “a disposición del Régimen”. Es el financiero y jurista de la Sociedad. Su legítima importancia crece a medida que se complican las relaciones de las colectividades religiosas con el mundo exterior. Los trabajos del Hermano Dominatoris nos informarán mejor, sobre este punto, que las definiciones abstractas.

1 Padre SECRET, *Les Frères des Écoles chrétiennes en Savoie*, 1944, pp. 94 a 96.

2 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE p 3.

3 Ver tomo VI de la *Histoire générale*, ÍNDICE.

4 En ese momento, del que hablaremos será del Hermano Robustinien.

5 Actualmente esa designación, que se prestaba a confusiones evidentes, se ha sustituido por la de *Ecónomo General*.

En 1875, el cargo estaba vacante desde hacía varios años. El Hermano Irlide no consideraba aún oportuno dotarlo de un titular. Llamó a la calle Oudinot, como “director de la Procuraduría General”, a un Hermano oriundo de la diócesis de Angers, e incorporado, desde hacía poco, a la comunidad del pensionado de Poitiers. El religioso designado para una tarea, bastante ingrata, de reorganización, se llamaba Hermano Dominatoris. Poseía fama de tener una mente sólida y clara. Había hecho honor a sus maestros lasalianos del Anjou. Después de excelentes estudios bajo su dirección, revestía su hábito, en 1851. Durante nueve años, enseñó dibujo en la escuela Saint-Pierre de Nantes. Fue luego profesor de matemáticas y de francés en el pensionado de esa ciudad; dibujante de alto nivel, matemático de talento, habiendo desarrollado en esos dos campos su gusto por la observación, su precisión, su raro sentido común, la experiencia de los negocios la desarrolló en las funciones de procurador general del gran establecimiento de Nantes. El Hermano Osée, que lo conoció en su labor, no olvidó a ese precioso auxiliar. En 1868 le confió la dirección de la casa de Rosmadec, donde vivía la comunidad central de las escuelas de Nantes. El exilio, un tanto sorprendente, en Poitiers apenas duró. La llamada del Superior General le puso fin.

El Hermano Dominatoris tuvo que regular la buena marcha tanto de los servicios de librería como de la administración de los bienes del Instituto. Su paciente inteligencia enderezó los errores, superó los obstáculos. En 1881, su nombramiento de Procurador General recompensaba su mérito. No cambió para nada su modo de ser ni sus hábitos de trabajo. Poco expansivo, pero de fácil acceso y con una gran caridad, sabía complacer discretamente; hacía uso de sus numerosas relaciones para acudir en ayuda a muchas personas en situación problemática. Aliviado de ciertas tareas secundarias, se aplicó, más intensamente que nunca, en defender los intereses de la Congregación. Las leyes fiscales, tan complejas, tan fértiles en trampas, dejaron de tener secretos para él. De todas partes acudían a sus aclaraciones. Las sociedades civiles, propietarias de un gran número de los establecimientos del Instituto, mantenían constante relación con el Hermano Procurador General.

Éste no escatimaba ni su tiempo ni su salud. Viajero, en apariencia infatigable, desafiaba el calor y el frío, permanecía en ayunas durante días, antes que alimentarse en el bar-restaurant de las estaciones; y, después de noches pasadas en el tren, apenas entraba en su celda ya se apresuraba a despachar los asuntos pendientes.

Ese trabajo excesivo acortaría la existencia del Hermano Dominatoris. Una especie de meningitis fulminó al gran trabajador a sus sesenta y un años, el 28 de abril de 1896. Dejaba en herencia a sus sucesores, junto con los ejemplos de una actividad admirable —no siempre imitable según las reglas de la prudencia— un sistema racional de administración [1].

Paralelamente a los servicios de la Procuraduría General funciona en los locales de la Casa Madre, el Secretariado General con su jefe y sus empleados. Estamos lejos de la época en la que el Hermano Salomón mantenía la correspondencia y tenía al

1 Noticia necrológica, 1896. — Y nota nº 21 en apéndice de la *Vie du Frère Camille-de-Jésus*.

día los registros del Reverendísimo Hermano Agathon [1]. El puesto ha tomado la importancia de un ministerio, lo hemos constatado desde los primeros años del generalato del Hermano Philippe, cuando el Superior llamó a su lado al Hermano Léon [2]. La tradición creada por ese diligente y metódico auxiliar del gran jefe será mantenida por el Hermano Cyprius.

Secretario General desde 1865 a 1893, el Hermano Cyprius se preparó para las tareas administrativas, así como para la escritura pronta y correcta, durante los treinta años de una carrera de profesor, de director, de responsable de las escrituras de la calle Oudinot. Natural del Anjou como su cohermano Dominatoris, era alumno del colegio diocesano de Combrée, y se encaminaba hacia el sacerdocio, cuando sintió despuntar una vocación de religioso laico. Venciendo todos los obstáculos, entró con los Lasalianos, a la edad de quince años. Novicio en Nantes en 1833, sus obediencias lo condujeron desde el pensionado de Bel-Air a Aurillac, a Montbrison, a Marsella, a Saint-Chamond. En 1857, llegaba a París para ser asignado a los despachos del secretariado. Se lo ve tan adaptado al empleo que nadie se sorprende de la promoción acaecida ocho años después. Habla y escribe con facilidad, se muestra exacto, asiduo, minucioso, en modo alguno alterado por los problemas delicados. Su sordera, ya sensible a sus cuarenta años, aumenta con la edad, le obliga a una vida sedentaria, lo aísla más completamente aún, que antaño al Hermano Léon, afectado por la misma enfermedad. Sordo como su predecesor, el Hermano Cyprius tiene, también él, una naturaleza ardiente, irritable. La molestia que siente en el intercambio verbal de las ideas le fuerza a una especie de repliegue interior; se nutre de su propia forma de ser, en consecuencia, soporta con dificultad la contradicción, manifiesta sus tendencias autoritarias. Pero aunque lo moral sufre la influencia de la discapacidad física y el dolor, la mente permanece lúcida, la conciencia escrupulosa, la actividad sin disminución, en el marco uniforme de las tareas, en el monótono transcurrir de los días [3].

El Hermano Cyprius puede desaparecer. Aparece ya la estrella del más representativo y del más conocido de los secretarios generales. Desde 1886, el Hermano Justinus ostenta el título de “director del Secretariado”. Habíamos dejado, anteriormente, en Burdeos a este meridional de mirada vivaz, de inteligencia despierta [4]. Después de haber dirigido la comunidad de Sainte-Eulalie, remplazado al Hermano Liacim en la comunidad principal de Saint-Charles, dirigido a cincuenta Hermanos, maestros de dos mil alumnos, contempló las laicizaciones de 1880. Se han instaurado seis escuelas parroquiales; el Hermano Justinus creó, en una de ellas, clases primarias superiores que, bajo el nombre de escuelas de la calle Margaux, adquirieron una brillante notoriedad. En ella reúne, mediante un concurso, una élite de adolescentes procedentes de los ambientes cristianos, dotados de un saber de buena ley, y a los cuales orienta según las necesidades del comercio de Burdeos. Él mismo encuentra el tiempo para acrecentar su cultura personal; sigue las lecciones de Achille Luchaire y de Émile Faguet en la facultad de Letras. Ni la

1 Ver nuestros tomos II y III.

2 Tomo V de *Histoire générale*, p. 227.

3 Noticia necrológica, 1893.

4 *Histoire générale*, t. V, p. 508.

historia ni la literatura le parecerán un bagaje superfluo en su carrera. El Hermano Justinus, al cual Faguet otorga, un día, elogios públicos, sabrá servirse de la pluma y unir a su experiencia de pedagogo, de psicólogo, de hombre de acción, las enseñanzas del pasado.

Está listo para la función que el Hermano Joseph le asignará. El Superior General, con motivo de una visita a la Gironde, adivinó, descubrió a ese subordinado digno de su total confianza. Se sentirá altamente satisfecho de semejante elección. “Agradezco a la Providencia, dirá, por haberme dado un secretario que lee más rápidamente que yo mismo en mi propio pensamiento”.

En efecto, la penetrante mirada del religioso de Burdeos se ajustará maravillosamente a la sabiduría del Jefe. El nuncio de León XIII, Mons. Ferrata, en momentos difíciles, pudo alabar en el Hermano Justinus, el sentido de oportunidad, el valor que no duda en enfrentarse a la realidad.

En 1887, el ministro de la Instrucción pública nombró a este religioso miembro de la comisión de estadística para la enseñanza primaria. El director del Secretariado General se desempeñó con toda franqueza y dignidad en sus relaciones con los funcionarios de la Universidad. Encontró entre ellos algunas mentes privilegiadas, almas sinceras, a quienes estimó y que supieron reconocer su valor. Se puede afirmar que estableció, en esas esferas oficiales, vínculos de verdadera amistad. La causa de las escuelas libres no dejó de beneficiarse de esa situación, en varias circunstancias.

En 1894, después de la muerte del Hermano Cyprius, el título de Secretario General recayó legítimamente sobre aquel que asumía, de hecho, durante los años precedentes, buen número de responsabilidades. Hasta su final, en 1922, la vida del Hermano Justinus se confunde con la Historia del Instituto Lasaliano. Su inteligencia se dedica a prevenir los peligros, a paliar los desastres. Su fe lo mantiene firme en plena tempestad. Le inspira paciencia, una noble obstinación, una continuidad de miras que, por otra parte, se acomoda, llegada la ocasión, a soluciones provisionales, a términos medios, a transacciones útiles. Como dice la oración que él compuso, para recitarla cotidianamente, “lleno de confianza en la infinita misericordia, y a ejemplo del santo Fundador, adora en todo las disposiciones de la voluntad divina”.

En su situación, goza del más amplio crédito ante los superiores generales; por su buen talante, la estabilidad de su humor y el encanto de su relación, obtiene el afecto de sus colaboradores. En los ambientes más diversos, se ve envuelto de simpatías: en el Consejo Superior de la Instrucción Pública, adonde acompaña al Hermano Exupérien; en el Comité de jurisconsultos católicos, donde participa en las más graves deliberaciones; en la Sociedad General de Educación y de Enseñanza; en la Sociedad de los Agricultores de Francia... Geroges Goyau, tan perfectamente equilibrado, tan profundamente cristiano él mismo, encontraba en el alma del Hermano Justinus singulares afinidades con la suya. Y el retrato que dibujó del Secretario General difunto se completa —sin que ello nos cause demasiada sorpresa— con el homenaje rendido al Lasaliano, con lealtad, con emoción, por un

adversario sensible a las cualidades del espíritu y del corazón, Ferdinand Buisson [1].

* * *

El impulso del gobierno central se transmite, por intermedio de los Hermanos Visitadores, al conjunto de la Congregación. Un Visitador dirige el buen funcionamiento de cada distrito [2]. “¿Se puede considerar al distrito [lasaliano] como una *provincia*, en el sentido en que lo entiende el derecho canónico?” Es el mismo Hermano Louis-de-Poissy quien pregunta, y quien proporciona la respuesta: “Nuestros distritos no están constituidos como verdaderas provincias, aunque ofrecen con las mismas, muchos puntos de semejanza” [3].

El Visitador depende más estrechamente del Superior General, y está más limitado en sus atribuciones, que el Provincial de ciertas familias religiosas. La costumbre creó el distrito; la costumbre, progresivamente, ha ido determinando la función de ese relevante inspector que supervisa, de un punto al otro de la circunscripción, las comunidades, el desarrollo de los educadores, los resultados pedagógicos así como de la gestión financiera.

La división del Instituto en distritos no fue sancionada, de manera formal, hasta el Capítulo de octubre de 1882. Pero las denominaciones, que adopta la duodécima decisión, no parecen muy apropiadas para disipar todo tipo de confusión, al menos verbal. “Hay Visitadores —transcribimos el texto— cuyas atribuciones principales consisten en realizar la visita de un cierto número de noviciados, con el fin de garantizar mejor tanto la uniformidad en la formación de los novicios y en su dirección espiritual, como en la observación exacta de las prescripciones canónicas y de las reglas de nuestro Instituto referentes a esos establecimientos.

“Tienen precedencia sobre todos los Visitadores de la circunscripción cuyos noviciados visitan y son llamados *Visitadores provinciales o regionales*.

“Los Visitadores provinciales pueden ser encargados, a la vez, de realizar la visita regular a todas las casas de un distrito, o solamente de algunas, sea cual sea el

1 Noticia necrológica, 1923, *passim*.

Conviene mencionar, en las últimas líneas de este párrafo, un precioso colaborador de los jefes de la administración lasaliana. Queremos hablar del Hermano Tempier. Después de una notable carrera como profesor y como educador en Montpellier (ver t. V, de la *Histoire générale*, pp. 502-503) el Hermano Tempier se especializará en el estudio del derecho civil y del derecho canónico. En el Instituto lo llamarán “Maestro Tempier”; de hecho, presta a los superiores los servicios de un abogado, durante los múltiples procesos que ocasionan las laicizaciones. Sus mérito y su saber no son menores cuando prepara el terreno para las deliberaciones capitulares: “La convocatoria de un Capítulo General —dice su Noticia necrológica (1905)— le ofrecía la ocasión de un incremento de actividad: se instruía de todo aquello que pudiese aclararlo sobre los intereses espirituales y temporales de la Congregación, sobre su organización y su funcionamiento. Prestaba a sus investigaciones la misma paciencia y la misma aplicación que en los asuntos en litigio”.

2 Ver, para mayores detalles, nuestro tomo V, pp. 426 a 432.

3 Archivos de la Casa Generalicia, BE p 3.

distrito en el que se encuentren. Visitan principalmente las casas de residencia de los Visitadores de su circunscripción, cuando estos últimos son los directores”.

El término de “Visitador Provincial” podía hacer pensar en una nueva organización, que sustituyese o se superpusiese a los distritos. En realidad, el sistema, que había dado prueba de flexibilidad y de eficacia, se conservaba intacto. No existían más circunscripciones, geográficamente establecidas [1], que aquellas cuyos responsables normales seguían siendo los Hermanos Visitadores desde hacía tiempo, conocidos bajo ese nombre. Los Visitadores Provinciales se presentaban como unos mandatarios extraordinarios de la autoridad soberana, en ese caso, capacitados para mandar sobre los Visitadores de los distritos, y gozando, al menos de un derecho de precedencia y de manifestaciones honrosas. Pero “la provincia” no está constituida. Aunque se emplee ese nombre, no designa más que los grupos de casas colocados bajo la competencia personal del *missus dominicus* especial, o simplemente, como antiguamente, los países donde la Congregación se establecía, fuera de las fronteras francesas.

El principal ministerio de los “Provinciales” lasalianos hace referencia, en esa época, y no dejará de hacerla, a los noviciados y noviciados menores. Tienen que mantener o restaurar el espíritu del Instituto. Esa es la razón por la cual el Superior General puede encargarles, además y temporalmente, del control de determinados distritos o de ciertas comunidades. En definitiva, se ha cambiado, con razón, su denominación oficial: hoy día son los “Visitadores Generales” [2].

* * *

Se comprende que el distrito —unidad administrativa— nos interesa sobre todo, en el momento en el que estamos dando una ojeada sobre el campo y los hombres del Instituto en Francia.

Bajo el generalato del Hermano Irlide, se cuentan veintitrés circunscripciones pertenecientes al territorio metropolitano de la República. Su importancia es desigual; con motivo de la convocatoria del Capítulo de 1882, el distrito de Lyon tiene derecho a la representación más numerosa: cinco delegados, por cuatrocientos treinta y tres profesos de escuela. Viene a continuación el distrito de París *intra muros*, con trescientos noventa y dos profesos que eligen cuatro diputados.

1 Salvo modificaciones siempre posibles.

2 La función especial y, originalmente, temporal, de estos responsables estaba bien definida por el Capítulo de 1875, primer responsable, además, de la elección de los términos:

“Con el fin de mantener y reafirmar aún... la unión de todas las partes del Instituto con el centro, dice la circular del 1º de agosto de 1875, y para asegurar una mayor uniformidad ya sea en la dirección de los noviciados, ya en los usos y métodos, el Capítulo ha reconocido que hay *utilidad* en establecer *Visitadores Provinciales, cuando las circunstancias lo permitan o lo aconsejen*. Estos Visitadores, nombrados por tres años, tendrán como misión ordinaria la visita de todos los noviciados, de las casas de residencia de los Visitadores-directores, en los distritos de su circunscripción provincial”.

La decisión nº VII de dicho Capítulo añade que visitarán *extraordinariamente* “por orden expresa de Reverendísimo Hermano”, las casas sobre las cuales no tienen autoridad inmediata. “El número y la designación de los distritos destinados a formar circunscripciones provinciales quedan subordinados a las circunstancias y dejados a la apreciación” del Superior General.

Clermont, Reims, Nantes, Cambrai, Marsella, Toulouse, Burdeos, París *extra muros*, Béziers, Saint-Omer, Rodez, Caen, Besançon, Moulins y Chambéry, es decir trece distritos, que tiene cada uno dos delegados en la asamblea, en razón de los efectivos electorales superiores al centenar [1]. Le Mans, Le Puy, Quimper, Bayona y Ajaccio figuran en último lugar, no sin una distancia considerable entre Córcega, que no conserva más que treinta y ocho electores, y las cuatro regiones continentales, en vía ascendente y poseyendo ya entre setenta y tres y noventa y siete profesos de escuela [2]. Quince años más tarde, en enero de 1897, los dos distritos de París se fusionaron; el pequeño distrito de Ajaccio, ha desaparecido del mapa desde hace tiempo. Las veintiuna circunscripciones enviarán sesenta delegados al Capítulo reunido tras el fallecimiento del Hermano Joseph. Bayona es la única que no elige más que un representante al faltarle tres electores para superar la cifra base. Pero Le Puy, con ciento cincuenta y seis profesos, supera a Le Mans que no llega más que a ciento cuarenta y uno y a Quimper que alcanza ciento veintinueve. Lyon, Reims, Marsella, Clermont, Nantes, Avignon, Béziers, Rodez, Toulouse siguen siendo después de la capital (a la cual además ellos surten de Lasalianos) los territorios más fértiles en religiosos y en centros educativos [3]. El Capítulo de 1901 dio ocasión a constatar el desdoblamiento del distrito de Lyon: Saint-Étienne se convierte en el centro administrativo de una región lasaliana, y se lleva de la metrópolis lionesa doscientos un profesos. Es el único cambio notable al principio del nuevo siglo; los cuatro años que acaban de transcurrir han llevado de cuatro mil ochocientos noventa y cinco a cuatro mil ochocientos ochenta y uno el número de electores al Capítulo, para los veintidós distritos de Francia: es decir un aumento modesto de ochenta y seis unidades, que permiten la designación de sesenta y dos delegados, en lugar de sesenta [4].

Al frente de estas falanges, se necesitan buenos oficiales. Uno o dos son suficientes en el interior del país. París y su entorno exigen por lo menos tres. Durante el Capítulo de 1884, los Visitadores por la capital se llaman Hermanos Nicolaüs-Marie, Anthymius y Angélum. El Superior General conoce particularmente al primero y al tercero, que fueron condiscípulos suyos en el noviciado menor [5]. “Venera” la sabiduría de Jean Warville, el Hermano Nicolaüs, ese grave y generoso loreno, que se señaló en calidad de director de la comunidad de la Casa Madre, entre 1863 y 1875, luego como Visitador del distrito de Normandía, antes de asumir en París el mismo cargo. Residiendo en la escuela de Saint-Sulpice, el Hermano Visitador dirigirá, por varios años, ese gran establecimiento parroquial, sin perjuicio para sus obligaciones más extensas [6].

1 182 para Clermont, 118 para Moulins y para Chambéry.

2 Cifras incluidas en la circular del 2 de junio de 1882. Francia, con 3.586 profesos de escuela, elige 45 diputados. Los países del exterior —comprendidas las colonias francesas— que ofrecen un total de 241 casas y 1.036 profesos, estuvieron representadas por 19 capitulares. Los miembros de derecho eran, además, 20, de los cuales 19 asistieron.

3 Circular nº 74, del 8 de enero de 1897.

4 Circular nº 105, del 14 de junio de 1901.

5 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 155.

6 Noticia necrológica, 1904.

El Reverendísimo Hermano Joseph no manifiesta menor afecto y confianza al Hermano Angélum; en 1888 sentirá la pena de perder a su querido Jean Pinatel; bajo la influencia de ese duelo, volverá sus miradas hacia todo un pasado de amistad. La ciudad de Saint-Étienne los había visto nacer a ambos; el Superior enviará allí unas líneas de oración fúnebre: el Hermano Angélum, declarará, “enriqueció nuestro Instituto con su entrega; durante cincuenta años, pudimos admirar en él la feliz asociación de las virtudes religiosas más perfectas y las más notables cualidades de mente y de corazón” [1]. Y, en la noticia consagrada al difunto, que se ensalce el encanto de su trato, la pureza de su alma, así como “una especie de genio organizador”, especialmente aplicado al funcionamiento de las escuelas de París.

El Hermano Anthymius, al igual que sus dos colegas, trabajó vigorosamente en favor del éxito de la enseñanza cristiana. Lo encontramos antaño en la escuela normal de Ruán, como pedagogo y psicólogo de excelente calidad [2]. Ocupa dignamente su puesto en un distrito que exige mucho valor profesional, mucho tacto, mucha previsión administrativa. Hacia 1880, tan sólo el departamento de la Seine contaba con ochenta y cinco escuelas de Hermanos, cerca de novecientos Lasalianos, repartidos en sesenta comunidades [3]. Las laicizaciones entonces ocasionaban muchos quebrantos: era importante tomar las decisiones a la vez sensatas y rápidas. El Hermano Asistente Exupérien fue, en todos estos campos, admirablemente secundado.

Extra muros, el segundo distrito se ubica, en esa misma época, bajo las órdenes de dos religiosos igualmente estimables: el Hermano Gustave y el Hermano Lucard. El nombre de éste último figura en numerosas páginas de esta Historia de una Congregación cuyos “Anales” escribió [4]. Sabemos que después del Hermano Cécilien, el Hermano Lucard rodeó con muy inteligentes atenciones a los maestros laicos de la Seine-Inférieure y que se disponía a llevarlos al antiguo Saint-Yon, cuando los discípulos del Sr. de La Salle debieron abandonar la dirección de las escuelas normales primarias [5]. De Ruán, el eminente educador fue enviado al pensionado de Marsella. Allí se encontraba como subalterno, evidentemente a título provisorio. En 1882, recibía la obediencia de Visitador. París, Burdeos, Cambrai, lo acogerán sucesivamente: al norte o al sur, el Hermano Lucard llevará adelante, con una vitalidad de bearnés, sus investigaciones eruditas, sus trabajos de pedagogo, su muy amplio apostolado con los jóvenes, y sus tareas de hombre de gobierno [6].

El Hermano Gustave también ejerció el cargo de Visitador en diversos lugares: cuatro años —de 1881 a 1885— en los departamentos vinculados al centro de París;

1 Carta del 5 de marzo de 1888 al Hermano Rodolfo, profesor en el pensionado de Saint-Étienne.

2 *Histoire générale*, t. V, pp. 511-512.

3 *Vie du Frère Exupérien*, pp. 91 a 94.

4 Sobre él, ver, principalmente, los ÍNDICES de nuestros tres primeros volúmenes.

5 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 512.

6 Noticia necrológica, 1895.

luego, en Nantes; finalmente, en el Puy. En la calle Oudinot, dirigía el escolasticado durante el intervalo de sus giras administrativas. Acumulación de tareas que sólo era posible gracias a una vida cuidadosamente regulada, un constante esfuerzo, y una total abnegación. Las gentes de Nantes y del Puy no desconocieron en absoluto los méritos del hombre. Celebraron la delicadeza de su corazón, la solidez de su ciencia, y todas sus virtudes de religioso. En todas partes, los oyentes del Hermano Gustave recordaron su lección de un “lenguaje viril”, de un pensamiento claro, preciso, concreto, a la vez que profundo [1].

Al final del siglo, el distrito —unificado— de París goza de un régimen especial. Varios Hermanos Visitadores se reparten el control de las ochenta y nueve comunidades, de los mil trescientos cuarenta y siete miembros de la Congregación, de las ciento dos escuelas, a las que acuden veinticuatro mil seiscientos alumnos. Se reúnen para el intercambio de puntos de vista y para las resoluciones de orden general, en un consejo presidido por el Hermano Alban-Joseph, o bien por el Asistente asignado a la administración de los centros escolares de la capital de Francia, es decir el mismo Hermano Exupérien. Desde 1896, el titular del puesto principal es el Hermano Agilbert-Marie: lo seguirá siendo hasta su muerte, en 1925. Natural de la Haute-Loire, se preparó, desde 1865, para su carrera de profesor y de educador bajo los auspicios del Hermano Pierre-Célestin, en el noviciado menor de París, luego con el Hermano Exupérien, en el noviciado. La influencia de tales maestros orienta definitivamente su alma. Continúa manifestándose en los días en los que el Hermano Agilbert pertenece a la casa de Saint-Nicolas-des-Champs, luego, en el momento en el que el santo Asistente, seguro de la obediencia de su discípulo, lo envía a la calle Oudinot para imponerle la pesada carga de director de Saint-Roch.

El Hermano Agilbert-Marie goza de una fama considerable en el distrito; los demás Lasalianos lo consideran, desde hace tiempo como un modelo; el clero se inclina ante su abnegación; la juventud lo escucha con respeto. La simpatía va asociada a su carácter, a su persona. En él, “la naturaleza y la gracia” se armonizan maravillosamente. Sabe unir la autoridad con la bondad, la majestad con una actitud sin afectación, sin ostentación. San Ignacio de Loyola habría podido decir de ese religioso: “Lleva en su ser todo el honor de su Instituto”. La noble fisonomía, que permanece viva en la memoria de muchos de nuestros contemporáneos, va a incorporarse, en las páginas de la historia, a los perfiles más amados de la Congregación [2].

* * *

Amplíemos nuestro espacio con algunos nombres, algunas siluetas... Sombras fugitivas a ojos de un profano. Almas inmortales, cuerpos en espera de resurrección, para los creyentes. Y testigos del pasado, para el Instituto que conserva fidelidad a su recuerdo. Los evocaremos en su marco terrestre, y en el tiempo de sus combates.

1 Noticia necrológica, 1898.

2 *Choix de notices nécrologiques*, t. III, pp. 551 a 612.

Encontramos, en Aviñón, al Hermano Sophonie, que dirigió el distrito a partir de 1871; ciego en su vejez, morirá como Visitador Provincial, durante el año 1898. Profesor y director durante la primera parte de su existencia religiosa, debe luego luchar ante las adversidades de la escuela cristiana; las pasiones políticas se desencadenan, violentas, en esas regiones del Sudeste. Para salvar las obras amenazadas, “reprimir las agresiones abiertas o solapadas, hacer frente a los reveses ofensivos” y encontrar en la resistencia al mal un incremento de heroísmo para el triunfo del bien, el Hermano Sophonie despliega sus recursos [1].

En Bayona, el Hermano Calimer-de-Jésus, bretón de la diócesis de Vannes, novicio en Nantes en 1848, entrega cuarenta años de su labor. Está estrechamente vinculado a los emprendimientos del Hermano Irlide. Subdirector en el pensionado fundado por el enérgico pirenaico, le sucede como director, en 1873, como Visitador, en 1882. Demostró ser pedagogo de valor, y, cuando formó parte de las comisiones del Instituto, maestro competente para la puesta a punto de los libros escolares clásicos. Es consultado, además, con provecho a propósito de las Reglas que ha estudiado a fondo y de varias prescripciones canónicas relativas a los votos, a los Capítulos Generales, a la dirección de las comunidades. En materia administrativa, actúa con vigor y sangre fría. Las dificultades lo dejan impasible; las voluntades humanas son rápidamente conquistadas por este jefe [2].

El Hermano Namphase, Visitador de Besançon, falleció antes de la asamblea de 1884. Desempeñó un papel tan grande en Borgoña y en el Franco Condado que su acción se prolonga más allá de la tumba. El impulso que dio a las mentes juveniles del pensionado de Dijon [3], lo recibieron todos los Hermanos del distrito a partir de octubre de 1869 y durante catorce años. Muchos adquirieron los diplomas oficiales, capacitándose de ese modo, para salvaguardar el futuro de las escuelas lasalianas. El Hermano Namphase sabía, de un vistazo, elegir a los mejores sujetos. De carácter extremadamente vivo, semejante, en su ruda envoltura, a su célebre primo, el Hermano Asistente Facile, y sin dar excesiva importancia a las precauciones oratorias, el hombre del Beaujolais no tuvo muchas consideraciones con sus súbditos del Franco Condado. Sin embargo supo ganárselos, a causa de su rectitud, de su franqueza sin segundas intenciones, su discreción a toda prueba, que aportaban tranquilidad. Aún sabiendo que era duro en el trabajo, avaro de su tiempo, no cabía temer una mala acogida: más que nadie, el Hermano Namphase se mostraba caritativo en su hospitalidad [4].

Burdeos contempló, el 10 de abril de 1876, la desaparición del ilustre Hermano Alphonse, a sus ochenta y cinco años de edad, sus setenta de religión; durante más de medio siglo, Antoine-Guillaume Goudet había dirigido las escuelas de Burdeos, ejercido la autoridad sobre los centros educativos del sudeste, representado a sus delegantes en los Capítulos Generales. Algunos meses antes de su muerte, fue

1 Noticia necrológica, 1898.

2 Noticia necrológica, 1906.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 394.

4 Archivos del distrito de Besançon, *Historique de la maison de Saint-Claude*. — Noticia necrológica del Hermano Namphase, 1884.

honrado con el título de Visitador Provincial. Inmediatamente después de un grandioso funeral, de la oración fúnebre pronunciada en la catedral por un profesor de la facultad de teología, el reconocimiento público quiere manifestarse de forma duradera. Un antiguo alumno del Hermano Joseph en los Francs-Bourgeois, Ernest Hubert, director de la sucursal del Banco de Francia, preside un comité de suscripción que erigirá una estatua sobre la tumba del Hermano Alphonse. Charles Baylard, también ex alumno de una escuela de la Congregación, realiza la obra: con maestría, fija en el bronce la expresiva efigie del maestro con su rosario en una mano, su tricornio en la otra [1].

El semillero creado a orillas del Garona sigue siendo capaz de suministrar plantas de primera calidad. El Hermano Liacim, que veremos como fundador del pensionado de Saint-Genès, es el continuador del Hermano Alphonse. Posee las sólidas virtudes de la antigua cristiandad de Burdeos, de los herederos del Hermano Éloi y del Hermano Paulin. De su raza le viene también una distinción, unos modales elegantes, el arte de las conversaciones finas e interesantes. Sus subordinados se instruyen al oírle hablar de pedagogía, de apostolado, de catecismo, de vida conventual. Le ayudarán a reorganizar la enseñanza, trastornada por la furia laicizadora. Tiempos de sufrimiento para el Hermano Liacim. Los obstáculos no surgirán únicamente del sector adverso. El excelente religioso, que ya había sufrido contradicciones durante sus trabajos en Saint-Genès, se considerará a veces, y no sin motivo, cruelmente menospreciado. Trasladado, en 1884, a Toulouse [2], dará allí pruebas de su experiencia sin igual, de su tacto y de su talento de negociador, logrando conservar casi todos los locales escolares. En 1896, los Superiores le confiarán el puesto de Procurador General, quedado vacante por el fallecimiento del Hermano Dominatoris [3].

Otra hermosa figura —en el marco de la Guyenne— es la del Hermano Just-Joseph: después de haber ejercido su actividad docente en la escuela de Chartrons, luego en la casa de Talence (desde 1877 a 1890, dirigía allí el noviciado que lo había acogido cuando era adolescente en 1854), el Hermano Just se convertía en el Visitador del distrito. Ya fuese al inspeccionar las comunidades, al presidir las conferencias mensuales de los Hermanos directores, cuando reunía al comité de la enseñanza libre, al animar los “grupos” de antiguos alumnos, en toda circunstancia se mostraba eficaz y perseverante organizador, atento observador, útil consejero, juez de decisiones claras, aunque a menudo marcadas por un tradicionalismo bastante rígido [4].

Normandía conserva, durante veintitrés años, al Hermano Bertulien. Nacido en 1825, en la diócesis de Verdún, el ex condiscípulo de los Hermanos Joseph y Angélum en el noviciado menor del arrabal Saint-Martin había superado ampliamente la

1 En el cementerio de la Chartreuse de Burdeos. — Archivos del distrito de Burdeos. — Noticia necrológica del Hermano Alphonse.

2 Y remplazado en Burdeos por el Hermano Lucard.

3 El Hermano Liacim, dimisionario en 1907, murió en Mauléon en 1909. — Archivos del Distrito de Burdeos. — Noticia necrológica.

4 Archivos del distrito; noticia necrológica, 1908.

cincuentena en la fecha en la que el Hermano Irlide lo puso al frente del distrito de Caen. Las clases de Saint-Sulpice, dirigidas desde 1874 por el Hermano Bertulien, habían establecido su fama de educador hábil, amable y bondadoso. En Ruán, donde fijó su residencia, en la venerable y pintoresca morada de la calle Beauvoisine, adquiere notoriedad como notable administrador, sin perder nada de sus modales paternos. Vuelve a ser pedagogo, para orientar los trabajos de las escuelas; cultiva con celo y con fruto las vocaciones religiosas, triplica el número de sus novicios menores y novicios [1].

El distrito de Cambrai, creado en 1827, había tenido como primer Visitador al Hermano Evergile, que pereció en una catástrofe de ferrocarril en Seclin, el 3 de septiembre de 1871. Luego los grandes nombres de la circunscripción del norte son los de los Hermanos Eleuthérius (1871 a 1888) y Maurice-Lucien (1895 a 1907). El primero dispuso del tiempo necesario para dar al distrito los elementos de su futura prosperidad: casa de formación, pensionado y, en la época de las leyes escolares, numerosos establecimientos libres, dando así respuesta a la población y a los notables. Mezcla de prudencia y de actividad, de dignidad y buena gracia, el carácter del Hermano Eleuthérius le valió respetuosas adhesiones. Muerto en Lille, a sus sesenta y dos años, el 8 de noviembre de 1888, dejó una memoria sin sombras.

Mucho más marcada se dibuja la personalidad del Hermano Maurice-Lucien. La región de Flandes francesa y católica habla siempre con elogios de ese religioso, su hijo. Sembró prodigiosamente, como obrero de Dios. Asistente del Superior General Gabriel-Marie, desde 1907 a 1913, podrá ofrecer a campos más amplios —lastimosamente, durante muy pocos años— los servicios de una inteligencia brillante, de un saber nutrido de lecturas y de reflexiones, de una voluntad particularmente fuerte.

Gustave-Lucien Lemaire pertenecía a una familia de agricultores. Su padre explotaba una propiedad rural, cuyos edificios se levantaban en el territorio mismo de Lille, calle de los Dominicos. Allí nació el niño, el 24 de septiembre de 1853. Asistió a las clases de los Hermanos a partir de 1860 y, en 1868, fue a terminar sus estudios a aquella colmena de obras pedagógicas, religiosas, sociales, “l'hôtel Notre-Dame”, más conocida bajo el nombre de casa de “La Moneda”.

Empleado de comercio en un negocio de linos, luego en una hilandería, sigue siendo muy fiel a sus antiguos profesores. El “círculo san Luis Gonzaga”, creado por ellos, lo cuenta entre sus socios. Allí incrementa su bagaje literario, cultiva el arte de hablar bien. Un joven maestro, el Hermano Edouarddis, ejerce sobre las mentes y sobre los corazones un verdadero imperio; Gustave se inicia junto a él no solamente en la poesía, la historia, los principales temas de la filosofía cristiana, sino en la práctica del apostolado.

Y su vocación se despierta. La familia se opone. Antes que contraer con los suyos obligaciones financieras que le cerrasen el paso a su futuro, el valiente joven —renunciando a las ventajas del “voluntariado” de un año— sigue el destino común de los conscriptos, llamados a servir a la bandera. Desde enero de 1875 al final de 1878 —cuatro años completos— permanece en el cuartel de Senlis, como soldado,

1 Noticia necrológica, 1903.

brigadier, sargento de caballería en el 6º regimiento de coraceros. Jinete apuesto, suboficial dotado de todas las aptitudes para el mando, cristiano que manifiesta su fe y guarda la más estricta severidad de costumbres. Antes de licenciarse, se le otorga el galón de suboficial. Y acude al noviciado de Namur, donde su alma se realizará plenamente, en la paz.

El 25 de diciembre de 1878, Gustave Lemaire toma el hábito religioso, con la humildad de un pastor del establo de Belén. De vuelta a Francia, el Hermano Maurice-Lucien vivirá, de nuevo, en el ambiente de “La Monedad”, pero en adelante en las filas de los inspiradores y de los jefes: enseña a los alumnos, dirige el círculo juvenil; finalmente será director de la comunidad, hasta su nombramiento para el cargo de Visitador.

En sus funciones, desplegará cualidades, talentos y virtudes de precioso aroma: cautivando a cuantos le escuchan; atrayendo los fervores espirituales; exigiendo, junto con el esfuerzo de las conciencias el trabajo intelectual de maestros y alumnos [1].

* * *

Es imposible esculpir en bajo relieve todos los buenos servidores del Instituto Lasaliano, de la juventud francesa, de la educación cristiana. Que al menos en una especie de friso, de líneas rápidamente trazadas, reúna a varios religiosos muy dignos de no ser olvidados: El Hermano Hilarin, Visitador de Clermont-Ferrand, de París, de Besançon, antes de colaborar con el Reverendísimo Hermano Joseph, en calidad de secretario particular del Superior [2]; el Hermano Hugolin, colocado al frente de sus compatriotas y cohermanos del Puy, desarrollando luego en Moulins una carrera de trabajo y de bondad [3]; el Hermano Altigien-Louis, de Lozère, un santo hombre, discípulo del Hermano Exupérien y, como él, gran formador de almas consagradas a Dios; Visitador auxiliar en 1898, Visitador titular al año siguiente, en esa región de la Haute-Loire y de la diócesis de Mende, que comprendía entonces cincuenta establecimientos y que no cesa de incrementar su tesoro de méritos, su ejército de piadosos educadores [4].

En Lyon, en 1884, encontramos al Hermano Paramon, antiguo empleado bancario, transformado, con éxito, en profesor, en director de pensionado, en jefe, muy estimado, de las comunidades de Forez, a orillas de la Saône y del Ródano [5]; en la misma ciudad, en 1887, luego en Saboya y —de vuelta de Egipto— de nuevo bajo la

1 Elejido Asistente el 27 de abril de 1907, el Hermano Maurice-Lucien dimitió, por razones de salud, en 1913. Murió en 1919. — Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*. — Noticia necrológica del Hermano Eleutherius, 1888, y del Hermano Maurice-Lucien, 1920.

2 Archivos del distrito de Clermont, *Histórico*.

3 Noticia necrológica, 1899.

4 Noticia necrológica, 1912. — Y *Vie du Frère Exupérien*.

5 Noticia necrológica, 1887.

protección de Notre-Dame de Fourvière, el Hermano Polentius, tan entregado a la clase obrera, a los tejedores, sus conciudadanos [1].

En Marsella, el Hermano Trivier, el constructor del estupendo pensionado [2], es Visitador del distrito hasta 1875, y se convierte en ese momento en Visitador Provincial con jurisdicción sobre las casas de formación de Provenza, Auvernia, Córcega, Argelia [3]. El Hermano Théodose-de-Jésus lo remplaza en el control de las escuelas, poco a poco le libera completamente de los problemas administrativos: el alma de este nativo de Nîmes, antiguo novicio de Aviñón, es hermosa, grande, generosa. Quince años profesor en el pensionado marsellés, diez años director de una comunidad muy numerosa, en la calle de los Dominicos, en esa misma ciudad, treinta y tres años Visitador auxiliar, titular y Visitador Provincial, el Hermano Théodose-de-Jésus imprime su sello personal a una circunscripción cuya interesante historia ha dejado manuscrita [4].

El distrito de Moulins, creado en 1851 por fraccionamiento del de Clemont, tiene como Visitador, desde 1888 a 1896, al Hermano Blimond, muy apreciado anteriormente en la casa de Saint-Bonose de Orleáns. La residencia de la calle de Paris en Moulins y las comunidades del Allier, de la Nièvre, del Cher, del Indre, del Loiret, del Yonne se alegran de recibir al jefe de lenguaje modesto, fácil acceso, juicio muy seguro, corazón delicado y compasivo [5].

Los distritos de Nantes y de Quimper se reparten la Bretaña. El primero, administrado por el Hermano Cyrión desde 1884, se extiende lejos en la dirección del suroeste, hacia el Poitou, hacia la Saintonge. Es una de las provincias más importantes del Instituto, con siete departamentos, varios centenares de Hermanos, de alumnos cuyo número supera ampliamente los diez mil. Finisterre, Morbihan y las Côtes-du-Nord, fueron desligadas por el Hermano Philippe para formar bloque en torno a Quimper. En 1885 se le suman la circunscripción de Saint-Malo y la isla de Jersey. La Baja Bretaña sigue siendo la ciudadela que dirige el conjunto de los bastiones. Aunque los Hermanos de Jean-Marie de La Mennais se dedican también aquí a la educación popular —al igual que los Hermanos del P. Gabriel Deshayes en Vendée— los hijos de Juan Bautista de La Salle reclutan fácilmente, desde la Mancha al Loira, y dirigen escuelas florecientes. En 1903, se contarán, en ese distrito de Quimper, cuatrocientos setenta y seis Hermanos, todos originarios del país, treinta y dos escolásticos, diecinueve novicios, cuarenta y seis novicios menores, cincuenta y cuatro centros educativos, once mil quinientos alumnos [6].

1 Noticia necrológica, 1895.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 392-393.

3 Noticia necrológica, 1893.

4 Noticia necrológica. — El Hermano Théodose-de-Jésus falleció en Marsella el 20 de enero de 1814, con 82 años. — Los dos volúmenes de su *Histórico* se encuentran en los Archivos de la Casa Generalicia.

5 Noticia necrológica, 1896.

6 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Imier-de-Jésus.

Los Hermanos Dagobert, Anicetus, Namasius fueron los sucesivos artesanos de esa prosperidad. “Un éxito inesperado coronó la mayor parte de las empresas del Hermano Dagobert”, dice la noticia necrológica de 1879. El Hermano Anicetus alentó a los jóvenes maestros a proseguir sus estudios; su opúsculo *De la enseñanza y de la educación en la clase de los pequeños de una escuela primaria* contiene directivas muy prácticas para uso de pedagogos inexpertos. Por su parte el Hermano Namasius, Visitador de las casas bretonas durante quince años, duplicó su número, en el primer periodo de su administración; el total de jóvenes en formación pasó de setenta y cuatro a ciento sesenta y seis, entre 1883 y 1893. El Hermano Asistente Osée sostuvo enérgicamente las iniciativas de su súbdito. Al pasar el alto mando de esta región a otras manos, el Hermano Namasius se vio menos perfectamente comprendido. En 1900, tomaba el timón del distrito de Rodez [1].

En Champagne, donde terminamos este periplo, el Hermano Bajulien mantuvo las tradiciones del santo Fundador. Proveniente del Franco Condado, incorporado al grupo lasaliano de Passy, luego enviado a Mézières, llegaba desde las Ardenas a Reims en 1869. Director del pensionado, la culminación, material y moral, de esa casa fue su gran obra. Visitador, en 1883, continuó construyendo: los cuatro cientos religiosos que seguían sus instrucciones, encontraron un centro en la calle de Courlany, a la entrada de la ciudad del Sr. de La Salle. Reims, en septiembre de 1888, se conmovió con el final prematuro del sexagenario y le ofreció un funeral triunfal [2].

El Hermano Victor-Nicolas, de la diócesis de Nancy, cinco años antes, había recogido la herencia del hermoso establecimiento de la calle Venise. Según la expresión del cardenal Langénieux, había trabajado prodigiosamente. El venerable Hermano Amase-Léon lo consiguió para Visitador Auxiliar en 1894. Al cabo de algunos años el Hermano Victor pasaba a ser Provincial. “Naturaleza generosa, provista de cualidades tan sólidas como brillantes... Simpático con todo el mundo... Religioso modelo... Dios le inspiraba iniciativas fecundas, felices audacias....” Así pintaba Mons. Pagis, antiguo obispo de Verdún, al caro amigo que perdió el 17 de enero de 1905 [3]. ¡A cuántos otros Lasalianos podrían aplicarse estos elogios! Pero hojear por demasiado tiempo un álbum de familia en el que se multiplican los parecidos engendra el invencible hastío. La descendencia espiritual del canónigo de Reims intenta modelarse sobre el alma del Padre; y lo logra muchas veces, en cada generación, y en las situaciones más variadas. Entre los Superiores que han dado ejemplo de prudencia y de fuerza, de inteligencia y de ciencia, de justicia y de piedad, no hemos podido nombrar más que un número muy reducido. Nuestros silencios no son más que impotencia para decirlo todo. No obstante, nos proponemos romperlos en las ocasiones adecuadas.

1 Archivos del distrito de Quimper.

2 Noticia necrológica.

3 Noticia necrológica del Hermano Victor-Nicolas, nacido en Millery en 1848, fallecido en Momignies (Bélgica).

CAPÍTULO II

LA VIDA RELIGIOSA EN EL INSTITUTO

La “comuni3n de los Santos” en el Instituto; la colaboraci3n de las oraciones y de los desiderata. Las directivas de los Superiores. — El cardenal Pitra, O.S.B., protector de la Congregaci3n Lasaliana; sus palabras del 24 de agosto de 1875. Carta del Papa Le3n XIII al Hermano Irlide (14 de marzo de 1878). El segundo centenario del Instituto en 1880. — Manual de piedad publicado en 1877. La devoci3n de los Hermanos hacia la Santísima Virgen; hacia san Jos3. Circulares doctrinales del Hermano Irlide. Los Hermanos sin votos. — Circulares del Hermano Joseph. Las conferencias del Superior General; sus cartas: correspondencia con uno de sus discípulos, el Hermano Am3d3e. La “apertura de conciencia” y el decreto *Quemadmodum*. — Las vocaciones eclesiásticas y religiosas en las escuelas de los Hermanos. Las vocaciones lasalianas. — Los noviciados menores. “La obra del Venerable de La Salle”. Los noviciados menores de París y de Buzenval. — Una “vuelta a Francia”: desde Saint-Omer a Toulouse: fisonomía de las casas de formaci3n inicial. — Quimper, Annappes, Aviñ3n, Talence, Maul3on, Vals. Noviciados menores preparatorios de Gramat y de Mende. — Los noviciados: su car3cter, su poblaci3n. El gran noviciado de París: el Hermano Alban-Joseph. Sus similares en el interior. El noviciado del distrito de Reims. — Los novicios del distrito de Cambrai-Lille, del distrito de Normandía. La casa del Rancher, cerca de Le Mans. Otros establecimientos en Francia. — Los “retiros”; los “Grandes Ejercicios”. — El “segundo noviciado”. Sus orígenes; su instituci3n en 1887. Primera sesi3n con el Hermano Alban-Joseph. El Hermano Reticius, director de los segundos novicios (de diciembre de 1887 a 1914). El “experimento”. Resultados obtenidos por el segundo noviciado. — Los Hermanos santos: el Hermano Secondien; Vincent-Calixte Chiron, el Hermano Prime; Jean Bouquet, el Hermano Julius-de-J3sus. El Hermano Arnould en Thillois. El Hermano Alpert, h3roe del sufrimiento. El Hermano Aidan.

Se dice que un país tiene el gobierno que se merece. Sin embargo, hombres insignes pueden enderezar el alma y la historia de un pueblo. Sobre la vida de una Congregaci3n religiosa, jefes designados no por simples motivos terrestres, no por una masa impresionable e incompetente, sino por una 3lite en oraci3n, ejercen una influencia decisiva. El voto de obediencia, emitido ante Dios, confiere, a los esenciales mandatos de la autoridad, el car3cter m3s sagrado. El inferior ve, en la orden del superior, la manifestaci3n de la voluntad divina.

El superior, por otra parte, conoce la extensi3n de sus responsabilidades. Medita las palabras de Cristo: “Entre los paganos, los reyes hacen sentir su dominio... Entre ustedes, no debe ser así: el m3s grande debe ser como el m3s humilde, el jefe como quien sirve” [1]. El *poder* es un servicio, no un poder; una carga, no la satisfacci3n de una ambici3n.

Por eso, como una especie de rebote, la santidad de los subordinados viene en ayuda de los dirigentes. Las súplicas secretas, los oscuros sacrificios del hortelano o del cocinero del convento tienen mucho que ver en el 3xito de la administraci3n espiritual. El de los de abajo colabora con el decreto y con el ejemplo del de arriba. Si aparecen reformas necesarias, se escucha a los consejeros que las inspiran, otras personalidades reciben la misi3n de garantizar su ejecuci3n. Pero quiz3s han tenido su origen en un coraz3n ignorado; y ciertamente se propagan y se afirman porque un ser generoso, heroico, se ha ofrecido como v3ctima.

1 Luc, XXII, 25, 26.

Esta “comunidad de los santos” se realiza en todos los lugares donde los cristianos dan a su creencia su verdadera fuerza. El Instituto del Sr. de La Salle se estableció sobre tales bases. En él, la Regla se aplica uniformemente, a todos los grados de la jerarquía. Nada distingue, ni en el comportamiento exterior, ni en el íntimo esfuerzo hacia la perfección, al joven maestro de una clase infantil, al profesor de matemáticas especiales, al director de un gran pensionado, al miembro del Régimen. Una poderosa corriente de fraternidad recorre la familia entera. Sin barreras, lleva a unos y otros el raudal de gracias y de méritos.

En el plano humano, como en el sobrenatural, un Capítulo General se encuentra bien preparado. Los “informes” y “notas” que las comisiones escrutarán, analizarán, contiene —a parte, sin duda, de algunas observaciones inoportunas o superfluas— observaciones preciosas, sugerencias admirables, meditadas en el silencio de la oración, formuladas con nitidez y sinceridad. Los capitulares reunidos en asamblea escucharán esas voces que les piden precisar un punto de las Constituciones, volver a poner en vigor, si corresponde, una antigua práctica, asociar el Instituto a renovaciones de espiritualidad, alentadas, preconizadas por la Iglesia. Lo mejor de tales demandas, y en consecuencia, lo más conforme tanto con la tradición lasaliana como con las direcciones de la Santa Sede, tendrá las mayores posibilidades de convertirse en “decisiones” capitulares. Un “rescripto” del Soberano Pontífice, vendrá a confirmar, llegado el caso, ciertas decisiones. El Superior General, que ha presidido las deliberaciones, que con frecuencia las ha orientado y siempre concluido, se sentirá particularmente apoyado, en el momento de actuar. Cada Asistente, cada Visitador, cada director cuidará, en cuanto le corresponda, de ejecutar una voluntad donde se expresa, según el designio providencial, según las intenciones del Fundador, el alma colectiva de la Congregación.

Así fue como un Hermano Irlide y un Hermano Joseph pudieron realizar un trabajo de perfeccionamiento religioso ya abordado por sus predecesores. Las solicitudes, a veces inquietas, del Hermano Philippe tendían a no comprometer, en el momento de una rápida extensión, la esencia de las virtudes practicadas desde los orígenes. Permanecer semejantes a los primeros discípulos del Sr. de La Salle, recordarse de Reims, de Vaugirard, de la “Grand-Maison”, sobre todo conservar los ojos fijos en ese modelo, en ese perfecto imitador de Jesucristo que fue “el Venerable Padre”, esos son los temas de reflexión y las reglas de conducta sin cesar propuestas a los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

El Hermano Jean-Olympe, durante su demasiado breve generalato, puso el acento sobre esos deberes primordiales. Hasta el final del siglo, se adoptarán los medios más eficaces en tal materia, y los más diligentes obreros se dedicarán a evitarle al Instituto cualquier tibieza, cualquier degeneración.

Las debilidades de nuestra naturaleza hacen siempre penosa la tarea de santificación. Pero ¡cuánta vigilancia, cuánta paciencia, qué sorprendentes habilidades, qué cúmulo de energías y de oraciones se hacen indispensables cuando —en lugar de un pequeño grupo unido bajo la mirada del maestro— se trata de provocar y mantener el impulso de las tropas cada vez más numerosas! Los

Hermanos, incluidos los novicios, son 11.570 en 1874; serán 13.257 en 1884 y 14.989 en 1894... [1]

* * *

Desde el inicio de este periodo, prestaron atención a serias advertencias. El 25 de enero de 1870, Pío IX daba como “protector” a su Congregación un gran monje, una de las glorias modernas de la Orden benedictina, el cardenal Jean-Baptiste Pitra. El antiguo colaborador de dom Guéranger en Solesmes no sólo brillaba por su inmensa y escrupulosa erudición filológica, como helenista y como canonista; se contaba entre los más intrépidos defensores de la fe, de las libertades de la Iglesia, de la autoridad pontificia. Simultáneamente, mostraba un gran afecto hacia los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Acudió a la calle Oudinot en agosto de 1875. El Hermano Irlide, al recibirlo, no dejó de expresar a su ilustre huésped el orgullo que sentían los Lasalianos por encontrarse, en cierto modo, bajo su báculo. Y añadió: “Su Eminencia, habiendo trabajado, con el gran abad de Solesmes, en la restauración, en Francia, de una Orden que fue la fuente de la vida monástica en Occidente, parece comunicar a nuestro Instituto un reflejo de madurez, de antigüedad venerable, y facilitarnos el medio de acudir directamente a las fuentes, verdaderas e intactas, de la disciplina religiosa”.

El cardenal juzgó, en efecto, que le correspondía exhortar a sus protegidos como si san Benito, bajando sobre la tierra, hubiese hablado a los hijos espirituales del Sr. de La Salle. El 24 de agosto, después de una semana de estancia en la Casa Madre, dom Pitra se dirigió en estos términos a la comunidad: “Existe, en su crecimiento y en su éxito, un grave peligro para ustedes mismos. El enemigo de todo bien, no puede constatarlos sin concebir un odio implacable... Buscará, créanlo, sembrar la cizaña en su Congregación. Los honores son siempre peligrosos para la virtud. Estén vigilantes, es decir sean humildes y firmes; atribuyan solamente a Dios los resultados de sus trabajos” [2].

Esta consigna, el Superior General la comunicaba a sus once mil subordinados. Para que los mismos estuviesen alerta, nada resultaba más eficaz que los consejos y las prescripciones emanadas de la Santa Sede. Con ocasión del advenimiento de León XIII, una carta del Hermano Irlide aportaba al nuevo Papa el tradicional y filial homenaje de obediencia. El 14 de marzo de 1878, obtenía una respuesta tan explícita como era de desear. El Soberano Pontífice se complacía primeramente en recordar los sentimientos muy “romanos” de Juan Bautista de La Salle. Los educadores de la infancia y la juventud, discípulos de ese hombre admirable, no dejan perder nada de su herencia. Propagan la doctrina evangélica, predicán y practican la total fidelidad al Vicario de Jesucristo.

En consecuencia, deben estar preparados para la persecución. “Cuanto más unidos estén a los primeros Pastores y a la sede del Pontificado supremo, les dice el Santo

1 Circular nº 69 del 21 de noviembre de 1894.

2 Circular del Reverendísimo Hermano Irlide, 6 de enero de 1876. — Noticia necrológica del Hermano Irlide. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de julio de 1913, p. 264.

Padre, más activamente trabajarán en formar los corazones en el amor a la religión y a las buenas costumbres, y también, necesariamente, más odiosos se harán para aquellos, cuyos esfuerzos tienden a disolver la unidad de la Iglesia, a corromper a los pueblos y a excluir a Dios de los asuntos humanos. Por esa razón experimentarán la verdad de este oráculo de Nuestro Señor: “Serán odiados por todos a causa de mi nombre”.

Beber el cáliz de la amargura; cargar con la cruz; continuar la Pasión del Redentor... Esas son las obligaciones que se imponen. Los Hermanos están debidamente instruidos sobre ello. ¡Que pidan a Dios el valor de no negarse! como espectáculo, al igual que el apóstol, ante los ángeles y ante el mundo, sus retrocesos, sus vacilaciones causarían un desastre. Pero, con su voz, con su gesto, León XIII les da seguridad, los felicita, los bendice.

En mayo de 1878, el Hermano Irlide realiza un viaje *ad limina*. El Papa le concede dos audiencias. “Muy al corriente de lo que sucede en el Instituto, se declara satisfecho por el bien que la Congregación realiza y los servicios que presta a la Iglesia”. Le manifestará la misma benevolencia que los precedentes Pontífices, en particular León XII, creador de la escuela de Spoleto: “¡Conozco bien lo mucho que les quería!”, exclama León XIII, tan profundamente apegado a la memoria de ese predecesor, cuyo nombre ha querido llevar. La causa del Fundador de los Hermanos, introducida bajo el papado de Gregorio XVI, “interesa vivamente” al sucesor de Pío IX. Cuanto se refiere a la enseñanza cristiana, se inscribe en el primer lugar de sus preocupaciones. La Encíclica fechada en la fiesta de Pascua es ya una prueba al respecto: la misma reclama “un hábil y sólido método de educación”; pero sobre todo, preconiza una instrucción enteramente impregnada de fe católica. Elevar a los altares a Juan Bautista de La Salle, sacerdote-pedagogo, entraría plenamente en las miras del Santo Padre. Poderoso motivo de confianza y de gozoso ardor para los religiosos educadores [1].

Ahora bien, se acerca un aniversario maravillosamente capaz de suscitar las más generosas resoluciones. El Superior de los Hermanos ha decidido fijar para el año 1880 el segundo centenario del Instituto. En la circular del 6 de enero ofrece la razón: “Durante el año 1680, el venerable Fundador escribió los primeros reglamentos para uso de la pequeña Sociedad... Desde entonces, ésta comenzó a tomar la forma de una comunidad religiosa”.

Se elige la fecha del 24 de junio para la conmemoración. El Sr. de La Salle había hecho de ella, en varias ocasiones, el punto de partida de sus iniciativas. El “San Juan de verano”, en otro tiempo ocasión de fiestas populares, daba lugar, además, a las nuevas instalaciones ciudadanas, a los contratos de mano de obra. Por esa razón, formaba ya parte de la historia de la Congregación. Pero sobre todo no había que olvidar que el piadoso canónigo de Reims honraba con un culto especial al Precursor, su patrono de bautismo.

El Hermano Irlide se proponía dar a esas fiestas conmemorativas, un carácter de sencillez familiar. Se agradecería a Dios en las capillas de los noviciados y de los pensionados, en los oratorios de las casas de escuela. Se volverían a leer las

1 Circular del 15 de junio de 1878.

páginas de Blain, de los otros biógrafos. Veteranos y nuevos profesos se edificaría nuevamente con las heroicas virtudes sin las cuales el proyecto de la Sra. Maillefer y de Adrien Nyel hubieran fracasado rápidamente. Todo el Instituto meditaría sobre los ejemplos ofrecidos por los humildes maestros de los primeros tiempos: abnegación, celo y perseverancia entre los mejores; entusiasmos, seguidos de cálculos y desgana, entre los más ligeros, los más egoístas.

El bicentenario provocó, en efecto, un incremento de oraciones, una ampliación de esfuerzos, una renovación de vida interior. En este punto las intenciones del Superior General no resultaron, en modo alguno, letra muerta. Pero el acontecimiento las superó. En Francia, en Bélgica, en Italia, en Austria, en España, en América del Norte y del Sur, y hasta en los países de misión, grandiosas ceremonias manifestaron el reconocimiento de los pueblos hacia los Lasalianos. 1880, etapa importante de un largo camino, permitió volverse hacia un pasado de dos siglos, comparar el Instituto consigo mismo; tal como se presentaba cien años antes, en vísperas de la Revolución Francesa; tal como lo había convertido la labor de sus miembros después de la difícil restauración de 1803-1830: sorprendentemente ampliado, pero no cambiado. Obra digna de su genial autor; alabado por la Iglesia, aclamado por los creyentes, por la multitud de los beneficiados, estimado por los adversarios leales.

El jefe de la Congregación comentaba de esta manera semejante logro: “Puesto que nuestra familia religiosa, sin presión oficial, sin apremio ni invitación de parte nuestra, y a pesar, incluso, de las instrucciones contrarias que habíamos dado, ha sido objeto de simpatías universales, ampliamente manifestadas y con excepcionales entusiasmos, es porque, en todas partes, se deseaba agradecer, alentar, honrar unos servicios de un tipo más elevado que la simple enseñanza primaria. Para todos aquellos que buscan penetrar más allá de las impresiones fugitivas y superficiales, debe resultar evidente que dichas manifestaciones tan características, se dirigían, ante todo, a los obreros de una educación profundamente religiosa: la que los alumnos reciben y recibirán siempre, pase lo que pase, en las Escuelas Cristianas” [1].

* * *

Pedagogos animados por una fe intensa, trabajando por Dios, abriendo las almas a la acción de la gracia, porque la misma les dirige también a ellos, ese es el ideal hacia el cual los Hermanos se encaminan y que muchos realizan. Les es presentado en las conferencias de sus superiores, en los retiros espirituales que, según las recomendaciones de los Capítulos, después de los positivos ensayos del Hermano Jean-Olympe, van a multiplicarse, diversificarse, prolongarse, servir de base a una institución casi permanente, como lo veremos a continuación.

Detengámonos ahora en algunos detalles significativos. En 1877, el Hermano Irlide publicó, con la aprobación del arzobispo de Tours, un manual de piedad para uso de los Hermanos. En esas páginas, se reserva un lugar privilegiado para las oraciones oficiales de la Iglesia. La influencia benedictina no es ciertamente ajena a ese impulso de la liturgia. Y es una influencia romana: toda la dialéctica de dom

1 Circular de 1880; y noticia necrológica del Hermano Irlide.

Guéranger, toda la ciencia de dom Pitra han encontrado un terreno favorable en este Instituto que, seguramente, cultiva bastante la modestia como para no querer dictar leyes al clero, ni cambiar radicalmente las costumbres de los fieles, pero que, rebelde desde siempre frente al galicanismo, aspira a la unidad, a la universalidad tanto de la disciplina como de la doctrina.

Nota no menos específicamente católica y lasaliana: la viva devoción con respecto a María, Madre de Dios. Antiguamente, los Novicios de Saint-Yon se consagraban solemnemente a la Santísima Virgen, cada año, el 15 de diciembre. La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, en tiempos del Hermano Philippe, reforzó aún más la piedad mariana en la Congregación. Favoreciendo esa tendencia con toda su fuerza, el nuevo Superior ordena la reimpresión de la antigua fórmula que se recitaba antes de 1792: según sus instrucciones, ese texto será leído, el día mismo de la gran fiesta, en todas las comunidades, a excepción, no obstante, de los noviciados que guardarán para el 15 de diciembre, fin de la octava, las tradiciones establecidas por el Hermano Irénée.

El 25 de marzo de 1877, se termina, en los jardines de la Casa Madre, la instalación de una “gruta de Lourdes”. La fe en la Inmaculada se afirma aquí en un marco evocador de las recientes apariciones, de los innumerables milagros. Pero, simultáneamente, las Ave de gratitud y de confianza se desgranarán en el santuario donde el santo Fundador, después de su establecimiento en París, se fue a rezar: el 24 de mayo, el Hermano Irlide renueva la peregrinación de 1690 a Aubervilliers; una placa de mármol, colocada gracias a él, indicará en adelante el paso del Sr. de La Salle por la vieja iglesia, la protección concedida al naciente Instituto por “Nuestra Señora de las Virtudes” [1].

El culto a San José remonta igualmente a los orígenes de la historia lasaliana. Herencia del siglo XVI español a la Francia del XVII, floreció en los Carmelos, echó raíces en el seminario sulpiciano; atrajo la atención, conquistó las almas de los teólogos y de los místicos. Juan Bautista de La Salle, a ejemplo de su consejero y precursor, el P. Nicolás Barré, se puso, él y sus hijos, bajo el patrocinio del Jefe de la Sagrada Familia. El Siglo XIX asiste al florecimiento de esta devoción en toda la Iglesia Católica; los Hermanos no podrían quedarse atrás. En su establecimiento de Beauvais, han ayudado fuertemente a su capellán, el santo sacerdote Padre Claverie, a crear la Archicofradía aprobada, el 24 de septiembre de 1861, por un breve de Pío IX, ampliamente propagada, a partir de 1862, por el periódico el *Mensajero de san José*, han bebido de sus fuentes, han tomado prestados sus artistas, para construir y decorar la amplia capilla cuyo altar ha sido ofrecido por el clero francés y el vía crucis por los soberanos de España [2]. La obra de Mons. Claverie, puede ser considerada, sin equivocarse, como la irradiación de una piedad ardiente, acumulada entre los muros de las casas del Instituto. Y lejos de considerar una disminución en el hogar central, se constata un fervor más intenso; el Hermano Irlide se aplica en mantenerlo. Recordemos uno de sus primeros gestos: desde el 19

1 Noticia necrológica del Hermano Irlide.

2 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de marzo de 1907, pp. 64 a 72. — Canónigo BEZARD, *Vie de Mgr Claverie*, 1931. El autor minimiza el papel de los Hermanos incluso lo silencia completamente. Parece ignorar toda la importancia que la devoción a san José ha tenido, desde el origen, en el Instituto lasaliano.

de marzo de 1877, san José, ubicado sobre la fachada de la calle Oudinot, señala a los parisienses que esa residencia es la suya.

Releyendo varias de las circulares del Superior General, captaremos la importancia que da a la doctrina religiosa y a su transposición al plano vital. El 5 de enero de 1878, invita a sus Hermanos a meditar sobre la Gracia y sobre la verdadera Paz. El cristiano, y con mayor razón, el hombre especialmente consagrado al Señor, está marcado con el sello de la santidad; pertenece, como dice san Pedro, “a una raza elegida, a un sacerdocio real” [1]; la gracia lo hace partícipe de la naturaleza divina. El Espíritu, que reside en su alma, le enseña y le garantiza la paz; la paz del justo, sin parangón con la ilusoria tranquilidad de los pecadores; paz de Cristo, realizada en el perfecto abandono.

Hay que comprenderla, gustarla, bajo la amenaza de las guerras, de las persecuciones, de las conmociones sociales. Es necesario, en tales momentos, en que el corazón de carne se angustia, trabajar más que nunca; la meta no cambia ni se eclipsa: Jesús debe ser devuelto al mundo por medio de la escuela. Y, de modo muy visible, la Providencia vela sobre el Instituto al cual se confía esta misión. Por eso, los Hermanos deben mantenerse en la humilde adoración, en la calma, en el silencio y la prudencia; alejados de las querellas políticas, de las rivalidades de los clanes y de los partidos, no inspirándose más que en la caridad hacia todo ser humano, cumplirán a la perfección su deber de religiosos, y su deber de estado.

Tres años más tarde, la carta de enero aborda un punto esencial: el “método de oración mental”. Las comunidades se ven entonces capacitadas para utilizar una guía preciosa: es el texto exacto de la *Colección* de 1711, enriquecida con notas y comentarios; y el conjunto es como un mensaje del Fundador, puesto que a las páginas publicadas mientras vivía se añaden un buen número de aclaraciones tomadas de la obra póstuma: *Explicación del método de oración mental*. Dando al pensamiento lasaliano una forma breve y muy accesible, el Superior General ha querido facilitar la práctica de una observancia fundamental. Insiste sobre el lugar que debe ocupar, en la vida del Hermano, ese coloquio diario con Dios; sentimiento renovado de la Presencia creadora en lo profundo de nosotros mismos; unión con Jesús, nuestro Mediador; exposición confiada y sencilla de nuestras deficiencias, de nuestras aspiraciones, de nuestros deseos, de nuestras solicitudes; resoluciones bien definidas, y tomadas bajo la garantía de nuestros modelos y protectores celestes. Evidentemente, el ejercicio puede llegar a ser confuso, lánguido, infructuoso, sin la ayuda de un método; es pereza o temeridad pretender lanzarse a la aventura, sin itinerario previamente estudiado, sin la menor sistematización de etapas. Dios esquiva al presuntuoso. Y éste se estanca, rápidamente rendido de fatiga y angustiado por su impotencia. Pero sujetándose rigurosamente a las mismas etapas sobre el mismo recorrido —dicho de otro modo, sometiendo a las triples series de actos— se cae en otro peligro: la rutina, con su aburrimiento, su cansancio, e, igualmente su esterilidad.

La sabiduría de esos consejos se adaptaba a los diversos grados de inteligencia y de ánimo. Intentaba no dejar a nadie rezagado, de tal modo que al progreso de una muy animosa élite correspondiese un crecimiento de nivel en ciertas almas un poco

1 1ª P, II, 9.

estancadas. El Instituto conservaba aún en aquella época Hermanos que, sea por escrúpulo, sea para asegurarse el futuro, no emitían votos o no renovaban sus primeros y temporales compromisos. Religiosos por el hábito y, a menudo, por la regularidad, la piedad, el trabajo; pero, a fin de cuentas, desprovistos de otras obligaciones que no fueran las de los vínculos del agradecimiento, de las costumbres, o de la seguridad material.

El Capítulo de 1882 había recibido varias “memorias” que abordaban esas situaciones anormales. Y el Hermano Irlide, en su circular del 3 de enero de 1883, resume y apoya los juicios formulados. “Deplora”, también, la actitud de los que dudan y de los semi-desertores. Da los motivos de la indulgencia de que gozan esas tibiezas, incluso esas regresiones bastante poco honrosas:

“El santo Concilio de Trento ordena que los novicios sean admitidos a la profesión [1] tan pronto como haya completado un año de noviciado, y que sean *devueltos al siglo* si no parecen dignos de pronunciar los votos de religión... Nuestro Instituto, habiendo sido aprobado antes de que la Santa Sede hubiese aplicado definitivamente a las congregaciones de votos simples las prescripciones del santo Concilio relativas a la época en que los votos son obligatorios, no ha sido aún invitado a conformarnos a ellas. Pero, es de interés, así como de honor para nuestra Sociedad, no dar lugar a semejante requerimiento. Es infinitamente mejor prevenir, adaptándose a las reglas hoy en día generalizadas”.

Los Hermanos sin votos, designados ordinariamente bajo el nombre de “novicios empleados” [2], serán cada vez menos numerosos, luego desaparecerán completamente.

* * *

La colección de las circulares del Hermano Joseph no ofrece, en materia de ascetismo o de piedad, temas análogos. En 1892, por ejemplo, se trata de la oración y de la mortificación, entendidas, practicadas, exactamente en el sentido de la Regla. En 1894, el Superior comenta, de la forma más delicada, las razones por las cuales el Instituto fue colocado, poco después de su fundación, “bajo la tutela del Santísimo Niño Jesús”. Los Hermanos deberían “recibir de la devoción al divino Niño un mayor ardor sobrenatural” hacia la educación de sus alumnos.

Pero, al igual que por sus escritos, el Hermano Joseph ejerce su acción por la palabra. No porque posea un excepcional don de elocuencia. Es, más que su verbo, su profunda convicción, su emoción comunicativa y hasta su actitud, las que convencen.

1 El Hermano Louis-de-Poissy, en sus notas ya citadas varias veces, declara que el nombre de “profeso” no debe quedar reservado a los religiosos que han emitido sus votos perpetuos, sino que designa a todos aquellos que han hecho acto de *profesión*. (Archivos de la Casa Generalicia, BE, p 3.)

2 Se encontraban también en esa categoría verdaderos novicios que, por diversas razones, terminaban su formación en comunidades de escuela, bajo la responsabilidad del director que les confiaba una clase.

Varias generaciones de Lasalianos han recibido una doble impronta. Fueron formadas al mismo tiempo por el Hermano Exupérien y por el décimo tercer Superior General. Dos personalidades muy diferentes, una de ellas singularmente austera, la otra completamente impregnada de humana ternura; dos almas, sin embargo, que conquistando las cumbres, se unen allí en una gloria de Tabor, en presencia de Cristo, en compañía de Juan Bautista de La Salle, su padre.

Algunos antiguos discípulos, que —en las salas del castillo de Athis-Mons o del escolasticado parisino de la calle de Sèvres— escucharon al Hermano Joseph y a su primer Asistente, se complacieron en ponerlas en paralelo. Del mismo modo que contemplan al Hermano Exupérien “de pie, con las dos manos en las mangas, sin un gesto durante diez minutos, exponiendo mediante afirmaciones rápidas, con imágenes pintorescas e imprevistas, con amenazas y profecías, predicador de la renunciación, de la inmolación total”, se recuerdan del majestuoso Superior “envuelto en su manteo, ligeramente inclinado hacia adelante, como un orador que quiere ganarse a su auditorio y que escruta los rostros, hablando con cierta lentitud, acompasando las sílabas, moviendo con nobleza sus grandes brazos para subrayar las ideas dominantes, para apoyar las declaraciones doctrinales y las exhortaciones patéticas” [1].

“Comenzaba relatando un hecho del Antiguo Testamento, un milagro o una parábola de Nuestro Señor, o bien citando y explicando un texto bíblico”. Tenía ciertos temas favoritos. ¿*Quis ascendet in montem Domini?* En cuanto enunciaba ese versículo del salmo, los profesores del escolasticado sabían que iba a ensalzar la castidad y que sería “sublime, fulgurante”. En esos momentos, en efecto, la llama y la pura luz de su ser, parecían pasar a través de su centelleante mirada.

La belleza de la vida religiosa, la hermosura de la vocación pedagógica, la belleza del apostolado, el Hermano Joseph suscitaba el entusiasmo al presentar este tipo de temas en el marco de una estética cristiana. Colmaba de esplendor toda virtud. Realzaba el valor de los gestos y de los detalles cotidianos; describiendo maravillosamente el simbolismo del hábito, del manteo, del cuello, encantaba a los novicios: “Nos sentimos orgullosos, decían aquellos jóvenes, al salir de una conferencia del Hermano Joseph”. Cuando les recordaba —a veces con lágrimas— que el niño sería entre sus manos un depósito sagrado, el bien más precioso del padre y de la madre, uno de los tesoros preferidos de la Iglesia, sentían arder su corazón en su pecho...

Cierta alocución en la capilla de San Teodoro, en Athis, ha permanecido de un modo especial en sus memorias. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*, había articulado el conferenciante. Enseguida, planteaba estas preguntas: “¿Cómo un buen Hermano puede y debe ser inteligente y abnegado con respecto al indigente y al pobre? ¿Cómo el buen Hermano que posee esa cualidad y practica esa virtud, es feliz?”

A continuación aparecía la serie de prescripciones formuladas por el Sr. de La Salle: gratuidad de la enseñanza, la mejor acogida reservada para los más pobres; llamada de atención sobre las antipatías y las brusquedades para con los alumnos

1 Notas personales del Hermano ADON-BERTRAND.

desheredados de la fortuna o por la naturaleza. La indigencia intelectual y moral exigía atención especial, una inmensa misericordia. Por otra parte, todo aquello que causa náusea a las gentes del mundo —pobreza material, desgracia física, deficiencias de carácter, discacidad mental— debía atraer la entrega de los Hermanos, su afecto, más aún que su piedad.

Tratando de comprender y amar al pobre, un religioso educador no podía dejar de ser feliz. No olvidaba las palabras de Cristo: “Aquel que recibe en mi nombre a un niño, me recibe a mí mismo”. Dios servido en los pobres y los pequeños, así se resumía la vocación del Hermano de las Escuelas Cristianas. Y la recompensa, era la virtud más valiente y fácilmente integrada en la sucesión de las horas y los días, un anticipo del cielo aquí abajo, Dios sirviendo, a su vez, al hombre que se ha entregado a Él, Dios que puede ser socorrido en el sufrimiento; “aderezando el lecho del enfermo” según las expresiones del salmista; calmando las angustias de la agonía. Ninguna complicación en el pensamiento del Hermano Joseph. Sino un meollo sustancioso, la riqueza de las experiencias y de las oraciones y la genialidad del corazón.

Y con eso basta para explicar su ascendiente, su verdadero dominio espiritual. Psicólogo agudo, maestro eficaz y leal en el arte de ganar las confianzas, de mantener las más exquisitas fidelidades, actúa mucho, individualmente, mediante la conversación y la correspondencia. En otro lugar, ya hablamos de sus relaciones con sus queridos “Francs-Bourgeois”, padres de familia, colocados en la industria, el comercio, la administración [1]. Se encontrarían también atractivas páginas en las cartas escritas a los discípulos orientados hacia el sacerdocio. Por el momento, vamos a escuchar al educador y al Superior dirigiéndose a los más cercanos entre sus hijos, aquellos que pertenecen al Instituto. Y nos contentaremos con un ejemplo, con el fin de no multiplicar las citas.

Paul Martin, quien sería el Hermano Amédée, y que dirigió más adelante el establecimiento fundado por el Hermano Joseph, tomó por modelo a su maestro de adolescencia. Sin imitación servil: una naturaleza fuerte, temperamento a la vez vigoroso y sensible, no se aniquilan para dejar paso a una sombra, a un hombre-reflejo. La voluntad sigue en juego, cuando se propone adquirir las virtudes capaces de multiplicar por diez el valor personal. Paul Martin declaraba que había comenzado a “desarrollarse” en la cálida atmósfera de la escuela de los Francs-Bourgeois.

Consideró que la existencia del religioso docente le permitiría realizarse según el modelo de la perfección cristiana. El Hermano Joseph, director de la comunidad, Asistente, Superior General, no cesará de seguir los progresos espirituales del Hermano Amédée, desde 1866 a 1896.

En vísperas de la entrada al noviciado, descubre y analiza en el joven, las causas de una alegría que demuestra estar limpia de consideraciones egoístas; quiere, en cierto modo, fijarla, fundar sobre ella la perseverancia. “Su tranquilidad, escribe, es una primera recompensa del buen Dios. Es, además, un noble sentimiento de íntima felicidad, en el que se mezclan la conciencia de un sacrificio aceptado, la certeza de

1 *Un Éducateur social, le Frère Joseph*, por G. RIGAUULT, pp. 107 a 188.

no contrariar a sus queridos padres, la clara visión de la vida a la que Dios le llama... Esa calma, gran gracia para el presente, será un mayor favor para el futuro. Si le llegan días de tormenta (y llegarán...) el recuerdo de la felicidad pasada... le impedirá desviarse”.

En presencia de un alma muy generosa, no se usan miramientos y reticencias. El religioso de mañana leerá, sin temblar, estas líneas: “¿Tiene usted, querido amigo, clara idea el camino sufrido y humilde en el que se está comprometiendo?... Nada es menos susceptible de provocar el entusiasmo que la vida de un Hermano, sobre todo cuando se inicia en la carrera. Por eso me aplicaré en hacerle estudiar el divino modelo de vida escondida que nos presenta el Dios recluido del tabernáculo. En sus visitas solitarias pida a Jesucristo que le inicie, desde ahora, en los misterios de la abnegación...”.

No obstante, surgirán esas horas negras que el sabio consejero ha previsto; los nubarrones acumulados ocultarán, momentáneamente, la luz del Espíritu divino. El hombre que se cree solo, mide su debilidad y poco falta para que se desaliente. Entonces es importante obtener empuje de la voluntad. Disponiéndola a cooperar, con todo su poder, a la gracia humildemente solicitada, uno se encamina hacia la recuperación de las fuerzas sobrenaturales. “Dios no espera más que su llamada, Busque motivos para querer, razones para actuar... Conviene que sea usted un poco el artesano de su santificación... ¡A trabajar!”

Paul Martin trabajó para Dios; y Dios trabajó a Paul Martin. Nos encontramos en el lecho de muerte del Hermano Joseph, a este digno heredero de una hermosa obra; rostro simpático, espíritu distinguido, corazón de oro. Nadie, en esos instantes supremos, podía representar mejor el innumerable grupo de los Hermanos que el Superior guió, reconfortó, iluminó sobre la grandeza de su vocación.

Las conversaciones cara a cara, corroboraban las exhortaciones que el infatigable interlocutor no dudaba en escribir, con su escritura cursiva. Desde el día en que había asumido la responsabilidad de una comunidad, había escuchado a sus inferiores “en rendición”. Es decir, que habían acudido a darle cuenta de su fidelidad o de sus fallos a las observancias, confiarle sus penas, solicitar sus consejos, sus estímulos. Sin invadir el terreno del confesor, había empleado sus derechos paternos. Cuando apareció el decreto pontificio del 17 de diciembre de 1890, llamado “decreto *Quemadmodum*”, el Hermano Joseph no necesitó cambiar de táctica.

“Estamos persuadidos, comunicaba al Instituto el 19 de marzo de 1891, de la atención que ponen generalmente los carísimos Hermanos Visitadores y Directores por adecuarse a las recomendaciones de nuestros venerados predecesores y a las nuestras. A nadie le está permitido inducir, a quienquiera que sea, a la manifestación íntima de la conciencia. No se pregunta más que con relación al empleo o a la disciplina exterior. Pero no olvidemos que, en los mismos términos del decreto, los inferiores no están en modo alguno impedidos de abrir libremente y

espontáneamente su alma a los superiores, con el fin de obtener, en las dudas y las ansiedades, prudente consejo y dirección” [1].

* * *

Cuanto más la Congregación se santifica, mayor oportunidad tiene de crecer. En las familias, en las escuelas, en las parroquias, los ejemplos dados por los Hermanos no se pierden. Sin duda —y es una suerte— el clero secular y regular se beneficia de una gran parte de las vocaciones cuyo germen cultiva un maestro cristiano. En París, desde octubre de 1888 a octubre de 1896, los centros educativos dirigidos por los Lasalianos procuraron doscientos sesenta alumnos eclesiásticos tan sólo para el seminario menor de Saint-Nicolas del Chardonnet [2]. La casa de los Francs-Bourgeois contará, entre los antiguos discípulos del Hermano Joseph, un brillante estado mayor de vicarios generales, de canónigos, de párrocos de la archidiócesis [3]. En Versailles, una estadística de 1905 hará ascender a cincuenta y uno sobre cien seminaristas menores los que provienen de las clases primarias donde los Hermanos les han formado en la piedad. Poseemos, para ese mismo año, las cifras de las diócesis del Puy y de Mende; en Haute-Loire, que posee, en esa época, trescientos setenta y cinco seminaristas menores y mayores, los Hermanos han suministrado la mitad: cuarenta y seis para el seminario mayor, ochenta y dos a la escuela preparatoria de la Chartreuse, cincuenta y seis a la de Monistrol. En Lozère, la proporción, más débil, sigue siendo considerable; en Mende, cuarenta y dos seminaristas mayores y cincuenta alumnos que se destinan al sacerdocio, en Marvejols y en Langogne, diez y nueve y cincuenta y cinco de esta segunda categoría pueden adjudicarse a sus maestros del cuello blanco: en total, estos antiguos alumnos de la Congregación representan más de un tercio del alumnado [4].

1 En el cuaderno del Hermano Louis-de-Poissy (Arch. de la Casa Generalicia, BE p 3) se lee este preámbulo a los “avisos sobre las entrevistas de los Hermanos Directores con sus inferiores”: “Nuestro Beato Padre recomienda vivamente estas entrevistas particulares... que incluso señala como uno de los cuatro sostenes del Instituto. Esta práctica, entendida en el sentido de que obliga al director a asegurarse de la exactitud de cada uno de los deberes de la observancia, a hacer recomendaciones útiles, a escuchar al inferior en la libre y filial confianza de sus ansiedades, a darle los consejos que su debilidad reclama, esta práctica, decimos, debe ser fielmente mantenida en nuestro Instituto. Así entendida, no tiene nada en contra del reciente decreto de la Santa Sede. Ese decreto suprime toda prescripción de Regla relativa a la apertura de conciencia, como también prohíbe toda presión directa o indirecta para inducir al inferior a dicha apertura. Pero además de no haber querido perjudicar en nada el funcionamiento de la vida regular en las comunidades, no obliga en modo alguno al inferior a cerrar su alma...” El Hermano Louis-de-Poissy entra luego en los detalles necesarios para disipar toda “preocupación” entre los Hermanos directores y cualquier “molestia” por parte de los religiosos que acuden a “rendición”.

2 Padre LESETRE, *Le Bilan des Écoles chrétiennes (Revue du Clergé français*, número del 15 de marzo de 1897). “Habría que añadir, observa el autor, al número de Saint-Nicolas el de los alumnos de los Hermanos que llegan al sacerdocio por el Seminario Menor de Notre-Dame des Champs o por otras casas de educación secundaria”.

3 Ver nuestra obra sobre el Hermano Joseph, pp. 274 a 280.

4 166 sobre 436. — Archivos del distrito del Puy. — Cf. *Vie du Frère Exupérien*, pp. 108-109.

París y el Puy son los distritos ubicados bajo los auspicios del Hermano Asistente Exupérien. La santidad se muestra aquí particularmente fecunda [1]. Pero, ¿dónde no suscita emulación? En el distrito de Rodez un cuadro, elaborado hace unos quince años con ayuda de diversos documentos y testimonios, señala cerca de un millar de vocaciones sacerdotales desde el origen de la circunscripción [2].

A ellas se añaden, apenas menos numerosas, las vocaciones de religiosos, clérigos o sencillamente Hermanos [3]. Los Lasalianos constituyen la mayor parte de ese ejército de religiosos. Es natural; la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Una colectividad sería extrañamente culpable, parecería tener poca confianza en su misión, si no asegurase, en primer lugar, su propio reclutamiento. Entre los niños que instruye, la voluntad de vivir, lleva a discernir aquellos que la continuarán. Para la Sociedad de san Juan Bautista de La Salle, se plantea esta pregunta: ¿cuáles son las almas capaces de comprender el ideal del educador, aptas para lograr su realización, con la ayuda de la inteligencia, del carácter, de las fuerzas corporales? Cada maestro está invitado a elaborar la respuesta. Y, al recorrer dentro de un momento las casas de formación creadas en el Instituto, podremos constatar diversos grados en el trabajo y en el resultado.

Los alumnos de la Congregación, no obstante, no son los únicos y, a veces, se dejan superar en ese camino hacia la perfección. He aquí algunas informaciones sacadas del distrito, tan importante, de Rodez: en el noviciado central del distrito, la proporción de los jóvenes provenientes de las escuelas, municipales o libres, dirigidas por los Hermanos, no superó, en aquel tiempo, la media de 45 por 100. Si se examinan atentamente las cifras, se registra un hecho curioso, y sin embargo muy explicable: los departamentos del Tarn y del Lot, cuya aportación es la menos abundante, presentan un contingente formado en su mayoría por antiguos alumnos. El Aveyron suministra más novicios que las otras dos regiones juntas; pero aquí, en cambio, la cantidad que llega del exterior supera al número de jóvenes educados en las clases del Instituto. La razón de esta aparente anomalía hay que buscarla en el fervor religioso del mundo rural del Aveyron: allí no había Hermanos; pero eran conocidos, venerados; cuando el reclutador de la Congregación pasaba por los pueblos y las granjas, era acogido con mucha solicitud, se lo escuchaba piadosamente. A menudo, se le prometía uno de los hijos: la vocación que se esbozaba entonces no tardaba en confirmarse. Ni la ilusión ni la coacción la habían determinado [4].

1 De igual modo, aunque a una escala mucho más reducida, la permanencia del santo Hermano Alpert en la Mission Saint-Joseph (escuela parisina de los Alsacianos), se traduce desde 1886 a 1896 por el envío de nueve jóvenes al noviciado lasaliano, de ocho a otras familias religiosas, de diez al seminario. (*Vie du Frère Alpert*, p. 146)

2 Archivos del distrito. el 24 de noviembre de 1946, fue beatificado un antiguo alumno de los Hermanos de Lisle-sur-Tarn, el franciscano Théodoric Balat, asesinado por los Boxer, en China, el 9 de julio de 1900. La misma escuela se ve honrada por otro mártir, el Padre Eugène Garrigues, sacerdote de la Misión, crucificado y quemado en Pekín, igualmente durante el movimiento xenófobo y anticristiano del final del siglo. (Notas del Hermano ILDEFONSE-GABRIEL).

3 955 vocaciones eclesíásticas, 923 vocaciones religiosas.

4 Archivos del distrito de Rodez, monografía del distrito.

En esos ambientes profundamente creyentes, los padres no imaginaban mayor honor que dar sus hijos a Dios; los niños se consagran al Señor con una juvenil espontaneidad. Pero la región del Rouergue no detenta el monopolio de la fe: en los alrededores de esa poderosa ciudadela, se levantan diversos bastiones del cristianismo. Michel Chabbert, de Boissezon, en el Tarn, ve entre los suyos una verdadera falange de sacerdotes, de religiosos y de religiosas. Su padre, al hablarle de su primo, Hermano de las Escuelas Cristianas, deja escapar estas palabras: “Me gustaría mucho que uno de mis hijos siguiese el mismo camino”. “Seré yo”, declara Michel. Se convierte en el Hermano Xénophon-Marie, profesor en Espalion, director de la escuela del Gua, director del pensionado de Rodez. Su funeral, en 1926, será oficiado por su hermano, sacerdote, y por su sobrino, Lazarista.

El Hermano Imbert-Alfred morirá en 1935 director de la escuela libre de Mazamet, a la edad de setenta y dos años. Pertenecía a una familia de labradores del alto Quercy; en casa de los Delluc, cada día se hacía la oración en común. La educación era viril. Dos lasalianos salieron de ese hogar: con Alfred, su hermano Ildefonse-Félix, profesor misionero en Madagascar.

Y concluyamos con la descripción de la modesta intimidad de un zapatero de Castres. Los Maraval tuvieron nueve hijos; les quedaban seis, cuando la madre, joven aún, muere súbitamente. El padre pretende bastarse él solo para satisfacer las necesidades de su prole. Trabaja en su oficio, día y noche; lleva adelante el hogar; no obstante, asiste diariamente a misa, va a meditar a la iglesia y, a ejemplo de sus abuelos, desempeña la función de cantor. Cristiano firme, de corazón recto, de severo lenguaje. Aspecto y lenguaje de patriarca. El vecindario gustosamente le daría ese nombre. Las noches de invierno, hay reunión en la casa de los Maraval para recitar el rosario. Si Dios quiere reservarse la tribu toda entera, su servidor está listo para ofrecérsela. Los hijos mayores, Joseph y Jean, serán sacerdotes de las Misiones Extranjeras; partirán para Corea y allí dejarán sus huesos. Una hija entrará en el convento. Henri, alumno con los Hermanos de Castres, toma el hábito de sus maestros. Transformado en Hermano Ignace, también él abandonará la tierra natal, por duro que parezca el exilio para su alma muy apegada a los afectos familiares. Dirigirá, en Egipto, la escuela profesional de Bab-Sidra [1].

* * *

Una de las más seguras garantías de futuro, para el Instituto, reside en la organización de los noviciados menores. Estos semilleros de religiosos lasalianos van a multiplicarse. Al establecimiento de París, cuyos inicios y desarrollo fueron objeto de nuestro estudio anteriormente [2], se han sumado varias casas en el interior. Desde 1875, los distritos de Béziers, de Caen, de Cambrai, de Lyon, de Marsella, de Nantes y de Saint-Omer cuentan con instalaciones semejantes. El Capítulo General decide entonces extender a todo el Instituto estas eficaces y necesarias fundaciones.

1 Archivos del distrito de Rodez, dossier de Castres.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 154 a 157 y 448 a 451.

El mismo año, por iniciativa del Hermano Irlide, resucita la “Obra de los noviciados menores”, que los acontecimientos políticos de 1851-1852 habían condenado a desaparecer. El Superior General encuentra activas colaboraciones y la promesa de recursos regulares para crear becas en favor de niños susceptibles de convertirse en apóstoles de la enseñanza cristiana. Una sesión inaugural, en un salón del arzobispado de París, es presidida por el cardenal Guibert, el 15 de diciembre. El coadjutor, Mons. François Richard, los Sres. de Melun, de Noailles, Denys Cochin, manifiestan su interés hacia el reclutamiento de los Hermanos. Personalidades eclesiásticas y civiles no menos importantes, entran, junto con esos jefes de fila, en el comité del patronato. Allí están Mons. de Marguerie, antiguo obispo de Autun, Mons. Gaston de Ségur, el santo ciego, el Padre Maurice d'Hulst, el futuro rector de las Facultades católicas; Adolphe Baudon, uno de los sucesores de Ozanam al frente de las Conferencias de San Vicente de Paúl; Drouyn de Lhuys, antiguo ministro de Asuntos Exteriores; Eugenio Rendu, inspector general de la Instrucción Pública... El Hermano Exupérien, representante de la Congregación, ocupa un puesto al lado del Padre Chaumont, capellán primero de la Casa Madre [1].

La Obra, llamada del “Venerable de La Salle”, prestará, a lo largo de su existencia, eminentes servicios. Los noviciados menores, hasta 1904, le deberán una parte de su prosperidad. El Sr. Eugenio Rendu ha proporcionado, en sus informes, las cantidades relativas a la población de alumnos de los Hermanos: de ciento veinte novicios menores, para toda Francia, en 1874, se pasó a mil setecientos noventa y ocho en 1886. En 1879, se había alcanzado casi el millar de integrantes. En los años siguientes, el viento del anticlericalismo, al asustar a mucha buena gente —padres y madres de familia— provocó una disminución bastante grave: en 1880, se descendía a setecientos treinta y tres unidades, en 1881 a menos de seiscientas. Pero la esperanza no tardó en renacer, el arranque en producirse: el total de mil doscientos sesenta y cuatro figuraba ya en el balance de 1884. Diez años después, se encaminará hacia los tres mil. Y la regresión no se presentará hasta el tiempo en el que las amenazas de tempestad aparezcan claramente en el horizonte francés [2].

Estas oscilaciones se acusan en la gráfica del noviciado menor de París, prototipo de las otras casas de formación. Una vez terminado el periodo crítico, las cifras tienden aquí a estabilizarse entre ciento ochenta y doscientos cincuenta, para ascender de golpe a más de trescientos, durante el año 1899.

Los muros de la calle Oudinot tuvieron al principio el monopolio de esa juventud. Cuando el Hermano Pierre-Célestin debió dejar de dirigirla, el Hermano Alban-Joseph, a cuya abnegación los Superiores no recurrieron nunca en vano, se encargó de los novicios menores al mismo tiempo que de los mayores. Pero ciertas circunstancias favorables permiten descongestionar la Casa Madre.

En 1877, el duque de Cadore, descendiente de Nompère de Champagny, el ministro de Napoleón I, y él mismo antiguo diplomático, aceptaba, a instancias del conde

1 Circular del Reverendísimo Hermano Irlide. — *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 212.

2 Informes de Eug. RENDU a la Sociedad General de Educación y de la Enseñanza; y circular del Reverendísimo Hermano Joseph, del 21 de noviembre de 1894. — Como es natural, un buen número de novicios menores, al cabo de cierto tiempo son considerados no aptos para la vida lasaliana: se realiza muy escrupulosamente una selección.

Anatole de Ségur, entrar a formar parte del Consejo de Administración de la Obra de Saint-Nicolas. La duquesa, sobrina de Mons. de Ségur, compartió las solicitudes de su marido en favor de las instituciones dirigidas por los discípulos del Sr. de La Salle. Ella poseía, a las puertas de la capital, una magnífica propiedad: cincuenta hectáreas de bosque, de praderas y de tierras, dominando el valle del Sena, frente al monte Valérien, y enmarcando un hermoso castillo. En 1883, el testamento de la Sra. de Cadore legó esa propiedad de Buzenval no al Instituto de los Hermanos, sino a la Obra, enteramente autónoma, fundada por el P. Bervanger y reconocida de utilidad pública.

La idea era abrir una sucursal de las florecientes casas de la calle Vaugirard, de Issy-les-Moulineaux y de Igny. Para tal finalidad, se imponía la consecución de capitales. Pero, previamente, ¿cómo sacar partido de la principesca donación? El Hermano Exupérien, el hombre providencial, intervino ante los administradores. En efecto, era miembro del consejo, como representante titular del Superior General en Saint-Nicolas al igual que en otros consejos.

“Permitan la instalación —al menos provisoria— de un grupo de nuestros novicios menores”, sugirió a sus colegas, cuando se impuso la urgencia de una revalorización. El proyecto fue aceptado. El 8 de enero de 1888, los Hermanos Aidan y Agathon-Lucien acompañaron a Buzenval a veinte de sus pupilos, a pie desde la calle Oudinot. Al día siguiente llegó otro grupo: treinta niños llamados, por el Hermano Exupérien, del distrito del Puy. Ese fue el núcleo del noviciado menor colocado bajo la dirección del Hermano Adéol. Se acondicionaron clases y dormitorios en el castillo ducal, prolongado por la capilla. Luego se edificó un elevado pabellón en uno de los costados, a una distancia razonable.

En 1898, era conveniente no prolongar más la ejecución de las cláusulas testamentarias: el Instituto de acuerdo con el Consejo de Administración, se impuso la obligación de construir, para sus novicios menores, un asilo apropiado, apartado del castillo. El otro edificio escolar, transformado, duplicado, se convirtió en el cuarto “Saint-Nicolas”.

Durante los dieciséis años que precedieron las dispersiones de 1904 la casa de Buzenval acogió unos mil trescientos inscritos, es decir una media anual de ochenta. Cuatro cientos cincuenta y dos pasaron al noviciado mayor y tomaron el hábito religioso. Contaron entre sus profesores y sus jefes, un futuro Asistente, el Hermano Anacletus, conciencia de pedagogo, alma fuerte, desinteresada, olvidada de sí.

En París, el principal formador, desde 1898 a 1904, se llamó Hermano Adrien, futuro Superior General. Nutría con una hermosa prosa, pero sobre todo con una exquisita doctrina adaptada a su edad aún tierna, al grupo elegido de sus alumnos. Se rodeó de notables auxiliares, inteligencias de élite, conscientes de la importancia capital de su papel para con los equipos del “relevo” [1].

* * *

1 *Essai historique sur la Maison Mère*, pp. 211-212. — Dossiers del establecimiento de Buzenval: *Souvenirs du Petit Noviciat*. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1934, p. 388. — Noticias necrológicas de los Reverendísimos Hermanos Allais-Charles (1928) y Adrien (1934).

No es éste el lugar para una historia detallada de cada uno de los noviciados menores. Pero, por medio de algunas fechas y algunos hechos, y en una rápida vuelta a Francia, trataremos de completar la fisonomía de esa institución.

El distrito de Saint-Omer siguió el ejemplo de París a partir de 1872. Comienzo muy modesto en una parte del edificio que servía de residencia al Visitador, en la calle del Sol. Todos los grupos de formación se hallaban situados allí. En 1885, se encontró una propiedad disponible, en pleno campo: “La Malassise”, de la cual se marchaban las Benedictinas del Santísimo Sacramento. La pureza del ambiente y la paz del lugar contribuyen al vigor de las almas. Novicios y novicios menores, viviendo en los mismos espacios, sin por ello mezclar sus juegos y sus trabajos, sufren análogas influencias, un “clima” que despierta la emulación, que impulsa a la oración. Diecinueve tandas de alumnos, prácticas en el régimen monástico, se sucederán en Malassise. La última, lastimosamente, verá de repente rotos todos sus sueños de apostolado. Una prudencia, sin duda excesiva, renunciará, durante la persecución legal, a conservar uno solo de esos niños en el Instituto. La casa, durante muchos años, no conocerá más que las voces y los pasos de los ancianos meditando sobre las ruinas [1].

Ya se trate del Artois o de Flandes, de Normandía o de Bretaña, de Lyon, de Provenza o del Languedoc, en todas partes se adecuan a los reglamentos promulgados para los noviciados menores bajo el generalato del Hermano Philippe. Las cláusulas parecerán particularmente severas para nuestra época: el novicio menor, a la vez que recibe una sólida enseñanza primaria, es tratado como futuro religioso: levantarse temprano, numerosos ejercicios de piedad, régimen alimentario sin el menor refinamiento, y reducido durante los días de penitencia prescritos por la Iglesia; ninguna otra relación con la familia fuera de la correspondencia y las visitas en el recibidor.

Esta austeridad no resulta pesada para la mayoría de los niños, educados duramente en los medios rústicos, envueltos desde la cuna en virtuosos ejemplos. Los jóvenes de las ciudades, también ellos con una educación muy cristiana, pero de civilización más avanzada, se habitúan quizás con cierta dificultad al cambio de vida; al principio se derraman no pocas lágrimas; un sentimiento de desamparo puede a veces llegar a invadir los corazones. Esa tristeza acaba desapareciendo: serviciales compañeros se apresuran a acostumar a los recién llegados; los recreos son alegres; el trabajo, con maestros abnegados, ofrece sus compensaciones y sus atractivos. La iniciación religiosa conlleva sus satisfacciones, sus gozos profundos. Después del deber cumplido, y con la tranquilidad de la conciencia, el novicio menor acude a la capilla; reza, canta, medita un poco. Las fiestas son frecuentes, rompen la monotonía de los estudios, el rigor de la cuaresma y de las vigiliass. El Hermano director se dedica a moderar la disciplina mediante el afecto, a mantener en toda la casa una sana y franca alegría, una especie de frescura espiritual. Los meses pasan rápidamente. Aunque el periodo de vacaciones no supone, salvo raras excepciones, un solo instante de regreso hacia el país natal, marca un alivio en la tarea cotidiana. Se juega y se dan paseos; no se permanece nunca ocioso. Sin duda, semejante existencia no conviene más que a una élite: muchos se retiran, ordinariamente siguiendo el consejo del mismo formador; y se

1 Archivos del distrito de Saint-Omer, *Historique du district* (por el Hermano ÉRARD).

encontrará entre ellos más de uno, que conservará con los Hermanos, relaciones impregnadas de agradecimiento. Los privilegiados, cuya vocación va tomando firmeza, dirigen sus pensamientos hacia el noviciado cada vez más próximo.

Para unos niños que verdaderamente tienen derecho a los cuidados casi maternos, la Congregación se esfuerza en procurarles el marco en el que puedan desarrollarse. No se le puede exigir que lo logre de golpe. En otros lugares, además de Saint-Omer, los inicios van acompañados de tanteos; el personal profesoral es improvisado; la vivienda carece de espacio y de un rudimentario confort. Se realizarán traslados positivos, más o menos rápidamente. Así, el Hermano Armand-Joseph que abre, en 1876, el noviciado menor de Bar-le-Duc, presidirá, en 1885, la instalación de sus novicios menores en Champagne, en la gran casa de Reims [1]. En Clermont-Ferrand, cuando se decide la fundación del noviciado, el Hermano Arthème-Claude se ve obligado a reunir a sus veinticinco alumnos —los benjamines del noviciado, dejando a parte a los mayores— en un oscuro reducto del antiguo convento de los Dominicos. Local venerado bajo el nombre de “Belén”, ¡pero prontamente abandonado! No es utilizado más que desde el 23 de octubre de 1876 al 1º de mayo de 1877. El Instituto posee en Montferrand, desde 1844, “el recinto de los Recoletos”: primeramente lo dio en alquiler a un granjero, luego confió la explotación a los jóvenes del orfanato Saint-André. Al terminar ese sistema, algunos Hermanos del temporal, aseguraron ellos solos, durante varios años, la custodia y el cultivo de los grandes huertos. Se necesita construir: un primer pabellón, construido apuradamente, acoge a los novicios menores. Los trabajos se continúan hasta 1880, se volverán a continuar en 1884; una elevada y luminosa capilla surgirá del suelo, entre 1894 y 1897. En ese momento, “los Recoletos” albergan tres comunidades lasalianas. Los profesores del noviciado menor constituyen una de ellas. Y la estatua de Nuestra Señora de las Vocaciones —que más tarde será llevada a Lembecq-lès-Hal— vela sobre los esparcimientos de la juventud religiosa.

Al Hermano Arthème-Claude, artista, poeta, arquitecto, hombre de hermosas empresas, le ha sucedido —de 1880 a 1893— el Hermano Herman-Joseph, de rostro angélico; vienen luego el Hermano Gervinus, el Hermano Hilarin. Los estudios han recibido una sabia organización y un fuerte impulso. La piedad es ardiente en Montferrand. Los antiguos monjes, discípulos de san Francisco de Asís, si volviesen a su morada terrestre, sonreirían a los ciento cincuenta y tres adolescentes que allí moran desde 1899 [2].

Los del Franco Condado no están menos atendidos en cuanto a su formación y a su residencia. En junio de 1867 era ocho, dirigidos por el Hermano Rédempt. La casa de formación donde acaba de florecer esta nueva promesa de futuro estaba ya abierta hacía quince años para los novicios mayores. Originalmente estaba formada por tres pabellones, rodeados por ocho hectáreas de jardines, huertas, arboledas, prados, tierras cultivables, en Trey-Saint-Claude, en los arrabales de Besançon. Fue agrandada bajo los auspicios del Hermano Jean-Olympe; y la primera piedra de la capilla fue colocada el 15 de abril de 1874, seis días después de la elección del

1 Noticia necrológica, 1906.

2 Archivos del distrito de Clermont, *Historique*. — En 1900, como consecuencia de un incendio, los novicios menores fueron enviados a Saint-Flour. En 1901 fueron devueltos, no a los Recoletos sino a los Dominicos.

religioso del Franco Condado al generalato. Él no podrá ver, aquí abajo, la bendición del edificio, que se termina en el mes de agosto de 1876, a tiempo para reunir ante Dios a los alumnos dispuestos a multiplicarse bajo la bendición del Hermano Raphaël-Joseph. En efecto, el futuro se presenta muy auspicioso: por encima de la vieja ciudad rodeada por el Doubs, “Saint-Claude” aparece como un lugar cercano al cielo: los jóvenes velan allí sus armas, los veteranos reciben su último reposo, antes de las recompensas de la eternidad [1].

¿Cómo no iba a merecer Pibrac un calificativo tan glorioso? Los futuros lasalianos del alto Languedoc van a agruparse allí bajo la protección de Germaine Cousin, patrona de la región, la afable y santa pastora cuyo recuerdo se evoca en la pobre casa de sus sufrimientos, y cuyas reliquias, en la iglesia parroquial, atraen a multitud de peregrinos.

El Hermano Jouéry-Hector, en 1874, había esbozado un noviciado menor en la antigua residencia de Toulouse. Cuatro novicios a penas salidos de la infancia le habían servido de núcleo; asociándolos a algunos postulantes de la misma edad, se había preocupado por suministrar a sus pupilos profesores particulares, un reglamento especial de vida. La obra se consolidó sin más tardar. En adelante el distrito se aseguraba un reclutamiento homogéneo. Cuando, después del Capítulo de 1875, se produjo la universal floración, Toulouse traslada sus semillas selectas al mejor terreno. En 1877, el R. P. Montagne, cura párroco de Pibrac, compra un recinto de tres hectáreas, sobre la ladera meridional del cerro en cuya cumbre se levanta su campanario. Con el fin de obtener maestros para su escuela, ofrece al Instituto la total disposición de su propiedad. El Superior General acepta, se compromete a asignar dos maestros al servicio de la parroquia, y autoriza al Hermano Visitador Jomès a edificar un espacioso edificio.

El 6 de diciembre, cincuenta y dos novicios menores, una vez recorridos los doce kilómetros de carretera, desde la capital languedociana hasta el pueblo de los condes de Pibrac, tomaron posesión de los locales destinados para ellos. Un antiguo director del pensionado de Rodez, el Hermano Innocent, se convirtió en su guía.

Era buen pedagogo. Y dejó su obra en manos de excelentes sucesores. Uno de ellos se llamó Hermano Léandris; profesor en el pensionado de la calle La Estrella, había adquirido una legítima reputación: capaz de enseñar todas las ciencias, eminente sobre todo en las letras francesas. En septiembre de 1888, la obediencia lo condujo a Pibrac. Allí estimuló las mentes mediante su palabra ardiente, pintoresca, cautivante... y también mediante un hábil sistema de exámenes [2].

Otro fue el Hermano Lémandus, el futuro historiador del distrito, inteligencia sorprendentemente viva, de ideas originales, y a veces audaces. Su precocidad se manifestaba en 1873, por su entrada en el noviciado con apenas catorce años.

1 Archivos del distrito de Besançon, *Historique abrégé*.- Desde 1885 a 1886 se añadirán nuevas construcciones; la capilla, bajo las órdenes del Reverendísimo Hermano Joseph, se agrandará en esa época.

2 Visitador auxiliar, a partir de diciembre de 1897, luego Visitador titular, el Hermano Léandris será elegido Asistente por el Capítulo General de 1907. Morirá el 3 de julio de 1914, a la edad de sesenta años.

Demasiado joven para ser empleado en las clases, quedó —una vez acabada su probación— en el primer plano de los sujetos seleccionados por el Hermano Jouéry-Hector. Con diecisiete años enseñaba ya a los novicios menores de Pibrac. Volvió con ellos, en la plenitud de la vida y del talento, después de haber enseñado, desde 1881 a 1901, a los pensionistas, luego a los escolásticos de Toulouse. El establecimiento de Pibrac se embellecía entonces con una blanca y majestuosa capilla, con el santuario pavimentado de mosaicos, con vidrieras que celebraban a santa Germaine. Un amplio huerto, una viña, un bosquecillo de encinas enmarcaban el plan de los edificios. No obstante, el número de jóvenes disminuía: mientras que, de 1889 a 1897, había oscilado entre ochenta y ciento diez y que ascendía aún a ochenta y siete en 1900, descendía de golpe hasta sesenta a la llegada del Hermano Lémandus. Ni la casa ni su jefe resultaban responsables de esa situación; la causa era bien conocida: en periodo de incertidumbre y cuando se prevén furiosos asaltos, es arduo mantener el funcionamiento regular de las instituciones. A medida que nos acercamos al plazo fatal, el noviciado menor se vacía; y deja de suministrar al noviciado mayor un contingente suficiente. De los cuarenta novicios menores de 1902, treinta y cuatro se dirigen hacia la Congregación lasaliana. Al año siguiente para una cantidad igual, no resultaron más que doce vocaciones [1].

* * *

Con método y constancia, la preparación, la siembra, el cultivo de terrenos favorables se continuaron durante los generalatos de los Hermanos Irlide y Joseph. En plena Bretaña de tradición bretona se fundaba el noviciado menor de Quimper, el 9 de julio de 1877. Comenzaba en el viejo edificio de la Maison-Blanche, cerca del pensionado del Likès. Los siete alumnos de los primeros días iba aumentando a lo largo del año con algunos compañeros. De esos diecinueve, cantidad total, solamente seis perseveraron. Sobre veintiocho admitidos en 1882 se contarán más adelante nueve religiosos. Pero las proporciones se modifican bastante rápidamente y en sentido positivo: para las “clases” de 1892, 1896, 1899, 1901, la mitad, o más de la mitad, de los antiguos novicios menores responden a las esperanzas de los formadores. Finistère, Ille-et-Vilaine, Morbihan y Côtes-du-Nord han enviado una parte de los aspirantes: las estadísticas establecidas para la totalidad de la duración de la escuela apostólica —anteriormente a 1904— demuestran que las fidelidades, en conjunto, fueron especialmente numerosas entre los oriundos de la región de Quimper y de Léon: 61,93 por 100. Viene a continuación la región de Saint-Malo, con 48,78 por 100 de perseverantes. Al Morbihan le corresponde el 36,36 por 100, a Côtes-du-Nord, 35. La media, incluso la menos elevada, es más que honrosa. Las familias católicas de la Bretaña, que entregaban ya sus hijos al sacerdocio, a las misiones, a las Congregaciones locales, han suministrado con amplitud lo mejor de ellas mismas para el Instituto Lasaliano.

Los más ricos, en esos departamentos del Oeste, aportaron sobre todo su oro. Muchos, después de 1895 lo negaron. Penosa actitud, provocada por los descontentos políticos. La sensata actuación del Hermano Joseph con respecto al poder civil había descontentado a intransigentes y fogosos adversarios de la República. En ese momento, hubo que levantar acta de la dimisión colectiva de los

1 Archivos del distrito de Toulouse, *Histórico* puesto al día por el Hermano LIGUORI. Y nuevo *Histórico* por el Hermano LÉON-HILAIRE.

miembros dirigentes de la Obras del Beato de La Salle, en Quimper. Hasta el clero, con algunas excepciones, pareció desinteresarse de la búsqueda de futuros Hermanos. Prejuicios tan injustos acabaron por disiparse.

Mientras subsistieron, la actuación de los educadores, la buena voluntad de los niños y de los padres, les impidieron volverse perjudiciales para el desarrollo del Instituto. El amplio edificio que, en 1888, había remplazado a la vetusta “Maison-Blanche” llegó a albergar hasta sesenta jóvenes. En esas condiciones, el futuro parecía garantizado. Y los Superiores podían soñar con crear, en el lugar, nuevos establecimientos. Ese programa se hacía más necesario, dado que el cambio de región de los novicios menores, había tenido efectos negativos: uno de los Hermanos Visitadores cedió a los distritos de Le Mans y de Caen varios de sus pupilos, éstos, lejos de su Bretaña, sintieron amarga nostalgia. Y se produjeron deserciones [1]...

En vez de aportar a otras provincias tesoros de fecundidad, Cambrai, a pesar de la fama, no obstante no usurpada, de espíritu cristiano, se veía, de vez en cuando, obligado a recurrir a las generosidad del Rouergue, incluso de Saboya, que consentían en privarse de jóvenes aspirantes. Gracias a ello, su casa de Annappes conoció días prósperos.

El Hermano Eleuthérius adquirió, en 1875, en la llanura de Lille, cuatro hectáreas de terreno por veinticinco mil francos. La vendedora, Sra de Clercy, se había mostrado poco exigente. Incluso entregó al Instituto los veinticinco billetes a cambio de la promesa de abrir una escuela parroquial gratuita. El comienzo de los trabajos, facilitados de esa manera, hizo posible, en 1877, la construcción de un edificio de sesenta metros de largo, por diecisiete de ancho. Se edificó una capilla, ocho años más tarde, que será bendecida el 31 de julio de 1887 y que, salvada del terrible incendio del 27 de abril de 1896, recibirá una abundante decoración, de acuerdo con la voluntad del Superior General. En el lugar de los muros calcinados surgirá, en su oasis de verdor, la majestuosa fachada de la Casa Madre del distrito.

Los novicios menores, instalados allí en 1881, serán treinta al principio; posteriormente superarán la cifra de setenta y cinco en vísperas de su repliegue hacia Bélgica [2].

En el sur de Francia, además de las fundaciones ya consolidadas, plantadas a orillas de la Saône y en el departamento de las Bouches-du-Rhône, nos encontramos Aviñón, ciudad muy querida y secularmente vinculada a la Congregación del Sr. de La Salle, que se dota, en la primavera de 1877, con la escuela de formación religiosa que dirige el Hermano Tarlat. La diócesis, poco a poco, la llena de los niños más serios y mejor dotados, provenientes de las clases de primaria.

A época similar se remonta la constitución definitiva del noviciado menor de Talence. El Hermano Jouan, que asume la dirección de los huéspedes más jóvenes de la

1 Archivos del distrito de Quimper. — El noviciado menor de Quimper fue clausurado el 28 de enero de 1904.

2 Archivos del distrito de Cambrai-Lille. — La mayoría de esos niños fueron dirigidos hacia las casas belgas de Chaumont y de Oversyssche, en el mes de octubre de 1904.

casa, ejerce su beneficida autoridad, no solamente sobre los procedentes de Burdeos, sino también del Périgord, del Aveyron, de Béarn, del País Vasco. Los distritos vecinos, en efecto, siguen aún confiando a Burdeos el cuidado de atender el florecimiento de las vocaciones lasalianas. De una quincena de adolescentes, el número asciende a la cincuenta, al cabo de dos años. Luego aparece un descenso. Pero, en 1889, setenta y tres novicios menores se reúnen en la capilla que ha construido precedentemente el Hermano Justinien-Dioscore, buen arquitecto.

En 1893, figuran noventa y siete, élite intelectual y piadosa, obediente al entusiasta impulso del Hermano Irène-Marie, manifestando un excelente espíritu y un magnífico ardor en el trabajo. El Hermano Irène muere tísico. Y, en 1898, su sucesor, quizás desbordado por la afluencia de candidatos —ciento cuatro, en esa fecha— observa una cierta tibieza en las almas. La progresión numérica no se detiene hasta el inicio del nuevo siglo [1].

Es tanto más notable si tenemos en cuenta que, desde 1885, el distrito de Bayona ya no envía sus candidatos a Burdeos. Un centro de formación —a la vez asilo para los Hermanos enfermos y los ancianos— se construyó sobre el territorio de Mauléon, en el espléndido decorado de la región de Soule. La Srta. Angelina d'Arthez poseía a las puertas de la pequeña ciudad, la finca de Aguerria. La vendió, en 1880, al Padre Arbelbide. Éste, algunos años después, cerró un acuerdo con el Instituto para que Aguerria se convirtiese en una de las más hermosas joyas de la familia lasaliana. Solución particularmente agradable para los herederos espirituales de un santo cuyos ancestros, según una tradición autorizada, eran de raíz pirenaica. Solución conforme con los pensamientos de la antigua propietaria, que había querido disponer de su propiedad para una obra religiosa y se honraba ella misma de pertenecer a la lejana parentela del canónigo de Reims.

En octubre de 1885, el Hermano Calimer-de-Jésus, Visitador, anunciaba, mediante una circular a sus comunidades, la apertura de un noviciado menor (y de un escolasticado) en Mauléon. La casa —bautizada por el Hermano Joseph “Nuestra Señora de Aguerria”— recibió muy pronto un enjambre procedente de la colmena de Talence.

Las condiciones materiales de la existencia iban a ayudar a todos los progresos de una juventud procedente del suelo natal. Bosques y pastizales se extienden sobre las laderas de las montañas. La ciudad pintoresca, el valle verdeante se ofrecen a las miradas. Sobre las terrazas se alza el rectángulo de un espacioso edificio, levantado en 1888. Bajo los auspicios del Hermano Visitador, un antiguo profesor de dibujo en el pensionado de Bayona, el Hermano Juminien-Joseph, se ocupa de los laboriosos acondicionamientos, en las clases, los comedores, los dormitorios, la granja, en las diversas obras permanentes. En el mes de mayo de 1889 se aprueban los planos de uno de los mejores arquitectos de Burdeos, el Sr. Mondet, para una capilla que será una joya de arte ojival: una piedra gris azulada, extraída de la propiedad, la reviste exteriormente; las vidrieras extienden en el santuario una luz muy suave; sobre un fondo de basalto, un vía crucis expone sus mosaicos.

1 Archivos del distrito de Burdeos; histórico del noviciado menor. — En 1903, los candidatos caen a 37. — La dispersión se realiza el 21 de enero de 1904.

Mons. Jauffret, obispo de Bayona, consagró el gran altar de mármol el 10 de agosto de 1891. “Aguerría” estaba, ya, en plena actividad. Entre el número de sus religiosos se encontraba un joven maestro, natural del Béarn: no se tratará nunca de Mauléon sin hacer referencia a su recuerdo... Por mucho tiempo se identificó con el establecimiento donde ofrecía sus atenciones a las almas. Convertido en Superior General de la Congregación, el Reverendísimo Hermano Junien-Victor, vendrá a morir en estos lugares que amaba. Y su cuerpo descansará, durante algunos días, en la tierra ancestral, al amparo de los Pirineos [1].

Vals, suburbio del Puy, conserva con razón la memoria del Hermano Bernard-Louis. Este loreno de Lunéville, entró en el Instituto en 1864, tenía treinta y ocho años cuando en noviembre de 1884 el Hermano Exupérien lo envió a la Haute-Loire, encargándole crear allí una nueva institución. El noviciado del distrito funcionaba en un recinto bastante estrecho, contiguo a la iglesia de los Carmelitas y ocupaba el lugar del antiguo monasterio. Instalar el noviciado menor entre los mismos muros planteaba un difícil problema. No obstante, a falta de algo mejor, el Hermano Bernard-Louis estudiaba el diseño de una construcción, después de haber reagrupado bajo sus órdenes a los más jóvenes entre los postulantes.

Por suerte, supo que los Jesuitas permitirían gustosamente el alquiler de la mayor parte de su escolasticado de Vals. Los novicios menores se trasladaron allí, en 1885. En noviembre, formaban un grupo de ciento veinte cabezas gozosas en torno al Hermano Director. Éste, los abandonaba en 1887, para iniciar una carrera sorprendentemente extensa. De momento en París, más tarde lo encontraremos en las Indias. Vuelve de Asia, en 1892, anémico, extenuado. Vals lo reclama: no es en absoluto para ofrecerle un completo descanso. Sino que las energías del anciano misionero se recuperarán en la atmósfera del Velay, en medio de los niños. Se manifiestan sin esperar más.

La Compañía de Jesús, quiere recuperar la disposición de su edificio. ¿Dónde alojar la escuela lasaliana? Hay que construir. Habrá que prever una gran inversión; el Hermano Exupérien proveerá. El distrito del Puy le proporciona excelentes elementos para la capital; a cambio, París es invitado a ofrecer su ayuda al Puy. En el caso presente, Haute-Loire recibirá una fortuna. La riquísima Sra. Lebaudy da 40.000 francos, que serán administrados por el Hermano Bernard-Louis. Sobre un terreno de Vals, de dimensiones suficientes, bien situado, se levanta un edificio de aspecto magnífico dentro de la sencillez. En él se aprecia la disposición racional, se valora la higiene; la luz se reparte por todas partes y el aire se renueva. La capilla, de buen estilo, fue decorada por el Hermano pintor Scipion-Marie. 1893-1898: cinco años han sido suficientes, al lúcido y emprendedor director, para finalizar allí su tarea. No por ello dejará de planificar y de realizar [2].

1 Archivos de Mauléon, *Historique du district de Bayonne*. — Noticias necrológicas del Hermano Calimer-de-Jésus, 1906 y del Hermano Juminien-Joseph, 1911. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1936, p. 86. — Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Junien-Victor, 1947.

2 Archives del distrito del Puy, *Historique*. — *Choix de notices nécrologiques*, t. I, el Hermano Bernard-Louis, pp. 336-370.

Los distritos del Macizo Central se muestran tan fértiles en vocaciones que además de los noviciados menores de los que se alimentan sus comunidades, ven a otros venir a tomar candidatos de su territorio, para el servicio de las regiones menos favorecidas. Una casa de este tipo se fundó en Gramat, en el Lot, en junio de 1889: el Superior General determinó trasladar allí algunos de los numerosos candidatos de Rodez, muy apretados en el hermoso edificio levantado al extremo del pensionado Saint-Joseph. Los alumnos de Gramat se encuentran sometidos a una especie de observación previa y de formación rudimentaria. Si parecen estar dotados de inteligencia, capaces para la virtud, deseosos de ser un día admitidos en la Congregación, van a continuar sus estudios en los distritos que conservarán esos hijos adoptivos. Así fue como, desde 1889 a 1903, sobre unos quinientos cincuenta niños del Aveyron, de Albi, y de Cahors inscritos en el centro, doscientos cuarenta y cinco partieron para Moulins, Reims, Bordeaux, Annapes, Hérouville o París. Los últimos, antes del cierre, serán distribuidos en Lorena, la Champagne y Maine, salvo algunos que volverán a Rodez [1].

Similar organización en Lozère. El noviciado menor preparatorio de Mende se abre en 1891. El Hermano Navit-Victor, de esa región y de gran celo, acondiciona para sus jóvenes compatriotas y cohermanos en expectativa, una dependencia del pensionado que dirige. Entre cincuenta y sesenta pasan cada año. Después de la selección, generalmente es el noviciado menor de la calle Oudinot, o su anexo de Buzenval, quien se beneficia de una interesante aportación [2].

* * *

El término “casa de formación” se aplica a los noviciados, así como a las instituciones que parecen ser su culminación lógica. Por eso, sobre todo en las primeras fases de la doble institución, encontramos con frecuencia novicios menores y novicios, a poca distancia los unos de los otros. Sin duda, los grupos están claramente separados; la prudencia, la sana pedagogía imponen ese sistema. Nada tan peligroso, nada tan deplorable como mezclar niños de trece y catorce años con los mayores, por estar éstos pasando, de modo más profundo, por la crisis de la adolescencia. Los novicios menores están bajo la guía de profesores especiales, de un director particular, o, algunas veces un subdirector, si un poder superior preside la asamblea de las comunidades reunidas bajo el mismo techo. Pero —como basta para indicarlo esta última observación— en muchos lugares, existe proximidad. Poco a poco, se descubrirá la importancia de una autonomía no solamente moral, además de material, que no permita que los pequeños y los más grandes respiren, por así decir, en la misma atmósfera; la iniciación progresiva a la vida religiosa se realiza, entonces, en mejores condiciones. Así no se correrá el riesgo de forzar la mano, desde los primeros momentos. El noviciado menor es, en primer lugar, una escuela: en ella se ejercita la razón y la memoria, mientras se da a las almas el tiempo y el medio de preparar su consagración a Dios. El noviciado no se preocupa en absoluto de las ciencias humanas; es en lo sobrenatural donde sitúa las inteligencias, así como las conciencias y los corazones.

1 Archivos del distrito de Rodez, *Historique de Gramat y Monographie du district*.

2 Archivos del distrito del Puy; y noticia necrológica del Hermano Navit-Victor, 1925.

Una vez expuestas estas premisas, parece inútil disociar, en análisis que se repetirían con monotonía, el bloque de los setecientos sesenta novicios de 1884, o de los seiscientos ochenta de 1886, o los mil doscientos de 1894 [1]. Y al ser los marcos exteriores en los que se mueven los diversos grupos, los mismos que describíamos anteriormente —Besançon-Saint-Claude, Pibrac, Mauléon, por ejemplo— nos limitaremos a anotar, al pasar, una cifra sugestiva, una fisonomía sobresaliente, un decorado inédito.

El gran noviciado de París mantiene a sus miembros en el perímetro de la Casa Madre. Hubiera parecido deseable instalar en la soledad del campo —un Vaugirard del siglo XVII, aunque menos desguarnecido, un Buzenval del siglo XIX— a esos jóvenes que, en 1872, casi habían alcanzado el doble centenar, y en 1875, seguían siendo aún más de ciento treinta. Aunque en 1881 se produce un descenso muy brusco, la curva vuelve a ascender posteriormente para superar el centenar a partir de 1887 y oscilar entre setenta y ochenta de 1893 a 1899 [2].

Como vemos, las filas permanecen, salvo crisis excepcional, bien prietas, en la calle Oudinot. Pero el contrato de 1819, que pone una propiedad de la Ciudad de París a disposición del Instituto, exige la presencia del personal en formación. Además el “Régimen” está muy satisfecho de tener cerca una tropa de élite, el primer batallón, el “Saint-Cyr” del ejército [3] lasaliano.

Le pone al frente unos jefes que llevan a los nuevos soldados hacia las victorias sobre las fuerzas adversas. Después del Hermano Exupérien, los Hermanos Alban-Joseph, Abdasius, Bernard-Louis...

Del primero nos complacimos ya en delinear sus rasgos [4]. Simple esbozo, que debemos retomar, con precisiones y algunos retoques complementarios. Nos seduce ese rostro de amplia frente, de mirada meditativa, que escruta al interlocutor. Se esperan las palabras que seguramente va a pronunciar esa boca impregnada de gravedad, de bondad, de ternura. De todo el ser irradia una nobleza a la vez humana y divina.

“Sentimientos elevados, energía de carácter, integridad de costumbres, generosidad de corazón”, así se distinguía, desde 1859, el joven de veintiún años a punto de ir a reunirse con sus dos hermanos entrados, antes que él, en la Congregación del

1 Cifras ofrecidas en el volumen de las Circulares, 31 de diciembre de 1886 y 21 de noviembre de 1894.

2 *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 215.

3 Nota para esta edición digital en castellano:

La expresión hace referencia a la Escuela Militar de Saint-Cyr o ESM (en francés: *École Spéciale Militaire de Saint-Cyr*); es un establecimiento de enseñanza superior de Francia, que forma a oficiales del Ejército de Francia, creado, en 1802, por Napoleón I. La expresión, pues, remite a la élite militar francesa.

Para más información, ver Wikipedia en castellano y francés.

4 Ver *Histoire générale*, t. V. p. 445, y anteriormente, p. 37.

Venerable de La Salle. Hasta entonces, había edificado a su parroquia natal de Tencin, en la diócesis de Grenoble. Enseguida, se ganó las simpatías de sus cohermanos, la particular atención de sus superiores. El Hermano Exupérien lo elegía como auxiliar en 1867. Elegido Asistente, lo conservó como secretario y consejero irremplazable. Pero, además, el Hermano Alban-Joseph sucedía, como director del noviciado de París, a aquel de quien era, en cierto modo, el *alter ego*.

“En toda su conducta, daba la impresión de un alma dueña de sí, declaran sus antiguos discípulos. Lo venerábamos como un santo... En sus conferencias, era excelente en poner las verdades religiosas a nuestro alcance... Frecuentemente, repasaba con nosotros los caminos precedentemente recorridos, con el fin de gravar más profundamente en nuestras inteligencias las líneas y los contornos... No poseía una locución fácil; pero su convicción, su deseo de comunicar la llama, producían la más viva impresión”.

Austero y firme, inspiraba temor. Penetrado de amor de Dios, ofrecía a los novicios el ejemplo de una intensa piedad. En resumidas cuentas, maestro admirado, comprendido e imitado. Su acción directa se ejercerá durante nueve años. Se siguió haciendo sentir sobre los Hermanos jóvenes después de 1884, mientras se ampliaba hacia el exterior, al ser nombrado Visitador de París y cuando sumó a ese título el de director general de los patronatos de la capital. Nos despedimos tan sólo provisoriamente de este infatigable apóstol [1].

Imitadores suyos, los encontramos por toda Francia: el Hermano Jugond, que dirigió durante un cuarto de siglo el noviciado de Quimper y, cuando se retira en 1878, deja “el modelo de todas las virtudes” a las generaciones formadas gracias a sus atenciones [2]; el Hermano Jouéry-Hector, entrevistado anteriormente en Toulouse, figura ascética, corazón muy delicado, director del noviciado en su distrito, desde 1874 a 1904; el Hermano Venant, que, primeramente formador de sus compatriotas saboyanos, fue, a partir de 1883, encargado de la misma obra en Rodez; “alma tierna y viril, carácter leal, jefe valiente y generoso, guía muy seguro, hombre de Dios...”: así lo define su noticia necrológica de 1911. Su dirección estaba “saturada de lo sobrenatural”. Partidario de la comunión diaria, exhortaba a ello a sus novicios. “Poseía, en alto grado, el talento para probarlos, corregirlos, enderezarlos. Y sabía, igualmente, dilatar sus corazones. Bajo su cayado, el noviciado era un tiempo de felicidad”. Se decía del Hermano Venant: “Crucifica la naturaleza sin hacerla gritar”. Tan atento como se mostraba a los perfeccionamientos espirituales, no descuidaba en absoluto los cuerpos: los endurecía y los flexibilizaba mediante los trabajos manuales. Su mirada seguía a los Hermanos jóvenes cuando cavaban, rastrillaban, plantaban en la huerta; observaba sus gestos, para formular a continuación sus conclusiones a propósito de las insuficiencias de celo, de las parsimonias y de las torpezas, o por el contrario, de las iniciativas inteligentes, valientes, alegres [3].

1 Noticia necrológica, 1903. Y *Choix de notices*, t. I, pp. 245 a 271.

2 Archivos del distrito de Quimper. De 1882 a 1904, el directorado del Hermano Constantin-Joseph fue una época prospera, señalada por numerosas vocaciones.

3 El Hermano Venant fue el maestro del Hermano Ildefonse-Gabriel, el buen archivero de Rodez, que hablaba de ese santo hombre con veneración.

Podemos ubicar en línea paralela al Hermano Navit-Victor en quien saludamos al fundador del noviciado menor de Mende. Maestro de novicios en el Puy, desde 1894 a 1904, su clarividente afecto, sus prudentes consejos, salvan muchas vocaciones vacilantes. En Nantes, por ese mismo tiempo, se afirma y triunfa el prestigio del Hermano Didyme, Emmanuel Landais, hijo de raza campesina, de una raza a la vez enérgica y suavizada por la civilización cristiana. El joven, había demostrado el vigor de su temperamento, la firmeza de sus decisiones, por su respetuosa —pero inquebrantable— resistencia con respecto a su padre que pretendía arrancarlo al Instituto. Bajo el modesto hábito de Hermano, conserva un aspecto aristocrático. La nariz aguileña, los rasgos sin abotargamiento, los ojos azules, de una vivacidad extrema, componen una hermosa, austera y atrayente fisonomía. En ella se transparenta el alma: es el alma de un jefe, nacido para mandar, sin forzar el tono, con soltura y sencillez, pero también con un ímpetu entusiasta. No cabe duda de que el Hermano Didyme vivió los años más fecundos y los más característicos de su meritoria existencia, al frente del noviciado de Nantes. Su conferencia cotidiana subyugaba a sus oyentes. Sus oraciones, sus sacrificios, sus mortificaciones multiplicaban el poder de su palabra [1].

Y no hemos dicho nada del Hermano Arnould, el maestro por excelencia... Tan alto se eleva, sobre las cimas de la oración y de la penitencia, el director de los novicios de Reims que su santidad se encuentra hoy sometida al juicio de Roma. Por esa razón preferimos no contemplarla —con el fin de una imagen, aunque imperfecta— hasta el momento en que dirijamos nuestras miradas hacia algunas de las almas más excelsas de la Congregación [2].

Limitémonos, por el momento, a transitar por la casa donde, desde 1877 a 1885, el Hermano Arnould vivió, en unión con Dios, en el admirable cumplimiento de sus deberes de formador: Thillois, verdadera Tebaida, en la llanura de la Champagne. Los Lasalianos de Reims habían adquirido, en 1850, esa propiedad que, situada no lejos de la ciudad, había pertenecido antaño a un miembro de la familia del santo Fundador. Después de la guerra de 1870, el noviciado del distrito fue transferido allí, desde Beuregar-Thionville, caído bajo la dominación alemana. Fue una instalación apurada, somera, con apenas lo necesario. Ningún medio de comunicación rápida: el camino entre Thillois y la aglomeración urbana debe realizarse a pie. Edificios sin confort, grandes árboles, una huerta, un pozo, dentro de un recinto cercado. En los alrededores, el silencio. No se puede uno imaginar, seguramente, un marco más adecuado para el trabajo espiritual; una vez franqueado el umbral, uno se siente lejos tanto de las vanidades como de los ruidos del mundo [3].

En 1885, el Hermano Visitador Bajulien decidió no dejar a los novicios en ese refugio precario. La “casa del Sagrado Corazón”, fue inaugurada, en la calle Courlancy, en las afueras de la ciudad de Reims. Se ampliaría en 1892, bajo la dirección del Hermano Amase-Léon, colocado cuatro años antes al frente del distrito. El noviciado encontró a partir de entonces un asilo de amplias dimensiones, lógicamente

1 La biografía del Hermano Didyme (1859-1931) es obra de I. DE CICÉ (Hermano Charles-Marie), uno de sus mejores y más brillantes discípulos.

2 Ver más adelante, pp. 122-123.

3 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1912, pp. 47 a 65.

distribuido, notablemente funcional, en medio de agradables jardines, en lo alto de una terraza que orienta los horizontes hacia la catedral [1]. De ese modo los Hermanos se acercaron a los lugares donde su Sociedad había nacido; y no solamente la juventud religiosa, procedente del pensionado y de las escuelas de Reims, o llegada de la Francia del Este [2], crece allí, desarrolla sus valores profundos bajo la influencia de su Beato Padre, sino que, de todos los puntos del globo, los hijos de Juan Bautista de La Salle, acogidos en el “Sagrado Corazón” ven facilitadas sus peregrinaciones al “hôtel de la Cloche”, a la calle de Contray, a la Iglesia de Saint-Maurice, a la Iglesia de Saint-Jacques, y hasta Nuestra Señora de Liesse... No obstante, Thillois, no puede ser olvidado. El recuerdo del Hermano Arnould devuelve a ese lugar a las nuevas generaciones; sobrevuela sobre los que realizan allí sus retiros, antiguos alumnos, miembros de las asociaciones juveniles de la Enseñanza Libre, también los educadores, que escuchan, en ese eremitorio, los consejos de los sacerdotes y las lecciones del pasado.

* * *

Ascendiendo hacia el norte, llegamos a Annappes. Allí el noviciado ha soportado diversas vicisitudes. Primitivamente anexo a la comunidad de Saint-Jean de Cambrai, reunía a sesenta y seis formandos en 1875. Ocupa su nueva residencia a partir de 1877. Desde 1880 a 1894, el número de participantes no alcanza los treinta; y en 1888, ¡descendió por debajo de diez! Ese año, se unieron los novicios de Cambrai-Lille con los de Saint-Omer. De vuelta a Annappes, la institución recupera vida; las cifras indican una seria progresión. De veinte a veinticinco novicios, al principio, se pasa, en 1896, a veintinueve, en 1897, a treinta y dos. La media de treinta se mantiene hasta 1900.

El noviciado menor suministra la casi totalidad de las vocaciones. Del exterior se presentan cuatro postulantes en 1896, dos al año siguiente, tres en 1898 y en 1900, uno sólo en 1899 y en 1901. Las perseverancias son numerosas: durante este periodo, por ciento noventa y seis admisiones, ciento treinta y dos son fieles [3]. A las fechas anteriores a 1894, las escuelas dirigidas por los Hermanos no alimentan el reclutamiento más que en una proporción de un tercio, o —al máximo— de los dos quintos. Luego el movimiento deseado comienza a producirse; y, en 1905, sobre cien Hermanos nacidos después de 1878, se contarán cincuenta y un alumnos del Instituto [4].

Otras estadísticas en Hérouville, en el Calvados. Desde 1870 a 1904, el noviciado recibe seiscientos sesenta y cinco postulantes, veinte por año normal. Cuatro cientos sesenta y dos pasaron por el noviciado menor. Sobre la totalidad de los efectivos, la diócesis de Coutances dio ciento dieciséis, la diócesis de Ruán ciento dos, la

1 Noticia necrológica del Hermano Amase-Léon, 1895.

2 El Reverendísimo Hermano Athanase-Émile, actual Superior General, entró en el noviciado de Reims en 1896.

3 Es decir más del 68 por ciento; 35 han salido, 26 han sido despedidos, 3 han fallecido, antes del 7 de julio de 1904. — Archivos del distrito. *Historique*.

4 Archivos del distrito. *Historique*.

diócesis de Bayeux, cincuenta y ocho. La aportación de Normandía (doscientos setenta y seis) es, por tanto, muy inferior a la mitad. El distrito tuvo que solicitar refuerzos a las regiones que aún tienen abundancia, en esa época, en hogares muy cristianos: las diócesis de Mende, de Cahors, del Puy, de Quimper, de Rodez, de Tulle, de Saint-Brieuc, de Grenoble envían sus contingentes [1]. Hasta el mismo París figura en la lista con quince de sus ciudadanos [2].

Los jóvenes viajeros desembarcaron en la estación de Caen; una vez atravesada la ciudad de magníficas iglesias, con activas industrias, y después de haber seguido o los bordes del canal, o el camino de llanura, descubren la elevada y larga fachada de la casa de formación, el campanario de una capilla cuya silueta evoca la esbelta basílica de Lourdes. Estos adolescentes, llegados de lejos, pueden cantar el canto de los peregrinos de Jerusalén: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*. Su Sion normanda les promete días apacibles, alegrías puras, unión de corazones.

“Abrir un noviciado...” El Hermano Joseph, Asistente recientemente elegido, declaraba, en una carta del 4 de febrero de 1875, que había suplicado a Dios que le concediese la dicha y el honor de esa obra. El “distrito de Orleáns”, es decir los departamentos del Loiret, de Loir-et-Cher, de Eure-et-Loire, de Sarthe, del Orne y del Eure, ofrecía en aquel tiempo, suficientes vocaciones para que se crease, hacia el oeste, entre Loire y Seine, un establecimiento distinto del de la calle Oudinot.

Ahora bien, en 1874, un cristiano generoso, el Sr. Depeudry, se mostró dispuesto a dar a los Hermanos su propiedad del Rancher, dieciséis hectáreas de tierras y de bosques, a catorce kilómetros del Man. El regalo fue aceptado después de algunas vacilaciones del Régimen. Se temían las dificultades materiales: alejamiento del ferrocarril, impuestos de una propiedad agrícola y de unos edificios importantes. Al Hermano Joseph le gustaban los esplendores de la naturaleza, al igual que apreciaba las arquitecturas nobles. Calle des Francs-Bourgeois, calle Saint-Antoine, más tarde Athis-Mons, en Mauléon se vio ampliamente servido en ambos puntos. En Rancher, encontraba un agradable castillo precedido por un hermoso parque, un encantador paisaje de Francia, con ranúnculos venenosos, fuentes, verdes pastizales poblados de rebaños.

La causa, confiada a la providencia, entablada con ardiente convicción, se vio prontamente ganada. En el mes de mayo, el Hermano Asistente ubicaba en “Nuestra Señora del Rancher” a diecisiete novicios, bajo la dirección del Hermano Bénigne. Los describe como una procesión de voces juveniles, por las avenidas de hojas primaverales. Él mismo, intervino para “consagrar el bosque” a la Santísima Virgen, cuya estatua se levanta a partir de entonces, en el centro de una glorieta.

El Hermano Joseph siente, en esa casa, alegrías paternas. En el diploma que afilia al donante al Instituto, se leen las siguientes palabras, que preceden a la firma del futuro Superior General: “Un Asistente que desea manifestar su especial gratitud”. El Rancher sigue siendo uno de sus espacios predilectos. Siendo ya jefe de la

1 Las cifras se escalonan desde 15 para Grenoble, a 58 para Cahors y a 60 para Mende. — Archivos del distrito. *Historique*.

2 Archivos del distrito. *Historique*.

Sociedad Lasaliana, se ocupa personalmente de la construcción de una capilla. Aunque no pudo poner la primera piedra, estará presente, el 10 de julio de 1890, en la bendición del elegante edificio compuesto por tres naves góticas [1].

Las oraciones de la mañana y de la tarde, los ejercicios que jalonan la jornada, los estudios de catecismo, de la Historia Sagrada, de la Historia de la Iglesia, las meditaciones sobre la vida y las virtudes del Beato Juan Bautista de La Salle, las lecturas espirituales, las tareas materiales, los recreos y los paseos, necesarios esparcimientos, las “rendiciones”, las mortificaciones, las humillaciones, los actos de obediencia, pruebas obligatorias, piedras de toque de las vocaciones serias, toda la trama sobre la cual el novicio establece su obra se haya extendida en veinte lugares de Francia: en Moulins, en el claustro de la calle de París, en Clermont-Ferrand, en el antiguo convento de los Dominicos, en el Puy, en el de los Carmelitas, en Caluire donde, después de las devastaciones y las expoliaciones de 1870, los Hermanos lioneses han retomado el uso apacible de su morada [2].

Y también, en Saboya, distrito cuyos novicios habitaron sucesivamente las propiedades de Verney, Chambéry, el castillo y recinto de Boudillon, cerca del lago de Annecy, luego, a partir de septiembre de 1887, la propiedad del canónigo Camille Costa de Beauregard, la finca solariega de “la Villette”, a tres kilómetros de la capital de Saboya [3].

Rodez, durante medio siglo, envía a otras ciudades de Francia, a las colonias, y a los centros educativos de Egipto y de Turquía, centenares de sus novicios y de sus Hermanos Jóvenes, educados en la austeridad, preparados para cualquier quehacer, en el clima de la calle Sarrus [4].

Burdeos continúa formando la juventud religiosa en la propiedad, plantada de robles y de acacias, en la carretera de Talence. Allí es recibido, el 5 de enero de 1881, un

1 Después del nuevo reparto territorial, Nuestra Señora del Rancher se ha convertido, durante más de medio siglo, en la casa de formación del distrito de Mans (Sarthe, Mayenne, Orne, Indre-et-Loire, Loir-et-Cher, Eure-et-Loir). En agosto de 1894, llegaba a ella, muy pronto novicio bajo las órdenes del Hermano Cadolien, un joven profesor de Dreux, Charles Collier, hijo de un alumno del Hermano Joseph, y el mismo objeto de la afectuosa solicitud del Superior General. Bajo el nombre de Adolphe-Joseph, o bajo el hábito secular retomado, muy a pesar suyo, en el momento de la persecución combista, el Sr. Collier, maestro de filosofía en Saint-Pierre de Dreux, director del pensionado de Ruán, educador de primer nivel, hombre de viva inteligencia y de muy amplia cultura, alma muy delicada y profundamente “lasaliana”, honrará sobremanera a su Congregación. Su biografía fue escrita por su amigo, discípulo y colaborador Louis LÉTER (Hermano Albert-Valentin), en 1942.

2 La casa de Caluire había sido invadida, el 28 de septiembre de 1870, por bandas de energúmenos. Los Hermanos fueron expulsados de allí; la expropiación duró hasta el 8 de mayo de 1871. El Instituto lasaliano intentó entonces un proceso al municipio de Caluire, y al prefecto del Rhone, Challemel-Lacour, quien había autorizado la expulsión y apoyado todos los actos ilegales del alcalde Vassel. El tribunal civil, mediante el juicio del 19 de junio de 1872, condenó al municipio y al ex-prefecto a pagar a los Hermanos una indemnización correspondiente a los daños y perjuicios de todo tipo. (Archivos del Secretariado General del Instituto, rue de Sèvres).

3 Abbé SECRET, *op. cit.*, pp. 86 y 106. — El noviciado menor permaneció en la casa de Annecy.

4 Desde 1851 a 1904, el distrito suministró a las diversas regiones de Francia y del mundo 296 novicios, 49 escolásticos, 246 profesos: en total 591 personas. (Archivos del distrito, *Monographie*).

antiguo alumno de la clase de honor de Bayona, antiguo empleado de comercio en su ciudad natal, Auguste Détharré, el Hermano Junien-Victor [1]...

Finalmente, si del Océano y de los Pirineos occidentales pasamos a las costas mediterráneas, vemos surgir por encima de las olas la Calade Saint-Louis orientando hacia lo lejos los pensamientos de los Lasalianos de Provenza, y, para los del Bajo Languedoc, será Fonserannes, que despliega sus viñedos y extiende sus frescas aguas por los parajes de Béziers.

En 1877, el Hermano Irlide pedía al gobierno de la República la autorización de hacer que el Instituto fuese oficialmente propietario del recinto de Fonserannes. El Consejo de Estado prestaba oídos sordos; según algunos juristas, los Hermanos habían descuidado antiguamente una formalidad indispensable: ¡obtener el consentimiento de los poderes públicos para la creación de un noviciado! Un informe del 8 de febrero de 1884, firmado por el Superior General probó que la Congregación era perfectamente libre de abrir, para la formación de sus miembros, tantas casas como juzgase útil. La demostración pareció irrefutable. Y a partir de entonces el buen trabajo continuó sin obstáculo.

* * *

No es posible permitir que, lejos del hogar inicial, los fervores se debiliten. Los Capítulos Generales y los Superiores han tratado de remediar esos enfriamientos. El Hermano Jean-Olympe, como sabemos, estimaba primordial tal empresa. Presidió, en diciembre de 1874, un retiro de los “maestros formadores” que dio el modelo de las demás reuniones de religiosos “especializados”. Los directores de los noviciados franceses y belgas fueron convocados a Clamart en 1880. La Casa Madre, en 1883, presenció una reunión semejante. La institución quedó a punto, después del acondicionamiento de la propiedad de Athis.

Cada año, de igual modo, los Hermanos Visitadores —que habían sido acogidos primeramente en Passy en 1879— encontraron sus celdas en torno a la capilla de “Nuestra Señora de los Retiros”. Por su parte, los Hermanos directores de centros escolares, acudieron allí regularmente, en una cantidad entre cincuenta y sesenta. Durante esos días, se les reservó tiempo para intercambiar sus puntos de vista y comunicarse los resultados de sus experiencias sobre el plano pedagógico o administrativo. Esos intercambios fraternos parecieron ocupar ventajosamente el lugar de los Capítulos Provinciales “ensayados” antes de la Revolución de 1789 y, después caídos en desuso.

Se organizaron, además, retiros particulares para los educadores encargados de los patronatos, de los círculos u otras obras sociales, para los Hermanos del temporal, más tarde para los Hermanos soldados.

De todas esas recolecciones espirituales las más importantes son, por el momento, “los Ejercicios Espirituales”. El Capítulo de 1875, los reclama en favor de los “aspirantes a los votos perpetuos”: “Se procurará, dice en su cuarta decisión, hacerles seguir los Ejercicios Espirituales, o retiro de un mes”.

1 Archivos del distrito de Burdeos e Histórico del distrito de Bayona.

El Instituto Lasaliano, siempre fiel a los consejos y a las tendencias de su autor, se introducía muy conscientemente en las vías de san Ignacio de Loyola. Las primeras “maniobras” —para usar un término militar que concuerda con el capitán español— se desarrollan en el mes de agosto de 1875, en la escuela parisiense llamada del “Gros-Caillou”, en la calle Saint-Dominique. Antaño, en esos parajes, el Hermano Gerbaud se confiaba a los padres de la fe [1]... El Hermano Irlide pide a la Compañía de Jesús que dirija y controle la labor de las cuatro semanas.

Los locales del Gros-Caillou se abren nuevamente a sus huéspedes en 1876 y los años siguientes [2]. Pero pronto se forman diversos centros en el interior: en Nantes, Aviñón, Thonon, o Chambon en la Lozère. En el mes de mayo de 1877, el Superior General publica las *Instrucciones para los Hermanos de las Escuelas Cristianas sobre los Ejercicios Espirituales*. Es un *vademecum* principalmente para uso de los religiosos lasalianos que presiden el retiro; resume lo esencial del directorio ignaciano.

El movimiento ya no se detiene. En 1879, es el turno de los directores de comunidad. Luego, en noviembre de 1884, en abril y en noviembre de 1885, corresponde a los miembros del Régimen, a los Provinciales, a los Visitadores de Distrito, tanto como ejemplo como para la propia santificación personal, insertarse en esa potente corriente. A partir de 1893, varios Hermanos directores se unen en la casa de Athis, a los aspirantes a la profesión perpetua. Además de las predicaciones colectivas, son convidados a escuchar los consejos que les conciernen específicamente. La organización demuestra ser satisfactoria; a partir de entonces se la mantiene.

Los Capitulares de 1882 desearon, para los Hermanos jóvenes, el beneficio de un recogimiento análogo. Por esa razón se inauguraron los “retiros de veinte días”. Al principio, servía de preludio a la emisión de los votos anuales. Sus métodos se inspiraban en los Ejercicios Espirituales, pero se adaptaban, por supuesto, a la edad de los destinatarios y al tiempo, más breve, de que disponían. Parecen ser tan provechosos que también son aplicados a “los Hermanos que se inician en el apostolado”, un año o dos después de su llegada a la comunidad [3].

* * *

1 Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 512 y ss.

2 El R. P. Adigard, S.J., escribía desde Zi-Ka-Waï, en China, el 11 de abril de 1905: “Fue al final de agosto de 1876 cuando fui llamado por primera vez a dirigir los Ejercicios Mayores. El establecimiento y el patio del Gros-Caillou nos suministraron un local suficiente... Tres hombres tenían la dirección general: el Reverendísimo Hermano Irlide, con su gran capacidad de concepción y de voluntad, el Hermano Joseph y el Hermano Exupérien... El Hermano Exupérien se había introducido en el espíritu y el mecanismo de los Ejercicios de san Ignacio, había captado perfectamente la importancia, así como la flexibilidad, que se presta a todas las exigencias... Estaba bien secundado: el Hermano Angélum presidió los Ejercicios en 1876...”

(Archivos del secretariado general, 78, rue de Sèvres, *Notice sur Athis-Mons*, por el Hermano BOMEL).

3 Circular del 22 de octubre de 1899. — Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Irlide. — *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 204. — *Vie du Frère Exupérien*, pp. 176-177.

El Hermano Exupérien había tomado una parte preponderante en las decisiones capitulares de 1875 y de 1882. Se había alegrado por el impulso manifestado tanto por los Hermanos ya profesos perpetuos como por la nueva generación. Gran maestro en espiritualidad, había presidido él mismo los “treinta días” de los Superiores en 1884. Si alguna vez las virtudes religiosas habían adormilado en algún rincón lasaliano, ¿no se manifestaba espléndido su despertar? No obstante, los herederos del santo se consideraban aún incompletamente despiertos.

El gran Capítulo que, en 1725, bajo el generalato del Hermano Timothée, había recibido la Bula de Benedicto XIII, hubiese querido que la profesión perpetua encontrase como prefacio un retorno temporal a los ejercicios del noviciado. Así, el religioso, después de varios años pasados en las escuelas, interrumpiría el contacto con el mundo exterior y, renovando su alma para las luchas de la edad madura, la preservaría de un peligroso cansancio, de una amenazante rutina.

Desgraciadamente, las necesidades de la enseñanza, la dificultad de los viajes, habían impedido la puesta en práctica de ese “segundo noviciado”. Inmediatamente después de la tormenta revolucionaria, mil preocupaciones de reorganización material, de disciplina interior, de fundaciones escolares, se opusieron a la realización del proyecto esbozado un siglo antes. Pero el viejo ideal persistía en el corazón de los Hermanos más compenetrados con el pensamiento del Sr. de La Salle. Nuestra misión pedagógica, consideraban, debe, para no desviarse, orientarse siempre según la estrella de nuestra vocación religiosa. Somos, en cierto sentido, monjes. Y lo podremos ser si, en un momento determinado, durante un periodo capital de nuestra existencia, volvemos al estudio profundo de las ciencias divinas y a la contemplación.

El problema se planteaba, más acuciante, después de la era del Hermano Philippe. El Instituto abarcaba inmensos territorios; el Instituto acogía en su seno a miles de personas. Un fortalecimiento de los lazos espirituales evitaría deslizarse hacia el olvido —o, al menos, hacia la negligente interpretación— de las Reglas, hacia malentendidos de nación a nación, hacia el peligro de los cismas.

Esas ideas fueron tomando cuerpo. En 1865, el Hermano Exupérien señalaba, en unas notas íntimas, su deseo ardiente de ver inaugurarse, en la Congregación lasaliana, lo que los Jesuitas llaman “la tercera probación”. El santo hombre exponía a Dios su solicitud apoyándola con sus maceraciones.

Capitular de gran audiencia, su mucha influencia se concretizó en esta decisión de 1875: “Con el fin de conformarse cada vez más al espíritu de nuestras Reglas... se tratará de tener, lo más pronto posible, unos locales convenientemente dispuestos, y distintos de los noviciados ordinarios, para los aspirantes a los votos perpetuos. Éstos recibirán allí atenciones especiales, durante tres o seis meses, según lo permitan las circunstancias y lo ordene el Superior General”.

Había sido necesario resignarse a esta imprecisión: “La Asamblea, decía un preámbulo, ha constatado con pena que se permanecerá aún quizás demasiado tiempo en la imposibilidad de organizar suplencias” para los maestros que el segundo noviciado retiraría a los centros educativos. Los Ejercicios Espirituales procurarían, en el futuro inmediato, lo esencial de la preparación deseada.

Correspondía al Hermano Joseph la culminación de la obra. Su circular del 16 de julio de 1887 anunció que “un cierto número de Hermanos ya profesos, treinta o cuarenta, uno o dos por distrito” serían congregados en Athis-Mons desde el 4 de agosto siguiente al 15 de noviembre. El Superior General se expresaba así:

“En las excepcionales circunstancias en que nos encontramos, en medio de los temores y los peligros de los que, en estos momentos, somos el blanco por parte de los hombres, en medio de santas y fortificantes esperanzas que nos vienen del Cielo, nos ha parecido que nada podría atraer mayormente sobre nosotros las bendiciones de Dios, nada podía ser mas agradable a nuestro venerado Padre, que este acto por el cual afirmamos el deseo... que tiene el Instituto... de vivir más perfectamente aún de la vida de su Fundador”.

El Papa León XIII alabó la iniciativa. El elogio de la Santa Sede podía dirigirse más particularmente hacia el Hermano Exupérien, que se consumía, desde hacía veinte años, en esfuerzos y en súplicas.

Los “cien días” —tal fue la apelación corriente y que se hizo famosa— comenzaron en la fecha establecida. Fueron vividos por cuarenta franceses, dos belgas, dos italianos, un austriaco, un irlandés, tres americanos de los Estados Unidos, dos canadienses. El Segundo noviciado, desde su origen, poseyó el carácter internacional que ha conservado siempre. Sobre la edad y el estado religioso de los participantes, conviene señalar que, en definitiva, los “segundos novicios” se eligieron no entre los aspirantes a los votos perpetuos, sino, muy sensatamente, entre el número de los Lasalianos que daban pruebas de su madurez de inteligencia, de alma, de su entera devoción al Instituto, incluso de sus aptitudes para ocupar cargos. Al no tener, el sistema, más que una aplicación restringida y un funcionamiento limitado, se impuso una selección rigurosa. Aún así, a menudo hubo que renunciar a inscribir entre los elegidos a más de un Hermano de valor, que —sin haber pasado por esta “Escuela de Guerra” [1]— encontrará, no obstante, su lugar en el “estado mayor” de la Congregación.

La elección del director responsable era uno de los puntos más importantes. Una recusación inesperada estuvo a punto de crear problemas a los superiores. El Hermano Joseph y el Hermano Exupérien recurrieron al Hermano Alban-Joseph, entonces visitador del distrito de París. Valientemente, con un hermoso espíritu de sacrificio, el fiel amigo del primer Asistente se puso a la obra. Eligió como auxiliar al Hermano Bernard-Louis, a quien había conocido como profesor en el noviciado menor de la calle Oudinot.

Fue una improvisación coronada por el éxito. El Hermano Alban, durante tres meses y medio, desplegó su autoridad suave y firme, su inalterable paciencia, el arte de comunicar toda la calidez de sus convicciones sin perjudicar a la personalidad de sus oyentes. El Hermano Bernard-Louis cumplió a conciencia su papel secundario.

A propósito del reglamento a adoptar, el Jefe del Instituto había interrogado al P. Adigard, que predicó ante los Lasalianos numerosos retiros. Un largo informe del eminente Jesuita demostró que el programa de la Tercera Probación, con su ascesis

1 Ver, anteriormente, la nota 157 para ésta edición digital en castellano.

y su trabajo intelectual, podía muy bien ser adaptado al uso de los segundos novicios.

En diciembre de 1887 se abrió una nueva sesión. Aquellos que el Régimen convocó formaron la “promoción de la Beatificación”, ya que el 19 de febrero de 1888 Juan Bautista de La Salle debía recibir el honor de los altares. Época memorable. Coincidió para el segundo noviciado de los Hermanos, con la entrada en escena, del director que se convertirá en el hombre de la institución.

Ya hemos hablado de él extensamente [1]. Vuelve de América, donde como Visitador Provincial, ha trazado su surco y sembrado a manos llenas. Desde 1887 a 1914, dirigirá veinticinco promociones de segundos novicios. “Restaurarlo todo en ellos por medio de Jesucristo”, eso era lo que, parafraseando a san Pablo, el Hermano Réticius propone a sus discípulos”.

Exige en primer lugar, una regularidad integral. “El segundo noviciado adquiere pronto el aspecto de una comunidad modelo... Los modales de ciertos Hermanos, el ruido de las puertas, el recitado de las oraciones, la ejecución de los cantos hacen, después de la observación de los menores detalles de la Regla, el objeto de severas llamadas de atención... Al principio, se siente “cierta molestia en más de un religioso” devuelto de golpe diez o doce años atrás, al tiempo de su primer noviciado... El Director “no se siente molesto de inspirar un cierto temor, principio de la sabiduría”.

A lo largo del retiro preparatorio, recibe individualmente a los recién llegados. A partir de entonces “se ha roto el hielo”. Cada uno se da cuenta de que las duras apariencias esconden un corazón muy bueno. Se continúa, con mayor confianza, “la reforma del interior”... y la del exterior. Uno se deja conquistar por una voluntad que se expresa manifestamente, claramente, por medio de frases concisas, a veces no sin una pizca de emoción.

El sentimiento no aflora sino en raros intervalos; domina el razonamiento. Algunos segundos novicios definieron a su formador llamándolo “el geómetra de la vida espiritual”. Principios, axiomas, demostraciones tienden a penetrar las almas de esta verdad: un Hermano debe conocer y amar al Fundador de su Instituto, vivir de la doctrina lasaliana, conformar sus pensamientos, su conducta, su enseñanza al modelo que, a su vez, imitó a Jesucristo.

El Hermano Réticius no quiere, en el comedor, más libros que los dos in-cuarto del canónigo Blain. Si consiente en instituir una “fiesta del segundo noviciado”, la imagina sobre todo como una jornada de oraciones ante las reliquias del Bienaventurado Padre.

La preparación pedagógica no podría, en semejante medio, permanecer ajena a la espiritualidad. Tal y como lo prescriben la Regla y las obras del Sr. de La Salle, principalmente sus *Meditaciones para el tiempo del retiro*, la enseñanza —deber de estado del Hermano de las Escuelas Cristianas— provoca el esfuerzo virtuoso, se alimenta en las fuentes de la religión.

1 Ver anteriormente pp. 45 a 47.

El control y el perfeccionamiento de las cualidades profesionales se realizan aquí mediante la prueba de la catequesis, *el experimento*, según el término en uso. No es solamente una conferencia de instrucción religiosa: después de una exposición que debe mostrar la ciencia del Hermano, de su talento en la presentación, de su facultad de elocución, los oyentes se convierten en catequizados voluntarios; escuchas las preguntas de su cohermano, las hacen si corresponde: no para permitirle fáciles triunfos; sino por el contrario, para obligarle a un esfuerzo de claridad, de precisión, de concisión, para forzarlo a los análisis hábilmente realizados, a las síntesis exhaustivas y atrayentes, a las definiciones de palabras y principios, a las enumeraciones sin lagunas. *El experimento* se presenta para algunos como una especie de pequeña tortura. Tiemblan por adelantado; sienten la garganta seca, cuando suben los peldaños del estrado profesoral. A veces, no descenderán por ellos sin confusión. Pero la humillación pública cuenta entre los fructuosos ejercicios del segundo noviciado. Por lo demás, no suele ser frecuente: los reos del Hermano Réticius tienen, de ordinario, un muy honroso, incluso un muy brillante pasado como educadores [1]. Las miradas a mantener, las críticas a soportar suscitan el ardor en el trabajo previo, el deseo de conformarse a las tradiciones, a la razón de ser del Instituto, mostrándose inteligentes “apóstoles del catecismo”. La caridad fraterna impedirá hundir demasiado profundamente el aguijón y, sobre todo, envenenar la herida. En cambio, una leal y pura imparcialidad la llevará a menudo a disfrutar de los hermosos éxitos. Algunas reputaciones se establecen o se universalizan durante los “Cien días”: así, en 1888, un segundo novicio de treinta años, el Hermano Imier-de-Jésus, dio dos “catecismos” que suscitaron vivos elogios. Aurora de un astro al cual se aplicará, cuando alcance su cenit, el versículo del salmo XVIII: *Exultavit ut gigas ad currendam viam*.

En 1894, la celebración del Capítulo General en los pabellones de Athis supuso la supresión momentánea del gran retiro de los profesos lasalianos. En la circular subsiguiente, el Hermano Joseph, resumiendo la obra de sus diez primeros años de generalato, no dejó de subrayar los resultados obtenidos por el Hermano Réticius. El noviciado especial, decía, se ha convertido por fin en una realidad; “ya, más de trescientos Hermanos se han beneficiado de esta preciosa institución. Los frutos excepcionales de gracia y de renovación que ha producido han hecho incluso expresar, a algunos, el deseo de que su duración se prolongase hasta los seis meses” [2].

Los Cien Días podrán conservar su nombre hasta 1924. Únicamente entonces el segundo noviciado, según las disposiciones tomadas por los Capitulares reunidos en Bélgica el año precedente, se extenderá no sobre uno, dos, sino hasta tres trimestres.

El Hermano Réticius lo había dirigido hasta 1914 inclusive; cada año, salvo dos interrupciones causadas una por el estado de salud del director, en 1900, la otra por las conmociones de 1904. El Hermano Allais-Charles, Visitador de París, destinado

1 Entre ellos se cuenta el Hermano Léon-de-Jésus que, participando en los primeros “Cien días”, demostró ser como una especie de modelo del “segundo novicio”.

2 Circular del 21 de noviembre de 1894.

a figurar como décimo sexto sucesor de san Juan Bautista de La Salle, ayudó al Hermano Asistente a atender a las promociones de 1901, 1902 y 1903.

Los dos mil quinientos Lasalianos que, durante el primer medio siglo de la obra, participaron en las oraciones y los ejercicios de la “comunidad modelo”, no podrían negar el juicio expresado sobre ella por uno de sus organizadores de nuestra época, el Hermano Anacletus: “El segundo noviciado ha contribuido muy positivamente a reforzar la unidad de espíritu, de corazón y de voluntad entre todos los miembros del Instituto, dispersados por el mundo. ¡Qué aumento de vitalidad para la Congregación, cuando los segundos novicios regresan a sus distritos, espiritualmente reconfortados, llenos de la savia que circulaba por el ser del santo Fundador!” [1].

* * *

El germen de la santidad no muere ni degenera en el campo del Padre de familia. Sin pretender adelantar las infalibles sentencias, podemos decir que más de un Hermano de las Escuelas Cristianas, entre los de las generaciones en actividad después de 1870, es semejante en santidad al director de la casa de Saugues en tiempos del Hermano Philippe, aquel Hermano Benildo cuyo proceso de beatificación se inició hacia finales de 1896 bajo los auspicios de Mons. Guillois, obispo del Puy [2], y que, ahora, la Iglesia a colocado en los altares.

Algunos veteranos de la Congregación, contemporáneos de nuestro Beato, incluso mayores que él, lo sobreviven durante largos años, como para guiar a los jóvenes por los caminos de la sabiduría divina. Por ejemplo Jean-Claude Valantin, nacido en Lorena el 24 de septiembre de 1793; su carrera se desarrolla a lo largo de un siglo. Consta de dos fases, desiguales en duración, particularmente diferentes en deberes de estado. Jean-Claude, soldado en el ejército de Napoleón, realiza las campañas de Alemania y de Francia, en 1813 y 1814. Combate, en 1815, en Waterloo, como cazador de infantería en la Guardia Imperial. Permanece en el servicio militar bajo el reino de Luis XVIII. Cuando en el mes de febrero de 1822, obtiene su licencia, para ubicarse entre el número de los novicios del arrabal Saint-Martin. El cazador de la Guardia, vestido con el hábito religioso, se llama Hermano Secondien. Profeso en 1827, enseña en Nancy, en Metz. Luego dirige, desde 1841 a 1858, la escuela y la comunidad de Lunéville. Al quedarse sordo, realiza humildes tareas: ir a buscar las provisiones en el mercado de Reims, ayudar en la cocina. Pero su alma no cambia; nunca ha cesado de ser un alma de oración. La Regla y la oración lo elevan cada vez más cerca del cielo. Ascensión ininterrumpida hasta la entrada en la eternidad, el 20 de octubre de 1885, a la edad de noventa y dos años [3].

1 Archivos de la Casa Generalicia. Informe sobre la Historia del segundo noviciado, leído el 2 de mayo de 1938, con ocasión del cincuentenario de la institución. — *Vie du Frère Exupérien*. — Noticias necrológicas de los Hermanos Alban-Joseph (1903), Réticius (1918), Imier-de-Jésus (1929), Allais-Charles (1930).

2 Circular del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, 2 de febrero de 1898.

3 Noticia biográfica, 1908. — Estas líneas completan lo que dijimos del Hermano Sécondien, p. 481 de nuestro tomo V.

Del Hermano Prime, muerto el 31 de diciembre de 1891, el Superior General del Instituto decía, en el prefacio de una noticia biográfica de 1910: “Ascendió hacia las fuentes de nuestra vida familiar, se compenetró fuertemente del espíritu primitivo y pareció, entre nosotros, un miembro del antiguo Vaugirard”.

En efecto, uno se imagina fácilmente que, Vincent-Calixte Chiron pertenece a una época superada. De niño en la aldea de Bourg-Saint-Andéol, escuchaba dócilmente, hacia 1823, las lecciones de los Lasalianos regresados a ese rincón del Vivarais, y de un hermano mayor, catorce años mayor que él, Marie-Joseph, recientemente ordenado sacerdote. El padre Chiron, con sus discursos y sus ejemplos, guió a su hermano menor lejos de la vida fácil. Fundador de una congregación femenina —las Hermanas de Santa María de la Asunción— luego de un Instituto de Hermanos hospitalarios, renunciará, en 1843, a dirigir a sus hijas e hijos espirituales, con el fin de sepultarse en un eremitorio. No aceptará abandonar su soledad más que para enseñar al pueblo de las parroquias, durante las estaciones del otoño y del invierno. Sus últimos años transcurrirán en el monasterio de la Santa Cruz, en los Pirineos Orientales. Morirá en olor de santidad, el 28 de diciembre de 1852.

Ese es el hombre que preparó la vocación del Hermano Prime. Inmediatamente después de su noviciado, Vincent-Calixte se convierte en maestro de escuela en Lyon. Diversas obediencias los conducen al Puy, a Lons-le-Saunier, a Tarare, a Feurs. En 1859, fue enviado a la calle Oudinot. Treinta y cuatro años vivió en la Casa Madre, encargado de tener al día y conservar los informes confidenciales del Secretariado General. Mientras desempeña su tarea cabalmente, discretamente, el Hermano Exupérien se le ofrece como consejero espiritual. El discípulo se muestra digno de toda confianza, admirable en su sencillez, en sus mortificaciones, en su amor a la Eucaristía. Con setenta y cuatro años, en el mes de noviembre de 1885, sigue hasta el final el retiro de treinta días al cual ha sido invitado al igual que el Régimen y los Hermanos Visitadores. Hasta el final, da el edificante espectáculo de su austeridad, de su regularidad silenciosa [1].

El espíritu sopla donde quiere; las llamadas divinas se dirigen a personas de toda condición y de cualquier pasado. Existía, en 1878, en el departamento de los Vosgos, un buen agricultor, padre de seis hijos. Cuatro de sus hijos habían entrado en el Instituto lasaliano; su hija elegiría la dura existencia de las “Damas Pobres” de Santa Clara. El jefe de familia, con cincuenta y ocho años, se encontraba viudo, con la única compañía de su hijo más joven. Su mujer, minutos antes de morir, le había dicho: “Creo que la voluntad de Dios es que nuestros hijos menores actúen como los mayores, y que tú mismo los imites”. Dócil a ese consejo supremo, el padre partió para Besançon en compañía de su último hijo; los dos se presentaron ante los Hermanos de la casa de Saint-Claude: uno en calidad de postulante, el otro de novicio menor. El padre recibió, junto con el hábito religioso, el nombre de Rémy-Flavien. Fue empleado de acuerdo a sus capacidades profesionales. Perseveró, como cristiano firme, religioso sin reproche. En 1896, alrededor de su lecho de moribundo, los cinco hijos, Hermanos de las Escuelas Cristianas, rezaban por aquel

1 *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 209. — Noticia biográfica (por el Hermano PAUL-JOSEPH), 1910.

que los había engendrado según la carne [1]. Este humilde merecía al menos una mención.

Naturalmente, no lo pondremos en paralelo con un Hermano Julius-de-Jésus. Jean Bouquet no es, sin embargo, él mismo, más que un humilde Hermano del temporal: nacido, el 18 de enero de 1837, de un albañil de Borgueyran, cerca de Lesparre, en la Gironde; trabajando, con François Bouquet, su padre, en la construcción del faro de Houtin; luego, recibido en el noviciado a pesar de su muy escaso bagaje de conocimientos; siguió manejando la llana, y sin duda también el rastrillo en el jardín de Talance. Pero esa “vida escondida” encierra “maravillas” [2]: diamantes de pureza, de oración, de inmolación. El mundo invisible se transparenta a través de él, con un incomparable brillo. Y a veces, se manifiesta de manera fulgurante.

El Hermano Julius-de-Jésus tiene fama de taumaturgo. Gran servidor de la Madre de Dios, será por medio de la intercesión de “Nuestra Señora de Todas las Gracias” como obtiene los favores espirituales, curaciones corporales, beneficios de todo tipo. Una estatuilla recibió esa advocación. Se veneraba antiguamente en Burdeos. Durante la Revolución, una piadosa mujer la puso al seguro en su casa, donde se celebraba en secreto la misa, en presencia de dos antiguos Hermanos de las Escuelas Cristianas. Louis Lafargue, restaurador de la institución lasaliana en Burdeos bajo el nombre de Hermano Éloi, llegó a ser luego dueño de la santa imagen y la dejó por protectora a los Lasalianos de la región. Como los de Marmande atravesaban por momentos de angustia, en 1832, Burdeos se desprendió de su Madona en beneficio suyo. Nuestra Señora de Todas las Gracias permanecerá en Lot-et-Garonne mientras viva el Hermano Julius, empleado en el comedor y como sacristán de la comunidad de Marmande —desde 1864 a 1904—. Ella se le unirá, en 1910, en la capilla de Talence donde, convertida nuevamente en “Señora de Aquitania”, ella preside los pensamientos, inspira las heroicas virtudes del anciano [3].

Casi contemporáneo del santo hombre de Marmande, el Hermano Arnould se le adelanta en la eternidad. Segundo de los nueve hijos del zapatero Claude Rèche y de Anne Clausset, Nicolas-Jules nació el 2 de septiembre de 1838 en Landorf, pueblo de la región de Metz. El hogar se veía acosado por los problemas económicos, y eso provocaba la melancolía de la madre de familia. El padre mantenía su valor gracias a la una fe particularmente viva. Nicolas-Jules heredó esa piedad, se acomodó a la pobreza, que no tardará en amar de forma muy franciscana. Muy pronto, tuvo que acudir en ayuda de los suyos: antes incluso de su Primera Comunión, servía como criado de una familia burguesa. Los cursos nocturnos en la escuela municipal, durante el invierno, le procuraban una somera enseñanza; el Padre Grégoire, cura párroco del lugar, constataba en el niño una gran disposición hacia el estudio del catecismo.

1 Noticia necrológica del Hermano Rémy-Flavien, 1896.

2 Canónigo OLGIWOLSKI, *Les Splendeurs d'une vie cachée, Frère Julius-de-Jésus*, 1939. — Ver también *Histoire générale*, t. V, p. 484.

3 El Hermano Julius-de-Jésus falleció el 25 de junio de 1927, a sus noventa y un años.

Cristiano en toda la fuerza del término, el joven Reche no parece, sin embargo, pensar en abandonar las sendas comunes. La verdad es que sufre el imperio de la necesidad. En 1859, lo encontramos como obrero de un contratista que construye una iglesia en Charleville. Los Lasalianos tienen una escuela en esa ciudad: el joven de veintiún años pide asistir a sus lecciones. Esa enseñanza, que nutre su inteligencia, penetra también en su corazón. Si, durante algún tiempo, su celo religioso se ha enfriado un tanto, la gracia resulta prontamente victoriosa. “Jules Rèche, en Charleville, era ya un apóstol, un santo”, dice un Hermano que le conoció entonces.

Al final de la etapa, surge el noviciado de Beauregard-Thionville. El Hermano Arnould hizo allí sus prácticas, desde noviembre de 1862 al final del año siguiente. Desde 1863 a 1877, dio clases en el pensionado de Reims. El profesor sintió ciertas desilusiones; el catequista tuvo mejor suerte: “La fe que espero poder conservar, proclamaba uno de sus discípulos, la debo, después de a Dios, al *Credo* explicado por el Hermano Arnould”.

A partir del 16 de noviembre de 1877, el asceta, el penitente, el prudente y firme guía de almas va a dar su medida. Dirigirá el noviciado de Reims hasta marzo de 1890. A pesar de la humildad que quiere tenerlas veladas, se hacen evidentes sus extraordinarias virtudes. Encuentran su fuerza en la más íntima unión con Dios. Se expanden en maravillosas actividades: el Hermano Arnould discierne el fondo de los corazones, consuela las más amargas tristezas, disipa los desalientos, comunica el sentido de las palabras divinas, guía al sacrificio a las voluntades vacilantes. Sus ejemplos asustan al principio, pues busca todas las ocasiones de sufrir: ayunos, flagelaciones, privación de sueño, trabajos penosos, rigores del frío durante el invierno más glacial. Pero el cuerpo reducido a servidumbre libera las potencias interiores: un amor intenso hacia el Salvador crucificado, una caridad tierna, afable, gozosa, sin cansancio, sin desfallecimientos, hacia el prójimo [1].

Así se explica la profunda y duradera influencia del director de la casa de Thillois. Sigue presente, cuando el noviciado se traslada a la calle de Courlancy, e incluso cuando el edificante religioso debe abandonar el cargo que lo abruma para ocuparse, sencillamente, de los “Hermanos ancianos”. Muere entre ellos, el 23 de octubre de 1890.

Podemos ver una especie de émulo en la persona del Hermano Herman-Joseph — Jean-Baptiste Puechjean— natural del Cantal, de amable carácter, con alma sensible, de constitución delicada, quien, desde 1880 a 1893 —fecha de su muerte a la edad de cuarenta y cuatro años— dirigió a los novicios menores del distrito de Clermont “con un tacto, una dignidad, un espíritu de oración y un éxito sobrenatural que han evitado el olvido de su memoria” [2].

1 Proceso informativo con miras a la beatificación del Hermano Arnould. — Un maestro del escolasticado de Bettange se dispone a publicar una excelente biografía, concebida, principalmente, como un estudio de psicología religiosa.

2 *Notice biographique*, por el Hermano PAUL-JOSEPH, 1913.

El Instituto lasaliano sigue aún más fiel al recuerdo de Chrétien Motsch, el alsaciano de Eywiller, novicio en 1864, bajo el nombre de Hermano Alpert, director y apóstol de sus jóvenes compatriotas en la casa de San José de París, en la calle Lafayette.

La elevadísima virtud del Hermano Alpert se manifiesta especialmente mediante la aceptación del sufrimiento. Un agotamiento sin tregua le provocaba, inicialmente, violentas migrañas. En julio de 1884 —tenía entonces treinta y cinco años— comenzó a sentir los primeros síntomas de la parálisis y de la ataxia locomotriz. Las piernas comienzan a flaquear; las manos se quedaron rígidas. El enfermo tuvo que fijar a su muñeca mediante una correa el bastón con el que se ayudaba para caminar.

Considerando con serenidad su situación, pretendió no perder nada de su energía y de su actividad. De las obras que había creado o desarrollado —escuela, centro juvenil, veladas eucarísticas, sesiones y paseos para sus alumnos y sus “antiguos alumnos”— ninguna fue interrumpida.

En 1889, los Superiores le ordenaron dirigirse a Ruán, junto a las reliquias del Fundador recientemente beatificado, con el fin de solicitar una curación milagrosa. La gracia que obtuvo aquí abajo, fue la del heroísmo en las torturas de sus miembros.

Por cerca de seis años más, arrastró por clases, escaleras, patios, su pobre cuerpo cada vez más deteriorado. Ante el espectáculo de este martirio, soportado sin quejas, los Hermanos de la casa de San José se conmovían, se edificaban; la santidad de su jefe, al igual que sus palabras sobrenaturalmente elocuentes, incrementaban en ellos el ánimo religioso.

No obstante, el mal progresaba implacablemente, fue necesario, a partir de 1895, desplazar al inválido en un sillón. El 15 de julio de 1896, el Hermano Alpert se alejaba para siempre, de su querido centro educativo.

Iba a recibir, en la calle Oudinot, los cuidados y los servicios que su estado exigía. Pero esa dolorosa Pasión se confirmaba como un espléndido apostolado. ¿Quién podía, mejor que semejante víctima, predicar el amor de la Cruz, dar testimonio de la fecundidad de los sufrimientos, demostrar que, en la unión con el Redentor ensangrentado, consiste la suprema sabiduría? Y, a pesar de su impotencia, el educador no renunciaba en absoluto a su tarea primordial: convocaba en torno suyo a los novicios menores venidos de Alsacia; al darles lecciones de francés, extendía su influencia sobre sus almas. Al alba del miércoles santo, 6 de abril de 1898, pudo pronunciar el *in manus tuas* y el *consummatum est* [1].

Con el Hermano Alpert, el Hermano Prime, con el Hermano Exupérien, la Casa Madre no cesa de ser una escuela de ascetismo y de abnegación. Son también discípulos del venerado Asistente el Hermano Altigien-Louis, director del escolasticado de París, guiando con paciencia y mansedumbre a sus jóvenes

1 *Le Frère Alpert*, biografía escrita por el Hermano CASIMIR-VINCENT. Cada año, desde hace medio siglo, los antiguos alumnos de la escuela y del centro juvenil de la Misión San José acuden, el 6 de abril, al cementerio de Bagneux a la tumba del Hermano Alpert.

religiosos hacia la noción del sacrificio, de la práctica de la renuncia [1]; y el Hermano Aidan, fallecido el 9 de junio de 1909, cajero de la Procuraduría General de la calle de Sèvres después de una carrera de profesor en los noviciados menores de París y de Buzenval.

Este Hermano poseía talento de pedagogo; sus alumnos realizaban rápidos progresos bajo su impulso. La voluntad, que cultivaba en los demás, él mismo la había ejercitado particularmente en su fuero interno.

Según dice su biógrafo [2], “no fue de esas naturalezas ideales, perfectas desde el principio, en quienes la sagacidad o la complacencia de los admiradores no encuentra defecto”. Para vencerse, “encontró serias dificultades, algunas de las cuales correspondían a un temperamento enfermizo”. Se sentía naturalmente inclinado a la tristeza; moral y físicamente soportaba duras angustias, desconcertantes desasosiegos. Pero, gracias a la relación con el Hermano Exupérien, emprende el camino hacia el desprendimiento absoluto. Se nutre de la doctrina de su modelo, la traslada a sus propios actos tan completamente, que una sorprendente semejanza acaba estableciéndose entre los dos hombres.

No obstante, el Hermano Aidan, espíritu inquieto, lleva su humildad hasta persuadirse de su incapacidad. “Sembrador de ideas, iluminador de las mentes”, habría podido ampliar el círculo de su influencia intelectual y religiosa. En cambio, se repliega, se esfuma. Nada le parece mejor que la oscuridad, el olvido... Gustosamente elegiría como lema el *ama nesciri* del autor de la *Imitación*. Los superiores respetan un deseo exento de toda motivación de tipo humano; consideran que la actuación de ese penitente, de ese “escondido”, de ese “orante”, gana en profundidad lo que abandona en superficie.

Y es que bajo esa forma, diversas veces, es como los santos han trabajado en el Instituto, al igual que en la Iglesia. Así hemos contemplado, en Francia, algunos de los Lasalianos más cercanos al ideal evangélico, así encontraremos sus semejantes en otros países donde la Congregación ha instaurado sus escuelas y sus Reglas.

1 Noticia necrológica, 1912, y *Choix de notices*, tercer volumen.

2 El Hermano PAUL-JOSEPH, 1910.

CAPÍTULO III

LA PREPARACIÓN Y LAS HERRAMIENTAS PROFESIONALES

Visión de conjunto. — Las escuelas normales: el Hermano Agbert, el Hermano Gustave y sus ayudantes en Quimper. El “curso normal” de Beauvais. El curso normal de Lille. — Los escolasticados de la Congregación. Los escolasticados de París (1880); el Hermano director Altigien-Louis (1891-1898). Los cursos de Buzenval; el “escolasticado superior”. — La preparación pedagógica provinciana: Dijon y Besançon; Annappes; Toulouse; Clermont-Ferrand; Rodez; Hérouville, Le Rancher. — Lecciones, conferencias, concursos; el trabajo en Saint-Nicolas de Vaugirard. El Hermano Allais-Charles y el Hermano Adrien. Evolución de la mentalidad. La obra del Hermano Eleuthérius y del Hermano Maurice-Lucien en el Norte. Sus imitadores en el Centro. A la conquista de grados. El Hermano Paul-Joseph y su audiencia de Beauvais. El proyecto del Hermano Adolphe-Marie. — La ciencia catequística en el Instituto del Sr. de La Salle; el “catecismo de formación”; el “Curso de Instrucción Religiosa”. Los diplomas de “Maestro de catecismo”. — Liturgia y música sacra. Los maestros dibujantes. Los pintores. Los escultores y los arquitectos. — Las Comisiones para los libros escolares. La Comisión de geografía en Burdeos en 1875. — Las obras del Instituto. El Hermano Louis-de-Poissy autor. El Hermano Vigbert-Louis. Los matemáticos. — La revista pedagógica *La Educación Cristiana*; su inspirador, el Hermano Justinus. Objetivo de esa publicación. Los colaboradores. El Hermano Paul-Joseph; su fisonomía, su papel. Los *Elementos de pedagogía práctica*; el *Directorio pedagógico* y la refundición de la *Guía de las Escuelas*. Un botánico célebre: el Hermano Héribaoud. El sabio Hermano Sennen. — Lugar de la lengua francesa en la Congregación de los Hermanos. Estudio de las lenguas vivas. La lingüística regional: el Hermano Savinien.

Sin vida interior, no hay religioso. Pero sin cultura intelectual, no hay profesor. Un mínimo de conocimientos han sido siempre necesarios para el más humilde puesto de la enseñanza primaria. Las exigencias crecen con el desarrollo de la instrucción en los países civilizados. Hacia 1875 ya es imposible contentarse con el bagaje, demasiado exiguo, de 1830. Los Lasalianos no han sido los últimos, en Francia, en ampliar sus programas escolares. Hemos expuesto los resultados de su actividad pedagógica durante el generalato del Hermano Philippe [1].

A pesar de las calumnias y prejuicios, la nación ya no los considera como retardatarios. Una de las mejores pruebas de la estima general reside en este hecho: los Hermanos preparan un cierto número de maestros laicos en las escuelas normales de Ruán, de Aurillac y de Quimper, y en el “curso normal” de Beauvais. No estará fuera de nuestro tema el recordar cómo, habiendo encontrado en la herencia de su Padre los intentos de “seminarios para los maestros rurales”, los religiosos educadores, paralelamente a la formación de sus propios miembros, ofrecen sus servicios a los “alumnos-maestros” que los poderes públicos les confían. Esos normalistas reciben y extienden los principios de la pedagogía lasaliana. Varios de ellos conservan, en su conciencia, la impronta del Instituto. Y hemos visto a un Louis Renaux, antiguo discípulo del Hermano Cécilien, abandonar su cátedra magistral de la Seine-Inférieure para revestir el hábito de la congregación [2].

1 *Histoire générale*, t. V. pp. 486 a 531, “Principios y éxitos de la pedagogía lasaliana”.

2 Ver anteriormente, p. 36.

Cuando el Estado francés planee sus exclusivas contra los Hermanos de las Escuelas Cristianas, éstos deberán renunciar, muy a su pesar, al papel de profesores de los maestros oficiales; pero se mantienen siempre dispuestos, a retomarlo, sin dejar de ejercerlo más allá de las fronteras.

En sus escolasticados, desempeñan una misión análoga, con mayor libertad, con resultados más decisivos. Y el trabajo personal previo a toda enseñanza no se limita a eso: los Superiores impulsan los estudios de los jóvenes profesores, quieren capacitarlos para obtener diplomas, encargan a veteranos experimentados, especialistas de renombre, de orientar las buenas voluntades, de dirigir los esfuerzos.

Mientras tanto, la Casa Madre reúne equipos de autores; no duda, si es necesario, en solicitar la colaboración de un universitario o de un teólogo. Toda una biblioteca clásica se va constituyendo metódicamente. Los talentos individuales tienen su campo de acción. Al lado de los matemáticos, de los gramáticos, de los geógrafos, y también de los filósofos, encontramos en la Congregación diversos artistas: dibujantes, pintores, escultores, músicos, arquitectos. Circunstancias y situaciones particulares permiten, a algunos religiosos, extender en profundidad las investigaciones científicas, adquirir una reputación local o universal. Sin duda, esos botánicos, geólogos o lingüistas siguen siendo excepciones. La tarea primordial del lasaliano, es la educación cristiana. No la deja de lado. Y, además de las prescripciones del Fundador, obtiene útiles sugerencias en las obras de sus cohermanos, en las revistas publicadas a su intención. El inicio del siglo XX lo encuentra, de todos modos, bastante bien provisto de herramientas.

* * *

La escuela normal de la Seine-Inférieure conoció sus días de gloria con los Hermanos Calixte y Cécilien [1]. El Hermano Lucard la mantuvo en la senda de los éxitos. Inteligencia viva, curiosa por el pasado, uniendo el amor a la tradición con el gusto de lo real y de las lecciones de la experiencia, actividad emprendedora, se podía esperar mucho de tal director: él mismo se había prometido devolver a los cuellos blancos el marco de Saint-Yon. De acuerdo con el Consejo General del departamento, había ideado el plan de las nuevas construcciones: para las eventuales reuniones de los Hermanos del distrito, dispondría una amplia avenida para los paseos, una sala de conferencias. La capilla, cuyo subsuelo había cobijado antaño los restos del Sr. de La Salle, volvería a ser uno de los centros religiosos de la Congregación... Ese hermoso sueño se desvaneció ante un gesto del Hermano Irlide. El departamento, que perdía la colaboración de los maestros apreciados, no quiso que su éxodo se realizase en un silencio ingrato: por mayoría de sus representantes, declaró que, durante medio siglo, los profesores de la escuela normal se habían mostrado dignos de todo elogio [2].

La decisión tomada por el Superior General en el mes de marzo de 1880 no tenía por objeto únicamente la retirada de los Lasalianos de Ruán. Abarcaba igualmente,

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 145 a 150, 387, 508 a 512.

2 Archivos del distrito de Ruán, *Historique des Maisons de Normandie*, segundo volumen.

tal como el Hermano Irlide lo notificaba al ministro de la Instrucción Pública, los establecimientos de Aurillac y de Quimper.

En el Cantal, la obra del Hermano Surin y de sus continuadores había durado cerca de cuarenta años. Mucho más breve fue la labor de los religiosos en la escuela normal de Finistère. De ella aún no hemos dicho nada.

Hata 1873, Quimper enviaba a Rennes sus candidatos a maestros. Preocupado por recuperar el sensible retraso de la instrucción en la baja Bretaña, el Consejo General —que estaba entonces presidido por un miembro de la Academia Francesa, el Sr. de Carné— consideró la creación de un centro pedagógico. Y “considerando que para un pueblo eminentemente religioso” se necesitaban maestros “capaces de inspirar a las familias una absoluta confianza”, resolvió acudir a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Se realizó una encuesta con esa finalidad, ante las administraciones que utilizaban los servicios de esa congregación.

Una vez leídos los informes favorables, se esbozó un proyecto y hacia el fin de enero de 1873, fue presentado a los delegados del Hermano Philippe: los Hermanos Asistentes Calixte y Firmilien, y el Hermano Agbert, en aquella época director del pensionado de Dreux.

La tarea de la nueva organización correspondería a este tercer Lasaliano. Era poseedor de las mejores referencias y de los títulos indispensables: certificado superior, bachillerato en ciencias, certificado de aptitud para las funciones de inspector primario. Había ejercido de profesor en el curso normal de Beauvais, desde 1857 hasta 1865, dirigido el escolasticado de la calle Oudinot, desde 1865 a 1870, antes de ponerse al frente de la casa, ya famosa, del Eure-et-Loir. A la vez enérgico y prudente, su aspecto digno, su noble fisonomía, sus modales extremadamente corteses imponían.

Las estipulaciones del contrato se concretaron, en el mes de abril entre el Instituto y el departamento. La escuela normal de Finistère, según los términos decididos por los consejeros generales, “formarían maestros laicos y sería en todo semejante a los demás centros universitarios de la misma categoría”. Se instalaría en los edificios del colegio municipal que la escuela de los “Likès” había ocupado antiguamente. La ciudad consentía su arrendamiento, mediante un alquiler anual de 2.000 francos.

En la fecha del 25 de julio, el ministro estuvo de acuerdo con la designación del Hermano Agbert para el puesto de Director [1]. La dirección de los treinta y ocho alumnos no se anunciaba fácil. Todos ellos becarios, con excepción de dos, había frecuentado precedentemente ya sea la escuela normal de Rennes, o bien otras instituciones laicas. Con relación a sus nuevos formadores, albergaban un cierto número de prevenciones. El Hermano supo salir victorioso de ello.

Estuvo bien secundado; por sus auxiliares religiosos, el Hermano Philippe-de-Jésus, proveniente del pensionado de Clermont-Ferrand, donde conservaban el recuerdo

1 Los honorarios del director se establecían en 2.700 francos; los de cada uno de los maestros en 1.400.

de sus notables lecciones [1]; el Hermano Léopold-Arsène, antiguo profesor de Bayonne y Toulouse; y también por un personal civil, encargado de las enseñanzas complementarias: inglés, dibujo, música, gimnasia. Un juez de paz, Sr. Alexandre, daba a los normalistas una visión general de derecho civil y administrativo. La teoría y la práctica de la agricultura dependían, cada jueves, de la competencia del profesor departamental. En lo correspondiente a la enseñanza religiosa, el capellán se encargaba de ella: se llamaba Padre Kerviriou y había enseñado retórica en el colegio de Saint-Pol de Léon [2].

La obra había tomado consistencia cuando, el 15 de abril de 1877, una rápida enfermedad condujo al Hermano Agbert a la tumba. Después de un interin, que no fue acertado, se dio al desaparecido, el sucesor digno de él. Como el Hermano Philippe-de-Jésus, el Hermano Gustave había contribuido grandemente a la prosperidad del pensionado de Clermont. Inicialmente, se orientaba hacia la carrera de maestro público. Convertido en religioso, no renunció a conseguir los diplomas universitarios; poseía, entre otros, el de director de escuela normal. Excelente botanista y matemático, una obra escrita en colaboración con el Hermano Héribaud: *La flore d'Auvergne*, y los *Elementos de álgebra*, cuya composición le corresponde en propiedad, establecerán sólidamente sus capacidades.

De hecho, los habitantes de Quimper lo reconocieron como un maestro sin parangón, como una personalidad excepcional. Además, el hombre era tan amable y modesto como superiormente dotado. Entre sus alumnos reinaba una exacta disciplina; los animaba con espíritu religioso a la vez que con ardor hacia el trabajo. Los éxitos logrados por la escuela en julio de 1878 valieron a su jefe una carta de felicitaciones del ministro.

Y sin embargo, a partir de entonces, comenzaban a implantarse las laicizaciones en el Finistère. El prefecto, Dumarest, se distinguía entre los funcionarios de la República más ardientes en contra de la enseñanza de los religiosos. Su actitud y sus actos volvían bastante delicada la situación del Hermano Gustave. Y eso explica por qué el Hermano Irlide resolvió tomar la delantera y evitar las malquerencias del Estado a sus subordinados, directores y profesores en las escuelas normales.

En el mes de abril de 1880, el Hermano Gustavo se alejaba de Quimper. Durante los ocho años que le quedaban por vivir, los Superiores sabrán emplearlo según sus méritos. Ya lo habíamos percibido [3], y lo volveremos a encontrar nuevamente, en la casa de la calle Oudinot [4].

1 Profesor laico hasta la edad de treinta y cinco años, el Hermano Philippe-de-Jésus había entrado en el noviciado de Caluire en 1850. Se quedó demasiado poco tiempo en Quimper. Trasladado al semipensionado de los Francs-Bourgeois, murió el 24 de enero de 1876, dejando numerosos cuadernos de historia, de geografía, de física, de química, que permanecieron inéditos, y un curso de literatura que, el Instituto de los Hermanos, sí publicó.

2 Al cabo de un año, por iniciativa del Hermano Director, el curso de ciencias fue confiado a un profesor del colegio, Sr. Fournery.

3 Ver anteriormente p. 60.

4 Archivos del distrito de Quimper. — Y noticia necrológica del Hermano Gustave, 1898.

El “curso normal” de Beauvais, con unas condiciones particularmente favorables, siguió subsistiendo hasta nueva orden. El Hermano Albert-Eugène lo dirigía desde 1869 con inteligencia y autoridad; además se había reservado las lecciones de pedagogía, de química y de higiene.

“Tenemos una escuela normal que ha producido óptimos frutos”, decía un consejero general del Oise en 1877. Dos años después, en la misma Asamblea, el relator de cierto proyecto relativo a los candidatos a maestros no dudaba en declarar que el curso podía pasar por el mejor organizado de Francia y que de él salían maestros excelentes.

Se obtienen, a la vez, la mejor calidad y el mayor número. La media de asistencias se situaba en torno a las ciento treinta. La enseñanza primaria, en la región, había alcanzado un nivel muy elevado: eso mismo lo reconocía más tarde un inspector de Academia, al rendir homenaje a los antiguos alumnos del Hermano Albert-Eugène y lamentando que su generación estuviese a punto de desaparecer.

Pero, en 1884, la institución había sido suprimida, así como otra similar que existía para las muchachas jóvenes. Los elegidos departamentales siguiendo el ejemplo de sus colegas de Ruán, no se habían separado de los religiosos sin un sincero pesar. La expresión figuraba en el acta de la sesión del 23 de agosto: “Los dos cursos normales del Oise, quedaba consignado en los registros de la Asamblea, han prestado, durante treinta y cuatro años, incontables servicios... En esos dos semilleros, futuros maestros y maestras de escuela recibían una educación perfecta, una buena y sólida instrucción” [1].

La tarea, que en adelante los poderes públicos negaban a los Lasalianos, éstos, ¿no la continuarían en terreno libre? El Superior General se había explicado claramente sobre el particular en su circular del 3 de enero de 1882:

“La enseñanza cristiana, desterrada de las escuelas oficiales, va a reclamar para las suyas una cantidad considerable de maestros... Ahora bien, las Congregaciones de hombres son incapaces de suministrar ese personal por sí mismas. Es pues indispensable que nosotros, sobre todo, a imitación de nuestro Fundador, nos procuremos el reclutamiento del ejército de los buenos educadores”.

Pero todos los esfuerzos de los católicos y del clero francés se dirigieron hacia la obra inmediata: edificar o acondicionar edificios escolares. Se contó casi únicamente sobre los maestros religiosos para ocupar las cátedras profesoras. Por falta de medios pecuniarios, y por falta de previsión suficiente, el futuro quedó comprometido.

No obstante, desde la desaparición de los cursos de Beauvais, se comenzó a esbozar un proyecto, por obra de Fénelon Gibon [2]: los Hermanos de las Escuelas Cristianas debían ser invitados a prestar su colaboración. Demasiados obstáculos, sin duda, cerraron el camino. Tampoco parece que, a pesar de los deseos del

1 Noticia necrológica del Hermano Albert-Eugène, 1923.

2 Extracto del *Bulletin de la Société générale d'Éducation et d'Enseignement*, París, 1884.

Hermano Irlide [1], los grandes establecimientos de la Congregación hubiesen preparado muchos alumnos-maestros utilizándolos como monitores, o que hubiesen creado “divisiones especiales” reservadas a los candidatos a maestros.

No nos encontramos más que con una interesante —e incompleta— realización: “el curso normal de Lille”. Los magníficos ejemplos ofrecidos por la muy cercana Bélgica y la presencia, en el norte, del antiguo director de los normalistas de Ruán, el Hermano Lucard, convertido en Visitador del distrito, provocaron ese ensayo, en 1891. Se comenzó, el 15 de diciembre, con cuatro participantes, en una sala de la Monnaie. El segundo año, fueron diecinueve los alumnos. Varias especialidades — literatura, ciencias, lenguas vivas— fueron confiadas a los profesores del pensionado.

Al pasar los lasalianos del distrito bajo el mando del Hermano Maurice-Lucien, la esperanza de éxito se confirmaba. El comité diocesano de las escuelas aceptó patrocinar el emprendimiento y garantizarle los recursos.

Pero, desdichadamente, los mismos fueron insuficientes. La cantidad de becas y medias becas se reducía paulatinamente. Por otra parte, los beneficiarios, consideraban la inseguridad del porvenir, temían el compromiso decenal que era legítimo exigirles. El curso dejó de funcionar en 1901. Había contado con una cincuentena de diplomas en su palamarés y suscitado, para el Instituto, la hermosa vocación de Charles Prat, novicio en 1892, santamente fallecido en 1895 [2].

* * *

Como san Juan Bautista de La Salle, después de los desengaños sufridos en el arrabal Saint-Marcel, con Nicolas Vuyart, en Saint-Denis, con el pleito Clement, los Hermanos se veían obligados a replegar sus vanguardias. Pero esa maniobra forzada les permitía reagrupamientos y nuevas actividades. Los escolasticados volvían a revivir.

Habían florecido en el siglo XVIII. Aniquilados por la Revolución, no eran más que un recuerdo en los tiempos del Hermano Gerbaud y del Hermano Guillaume-de-Jésus. El Comité reunido por el Hermano Anaclet en el arrabal Saint-Martin, en 1834, había pedido su restablecimiento. Y Toulouse conoció desde entonces una especie de escuela normal reservada primeramente a los profesos en ejercicio [3].

La Casa Madre albergó otra a partir de 1838. Aquí, el escolasticado se abrió a los Hermanos jóvenes, que debían trabajar en ella, en principio, de diez a doce meses.

A causa de las incesantes fundaciones, el personal disponible se volvió cada vez más raro. Por consiguiente, el reclutamiento de los escolásticos planteó problemas que se resolvieron con mucha dificultad. Pero, mal que bien, se mantuvo la obra,

1 Formulados en la circular del 3 de enero de 1882.

2 Archivos del distrito de Cambrai.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 153.

hasta las dispersiones de 1870-1871. Así fue como el Hermano Agbert [1] desempeñó, durante cinco años, el papel de director en las clases de la calle Oudinot.

La urgencia de una restauración era evidente. Sin un muy serio aprendizaje de la pedagogía, sin una amplia conquista de los diplomas, no cabía esperar nada para el futuro. El Hermano Irlide lo indicaba sin rodeos a sus subordinados de Francia en las páginas de 1880 en donde se anunciaba la próxima inauguración del escolasticado de París de forma definitiva; exhortaba a los maestros religiosos a pretender —más allá del certificado simple— los títulos académicos de grado superior: “Sigán el ejemplo de san Pablo, les decía, quien reclamaba, contra látigos y cadenas, sus derechos de ciudadano romano. ¡Aseguren, por medio de los grados universitarios, la libertad de la enseñanza cristiana!”

La llamada es oída, comprendida. Los cursos comienzan en noviembre, en el primer piso del edificio que bordea el boulevard de los Invalides. El Hermano Gustave, retirado de Quimper, va a retomar, en provecho de los Lasalianos, el fecundo apostolado que ejercía sobre las inteligencias y las almas de los maestros bretones. Juiciosamente, el Superior General utiliza las competencias desdeñadas por la política sectaria: al Hermano Gustave se apresura en unirle, en calidad de prodirector, al Hermano Narcellien, hasta entonces al frente de la escuela normal de Aurillac [2].

La circular del 6 de enero de 1881 exponía las razones de ser de la organización: “Es, al menos en parte, con el fin de facilitar la preparación para los certificados superiores de diferentes tipos por lo que hemos instituido un *noviciado de estudios*, o escolasticado, en nuestra Casa Madre. Cuarenta Hermanos, provenientes de diversos distritos, siguen allí lecciones en relación con sus conocimientos adquiridos o con los exámenes que tienen que pasar”.

Pero no se podía olvidar que esos estudiantes pertenecían a una sociedad religiosa. No se trataba únicamente de facilitarles los éxitos ante los jurados del Estado: más allá del objetivo puramente terrestre, sus jefes se proponían conducirlos más adelante por las sendas de Dios. Se “fortalecería”, se “coronarían” la preparación espiritual anteriormente recibida: en el pensamiento del Hermano Irlide, el escolasticado “respondería, en cierta forma, a lo que las Constituciones de varas órdenes religiosas designaban con el nombre de tercer año de probación”. Por consiguiente, sería una prefiguración del futuro “segundo noviciado”. Por eso, debía, según las órdenes el Superior General, terminarse siempre con los “Ejercicios Espirituales de 30 días”.

En 1882, el número de escolásticos reunidos en la Casa Madre superaba los cincuenta. Eran setenta en 1884, suministrados por los distritos de París y del Puy. Al crecer la afluencia, fue necesario instalar con mayor amplitud a maestros y alumnos: a partir de octubre de 1886, algunos edificios contiguos a las dependencias de la calle Oudinot y con salida sobre la calle de Sèvres, número 78, se anexaron al

1 Ver anteriormente, pp. 129-130.

2 *Essai historique sur la Maison Mère*, pp. 217-218.

centro de la congregación para recibir anualmente —hasta 1904— de cien a ciento cincuenta Hermanos jóvenes.

El Hermano Altigien-Louis, nombrado director en el mes de noviembre de 1891, presidió durante siete años los felices destinos de la institución. Ya aludimos [1] a la influencia de su espiritualidad muy “exuperiana”, de su voluntad “insinuante, perseverante, afectuosa, que, sin forzar conducía los corazones a Dios” [2]. De modo similar, supo orientar las inteligencias, inspirarles confianza, proporcionarles un sólido viático. Además de los franceses, acogía a los Lasalianos provenientes de Irlanda para conseguir un buen dominio de la lengua y asimilar la cultura de la patria del santo Fundador. Las atenciones con que rodeó a esos hijos de una nación ardientemente católica valieron al Hermano Altigien su muy vivo agradecimiento.

Originalmente, el programa de trabajo se inscribía, casi por entero, en el círculo de la enseñanza primaria. La intención formulada por el Hermano Irlide, expresada en la circular de 1881, era la de “elevar y completar gradualmente” la materia de las lecciones. De hecho, el año de escolasticado desembocaba en los exámenes del certificado elemental. Una iniciativa del Hermano Alban-Joseph permitió, en 1882, progresar en los caminos abiertos once años antes. El Hermano Visitador agrupó, desde julio a octubre, en la obra de Buzenval a los escolásticos que recientemente habían conseguido el diploma. No contento con asegurarles una formación pedagógica, filosófica, científica y literaria, los acostumbó a la labor personal que continuarían una vez convertidos en profesores. Así los enviaba, sólidamente equipados, a las escuelas y pensionados.

El ensayo pareció tan concluyente que, varias veces, durante otros veranos, Hermanos ya encargados de clase, vinieron a unirse a los estudiantes de Buzenval y preparar, junto a ellos, el certificado superior. De ese modo, se llegó a la creación de una organización definitiva y permanente. Los Jefes responsables admitieron el principio en 1900. En el mes de septiembre del año siguiente, algunos jóvenes maestros abandonaron provisionalmente su empleo para constituir el núcleo del “escolasticado superior”: en total, se reunieron catorce personas de élite en 1901; trece, en 1902; once en 1903 [3].

* * *

El Hermano Irlide había deseado que “la mayor parte de los distritos” siguiesen el ejemplo de la Casa Madre. En el Franco Condado y en Borgoña, se habían encontrado precursores que se adelantaron a las realizaciones de París.

En 1872, el Hermano Jean-Olympe, entonces Asistente, queriendo evaluar el grado de instrucción de sus subordinados, ordenaba reunir en Dijon a los Hermanos docentes de las casas de la Côte d’Or, del Dubs, del Jura, de Haute-Saône, y someterles a pruebas escritas. Ése fue el punto de partida de todos los

1 Anteriormente, p. 124.

2 *Noticia necrológica*, p. 220 y *Choix de notices*, t. III, pp. 428 a 433.

3 Archivos del establecimiento de Buzenval, *Recuerdos del noviciado menor*. — Noticia necrológica del Hermano Alban-Joseph, 1903.

perfeccionamientos. El Hermano Réticius, director del noviciado, creó una comisión de nueve miembros que, con la colaboración muy activa del director del pensionado de Dole, Hermano Néopolus, precisó el reglamento y el programa de los concursos. El resultado de esas justas, preliminares de los exámenes universitarios, se tradujo en un inmediato aumento del número de titulados.

Y, en 1879, se llegó a la decisión necesaria. Diecisiete Hermanos, que terminaban el noviciado, se convirtieron en los primeros escolásticos del distrito. El Hermano Réticius se encarga, el 2 de noviembre, de dirigirlos. Pero abandona enseguida Besançon-Saint-Claude para ser investido con más elevadas misiones. El Hermano Ostinien, proveniente de Pontarlier, lo remplace al frente del escolasticado. Los estudiantes son diecinueve en 1881; esta cifra se mantendrá a continuación, con los Hermanos Raymondus, Régis-François, Raphaël-Victor. El de los diplomados lo supera ampliamente, puesto que solo durante los años 1881, 1882, 1883, el distrito totaliza cincuenta y cuatro éxitos, para el certificado elemental, el certificado superior, y el certificado de aptitud pedagógica [1].

El movimiento desencadenado por los del Franco Condado se propaga a través de toda Francia, una vez conocida la voluntad del jefe. Anotemos la fundación del escolasticado de Annappes, en una parte de los locales precedentemente reservados a los novicios de Cambrai-Lille [2]. Ese mismo año de 1881, Toulouse invita a las lecciones de los Hermanos Ibrace e Irlide-Joseph no solamente a los languedocianos de la circunscripción, sino a los del Rouergue, enviados por el Hermano Apronien-Marie, y hasta a los de Burdeos y del Béarn. Inicialmente subdirector, el Hermano Irlide-Joseph ocupará trece años —de 1885 a 1898— el puesto de mando, con una habilidad que asegurará las orientaciones de sus discípulos [3].

Un curso organizado en el establecimiento de Effiat prepara a las pruebas de titulación a los Hermanos del distrito de Clermont-Ferrand. Se estabiliza y se completa en 1883 cuando el Hermano Nil-Marie se hace cargo de él. En el mes de mayo de 1884, el escolasticado funciona en los pabellones de los Dominicos, cerca del noviciado y del pensionado de la capital la Auvernia. En octubre de 1885, es transferido a los Recoletos de Montferrand. El Hermano Nil-Marie, el heroico enfermero de 1870 [4], necesita todo su valor, paciencia, abnegación y humildad que tiene en reserva en su alma, para vencer las dificultades del principio, para salvaguardar la concordia en una situación insegura, con poderes insuficientemente definidos. Se entrega sin medida, dirigiendo perfectamente a los escolásticos. El

1 Archivos del distrito de Besançon, Registro de distrito; *Histórico manuscrito*.

2 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*.

3 Archivos del distrito de Toulouse y noticia necrológica del Hermano Irlide-Joseph, 1899.

4 Ver sobre el papel del Hermano Nil-Marie en los ambulatorios parisinos en tiempos de la guerra franco-alemana y de la Comuna, *Histoire générale*, t. V, pp. 534-535 y 545.

éxito corona sus duros esfuerzos. Durante los ocho primeros años de trabajo en Montferrand, se obtiene una veintena de certificados en cada sesión [1].

Al Hermano Nil le sustituye, en 1897, el Hermano Herman-Marie, director entusiasta e ilustrado. Luego, en octubre de 1899, llega un gran maestro, más instruido que ninguno de sus predecesores, de inteligencia particularmente sutil, abierta y vibrante, de carácter muy noble: Gabriel Cohade, antiguo y brillante alumno del pensionado de Clermont, entrado en el Instituto bajo el nombre de Hermano Antonin-Gabriel. Antes de crearse una hermosa reputación por sus obras, será ya un notable profesor; se preocupará claramente por desarrollar entre sus alumnos las iniciativas de la mente, el gusto, la reflexión, la sana curiosidad, la búsqueda de una visión de conjunto. Su influencia se ejercerá en profundidad; su sistema, precioso para la formación intelectual y moral, no perjudicará en nada al aprendizaje profesional: en cuatro años —y a pesar de los problemas— el Hermano Antonin-Gabriel puede inscribir en su cuadro de honor los nombres de ochenta y ocho Lasalianos provistos de títulos oficiales [2].

En el distrito limítrofe, tampoco se dudó ante la tarea que se imponía. Aún siendo menos brillante, el resultado no dejó de responder al esfuerzo.

Aún confiando a sus vecinos del Sur algunos Hermanos bien capacitados, el Visitador de Rodez se había preocupado por proporcionar en el propio lugar a sus religiosos el medio de conseguir el diploma exigido por la ley. Primeramente añadió al noviciado algunas clases preparatorias. Allí se suministró el bagaje indispensable a los maestros no diplomados y a la juventud, después del año de probación. Finalmente, el 12 de noviembre de 1884, el escolasticado deja de ser tan solo una modesta sucursal: un director especial, asume la responsabilidad. Es el Hermano Indalérius, al cual sucederá, en 1888, el Hermano Idaine.

Éste, antiguo profesor en el pensionado Saint-Joseph, antiguo maestro de primaria en las escuelas del Gua y de Aubin, es un religioso de carácter fuerte, de juicio seguro, temperamento enérgico. Impregnará con sus fervores generosos a una legión de educadores que irán a propagar la enseñanza cristiana en los cincuenta centros educativos del distrito, y posteriormente más lejos, fuera de las fronteras. Él mismo, en 1904, se exiliará a la isla de Rodas, donde la escuela normal de Acandia se convertirá en su feudo.

A partir de 1889 y para un buen número de alumnos, encontró un auxiliar excelente, el Hermano Isidorus-Marie. Profesor, luego subdirector, el Hermano Isidorus enseña gramática, composición francesa, historia, caligrafía; da mucha importancia a la etimología, clave de las ideas expresadas en las palabras; por esa razón el latín y el griego tienen, en calidad de lenguas madre, cierto derecho de acceso a su clase. Solicita, además, la ayuda de la filosofía; con nociones sencillas y precisas, mediante una serie de preguntas que el alumno debe tratar atentamente, tomándose

1 Archivos del distrito de Clermont-Ferrand. — Noticia necrológica del Hermano Nil-Marie, 1898, y *Choix de notices*, t. III, p. 267.

2 Archivos del distrito de Clermont. Y noticia necrológica del Hermano Antonin-Gabriel (fallecido en 1940).

el tiempo necesario, y por escrito, el excelente formador abre al entendimiento nuevas perspectivas [1].

En Hérouville, el escolasticado del distrito de Caen recibe al Hermano Adelphin como primer director. En Nuestra Señora del Rancher, el organizador se llamará Hermano Annet-Henri. Personalidad de no poca importancia; hijo de médico, nacido en Clermont-Ferrand en 1847, pertenecía a una noble familia, de origen suizo y de religión protestante. Expulsado del liceo por revoltoso, encontró acogida en el pensionado lasaliano. Tomó afecto a los Hermanos; con veintiún años abraza el catolicismo. Una voz interior —la de la Santísima Virgen, según él— le había intimado muy claramente esta orden: “¡Henri, tienes que ser Hermano!” Se presentó en la calle Oudinot, allí realizó su noviciado. Su carrera fue un tanto movida, porque el hombre era bastante incómodo y susceptible. Pero todos admiraban su elevada conciencia, su lealtad, su celo. Y se utilizaron de la mejor manera sus notables talentos en Moulins, en los Francs-Bourgeois, en Rodez, en Dreux, en Lille. Entre dos de esos cambios fue cuando dedicó sus atenciones a los escolásticos de Le Mans [2].

* * *

Una estadística fechada el 31 de diciembre de 1886 [3] indica, para el conjunto de los distritos franceses, la cifra de quinientos setenta y un escolásticos. La media de participantes en los noviciados se fijaba, durante los años inmediatos, en torno a las setecientas unidades. Vemos que teniendo en cuenta las asignaciones a los empleos temporales, las utilizaciones provisionales, enfermedades, salidas, la mayoría de los jóvenes recibía una seria dotación de conocimientos y de consejos pedagógicos antes de verse agregado al cuerpo docente.

Ese trabajo no se limitaba al corto periodo del escolasticado. Había comenzado en diversos lugares, como un prelude a la creación, o a la reanudación, de los cursos normales destinados a los religiosos más jóvenes. Hemos debido señalar al respecto la actividad del Hermano Réticius en el distrito de Besançon [4]. Correspondía exactamente a las recomendaciones del Capítulo General de 1873, a las exhortaciones urgentes del Hermano Irlide en su circular del 1º de agosto de 1875. El Superior lamentaba entonces “que no se hubiesen aprovechado suficientemente las facilidades concedidas” para la organización de conferencias pedagógicas en todas las comunidades. Recordaba que la penúltima Asamblea había deseado que, en todos los distritos, se repartiesen los Hermanos de clase en cuatro categorías, según el grado de su instrucción: a continuación se impondrían algunas directivas, reforzadas por un severo control, con el fin de elevar el nivel de los estudios. Los

1 Archivos del distrito de Rodez, *Monografía del distrito*.- Noticia sobre el Hermano Idaine (Pierre Molinier, 1846-1928). — *Vida del Hermano Isidorus-Marie* (por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL), pp. 55 a 59.

2 El Hermano Annet-Henri murió en 1929 en la casa de retiro de Moulins. — Las líneas que se refieren a él están extraídas de notas recogidas por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL, archivero del distrito de Rodez.

3 En el volumen de las circulares de los Superiores Generales.

4 Ver también la noticia necrológica del Hermano Réticius, 1918, pp. 30 a 32.

religiosos docentes no emitirían sus votos, si no justificaban los conocimientos acordes con su edad, su tiempo de comunidad, y su empleo.

Como es de suponer, el impulso de los Superiores es particularmente sensible en la sección más inmediata a la Casa Madre. Los Visitadores del distrito de París secundaban con todo su poder las intenciones del Hermano Exupérien. Antiguo profesor de escuela normal, el Hermano Anthymius elaboraba el programa de trabajos, los textos para los concursos, y, en total entendimiento con el Hermano Angélum, procuraba al conjunto de los Lasalianos de la capital cualquier medio para superar las pruebas del certificado de maestro [1].

La casa de Saint-Nicolas, en la calle Vaugirard, se convirtió en un centro intelectual para los maestros de las escuelas parroquiales. Cada jueves, a partir de la reanudación de las clases de octubre hasta las fiestas de Pascua, se impartían lecciones de literatura francesa, de lenguas extranjeras, de ciencias matemáticas y físicas, de dibujo a los jóvenes profesores devueltos a los bancos de los alumnos. El Hermano Angélum, luego el Hermano Alban-Joseph presidieron a menudo esas estudiosas reuniones.

Encontraban, entre sus subordinados, preciosas competencias. El Hermano Amérius, director de Saint-Nicolas, no poseía personalmente más que una modesta cultura; pero había logrado rodearse de personas de gran valor. Estimulaba su celo; les daba ocasiones para enriquecer su espíritu. Algunos especialistas universitarios así como miembros de la Congregación, se veían invitados a hablar ante el cuerpo profesoral. Además, a poca distancia, se encontraba el Instituto Católico, dirigido por Mons. d'Hulst: los jóvenes Lasalianos estaban autorizados para acudir a él; allí se nutrían en las fuentes de la doctrina y de la ciencia. Y, por supuesto, no se guardaban para ellos mismos lo que allí habían adquirido.

Así fue como el Hermano Allais-Charles, futuro Superior General, enseñaba a sus cohermanos, después de haber escuchado a Édouard Branly... Se lo podía encontrar también en la Sorbona, tomando notas en los cursos de química. Sin descuidar ninguna de sus tareas de maestro y de vigilante, abordaba todas las materias del programa secundario o primario superior: historia, geografía, inglés, así como materias científicas. En 1882, obtenía el diploma más elevado; en 1888, el certificado de aptitud pedagógica; y, en el intervalo, habiendo aprendido el latín, con permiso del Hermano Asistente, se había presentado a los exámenes de bachillerato: un gran éxito coronó su valor [2]. El Hermano Adrien, su hermano menor, será, como el mayor de los Petiot, a la vez que una hermosa conciencia de religioso, una inteligencia despierta y bien surtida: asimilará numerosos textos literarios, hará pasar su forma a su propio estilo. Se nutrirá, en particular, de los autores del siglo XVII: Pascal, La Bruyère, sobre todo Bossuet, a quien designará como “uno de los más insignes bienhechores de su alma” [3].

1 Noticia necrológica del Hermano Anthymius, 1904.

2 Biografía del Reverendísimo Hermano Allais-Charles (por el Hermano ADOLPHE-JOSEPH), pp. 48 a 52. — Y Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE f, notas del Hermano ACEPSIME.

3 Biografía del Reverendísimo Hermano Adrien (por el Hermano FRÉDEVERT-MARIE), pp. 24-25.

No cabe duda, que semejante cultura es aún excepcional entre los Lasalianos de aquella época. Muchos temerían, dedicándose a ella, poner en peligro su vocación; y en los noviciados, incluso en las comunidades, no faltan directores que frenen, no solamente las curiosidades inútiles, las impaciencias orgullosas, sino el deseo de instruirse ampliamente para enseñar mejor. En cuanto a la búsqueda de los diplomas, el mismo Hermano Irlide admite que no parece corresponder al “espíritu del Instituto” [1]. A pesar de lo cual, anima a todos sus inferiores, porque la considera, con toda razón, como un deber de estado. Las prevenciones, las desconfianzas no se casan con este jefe clarividente. Cesan de imperar en las más altas esferas: “Observen, escribía el Hermano Junien, el personal docente del pensionado de Toulouse; los maestros más instruidos son los más regulares, los más piadosos, los más filialmente apegados a las tradiciones del Instituto. El conocimiento profundo de las ciencias humanas no puede perjudicar a una cabeza bien equilibrada” [2].

Esta convicción penetrará poco a poco en los cerebros. Ya se admite que un pedagogo no se improvisa; que, principalmente, para dirigir “la clase de los pequeños”, los niños de seis a ocho años, se necesita mucho más que la buena voluntad de un principiante, recién salido del noviciado: método, tacto, habilidad, experiencia —al menos iniciada— de psicólogo, por consiguiente, arte y ciencia conjugadas, de manera original. Eugène Rendu, juez doblemente autorizado, por sus antecedentes universitarios y por sus amistades lasalianas, constata en 1885 [3]: “En los Hermanos jóvenes se realiza un progreso en la inteligencia de las dificultades técnicas (y por consiguiente, de la importancia) que ofrecen las funciones de maestro en las clases preparatorias. Es un paso hacia delante en los caminos de la pedagogía”.

En el interior del país, podemos contar entre el número de los precursores, casi al mismo nivel que el Hermano Réticius, al Visitador de Cambrai-Lille en 1880, el Hermano Eleuthérius. Organiza entonces “cursos de vacaciones” y exámenes periódicos. Capacita a sus religiosos para obtener el certificado de capacidad antes de que ese diploma sea legalmente exigible. Una vez superado este primer estadio, se fija un objetivo difícil de alcanzar: se trata del certificado superior. El Hermano Eleuthérius confía al Hermano Maurice-Lucien la tarea de regular la marcha de los estudios. De nuevo, grupos de trabajadores se forman, después de la clausura del año escolar. Se logra reunir entre sesenta y ochenta intrépidos. Luego, a lo largo de los trimestres en que los Lasalianos han regresado a su puesto de trabajo, composiciones y pruebas los mantienen en vilo.

Desgraciadamente, el fallecimiento del Hermano Visitador, en 1888, aporta un cambio de orientación. Habrá que esperar a que el Hermano Maurice-Lucien ocupe a su vez el primer puesto en el distrito del Norte: a partir de 1896, se conocerá lo que puede realizar la voluntad al servicio de un excelente espíritu. Durante seis o siete semanas del verano, el pensionado de Saint-Pierre de Lille, vacío de su clientela escolar, alberga a la “comunidad de los Hermanos estudiantes”: verdadero

1 Circular citada, del 6 de enero de 1881.

2 Noticia necrológica del Hermano Asistente Junien, 1919, p. 48.

3 Informe a la Sociedad General de Educación y Enseñanza.

“hormiguero” atareado. No deja el tajo más que para las reconstituciones periódicas. Los espacios se llenan con conferencias de pedagogía y ejercicios en clases de aplicación. En 1902, el distrito presentará una lista con los cincuenta profesores provistos con el certificado superior [1].

Contemporáneos y dignos imitadores del Hermano Maurice-Lucien, los Hermanos Imier-de-Jésus, Altigien-Louis, Namasius, despliegan su esfuerzo en Moulins, el Puy, Rodez. Aquel que el capítulo de 1913 elegirá para suceder al Hermano Gabriel-Marie recibió, en 1896, la obediencia de Visitador para el Allier y los departamentos anexos. No soporta, en la existencia de sus Hermanos, las ocupaciones fútiles, las actividades marginales, inocentes, pero que pueden absorber las potencias de atención y de celo. Establece para los maestros jóvenes un programa de cuatro años; durante el ciclo, cada miércoles de Pascua, un examen controlará el valor de la preparación. En 1898, sesenta y tres candidatos se encuentran en el banquillo de los exámenes [2].

El Hermano Altigien-Louis traza un plan de estudios, que incluye varios grados. Las comprobaciones se realizan mediante composiciones mensuales, cuyos resultados son publicados en el boletín del distrito [3].

Antes de la llegada del Hermano Namasius, en 1900, el Rouergue conoció un animador intelectual en la persona del Hermano Isme-Anaclet. Sencillamente encargado de las funciones de secretario ante su jefe jerárquico, el Hermano Isme, que no pudo jamás imponer su autoridad en las clases, se mostraba, en cambio, maestro particular y examinador excepcional. Sabía además del latín y el griego, seis lenguas vivas. Su memoria acudía generosamente en ayuda de su erudición. “Es usted mi biblioteca ambulante”, le decía el Hermano Visitador Gelosius. Por todo ello, le confiaba la responsabilidad de las pruebas a los Hermanos de escuela, cuando no lo dejaba investigar en los archivos del Aveyron o del Tarn [4].

El Hermano Gelosius habría deseado crear un escolasticado superior. Pero carecía del personal disponible, porque su distrito, no obstante la abundancia de vocaciones, debía ceder muchos de sus elementos a otras regiones menos cristianas. El Hermano Namasius, enterado del proyecto de su predecesor, y considerándolo irrealizable, se resolvió a crear al menos un “curso de estudios” preparatorio para el certificado superior. Dispuso el horario de modo que permitiese a las comunidades cercanas el envío de un contingente de participantes. Una quincena de Hermanos respondieron a la llamada. Diez pasaron con éxito, en 1902 y 1903, las pruebas tanto del certificado superior, como del bachillerato moderno [5].

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*. — Noticia necrológica del Hermano Maurice-Lucien, 1920, pp. 71, 84, 92 a 94.

2 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Imier-de-Jésus, pp. 73-74.

3 Noticia necrológica del Hermano Altigien-Louis, 1912.

4 Archivos del distrito de Rodez, nota sobre el Hermano Isme-Anaclet.

5 Archivos del distrito de Rodez, *Monografía del distrito*.

Entre los Lasalianos se perfila una evolución, hacia la enseñanza secundaria y los grados de las facultades. No ciertamente, ni en su pensamiento, ni en la práctica, en detrimento de su misión fundamental, que sigue siendo la enseñanza popular. Sea cual sea la ciencia adquirida, un discípulo del santo Fundador de Reims manifiesta estar siempre dispuesto para enseñar a los niños pequeños, con paciencia, con conciencia, y gratuitamente. Se trata de no esconder la luz bajo el celémín, de procurar a la Congregación el mejor servicio de su élite pedagógica. Y un amplio saber no perjudica, ni siquiera para guiar a los alumnos a través de las páginas de la gramática.

Un maestro eminente de Saint-Omer, el Hermano Évariste-Abel se pronuncia sin rodeos, en ese sentido. El Hermano Amé-Léonce, director del pensionado de Longuyon, comparte las ideas de su colega y las expone al Capítulo General de 1894. Al reiniciarse las clases universitarias, cinco Hermanos realizan su inscripción en la Facultad de Ciencias de Nancy [1].

El Instituto mismo puede y quiere contribuir a la elevada cultura de varios de sus miembros. Posee una selección de profesores notables, cabezas bien formadas y bien llenas, algunas admirablemente dotadas, por no decir omniscientes, lenguas habituadas a la palabra pública y capaces de tener en vilo, bajo la cátedra magistral, a otros educadores. Una de esas personalidades de relieve se llama Hermano Paul-Joseph. Lo encontraremos en la tarea en diversos lugares. En Beauvais, en 1896, se abre un curso de literatura francesa, de historia y de geografía, destinado a los maestros de los pensionados y escolasticados: el Hermano Paul-Joseph es el encargado; le aporta el vigor de su talento, el relieve de su carácter, la elegante corrección de su expresión [2]. Los “modelos de lecciones” que presenta a su auditorio suscitan verdaderos entusiasmos y determinan un renovación de los métodos de más de un profesor.

Aunque no haya sido más que un feliz intento, permite pensar en metas más amplias. El antiguo director del pensionado de Dreux, el Hermano Adolphe-Marie, convertido en Visitador del Distrito de Le Mans, piensa en facilitar a determinados jóvenes el acceso a las licenciaturas literarias o científicas, e incluso a alentar la composición de alguna tesis doctoral. Querría, con esa finalidad, crear un centro de estudios superiores. Choca con muchas objeciones. No obstante, tiene bajo su mano al hombre para dicha obra, el religioso sólida y ampliamente instruido, superiormente inteligente, y entregado en cuerpo y alma a la Congregación: el Hermano Adolphe-Joseph. Se acerca el momento de las grandes decisiones; la ley de 1904 será pronto promulgada. El Hermano Adolphe-Marie hecha el ojo sobre un edificio situado en Mouscron, en Bélgica; piensa instalar en él un equipo seleccionado, que dirigirá su querido discípulo. El proyecto recibe las aprobaciones necesarias; se va a pasar a la ejecución, cuando otro plan prevalece en los consejos

1 Biografía del Hermano Évariste-Abel, 1942, pp. 75-76.

2 Esos cursos se renovarían por cuatro años consecutivos. Doscientos Hermanos se beneficiarán. (*Choix de notices*, t. III, pp. 284 y ss.) En materia de “geografía humana” —esa ciencia a la cual se asocia el nombre de Jean Brunhes— el Hermano Paul-Joseph fue, según sus antiguos alumnos de Beauvais, una especie de precursor.

del Régimen. La idea del Visitador de Le Mans se quedará en la de una mente lúcida, adelantada a su generación y su época, y precursora del porvenir [1].

* * *

El deseo muy legítimo de aumentar el prestigio de la enseñanza cristiana no podía obscurecer en la conciencia de los Hermanos la noción de su función primordial. Evidentemente, la religión seguía siendo la inspiradora de todas las lecciones, de todas las disciplinas; de otro modo, la enseñanza de los religiosos, delegados por la iglesia, hubiese perdido su razón de ser; el desfallecimiento de los educadores hubiera conducido a la catástrofe.

“Nuestro Instituto, declaraba el Hermano Joseph, considera como su élite no a aquellos que brillan en las ciencias profanas, sino a los que mejor poseen la ciencia catequística” [2].

Todos los Superiores insisten sobre este punto: el Hermano de las Escuelas Cristianas debe renovar, profundizar sin cesar su instrucción religiosa. No se le pide ser un teólogo: pero para enseñar las verdades de la fe, formar a sus alumnos en la piedad, enseñarles a comportarse según el Evangelio, un aprendizaje rápido no puede ser suficiente.

Las Reglas obligan a los Hermanos, una vez salidos del noviciado e incluso varios años después de la emisión de los votos perpetuos, a recitar cotidianamente páginas del catecismo. Cuando ya no están obligados a ese recitado, sigue estando prescripto el estudio diario.

Además, desde los orígenes de la Sociedad lasaliana, se estableció la práctica del “catecismo de formación”. El “experimento” del que hablamos a propósito del segundo noviciado [3] no es más que el modelo más perfecto. Los Hermanos de escuela, al igual que la juventud de los noviciados y de los escolasticados, practican ese ejercicio. Por turno, van siendo profesores y alumnos. Explican el catecismo diocesano, o una obra más voluminosa que trate de los principales misterios, o bien presentan una exposición doctrinal. Un intercambio de puntos de vista debe seguir, haciendo referencia tanto al fondo como a la forma. Crítica útil para toda mente que sabe hasta qué punto la claridad, la precisión, los matices, y la calurosa convicción, se imponen en semejante tema; lección particularmente provechosa para los principiantes, que se dan cuenta de los recursos del método tradicional y del partido que se puede sacar de diversos procedimientos pedagógicos [4].

La circular del 30 de octubre de 1885 había manifestado la preocupación muy viva por conservar en todas partes el primer lugar para la instrucción religiosa. No solamente en Francia, sino en otros países de civilización cristiana, los programas

1 *Biografía del Hermano Adolphe-Joseph*, 1942 (por el Hermano ALBERT-VALENTIN), p. 118.

2 Circular del 18 de octubre de 1895.

3 Ver anteriormente, pp. 116-117.

4 Cf. la circular del Reverendísimo Hermano JUNIEN-VICTOR, del 19 de febrero de 1938.

oficiales pretendían ignorar las cosas de la fe. El Hermano Joseph no admitió en absoluto que sus subordinados pudiesen tratar de conseguir títulos académicos sin haber demostrado sus capacidades de catequistas. Decidió que ninguno de ellos se presentase a los exámenes del título, sino había pasado antes ante un jurado del Instituto, un interrogatorio que le otorgase el *satisfecit* por el estudio del dogma, de la moral y de la liturgia. A continuación se dispusieron otras pruebas: tenían lugar cada trimestre, en las comunidades y comprendían preguntas sobre la Historia Sagrada y la Historia de la Iglesia.

Para facilitar el esfuerzo, se necesitaba un buen instrumento de trabajo. Los Hermanos hasta ese momento, no lo poseían en propiedad. El venerable texto de los *Deberes de un cristiano*, herencia del Fundador, no daba respuesta a todas las necesidades, por más extenso y juicioso que fuese. Escucharemos al Superior General definir en estos términos la obra deseada: “Un curso metódico, ni demasiado sucinto, ni demasiado desarrollado, en armonía con los progresos pedagógicos..., y que no ceda en nada a los cursos graduados ya en uso para todas las especialidades de la enseñanza” [1].

Pues bien, el Hermano Veran-Michel, director de la casa de Chambéry se ocupaba del problema. Estaba en relación con un docto eclesiástico, el canónigo Moulin. De sus entrevistas surgió la idea determinante. El plan esbozado, tuvo la aceptación del Hermano Joseph. Éste anunció, en su circular del 1º de enero de 1893, la próxima puesta en marcha de un trabajo considerable. Alabó, sin revelar ningún nombre, al sacerdote, sabio, celoso, muy apegado al Instituto, que había querido buenamente encargarse de la empresa. El curso estaría dividido en tres partes: “Curso elemental, o Exposición de la doctrina cristiana; curso medio, o Explicación de la doctrina cristiana; curso superior, o Apologética”.

En 1894, en 1895, las circulares señalaban la publicación de los primeros volúmenes. Un breve de Leon XIII daba, a partir de entonces, la sanción de Roma. Las últimas páginas salieron de prensa en 1904. El Hermano Veran-Michel había muerto hacía cuatro años. Había aportado hasta el final de su existencia, una muy activa colaboración al principal redactor, e interesado en su éxito a los obispos de Saboya [2].

El jefe de la Congregación no se había limitado a recomendar a los Hermanos la lectura asidua y atenta del nuevo Curso. Con una premura característica, y después de haber puesto al tanto al Capítulo General de 1894, decidía otorgar el título de “Maestro en catecismo” a los Lasalianos que justificasen haber estudiado a fondo la Exposición de la doctrina cristiana. El mismo Régimen formularía el tema de los asuntos a tratar por escrito. Para el control de los resultados, se haría cargo de los ejercicios corregidos, con las notas concedidas por los examinadores, y del acta de los exámenes orales. Los “maestros en catecismo” serían dispensados del recitado diario prescrito por la Regla. Con ayuda del Curso de apologética, podrían, a

1 Circular del 1º de enero de 1893.

2 Noticia necrológica del Hermano Véran-Michel, 1900. — Abbé SECRET, *op. cit.*, p. 112. — Circular del 19 de febrero de 1938. — El Hermano Asistente Louis-de-Poissy supervisó él mismo, muy de cerca, durante quince años, la publicación del curso y sus “compendios”. Y no dejó de comunicar al autor abundantes observaciones y sensatos consejos.

continuación, y en análogas condiciones, obtener el diploma de “catequista de grado superior” [1].

La serie de exámenes se inauguró en 1896. Fueron numerosos los candidatos que se presentaron. Ciento veintidós sobre ciento sesenta y siete fueron admitidos, durante la primera sesión; doscientos ochenta y uno sobre trescientos sesenta, durante la segunda [2].

El fervor por los estudios religiosos no se enfrió en modo alguno bajo el generalato del Hermano Gabriel-Marie. Y el Papa Pío X le comunicó un maravilloso estimulante; en la audiencia del 11 de octubre de 1903, declaró al Superior del Instituto lasaliano “Ustedes, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, son los *Apóstoles del Catecismo*”.

* * *

El Soberano Pontífice, restaurador del verdadero canto de la Iglesia, podía además aplaudir los pacientes y felices esfuerzos en el campo de la música sacra.

Sin pretender creaciones originales y realizaciones sorprendentes en materia artística, los discípulos de Juan Bautista de La Salle ejercieron en torno suyo, una influencia demasiado desconocida. Algunos manejaron el pincel o el cincel; otros demostraron ser buenos arquitectos. En la base de esos talentos, se constata, de ordinario, una formación de dibujante. La ciencia del dibujo ocupa, en la Congregación de los hermanos, un puesto privilegiado: ya lo hemos anotado durante la era del Hermano Philippe, en Francia, a propósito del Hermano Pierre-Célestin, del Hermano Victoris; en Bélgica, donde nacieron las escuelas Saint-Luc. No nos faltarán otros ejemplos.

Pero volviendo a los músicos, y al lado de los compositores tales como el Hermano Léonce, el Hermano Albert-des-Anges [3], el Hermano Félix-Louis, habría que poner aquí el acento sobre los liturgistas. El Hermano Pierre-Célestin bien merece un poco el título, ya que aplicaba a sus novicios menores a la cuidadosa tarea de la ejecución y la comprensión de las ceremonias religiosas [4]. El santo Hermano Arnould quizás no es un gran artista; pero, por piedad, por fidelidad romana, apreciaba el canto gregoriano, y exige que se respeten las tonalidades y los ritmos. La música no se separa, en su espíritu, de las hermosas oraciones del misal que comenta a los novicios de Thillois, que les exhorta a insertar en la trama de sus oraciones: “Ahí, repetía, se encuentra lo serio, lo sólido, lo inatacable” [5].

1 Circular del 21 de noviembre de 1894.

2 Circular del 19 de febrero de 1938. El Capítulo de 1897 sustituyó el título de “maestro” por el más modesto de “catequista, grado medio”.

3 Ver *Histoire générale*. t. V, pp. 505 y 520.

4 Ver *Histoire générale*. t. V, p. 540.

5 Proceso informativo.

En la Casa Madre, las melodías gregorianas, extienden su suavidad, después de la convincente propaganda de los Benedictinos de Solesmes [1]. Y en Buzenval, el Hermano Aidan, inspirándose en las directivas de dom Pothier, obtiene espléndidos resultados. En 1895, escribía para su sucesor las instrucciones siguientes:

“El conjunto de la casa debe tener una parte considerable en la ejecución de los cantos en la capilla. Es el espíritu de la Iglesia. En efecto, asistir a los oficios no es para desempeñar el papel de oyente pasivo o de espectador indiferente; al contrario, cuanto más el fiel participa personalmente en los actos del culto, más tiende hacia el fin mismo de su institución.

“... En cuanto a las partes a cantar, no es admisible que se haga un uso habitual de la música a cuatro voces”. (Y el Hermano Aidan expone a continuación sus razones: dificultad de reunir los elementos indispensables, tiempo considerable que hay que sacrificar para los ensayos, finalmente, el mutismo al que se condena a la mayoría de los niños durante el oficio).

“Pero entonces ¿qué cantar? —continúa—. Sobre todo, canto llano, buen canto llano. ¿No es el canto litúrgico por excelencia? ¿El más propio de la Iglesia? ¿Un tesoro de familia para los católicos? Y, ¿dónde, pues, debe ser acogida esa preciosa herencia con mayor dicha que en las casas religiosas y, entre ellas, en las casas de formación para la vida religiosa?” [2].

Ahí tenemos pruebas de buen gusto, de sabiduría, de piedad inteligente, de recuperación las sanas tradiciones. Pero, en este campo, para los Hermanos se trata únicamente de practicar una docilidad de discípulos inteligentes. Su maestría se afirma en otros lugares, en los trabajos de los colaboradores y sucesores del Hermano Victoris, en el *Curso de dibujo de imitación*, publicad en 1870, en el *Tratado elemental de perspectiva*, de 1876; el método preconizado, en esta segunda obra, es puesta en valor y en honor en las Exposiciones de Londres, en 1884, de Chicago en 1893, de París en 1900. Los cuadernos del Curso de dibujo geométrico y el Curso de dibujo para el certificado de estudios primarios, acrecentaron, durante el mismo cuarto de siglo, la fama de los profesores lasalianos.

El más eminente, es el Hermano Bernard-Louis, en quien el Hermano Victoris, prematuramente desaparecido, parece revivir. A su vez también él tendrá un digno replazante, el Hermano Charles-Albert. Éste, natural de Nantes, sobrino del Hermano Jean-de-Matha [3], fue, en su juventud alumno de un tal Hermano Calésien cuyas lecciones de dibujo, muy originales, muy atrayentes, congregaban a los alumnos de las clases parroquiales de la ciudad bretona. En Alexis Béranger, el viejo maestro preparó al religioso educador y artista que daría todo su relieve a los

1 *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 214.

2 *Biografía citada*, pp. 16-17. El Hermano Félix-Louis fue, también él, el apóstol y propagador de los cantos gregorianos. En 1878, mucho antes del *motu proprio* de Pío X, incluso antes de la edición vaticana que establecía oficialmente la forma de los cantos litúrgicos, él enseña los métodos de Solesmes a los novicios de Annappes. (*Bulletin de l'Institut des Frères des Écoles Chrétiennes*, número de julio de 1947, pp. 174-176).

3 Apóstol de la Isla Borbón. Ver ÍNDICE de los tomos V y VI.

métodos imaginados por el Hermano Calésien. Un trabajo incesante dará lugar a una obra monumental, completando las empresas del hermano Bernard-Louis. La muerte les pondrá fin en 1923 [1].

El talento que se plegaba a las tareas de la enseñanza, sabía, en otros momentos, liberarse y florecer. El Hermano Samuel, célebre desde 1860, no fue el único a decorar, con un pincel fecundo, las capillas y oratorios, en ofrecer sobre la tela retratos bien grabados [2]. Un Hermano del Rouergue, convertido en romano a partir de 1856 y fallecido en 1902, el Hermano Libérius, enseñó, por casi cincuenta años, a los hijos de las familias italianas y francesas en el colegio san Jose y trabajó, como buen pintor, en decorar los muros, las bóvedas, los techos, tanto de la casa de la Plaza de España, como del pensionado de Béziers, del noviciado de Fonseranes, del gran establecimiento de Passy, del castillo de Athis-Mons y de la casa central de la Congregación [3].

Hay que hacer notar que el distrito del Aveyron posee un numeroso equipo de Lasalianos artistas: el Hermano Ignès-de-Jésus, autor de un retrato del cardenal Giraud, el Hermano Ingaud-Ernest, que dibuja a plumilla y trabaja en el modelado, el Hermano Ithéric-Louis, el Hermano Idinaël... Los dos más conocidos se llaman Hermano Isaac-de-Spolète —Charles Rigaud— y Hermano Isidore-de-Péluse —Joseph Ratié—.

El Hermano Isaac-de-Spolète, nacido en 1846 en la diócesis de Albi, se convirtió, después de su salida del noviciado, en profesor en el pensionado de Rodez, donde había comenzado sus estudios. El museo de la ciudad recibió varios de sus cuadros. A su hábil pluma son debidas algunas bellísimas planchas de monumentos: la catedral de Rodez, la iglesia de Conques, el castillo de Bournazel. El “Hermano Charlou” —como le llamaban familiarmente— dirigió la mayor parte de los arreglos y el embellecimiento del pensionado y del noviciado, diseños de sillas y de cátedra, plan para una capilla muy elegante. Fuera de su región, cooperó a la decoración pictórica de los centros educativos de Reims, de Dijon, de Bayonne; trabajó también en la calle Oudinot [4].

Su afín, el Hermano Isidore-de-Péluse, dejó el recuerdo de una marcada personalidad, rasgos enérgicos y barba majestuosa, mirada meditativa, indagadora, espíritu cuya intransigencia no impedía ni la bondad ni la delicadeza. Natural de Espalion, novicio en esa misma ciudad, a la edad de quince años, en 1853, pudo, ya como maestro religioso, seguir en Castres las lecciones de un discípulo de Paul Delaroche, Charles Valette, y, más tarde, en Rodez, las del pintor Castanié.

Enseñó el dibujo en el pensionado Saint-Joseph, organizando brillantes exposiciones de fin de año escolar. Fue enviado a enseñar a Passy en 1866.

1 I. DE CICÉ, nota nº 16 como continuación de la biografía del Hermano Camille-de-Jésus.

2 Ver, t. V, pp. 390-391 y, en el presente volumen, anteriormente p. 4.

3 Noticia necrológica, 1902. — El distrito de Reims también dio al Instituto algunos artistas: el Hermano Arille, pintor de numerosas obras, el Hermano Boniface, acuarelista de alta calidad.

4 El Hermano Isaac-de-Spolète, enviado al Cairo en 1904, falleció allí el 27 de abril de 1908.

Permaneció diez años junto al Hermano Libanos. Pero atacado por una sordera precoz, sentía tanto malestar, se encerraba en tal aislamiento, que en 1876 los superiores consideraron conveniente repatriarlo. Su enfermedad, agravándose cada vez más, provocó en él un incremento de exclusivismo en las ideas y los métodos. No obstante, el pintor seguía estando a punto, bastante habilidoso, para ser oportunamente utilizado. Al igual que el Hermano Isaac-de-Spolète, por la gloria de Dios, continúa trazando las líneas con sus lápices, armonizando sus colores en la Casa Madre, en Saint-Bernard de Bayonne, en el pensionado de Reims de la calle Venise. En 1892, es llamado a Egipto y allí reside tres años; después de haber decorado la capilla del colegio Santa Catalina, en Alejandría, comienza una amplia obra, concebida según el modelo de la *Disputa del Santísimo Sacramento*; la titula *Genios del Cristianismo*: patriarcas y profetas en el cielo, ilustres personajes de la Iglesia y de las naciones cristianas, sobre la escena de este mundo. “Fruto más aún de su fe que de su talento”, el cuadro se terminó en Rodez en 1895.

Una serie de retratos enaltece también la memoria de Joseph Tatié ante los amantes de documentos psicológicos: el rostro, en triple ejemplar, del cardenal Bourret [1], en el arzobispado de Rodez, en el seminario mayor y menor de la ciudad episcopal; la expresiva fisonomía del Hermano Libanos, en Millau, calle Peyrollerie [2]; y varias otras evocaciones de religiosos lasalianos: el Hermano Zoélus, director del Saint-Affrique; el Hermano Jean-Berchmans, director de Béziers; el Hermano Gervais-Marie, director del San José de Koronfish, en el Cairo [3].

Los escultores son suministrados por el distrito de Clermont. Bajo el Segundo Imperio, un Hermano del Cantal, de nombre Gamaliel, había dirigido una escuela de escultura y de arquitectura en Volvic; sobre la ladera de una colina cercana, había levantado una de sus obras: *Nuestra Señora de la Garde*, tallada en plena lava. Uno de sus contemporáneos, Jean Bessaire —Hermano Hariolf— nacido en Veille-Brioude en 1823, fallecido casi nonagenario, en Moulins, en 1910, se lanzará a empresas aún más atrevidas. En Châteauneuf-sur-Cher se eleva un santuario ojival de tres naves, coronado por una torre: el Hermano Hariolf realizó los planos, dirigió la construcción; él y el equipo local que formó reunieron los materiales, esculpieron los capiteles y las cornisas. Es la sede de la archicofradía de “Nuestra Señora de los Niños”. En el campanario, un sistema ingenioso, ideado por el Hermano, ejecuta un hermosísimo repique [4].

* * *

Para que el gobierno francés llamase al Consejo Superior de la Instrucción Pública en 1873 al Hermano Joseph, en 1897 al Hermano Exupérien, era necesario que la

1 El retrato del cardenal Bourret, atribuido al Hermano Isidore-de Péluse, sería en realidad obra del Hermano Ingaud-Ernest.

2 Retrato al que se alude en la p. 518 del tomo V de esta *Histoire générale*.

3 Archivos del distrito de Rodez, notas del Hermano ILDEFONSE-GABRIEL y del Hermano IRLIDE-BERNARD. Noticia necrológica del Hermano Isidore-de-Péluse, 1906. — Más adelante (cap. III de la 3ª parte) hablaremos del Hermano Fidèle-Gabriel.

4 Archivos del distrito de Clermont-Ferrand, *Histórico*.

autoridad de los Lasalianos en las cuestiones de enseñanza y de pedagogía no ofreciese ninguna duda y que su Congregación ocupase un muy alto rango en el mundo de los educadores.

Los manuales escolares elaborados bajo los auspicios del Hermano Philippe ayudaron ampliamente a semejante reputación. El Hermano Jean-Olympe tomó el mismo interés que su predecesor por rodearse de personas competentes en todas las especialidades. Las “Comisiones” en las que figuran aún los Hermanos Angélum, Anthymius, Paphnucius, Alexis, continúan revisando, reeditando, o incluso creando completamente nuevos los libros que se consideran necesarios. Al inicio del generalato del Hermano Irlide, el Hermano Agapet [1] preside las deliberaciones y las decisiones que se refieren por una parte al ciclo de la lengua francesa y las lecciones de aritmética en la escuela primaria, por otra parte a las matemáticas, la contabilidad, la cosmografía, la física en los cursos profesionales y los pensionados. Por más tiempo aún, el Hermano Calimer-de-Jésus, cuyos lazos de amistad con el antiguo director y Visitador de Bayonne [2] conocemos, aporta sus luces a diversas reuniones, principalmente cuando se trata de la enseñanza de la historia.

La geografía no podría desear mejor garante que el Hermano Alexis [3]. Pero este gran iniciador no permanece aislado. Su obra es comprendida, propagada, comentada en toda la Congregación. Durante las vacaciones de Pascua de 1875 se reúnen en Burdeos treinta Hermanos en una especie de congreso. La mayoría han enviado previamente notas o informes destinados a servir de base a las discusiones: así, el Hermano Nicolaüs-Marie, entonces director en París, el Hermano Albert-Marie, subdirector de Passy, el Hermano Abondis-Marie, subdirector de Dreux, el Hermano Evariste-Abel, profesor en Saint-Omer, el Hermano Benoît-Constant, de Reims, el Hermano Raphaëlis, de Lyon... Junto a ellos, encontramos al Hermano Calimer y, por supuesto, al Hermano Alexis. Han acudido representantes de diversas regiones: los hay de Pas-de-Calais, del Nord, de Oise, de Meurthe-et-Moselle, de la Côte-d’Or, de la Loire. Preside el Hermano Adorateur, asistido por los Hermanos Angélum y Anthymus.

Se dedican ocho sesiones al examen de los libros, de los atlas, de los mapas, de los cuadernos cartográficos, publicados por la Procuraduría General. Los congresistas proclaman la excelencia del método puesto a punto por su ilustre cohermano de Bélgica y que se convierte en método oficial del Instituto.

Para la dirección y elaboración de trabajos ocasionales, habrá un Comité residente en la calle Oudinot. Continuará con la ejecución de los mapas murales; sumándose a “Francia isométrica” y a “Francia administrativa” aparecerán: una “Europa isométrica”, una “Europa política”, un mapamundi con planisferio; se dará “un carácter comercial” a ese mapamundi, donde figurarán los puertos con mucho tráfico, las principales líneas de navegación, los productos coloniales.

1 Fallecido en 1880. — Noticia necrológica de dicho año.

2 Ver anteriormente p. 61.

3 Ver sobre el Hermano Alexis los ÍNDICES de los tomos V y VI.

La Asamblea de Burdeos manifiesta su interés por la “geografía local”. Desea que los mapas del municipio, del cantón, del departamento, tengan su lugar en cada escuela. Y si los centros educativos de una misma circunscripción lo solicitan, se añadirá a los manuales en venta un “suplemento” que variará según las regiones. Esta tarea particular, apropiada para informar bien a los niños sobre el marco de su vida, será confiada a algunos “miembros corresponsales”: un plan o un esquema, presentado por la Comisión central, mantendrá la unidad en la composición [1].

Diversas otras disciplinas pedagógicas se beneficiarán de esfuerzos semejantes: observaciones personales, dictadas por la experiencia, intercambio de pareceres, conclusiones formuladas tras acuerdo de competencias, distribución del trabajo, redacción individual o colaboración estrecha, control del Comité responsable, aprobación de las altas instancias... El Hermano Louis-de-Poissy presidirá la comisión de las obras escolares a partir de 1882 [2]: en torno a este filósofo vienen a sentarse sabios, letrados, poetas, gramáticos, incluso músicos: como el Hermano Armin-Victor, el Hermano Vigbert-Louis, el Hermano Idelphus, el Hermano Paphnucius, el Hermano Albert-des-Anges... buenas mentes, provistas de una bastante amplia cultura; escrupulosos analistas preocupados por estar al corriente de los problemas del momento, de las soluciones que se proyectan; excelentes educadores, que continúan, mediante el libro, la acción que han ejercido mediante el consejo y el ejemplo.

* * *

De la Procuraduría general, o de la librería anexa, se envían a millares los manuales de los Hermanos. Hasta 1904, llevan las iniciales del Superior General en funciones: F. I. C., F. J. J., F. G. M., después de F. P. B. [3]. Al final del siglo representarán el trabajo de varios centenares de religiosos, a veces ayudados por algún amigo del exterior [4]. Se propagan por todo el mundo, contribuyendo a la difusión de las ideas cristianas, al renombre de la lengua francesa... Los Hermanos de otras nacionalidades los utilizan en el texto original, o los traducen, al español, al italiano, al alemán, al inglés, o los adaptan a las necesidades locales, sin modificar una inspiración muy conforme con sus propios pensamientos.

No es imposible penetrar en el tradicional anonimato. En la Casa Madre los autores son conocidos. Si, mientras viven no se pronuncia su nombre más que en los

1 Archivos del Distrito de Burdeos, actas de la Comisión de Geografía.

2 Hemos dicho anteriormente (p. 32) que el Hermano Gabriel-Marie fue, también él, llamado a desempeñar esta función.

3 Hermano Irlide Casaneuve, Hermano Joseph Josserand, Hermano Gabriel-Marie, Hermano Philippe Bransiet. — Después de 1904, el anonimato se cubrirá con estas palabras: “Por una reunión de profesores”.

4 Los Lasalianos estuvieron muy lejos de rechazar sistemáticamente las obras compuestas fuera de su Instituto. El Hermano Irlide, escribiendo a Eugène Rendu para felicitarle por su *Manual de la Enseñanza primaria*, se mostraba contento del provecho que de él sacarían los maestros y de la manera en la que el autor ponía de relieve los métodos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. (Comunicación del Hermano ADRIEN-CHARLES). Las *Causeries sur notre Histoire*, de Gustave HUBAULT, fueron apreciados y propagados por la Congregación.

medios iniciados, la muerte desvela el secreto. Las noticias necrológicas ponen en aplicación el *suum cuique*.

De ese modo conocemos la enumeración de las obras del hermano Louis-de-Poissy, desde los manuales de piedad para uso de la juventud y sus “lecciones de lexicología y de estilo”, inicialmente escritas para los alumnos del pensionado de Béziers, hasta sus elementos de filosofía “según los mejores autores escolásticos”. La primera edición de este notable volumen aparecía en 1975, con una carta preliminar del obispo de Montpellier, Mons. de Cabrières. Al año siguiente, era honrada con un breve de Pío IX; y un prelado romano traducía al latín, para los seminarios mayores, el texto del Hermano. De estilo sólido, lógica rigurosa, el *Curso elemental de filosofía cristiana* llamó especialmente la atención del clero cuando León XIII lanzó su encíclica *Aeterni Patris*, del 4 de agosto de 1879. Pero las mentes jóvenes —incluidas las de los escolásticos del Instituto— no estaban nada preparadas para disfrutar —bajo esa forma abstracta, concisa, austera— los principios de santo Tomás de Aquino.

Al menos el Hermano Louis-de-Poissy había puesto en marcha un movimiento de pensamiento. La filosofía adquiría derecho de ciudadanía entre los hijos del Sr. de La Salle. En aquel tiempo, los programas oficiales no ofrecían como culminación de los estudios secundarios sin latín ni griego, más que unas secas nociones de lógica y de moral. El Hermano Gabriel-de-la-Croix, profesor en el pensionado de Clermont, supo encender el fuego sagrado en el alma de sus alumnos. “Su curso, decía uno de ellos, convertido en el R. P. Mandonnet, no podía tener altas pretensiones; pero el Hermano Gabriel lo empapaba de una fuerza que alcanzaba nuestra vida profunda”. Era la potencia de un maestro henchido de lo divino, dirigiéndose, en todos sus procesos intelectuales, hacia las afirmaciones del *Credo* [1].

Era importante extender el beneficio de esa cultura cristiana. Por eso a partir de 1882 el Hermano Irlide convocó en París al Hermano Vigbert-Louis, un saboyano al que consideraba capaz de iniciar a los adolescentes en las indagaciones y las hipótesis de los filósofos. Había autorizado a ese religioso a documentarse en la Sorbona y en el Instituto Católico. Una hermosa misión de educador, realizada en Burdeos, retrasó la publicación del *Curso de filosofía*. La edición del “ensayo” apareció en 1893 en Saint-Étienne; la edición definitiva en Mame, en 1896. No era de esperar una síntesis original. El volumen de novecientas páginas in-octavo no ofrece más que una compilación escrupulosa: la psicología y la moral componen la materia de los principales estudios; nueve lecciones sobre la lógica y siete sobre la metafísica, ocupan el resto.

De punta a punta nos encontramos definiciones precisas, útiles compendios, muchas citas. En resumen, el Hermano Louis, obedeciendo a sus superiores y apoyado por una convicción ardiente, se introdujo valientemente por una senda en la que le acechaban diversos obstáculos. No erró el objetivo: guió a sus jóvenes lectores del bachillerato, despertando su reflexión, iluminando su conciencia.

Al final de 1904, completará y comentará su manual mediante una *Metodología de la enseñanza de la filosofía*, que es ciertamente la mejor obra surgida de su pluma de

1 *Biographie du Frère Gabriel-de-la-Croix*, pp. 60 y 101.

pedagogo. En ella vierte medio siglo de enseñanza. Elevándose sobre el escepticismo, proclamando que toda ciencia exige la colaboración del espíritu y de la voluntad, encuentra en la filosofía la clave del edificio intelectual y moral.

Posteriormente, ofrecerá colecciones de disertaciones, de acuerdo con su amigo el Hermano Israël, finalmente un curioso y sugestivo folleto titulado: *Las humanidades para todos, por las ciencias morales y religiosas*, alegato para un humanismo cristiano liberado del humanismo clásico [1].

Las matemáticas no entran para nada entre los temas de sus preocupaciones. Pero no ignoramos que el Instituto Lasaliano las cultiva con el mayor éxito. Los redactores de las obras de aritmética, de álgebra, de geometría, de trigonometría, de mecánica, forman una brillante pléyade: en ella encontramos al Hermano Gustave, antiguo director de la escuela normal de Quimper, al Hermano Narcellien, futuro Asistente, los Hermanos Juménis, Albertis y Aventin-Marie, los tres del pensionado de Passy, el Hermano Armin-Victor, que morirá como Visitador provincial de América, y al Hermano Régis-Louis, Régis Pialat, primero en su promoción en la Escuela de Minas de Saint-Étienne, luego novicio muy humilde en Besançon, luego diez años como profesor en el pensionado del que era una figura relevante, antes de sucumbir lentamente a la tuberculosis y extinguirse, en Mauléon, con admirables sentimientos de fe y de valor [2].

Tenemos también un gran matemático en Edmond Brunhes —el Hermano Gabriel-Marie— Asistente de los Hermanos Irlide y Joseph, y futuro General de la Congregación. Sus *Elementos de geometría, agrimensura y geometría descriptiva*, sus *Ejercicios* sobre los objetos de las mismas ciencias muestran mucho más que una “competencia de manual”. En ellos se constata la experiencia del maestro que conoce a sus alumnos, y se dirige de la manera más directa a las mentes que quiere abrir, tener en vilo, guiar hacia la luz.

Más adelante refundirá su obra geométrica en unas páginas a la vez ingeniosas y científicas, ricas de apreciaciones globales, combinando con éxito las teorías y las aplicaciones. Un libro de mecánica, también de su autoría, muestra la preocupación constante de una especie de “elegancia” científica en la elección de los teoremas y problemas [3].

* * *

1 Nos permitimos recordar que hemos estudiado al “Frère Louis”, su vida de educador religioso... y sus poemas en un volumen publicado por la Procuraduría General en 1929.

2 *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 206. — *Choix de notices*, t. II, pp. 483 a 507.

3 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, pp. 171 a 176. — Las obras de contabilidad publicadas por el Instituto con destino a la enseñanza comercial se deben especialmente al Hermano Bernard-Marie. Este lionés, antiguo alumno del pensionado lasaliano llamado de los “Lazaristes”, entró en la Congregación en 1856, a los veintiséis años, después de haber sido jefe de la contabilidad de una casa importante. Fue profesor en Passy hasta 1871. Su experiencia en los negocios, decidió a los Superiores a confiarle la responsabilidad de los asuntos financieros, necesariamente numerosos y complejos en una Sociedad de religiosos docentes. Desempeñó sus diversas tareas, las de la enseñanza mediante el libro, las del manejo de los fondos y valores, con conciencia, con honor, como cabía esperar de él. (Noticia necrológica, 1905).

Una publicación periódica se añadió a los volúmenes que elaboraban los equipos de la Casa Madre y sus auxiliares del interior. La misma contribuyó mucho a mantener las actividades profesionales.

L'Éducation chrétienne, “revista pedagógica semanal que aparece los sábados”, así se anuncia en su primera página. Toma vida “bajo los auspicios de la Sociedad General de Educación y Enseñanza”; la redacción y la administración tienen domicilio en el número 78, calle de los Saint-Pères. De hecho, el principal inspirador y el alma organizadora, desde la fundación en el mes de octubre de 1891 y durante los diecinueve años de su fecunda existencia, será el Hermano Justinus. El Jefe del Secretariado del Instituto reúne los materiales, recluta colaboradores, prepara los números, y garantiza a la revista una inmensa difusión.

La circular del Hermano Joseph, con fecha del 21 de noviembre de 1894, declara que *La Educación Cristiana* se propone “guiar a los Hermanos en la práctica de la enseñanza”. Lo consigue, por medio de artículos extremadamente variados, abordando temas generales y de particularidades pedagógicas, enfocando sobre Francia y sobre el extranjero las miradas de los lectores [1].

“Mediante los concursos que la Revista ha abierto en sus columnas —dice también el Superior de los Lasalianos— se ha creado un centro de emulación para nuestras principales escuelas”. Esos concursos se convierten en los corolarios de los “ejercicios” que, después de los textos de información y de las exposiciones teóricas, ocupan un amplio lugar en el hebdomadario: religión en primer lugar, después gramática, ortografía, composición francesa, lecturas explicadas, aritmética, historia, geografía, derecho comercial y legislación industrial, economía doméstica dan lugar a comentarios y ejemplos. Las informaciones útiles se completan con la indicación de los temas aparecidos en las sesiones del certificado de estudios, del certificado elemental, y del certificado superior.

Se trata, en conjunto, de la enseñanza primaria. El Hermano Justinus no se limita a eso. Sueña en la enseñanza “especial”, que va a llamarse la enseñanza “secundaria moderna”. Los programas se acercan mucho a los del primario superior; en los pensionados de la Congregación, se realiza un desplazamiento del certificado hacia el bachillerato. Es importante proporcionar a los directores y a los maestros de esos centros educativos algunas sugerencias y elementos de trabajo. A ello responderá el “Suplemento”, bimensual, de *La Educación cristiana*. He aquí el “Sumario” del inicio: un desarrollo psicológico y literario sobre la “educación del gusto” por Pélissier-Séguier, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, agregado de filosofía; un tema inglés (firmado con dos iniciales); un tema alemán, de V. Mohler, profesor del Colegio Sainte-Barbe y en las escuelas comerciales superiores que los Hermanos han organizado en París; “lección de historia” de Gustave Hubault, profesor en el liceo Louis-le-Grand; “nota sobre las manipulaciones químicas”, escrita por un ingeniero civil cuya carrera conocemos: Régis Pialat. Finalmente, consejos de higiene pedagógica, formulados por el Padre Fonssagrives.

En anexos, encontramos resueltas las cuestiones de matemáticas y de física que los examinadores de bachillerato especial habían puesto recientemente; además, un

1 La *Crónica de la semana*, ofrece hasta un resumen de las noticias políticas.

análisis de la fábula *El viejo y los tres jovencitos*, tema de composición francesa exigido a los candidatos presentados al mismo diploma.

El número termina con la enumeración de las pruebas correspondientes al concurso del Instituto Nacional Agronómico y con una “amenidad” sobre la “producción artificial de la lluvia”.

Inteligente eclecticismo, como vemos, tanto en la presentación de los artículos como en la designación de los redactores [1]. El Hermano Justinus, en ningún momento de su vida, fue hombre de preferencias exclusivas ni de horizontes limitados. Sin duda, buscó —era su derecho y su deber— obreros de élite en su Instituto; acabamos de señalar la colaboración del Hermano Régis, otro, más estable porque la muerte lo respetó, puso de relieve un hermoso talento [2].

El Hermano Paul-Joseph (Paul Hanrot) pertenecía a una familia muy honorable de Reims. Alumno del pensionado de esa ciudad, sus éxitos en clase fueron incontables. Su mente era luminosa, espontánea, el alma elevada. El cuerpo enfermizo: su caminar imposible sin la ayuda de un bastón. No obstante, la vocación religiosa superó el obstáculo. El joven de dieciocho años fue admitido en el noviciado de Thillois, en septiembre de 1875. Volvió como profesor a su querido pensionado, sorprendió a sus colegas por su capacidad de trabajo, les encantó con su elocuencia, los maravilló por su expresión. Poseía todos los dones, se adaptaba a las situaciones más variadas: cajero con exactitud, al igual que maestro de ceremonias, organista, compositor de música. Pero sobre todo incomparable profesor de literatura: encargado de la primera clase a partir de 1884, ejerce una verdadera fascinación sobre sus alumnos; y no solamente los oradores y los poetas, los moralistas, los filósofos y los teólogos, sino los héroes, los hombres de acción, los santos que le ofrece la historia sirven de maravilla para su apostolado de educador.

Envía una colaboración a la revista de París. Su estilo y sus ideas llaman la atención del Superior General, quien lo envía a la calle Oudinot, en octubre de 1895. El Hermano Paul-Joseph quedará allí, permanentemente, a disposición del Régimen, de la Procuraduría y del Hermano Justinus.

Al mismo tiempo que escribe continúa su instrucción; se vuelve a convertir en estudiante, antes de volver a desempeñar el papel de profesor y de conferencista. Recibe elogios y diplomas de la Sorbona y consigue triunfos en el Instituto Católico. Poco después comienzan sus “cursos literarios e históricos” de Beauvais [3]. Y más tarde, en Passy y en los Franc-Bourgeois, los maestros de los novicios menores y de los escolásticos, los Hermanos de las escuelas comerciales, con el personal de los dos pensionados se beneficiarán de directivas análogas.

1 De todos modos, los colaboradores civiles acabaron por desaparecer. En torno a 1900, los Hermanos escribían prácticamente la revista entera.

2 Conviene citar también, entre los mejores redactores del “Suplemento”, al Hermano Celse-de-Jésus, especialista de la enseñanza del francés.

3 Ver anteriormente, pp. 144-145.

Hasta su final, en 1923, a pesar de una salud precaria, una nerviosidad dolorosa y toda la molestia de su invalidez, el Hermano Paul-Joseph deberá estar listo para las múltiples tareas del escritor, autor de trabajos pedagógicos, director del *Bulletin des Écoles chrétiennes*, biógrafo de religiosos sobresalientes y venerados, discreto y valioso auxiliar del Superior General, Hermano Imier-de-Jésus [1].

Las riquezas de erudición que él reunió en favor de su Instituto, nosotros nos esforzamos, desde hace tiempo, por utilizarlas. No se trata aquí de inventariarlas detalladamente. En cambio, una de sus obras, anterior a 1904, se sitúa en la línea de nuestro actual propósito. La Exposición universal de 1900 suscitó los *Elementos de pedagogía práctica*. Por orden del Hermano Gabriel-Marie, nuestro lasaliano se ocupó muy activamente de poner de relieve la participación de su Instituto en la inmensa empresa; después de haberse ocupado de la selección de los cuadernos, libros, dibujos, mapas, instrumentos, muestras escolares de todo tipo enviados por los centros educativos, permaneció presente en el stand para responder a las preguntas de los visitantes. Hermano Paul-Joseph supo extraer un magnífico informe de las notas, que como excelente observador no dejó de tomar, de la lectura de las decisiones del jurado, del estudio de las realizaciones y proyectos de la pedagogía mundial. Esas páginas, revisadas, aumentadas, transformadas, formarán el doble volumen de 1902.

Las mismas encontraban un precedente muy estimable en el tratado de educación compuesto, con mucha sabiduría y precisión, por un antiguo Visitador de Saboya, el Hermano Calix [2]. Los *Elementos* del más moderno de los dos autores se armonizarán en una vigorosa síntesis.

Fueron anunciados mediante la circular del 7 de abril de 1901, con las cuatro subdivisiones: “De la educación; de la enseñanza en general; de sus métodos y sus procedimientos; de las diversas especialidades del programa escolar; de las obras de perseverancia”. Los archivos de la Congregación habían sido explorados; los textos tradicionales cuidadosamente, respetuosamente recopilados. La experiencia personal del escritor pedagogo se unía a su conocimiento y a su amor por el pasado lasaliano.

Ciento veinticuatro páginas fueron publicadas antes que las demás, en septiembre de 1901. Separadas de la “Metodología especial” que constituirá el segundo volumen, tratan de la enseñanza del catecismo, recordando las reglas generales y mostrando sus diversas aplicaciones; comentarios y análisis de la Sagrada Escritura, desarrollos sobre el sentido de un misterio de fe, aclaraciones sobre la liturgia, resúmenes de historia eclesiástica, consejos relativos a las “exhortaciones” dan cuerpo sólidamente a las definiciones y los principios [3].

1 Ver sobre el Hermano Paul-Joseph, *Choix de notices*. t. II, pp. 274 y ss. — La biografía completa del eminente religioso está en proceso de preparación.

2 Fallecido en 1882. — Abbé SECRET, *op. cit.*, p. 105.

3 La circular del 22 de septiembre de 1901 presentó a los Hermanos este conjunto. Fue tratado nuevamente en la circular del 19 de febrero de 1938 que asocia el nombre del Hermano Paul-Joseph al del Hermano Bernard-Louis, autor de un *Manual del catequista*, en 1907. Las obras de ambos religiosos fueron, dice el Reverendísimo Hermano Junien-Victor, “el *vademecum* de la generación

El Hermano Paul-Joseph había respondido tan perfectamente a las expectativas de los Superiores que los mismos desearon, de esa pluma experta, trabajos del mismo tipo. Hacía mucho ya que se estaba pensando en una revisión de la *Guía de las Escuelas* cuya edición más reciente databa de 1877. Pero la puesta a punto parecía muy delicada: el texto venerable no podía ser abordado más que con veneración. Para tomar el tiempo de reflexionar, y para ir iniciando discusiones serias, se decidió publicar primeramente un “ensayo” escrito, con total independencia, por uno de los más calificados entre los educadores cristianos.

El resultado fue el *Directorio pedagógico* de 1903. El autor no pretendía ofrecer un libro exhaustivo. Dejó de lado la psicología infantil; para un buen número de problemas, enviaba a sus lectores a los *Elementos* salidos de las prensas en año precedente. El nuevo estudio se dirigía a los maestros de la enseñanza primaria y no quería más que guiarlos hacia algunas metas esenciales. Les hablaba sucesivamente: se “la escuela cristiana y su reglamento interior”; de “la iniciación del alumno a la vida cristiana”; de “la organización pedagógica y de los principios de la enseñanza”; de las “especialidades inscritas en el programa”; de “la disciplina”.

El *Directorio* estaba inspirado por un espíritu de sensatez, deseoso de precisión, de sencillez, de resultados prácticos. La progresión de los métodos, el recurso a iniciativas no le parecían menos importantes que el mantenimiento de las reglas experimentadas. Además, todas las solicitudes de un alma religiosa se afirmaban continuamente. He aquí algunas líneas que lo confirman:

“La preparación del niño para la Primer Comunión, escribe el Hermano Paul-Joseph, debe comenzar desde su entrada en la escuela. Aunque entonces no tenga más que de seis a ocho años, hay que interesarlo en este gran evento, hablarle, para que vaya concibiendo una idea elevada, que poco a poco penetre hasta el fondo de sí mismo”. Y se proponen entonces algunas conversaciones sobre la Eucaristía, la Misa, la Santa Mesa. Se advierte de que hay que fijar la atención de los alumnos, durante su presencia en la iglesia, sobre el tabernáculo, sobre la Realidad Viva, el Divino Huésped, que habita entre nosotros. Se urge al maestro a recomendar, favorecer las visitas cotidianas al Santísimo Sacramento; a explicar en qué consiste la “comunión espiritual” [1]. Antes del decreto de Pío X, no se podía subrayar con más fervor el valor de la vida eucarística.

Una vez oídos y aplaudidos estos preludios, el Hermano Gabriel Marie dio la orden de distribuir en las comunidades la nueva *Guía*. Indicaba, en su circular del 3 de diciembre de 1903, en qué modo se había realizado la refundición. Sobre algunos puntos, se había juzgado bueno limitarse a modificaciones parciales, incluso a actualizaciones: se había mostrado, no sin razones determinantes, claramente conservador en materia de metodología catequística, y a propósito de las virtudes y cualidades del maestro. Tan solo con prudencia y en los detalles se habían retocado las prescripciones relativas a la vigilancia, a la emulación, a la represión. De igual

anterior a la guerra”. Pío X alabó en un breve, el *Manual del Catequista*; en una bibliografía elaborada por la Compañía de Jesús, el trabajo del Hermano Bernard-Louis fue declarado una exposición “perfecta” de la técnica de una lección catequística.

1 *Directoire pédagogique*, p. 51.

modo, había parecido útil transformar radicalmente lo que se refería a las clases de escritura.

¿Dónde pues, se notaba, sin timidez, la mano de un revisor que gozaba de la confianza del Régimen? El Hermano Paul-Joseph había colocado al frente de la edición de 1903 un “resumen de los principios generales de educación” —“base racional de toda ciencia pedagógica”—; el filósofo se tomaba aquí sus libertades, sin por ello sobrepasar los límites convenientes. En ningún momento se separaba del Lasaliano fiel a la doctrina del Fundador; se reconocía al apóstol de la devoción mariana, principalmente en la página de consejos sobre las congregaciones de la Santísima Virgen. El pedagogo, y el profesor, se había dedicado a exponer la metodología moderna de las ciencias enseñadas a los alumnos del siglo XX [1].

* * *

Junto con los equipos reunidos por cuenta de la Casa Madre y los escritores que podríamos calificar de “oficiales”, la Congregación posee un cierto número de trabajadores cuyas investigaciones se realizan, ordinariamente, solamente con el permiso de los Superiores a título individual. Les puede ocurrir que atraigan sobre su esfuerzo miradas amables, y como consecuencia, ser alistados, no ya solamente como sencillos maestros de clase o directores de comunidades en un distrito, sino como especialistas en una ciencia, al servicio de todo el Instituto.

En esa categoría ubicaremos al Hermano Lucard, convertido en el analista aceptado en las altas instancias [2]; o el Hermano Asclépiades que, después de haber multiplicado su acción profesoral mediante escritos de todo tipo —cronología, gramática, geografía, catecismo— ocupa, desde 1876 a 1886, el puesto de archivero en la calle Oudinot [3].

Tanto la fama del uno como del otro no supera los medios lasalianos. No sucede lo mismo con algunos investigadores muy originales, que se distinguieron en las ciencias naturales. Ya en la época anterior, Jean-Auguste Étienne, hijo del rico dueño de un castillo en el Dauphiné, había hecho famoso su nombre de Hermano Ogérien, en el Jura, en Borgoña y hasta en América, por su obra de naturalista y de geólogo [4]. Jean-Baptiste Caumel, el Hermano Héribaude-Joseph, ofrece la más auténtica fisonomía del sabio. Su gusto por la botánica se manifestaba desde su juventud, cuando después del noviciado, en 1858, en Clermont, y de las primeras armas en la enseñanza en Saint-Saturnin, volvía a la capital del Puy-de-Dôme en

1 Posteriormente, el Hermano Paul-Joseph compuso su *Manual de pedagogía*, publicado en 1909, bajo el seudónimo de “Edmond Gabriel” (= Edmond Brunhes, Hermano Gabriel-Marie).

2 Mediante un aviso anexo a la circular del 27 de abril de 1881, el Hermano Irlide anuncia su intención “de hacer imprimir los documentos y los hechos que deben constituir los *“Annales”*”. Invita a los Hermanos a hurgar en los archivos municipales y departamentales y hacerle llegar el botín.

3 Nacido en Prauthoy (Haute-Marne) en 1821; hijo de un médico; entró en el Instituto a la edad de catorce años; profesor en Passy (1839-1864); director, luego Visitador en Moulins (1864-1876). — Noticia necrológica, 1886.

4 Archivos del distrito de Besançon, noticia manuscrita sobre el Hermano Ogérien. Ver también ÍNDICE del tomo VI.

calidad de profesor de matemáticas. Una sordera sin remedio le obligó a renunciar a ese empleo. Se dedicó de lleno a unas tareas muy benedictinas.

La *Flora de Auvernia* había aparecido en 1883 [1]. Los *Elementos de botánica* tienen fecha de 1890. La obra capital del Hermano Héribaoud trató sobre las algas microscópicas, las *Diatomeas*; vio la luz en 1893. Seis años más tarde, otra publicación se dedicaba a las *Muscíneas de Auvernia*. La bibliografía completa de nuestro autor ocupa un hermoso lugar en los catálogos científicos, con veinticinco volúmenes o folletos.

Este Hermano de las Escuelas Cristianas, laureado y miembro correspondiente del Instituto de Francia, fue elegido, en 1898, director de la Academia Internacional de Geografía Botánica. Durante la Exposición de 1900, su herbolario ocupó toda una hilera de la sección de las Ciencias.

El religioso seguía siendo fervoroso y modesto, amable y servicial en toda ocasión. Nada turbaba su serenidad de alma. Aunque privado del sentido del oído, enclaustrado en un cruel silencio, conservaba una conversación jovial. Difícilmente se habría encontrado carácter más feliz, espíritu más acogedor, virtud más sólida. Suscitaba simpatía, se veía rodeado del respeto unánime, aún en los tiempos en que el sectarismo hostigaba a los cuellos blancos. Honor de su Congregación, mereció ser, en grado no menor, el orgullo de sus conciudadanos [2].

Étienne Granié, el Hermano Sennen, del Aveyron, se dedicó también él, al estudio de las plantas. Habiendo recibido su obediencia para Montpellier, entró en relación con Loret y Barrandon, autores de la *Flora del Hérault*, luego con Jules Daveau, conservador del jardín botánico de la Universidad. Su competencia se impuso. Caminante infatigable, se asoció con el canónigo Coste para recoger las muestras del reino vegetal cuya descripción e imagen serían publicadas en la *Flora ilustrada de Francia*. Desde la ciudad de La Nouvelle, en el Aude, donde los Superiores acabaron por asignarle residencia, exploró la región, Corbières, Canigou y llegó hasta los Pirineos occidentales [3]. Así fue como el Hermano Sennen continuó, en el Instituto de san Juan Bautista de La Salle, una tradición que desmiente, si aún fuese necesario, la leyenda antiguamente establecida por adversarios poco leales, aceptada por gentes de buena fe, pero poco interesados por la justicia, sobre la limitada ciencia de los religiosos docentes.

* * *

1 Recordemos que, para la elaboración de esta obra, el Hermano Héribaoud contó con la ayuda del Hermano Gustave, profesor en el pensionado de Clermont durante diecinueve años (1858-1877) antes de ser director de la escuela normal de Quimper.

2 Nacido el 4 de abril de 1841, en Padayrolles, municipio de Boisset (Cantal); fallecido el 22 de diciembre de 1917. Tío del cardenal Verdier. Su *Nueva Flora de Auvernia* apareció en 1915. La municipalidad de Clermont-Ferrand dio a una calle pública el nombre de "Calle Hermano Héribaoud". — Archivos del distrito de Clermont, *Histórico manuscrito*. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de julio de 1921, pp. 257 a 265.

3 *Rivista lasalliana*, número de junio de 1937, p. 372.

El francés, lengua materna de estas personalidades, es también la lengua oficial de su Congregación. Las obras y la Regla del Santo Fundador dan modelos del estilo que empleó el siglo XVII. Es importante captar bien la palabra del Sr. de La Salle para penetrar a fondo su pensamiento. Los Superiores se preocupan pues de una cuestión que, a su parecer, no puede ser amor propio nacional, pero que estiman del mayor interés para su familia religiosa. “Hacemos votos, escribe el Hermano Gabriel-Marie en su circular del 7 de julio de 1897, para que todo joven Hermano de las Escuelas Cristianas, considerando con razón la lengua francesa como la lengua propia del Instituto, se aplique a adquirir un conocimiento suficiente con el fin de participar, en la mayor medida posible, en todo lo que se hace, se dice o se imprime en nuestra querida Congregación”.

El progresivo desarrollo de las comunidades situadas fuera de Francia, el reclutamiento internacional que se realiza con éxito confieren a esas exhortaciones todo su sentido y todo su peso. La lengua es vehículo de unidad. Puesto que la legislación lasaliana, desde los orígenes, excluye el latín de la enseñanza y hasta del uso corriente en las casas de los Hermanos, será por medio de otro lenguaje humano como deberá realizarse la unión.

Antes de 1905, el centro del Instituto está en París; los Hermanos franceses constituyen con mucho el grupo más numeroso. El problema no ofrece un carácter agudo; pero de todos modos se plantea. Y el Superior General vuelve sobre él, el 22 de octubre de 1899.

“Ninguno, [para seguir los retiros anuales], debería verse excluido por la ignorancia del francés..., lengua del Instituto, del beato Fundador y de más de doce mil Hermanos... lengua empleada en nuestros Capítulos Generales... El mismo Soberano Pontífice la emplea, cuando se refiere a nuestra Congregación”. Este estado de cosas y el principio que lo determina no son, gracias a Dios, desconocidos por los beneficiarios de la herencia del Padre, sea cual sea la nación a la que pertenezcan. Los establecimientos de Italia, España, Irlanda, Austria, reciben elogios por los resultados adquiridos. En 1898 y 1899, el Hermano Gabriel-Marie ha disfrutado de vivas satisfacciones al ver reunidos en torno a los miembros del Régimen, y atentos a sus predicaciones, a las mismas conferencias, los Hermanos Visitadores de Francia, Bélgica, Argelia, Levante, Austria, Italia, España e Inglaterra.

Directivas tan explícitas se encontraban reforzadas por una decisión del capítulo de 1901, que prescribía el estudio del francés en todas las regiones donde los lasalianos se han extendido. El punto de vista no cambiará: la piedad filial, el respeto de las tradiciones, la comprensión fraterna, la obediencia se manifestarán mediante el conocimiento y el empleo de la lengua de san Juan Bautista de La Salle.

Lengua sagrada, en cierto modo. Pero, además, instrumento de trabajo. Aprendiendo a usarlo, los Hermanos no olvidarán que deben comunicar su conocimiento a sus alumnos. Hasta en ese mismo plan siguen siendo profesores. Mediante el francés, tanto en el interior como más allá de las fronteras del país natal de la Congregación, trabajan en la formación de las mentes, en el pleno desarrollo de una cierta cultura, de la civilización mediterránea, romana, católica.

¡Pero que nadie se confunda! Ni el Superior ni el Capítulo pretenden crear un monopolio. Sus intenciones se explicitan cuando se profundiza en los textos; si el

Instituto, en su conjunto debe hablar francés, los miembros de la familia situados en el territorio primitivo son invitados a aprender lenguas extranjeras.

El Hermano Gabriel-Marie pone tanto énfasis en lanzar esta consigna como en mantener la unidad lingüística de la Congregación. “Los Hermanos jóvenes de Francia” se dispondrán al estudio de una lengua viva, con el fin de prepararse mejor para cualquier obediencia, con el fin de multiplicar su rendimiento, a la vez que amplían sus perspectivas.

Y, sobre semejante tema, la circular del 11 de febrero de 1903 precisa las líneas de julio de 1897: “El Capítulo General, declara, se apresuró a acoger —y acentuar mediante su votación— la proposición relativa al estudio de una lengua en los noviciados menores y los escolasticados”. Los Hermanos Visitadores se encargarán de la ejecución fiel de las decisiones capitulares. Fuera de Francia, se tratará de aprender el francés. En Francia se elegirá, según las regiones, una de las principales lenguas de Europa.

No es simplemente ley sobre el papel. Se podrá constatar el fervor estudioso. Se alimenta por el deseo de comprender a los Hermanos en religión, y más aún por las aspiraciones misioneras. Brotará en todas partes, tan pronto como, para conservar su santo hábito, los Lasalianos —los de Toulouse, los de Clermont, los de Nantes y de Quimper, los de Besançon, y ¡tantos otros en cada distrito!— decidan expatriarse.

El movimiento había tenido sus precursores. Podríamos volver a citar aquí los nombres de los valientes que, a lo largo del siglo XIX, se fueron a enseñar en Asia, en África, en América. Será más novedoso subrayar, en dos provincias francesas, una labor lingüística que daba respuesta a preocupaciones de tipo “regionalista”.

La Bretaña “bretonante” conservaba su lengua. La Provenza se mostró celosa por devolver a la suya su esplendor literario. Por eso, al oeste y al sur, algunos modestos maestros quisieron emprender una obra provechosa para su patria chica.

El jurado de la Exposición Universal de 1878 entregaba una mención de honor al Sr. Gallou —Hermano Colomban-Marie, director de la escuela de Plouguerneau— por una memoria sobre la enseñanza del francés por medio del bretón. La idea lanzada entonces, se concretó, veintiún años más tarde, en la obra del Hermano Constantius, director de la escuela de Landivisiau: *Kentiliou Brezounek da drei e Gallek*. En ella se encuentran doscientos temas para traducir al francés, las palabras más usuales clasificadas por categorías, un léxico de los términos más difíciles, de ejercicios sobre el género, el número, los adjetivos, los pronombres, los verbos. El libro para los alumnos apareció en 1899; la parte del maestro en 1900 [1].

Este procedimiento pedagógico fue practicado, a mayor escala y con mayor fortuna, por un provenzal, el Hermano Savinien. Allí se habla del “savinianismo” cuando se refieren al regionalismo en el plano escolar.

Profesor de la escuela pública de la calle de los Ortolans, en Aviñón, desde 1872 a 1882, director de una escuela cristiana en la ciudad de Arles, desde 1882 a 1895, luego inspector de la enseñanza libre, el Hermano Savinien manifestó buenas

1 Archivos del Distrito de Quimper.

cualidades de educador y una amplia inteligencia. El provenzal era su lengua materna; además conocía el latín y cinco lenguas vivas.

Buen juez en la materia, consideró poco satisfactorio el método que consiste en enseñar el francés mediante el francés, cuando se encuentra uno ante niños acostumbrados a otro idioma. Su sistema personal resultó muy efectivo con sus alumnos, en consecuencia compuso toda una serie de volúmenes para divulgar los principios: en 1882, una gramática provenzal, a la que siguieron varias colecciones de traducciones; y, como coronación de la obra, un poema titulado *La Lionide* [1].

La gramática presenta un estudio particularmente original de los elementos de la frase. Las traducciones —graduadas, desde el curso preparatorio hasta los ejercicios del curso superior— utilizan al principio el vocabulario infantil, luego un marco local y familiar con sus costumbres, sus máximas, sus proverbios, finalmente la historia y la literatura meridionales, de modo que se pueda componer una muy sugestiva antología. El alumno no se impregna únicamente del ambiente de su país; la traducción que se le pide, le obliga a penetrar mejor el genio de su propia lengua y dar todo el esfuerzo de reflexión necesario para descubrir, en los términos y en la sintaxis del francés más puro, felices equivalencias. Así, desde las clases primarias, el método “saviniano” le procura ventajas que, el alumno de la enseñanza secundaria, debe normalmente extraer del estudio de las lenguas.

La Lionide, por su parte, es una especie de epopeya que, suscitando en el lector sentimientos de patriotismo y la admiración de los héroes, narra la invasión sarracena del siglo VIII.

Un Congreso de las Sociedades cultas, en la Sorbona, en 1896, reconoció el valor educativo de tantos trabajos. Frédéric Mistral —lo cual no nos sorprende— los honró con su elogio; pero también Michel Bréal, poco sospechoso de parcialidad [2].

El Hermano Savinien, mediante sus notas e informes dirigidos a la Casa Madre, obtuvo audiencia favorable en el Instituto Lasaliano. Arqueólogo, a la par que gramático, filólogo y poeta, dejó discípulos de competencias especializadas [3], pero unánimes en proclamar los méritos del iniciador.

1 Un cuento para uso de la juventud, *Firmin et Tête d'or*, permaneció inédito.

2 En 1907, el Padre AYROUZE, capellán del liceo de Aviñón, defendió su tesis de doctorado en letras sobre el regionalismo y los métodos del Hermano Savinien.

3 A uno de ellos, M. J. FLAMME, en religión Hermano SARASIN-VINCENT, es a quien debemos lo esencial de estas últimas páginas.

SEGUNDA PARTE

EL INSTITUTO Y LA TERCERA REPÚBLICA

CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINARES DE LAS LUCHAS

Sentimientos del Hermano Irlide con relación a los maestros de la enseñanza pública; su actitud leal en política. El “anticlericalismo” de la Tercera República Francesa: sus causas psicológicas, sociales. Odio contra la religión. Positivismo y Francmasonería. Estado de ánimo del pueblo, de los “librepensadores” burgueses. Puntos débiles en la situación de los católicos. — Los años de tregua; la ley de 1875 sobre la enseñanza superior. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas en los tiempos del “Orden Moral”. Éxitos de sus alumnos en París. Algunos hechos significativos en las provincias. — El Dieciséis-de-Mayo. La República de los republicanos. Jules Ferry. Campañas de la Liga de la Enseñanza en favor de la escuela laica. Los proyectos de ley de 1879; el artículo 7; los decretos del 29 de marzo de 1880 y las expulsiones de religiosos. — Primeras laicizaciones. La circular Bardoux del 14 de octubre de 1878. Folleto del Hermano Irlide sobre la situación legal de los maestros. Hérold, prefecto de la Saine, y la exclusión de las comunidades docentes. El asunto de Lambézellec, en el Finistère. Los “considerandos” de la gente de Montpellier. La confusión de Alès. — La actuación laicizante en 1880; el Este y el Norte; la Bretaña. Una táctica de los laicizadores; denuncia de ciertos procedimientos “disciplinarios”. Fin de las escuelas cristianas municipales de Burdeos. — Decisión del Consejo de Estado a propósito de la función de las organizaciones de culto en las fundaciones de escuelas; reconocimiento de la existencia legal y de la personalidad civil del Instituto Lasaliano. Comienzo de largo proceso relativo a los inmuebles de la calle Oudinot.

Aquí entramos en la historia política y religiosa del pueblo francés. Historia llena de querellas, de acontecimientos dolorosos para las conciencias, hasta la víspera del drama sangriento de 1914. De buena gana, los Hermanos habrían permanecido alejados de las luchas ciudadanas. Deseaban continuar silenciosamente sus tareas de educadores, de acuerdo con las familias cristianas, en unión con el clero, en leal competencia —pero no en amarga rivalidad, en guerra sorda o manifiesta— con los maestros de la enseñanza del Estado.

El 1º de octubre de 1875, inmediatamente después de una visita de Mac-Mahon a la escuela normal de Ruán, el Hermano Irlide escribía al mariscal, presidente de la República: “Fue nuestro venerable Fundador quien, el primero, dotó a Francia con este tipo de instituciones. En su pensamiento, los maestros religiosos debían ser los modelos, a veces los formadores, y siempre los amigos de los maestros laicos, por estar unos y otros destinados a trabajar de común acuerdo en la gran obra de la educación cristiana del pueblo” [1].

El Superior General expresaba en esas líneas uno de sus sentimientos profundos. El mismo había enseñado antiguamente bajo el hábito civil. Como jefe del Instituto Lasaliano, no pedía más que dejar al servicio de la enseñanza oficial los religiosos comprendidos en el decreto de 1808 en el sistema universitario, y, en definitiva, utilizados por todos los gobiernos, realza, imperio, república. Al igual que sus predecesores, los Hermanos Anacleto y Philippe, pretendía no depender de ningún partido. Su circular de 1878, en un momento en el que el “anticlericalismo” se vuelve amenazador, retoma las declaraciones que encontrábamos en la pluma del Superior de 1844 [2]: “Ajenos a la política..., reservemos todo nuestro ardor, y

1 Noticia necrológica del Hermano Irlide, p. 65.

2 Ver *Histoire générale*, t. V. p. 229.

salvaguardemos nuestra legítima influencia, en favor de los elevados intereses de los que estamos encargados. Nuestra Congregación está establecida en numerosas regiones, cuyas instituciones públicas son diferentes; no debe pues mostrar ninguna preferencia en esta materia. Ella respetará la forma de gobierno adoptada por cada nación”.

A pesar de ciertos prejuicios personales, de tendencias inquietantes, o de proyectos inspirados por el cesarismo, Decazes, bajo la Restauración, Guizot, ministro de la monarquía de Julio, Duruy, favorito de Napoleón III, apreciaron en su valor la función de los Hermanos; reconocieron que siguiendo el ejemplo del Sr. de La Salle, y sin segundas intenciones de lucro, de ambición, de dominio, los maestros de hábito negro trabajaban en instruir, moralizar, civilizar la infancia, en proporcionar a toda una juventud popular los medios de vivir honradamente, y realizar positivos y apacibles progresos en el campo social. Los alumnos de las escuelas cristianas no podían en general contarse entre los “paladines del antiguo régimen” o los enemigos de la democracia, ni entre los anarquistas.

¿De dónde viene pues que la Tercera República haya seguido otros derroteros? Nadie se negará a ver en algunas deficiencias y en algunas torpezas de los católicos franceses la razón de la pronta victoria de sus adversarios. Las controversias políticas retuvieron por mucho tiempo la atención de un buen número de creyentes: considerables esfuerzos se utilizaron con el fin del regreso del “rey”. Los problemas que planteaban los descubrimientos de la industria y del capitalismo, y que preocupaban a Ketteler en Alemania, no suscitaron apenas, de este lado del Rhin y de los Vosgos, perseverantes exámenes después de los artículos del Sr. de Coux en los lejanos tiempos del periódico *L’Avenir* y después de Frédéric Ozanam en su *Ère nouvelle*. La “vocación social” del conde Albert de Mun se produce solamente, después de las meditaciones en cautividad y frente a la revolución parisiense. Los obreros gritan, con razón, su miseria; sienten toda la injusticia de su suerte: los “bien-pensantes” no tienen oídos para escuchar esos lamentos o, si perciben el eco, se asustan, se indignan: ¡quieren atacar su cartera! ¡El mundo está amenazado de terribles convulsiones! ¡Prudhon recluta adeptos entre aquellos para quienes “la propiedad es un robo”! El clero, también él preocupado, perplejo, y muy escasamente informado, se limita a recomendar la limosna a los ricos, y a los pobres la resignación. En ciertas diócesis, el catecismo “no tiene ni siquiera una palabra para afirmar los derechos de los inferiores y los deberes de los dirigentes” [1].

Se profundiza la brecha entre los pastores de las parroquias y muchos de sus feligreses. En muchas partes ya no se habla la misma lengua; las miradas evitan encontrarse; las esperanzas dejan de converger. Esperanzas celestes: la preocupación cotidiana las ahoga en miles de almas. Esperanzas terrestres: algún que otro eclesiástico las ubica en la restauración de la monarquía, en el restablecimiento del poder temporal del Soberano Pontífice; estos problemas, importantes según el parecer de los enterados, no llegan a las masas o les parecen obstáculos para las transformaciones esperadas.

1 Padre BRUGERETTE, *Le Prêtre français et la société contemporaine*, t. II, “Hacia la separación de la Iglesia y del Estado”, París, 1935, p. 56.

No obstante, las incomprensiones, las indiferencias, el desdén por una parte, la envidia, la revuelta, por la otra, no bastan para explicarlo todo. El clima psicológico favoreció el desarrollo de las fuerzas hostiles a la Iglesia; pero no existe generación sin gérmenes: la cizaña es esparcida en el campo del Padre. El demoníaco sembrador la extiende, siglo tras siglo. Y bajo forma de herejía, de negación, de corrupción, de odio, de calumnia, acaba por aparecer tarde o temprano. Su crecimiento aparece singularmente vigoroso, en los medios “libertinos” del reino de Luis XIV; la invasión se extiende por amplios espacios con los enciclopedistas y los “filósofos” de la edad siguiente. Después de 1798, la antirreligión se traduce en hechos: cisma de la constitución civil del clero, masacres de septiembre, exilios, prisiones, deportaciones, ejecuciones. En adelante, ya no existe verdadera paz para el catolicismo en Francia; llamemos treguas oficiales al Concordato de 1801, el periodo de 1815 a 1830, los cortos años de la Segunda República, y los inicios, llenos de engañosas promesas, de Louis-Napoléon Bonaparte.

El enemigo vela, mientras que los servidores se relajan, se ilusionan o se adormecen. Ni siquiera esconde su juego, hasta redobla la actividad, en las épocas en las que la Iglesia y el Estado concluyen alianza, en las que los católicos se confían en la buena disposición del poder. La propaganda, mediante el libro, la prensa, el discurso público o la conversación confidencial, prepara el éxito; los espías se introducen en los consejos del gobierno. Las pasiones humanas acuden en ayuda. Finalmente, se presenta la ocasión que los sectarios no dejarán escapar.

Por sus orígenes, sus jefes, sus programas, la Tercera República está unida a la Francmasonería. Quiere constituir una sociedad “liberada” del dogma. Política y moral, Estado, familia, escuela serán “laicas”, dicho de otro modo, fundadas sobre las únicas bases del positivismo. Todo principio, toda acción deriva de la observación de los hechos; la ciencia elimina la metafísica; la experiencia pretende ignorar a Dios. Es la hora en la que “el gran Arquitecto del universo” desaparece del *credo* masónico: así lo decidió la “convención” de 1878.

Se trata ciertamente de una “contra-religión” con sus pontífices, su ritual, sus excomunicaciones, sus intolerancias. Una fe le sirve de inspiración, aunque se cree exenta de ella: fe en la buena e infalible naturaleza, materia viva que evoluciona en el sentido de un progreso ineluctable, ilimitado.

Gambetta, Ferry —“la élite republicana”— aceptan esa doctrina con entusiasmo. Sus proyectos y sus actos llevan su sello. Gabriel Hanotaux, que fue su discípulo, escribirá, como lúcido historiador: “Las medidas tomadas con respecto a las Congregaciones no fueron más que un incidente en la lucha iniciada, desde el siglo XVIII, contra la religión de Cristo” [1]. Ferry no tiene ninguna duda sobre la próxima agonía de las viejas creencias. Si, por oportunismo, mantiene los deberes hacia Dios en una página del programa escolar, niega a Jules Simon la inserción de esos deberes en el texto legislativo [2].

1 *Histoire politique de la nation française* (1800-1914), p. 612.

2 Georges GOYAU, *Histoire religieuse de la nation française*, pp. 599-600.

Gambetta, en su discurso de Romans, el 18 de septiembre de 1878, precisará los objetivos que hay que atacar en primer lugar: las Congregaciones religiosas, “milicia multicolor cuya patria no descansa más que sobre la última de las colinas de Roma”; la enseñanza cristiana que es culpable —según el orador— de “truncar la historia y falsear el espíritu francés”; la Iglesia, aún beneficiaria de una situación privilegiada, y que será sometida al “derecho común” [1].

Esa estrategia se verá reforzada con una hábil táctica. Manejará los ejércitos del sufragio universal. En ese campo nos encontramos con un pueblo bautizado, catequizado, que conoce el Decálogo aunque no observe todos los mandamientos, un pueblo fiel a las prácticas del culto, no muy regularmente, en efecto, pero al menos en las grandes circunstancias de la vida y frente a la muerte. Llamados a las urnas electorales, la mayoría de los franceses elegirá a los republicanos anticlericales y positivistas, se mostrará dócil a sus directivas y aprobará sus resoluciones.

¿Inconsciencia? ¿Gregarismo? ¿Engaño? Sí, quizás, para muchos. Pero resistencias bastante fuertes se habrían producido si la fe se hubiese aferrado a los corazones por múltiples fibras. Pero, muy a menudo, flota en la superficie, sin más amarres que hábitos y rutinas. La generación que creció entre los desórdenes de la Revolución careció de instrucción religiosa y moral; los soldados del Primer Imperio, las masas ciudadanas siempre dispuestas a los alborotos, entre 1815 y 1848, llevan el testimonio de una triste ignorancia y ardientes prejuicios. Los hijos y los nietos no han pasado todos por la escuela cristiana, ¡ni mucho menos! ¡Cuántos maestros mediocrementemente favorables o claramente hostiles a la Iglesia bajo la monarquía de Julio! Entre los niños que los Hermanos han acogido, la influencia del medio, taller, fábrica, incluso familia, se ha ejercido a menudo en contra de las lecciones del maestro religioso; y tan temprano —desde la edad de once o doce años— que rápidamente ha anulado los resultados de la educación.

El joven obrero, el pequeño artesano, el tendero y el empleado de condición modesta se han convertido en los oyentes, luego los discípulos, de abogados, de periodistas, de profesores, doctrinarios de los “partidos izquierdistas”. La burguesía del siglo XIX se considera volteriana, o se complace en celebrar a Jean-Jacques Rousseau; el “libre pensador”, en el centro de una circunscripción, es el médico o el notario; envía a su mujer y a su hija a la iglesia; admite para su hijo una elemental formación religiosa, aún a riesgo de arruinar él mismo, ante el muchacho adolescente, la obra que un sacerdote a penas pudo esbozar. Adversario del clero, bajo apariencias graciosamente corteses, se impone al pueblo por su cultura, su rango social y sus servicios de tipo profesional. Ocupa una sede en el Consejo municipal; se ciñe la faja de alcalde; será diputado, senador, ministro.

Sus atenciones hacia los humildes, irrefutables en diversas ocasiones, alcanzan raramente las reivindicaciones audaces. Sigue siendo hombre de una casta, como su vecino y su rival, el noble señor de un castillo, como su pariente, el industrial. Pero su civismo le crea una clientela política, la misma que la de su consultorio médico o su estudio. Demuestra a la gente que el clericalismo es el enemigo de la República, es decir de la libertad, de la igualdad; que, si los curas hacen campaña

1 Fernand MOURRET, *Histoire générale de l'Église*, t. IX, p. 59.

en favor de Enrique V, es para restablecer la *dima* y los derechos feudales; y que maldiciendo a los “expoliadores del Papado”, Garibaldi y Víctor-Manuel, se arriesgan a desencadenar una nueva guerra, esta vez sobre los Alpes a la vez que sobre la frontera mutilada del Nordeste.

Tienen éxito ante la muchedumbre declarándose campeones de los derechos humanos, emancipadores de las conciencias y garantes del bienestar y de la paz. Cuando el gobierno contra el que se arremete, se muestra inseguro del porvenir, más “conservador” que decidido a trabajar sobre un plan original, la oposición se desencadena y acaba por ampararse del poder. En 1875, se encontró sobre la vía del triunfo: impulsada por un movimiento irresistible; avalada por las decepciones, las divisiones y las resignaciones de una Asamblea Nacional agotada.

A partir de entonces, más bien hay que admirarse de que los católicos hayan escapado a la debacle. Aunque conservaban entera y sólida la unidad de fe, seguían siendo muy individualistas en sus opiniones y en su actuación. Sus representantes políticos —legitimistas, orleanistas, bonapartistas— se habían perjudicado recíprocamente, de la manera más grave. Sus jefes religiosos, los obispos, tenían, en esa época, pocas oportunidades de entenderse: designados a la Santa Sede por el poder civil, según las reglas del Concordato, se diferenciaban unos de otros no solamente en razón de su temperamento personal, de su educación eclesiástica y administrativa, sino además, y sobre todo, a causa de sus vinculaciones con el partido o el régimen que había presidido su nombramiento. Los “artículos orgánicos” les prohibían reunirse en concilio: de donde se derivaba un recrudecimiento de las dificultades para una aproximación de puntos de vista, un examen de las dificultades pendientes, para la determinación de una línea de conducta. Se limitaban a encuentros ceremoniosos, a las relaciones epistolares con algunos colegas.

Este aislamiento episcopal no era menos sensible y problemático al interior de cada diócesis. Del alto clero del antiguo régimen, los prelados concordatarios conservaban, en su mayor parte, las actitudes señoriales, el minucioso protocolo: salían en coche de su palacio, bendiciendo con gesto paternal, pero lejano, las frentes inclinadas. Ejercían sobre sus sacerdotes una autoridad casi dictatorial: ese mismo absolutismo incrementaba los riesgos de su soledad. Rodeados de consejeros en número restringido, perdían el contacto directo con los curas cuya sinceridad les hubiera puesto al tanto del alma popular o, de una forma más segura, sobre los medios que permanecían aún cristianos. El obispo, como antaño los últimos reyes Borbones, vivía en una atmósfera ordinariamente ficticia, donde los justos respetos se combinaban con los miramientos indolentes, con una fraseología optimista. Las decisiones emanadas de su omnipotencia chocaban con el mundo de la realidad [1].

El hecho de que a pesar de tantos obstáculos, tantas lagunas, pastores y fieles hayan podido realizar la obra inmensa de la que hablaremos más tarde, es una prueba de las sorprendentes facultades de transformación y de la asistencia divina siempre garantizada a la Iglesia.

* * *

1 BRUGERETTE, *op. cit.*, pp. 41-42.

Inmediatamente después de las derrotas militares, de los sombríos días del asedio de París, cuando la guerra civil sucedió a la invasión extranjera, los religiosos docentes respiraron. El gobierno de la Defensa Nacional no ofreció motivos para lamentarlo: se había mostrado incapaz de impedir las laicizaciones de las escuelas en la capital y en las provincias. Hasta había llegado a considerar una ley que excluyese de las clases primarias la enseñanza del catecismo. Ya aludimos en otro lugar al cierre de los establecimientos lasalianos en Argelia, al saqueo de la casa de Caluire, en el departamento del Rhône. El Lyon, los delegados de Challemel-Lacour, al conminar a los Hermanos de la Guillotière a desalojar, respondían a sus víctimas que invocaban la legalidad: “Las leyes, las hacemos nosotros” [1].

Durante algunos años, las leyes ya no las harían los enemigos de la religión. Las primeras piedras de la basílica de Montmartre, de la basílica de Fourvière parecían los cimientos de una Francia que se reconstruiría siguiendo los planos de los arquitectos cristianos. Aunque el futuro seguía siendo enigmático, el presente ofrecía garantías que los creyentes acogían con alegría. Euforia muy explicable, aunque no justificada.

Era la época en la que Veuillot, envejecido, se encontraba con el Hermano Vigbert-Louis en el pensionado de Thonon, le felicitaba por sus trabajos literarios, y solemnemente recibido entre los notables de Chablais, arengaba a los alumnos entusiastas [2]. El generalato del Hermano Jean-Olympe disfrutaba de esas horas luminosas.

Pasaba y desaparecía como un meteoro. Pero el cielo conservaba reflejos de claridad. La ley sobre la libertad de la enseñanza superior, “favor supremo de Mons. Dupanloup” [3] era votada en su conjunto el 12 de julio de 1875, diez días después de la elección del Hermano Irlide por el Capítulo General. La misma iba a permitir la creación de verdaderas universidades libres —los Institutos Católicos de París, de Lille, de Lyon, de Angers, de Toulouse—. Iba a abrir, para el clero de Francia, una era de renovación intelectual, con Mons. d’Hulst, Mons. Baunard y sus similares del Oeste y del Sur, con los maestros de teología, de derecho canónico, de Sagrada Escritura, de historia eclesiástica. Con ello se construiría una sólida fortaleza, a pesar de los acontecimientos contrarios: habría que defenderse de los ataques sin dejar de levantar los muros. Y el valiente puñado de constructores no sería más que mediocrementemente sostenida por una masa de vacilantes y de escépticos.

El texto de 1875, no obstante, completaba el de 1850. La enseñanza cristiana, con sus tres grados, debía ofrecerse como un bloque, cuyos cimientos eran las escuelas elementales y las facultades se establecían como la corona; colegios y pensionados de secundaria, constituían la parte media.

El Instituto de los Hermanos sabría, en ese edificio, ocupar su puesto, en la base, en el centro, y algún día —en la persona de sus religiosos estudiantes— en la cima. No

1 BRUGERETTE, *op. cit.*, t. I, p. 271.

2 RIGAUULT, G, *Le Frère Louis*, pp. 151 y ss.

3 GOYAU, *op. cit.*, p. 602.

podía pensar en integrarse totalmente, en esa fecha de su historia, en la que aún dependía por tantos vínculos de la Universidad oficial [1].

Ésta no renegaba de sus modestos asociados. El ministro de la Instrucción Pública, en ese mismo año de 1875, ordenaba acuñar una medalla con la efigie del Hermano Philippe “con el fin de conservar para la posteridad la memoria de un hombre que prestó grandes servicios a su país”. El grabador Maurice Valentin Borrel ejecutó la obra, reproduciendo los rasgos del rostro esculpido por Doublemard [2].

Mientras al Superior le era ofrecido este homenaje póstumo, los Lasalianos, así como los demás religiosos, continuaban mereciendo la estima y el elogio de la administración. De 1873 a 1875, los Consejos municipales, encargados de realizar la selección de los maestros públicos, habían concedido la preferencia a los Hermanos en el treinta y ocho por ciento de los casos [3]. Proporción muy honrosa, muy significativa, cuando ya se iniciaba la campaña en favor de la laicización.

Con toda imparcialidad, había que levantar acta de los resultados obtenidos por la enseñanza cristiana. El reclutamiento de las escuelas primarias superiores, en París, podía servir como demostración decisiva. Se realizaba por medio de concursos, bajo los auspicios de los representantes de la ciudad. El éxito daba derecho a una beca. Desde los comienzos de la institución, bajo el reinado de Louis-Philippe, hasta 1878 incluido, los alumnos de los Hermanos fueron admitidos a medirse con los de los demás colegios. He aquí los resultados que proporciona Ferdinand Buisson en su *Diccionario de Pedagogía*: Durante treinta años (1848-1878), sobre mil cuatrocientas cuarenta y cinco becas, mil ciento cuarenta y ocho (alrededor del 80 por 100) correspondieron a los candidatos presentados por los Hermanos. En 1878, la última vez que los religiosos fueron autorizados a hacer competir a sus alumnos, doscientos veinticuatro de ellos se ubicaron entre los trescientos treinta y cuatro concursantes declarados admisibles. Sobre las cincuenta primeras plazas, los Hermanos conquistaron treinta y cuatro.

1 Sabemos con cuanta solicitud Ambroise Rendu, uno de los organizadores de la Universidad napoleónica, había rodeado a la Congregación de los Hermanos. Nos extendimos sobre su función en nuestro cuarto y quinto volúmenes. (Ver ÍNDICE de los dos tomos). Pero, con toda intención, hemos omitido citar en el momento oportuno, estas líneas de la circular del 25 de mayo de 1860 por las cuales el Hermano Philippe recomendaba al difunto a las oraciones de todos sus religiosos: “Este bueno y ferviente cristiano tiene derecho a ellas de modo especial, primeramente como afiliado, y luego por haber sido [desde 1808 y] sobre todo desde 1830, no solamente el protector de nuestro Instituto sino más aún su salvador en todas las circunstancias difíciles... Uno de los hijos de este digno bienhechor nos ha dicho que su padre, antes de morir, había transmitido a sus hijos su adhesión hacia nuestra obra. Para agradecer, al menos en lo que de nosotros depende, tan eminentes y constantes beneficios, deseamos que se celebre un servicio especial a su intención en todas las capillas de nuestras comunidades en las que diariamente se celebra la santa misa”. El celo activo y perseverante de Eugène Rendu probó que la herencia de Ambroise había pasado a buenas manos.

2 M. V. Borrel era el autor de varias medallas conmemorativas: la *Traslación de las cenizas de Napoleón*, la *Muerte del duque de Orleáns*, la *Sumisión de Abd el-Kader*... El modelo de la medalla del Hermano Philippe se encuentra en el museo de Annecy.

Alfred Borrel, hijo de Maurice-Valentin, gravó, en 1888, la medalla del Beato J.-B. de La Salle.

3 Y a las religiosas, el sesenta y nueve por ciento de las veces. A. DES CILLEULS, *Histoire de l'Enseignement libre dans l'ordre primaire en France*, p. 675.

Durante todo el tiempo que dure la Asamblea Nacional, e incluso cuando las instituciones republicanas se limiten a un funcionamiento regular, las relaciones continuarán siendo satisfactorias, para los poderes públicos y para el Instituto.

En Saint-Breuc, por ejemplo, tiene lugar un acuerdo a propósito del viejo edificio llamado del “Cordón azul”, cuya propiedad han reivindicado los lasalianos, cuando volvieron a ser llamados a las Côtes-du-Nord después de la Revolución. Un decreto del 3 de diciembre de 1873 habilita al Superior General a ceder los derechos de su Congregación al municipio que, en compensación, deberá entregar a los Hermanos una suma de veinte mil francos el día en que cese de emplearlos como maestros [1].

Los prefectos y subprefectos del “Orden Moral” manifiestan una particular buena disposición. Como conclusión de una visita a las escuelas municipales, el subprefecto de Thiers escribe, el 12 de mayo de 1874, al alcalde la pequeña ciudad de Auvernia: “Me he sentido feliz de constatar la buena marcha de la escuela dirigida por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, tanto desde el punto de vista de la enseñanza como en lo relativo a la educación impartida a un gran número de niños... La pobreza de las viviendas de los maestros es extrema; convendría, por humanidad, hacer colocar un techo en cada celda. El digno anciano que dirige ese centro educativo goza de unos honorarios muy bajos: el mismo que sus inferiores, seiscientos francos por año [2]...”

El cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, se pone de acuerdo con el alcalde, vizconde de Pelleport-Burète, para favorecer a los Religiosos. Su Eminencia obsequia al Instituto una propiedad de siete hectáreas, Fontanieu, en el territorio de Mérignac: hermoso gesto que supone, ciertamente, algunas obligaciones escolares y algunas obligaciones de agradecimiento [3]. Por su parte, el Sr. de Pelleport, decide elevar a ochocientos francos los honorarios de cada Hermano. Homenaje rendido a una labor intensa, a una reputación bien establecida; principalmente a las del director de la escuela de Sainte-Eulalie, el Hermano Justinus.

El Consejo Municipal, disuelto en junio de 1874 y reelegido en octubre, presentará unas disposiciones completamente contrarias. Pero Pelleport y sus auxiliares, nombrados por el gobierno del mariscal, siguen en funciones. En el mes de julio de 1875, declaran municipal la escuela de Saint-Vincent [4].

Es la época en la que, en diez instituciones escolares, sesenta y tres lasalianos educan a cuatro mil seiscientos muchachos [5]. El Hermano Alphonse se extinguirá en plena gloria. El 4 de agosto, solicita ser secundado oficialmente por el Hermano Liacim, desde hace ya catorce años su subdirector. El Hermano Liacim recibe el título de inspector general de las escuelas municipales.

1 Archivos del distrito de Quimper, manuscrito LE MÉHAUTÉ.

2 Archivos del distrito de Clermont-Ferrand, *Historique de l'école de Thiers*.

3 Un decreto del 20 de noviembre de 1872 autorizó la aceptación. Archivos del distrito de Burdeos, y archivos del secretariado general, 78, calle de Sèvres.

4 Archivos del distrito de Burdeos, *Historique de l'école Saint-Vincent*.

5 DONIS, *Historique de l'Enseignement primaire à Bordeaux*, 1913.

Cuando la procesión del Corpus Cristi recorre la ciudad, miles de niños, dirigidos en perfecto orden por sus maestros, atraen las miradas de los habitantes de Burdeos. Un cronista, falto de simpatía, muestra a esos alumnos “vestidos con un traje de ópera cómica, cintura de cuero negro, que sujetan las blusas escarlatas, pantalón blanco inmaculado; van cubiertos por un canotí, de paja, de igual forma y color para todos”. Los estandartes y las banderas flotan sobre sus cabezas. Son centelleos brillantes, explosivas armonías de matices, en la luz veraniega. “Espectáculo pintoresco” dice nuestro observador, que quiere limitarse a las impresiones superficiales. Bastante cáusticamente, añade: “Estos grandes despliegues influían en la elección de las familias. Las madres se sentían orgullosas de ver a sus hijos con ese hermoso atuendo” [1].

La explicación nos parece un tanto impertinente, y de mediocre valor. No basta con el “placer de los ojos” para que la confianza de los padres sea favorable a unos educadores. Y, sin duda, una presunción favorable se crea, con toda razón, en las mentes hacia un jefe que dirige magistralmente los coros de los jóvenes músicos o los movimientos de conjunto. Pero, en Burdeos, como en otros lugares, las razones de la popularidad de los Hermanos eran más profundas.

En Saboya, la enseñanza había progresado mucho. En el punto de partida de ese impulso, se encontraba el cardenal Alexis Billiet, arzobispo de Cambéry quien, en 1844, había lanzado un grito de alarma: la Revolución Francesa, al haber destruido las instituciones escolares del antiguo ducado, los analfabetos se habían vuelto extremadamente numerosos, casi la mitad de los saboyanos. Si, hacia 1874, la situación permitía un legítimo optimismo, ello era debido mucho menos al cambio de régimen político y nacional desde 1860, que al esfuerzo considerable de los maestros, principalmente de los Lasalianos, con sus escuelas muy prósperas, y sus pensionados de La Motte-Servolex y de Thonon [2].

Y toda Francia constata y recompensa a los continuadores del Hermano Philippe durante la Exposición Universal de 1878, donde el Instituto recibe cinco medallas de oro, siete medallas de plata, dos medallas de bronce, dos menciones de honor.

* * *

Ya hemos salido del periodo de calma. Se levanta el viento, listo para convertirse en huracán. Gambetta, el 4 de mayo de 1877, pronunció la famosa frase: “El clericalismo, es el enemigo”. Los diputados, que el país ha elegido el 21 de febrero y el 5 de marzo de 1876, sustentan, en su mayoría, las mismas desconfianzas o las mismas pretensiones con respecto a los católicos. La cuestión religiosa acaba por pasar al primer plano, y divide más que nunca a los franceses, después de la crisis del Dieciséis de Mayo. La Cámara, disuelta por el duque de Broglie y por el Sr. de Fourtou, vuelve, muy semejante, después de las elecciones del 14 de octubre de

1 DONIS, *Historique de l'Enseignement primaire à Bordeaux*, 1913.

2 SECRET, *op. cit.*, pp. 74-76. — Las autoridades universitarias, antes de 1879, no escatimaban los elogios hacia los Lasalianos. El inspector de Academia del Lot, declaraba, en 1876, que la escuela de Carjac, confiada a esos religiosos por la municipalidad dos años antes, y dirigida por el Hermano Irlide-Joseph, era “un modelo de gestión, de progreso y de buena educación”. (Archivos del distrito de Rodez, *Historique de Cajarc*).

1877. Los partidos de izquierda no dominan aún el Senado, les basta un poco de paciencia. El 5 de enero de 1879, al entrar en la Alta Asamblea sesenta y seis republicanos, modifican su composición. El mariscal de Mac-Mahon abandona el Elíseo. Inmediatamente, Jules Grévy es llevado a la presidencia.

Ahí tenemos a todo el personal de la tercera República dueños de las palancas de mando. Entre los nuevos hombres de Estado, la fisonomía de Jules Ferry se perfila con un relieve bien marcado. Este gran burgués de los Vosgos posee una notable dosis de energía, de atrevimiento, de perseverancia; es inteligente e íntegro; es patriota. Se consumirá, sufrirá, se gastará al servicio de Francia. Pero ha asumido una posición clara contra la Iglesia.

Ministro de la Instrucción Pública, Ferry puede y quiere decidir la orientación de la juventud. No cabe dudar en qué sentido. Desde los años del Segundo Imperio, ha establecido relación con Jean Macé. El fundador de la Liga de la Enseñanza, bajo un exterior bonachón, persigue la descristianización de las almas. A su alrededor muchos francmasones; también protestantes, mas encarnizado contra el catolicismo que sensibles a la lenta destrucción de la fe. Todo el programa de la Liga, Ferry lo adopta. Pero se propone no llevarlo a cabo más que por etapas, con el fin de disminuir las resistencias [1].

“Instrucción obligatoria, gratuita y laica” tal es la fórmula, que estaba de actualidad desde 1849 en los círculos militantes y que Macé pretende imponer a la nación. En diciembre de 1871, Jules Simon, al someter a la Asamblea soberana un proyecto de ley escolar, no iba más allá del principio de la obligación. Establecía el fundamento por medio de una estadística angustiosa: seiscientos mil jóvenes Franceses no asistían a ninguna escuela.

Los católicos juzgaron sospechosas las intenciones del ministro; vieron en su sistema un control del Estado sobre la Infancia. La comisión parlamentaria, presidida por el obispo de Orleáns, impidió a Jules Simon conseguirlo [2].

Cálculo equivocado y que enseguida produjo efectos completamente contrarios a los deseos de sus autores. Se organizaron campañas de peticiones: la Liga de la Enseñanza recogía, en 1872, ochocientas cuarenta y siete mil firmas en favor de la escuela laica. El Comité Católico de París, que patrocinaba la escuela confesional, no obtenía más que quinientas mil adhesiones [3].

En consecuencia, Jean Macé se encontraba con los apoyos más significativos. Una propuesta de ley, propuesta por los diputados de la extrema izquierda en 1877, sirvió de base —en 1879— a una nueva petición, concebida de la forma siguiente:

1 LAVISSE, *Histoire de France contemporaine*, t. VIII, p. 74. — Cf. GOYAU, *L'École d'aujourd'hui*, 1ª serie, 1899, pp.189-190.

2 BRUGERETTE, *op. cit.*, pp. 73-74.

3 BRUGERETTE, *op. cit.*, p. 41.

“Los abajo firmantes solicitan la instrucción primaria, obligatoria, gratuita y laica, para los dos sexos, en todas las escuelas subvencionadas por los municipios, los departamentos y el Estado:

“*Obligatoria*, en el doble interés del individuo y de la sociedad, en nombre de su recíproca solidaridad;

“*Gratuita*, en nombre de la igualdad, y para evitar cualquier pretexto a las malas voluntades;

“*Laica*, porque el principio: la ciencia en la escuela y la enseñanza religiosa en la iglesia, es el único que protege eficazmente la libertad de conciencia” [1].

La trilogía de los calificativos se convertía lastimosamente en indivisible. La obligación y la gratuidad, en sí mismas tan justificables, se transformaban en hábiles medios para alcanzar el fin casi únicamente propuesto: bajo el pretexto de salvaguardar los derechos de las conciencias, negar a la Iglesia su misión educadora, arrancarles los hombres del futuro, remplazar la religión por el positivismo pretendidamente científico, expulsar de la enseñanza toda noción metafísica, toda referencia a lo sobrenatural.

Las actuaciones del ministro son las aplicaciones iniciales de esa doctrina. En marzo de 1879, la Cámara recibe dos proyectos del gobierno: uno reorganiza el Consejo Superior de la Instrucción Pública y los consejos académicos; revocando, al respecto, la ley de 1850, quita al clero los puestos que le había reservado la ley Falloux. El otro devuelve a las Facultades del Estado el derecho exclusivo de otorgar grados universitarios; es la supresión del “jurado mixto” ideado en 1875.

Pero este segundo proyecto contiene un artículo 7 de alcance más general y más temible. La enseñanza de los religiosos, en todos sus grados, se encuentra directamente afectada por él: “Nadie será admitido a participar en la enseñanza pública o libre, si pertenece a una Congregación religiosa no autorizada” [2].

En el Parlamento, como en la opinión, se producen vivas discusiones. La votación del 9 de julio, en la Cámara de los diputados, aprueba los textos ministeriales en su conjunto. El 2 de agosto, se forma una mayoría en el Senado para rechazar el artículo 7.

¡Da igual! El arsenal jurídico ofrece al poder ejecutivo armas contra las asociaciones desprovistas de estatuto legal. Los decretos del 29 de marzo de 1880 serán promulgados “en aplicación de las leyes existentes”. Amenazan no solamente a algunas Congregaciones docentes sino también a algunas órdenes religiosas dedicadas al trabajo intelectual o manual, a la predicación, a la oración.

Según la tradición más que secular, los Jesuitas, en sus colegios o en sus residencias, son elegidos como primeras víctimas. Su expulsión tiene lugar en el mes de junio. Con las demás Sociedades en cuestión, se toman mayores

1 LEAU ET GLAY, *L'École primaire en France*, t. II, p. 98.

2 BRUGERETTE, *op. cit.*, pp. 163-164.

precauciones: son invitadas a presentar por escrito una demanda de autorización, dentro del un plazo de tres meses.

Charles de Freycinet, nuevo jefe del gobierno, desea negociar con Roma. Aunque pertenece al protestantismo, no es, en absoluto, ni rígido, ni sectario. Su flexibilidad presenta incluso un contraste sorprendente con la rudeza de Ferry. A éste le gusta la lucha: aquel prefiere persuadir [1].

Se dirige a un Papa cuya sabiduría tenderá siempre a las pacificaciones, a las reconciliaciones. León XIII ha sucedido, el 20 de febrero de 1878, a Pío IX. Considera a Francia una de las piezas esenciales de la cristiandad. Muestra hacia ella una muy manifiesta predilección. Contribuir a amortiguar los choques, entre franceses, el esfuerzo merece ser intentado. El bien general y las profundas simpatías del Pontífice encontrarán en ello su realización.

Los Superiores de las Congregaciones interesadas firmarán, por obediencia a las voluntades de la Santa Sede, una declaración expresando “su respeto y su sumisión” hacia las instituciones del país, rechazando todo tipo de solidaridad con los partidos políticos. La calma parecía ir por buen camino, cuando una indiscreción rompió el delicado hilo de la diplomacia. Alguien transmitió el texto confidencial a un diario legitimista, *La Guyenne*. Era el juego de los opositores irreductibles para suscitar problemas a los gobernantes. La declaración publicada el 31 de agosto levantó tempestades en el Parlamento. Freycinet dimitió.

Una vez que Jules Ferry regresó al poder, las expulsiones estuvieron a la orden del día: brutales, numerosas, en diversos puntos del territorio. Doscientas sesenta y una casas religiosas vieron a la policía, los gendarmes, incluso el ejército, asaltarlas, forzarlas, invadirlas. En los monasterios de Frigolet, de Bellefontaine, de Solesmes, los Premonstratenses, Cistercienses, Benedictinos vivieron horas memorables. En total, más de nueve mil ciudadanos sufrieron la violación de su domicilio y debieron buscar refugio en hogares amigos [2].

Los creyentes sentían la amargura de las derrotas. En presencia de ministros y legisladores hostiles, de escritores y filósofos agnósticos, en medio de multitudes indiferentes, se daban cuenta que no constituían más que una minoría. Las conferencias de Notre-Dame, que antiguamente congregaban a la élite intelectual y social para escuchar a Lacordaire o a Ravignan, no atraían, en 1880, más que a un auditorio de viejos señores, de ocasionales feligreses, de Hermanos de la capital, de algunos jóvenes [3]. La fe seguía estando viva. Pero, para que irradiara de nuevo, se necesitaba más llama y más aliento. Hombres valientes se preparaban para reanimar el fuego bajo la ceniza. Trabajo de largo alcance, verdaderamente: mientras se iba realizando, ¡cuántos sufrimientos a soportar! El cardenal Pie parecía preverlo en el sermón —noble y melancólico adiós— que, el 16 de mayo de 1880, dos días antes de su muerte, pronunciaba en Angoulême:

1 HANOTAUX, *op. cit.*, p. 617.

2 GOYAU, *Histoire religieuse de la nation française*, p. 600. — BRUGERETTE, *op. cit.*, pp. 168 a 185. — P. RAIMBAULT, *Histoire politique des Congrégations religieuses françaises*, 1926, p. 166.

3 R. P. LECANUET, *L'Église de France sous la Troisième République*, t. IV, p. 174.

“Todos ustedes, carísimos Hermanos, si se ven condenados a ver el triunfo del mal, ¡no lo aclamen nunca! ¡No digan nunca al mal: eres el bien; a la decadencia: eres el progreso; a la noche: eres la luz; a la muerte: eres la vida! Santifíquense en el tiempo en el que Dios les ha colocado; lamenten los males y los desórdenes que Dios tolera; opóngale la energía de sus obras y de sus esfuerzos; mantengan toda su vida pura de errores, libre de las influencias malignas” [1].

* * *

El discurso testamentario del obispo de Poitiers se inserta en el prólogo del drama. Antes del artículo 7, antes de la caza a los monjes, las laicizaciones escolares han comenzado.

La ley de 1850 reconocía a las municipalidades un derecho de opción entre los maestros laicos y los religiosos, cuando un puesto quedaba vacante por defunción, dimisión o despido. Bardoux, ministro de la Instrucción Pública en 1878, interpretó el texto de la manera a la vez más amplia y la más tendenciosa. Según él, su circular del 14 de octubre se limitaba a trazar algunas reglas generales para el caso de que las asambleas comunales se viesan llamadas a indicar sus preferencias. En realidad, exhortaba a los prefectos a facilitar, incluso a alentar, las iniciativas en semejante materia.

Les recomendaba “una gran deferencia” hacia los votos emitidos en favor de las laicizaciones: votos que debían expresarse sin esperar los momentos previstos por la ley Falloux. Si, por el contrario, alguna municipalidad se declaraba deseosa de conservar o de obtener la colaboración de los maestros religiosos, la benevolencia de la administración prefectoral se cambiaría en actitud de sospecha y de mala voluntad. El deseo formulado “al no vincular” al representante del gobierno, se impondría una “encuesta” para conocer el verdadero sentimiento de la población. Y sería conveniente “investigar qué influencia podría tener la elección de una categoría de maestros sobre el desarrollo de la enseñanza primaria” [2].

En consecuencia, no se vería a los maestros laicos remplazados por Hermanos; mientras que a solicitud de las autoridades locales, y sin que se hubiese producido vacancia alguna, las escuelas cristianas serían laicizadas mediante medida administrativa.

Tal fue el procedimiento corrientemente aplicado en los años que siguieron al definitivo fracaso de los “conservadores”. En vano el Hermano Irlide protestó contra el despojo arbitrario de maestros irreprochables. Su opúsculo de diciembre de 1878, titulado *Sencilla exposición de la situación legal de los maestros públicos*, constituía un alegato, bajo capa de obtener la aprobación de las mentes imparciales. Defendía la causa no solamente de los religiosos sino de cualquier miembro de la enseñanza, víctima eventual del “poder discrecional” [3].

1 BAUNARD, *Vie du cardinal Pie*, II, p. 741.

2 DES CILLEULS, *op. cit.*, pp. 613 a 615. — *Essai historique sur la Maison Mère*, p. 236.

3 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Irlide, pp. 89 a 93.

Nada podrá detener un sectarismo en plena victoria. En París, el Consejo Municipal, en sus sesiones del 4 y del 14 de diciembre, reclama la sustitución de los religiosos y religiosas por laicos. Se encuentra ante un prefecto que no está animado por las mismas pasiones: Ferdinand Duval invoca la justicia, el interés financiero, el deseo y el derecho de las familias.

El nuevo ministro lo reemplaza por Hérold. Éste, el 17 de mayo de 1879, anuncia a la asamblea parisina la supresión de la escuela de los Hermanos de la calle Montgolfier [1]. No es más que el principio. Las expulsiones de las comunidades docentes se realizan a amplia escala; y no sin violencia. En el mes de diciembre de 1880, los agentes de Hérold penetrarán en las clases; ante los ojos de los alumnos escandalizados, consternados, quitarán los crucifijos, los emblemas piadosos. En muchos lugares, el gesto irá hasta el sacrilegio: los Cristos serán tirados al suelo, rotos, retirados en carretones [2]. Floquet, sucesor de Hérold, finalizará la obra laicizadora [3].

Un municipio de Bretaña se había adelantado a la capital; con tanta prisa, en un país y en unas circunstancias que se prestaban tan mal aún a semejantes empresas, que “el asunto de Lambézellec” no redundó en honor, ni en provecho de los ejecutantes.

Lambézellec, suburbio de Brest [4], poseía desde 1865, en su barrio de Pilier-Rouge, una escuela pública dirigida por los Lasalianos. Cuatro años más tarde, con el consentimiento tácito de la administración, el Hermano Director Camérin transformaba los modestos locales; en su lugar se creaba una modesta escuela industrial, provista con los edificios necesarios. Iniciativa coronada por el éxito: a partir de 1872, tanto sobre los bancos de las clases primarias como en los cursos de complemento técnico, el Hermano Camérin, contaba con seiscientos alumnos, externos gratuitos, externos de pago, internos y “camaristas” [5].

Tal prosperidad atrajo sobre la escuela del Pilier-Rouge los primeros golpes del partido republicano. El 12 de mayo de 1878, los consejeros municipales solicitaban la laicización. El prefecto del Finistère, viendo de donde soplaba el viento, comunicaba a los religiosos su decisión del 23 de agosto; debían abandonar inmediatamente la propiedad municipal, así como todos los edificios existentes en el predio.

El Hermano Irlide ordenó al Hermano director introducir una demanda por el procedimiento de urgencia ante el presidente del tribunal civil. El auto de comparecencia fue fijado para el jueves 29 de agosto.

1 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1922, pp. 23 a 25.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. II, p. 137.

3 A 31 de diciembre de 1880, los Hermanos no tenían ya más que seis escuelas municipales en el departamento de la Seine, con 1.550 alumnos. (Eugène Rendu, *op. cit.*, p. 9)

4 Y municipio suburbano.

5 Según la costumbre de la región, el camarista no pagaba más que una pensión mínima y su familia se encargaba de alimentarlo.

Pero en la mañana de ese día, el alcalde de Lambézellec, flaqueado por el comisario de policía y por varios agentes, acudía a intimidar a los religiosos para que saliesen antes del mediodía. El Hermano Camérin se negó. Esperaba el auto judicial.

Entonces se pudo ver llegar al subprefecto de Brest, con un refuerzo de policías. Ese alborotador funcionario no dudó nada en colocar los sellos, antes de la decisión judicial.

Ahora bien, mientras tanto, el presidente del tribunal mantenía provisionalmente a los Hermanos en posesión del inmueble. La administración civil, despreciando el derecho, primeramente confinó a sus víctimas, durante la noche, en un comedor, luego, al día siguiente se puso en movimiento hasta su total expulsión. La comunidad, obligada a dispersarse, repartió a sus miembros en casa del capellán, en casa del rector de la parroquia y en otras casas.

Sin embargo, al haber sido imprudentemente violado el principio de la separación de poderes, el gobierno tuvo que ordenar dar marcha atrás a la prefectura. El Hermano Camérin y sus ayudantes, devueltos a sus puestos, procedieron a su reinstalación personal. Ya algunos maestros laicos se encargaban de las clases; tuvieron que emigrar a otros lugares, por un tiempo. Pero la enseñanza pública seguía prohibida para el antiguo equipo de religiosos.

En definitiva, éste abandonó el establecimiento. Los tribunales, en primera instancia y de apelación, le concedieron una indemnización, por la brusca supresión de los salarios, y un capital de 28.000 francos, por las construcciones de las que se beneficiaba el municipio. Ante la opinión pública, el proceso había sido ampliamente ganado, además la prensa bretona y sus lectores simultáneamente, afearon la conducta del subprefecto, del alcalde y de sus acólitos [1].

Satisfacción moral, aceptada de todo corazón. Pero que no impide a los acontecimientos seguir su curso. En una carta de esta época, el Hermano Joseph, Asistente del Hermano Irlide, no se hace ninguna ilusión: considera todos los sufrimientos que le esperan al Instituto; como discípulo del Evangelio y del Sr. de La Salle, el futuro Superior, da por descontado las ventajas espirituales que su familia religiosa extraerá de la persecución [2].

Conoce ya, o puede prever en breve plazo, los cierres de casas. En Bretaña, después de Lambézellec, le toca el turno a Quimperlé, a la escuela del Pallais en Belle-Ile, a la de Kérentrech, a Lorient [3]. En el Sur, se comienza igualmente a laicizar con ardor, en 1879: los Hermanos de Auch debe abandonar sus clases de Saint-Orens y de Saint-Paul [4]. En Montpellier, el consejo municipal, en su sesión del 12 de abril, emite un voto para que la escuela de Basse sea quitada al Instituto Lasaliano; los “considerandos” invocados no ofrecen nada de original; los citamos,

1 Archivos del distrito de Quimper.

2 RIGAUT, G, *op. cit.*, pp. 203-204.

3 Archivos del distrito de Quimper.

4 Archivos del distrito de Toulouse.

porque dan testimonio de un estado de ánimo que se va a encontrar en diversas asambleas republicanas y porque resumen las acusaciones del anticlericalismo:

“El Instituto de los Hermanos no deja a ninguno de sus miembros la libertad de modificar su método de enseñanza... Así, los colegios que dirige escapan a toda actuación, fuera de la suya; esa misma enseñanza está en oposición con los principios de la sociedad laica; tiende a formar partidarios de sectas más que ciudadanos libres... Con los maestros laicos los niños se hallarán en contacto con los ejemplos de la vida de familia a la que están destinados...”

Los políticos del Languedoc usan, como todos sus congéneres, la fraseología revolucionaria y masónica. Tiene el éxito que ellos desean: el 7 de julio, el prefecto del Hérault les da la razón [1].

Zafarrancho, en octubre, en el Gard. Los Hermanos de Alès, expulsados de los locales escolares, se han retirado a un edificio que estiman con todo derecho que les pertenece, puesto que les fue legado por un sacerdote, el Padre Taisson. Pero también pretenden expulsarlos de allí. La municipalidad, temiendo los disturbios, solicitó la fuerza armada: quinientos soldados de infantería, varias brigadas de gendarmes, ocupan las calles vecinas. Hay que ceder a la violencia. El pensionado recibirá a los religiosos maestros, hasta tanto una reivindicación, formulada ante la justicia sobre la herencia del cura, concluya, en 1881, con su retorno a la propiedad que les había sido sustraída [2].

Una expoliación del mismo tipo se perpetra en Dole-du-Jura. La ciudad sustrae a la Congregación de los Hermanos la casa que había recibido, en 1746, de Claude-Charles Broch, señor de Hotelans —y que pudo recuperar después de la Revolución—. Un edificio anexo, proveniente de la donación del Padre Noël en 1841, sigue la suerte de la construcción antigua [3].

Tampoco Saboya se verá libre. Un meeting de protesta, organizado en Nézin, el 14 de octubre de 1879, por el marqués Albert Costa de Beauregard, ofrecerá una sonora tribuna al conde Albert de Mun [4]. La palabra sigue siendo libre; la acción choca con el poder del Estado.

* * *

El año 1880 indica nuevas pérdidas. Las laicizaciones solicitadas por el Consejo Municipal de Reims son ejecutadas durante el primer trimestre. En Rethel, se produce la supresión de un centro educativo entonces en plena prosperidad, la devastación de una capilla, que se convertirá en sala de música [5]. El alcalde de

1 *Le Frère Anatole ou quarante ans de vie religieuse à Montpellier* [por su hermano, cura párroco de Fontès], 1932, pp. 14 y 15.

2 Hermano THEODAT-GERMAIN, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Alès*, 1908, pp. 55-56 y 61.

3 Archivos del distrito de Besançon, *Historique de Dole*.

4 SECRET, *op. cit.* pp. 103-104.

5 *Notas* de M. LEFRANCO.

Sedan, Philippotezus, quiere, el 14 de mayo, rendir a los Hermanos un público homenaje: “Sea cual sea el futuro, dice en presencia de los elegidos de la ciudad, quiero realizar una declaración que deje bien en claro la responsabilidad y se convierta en un honor para aquellos que tuvieron, en el pasado, su parte de influencia en la organización, la dirección y el desarrollo de la enseñanza primaria en Sedan. Esta declaración ningún sedanés la contestará: nuestra población obrera ha sido siempre notablemente laboriosa y buena; es educada, ilustrada, liberal y patriota; es la mejor prueba de que ha recibido una buena instrucción y una buena educación”. Los consejeros manifiestan una opinión contraria; en primer magistrado se encuentra en minoría. Los Lasalianos cesarán de dirigir las escuelas municipales [1].

Unas astutas maniobras los eliminan de la escuela Saint-Jean, en Cambrai. El alcalde desea instalar un colegio señoritas en el edificio; comienza por obtener de la Oficina de Beneficencia, propietaria, la cesión en favor de la ciudad. Luego, invita a los Hermanos a concentrarse en un limitado espacio y a no recibir más alumnos que a los hijos de las familias oficialmente socorridas. El Hermano Flour, que dirige la casa desde hace seis años, rechaza tales exigencias. No le queda más solución que largarse [2].

Volvamos a Bretaña. Las dos escuelas municipales de Saint-Corentin y Saint-Mathieu son laicizadas el 7 de agosto de 1880, conforme a la votación del Consejo Municipal de Quimper. En el barrio de Recouvrance de Brest, la vieja empresa de los pedagogos del siglo dieciocho, resucitada en 1850, confiada en 1867 a una comunidad autónoma, se hunde como en tiempos de la Revolución.

Hennebont, en el Morbihan, poseía un centro escolar al cual se vinculaban las clases del barrio Saint-Caradec. En esa sucursal, dos maestros, a pesar de las prohibiciones legales y las órdenes de los Superiores, han corregido con bastante dureza a sus alumnos. Son conducidos ante el Consejo departamental, suspendidos de sus funciones por tres meses. Es el preludio del despido total y definitivo de la comunidad que residía en la pequeña ciudad [3].

“Empleo de medios disciplinarios prohibidos”: análogos reproches, amplificándose de repente, transformándose, para las necesidades de la causa, en acusaciones, en inculpaciones, van a permitir a los laicizadores atribuirse el papel de los buenos. Algunos Hermanos, estamos de acuerdo, cometen el error de pegar a los niños, con la mano, con la regla, a falta de la antigua férula: herencia del pasado, de la que los pedagogos, laicos o religiosos, no logran desprenderse sin dificultad; sistema al cual algunos alumnos delincuentes se someten sin problemas, porque es expeditivo, aunque no respetuoso de la “dignidad de la persona”. Inglaterra no renuncia a ello. Francia se niega a buscar en los textos bíblicos la justificación del azote y del palo. Pero a veces el gesto que castiga escapa a la impaciencia.

1 Henry ROUY, *Histoire des Frères des Écoles chrétiennes à Sedan*, 1892, p. 12.

2 Archivos del distrito, *Historico de Cambrai*. — Et. DAILLIEZ, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Cambrai*, 1923, p. 12.

3 Archivos del distrito de Quimper.

Se silenciarán los golpes impartidos por el maestro en levita. Se proclamará escandaloso si el maestro con hábito religioso no ha sabido conservar su sangre fría. Se trata de acechar las ocasiones favorables, para condenar la enseñanza cristiana.

Sin esperarlas, el prefecto de la Gironde, sancionando una decisión de los consejeros de Burdeos, había laicizado, en septiembre de 1879, dos escuelas de la capital, en la calle del Mulet y calle de la Trésorerie. Cerca de la mitad de los muchachos en edad y en situación de acudir a las clases primarias continuaban recibiendo la enseñanza de los Lasalianos. La ciudad encuentra en ello su interés pecuniario [1]; hasta entonces no se quejaba del resultado de los estudios y de la educación moral.

El 11 de noviembre de 1879, ante una denuncia de “hechos graves”, la municipalidad procede a una encuesta en la escuela de la calle Saint-Bruno. El 14, en sesión del Consejo, se declara que un alumno ha sufrido un castigo “brutal”. El 18, la escuela es laicizada. En el intervalo, el prefecto ha desacreditado al Hermano Liacim, considerado responsable de la conducta de sus subordinados.

Los adversarios de la enseñanza religiosa piensan haber reunido cargos suficientes contra los Hermanos de Burdeos. En adelante, la causa está decidida. No queda más que formalizar la acusación, tomar la decisión suprema. Liard, adjunto delegado para la Instrucción Pública, entrega su informe el 31 de julio de 1880; llega a la conclusión de que los religiosos, por sus “actuaciones severas”, han demostrado ser malos pedagogos; y que, además, la población ha manifestado sus preferencias por los maestros laicos, tal como lo demuestran unas recientes estadísticas.

Después de ese clamor “contrario”, la ejecución se llevó a cabo. Los cuarenta y cinco Hermanos que el municipio empleaba aún, debieron abandonar sus clases. Todas las escuelas de niños pasaron bajo la dirección de maestros agradables a la República [2].

* * *

Muchos hechos del mismo tipo se producen en otras regiones. Los que hemos relatado son suficientes, sin duda, como ejemplos. Departamentos y municipios escuchan los discursos y obedecen a las presiones que les llegan desde París.

En esas altas instancias se ha elaborado un plan. Sus líneas generales se descubren fácilmente. Un gobierno, hostil a la Iglesia e imbuido de doctrinas cesarianas, piensa restringir, sino liquidar, la libertad de enseñanza, que al precio de tan largas luchas han conquistado los católicos, con Montalembert, Dupanloup, Falloux. Su acción, obstinada, metódica, se ejerce en diversos terrenos.

1 Según una carta (citada por DONIS) del Hermano Liacim al Sr. Faget, adjunto delegado a la Instrucción Pública, el sueldo global de los maestros laicos, era en agosto de 1877, para 3.425 alumnos, de 73.300 francos; el de los Hermanos, para 4.727 alumnos de 48.300 francos. La totalidad de los gastos para las escuelas laicas de Burdeos ascendía a 107.950 francos; para las escuelas cristianas, a 59.700 francos.

2 DONIS, *op. cit.*

El Consejo de Estado, en 1873 y 1874, había reconocido a los obispos, a las administraciones parroquiales, a los párrocos —decanatos o sucursales— idoneidad para la gestión de establecimientos escolares de carácter confesional [1]. Eso equivalía a autorizar diversas donaciones, voluntariamente puestas por los fieles en manos de los eclesiásticos; era facilitar el control de la jerarquía sobre las escuelas cristianas. Ni la Monarquía de Julio ni el Segundo Imperio habían admitido un punto de vista tan liberal [2]. La República, a partir de 1879, se apresuraba a dar marcha atrás sobre procedimientos de los otros regímenes. La composición de la alta asamblea administrativa es modificada; los nuevos Consejeros de Estado formulan pareceres contrarios a los de sus predecesores. Apoyándose sobre los artículos orgánicos de 1802 y retomando por su cuenta la vieja jurisprudencia, niegan a las personas morales constituidas con fines religiosos toda posibilidad de intervención en materia pedagógica [3].

Interpretan el silencio o la oscuridad de los textos. Pero al ceder su independencia en favor del poder ejecutivo, nadie los tacharía de sospechosos. Jules Ferry los invita a examinar si, verdaderamente, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas goza de existencia legal y de una personal civil que le permita recibir dones y legados. El ministro estaría muy satisfecho de cortar una fuente de ingresos apropiada para sostener cualquier escuela cristiana y lista para ir a parar luego a la enseñanza libre. Pero la cuestión, planteada varias veces desde el Primer Imperio, se resolvió siempre afirmativamente. El Hermano Irlide no deja de recordarlo en las “Notas” que somete, en 1881 y 1882, a las reflexiones de sus jueces. Y el Consejo de Estado, en su asamblea general del 15 de marzo de 1883, proclama por unanimidad, la legitimidad de las observaciones del Superior [4].

En adelante, no se presentará sobre ese particular, ninguna contestación seria. Varios decretos presidenciales, aludiendo al informe del ministro Portalis, del 10 de frimario, y el artículo 109 del famoso texto napoleónico de 1808, habilitan a la Congregación lasaliana a continuar con la recepción de legados, universales o particulares [5]. Será necesario un recurso de la secta masónica al legislador para destruir el edificio, restaurado sobre sus cimientos un siglo antes.

El enemigo se ha esforzado por sembrar la discordia en un puesto que no lograba dismantelar. Al no poder alcanzar las almas, piensa en ampararse de los bienes materiales. Un gran proceso se prepara, que durará un cuarto de siglo, y que no llegará a su término hasta las ruinas de 1904.

1 DES CILLEULS, *op. cit.*, p. 450.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 362.

3 Parecer del Consejo de Estado del 13 de abril de 1881, en DES CILLEULS, *op. cit.*, p. 453.

4 DES CILLEULS, *op. cit.*, p. 452. Noticia necrológica del Hermano Irlide, pp. 122-123. — *Essai sur la Maison Mère*, p. 230.

5 El 8 de febrero de 1886 el Instituto es autorizado a aceptar el legado universal de un tal señor Gillard con el objetivo de establecer una escuela gratuita en Caunes (Aude). — El 6 de marzo de 1899, autorización del mismo tipo para el Instituto “legalmente reconocido” para una herencia Robert, en favor del establecimiento dirigido por los Hermanos en La Rochelle. (Archivos del Secretariado General, rue de Sèvres).

El Instituto goza, en la calle Oudinot, de un derecho de habitación, de una especie de usufructo, pero no de plena y entera propiedad. Recordemos [1] que en 1819 el Consejo General de la Seine, “acordando una gran importancia” a la instalación de un noviciado lasaliano en la capital, había pedido que el gobierno del rey autorizase al prefecto a adquirir, en nombre de la ciudad de París, un inmueble situado en la calle del Faubourg-Saint-Martin y a entregarla a los Hermanos, como sede principal de su Sociedad, bajo las estipulaciones siguientes: los ocupantes no pagarían ningún alquiler; conservarían, asumiendo la carga de los impuestos, toda libertad de acondicionamientos, de trasformaciones y de reconstrucciones. La ciudad no podría despedirlos mientras se perpetuase, en el lugar, su existencia colectiva y legal; a cambio, recobraría la disposición de su propiedad en el caso en que la ocupación cesase “por la razón que fuese”.

La ordenanza real del 30 de mayo de 1821 sancionó las deliberaciones de la asamblea, en toda la extensión de sus cláusulas. Cuando los proyectos de la Compañía de Ferrocarriles del Este supusieron la expropiación de la Casa del Santísimo Niño Jesús, el Consejo Municipal, sustituto del Consejo General de la época de Luis XVIII, decidió, en su sesión del 26 de febrero de 1847, proveer al traslado de los religiosos, sus huéspedes. Una nueva ordenanza, firmada por Louis-Philippe el 17 de abril, autorizó a la ciudad a concluir la compra del antiguo *hotel* Montmorin, que satisfacía los deseos de los jefes del Instituto. El uso de ese inmueble estaba destinado a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, “en reemplazo” de la casa del arrabal y “en las mismas condiciones”.

Prácticamente pues, la congregación se encontraba en su casa, en la calle Oudinot. Con su colaboración pecuniaria, la administración prefectoral había construido los edificios que bordeaba las vías públicas. Los gastos realizados por el Hermano Philippe, los gastos de instalación y de mantenimiento eran muy importantes. Tan seguro parecía el porvenir que no se dudaba en idear grande planes. Su realización se continuaba aún, como hemos dicho [2], en 1876, al comienzo del generalato del Hermano Irlide.

Pero llega la victoria de la política de izquierdas. París elige representantes entre los candidatos más “avanzados”, los más turbulentos, los más sectarios. Una amenaza planea sobre la Casa Madre; hay que frenar los trabajos de construcción, no emprender más que lo urgente, al precio menos costoso.

En 1879, 1880, 1881, se habla del Instituto en el Consejo Municipal. ¿La ciudad continuará alojando religiosos? ¿La República va a situarse como piadosa heredera de la monarquía caída? Los Borbones y los Orleáns quisieron recompensar los servicios de los “ignorantinos”. Al hombre del Dos-de-Diciembre le pareció bien utilizar la religión en la escuela. Es un pasado abolido. En adelante, la enseñanza será laica; posee ya ese carácter en todo el departamento de la Seine, con algunas excepciones. Puesto que los Hermanos cesan de realizar el papel de maestros públicos, su permanencia en la calle Oudinot ya no tiene razón de ser...

1 Retomamos aquí las pp. 401 y 405 de nuestro tomo IV y p. 275 de nuestro tomo V.

2 Anteriormente, pp. 3-4.

El 30 de abril de 1881, en una “Memoria a ser consultada”, el Superior General replica a esa argumentación capciosa. Alegato incansable y bien estructurado, hará frente a los adversarios y a sus abogados. Una segunda memoria completa la exposición inicial, después de que el Consejo parisino hubo retirado, en los meses de febrero y marzo de 1882, su intención de cambiar el destino de la Casa Madre. Un año más tarde, el Superior entregará al Consejo de Estado el dossier justificativo.

Le ha bastado recurrir a los documentos para defender su tesis. La concesión de 1821, que cambió de objetivo, pero no de motivos en 1847, no exige que los Hermanos dirijan las escuelas municipales: el inmueble del arrabal Saint-Martin —y por consiguiente, el de la calle Oudinot— deben albergar el noviciado. Tal resulta ser la causa determinante de la generosidad de los poderes públicos. Pues bien, el noviciado sigue existiendo. Por otra parte, la Congregación —cuyo objetivo esencial sigue siendo la enseñanza del pueblo— puede seguir considerándose como de utilidad nacional; así es, jurídicamente, desde el decreto del 17 de marzo de 1808. Esta existencia legal que exigían las ordenanzas para el mantenimiento de los Hermanos en la ciudad, el Instituto la posee, acaba de suministrar la prueba. Todas las condiciones se encuentran pues cumplidas con miras a la continuación de un apacible usufructo.

El 2 de marzo de 1883, el Hermano Irlide, al dirigir sus “últimas observaciones” a los magistrados del orden administrativo, se expresaba en estos términos: “Apoyado en títulos auténticos, el Instituto sostiene que el gobierno no podría, sin cometer un abuso de poder, atentar contra los derechos civiles establecidos en favor de los Hermanos sobre los inmuebles de la calle Oudinot. El Consejo de Estado ha sido informado, por el ministro del Interior, de un proyecto de decreto que autoriza a la Ciudad de París a retomar la posesión de dichos inmuebles; no dejará de examinar y señalar las consecuencias de semejante medida”.

Entre las exigencias políticas y la justicia, el Consejo se refugió en la ambigüedad: el 16 de abril, aprobaba las decisiones municipales, pero dejaba en suspenso esta cuestión: ¿La ciudad de París está vinculada por contrato con los Hermanos de las Escuelas Cristianas?

Correspondía a la jurisdicción civil responder. Las controversias iban a continuar. Su rumor se prolongará mucho más allá de la muerte del Hermano Irlide, durante todo el generalato del Hermano Joseph.

CAPÍTULO II

LAS “LEYES LAICAS”

Los inspiradores de la pedagogía oficial: Félix Pécaut, Jules Steeg, Ferdinand Buisson. — Leyes preparatorias en 1879-1880. El informe de Paul Bert. Leyes del 16 de junio de 1881 sobre la gratuidad y sobre el certificado de capacitación. Decreto del 4 de enero de 1881 sobre el certificado de aptitud pedagógica. — Principios de la obligación escolar y de la laicidad. La votación del 24 de diciembre de 1880. Ley del 28 de marzo de 1882. Programas de enseñanza del 27 de julio; Octave Gérard, vice-rector de la Academia de París. — La República contra los Religiosos; discurso de Waldeck-Rousseau, del 6 de marzo de 1883. Actuación del ministro René Goblet. Debates parlamentarios en 1886. — Ley del 30 de octubre de 1886, “estatuto de la enseñanza primaria”. Los Religiosos progresivamente excluidos de las escuelas públicas. Reglamentación de la enseñanza “privada”. — La ley militar de 1889. Su preludio en 1886; sus disposiciones en lo referente a los religiosos docentes. Angustias y consuelos del Superior General de los Hermanos. — La “tasa de crecimiento” y la ley “de abonamiento” (legislación de 1884 y de 1895); decisión tomada por las cinco Sociedades religiosas reconocidas en Francia. Carta al Soberano Pontífice, del 6 de octubre de 1895; circular del Hermano Joseph, del 24 de octubre. Continuación del proceso de la Casa Madre.

Nombrar a los grandes inspiradores de la pedagogía oficial en la República francesa de los años “1880”, es ya descubrir los verdaderos rostros bajo la máscara de las teorías parlamentarias y de las promesas de tribuna. Félix Pécaut, Ferdinand Buisson y Jules Steeg figuran en el primer plano de esos filósofos cuyo pensamiento se tradujo en las leyes. Tres protestantes, pero de aquellos calvinistas que rompieron abiertamente con su grupo religioso y que no conservan de su fe más que un tradicional lenguaje, tendencias y costumbres mentales y elevadas nociones morales.

“Bajo la mirada atónita de una parte de la Iglesia Evangélica de Francia, escribe Georges Goyau [1], un cierto protestantismo liberal... conquista, en las escuelas nacionales, un ascendiente que nunca había tenido ni siquiera en las cátedras de la Reforma. Y la escuela que se calificaba como “neutra” recurrió a teólogos para que le definiesen su conciencia y para que rellenasen su vacío”.

“Suiza, añade nuestro autor, entregó a Francia el trío de misioneros que presidiría la elaboración y la ejecución” de los planos legislativos, de los programas pedagógicos [2].

Pécaut y Buisson eran Franceses, mientras que Steeg estaba vinculado con Alemania por sus orígenes. Acogidos en el cantón helvético de Neuchâtel, allí intercambiaron sus puntos de vista, construyeron su doctrina de religiosidad sin dogmas, de humanismo y de pacifismo, durante la época del Segundo Imperio.

Félix Pécaut, nacido en 1828 en Salies-de-Béarn [3], siguió los cursos de la facultad de teología protestante en Montauban, luego se inscribió entre el número de los

1 En su libro, *L'École de aujourd'hui*, 1ª serie, 1899, p. 67.

2 *Ibid*, p. 74

3 Donde morirá en 1898.

estudiantes de la Universidad de Bonn. Habiendo renunciado a la carrera pastoral, a causa de sus audaces opiniones, se estableció como profesor libre en París. En 1857, enviaba al diario *Le Temps* sus *Cartas de provincia* que reclamaban la organización de una enseñanza primaria libre de todo dogmatismo [1]. Esta especie de apostolado en favor de una moral independiente, Pécaut no cesará nunca de proclamarla. En Suiza, ocasionará la emoción, el escándalo de los calvinistas creyentes. Y cuando se vea ante la posibilidad de orientar el futuro de toda una juventud, se podrá leer en sus *Estudios del día a día sobre la educación nacional*: “La obra de secularización moral que las sociedades católicas no realizaron en el siglo XVI mediante la reforma eclesiástica o religiosa, esas sociedades intentan realizarla por medio de la reforma escolar” [2]. Así, con toda franqueza, el protestante emancipado, muestra el vínculo que se anuda entre la revolución de Lutero, de Zwinglio, de Calvino, y el sistema de educación del cual él mismo se constituye en uno de los principales artesanos.

Ese es el hombre que se va a convertir en inspector general de la enseñanza primaria y que, durante dieciséis años, se encargará de formar las conciencias en la escuela normal de Fontenay-aux-Roses. Trabaja en ese centro, de acuerdo con su colega Jules Steeg, anteriormente designado para poner a punto las herramientas del museo pedagógico.

Por su parte Ferdinand Buisson, debió a su valía intelectual, a sus numerosos trabajos, no menos que a su papel político y a su longevidad, un relieve que no permite olvidar su fisonomía.

Parisiense de nacimiento, hijo de magistrado, preparó el concurso de la Escuela Normal Superior. Superadas con honor esas severas pruebas, fue considerado muy débil de salud para el régimen de internado de la calle de Ulm... A pesar de todo, tuvo suficiente fuerza y perseverancia para lograr la titulación de agregado de filosofía. Fue entonces cuando su maestro Secrétan, le orientó hacia Neuchâtel.

La guerra de 1870 le devolvía a Francia. Durante el asedio de París, el filósofo se transformó en guardia nacional; 1871 lo veía como filántropo, organizando el asilo municipal del distrito XVII para los huérfanos y los pequeños vagabundos.

Jules Simon le manifiesta su estima, lo nombra inspector de la enseñanza primaria en la capital. Pero Mons. Dupanloup denuncia a la tribuna de la Asamblea nacional los comentarios de Buisson sobre la Biblia. Hubo que ubicar al comprometedor funcionario en otro empleo. Se le dio la presidencia de Comisiones oficiales en las Exposiciones Internacionales. En ese cargo, elaboró excelentes informes, entre 1873 y 1878. Viena, Filadelfia, París le suministraron sucesivamente la ocasión de estudiar los métodos de enseñanza practicados en Europa y en América, indicar su evolución, insistir sobre las iniciativas positivas.

Con Jules Ferry sus horizontes se volvieron singularmente amplios. Ferdinand Buisson, director de la enseñanza primaria, es a partir de entonces una potencia del Estado. Elige, adoctrina, gobierna a los maestros. Colabora con los ministros. Sus

1 LÉAUD y GLAY, *op. cit.*, II, p. 222.

2 Citado por DES CILLEULS, p. 617.

competencias de pedagogo son unánimemente reconocidas. Usa los caminos y los medios de la política para el triunfo de sus ideas. Lo encontraremos a cada paso en la historia interior de Francia desde 1879 hasta la primera década del siglo XX. Comprensivo y generoso en las relaciones humanas; inflexiblemente sectario en la consecución de sus planes de educación, de su ideal social. Patriarca oficialmente venerado, no morirá hasta 1932, a la edad de noventa años [1].

* * *

Bajo los auspicios de sus consejeros técnicos, el partido republicano primero delimitó el terreno, alejó algunos obstáculos, organizó algunas posiciones. Así fue como la ley del 27 de febrero de 1880, a la cual ya hemos aludido, modifica la fisonomía y el alma del Consejo Superior de la Instrucción Pública: “La misión de esta asamblea, se dice en la “exposición de motivos”, es ante todo pedagógica; es el gran Comité de perfeccionamiento de la enseñanza nacional. La primera condición para ocupar un puesto en ella es ser competente, pertenecer a la enseñanza”. Como consecuencia de esos principios, el “puesto de los obispos” desaparece. Se concede una parte exigua a la enseñanza libre: ese pariente pobre contará en el Consejo Superior con cuatro de los suyos, nombrados por decreto, entre otros cincuenta y tres miembros que representan al Estado y a la Universidad [2].

Con el fin de asegurar el reclutamiento de los maestros laicos, la ley del 9 de agosto de 1879 ha obligado a cada uno de los departamentos a crear y a mantener una escuela normal, tanto para los maestros como para las maestras. Las escuelas normales superiores de la enseñanza primaria, en Fontenay-aux-Roses y en Saint-Cloud, creadas por decretos de Jules Ferry, serán la coronación de esas realizaciones; formarán directores y directoras, profesores, masculinos y femeninos, destinados a los estudios sea de los normalistas de primer grados, sea de los alumnos de las escuelas primarias superiores [3].

Uno de los grandes objetivos de la francmasonería —y de la Liga de la Enseñanza, su filial— es arrancar a la mujer de la influencia de la Iglesia. Las escuelas normales para maestras ayudarán en ese esfuerzo. Se esperan también sustanciales resultados de la “ley Camille Sée” relativa a los liceos para chicas. Votada por la Cámara el 20 de junio de 1880, el Senado la acepta el 10 de diciembre [4].

Ahora se trata de una empresa de más amplia envergadura. Se quiere elaborar un “código” de la enseñanza primaria “nacional”. Barodet y sus colegas, primeros representantes del “radicalismo”, ofrecían el borrador de esa obra a la Cámara de 1877, antes y después del Dieciséis-de-Mayo. Una vez consolidada la mayoría republicana, Paul Bert asumió la tarea definitiva. Hombre de ciencia, de ardientes y bruscas convicciones, tenaz trabajador, su trabajo desemboca, el 6 de diciembre de 1879, en un inmenso proyecto, con seis títulos y ciento nueve artículos. Es la

1 LÉAUD y GLAY, *op. cit.*, II, pp. 216 a 220.

2 LÉAUD y GLAY, *op. cit.*, II, p. 91.

3 LEAUD y GLAY, *op. cit.*, II, pp. 87 y 88.

4 BRUGERETTE, *op. cit.*, II, pp. 206 a 208.

aplicación integral y conclusiva, de los principios y obligaciones, de gratuidad, de laicidad [1].

Ferry aprueba el informe, adopta las máximas, las tesis, las conclusiones de Paul Bert. No obstante considera “oportuno” “escalonar los problemas”. No se construirá de golpe el monumento. Del voluminoso dossier del arquitecto se extraen las hojas donde se trazan las líneas para las vanguardias.

En primer lugar, la gratuidad se hace realidad con la ley del 16 de junio de 1881. Gratuidad absoluta. Ninguna retribución escolar en los establecimientos públicos que imparten a los niños, ricos o pobres, la enseñanza elemental. Los presupuestos municipales cargarán con el gasto previsible; y el presupuesto del Estado colmará su déficit. Poco importa al legislador la desigualdad creada a partir de entonces entre los alumnos de la enseñanza oficial y sus compañeros de la enseñanza libre, entre las familias, algunas de las cuales serán exoneradas de todos los gastos de educación y las otras pagarán a los maestros que han elegido, sin ver reducida su parte de los impuestos. En general no se percibe la injusticia: y si, acaso, es percibida, no parece muy negativa; la prerrogativa instituida en favor de la escuela municipal inclinará a los pobres a desertar de la enseñanza cristiana [2].

Otra ley lleva igualmente la fecha del 16 de junio de 1881: hace exigible, para todo personal docente, el certificado que constituirá la prueba de un mínimo de capacidad. Todas las equivalencias admitidas por la ley del 15 de marzo de 1850 —obediencias, títulos eclesiásticos, diplomas especiales, certificados de prácticas— cesan de ser tenidas en cuenta. Los maestros en funciones, que dependen del ministerio de la Instrucción Pública, o que tienen su empleo debido a la confianza de una clientela particular, deberán presentarse ante los jurados examinadores en el plazo de un año a partir de la promulgación de la ley. En caso de fracaso, podrán probar nuevamente suerte hasta la vuelta a las clases de octubre de 1884.

Algunas disposiciones transitorias atenuaban tales rigores: los directores de las escuelas públicas o privadas que, ya el 1º de enero de 1881, ocupaban su puesto en virtud de equivalencias definidas en 1850, se veían dispensados de adquirir el certificado. La misma amplitud se concedía a aquellos auxiliares con una edad mínima de treinta y cinco años y en ejercicio desde el 1º de enero de 1876. Pero, sin certificado, tales auxiliares no podrían llegar nunca a ser titulares en un centro escolar [3].

En sí mismas, estas nuevas exigencias no ofrecían nada de anormal ni de exclusivo. En el mundo moderno —salvo en ciertos países que se arriesgaron a la libertad sin límites— se reconoce al Estado el derecho de controlar la capacidad profesional, al

1 DUVERGIER, *Collection des lois et décrets*, t. LXXXVI, p. 380; LEAUD y GLAY, *op. cit.*, II, pp. 83 y 94.

2 BRUGERETTE, *op. cit.*, II, p. 212. Sin duda, los Hermanos mantenían en sus escuelas populares el principio de la gratuidad. Pero las exhortaciones de Rouland, bajo el Segundo Imperio, los habían llevado a derogar las antiguas costumbres. (Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 376 y ss.). Por otra parte, los fundadores de las escuelas libres se vieron a menudo obligados a determinar el aporte de una retribución escolar, para cubrir sus gastos.

3 DUVERGIER, *op. cit.*, t. LXXXI. — *Essai sur la Maison Mère*, p. 198. — LEAUD y GLAY, *op. cit.*, II, p. 94.

igual que la integridad moral, de los candidatos a educadores. La ley Falloux, deseosa de favorecer al clero y a las Congregaciones, les había consentido algunas facilidades que, en la época, no podían parecer abusivas, pero que conservaban cierto aspecto de privilegios. Esta situación se volvía delicada, peligrosa, bajo un régimen de igualdad, de “derecho común”.

Sin duda, el legislador de 1881 esperaba provocar problemas, inquietud, entre los maestros religiosos. Ya sabemos que no pilló por sorpresa a los Lasalianos. Éstos, vivamente exhortados por su Superior General [1], consiguieron más de cuatrocientos diplomas desde el primer año del nuevo sistema. Hay que añadir, que para algunos, no fue sin gran mérito: sobrecargados de tarea, o colocados lejos de los centros urbanos, carecían o de tiempo o de libros; se impusieron fatigosas vigiliass, se procuraron, en definitiva, los medios de estudiar a costa de diversos procedimientos; buscaron en el éxito, no una recompensa personal, sino una mejor manera de servir, en esta ocasión, el buen nombre de su Instituto. Además del certificado, varios Hermanos iban a preparar el certificado de aptitud pedagógica; el decreto del 4 de enero de 1881, al crear ese diploma, lo había hecho accesible a los maestros de la enseñanza libre. El examen suponía esencialmente un trabajo de redacción sobre algún tema de pedagogía y lecciones experimentales ante un auditorio de alumnos [2]. Semejantes ensayos, ¿no eran apropiados para justificar el persistente valor de los métodos lasalianos?

* * *

Con la segunda etapa, entramos en la zona peligrosa. El objetivo esencial se descubre, se acerca; está al alcance. Los promotores de la empresa han declarado el principio de la obligación escolar ligado indisolublemente al principio de la laicidad. Como el hijo del incrédulo se codeará, en los bancos de la escuela, con el hijo del creyente, la religión será proscrita de la enseñanza. Y no solamente la religión revelada, el cristianismo que ha forjado Francia, sino la fe en un Dios creador, señor del universo, juez y justiciero. Paul Bert, en su informe, dijo sin rodeos: “Todas las verdades morales pueden ser enseñadas sin que se necesite recurrir ni a las oscuridades de la metafísica, ni a los rayos del Sinaí” [3]. En primer lugar se proclamará que la ley de la conciencia no necesita ser demostrada; que basta inculcar a la infancia “la buena vieja moral de nuestros padres”, con imponerle su práctica; será inútil remontarse hasta sus fuentes. Más tarde, se hablará de la “autonomía” del ser humano, que no debe pedir más que a sí mismo la regla de conducta. A continuación, los sociólogos oficiales afirmarán que la moral nació de las costumbres y ritos inmemoriales; que se funda, en última instancia, sobre las exigencias de toda vida colectiva. Despojada de sus atributos divinos, luego de su “imperativo categórico”, luego de su dominio sobre los secretos movimientos de los corazones, quedará reducida a las fórmulas de la “solidaridad”, del “altruismo”.

Así, poco a poco, se irá rompiendo la armazón espiritual de un pueblo. La doctrina extraerá sus consecuencias ineluctables. Renán podía predecirlas, bajo el tono,

1 Ver anteriormente, 1ª parte, cap. III.

2 LÉAUD y GLAY, *op. cit.*, II, p. 96.

3 *Informe*, p. 24. Citado por BRUGERETTE, t. II, p. 212.

aparentemente tranquilo, del escéptico. En los medios católicos, la alarma, que ha sonado desde los primeros momentos, no resonaría aún suficientemente lejos. Sin embargo, ¿en qué términos se expresaban los más ardientes y más clarividentes luchadores! El proyecto Bert estaba ya en discusión a finales del año 1880 y, ante la Asamblea surgida del sufragio universal, el 24 de diciembre tenía lugar una votación favorable: “Durante esta vigilia de Navidad, en la que los pueblos cristianos rodean el pesebre del Niño-Dios —observaba un periodista del equipo de Veuillot— la Cámara francesa, más cruel que el viejo Herodes, ha consumado su atentado contra la fe de nuestros niños” [1].

Pero para tranquilizar a los optimistas, el procedimiento se encontraba reducido en su marcha. El Senado, se unía, luego, a la enmienda de Jules Simon que introducía en el artículo primero, junto con los deberes hacia la patria, los deberes hacia Dios. “La metafísica”, ¿no se tomaba la revancha? En todo caso revancha sin futuro alguno. Los diputados volvían a restablecer su texto. La más absoluta “neutralidad confesional” exigía que, en las escuelas primarias, la enseñanza cívica y moral sustituyese completamente a la enseñanza religiosa. El catecismo es excluido de los edificios escolares, donde el sacerdote ya no tiene derecho a penetrar. Cuando el proyecto de ley vuelva al Senado, el 11 de marzo de 1882, Jules Ferry logra, esta vez, que se borre el nombre de Dios.

Íntegramente “laico”, el texto será pues promulgado el 29 de marzo. Íntegramente laicos, los programas de enseñanza del 27 de julio. Octave Gérard, vice-rector de la Academia de París, ha presidido la elaboración y redactado las instrucciones que los acompañan. Es un espíritu claro, una voluntad muy activa. Del profesorado, que ha practicado al salir de la Escuela Normal Superior, pasó bastante rápidamente a la administración universitaria; y su marca personal quedó impresa en más de una realización. Inspector de Academia en 1864, reformaba las salas del asilo utilizando, a la francesa, el sistema froebeliano. Como director de la enseñanza primaria en el departamento de la Seine, reorganizó los estudios, suscitó la competitividad, distribuyó sensatamente el trabajo pedagógico; a él se debieron ochenta y cinco nuevos pabellones y las escuelas primarias de Colbert, Lavoisier, Jean-Baptiste Say. Además, creó la primera escuela municipal de aprendices [2]. Sus actuaciones y sus libros le harán merecedor, muy pronto, de una sede en la Academia Francesa. Este hombre, que dejará fama de educador y de jefe, no quiso descuidar nada para que la obra de 1882 pasase a la historia; y para ello se ocupó del cuerpo y de la inteligencia, del corazón y de la conciencia. Pero ¿se pueden ensamblar duraderamente las piedras sin una piedra angular? *Nisi Dominus aedificaverit domun, in vanum laboraverunt qui aedificaverunt eam.*

* * *

La República ha declarado a Dios cesante. Considera sospechosos a aquellos de sus ciudadanos que profesan el *Credo* católico y como dignos del ostracismo a aquellos que emiten los votos de religión. Sobre ese particular existe acuerdo entre la mayor parte de los hombres de gobierno; Waldeck-Rousseau, frío jurista, todo lo

1 Citado por BRUGERETTE, t. II, p. 213.

2 LÉAUD y GLAY, *op. cit.*, II, pp. 220-221.

opuesto a un energúmeno, lanza una acusación contra los religiosos, el 6 de marzo de 1883, en la tribuna de la Cámara. Los peores sectarios no escribirán nada más duro y más mentiroso; todos sus argumentos se condensan en estas líneas:

“Debido al contrato que sirve de base a la formación de una Congregación, hay tantos muertos civiles como adhesiones dadas. Por uno de los votos, uno se desprende absolutamente de sus intereses considerados como vulgares, que consisten en ser propietario, en otras palabras, en trabajar en la prosperidad de su país. Cuando, ustedes han eliminado de la personalidad humana lo que hace que uno posea, lo que hace que uno razone, lo que hace que uno sobreviva, yo pregunto qué queda de esa personalidad... Si ustedes admiten esa donación en sí misma, esa abdicación total que somete al hombre bajo la regla del imperio de una voluntad extraña, hay que decir que entonces el individuo se convierte en propiedad de la asociación y que en lugar de un crecimiento de las fuerzas individuales por el espíritu de unión, se obtiene una aniquilación progresiva” [1].

El orgullo mundano, cerrado a las lecciones del Evangelio, no podría interpretar exactamente la conducta del monje. En la pobreza, en la castidad, en la obediencia, no ve más que la disminución del ser. No es capaz de entender que mediante al renuncia se transforma, en un plano superior, en realización total, en liberación, en riqueza.

La doctrina de Cristo vuelve a ser un “escándalo”, una “locura”, ante los ojos de una sociedad que regresa al paganismo. Por lo tanto, a los adversarios de la fe, les será muy fácil pretender que los Religiosos son inapropiados para educar a los futuros padres de familia y a los hijos de una democracia. Ésa es precisamente la tesis sostenida por Paul Bert cuando reclama a su partido el esfuerzo supremo: después de haber descristianizado la enseñanza, quiere “laicizar” a los educadores.

Su proyecto, presentado el 7 de febrero de 1882, soportará vicisitudes bastante prolongadas. En el mes de junio siguiente se inicia una discusión parlamentaria; será retomada únicamente hacia el final de 1883. Luego, a instancias de su relator, la Cámara le presta toda su atención a partir de febrero de 1884.

Los discursos, las enmiendas se sucederán, muy numerosos. La minoría que lucha en favor de los maestros religiosos encuentra un portavoz autorizado en la persona de Mons. Freppel. El obispo de Angers se ha dedicado, desde 1872, a combatir la pedagogía anticristiana en unas cartas pastorales que son “modelos de ponderación, de lógica, de exposición metódica, clara, elegante” [2]. Enviado al parlamento por Bretaña, “su inteligencia viva y flexible, su prodigiosa memoria, su extraordinaria facultad de asimilación” [3] encuentran su lugar en ese nuevo medio. Su fuerte voluntad se impone a sus colegas. Es respetado, escuchado, ya que no seguido. Se reconoce la nobleza de su alma; este sacerdote alsaciano “no tiene más que dos pasiones en su corazón: el amor a la Iglesia y el amor a Francia”.

1 RAIMBAULT, *op. cit.*, pp. 9-10.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 41.

3 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 38.

El 19 de febrero de 1884, se aplica a destruir los sofismas de Paul Bert. De modo particular, saca a la luz el patriotismo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, su lealtad política; expone nuevamente los títulos que les hacen merecedores del afecto del pueblo. La causa está perdida ante un auditorio decidido a proseguir la obra de la francmasonería; al menos, la justicia ha sido proclamada y la opinión pública advertida.

Armand Fallières, ministro de la Instrucción Pública, lleva al Senado el texto votado por la Cámara en el mes de julio. En las carpetas del palacio del Luxembourg los dossiers procedentes del Palacio-Borbón sufren a veces periodos de duración indefinida. Tal fue el caso de la obra preparada por Paul Bert, adoptada por Jules Ferry. Sin duda, para la prudencia senatorial parecía muy audaz, capaz de perturbar demasiadas tradiciones y de conmover demasiadas conciencias. Y quizás hubiese permanecido “adormecida” sin el gesto de un nuevo ministro, que —de carácter intransigente y resuelto— quería asumir sus responsabilidades, llegar hasta el final de sus máximas y decisiones.

Se trata de René Goblet. Ese diputado de Amiens, bajo de estatura, pero de alma intrépida, conquistaba los primeros puestos. Como abogado, poseía el talento oratorio, la habilidad para la discusión, la lógica bien estructurada, terrible, brutal. Nadie podría negar su rectitud, de la cual dio pruebas convincentes a lo largo de su carrera. En él, se aliaba a los principios del “radicalismo” político.

Al recibir la cartera de la Instrucción Pública y de Cultos en el tercer ministerio de Freycinet, Goblet se encarga, en enero de 1886, de llevar hasta la completa victoria la lucha de los republicanos contra la enseñanza “de Iglesia”. A su juicio, el Estado, emancipado de las tutelas clericales, absolutamente soberano, eliminará, mediante las laicizaciones, los vestigios del antiguo régimen; fuera de su acción directa, aunque no de su control, dejará un margen de libertad donde podrán organizarse creencias, oraciones, predicaciones, escuelas confesionales, todas las formas del proselitismo.

No deja de ser el ateísmo oficial. La sociedad humana pretende establecerse sin Dios. Aunque no expulsa a los religiosos y los sacerdotes, se niega a emplearlos. Encerrados en el claustro y el presbiterio, en la sacristía y en el oratorio, deben ofrecer sus servicios únicamente a los creyentes. No les es negado enseñar; pero el colegio eclesiástico, la clase cristiana no son más que una dependencia del “culto”. En ninguna parte el “religioso” podrá enseñar en nombre de la nación.

En Francia, hace sesenta años, tesis semejantes provocaban protestas, se enfrentaban a las resistencias de una parte de la opinión pública. En las Asambleas, Goblet debió enfrentarse a la vez con los católicos y con los espiritualistas a la manera de Jules Simon. Éste habló, con un lenguaje magnífico, de la abnegación de los religiosos utilizados por los diversos gobiernos desde el principio del siglo: Hermanos y Hermanas de todo tipo de hábito, extendidos por todas las provincias, y gozando de la confianza de innumerables familias. No temió denunciar el proyecto de ley como una obra “de cólera y de opresión”, peligrosas para la patria, vergonzosas para la República, “transformada en secta”.

Los debates se prolongaron durante veinticinco sesiones, con un notable vigor, con un esplendor verdaderamente excepcional. El Senado, finalmente, pasó a la

votación del conjunto. A penas algunos artículos se encontraban ligeramente enmendados. La Cámara se apresuraba, el 19 de octubre, a aceptar esas modificaciones sin serias consecuencias. El 30, era promulgado “el nuevo estatuto de la enseñanza primaria” [1].

* * *

“En todas las escuelas públicas de todo tipo, la enseñanza se confía exclusivamente a un personal laico”. Este artículo 17 de la ley del 30 de octubre de 1886, era —tal como lo proclamaba uno de sus relatores— “el centro” del monumento, el punto “capital” esencial [2].

De todos modos, no se puede revocar de golpe a los maestros y maestras en ejercicio. Están previstas medidas transitorias. No se realizará “ningún nuevo nombramiento de religiosos” en los departamentos que se hallan dotados desde hace cuatro años de una escuela normal. Una decisión ministerial del 1º de diciembre determinará las circunscripciones concernidas globalmente por la ley: en lo referente a las maestras, cuya preparación profesional no se realiza aún a nivel de todo el territorio, la prohibición abarca cuarenta y ocho departamentos. Pero, desde 1879, las escuelas normales para los alumnos maestros se habían abierto en gran número bajo los auspicios de los Consejos Generales. Los ochenta y seis departamentos de la metrópolis ya las tienen cuando la decisión legislativa entra en vigor. Por lo cual los nombramientos de maestros religiosos no tendrán lugar sino muy excepcionalmente [3].

La ley las autoriza, de manera formal, “en el caso en el que la laicización hiciese necesaria la adquisición o la construcción de una casa para la escuela”. Hay que recordar, en efecto, que ciertas escuelas municipales pertenecían a particulares, fundadores o bienhechores, que las reivindicarán para disponer de ellas a su gusto. Veremos enseguida la forma en que se les permitirá recuperar su propiedad. Pero si logran obtener justicia, se impondrá necesariamente un traslado de las clases. Hasta el día en que los trabajos de acondicionamiento puedan llevarse a cabo, el religioso sigue siendo un personaje indispensable. No por gracia, sino por necesidad, se le concederá provisionalmente derecho de ciudadanía.

De igual modo, conviene “atenuar —como lo subrayó el senador Labiche— las dificultades de aplicación del principio general” [4] estableciendo un plazo máximo de cinco años para la completa sustitución de los religiosos por los laicos en las escuelas de niños. Las escuelas de niñas se beneficiarán de un lapso de tiempo más considerable.

1 Artículo GOBLET, firmado por Maurice PELLISSON, en el *Nouveau Dictionnaire de Pédagogie, de Ferdinand BUISSON*. — LEAUD y GLAY, *op. cit.*, II, pp. 107-108. — BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, pp. 217-219.

2 DUVERGIER, t. LXXXVI, p. 380.

3 DUVERGIER, t. LXXXVI, p. 383.

4 DUVERGIER, t. LXXXVI, p. 407.

Pero, observaba Mons. Freppel, “si la obediencia que supedita a los maestros y maestras religiosos a sus Superiores conventuales es incompatible con la sumisión que deben a sus jefes universitarios; si son poco apropiados... para formar hombres libres e incluso para hablar de patria; si son indignos e incapaces porque se someten a una ley religiosa; en una palabra, si ese personal docente es tan peligroso para el orden político y social como ustedes pretenden, no es dentro de cinco años, de dos años, hay que excluirlo inmediatamente” [1].

Paul Bert se cuidó bien de responder. El “oportunismo”, a pesar de sus declaraciones doctrinales, pretendía no privarse demasiado pronto de los servicios de las personas a las que golpeaba con una especie de condena. Ciudadanos de categoría inferior, sin duda; y no obstante funcionarios útiles. Se cuenta con su abnegación, con su docilidad, sobre su caridad cristiana, para continuar la tarea hasta la llegada, más o menos lejana, de los sucesores...

El Instituto Lasaliano y las Congregaciones similares hubiesen puesto al gobierno en un extraño conflicto si sus jefes hubiesen decidido el brusco abandono de todas las escuelas municipales dirigidas por Hermanos y Hermanas. La obligación escolar se hubiese vuelto letra muerta. Pero hubiese sido necesario tomar una actitud de desafío, lo cual ofendía a la sabiduría de la Iglesia; se corría el riesgo de perturbar el país, de agravar las divisiones y los odios. Y sobre todo, se ponía en peligro la formación moral, la instrucción, el futuro de miles de niños. Ni León XIII ni el episcopado hubiesen admitido lanzarse a semejante aventura. A un Superior como el Hermano Joseph, ni por un momento le pasó por su mente.

Los hombres en el poder podían pues legislar con tranquilidad. Privando a los religiosos del uso de los inmuebles municipales, debían garantizar a las municipalidades la conservación de ese patrimonio, aún a costa de tergiversar las voluntades de los muertos. El artículo 19 consideraba la recuperación de las herencias y donaciones atribuidas a los municipios a condición de establecer escuelas cristianas; pero limitaba muy estrechamente y muy arbitrariamente el plazo para las reclamaciones: ninguna acción ante los tribunales sería admitida, si los donantes o sus herederos no la intentaban en los dos años a partir del día en que el decreto de laicización hubiese aparecido en el *Diario oficial*.

La jurisprudencia se pronunciaría en el sentido más desfavorable para los católicos. Durante cada proceso, los magistrados, usando su poder soberano, apreciaban si “la causa determinante” de la liberalidad era realmente el deseo de confiar una escuela a maestros religiosos. Los contratos y los testamentos podían no ser explícitos; y numerosos jueces, poco imparciales, no temían interpretarlos de modo a denegar a los demandantes. Así, la fundación laicizada permanecía en el dominio público.

El mismo resultado se conseguía mediante otro procedimiento: algunos fundadores, para despejar eventualmente la responsabilidad de los beneficiarios, habían previsto el caso de fuerza mayor: la extinción de la Sociedad docente encargada de realizar el reclutamiento de los maestros de escuela. En tal caso, el municipio recuperaba la disposición de los locales. Pues bien, los tribunales estimaron que la cláusula servía cuando la enseñanza de los religiosos había sido suprimida, no por falta de sujetos,

1 DUVERGIER, t. LXXXVI, p. 383.

sino en aplicación de la ley, incluso cuando el mismo Consejo municipal había tomado la iniciativa de la supresión [1]. Lo cual era modificar singularmente el valor de los términos.

Después de haber, de tal modo, organizado, provisto, consolidado los bastiones de la escuela pública, el legislador se dignaba conceder a la enseñanza libre el derecho a subsistir. Era el objeto del título tercero del texto de 1886. La libertad suponía algunas restricciones: para abrir clases, era necesaria una declaración escrita, y el consentimiento de las autoridades competentes que podía negarlo hasta nueva orden si les parecía que los locales eran insuficientes, mal contruidos, insalubres. Al maestro “privado” se le exigían condiciones de nacionalidad, moralidad, edad y capacidad. Debía prestarse a las inspecciones oficiales, para que se verificase si no enseñaba nada contrario a la Constitución y a las leyes de la República, tampoco nada que pudiese escandalizar las conciencias, corromper las costumbres.

Se le podían aplicar personalmente sanciones. Convicto, o sencillamente sospechoso, “de falta grave en el ejercicio de sus funciones, de inmoralidad o mala conducta” era —a instancia del inspector de Academia— conducido ante el Consejo Departamental [2]. En esa asamblea, en la que dos maestros y dos maestras, elegidos por sus colegas, se sumaban a los mandatarios del Consejo General y a los funcionarios de la Universidad, bajo la presidencia del prefecto, tenía lugar la regulación de las cuestiones disciplinarias, junto con las recompensas y los empleos. El acusado, si pertenecía a una comunidad religiosa, comparecía ante un tribunal no siempre exento de prejuicios. Se arriesgaba a una censura, más o menos ligera de soportar, o bien —pena más grave, susceptible de comprometer el honor, incluso de arruinar su futuro— a una prohibición de ejercer: prohibición limitada al municipio de su residencia, o extendida a todo el territorio del departamento; algunas veces, bajo ciertas condiciones que garantizasen el derecho de apelación, prohibición generalizada, absoluta, de dedicarse a la enseñanza.

Con respecto a esos maestros, cuya colaboración el Estado rechazaba en adelante, si bien la ley establecía vigilancia y penalizaciones, en cambio no pensaba en absoluto en acudir en su ayuda. Ya lo hemos señalado, ninguna idea de justicia distributiva, de igual reparto de las cargas, en la mayoría de las mentes de aquel tiempo... Sin embargo, apareció un precursor entre los miembros del Parlamento. La discusión del proyecto tocaba a su fin, cuando Raoul Duval presentó un párrafo adicional al artículo 17. Esa enmienda estaba redactada del modo siguiente:

“No obstante, toda escuela libre que cuente con más de cincuenta niños y cinco años de existencia como mínimo, deberá participar, en iguales proporciones que las escuelas públicas, en el reparto de los céntimos municipales, sin poder verse limitada a ninguna modificación en su personal docente”.

El orador apoyó su moción con los mejores argumentos. Después de haber recordado que en París la vitalidad de la fe cristiana y los sacrificios pecuniarios de los fieles habían dado origen y mantenían doscientos cuarenta y seis centros

1 DES CILLEULS, *op. cit.*, pp. 461 a 463.

2 Artículo 41 de la ley del 30 de octubre de 1886.

escolares que acogían a cerca de setenta mil alumnos, concluía: “He aquí lo que yo solicito: cuando los padres de familia hayan persistido, durante cinco años, en la elección deliberada de una escuela y confirmado dicha elección con su generosidad en dinero, que les sea restituida una fracción de la parte deducida de sus recursos para esa enseñanza obligatoriamente laica de la que sus hijos no hacen uso” [1].

Eso hubiera sido empezar a caminar, con prudencia y sin prisa, por la senda que conducía a la perfecta justicia. Por supuesto, la mayoría no estaba de humor como para seguir a un guía que no compartía sus pasiones. Contrariamente a los ejemplos suministrados por los belgas, más tarde por los holandeses, Francia, se obstinará en su sistema de flagrante parcialidad, reservando para uno todas las ventajas, obligando a los otros a pagar dos veces la educación de sus hijos y de sus hijas.

* * *

Bajo los nombres de anticlericalismo, de laicismo, el espíritu sectario penetraba toda la legislación. Había inspirado la ley del divorcio. Se insinuaba hasta en la ley municipal del 5 de abril de 1884, en la que se había ofrecido a los municipios el medio de recuperar el uso de los inmuebles concedidos para uso religioso [2].

La ley militar de 1889, lejos estar exenta de ese virus, aparece, en una de sus cláusulas, como un corolario de los principios expuestos en materia de enseñanza.

Desde el 27 de julio de 1872, estaban formalmente dispensados del servicio del cuartel “los miembros y novicios de las asociaciones religiosas dedicadas a la enseñanza y reconocidas como instituciones de utilidad pública... con tal de que antes del sorteo hubiesen realizado, ante el rector de Academia, el compromiso de dedicarse durante diez años a la enseñanza, y si realizaban dicho compromiso en uno de los establecimientos de la institución... con una existencia superior a dos años y que tuviese, al menos, treinta alumnos” [3].

Texto votado por una Asamblea conservadora, preocupada por la equidad, decidida además a no poner obstáculos a las vocaciones de los maestros. La antigua controversia a propósito de los establecimientos públicos y de los establecimientos privados se encontraba zanjada. En los segundos al igual que en los primeros, según la estimación de los autores de la ley, los maestros realizaban una tarea de interés nacional, equivalente al servicio militar. Desde entonces, los Superiores de las Congregaciones reconocidas, podían asignar a cada uno de sus súbditos el lugar adecuado sin arriesgarse, como durante los años del Segundo Imperio, a ver llamados a servir la bandera a los profesores de las escuelas libres.

Esa amplitud de miras no cuadraba con los planes de la Tercera República. Se añadió como anexo a la gran obra del 30 de octubre de 1886 el siguiente codicilo: “Hasta que se vote una nueva ley sobre el reclutamiento militar, el compromiso de dedicarse durante diez años a la enseñanza, previsto por los artículos 79 de la ley

1 Citado por Eugène RENDU en el prefacio de su obra *Sept ans de guerre*, 1880-1886, pp. XIX y XX.

2 Art. 168; ver DES CILLEULS, *op. cit.*, pp. 457-458.

3 Art. 20 de la ley sobre el reclutamiento del ejército.

del 15 de marzo de 1850 y 20 de la ley del 27 de julio de 1872, no podrá aplicarse más que en los centros de enseñanza pública” [1].

Dado que en ese mismo momento se expulsaba de las escuelas municipales a los maestros religiosos, el resultado buscado se descubría claramente. “Ustedes nos devuelven a la ley de 1850, decía el senador de París. Es cierto que bajo el imperio de esa ley, salvo las consideraciones indicadas por las circulares ministeriales, el compromiso decenal debía realizarse en las escuelas públicas. Pero a esas escuelas tenían acceso todos los hombres de buena voluntad que trabajaban en la tarea de la enseñanza primaria. Devolvernos a la ley de 1850, en las circunstancias presentes, es una burla” [2].

Cierto que las laicizaciones debían entrar en vigor por etapas. Y, por un resto de escrúpulo, las nuevas prescripciones relativas al ejército no afectarían a “los maestros privados que hubiesen contraído el compromiso decenal antes de la promulgación” del estatuto laico [3]. Ésos, al igual que sus colegas municipales terminando sus años de servicio obligatorio, conservaban su empleo sin ser molestados. Se respetaban los derechos adquiridos; se preparaban para los religiosos días difíciles en el futuro. “En adelante, nuestros Hermanos jóvenes, en una cantidad de unos trescientos, nos abandonarán cada año para vivir en el cuartel”, escribía el Superior General del Instituto Lasaliano [4].

La ley del 16 de julio de 1889 —votada al grito de: “¡Los curas con mochila!”— confirmaba esas dolorosas previsiones. Impuso tres años de servicio militar a los maestros religiosos, mientras que garantizaba a los laicos de la enseñanza oficial el privilegio de un solo año de cuartel. El 20 de enero de 1890 “en la fiesta de san Sebastián, valiente mártir, inquebrantablemente fiel a Nuestro Señor en medio de los peligros de los campamentos” una circular del Hermano Joseph anunciaba “la intensa prueba que acababa de asaltar al Instituto”. Una forma de persecución aún inédita, puesto que, de un modo general, todos los regímenes habían dispensado a los Hermanos. Hería en el corazón al padre de familia.

Éste se dirigía con vivísima emoción a sus hijos, los futuros soldados: “El enemigo de la salvación está irritado por verles resueltos a servir a Dios fielmente y a darle gloria... Quiere que les echen en un horno ardiente... El ángel del Señor impedirá que el fuego ni siquiera roce sus almas. En medio del terrible peligro, la conservará pura, radiante de vida sobrenatural”.

Se adoptaron todas las medidas posibles para prevenir a los jóvenes religiosos: instrucciones particulares, retiros antes de la partida, correspondencia regular, acogida en las comunidades vecinas a los cuarteles. “Si se producen gastos en muebles o libros para instalar a los Hermanos soldados, avíseme” comunica el jefe

1 Art. 66.

2 DUVERGIER, *op. cit.*, p. 406.

3 Art. 66, *in fine*.

4 Carta del Hermano Joseph al R. P. Le Mée, cura de Saigón, 12 de marzo de 1886. (RIGAULT, *op. cit.*, p. 253).

de la Congregación a un director de pensionado. Añade: “La prueba del servicio militar es la más dura que hayamos tenido que soportar; matará las vocaciones... Pero, salvados de ese peligro, nuestros jóvenes serán hombres de virtud y de deber” [1].

El Hermano Joseph no esconde pues sus aprehensiones, hasta sus angustias. La ley de 1889 logró hacerle enfermar verdaderamente, hasta provocar un agotamiento nervioso que, quizás abrevió su existencia. Rememorando, en su circular del 6 de enero de 1891, “al año que acaba de finalizar” —año de las primeras llamadas a la milicia— lo llama “amargo entre todos”.

No obstante, tampoco han faltado los consuelos: las cartas de los “queridos ausentes” se los han ofrecido al Superior. “Permanecen, bajo el traje militar, siempre fervorosos discípulos del Beato de La Salle... Sufren con resignación, rezan, se conservan fieles a sus compromisos. Se muestran, sin vana ostentación pero sin debilidad, firmes en sus convicciones. Varios saben, en la medida que la prudencia se lo permite, ejercer su celo, ser en su entorno apóstoles...”

Los resultados del paso de los clérigos y religiosos por el cuartel desmintieron, en efecto, las esperanzas de la francmasonería. Algunos débiles se perdieron; el deseo de hacer el bien, la caridad hacia las almas se incrementaron en un gran número de ellos. Después de un periodo de adaptación y las lecciones de la experiencia, las generaciones nuevas temieron menos que sus predecesores las molestias del cuartel. Su virtud no será menor, ni mucho menos: pero su conducta se inspirará en una sabiduría prevenida. Después de haber realizado, en el pelotón, su parte del “servicio”, descubrirán mejor la “gloria”; serán felices de descubrir, entre las disciplinas del soldado, la obediencia, la pobreza, la abnegación de sí mismo. Luego, practicando la misericordia, compadeciéndose de las ignorancias, darán constantemente, intrépidamente, el ejemplo de la fe y de la pureza, de una fe resplandeciente, de una pureza que acaba por desconcertar a los burlones y por conmover a los escépticos. Cuando llegue la guerra, los Hermanos de las Escuelas

1 RIGAUT, G, *op. cit.*, p. 225. — En una “Carta a los Hermanos llamados a servir la bandera”, del 1º de noviembre de 1890, el Superior General presenta el código de los deberes del religioso soldado: relaciones con los jefes militares, con los compañeros, con los cohermanos, con los capellanes y los curas párrocos, con los superiores y las comunidades del Instituto. “Con gusto les diremos, a ustedes, hijos del Beato de La Salle, que acompañen su sumisión [a sus oficiales] con las actitudes en las que se ejercitaron en tomar, desde su noviciado, con respecto a vuestros jefes religiosos”; su obediencia será “cristiana, universal, exacta, entera, respetuosa, cordial y [en cierto modo], ciega”.

Con respecto a los camaradas, el Hermano Joseph aconseja, para los inicios, prudencia y reserva. “Eviten exponer enseguida su fe y sus prácticas... No se apresuren en publicar lo que son... Una silenciosa espera, una sabia circunspección pueden aliarse muy bien con una perfecta lealtad y el valor de sus convicciones”. En primer lugar hay que dar prueba de las virtudes humanas; honradez, bondad, alegría, paciencia; y hay que dar buen ejemplo en el servicio: “Aplíquense en todo a ser soldados modelo”.

Buenos militares, los jóvenes Lasalianos seguirán siendo buenos religiosos observando la pobreza, conservándose puros, mostrándose discreta y oportunamente, apóstoles y no descuidando nunca la correspondencia regular con sus Superiores en la Congregación. La oración, los sacramentos, el juicioso empleo del tiempo, la vigilancia y el espíritu de fe serán sus medios de perseverancia.

Cristianas darán pruebas de que su patriotismo —tan sorprendente ya en 1870— sabe llegar hasta la más generosa efusión de la sangre [1].

* * *

Una última tristeza acechaba el alma del Hermano Joseph. La ocasión —pero no la principal causa— fue una medida de tipo fiscal. En 1880, por iniciativa de Henri Brisson, las sociedades religiosas fueron sometidas al impuesto llamado “de incremento”. Se consideraba que una colectividad aumentaba su patrimonio cada vez que moría o se retiraba uno de sus miembros en situación de “indivisión con sus coasociados” [2]. En consecuencia, debía pagar un derecho de mutación.

El artículo 9 de la ley del 29 de diciembre de 1884 sometió a ese impuesto especial a todo tipo de congregación, autorizada o existente de hecho sobre el territorio de la República. El fisco pretendió agravar la exigencia del legislador reclamando, en cada fallecimiento, tantas declaraciones como oficinas del registro existían en las diversas regiones donde los bienes inmuebles se encontraban situados. De esa forma, en una Congregación importante, la muerte de uno solo de sus miembros podía acarrear el pago de derechos múltiples. Los interesados opusieron generalmente su rechazo a las intimaciones de los agentes de finanzas y recurrieron a los tribunales de litigio. Salieron vencedores de la causa, en algunas partes; pero la administración mantenía su punto de vista; los impuestos atrasados se acumulaban; la posición de los recalcitrantes se volvía muy delicada frente a un gobierno que usaría quizás su resistencia como motivo para llegar a actos de persecución [3].

Algunos jurisconsultos, algunos hombres políticos, animados de intenciones conciliadoras, sugirieron la sustitución del derecho de incremento por un derecho de “suscripción”. Las congregaciones pagarían cada año un porcentaje fijo sobre sus capitales, fuese cual fuese el número de los difuntos. A un sistema vejatorio le sucedería un procedimiento cómodo. El inconveniente sería el regularizar y perpetuar la injusticia flagrante que se deriva de un impuesto excepcional. Las grandes congregaciones, particularmente implicadas, intentaron poner en marcha una campaña de prensa. El Hermano Secretario General Justinus se dedicó diligentemente a convencer a diputados y senadores. De acuerdo con él, algunos parlamentarios que desaprobaban o que habían renunciado al anticlericalismo, prepararon enmiendas susceptibles de volver la ley bastante anodina. Pero el presidente del Consejo, Alexandre Ribot, no los siguió por esa senda. Y la mayoría de las dos Cámaras votó un texto más bien severo.

De todos modos, había que reconocer que la ley del 16 de abril de 1895 significaba un progreso. Las declaraciones múltiples se volvían inútiles; las investigaciones inquisitoriales a las cuales se entregaban los controladores perdían toda razón de ser; los bienes raíces destinados a las misiones y a las obras de caridad quedaban

1 Desde 1914 a 1918, oficiales o soldados, enfermeros o combatientes, 1.900 Hermanos franceses serán movilizados; 280 de ellos caerán en el campo de honor.

2 Ley del 28 de diciembre de 1880.

3 *Mémoires* del cardenal Dominique FERRATA, edición francesa de 1922, *Ma nonciature en France*, pp. 486 y ss. y 530 a 563.

exonerados. Finalmente, las Congregaciones no reconocidas, conservaban la esperanza de pasar entre las mallas de la red, porque, jurídicamente, no podían declararse propietarias.

Se percibían los síntomas, aún discretos, de un “espíritu nuevo” que, para la paz de la Iglesia y de Francia, León XIII pretendía favorecer. Sometiéndose a la ley, se respondía a los deseos del Papa. Ni la disciplina ni la fe estaban en juego. Y adoptar actitudes de mártir a propósito de una cuestión de dinero, no parecía ni hábil ni incluso conveniente.

Las cinco congregaciones de hombres autorizadas en Francia —Lazaristas, Sulpicianos, Sacerdotes de las Misiones Extranjeras, Padres del Espíritu Santo, Hermanos de las Escuelas Cristianas— tomaron pues la resolución de pagar el impuesto. Hicieron pública su determinación mediante un “Informe para ser consultado”. Los Hermanos obtuvieron una desgravación parcial, en consideración a sus escuelas de Oriente.

A partir de ese día, se elevaron entre los católicos violentas controversias. Se sospechó, se insultó, se injurió a los Superiores de las cinco familias religiosas convertidas, para algunos partidarios de la resistencia, en ¡“las cinco plagas de la Iglesia”! El Hermano Joseph tuvo su parte en tales ataques; su naturaleza sensible lo sufrió. Mons. Ferrata, que representaba entonces a la Santa Sede en París, anota en sus recuerdos cuánto le impresionó la emoción del anciano.

Mediante una carta dirigida al Soberano Pontífice el 6 de octubre, el P. Fiat, que dirigía a la vez a los Lazaristas y a las Hijas de la Caridad, el P. Captier, Superior General de Saint-Sulpice, el P. Ambruster, Superior de las Misiones Extranjeras, el P. Grisard, Asistente General de los Padres del Espíritu Santo, y el Reverendísimo Hermano Joseph justificaban ampliamente su conducta.

Declaraban que “habían buscado y encontrado en las directivas de Roma las luces y la fuerza que necesitaban”. Esos pareceres (transmitidos por el nuncio) “establecían claramente” que, en esa cuestión, no se trataba de “una cuestión de justicia y de conciencia, sino de prudencia”. Pues, resistir a la ley hubiese expuesto a las Congregaciones “a peligros cuya realidad y gravedad eran demasiado evidentes”. No solamente multas enormes caerían sobre los infractores; sino que una medida legislativa podía retirar a sus Sociedades la autorización que les confería la personalidad civil; no quedaría otra opción sino esperar la hora de las expropiaciones y las dispersiones.

¿Se podían comprometer, en una “aventura sin salida” las obras seculares, los intereses espirituales de inmensa importancia, que Su Santidad recomendaba salvaguardar ante todo: educación del clero, propagación de la fe, instrucción de la infancia, ministerio de la caridad cristiana para con los enfermos, pobres y huérfanos?

“Sometiéndose ante una necesidad ineluctable”, los Superiores querían expresar que “aunque las Congregaciones soportasen el impuesto de suscripción, no aceptaban como definitiva la legislación fiscal” de la que eran víctimas. “De acuerdo con todo el episcopado, protestaban contra el régimen de excepción creado por las leyes de 1884 y de 1895”. No obstante, esta última, a pesar de sus rigores,

“constituía, gracias a algunas de sus disposiciones, una moderación” en la que se podía percibir “la garantía de una reforma”, de un retorno a la equidad.

Los Lasalianos leyeron, en la circular del 24 de octubre, el texto y el comentario de la carta colectiva. El Hermano Joseph les recordaba que, dos meses antes, pedía sus oraciones para obtener, en esas circunstancias, las ayudas del cielo. El Consejo de los Asistentes se había reunido; el Superior había puesto ante los ojos de sus sabios auxiliares, las instrucciones de la Santa Sede y sesenta cartas provenientes de los miembros del último Capítulo General. Casi por unanimidad, los antiguos Capitulares de 1894, habían expresado esta opinión: que, poniendo a salvo los principios, se sometiesen a las leyes, con el fin de evitar ruinas irreparables”.

“Seguramente, escribía el Jefe ayer calumniado, no somos ajenos a las falsas interpretaciones, a las acusaciones de todo tipo de que seremos objeto...” Él iba más allá. Sus adversarios simplificaban y desnaturalizaban el problema. “Varios parecían ignorar que los únicos bienes sometidos al impuesto eran los del patrimonio legal del Instituto”, los títulos y los inmuebles sobre los cuales se había pronunciado un decreto del gobierno. La ley no incluía pues “ninguna de las escuelas y de las obras creadas y mantenidas mediante las subvenciones de los comités escolares”.

Mejor informados, algunos amigos, que antaño se mostraban sorprendidos e inquietos, reconocían su error, no escatimaban ya su aprobación, se alzaban contra los “ataques apasionados” y las “insinuaciones poco favorables” [1].

Con respecto a sus detractores, se imponían “la paciencia y el silencio”, recomendadas, además por la tradición lasaliana. No respondiendo se lograría la calma. De hecho, todo ese alboroto a propósito de un impuesto, se calmó en los meses que siguieron. El Hermano Joseph, en camino hacia su tumba, conoció una cierta tranquilidad. El mismo ambiente político era menos turbulento. La Congregación recuperaba sus oportunidades de no perder su Casa Madre de la calle Oudinot. En el proceso abierto en 1879 y cuyas primeras fases fueron seguidas, después del generalato del Hermano Irlide, por nuevos procedimientos ante diversas jurisdicciones —tribunal civil de la Seine, Consejo de Estado, tribunal de conflictos— un juicio del 2 de enero de 1896 señalaba, no la conclusión definitiva, pero al menos un giro favorable: la Ciudad de París que, por intermedio de sus órganos sectarios, se obstinaba en sus reivindicaciones, se veía denegado en primera instancia.

1 Las congregaciones no reconocidas, de donde provenían la mayor parte de los “resistentes”, no corrían grandes riesgos, puesto que, prácticamente, sus bienes —por otra parte relativamente poco numerosos— escaparían, llegado el momento, a la influencia del fisco.

CAPÍTULO III

EL TERRENO PERDIDO

Las hostilidades contra los religiosos educadores. “El asunto Albert Frey” en Thonon, en 1881. — Actitud del Hermano Irlide en presencia del anticlericalismo, circulares del 6 de enero de 1881 y del 3 de enero de 1882. Los católicos y la ley sobre la enseñanza “neutra”; las órdenes del Superior General, con fecha del 7 de abril de 1882: los Hermanos de las escuelas municipales no renuncian a impartir una enseñanza religiosa; pero no deben tomar partido contra la ley. — Carta del cardenal Guibert, arzobispo de París, al Hermano Irlide; resoluciones del Capítulo General en octubre de 1882. “El crucifijo de los votos”. Conflictos administrativos a propósito del catecismo, de los libros y de los emblemas religiosos. Lenguaje brutal de ciertos inspectores primarios; manuales escolares condenados por el Índice. Situación difícil de los religiosos en la enseñanza pública. — Las laicizaciones, desde 1881 a 1886, de 1886 a 1891. Un vistazo general: los distritos lasalianos de Cambrai-Lille y de Saint-Omer. — Normandía; Bretaña. — El distrito de Burdeos; el distrito de Toulouse. — Detalles sobre la situación en el distrito de Rodez. — Visión de conjunto. Algunas cifras y algunos hechos en el Macizo Central: distritos de Clermont-Ferrand y del Puy. Diversas actitudes de las municipalidades en el Franco Condado. Conclusiones.

Ostracismo... El espíritu y el gesto de los atenienses al desterrar a Arístides el Justo, ¿no se repiten, en cierto modo, en la perseverante hostilidad que las generaciones republicanas manifiestan hacia los maestros de la enseñanza cristiana? Los servicios prestados desde hace tantos años, la contribución tan amplia aportada al progreso moral y social de las clases populares, los éxitos obtenidos por una pedagogía dueña de buenos métodos, todo queda voluntariamente olvidado. No se escuchan más que los prejuicios; el hábito religioso irrita: se muestran impacientes por verlo desaparecer de la escuela, esperando el momento de excluirlo de la ciudad.

Mientras el Parlamento elabora las leyes de excepción, funcionarios, periodistas, municipalidades llevan a cabo campañas contra los Hermanos y las Hermanas; las calumnias se extienden; las afrentas se multiplican. La mentira es una flecha cuyo veneno actúa con seguridad: ¡cuántos militantes del anticlericalismo no dudan en emplearlo! Cualquier procedimiento parece bueno para debilitar al adversario, para desconcertar y desanimar a sus fieles. Si no se logra sembrar el pánico, al menos se conseguirá echar abajo alguna cabeza, morder un pedazo del terreno codiciado. Confirmemos con un ejemplo, particularmente significativo, esta constatación general. Vamos a presenciar en acción contra un Hermano de las Escuelas Cristianas la magistratura, la administración, la Universidad.

La acción tiene lugar en Saboya; el Lasaliano en cuestión es el Hermano Vigbert-Louis, profesor en el pensionado de Thonon; y estamos en el año 1881.

El centro educativo había contado entre sus alumnos con el hijo de un ciudadano suizo, sastre afincado desde hacía tiempo sobre la orilla sur del lago Léman. Este Sr. Théophile Frey, calvinista, se había casado con una católica; aceptó confiar a los Hermanos sus dos hijos. El mayor partió pronto hacia Lausanne; pero Albert, el menor, continuó sus estudios en la casa fundada por el Hermano Alman. En 1877, hizo su primera comunión, a sabiendas y con el consentimiento de su padre. La madre asistió piadosamente a la ceremonia. Albert no abandonó sus prácticas religiosas; acudía, libre y ostensiblemente, desde el hogar familiar a la iglesia.

Al conquistar en 1880, su diploma de fin de estudios, se produjo un cambio en su existencia, pero no en su conducta. El Sr. Frey, deseoso de que Albert se perfeccionase en la lengua alemana, lo envió a casa de una pariente, en Zurich. El medio era protestante. De todos modos, el joven podía ir a misa y observar la abstinencia del viernes. Informaba de ello al Hermano Louis.

Éste, en su respuesta del 2 de abril de 1881, le hablaba a su discípulo de la Congregación de la Santísima Virgen, recientemente creada en el pensionado; después de haber ensalzado “las alegrías y los éxitos” debidos a “esa buena Madre y a San José”, relataba la muerte “santa, plenamente serena” de un miembro de la nueva asociación. “El buen Dios lo quería en el cielo”. “Este elegido, añadía el narrador, posee para toda la eternidad lo que nosotros esperamos, lo que podemos perder. Vivamos de modo tal, mi querido Alberto, que merezcamos morir como él”.

Pues bien, menos de tres semanas más tarde, llegaba al maestro de Thonon una conmovedora llamada. Albert expresaba el cambio que se había operado en su padre. Éste había comunicado a Zurich: “Es conveniente que olvides las *tonterías* que los Hermanos te han enseñado”. Y ante la contestación del hijo: “Pretendo conservar los buenos principios implantados en mi corazón”, el Sr. Frey replicaba: “Esos principios no son los míos; quiero que participes en la “cena” [1]. Si fuese necesario, sabré obligarte”.

El 21 de abril, a vuelta de correo, se expedía la carta siguiente: “No debe dejarse influenciar... Su padre ignora evidentemente lo que es el catolicismo... Escríblele lo siguiente: si la religión católica produjese malos hijos y malas personas, yo no la habría abrazado... Pero como, por el contrario, la misma me ha inspirado un mayor amor hacia mis padres y que me aconseja la fidelidad a mi deber, la huida del mal, hay razones para creer que principios que producen semejantes buenos efectos no pueden ser malos, y siento, además, demasiado bien que el día en que abandonase esa religión, no sería más que un vil libertino... Como usted no puede sino salir ganando en verme con tales condiciones y disposiciones, espero que evite lo que no puede ser más que un germen de discordia...”

Estas líneas, apresuradamente escritas, no daban, sin duda más que el esquema de una carta filial. Su forma era un tanto seca. Pero el fondo, ¿no era irreprochable? En ella se encontraba la afirmación de la libertad de conciencia. Albert, con quince años de edad, era capaz de optar. En su plena y legítima independencia, renovaba el proceso realizado en el momento de su primera comunión. Si, en 1877, hubieran faltado, el consentimiento de la madre, el asentimiento —al menos tácito— del padre, se hubiera podido cuestionar la decisión del niño, la actitud de los educadores religiosos. Realmente, en la fecha actual, no había ni abuso de confianza, por una parte, ni insubordinación, por la otra. Y, en 1881, el Hermano Louis, a quien se había pedido un consejo, había desempeñado su misión con toda lealtad.

Con la torpeza de la adolescencia, Albert Frey se contentó con transcribir la argumentación sin matizarla con palabras tiernas. El resultado fue desastroso: el viejo odio contra Roma retumbó en el alma paterna. Al mismo tiempo, la prima de Zurich descubría en el pupitre de su pensionista, además de los consejos y

1 La comunión protestante.

exhortaciones del Hermano, un misal que contenía estas líneas de recuerdo: “10 de junio de 1877, bautismo; 21 de junio, primera comunión”.

Efectivamente, el P. Joseph director del orfanato de Douvaine, por invitación del Hermano Alman, había administrado “sub conditione” el sacramento del bautismo al futuro comulgante, porque existía una duda sobre la validez de la ceremonia protestante. El Sr. Frey, informado por su correligionaria, puso el grito en el cielo. Amotinó a los radicales de Thonon. “¡Nuevo asunto Mortara!” imprimieron las publicaciones locales; del mismo modo que Pío IX, al garantizar la educación cristiana a un niño judío bautizado, ¡los Hermanos del pensionado San José habían “arrancado” un hijo a su padre, pisoteado los derechos de la familia, secuestrado una conciencia! El sastre suizo presentó una querella ante el procurador de la República. Y, el 19 de septiembre de 1881, el Hermano Louis y el P. Joseph comparecieron ante el Consejo departamental de la Instrucción Pública, en Annecy.

El procurador intentó, primeramente, cargar las culpas sobre la memoria del muy venerado difunto el Hermano Alman. Éste, dijo, ha “traicionado” la confianza del Sr. Frey. Pero, añadía el magistrado no sin énfasis, la falta cometida “ya no dependía de la justicia humana”. El culpable habrá debido “rendir, *ante otra justicia*, la cuenta que ya no se le puede imputar aquí abajo”. Así se invitaba al mismo Dios a pronunciar contra su servidor una sentencia inexorable...

Se pasaba rápidamente sobre las “responsabilidades” del P. Joseph, para concentrar sobre el Hermano Louis la atención y los rigores del tribunal. La acusación analizaba, con una prevención y una mala fe impresionantes, las dos cartas del mes de abril: la primera se caracterizaba por “una exaltación mística”. La segunda constituía, según el parecer del procurador, la más flagrante insinuación a la insubordinación, el más formal insulto a la religión de un jefe de familia, y a ese mismo padre, implícitamente tratado de ¡“vil libertino”! Se encontraban pues reunidos todos los elementos de “una de las faltas más graves que un maestro pueda cometer”.

El Consejo dejó al P. Joseph fuera de sospecha. Con el Hermano Louis se mostró implacable. El procurador de la República había sencillamente solicitado una suspensión de funciones por seis meses. Los jueces, entre los cuales se encontraban el prefecto de Haute-Savoie, el inspector de Academia, un consejero general, un miembro del tribunal civil, un pastor protestante, estimaron que había que “dar un ejemplo”: sentenciaron la prohibición de enseñar en el territorio de Thonon.

Dura sentencia, puesto que prácticamente equivalía al exilio fuera del país natal para un hombre cuya vida pertenecía por entero a los alumnos; sentencia injusta, puesto que castigaba a un ciudadano defensor de la libertad de conciencia; sentencia ilegal, puesto que en este caso la ley del 15 de marzo de 1850, citada por el Consejo no se aplicaba en absoluto, por cuanto la correspondencia presentada se dirigía no a un alumno del pensionado, sino a un joven que había acabado sus estudios y al cual le complacía recibir el consejo de un antiguo maestro.

El Hermano Louis interpuso, el 4 de octubre, una apelación ante el Consejo Superior de la Instrucción Pública. No obstante, el objetivo inmediato de los sectarios estaba conseguido: al comenzar el año escolar, el condenado no pudo conservar su puesto

en Saboya; por orden de sus Superiores, se trasladó a Saint-Étienne, donde se convirtió en profesor de francés en el pensionado de San Luis. El 16 de octubre, el Consejo Municipal de Thonon votaba la laicización de la escuela primaria, con el siguiente considerando: “Es urgente sustraer a la juventud de esta ciudad a la enseñanza de los Hermanos; el escándalo que se ha producido recientemente nos impone el deber”.

A través de diversas vicisitudes, el proceso en revisión seguía su curso. El Consejo Superior declaró la apelación no admisible, porque únicamente los juicios que supusiesen “prohibición absoluta” eran susceptibles de reforma: ahora bien “el señor Fillion” tenía el derecho de enseñar en cualquier otra parte, fuera de Thonon. Siguiendo el parecer del mejor abogado de Saint-Étienne, y con la autorización del Hermano Irlide, que pretendía llevar el asunto hasta el final, el Hermano Louis apeló en casación al Consejo de Estado. Fue defendido por el Sr. Sabatier, sin honorarios: “Cuando se trata de una causa semejante, escribió el insigne jurista, no se la toma por la ganancia, ni siquiera por el honor, sino por la tranquilidad y la justificación de la propia conciencia”.

El ministro de la Instrucción Pública —era Jules Ferry— al cual se comunicó el dossier del recurso, sostuvo, en una larga nota dirigida al presidente del alto tribunal administrativo, la legitimidad de la condena. Según él, “los hechos reprochados al maestro libre, tenían que ver con el ejercicio de sus funciones, puesto que había aprovechado sus relaciones cotidianas con el joven Frey para hacer nacer primeramente y luego para seguir manteniendo la resistencia de ese niño a la autoridad paterna”.

La libertad de conciencia, se preguntaba el autor de la nota, ¿es un derecho “de la primera edad”? En forma de interrogación, concluía negativamente: “¿Qué puede ser esa libertad en un ser que no posee aún más que un confusa noción del bien y del mal y cuya débil inteligencia está sujeta a mil errores?”

Luego llegaba la proclamación, no menos explícita, de los derechos del padre sobre la educación de sus hijos. “Contestar esta verdad elemental, sería desarmar la autoridad de los guías naturales en provecho de ingerencias contradictorias y de solicitudes peligrosas; sería atentar contra una de las bases de nuestro estado social: la familia”.

Así, cosa extraña y punzante, se podían leer, bajo la firma del hombre de Estado francmasón, las tesis más católicas. Una tan perfecta ortodoxia tendía a arruinar “la argumentación del señor Fillion” la cual exponía “al niño, separado de los suyos”, a las influencias de los fanáticos o de los astutos.

La prensa de París se hacía eco del asunto. *Le Temps* hablaba de un “rapto de conciencia bastante curioso”. *Le XIX^e siècle*, *La République Française* lanzaba fuego y llamas contra los Hermanos. En cambio, *L’Univers* declaraba que un joven instruido y bien dotado puede afirmar la libertad de su conciencia en contra de la arbitraria imposición de sus padres. Y, al igual que otras dos publicaciones, *Le monde* y *Le Français*, no menos fieles a la Iglesia, el antiguo diario de Louis Veuillot insertaba en sus columnas una “carta abierta” del Hermano Louis explicando las razones de su recurso.

La batalla finalizó, el 28 de julio de 1882, con un éxito moral. Se reconoció que el maestro acusado había podido escribir con total libertad sus cartas a Albert Frey, puesto que actuaba entonces al margen del ejercicio de sus funciones. En consecuencia, el comisario del gobierno tuvo que concluir con la anulación de la sentencia de Annecy [1].

Todavía se podía encontrar esa imparcialidad en las esferas al abrigo de las ordinarias fluctuaciones de la política. Pero por debajo de las cimas de claridad serena, vientos y tempestades asaltaban a los hombres en su caminar.

* * *

Al principio, las laicizaciones habían parecido el hecho de pasiones locales, de caprichos de mayorías sectarias que se complacían en subrayar de esa forma su victoria. Algunos, entre los católicos, esperaban días de revancha. Los Hermanos, en las épocas precedentes, habían conocido estos cambios de fortuna. Algunas municipalidades arrepentidas les habían devuelto la calidad de maestros municipales; o bien el poder central había intervenido, ya fuese restableciendo en el anterior estado de cosas, o bien negándose a tener en cuenta las deliberaciones susceptibles de perturbar la paz cívica. Entre 1872 y 1878, varios prefectos —tal como había sucedido en el departamento de la Haute-Marne— habían manifestado buenas disposiciones a los Lasalianos, sin temor de oponerse a la malquerencia de algunos alcaldes [2].

En otros lugares, el número insuficiente de maestros laicos obligaba a los adversarios de la escuela cristiana a diferir sus proyectos. Se estaba organizando la propaganda para orientar a los jóvenes hacia las escuelas normales. Antes de que obtuviese resultado, la situación parecía sin peligro para los religiosos trabajando para el Estado. Podía suceder que se adormeciesen “en una falsa seguridad” [3].

El Hermano Irlide no estaba nada dispuesto a compartir esas ilusiones. Pero mientras se vivió bajo la garantía de la ley de 1850, no quiso ceder más que con conocimiento de causa. Inició el combate sobre todas las posiciones defendibles; incluso después de la circular de Bardoux, perseveró en esa actitud valiente, quizás sin mucha esperanza, pero con la idea de salvaguardar la cohesión de sus tropas. “Con el fin de reducir a sus justas proporciones las medidas tomadas contra nuestras escuelas —escribía en su circular del 10 de enero de 1879— debemos, carísimos Hermanos, hacerles saber que, casi todas las supresiones realizadas por las municipalidades por parecernos ilegales, hemos autorizado a los titulares de dichos establecimientos a apelar ante el Consejo de Estado... A nuestro parecer, esos maestros no podrían ser legalmente remplazados en sus funciones si no dan lugar a proceder a ello por vía disciplinaria, es decir como castigo de faltas suficientemente graves”.

1 Albert Frey siguió fiel en su fe católica. Después de haber pertenecido a la enseñanza pública, fue empleado de los colegios libres como profesor y examinador de lengua alemana.

2 Archivos del distrito de Besaçon, *Histórico de las escuelas de Cahumont*.

3 Archivos del distrito de Besaçon, *Histórico de las escuelas de Dole*.

Las leyes en proceso, las manifestaciones y las votaciones parlamentarias, las actuaciones gubernamentales hacían perder los últimos restos de optimismo. Era conveniente al menos que nadie pudiese acusar al Instituto de maniobras ofensivas. Naturalmente, la República anticlerical no podía contar con entusiastas partidarios en las casas lasalianas; en 1880, los Hermanos no se diferenciaban del conjunto de los católicos en sus desconfianzas y en sus lamentos. Pero eso era un motivo para exhortarlos a la mayor circunspección. Sus lecciones de historia, en particular, corrían el riesgo de acarrear diferencias de lenguaje.

El 6 de enero de 1881, el Superior General se expresó en estos términos: “Al explicar la forma de las instituciones políticas, tengan cuidado para que nunca se pueda dar a sus palabras un sentido problemático... Todas las formas de gobierno son, en principio legítimas y buenas; no necesitan, para contribuir a la prosperidad de las naciones, a la paz interior, como a las satisfactorias relaciones exteriores, sino hombres capaces, íntegros y virtuosos”.

Por supuesto, el Hermano Irlide no añadía que el personal en el poder respondiese exactamente a su ideal. La realidad ofrecía demasiadas decepciones. Sobre el hecho de que en muchas mentes subsistiese una duda sobre el futuro de la República, el anciano tomaba tranquilamente su partido; a su edad, y en las circunstancias en que se encontraba, el pasado adquiría la figura del tiempo feliz. Probablemente, en lo profundo de su corazón, se formulaban algunos deseos de restauración monárquica; parecían deslizarse en esta frase: “Un régimen político que no responde al talante de una nación no puede durar mucho tiempo”. Pero enseguida volvía a la máxima de los teólogos y de los sabios: “Mientras este régimen exista, es deber de todos los buenos ciudadanos respetarlo”.

El jefe de la Congregación lasaliana no hablará pues nunca de forma diferente que el Papa. Tratará de acomodarse a los acontecimientos y a los hombres, de sacar el mejor partido de las situaciones. Comentaré las leyes con clarividencia pero sin acrimonia. A propósito de los títulos de capacidad exigidos a partir de junio de 1881, observa, en su circular del año nuevo de 1882, que, aunque ciertos efectos retroactivos contravienen un principio de derecho público, al menos algunas enmiendas beneficiosas han reducido la parte de injusticia. Y anuncia con gozo los mil cien certificados obtenidos por los Hermanos en las tres sesiones de examen del semestre precedente.

Los educadores se elevarán al nivel de sus obligaciones. No obstante, para procurar el bien de las almas, ¡cuántos obstáculos, tendrán que vencer en adelante! “Nunca fue cosa fácil combatir en el niño todas las inclinaciones perversas, restos imborrables del pecado original; ni promover los esfuerzos, la vigilancia, la constancia necesarias para dominar las pasiones nacientes”. El mejor de los gobiernos, la mejor familia, la mejor escuela tienen que tener en cuenta la malicia humana y los gérmenes de degeneración que en ella se encierran. ¿Qué será pues de un mundo que ignora la Revelación divina y se niega a dominar la naturaleza? Los caminos por los que transita Francia pueden llegar a causar espanto. Introducir en ellos el cristianismo exigirá un trabajo infinito; ¡que los Hermanos estén persuadidos de ello! “En el medio en el que vivirán sus pobres alumnos, les dice el Superior, en la sociedad racionalista, sensual y atea que se prepara”, se plantearán problemas nuevos, que deberán ser resueltos con métodos inéditos.

Y entonces es cuando la ley del 28 de marzo de 1882 ocasiona la más dolorosa emoción entre los creyentes, coloca a todos los maestros ante un caso de conciencia. Si la enseñanza oficial es “neutra”, si en clase hay que callarse sobre el dogma y sobre las verdaderas bases de la moral, los Hermanos, esos apóstoles del catecismo, ¿seguirán siendo directores y profesores en los centros escolares municipales?

El gesto más simple consistiría en un retiro inmediato. Es a lo que gustosamente se decidirían los más escrupulosos y los más impetuosos. De ese modo no se producirían inquietudes que pueden llegar hasta la angustia; nada de tanteos ni de compromisos.

En ese sentido, de diversas partes, llegan exhortaciones a los maestros y maestras religiosos. Los católicos del Norte esbozan una resistencia colectiva a la “ley impía”. Los campesinos bretones se niegan a enviar a sus hijos a la escuela “sin Dios”. Algunos obispos —Mons. Dreux-Brézé, en Moulins, Mons. Cotton, en Valence— predicán una cruzada. Mons. Duquesnay, arzobispo de Cambrai, denuncia la legislación de 1882 como más funesta para el país que la guerra de 1870: “Ella lo pudrirá hasta los tuétanos”; el prelado no duda en emplear tales expresiones [1].

Por ese mismo tiempo, Bélgica ofrecía el ejemplo de luchas sin piedad. La Iglesia, atacada por la Francmasonería, usaba sus armas espirituales: prohibición para los creyentes de someterse a la “ley de la desgracia”, utilizando las escuelas públicas. Y los creyentes obedecían a las órdenes del episcopado; los mismos maestros presentaban su dimisión en gran número, antes que practicar la enseñanza neutra.

Pero, del otro lado de la frontera, la Constitución política seguía fuera de toda sospecha. En Francia, la protesta contra la ley, nunca se disoció de una belicosa campaña contra el régimen. El pueblo belga se mostraba, en su conjunto, vigorosamente apegado a su fe, mientras que la indiferencia religiosa había conquistado muchas de las regiones francesas durante el siglo XIX. La intransigencia tenía poca esperanza de éxito. Incomprendida, mal interpretada, mal apoyada, se exponía a agravar la derrota, a suscitar una persecución. El gobierno, declarando la República en peligro, habría congregado a la mayoría del cuerpo electoral.

Por lo demás, los partidarios de la no-resistencia consideraban aceptable un *modus vivendi*. En 1882, el clero era admitido en las “Comisiones escolares” que asumían la tarea de promover la enseñanza. Bastante numerosos fueron los sacerdotes elegidos por las Consejos Municipales para colaborar en esa obra. Ciento setenta y cinco en Ille-et-Vilaine, ciento siete en el Doubs, ciento cuatro en el Pas-de-Calais, ochenta en Gironde, cincuenta y cuatro en el Puy-de-Dôme, cincuenta en Nièvre... Se estimaba que el sesenta y cinco por ciento de las Comisiones estaban animadas por un excelente espíritu [2].

Luego, el Consejo Superior de la Instrucción Pública trazaba las reglas de una neutralidad respetuosa de las convicciones espiritualistas. El nombre de Dios,

1 BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, pp. 220 a 222.

2 Cifras ofrecidas por BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 225.

borrado de la ley, reaparece en las directivas: el maestro advertirá a sus alumnos de no pronunciar tal nombre a la ligera; debería habitar se mente a asociar “un sentimiento de veneración a la idea de Causa Primera y de Ser Perfecto” [1].

Los obispos aborrecen pues las palabras violentas. Las instrucciones que recibe de Roma el nuncio, Mons. Czacki, mantienen esa línea de conducta. La tradición “concordataria” la refuerza: desde 1801, la unidad de acción ha parecido casi imposible para la Iglesia de Francia. Cada diócesis es un territorio soberano, circundado —por voluntad del Estado, por el individualismo de la raza— por un cerco de fosos y de murallas. Si se llega a establecer una cierta conformidad, es más fácilmente en el silencio que en las proclamas.

Los superiores de las Congregaciones se han dirigido a la jerarquía eclesiástica para poner fin a las vacilaciones y a las controversias. Su opinión personal se ha expresado claramente: no se pueden lanzar hacia lo desconocido y echar a la calle a cuarenta mil maestros y maestras de escuela [2].

Tal es, sin duda alguna, el parecer del Hermano Irlide. Su circular del 7 de abril de 1882 nos aportará plena luz sobre el tema:

“Las apreciaciones, dice el eminente religioso, que dieron lugar a la ley sobre la enseñanza primaria durante su discusión en las dos Cámaras, han tomado un carácter más agresivo aún después de su promulgación, puesto que se proponen organizar asociaciones o comités de resistencia... Queremos invitarles, carísimos Hermanos, a permanecer completamente fuera de cualquier medida, petición, protesta verbal o escrita... Podrían comprometer, en lugar de favorecer, los sagrados intereses de la religión, que están más fuertemente comprometidos en esa polémica de lo que quizás ustedes suponen”.

Una vez expresada esta prohibición, el Superior General se explica sobre su actitud con respecto al sistema de neutralidad. Condena fuertemente el principio; reconoce atenuantes, incluso derogaciones, en la práctica:

“Dios nos guarde de decirles: permanezcan indiferentes a las consecuencias deplorables que podría tener, para la religión y la patria, una ley que separa la educación cristiana de la enseñanza primaria”. Antes bien conviene “suplir en todo la ausencia de instrucción religiosa durante las horas de escuela”.

¿Qué truco emplear? “Las autoridades escolares, albergamos la esperanza, comprenderán que la idea de prohibir a aquellos de ustedes que dirigen escuelas municipales la enseñanza del catecismo no ha podido entrar en la mente del legislador... Sería ir directamente contra el deseo de las familias que eligen sus escuelas”. Evidentemente, la omisión de la instrucción religiosa en los programas es una laguna que deberá generalizarse: ¿como incumbiría a unos maestros que “se han consagrado a la carrera de la enseñanza” por vocación piadosa?

1 BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 225.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. II, p. 149.

La forma de actuar exigirá cierto tacto. Como maestro público, el Hermano enseñará, en la clase, conforme a la ley y a las circulares ministeriales. Como religioso, será libre, en cualquier otro momento y en todo lugar, para catequizar a sus alumnos. Es lo que resulta de las líneas siguientes en las que el Hermano Irlide se esfuerza por despejar la dificultad:

“Tienen ustedes toda la libertad para exponernos sus escrúpulos, sus contrariedades en seguir encargados de la dirección de escuelas en las que no podrán ya dar las clases de catecismo ni presidir el recitado de las oraciones habituales. No queremos y no debemos someter sus conciencias a una especie de tortura, aunque nos dispongamos a demostrarles que no tienen que temer, al menos por el momento, en incurrir en alguna censura o cometer un pecado si se ven obligados a renunciar a las oraciones y al catecismo mientras sus alumnos estén *en los locales escolares*”.

En otra página, en efecto, se formula la regla tranquilizadora: “Se puede obedecer *sin pecado* una ley civil que prohíbe tal lugar o tal tiempo determinados para hacer una obra profesional de piedad, de caridad o de celo, sobre todo si, conformándose a la ley, se salvaguarda un bien mayor, intereses religiosos superiores”.

El Consejo Supremo del Instituto examinará los casos particulares. No soportará que buenos religiosos se hundan en terrenos pantanosos. Y el padre escuchará con bondad las quejas de sus hijos. Pero lo esencial de su carta se encuentra en las declaraciones finales:

“No admitimos, de manera general y *a priori*, que ustedes deban o que puedan enseñar o practicar la resistencia a la ley del 28 de marzo último...” Por tanto, orden categórica de “abstención” en la disputa en la que “algunos amigos” piensan lanzar a los Hermanos. “Corresponde al episcopado, unido a su jefe infalible, indicar lo que está permitido y lo que está prohibido”.

* * *

El Lasaliano sabía que estaba de acuerdo con las principales cabezas de la Iglesia de Francia. Al día siguiente de su circular aparecía un escrito del arzobispo de París, el Cardenal Guibert: carta del 8 de abril de 1882, dirigida a los Hermanos y Hermanas que enseñan en las escuelas públicas.

“Permanezcan en sus puestos, indicaba el prelado; y sin faltar a los otros deberes que fija la ley y que determinan los programas, continúen dando la enseñanza religiosa. Tan sólo en el caso en que este derecho fuese definitivamente negado es cuando ustedes deberían abandonar un ministerio en el que, por sus conocimientos y su abnegación, por métodos aprobados, por éxitos asombrosos, han merecido la estima y el agradecimiento del país” [1].

En presencia de la decisión de tan alta autoridad, el Capítulo General del Instituto, celebrado en el mes de octubre siguiente, no podía dudar en ratificar las medidas que exigía la situación. Tal fue el objeto de su primera decisión [2]. La asamblea,

1 LECANUET, *op. cit.*, t. II, p. 150. — BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 224.

2 Anexada a la circular del 3 de enero de 1883.

después de haber escuchado al Hermano Irlide, se declaraba “profundamente afligida” por los obstáculos aportados a la enseñanza de la fe en las escuelas de varias naciones. “Aprobaba y alababa” las instrucciones contenidas en las circulares del Superior. Y ella misma se pronunciaba así:

“Mientras las circunstancias actuales no cambien, nuestros Hermanos podrán continuar dirigiendo escuelas públicas, aunque la enseñanza religiosa y las oraciones estén prohibidas en ellas, con tal de que suplan aquello que se verán impedidos de realizar al respecto durante las clases y que se apliquen a la educación cristiana de sus alumnos, de acuerdo con los reglamentos que serán elaborados por el Consejo del Régimen”.

Resignación prudente, completa, aunque dolorosa. Por eso, la piedad de los Capitulares les sugirió un gesto en cierta forma compensador. Las imágenes santas desaparecían de los locales escolares; algunos Cristos, como dijimos, eran violentamente arrancados, tirados al suelo, rotos. Los maestros y las escuelas se veían condenados a no poder ya exteriorizar sus creencias, a observar hacia Dios, al menos en apariencia, un cruel silencio. Los representantes del Instituto se propusieron “ofrecer a Nuestro Señor una reparación por los ultrajes infligidos, en tantos lugares, al signo sagrado de nuestra redención, así como por los sacrilegios cometidos contra la adorable Eucaristía”.

En consecuencia, decidieron: “Los Hermanos que tengan votos, sea temporales, sea perpetuos, llevarán bajo sus hábitos regulares, suspendido al cuello por una cadena, un Cristo de cobre sobre madera de ébano”. Se tomó la costumbre de nombrar ese nuevo atributo de los profesos “el crucifijo de los votos”.

“Monumento expiatorio” proclamó el Hermano Irlide; lo colocaba sobre el corazón de sus religiosos, puesto que las paredes y los frontones quedaban vacíos de emblemas, en las salas de la escuela, en las salas del asilo, y que en esos momentos, “una guerra implacable” se llevaba a cabo contra la Cruz en los cruces de caminos, en las esquinas de las calles, en el centro de los cementerios. El Lasaliano que ya besaba la imagen del Salvador que colgaba en la extremidad de su rosario recibiría en adelante el “segundo crucifijo” en el momento en que, arrodillado, presentaría al delegado del Superior la fórmula de sus votos. Dedicaría, a Jesús perseguido, un culto constante, pero íntimo, salvo en circunstancias excepcionales en que fuese autorizado a llevar ostensiblemente el signo de la salvación [1]. Un decreto pontificio, con fecha del 17 de febrero de 1883, enriquecía con indulgencias el crucifijo de los votos, otorgando, de esa forma, a la iniciativa del Capítulo, aprobación suprema y pleno valor.

Implorar la gracia divina, incrementar los fervores, contar con el poder de la oración, tales consignas llegaban en el momento oportuno. Los Hermanos maestros públicos iban a sufrir diversas afrentas. Se practicaban vigilancias para saber si dejaban de lado la historia sagrada y el catecismo durante las horas de clase. Incluso finalizada la jornada reglamentaria, les resultaba peligroso hablar del Decálogo y del Evangelio entre las paredes de un edificio municipal, si eran espiados por algún denunciante del lugar.

1 Circular del 3 de enero de 1883.

El celo de los funcionarios académicos no descartaba rebajarse a veces a mezquinos enredos: en Bas-en-Basset, el Hermano Director debió ser trasladado por haber persistido en el uso de las oraciones en voz alta; se le reprochaba, además, haber demostrado escasa premura en arrinconar la pila del agua bendita. Una pena disciplinaria análoga le fue impuesta al director de Banassac, en cuya clase se descubrieron las hojas de un cántico. El Hermano Nonce-Joseph, un santo varón que trabajaba en Aurec, fue excluido de la enseñanza en el departamento de Haute-Loire: había autorizado a sus alumnos para que aprovecharan un asueto, que el alcalde en persona había considerado bueno establecer, para homenajear a las autoridades diocesanas a su paso por el municipio [1].

A lo largo del año 1883, se multiplican las manifestaciones de sectarismo; un inspector primario de la Charente encuentra un catecismo sobre un pupitre: “Retiren todas esas porquerías, grita; no se debe volver a hablar de Dios aquí”. Otro, en Haute-Garonne, pretende que el catecismo y la historia sagrada “embrutecen”. El inspector de Pas-de-Calais ordena a los maestros: “Y en primer lugar, ¡hagan desaparecer el crucifijo!” [2]

Varios manuales escolares son claramente antirreligiosos. Los obispos ponen en conocimiento de los fieles los que figuran en el índice: se trata de los *Elementos de instrucción moral y cívica*, de Gabriel Compyré, la *Instrucción cívica en la escuela*, de Paul Bert, *El Hombre y el Ciudadano*, obra del pastor Steeg. Eso es atacar a los profetas de los tiempos nuevos. Supresiones de asignaciones castigan al clero, culpable o cómplice de tales atentados. Y, el 5 y el 31 de mayo de 1883, en el Senado, Ferry se constituye en defensor de los manuales. En definitiva, se entiende que los tres volúmenes estarán a disposición de los maestros, como instrumentos de trabajo, pero que no serán impuestos a la fuerza a las meditaciones de la juventud [3].

De todos modos, una conclusión parece inevitable: incluso antes de la ley de 1886, los maestros religiosos respiran cada vez con mayor dificultad en la atmósfera de la escuela pública. Serán tratados como indeseables, como sospechosos. Les tenderán trampas; se intenta sorprenderlos en falta. Se trata de eliminarlos progresivamente, y, tan pronto como la ocasión se presente, apresurar la corriente de laicización. Es fácil señalar incidentes, en el terreno de la neutralidad confesional. La reserva en la que debe enclaustrarse el Hermano catequista le pesa como la más dura de las obligaciones. Esa posición de repliegue, que sus jefes eclesiásticos y religiosos le han asignado, no siempre la puede mantener. Los sectarios le reprochan que viola la ley: de hecho, ¿cómo no trataría de permanecer fiel a su vocación de apóstol? Su hábito y su cuello, son ya una predicación. Su palabra, casi necesariamente, se impregna de cristianismo: alusiones, comparaciones, metáforas, brotan de los recuerdos del noviciado, de las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Un alumno, rencoroso o charlatán, cuenta, deformándola más de una vez, algún comentario del maestro. Se pregona por la ciudad la frase, o demasiado evidente, o incomprensible; llega a oídos de los malintencionados. El inspector se

1 Archivos del distrito del Puy, *Histórico de los establecimientos*.

2 BRUGERETTE, t. II, p. 226.

3 BRUGERETTE, t. II, pp. 226 a 229.

presenta, descubre —como hemos visto— alguna publicación piadosa. Se crea un dossier; el prefecto, que lo examina, responderá a las demandas de un Consejo municipal, y se adjudicará el mérito ante el diputado y el ministro, decidiendo el despidio de toda la comunidad docente.

Ésta ha demostrado su capacidad de obediencia, de abnegación, de valor durante los años en que ha prolongado la vida precaria de la enseñanza religiosa al servicio de los poderes públicos. Puesto que buscando el mayor bien, se ha decidido que hay que esperar el golpe fatal, ese trabajo sin esperanza de recompensa, sin seguridad de futuro, y bajo la amenaza del adversario, llega al heroísmo. Entonces, ya no se discuten más las razones que han determinado el mantenimiento de los Hermanos en las escuelas oficialmente neutras hasta que la administración primeramente, luego el legislador no los hayan expulsado de ellas. No queda más que adherirse a los sentimientos del Hermano Joseph cuando, el 18 de enero, exhortaba a sus subordinados a “descartar toda inquietud”, aún cuando se camine a tientas entre las tinieblas; a “abandonarse al Padre celeste” sin adelantarse a las indicaciones de su Providencia, rogándole que abra o cierre los caminos, según le plazca [1].

* * *

Como sabemos, las primeras laicizaciones se adelantaron a las “leyes laicas”. A partir de 1881, la actitud del gobierno no puede hacer otra cosa sino seguir suministrando a las municipalidades los más poderosos motivos para quitar a los religiosos la dirección de las escuelas. El cambio de los programas anuncia y debe determinar finalmente el cambio de maestros. No es necesaria la ley de 1886 para prever esa transformación, para que se realice ya a una amplia escala. Los principios y las conclusiones del proyecto de Paul Bert son, además, conocidos desde hace tiempo, inspiran toda la política escolar; las diligencias de René Goblet tendrán esencialmente como resultado la sanción de los hechos consumados y la asignación de un plazo legal para la expulsión definitiva de los maestros religiosos.

En las escuelas de varones, la sustitución del personal debe terminar oficialmente a finales de 1891. Esa fecha señalará —si no se tienen en cuenta algunas decisiones excepcionales— el fin de la colaboración prestada a la Universidad, desde 1808, por el Instituto del Sr. de La Salle.

Sigamos, por los diversos puntos del territorio, el desmantelamiento. Tarea triste y monótona; perderíamos nuestro tiempo registrando todos los golpes de la piqueta de los demoledores. Nos detendremos, aquí y allá, para oír el ruido del suelo que se abre, de los muros que se derrumban.

En el norte, los centros educativos de los Hermanos en Lille han dejado de ser municipales desde 1868. Pero Roubaix, por esa misma época, confiaba a los Lasalianos casi la totalidad de sus hijos. Ocho escuelas funcionan simultáneamente, todas gratuitas salvo una sola. Una votación municipal solicita una pronta laicización el 17 de enero de 1882. Esa medida provocará el descontento de los habitantes de Roubaix quienes, en las elecciones de 1884, enviarán al Hermano Emetère a ocupar

1 Circular dirigida al Instituto después de la ley del 30 de octubre de 1886.

un puesto entre los miembros del nuevo Consejo. Aunque la asamblea no puede restaurar lo que se ha destruido, al menos manifiesta su liberalismo equitativo pagando los suministros de clase de todos los niños pobres. El gesto no será imitado por el Consejo de 1888 [1].

Armentières, al haber dado su voto a los republicanos en 1878, vio abrirse una escuela laica de niños en los edificios del antiguo asilo de locos. Pronto se estimó que ese ensayo merecía ser ampliado: en abril de 1881, bajo el pretexto de lograr el equilibrio entre laicos y religiosos, la administración obligó a los Hermanos a abandonar su casa de la calle Solferino. Conservaban otra escuela, en la calle Nacional; les es arrebatada el 6 de marzo de 1882, siguiendo el informe del inspector primario: en vano encontraron, en el ayuntamiento, un brillante y osado defensor; el funcionario de la Instrucción pública criticó sus “métodos obsoletos”, sus “prejuicios de otro tiempo”. La mayoría de los consejeros municipales se declara convencida por la acusación [2].

Tourcoing ofrecerá una resistencia más prolongada. Los Lasalianos dirigen allí las escuelas públicas desde 1827. Tres directores solamente se han sucedido en más de sesenta años; el tercero, el Hermano Flour, ha llegado en 1881. Dirige las clases gratuitas de la calle de los Huérfanos, del grupo Saint-Jacques, de la calle del Pouilly. Es un jefe, hábil, tenaz, autoritario. Entre el número de sus excelentes ayudantes sobresale un Hermano Fernandis, que se entrega, como apóstol al servicio de las inteligencias más atrasadas. La popularidad de tales maestros se explica fácilmente. Permanece entera en los días de 1891, al expirar el plazo legal, los Hermanos ceden su puesto a los civiles [3].

Similar historia, idéntico epílogo en Valenciennes. Por setenta años, la ciudad ha empleado a los Hermanos. El último director, Henri Fournet —conocido bajo el nombre de Hermano Fidélis— goza de la estima universal: se aprecia su amabilidad, su saber, su piedad. Su decenio de 1881 a 1891 será seguido por otros años fecundos [4].

La cuestión de la enseñanza religiosa causó agitación en Artois. Los Lasalianos de Arras, contando con una tolerancia practicada con bastante frecuencia, catequizan a sus alumnos en plena clase: en 1883, el inspector de Academia efectúa una indagación que se termina con la revocación del Hermano Evariste-de-Jésus, director de la escuela principal, y con la suspensión temporal de sus colegas de las escuelas anexas. Algunos meses después, se nombra un director laico en Saint-Nicolas, es el edificio donde se aloja la comunidad. El recién llegado se hace cargo

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*.

2 Archivos del distrito, notas de Armentières. — Publicación del *Centenario de la llegada de los Hermanos de las Escuelas Cristianas a Armentières*, septiembre de 1947.

3 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*.

4 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*.

de las clases, se instala con su familia en uno de los locales, pero deja la casa de vivienda a los religiosos, aún utilizados por el municipio en diferentes barrios [1].

En Aire, se han producido semejantes infracciones a la neutralidad. El prefecto de Pas-de-Calais ha impuesto una penalización —la reprimenda— al Hermano Ébert. Queriendo superar al agente del poder ejecutivo, el alcalde prohíbe las lecciones de catecismo hasta en el domicilio de los maestros, con el pretexto de que se trata de una propiedad municipal. Felizmente, el centro juvenil queda a disposición de los Hermanos, auxiliares del clero. Pasan cuatro años. Una extraña aventura tiene lugar en 1887. Un Hermano, Émile-Léonce, abandona la Congregación; laicizado por propia iniciativa, el tal señor Gombert acusa al Hermano director Ellebertis de haber recommenzado con la enseñanza catequística en el edificio escolar. El Consejo departamental es puesto al corriente y concluye con la revocación del Hermano incriminado. Luego la escuela pasa enteramente bajo la dirección de los laicos [2].

En otros lugares de ese distrito, episodios emocionantes permiten descubrir el fondo de los corazones. El director de Estaires, el Hermano Edicte, sucumbió en la tarea; después de esa muerte, la ley del 30 de octubre de 1886 se aplicará seguramente al personal docente en el municipio. Será en contra de la voluntad de los habitantes. El alcalde pronuncia un discurso en favor de los Hermanos; recuerda sus cincuenta y tres años de buenos y leales servicios a Estaires; el Consejo Municipal, unánimemente, solicita su mantenimiento. Esta demanda tiene muy pocas oportunidades de ser escuchada. La decisión de laicización no tarda; tiene fecha de septiembre de 1887 [3].

Hazebrouck, que va unida, en la geografía lasaliana, al distrito de Saint-Omer, en 1888 sabrá manifestar su gratitud a los expulsados. Seis días: es el plazo, especialmente breve, dado por el prefecto para el desalojo de la comunidad. Y el inspector niega a los maestros cualquier asueto antes de la partida. La población presta su colaboración; se acondiciona una escuela libre. Luego, en el momento fatídico, una muchedumbre numerosa, “compacta como en la fiesta del Corpus Cristi”, espera la salida de las clases. Los niños, con ramilletes en las manos, atraviesan el umbral y se dirigen en procesión hacia el edificio donde sus profesores del cuello blanco continuarán enseñándoles. Como una laicización igualmente brutal se produce en la escuela femenina, la procesión de las niñas se desarrolla en un orden semejante. Rápidamente, se ha preparado arcos de triunfo. Seis mil personas gritan: “¡Vivan los Hermanos, vivan las Hermanas!” [4].

* * *

También Normandía ha manifestado sus pesares. Algunos centros escolares —en Saint-Valentin-en-Caux, en Pont-de-l’Arche— son cerrados en 1883, no por decisión prefectoral, sino a iniciativa de los Superiores del Instituto. En esa época, el distrito

1 Archivos del distrito de Saint-Omer, *Histórico*.

2 *Histórico del distrito de Saint-Omer*.

3 *Histórico del distrito de Saint-Omer*.

4 *Histórico del distrito de Saint-Omer*.

carece de personal; además, es necesario retirar provisionalmente de sus puestos a los jóvenes religiosos que se preparan para el certificado. El Hermano Joseph, como Asistente del Hermano Irlide, es el encargado de anunciar a los alcaldes de cada lugar las malas noticias. Saint-Valery poseía una escuela lasaliana desde 1855 y Pont-de-l'Arche desde 1860. En las dos localidades los Hermanos se han ganado la simpatía del pueblo y de los notables. El Consejo Municipal de Pont-de-l'Arche es el intérprete de las familias cuando presenta reclamaciones muy enérgicas contra el cierre. El Hermano Asistente no puede hacer otra cosa más que exponer los motivos que han guiado al Régimen. No se atreve a ofrecer compromisos para el futuro junto a sus agradecimientos por el pasado. En términos semejantes se expresa a propósito de la escuela de Saint-Valery. El alcalde comunica la carta a sus consejeros, en la sesión del 15 de septiembre de 1883; recibe la misión de transmitir al Superior General el testimonio de un agradecimiento mezclado de tristeza [1]. Lisieux también deseaba conservar a los religiosos al frente de sus clases municipales. Cuando en el mes de mayo de 1884 el prefecto de Calvados y el inspector primario invitaron a los elegidos por la ciudad normanda a formular su opinión, trece votos se pronunciaron a favor de los Hermanos, contra diez por la laicización. Pero fue la minoría la que salió ganadora. La prefectura comunicó a los Hermanos su despido. Les daba cuatro días para dejar libre el puesto. En otro capítulo diremos como los católicos de Lisieux restablecieron la situación.

Así, a pesar de las autoridades locales y de las indiscutibles preferencias de las familias, ocurre que el gobierno decide no aplazar la aplicación de sus máximas. Después de 1886, la intervención del legislador da a ese sistema un funcionamiento normal y sin discontinuidad. Los maestros laicos suceden a los religiosos tan pronto como es posible aprovechar, o incluso crear una ocasión. Si no se produce algún fallecimiento, o una jubilación, algún poderoso personaje hace llegar, en el momento oportuno, una revocación, o algún incidente administrativo o un ultimátum.

El Consejo Municipal que hubiese deseado no privarse de los muy buenos pedagogos debe limitarse a las palabras de despedida. Chantilly, anexo por un tiempo al distrito de Normandía, se felicitaba, desde 1851 a 1888, por los éxitos y la buena marcha de su escuela. Un trabajo admirable, celo inteligente, relaciones de buena calidad con los padres de los alumnos ponían a los Hermanos en sintonía con esa ciudad tan atrayente. La colonia inglesa, establecida alrededor del campo de carreras, se mostraba especialmente contenta por los métodos lasalianos; su protestantismo no les impide contar con la colaboración de los educadores de religión romana; a veces, se constata alguna conversión que pone de manifiesto la influencia de los Hermanos en ese medio de carácter bien determinado. La inevitable legislación consterna a los ciudadanos y residentes extranjeros; el Hermano Anaclétien, que dirige la institución desde 1865, recibe de la municipalidad un caluroso homenaje y todo el agradecimiento que merecen veintitrés años de trabajos [2].

1 Archivos del distrito de Caen, *Histórico manuscrito de las Casas de Normandía*, t. II.

2 *Histórico de Normandía*, t. II.

Era de esperar que se produjese revuelo en Bretaña, donde las escenas de Lambézellec [1] no habían sido más que un preludio. En un lugar de Finistère, en el puerto de Concarneau, el alcalde, desde 1883, ha tomado la actitud de laicizador. Se arriesga a crearse un conflicto con la población. Son las mujeres las que comienzan con las hostilidades. Se reúnen, el 24 de septiembre, ante la casa de los Hermanos, para protestar contra su próxima salida: “¡Quédense! ¡No abandonen a nuestros hijos!” grita la multitud suplicante, sollozante. A continuación se dirigen hacia el ayuntamiento, se reclama al responsable. Cuando se presenta, es rodeado, insultado. Envía a solicitar la fuerza armada. Los soldados y los gendarmes acuden. Las mujeres vociferan. Una de las más exaltadas es llevada al puesto de policía. El marido, alertado, pide que se libere a su esposa. Y para colmo los marineros, retenidos en tierra ese día en razón de la niebla o de los vientos, se unen a su camarada, protestan, a su vez, contra los actos y las órdenes del alcalde. Finalmente se calman los ánimos; y la tarde finaliza sin demasiado alboroto. Al día siguiente, tiene lugar la venta del mobiliario de la comunidad religiosa: los aficionados se disputan hasta los objetos más humildes, pero ciertamente no por avaricia, sino para devolvérselos a los Hermanos, o para entregar a la Congregación la mayor cantidad de dinero.

En Plouguerneau, en el país de Léon, la escuela abierta por los Lasalianos en 1869 continuaba siendo municipal, en el momento de la ley de 1886. En diciembre de 1883, hubo que condescender con el inspector de primaria: los emblemas religiosos desaparecieron, excepto el crucifijo. Con el fin de disminuir la importancia de la infracción, el catecismo no se daba, en el lugar, más que a los alumnos pensionistas; los externos se reunían para las lecciones de ese tipo en una capilla de la aldea.

El precario *modus vivendi* duró apenas tres años. El Sr. Cabon, alcalde de Plouguerneau, leía a su Consejo, el 3 de septiembre de 1886, una carta del subprefecto de Brest anunciando que el Inspector de Academia quería la inmediata laicización de la escuela. Se solicitaba el parecer previo de la asamblea.

“Los Hermanos, dijeron los consejeros de Plouguerneau, han conservado las simpatías del país; deseamos que sigan siendo nuestros maestros públicos”. Pero, el 13 de septiembre, el prefecto del Finistère comunicaba al Superior General, calle Oudinot, que el personal docente de la aldea bretona sería despedido próximamente.

No obstante, la apertura de las clases se realizó como de costumbre. Quince días después se presentaban cinco maestros laicos, exhibiendo las pruebas de su designación oficial. Los Hermanos desalojaron el establecimiento. El director, con un auxiliar, encontró refugio en el presbiterio [2].

Una protesta particularmente enérgica se presentó en la isla de Ouessant, al año siguiente. Los habitantes de ese lugar son rudos; bajo la presidencia de su primer magistrado, Jean-Marie Malgorn, declararon, el 8 de agosto de 1887, que la escuela

1 Ver anteriormente, pp. 190 a 192.

2 Archivos del distrito de Quimper.

municipal era laicizada contra su voluntad: “Se solicita al Sr. alcalde que tenga a bien expresar el agradecimiento del Consejo al Sr. Director de los Hermanos por la inteligencia, la dedicación desplegadas por sus religiosos desde hace veinticuatro años... El Consejo formula el deseo de que los Hermanos puedan volver a Ouessant, para recuperar sus precedentes funciones, el día en que los habitantes del municipio sean libres de elegir a los maestros para sus hijos” [1].

Saint-Malo presencia, por ese mismo tiempo, al director lasaliano de una escuela pública presentar su dimisión porque la administración le impone a tres laicos como auxiliares. Hay que dejar a los nuevos maestros el edificio legado antaño al obispo de Rennes por el marinero Jacques-Alain Bichat y que el legatario cedía a la ciudad para perpetuar en ella la renacida obra de los discípulos del Sr. de La Salle [2].

En el Morbihan, si exceptuamos Vannes, la capital, donde los fallos de un maestro provocaron el cierre de la escuela Saint-Patern en 1882, donde la escuela municipal Saint-Pierre fue laicizada por iniciativa del ayuntamiento en 1883, las decisiones gubernamentales son bastante mal acogidas. En Questembert, el 15 de agosto 1888, el Consejo municipal responde al gesto laicizador mediante la expresión de “su veneración profunda, de su respetuoso agradecimiento, de su inquebrantable adhesión” con respecto a los Hermanos.

En Muzillac, los mismos sentimientos se tradujeron en su momento en una resolución que no carecía de osadía. En 1880, cuando ya aparecía el anticlericalismo de los jefes de la República, la asamblea local asumía los gastos de un nuevo edificio escolar “con la condición” de conservar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Una vez terminada la construcción en octubre de 1882, fue inaugurada por el alcalde, bendecida por el cura. El 8 de agosto de 1888, se dejaban de lado las antiguas estipulaciones, ignoradas por la ley. El Consejo, unánime, afirmaba —en su sesión del 26— que Muzillac no cambiaría de principios: la enseñanza religiosa seguía siendo “la aspiración de sus habitantes”.

Lorient nunca se mostró tan categórico. Pero al menos, un tribunal civil, hará buena justicia cuando el edificio de la calle Vauban, del que los Hermanos son expulsados el 3 de septiembre de 1888, sea, en definitiva, entregado a los herederos de los donantes.

Llega la época de las últimas laicizaciones. Es entonces cuando, en otro departamento bretón, en Saint-Brieuc, el obispo Mons. Fallières, acoge en su seminario mayor a los continuadores de los maestros llamados en 1818 por el vicario general capitular de la diócesis, el Venerable Jean-Marie de La Mennais [3].

1 Archivos del distrito de Quimper.

2 Archivos del distrito. En Saint-Méloir-des-Ondes, igualmente en Elle-et-Vilaine, una escuela, que los Hermanos de Jean-Marie de La Mennais habían dirigido desde 1827 hasta 1877, fue confiada a los lasalianos tras el acuerdo entre el Consejo municipal, el cura párroco y el Hermano Irlide. El Hermano Calice-Marie asumía la dirección el 8 de septiembre de 1877; once años más tarde tenía lugar la laicización.

3 El Venerable pretendía dejar a los discípulos de Juan Bautista de La Salle su campo de acción de las ciudades y de los pueblos grandes. La congregación que él fundó estaba destinada a las escuelas rurales, donde no había lugar más que para un maestro aislado, dependiente del presbiterio.

Dos comunidades del Morbihan se inscriben al final de la lista: la de la Roche-Bernard, la de Guidel. Aquí, los Hermanos ocupan la casa construida para ellos por el rector de la parroquia, el Padre Jaffré, diputado en la Asamblea Nacional de 1871; simplemente cesan de ser municipales, a partir de septiembre de 1891. Allí, cuando el prefecto notifica la aplicación de la ley, el Consejo municipal, reunido el 28 de agosto, declara que, esa ley, “la acata, obligado y forzado” [1].

* * *

En el suroeste, en 1880, Burdeos dio la señal para el inicio de las hecatombes. Ocho escuelas municipales del distrito son retiradas a los Lasalianos desde el año siguiente: Castillon, Bourg-sur-Gironde, Vayres, Saint-Ferdinand d’Arcachon, Nérac, Casteljaloux, Agen, Tonneins. En 1882, Périgueux decide semejante exclusión. En 1886, es en Marmande, donde hay que abandonar la casa de la calle de la Observancia y la capilla, centro de un culto mariano tan fervoroso; será también Sarlat, donde la comunidad dirigía las clases primarias desde 1852.

Sainte-Foy-la-Grande estuvo a punto de perder a sus maestros religiosos en noviembre de 1885, cuando el inspector oficial dio la orden de suprimir los emblemas religiosos: “No puedo despojarme del Cristo”, le respondió el Hermano director. “Si la acepto, añadió, la medida puede provocar desórdenes entre la población, de carácter muy apasionado”. En definitiva, pareció atenerse a la última palabra. Pero, en el mes de abril de 1889, Sainte-Foy debió plegarse a los rigores de la legislación. La escuela de Villenave desapareció por ese mismo tiempo. Luego le llegó el turno a Bègles, a Pauillac, Blaye. En 1890, hacía setenta años que los Hermanos estaban establecidos en Blaye: Mons. d’Aviau, el santo arzobispo, los había llamado, él mismo los había recibido en su residencia; un gentilhomme de Burdeos, el conde d’Isle, se había encargado de conseguirles la ayuda pecuniaria de la familia real; el conde de Sainte-Aulaire los había protegido. Y, a pesar de las vicisitudes que habían cambiado la fisonomía política del país, llevando cautiva a la ciudadela a una de sus bienhechoras, la duquesa de Berry, los religiosos docentes habían conservado el afecto del pueblo, conquistado la total confianza de la municipalidad [2].

En resumen, ese es el balance pasivo de la Gironde, de la Dordogne, del Lot-et-Garonne. En Bayonne, el Hermano Visitador Calimer ve también, a partir de 1882, llegar las violencias del laicismo a su distrito pirenaico. Necesita templar las almas para asegurar la salvación de la obra; tiene que luchar contra las viles calumnias [3].

Las comarcas vecinas, —Tarn-et-Garonne, Gers, Haute-Garonne, Aude, Ariège, y la circunscripción de Lavaur, en el Tarn— agrupadas en torno a Toulouse, sufren las laicizaciones cuyos ecos nos transmiten los “históricos” lasalianos.

En 1881, cierre de la casa de la Madeleine, en Auterville: el municipio se proponía entonces tomar a su cargo el otro centro escolar, el del decanato de Saint-Paul.

1 Archivos del distrito de Quimper.

2 Archivos del distrito de Burdeos.

3 Noticia necrológica, 1906, pp. 9 a 12.

Pero, en razón de las orientaciones gubernamentales, ese proyecto no pudo concretarse.

Los concejales de Montesquieu-Volvestre se mostraban mucho más radicales. Entre los primeros de la región, habían exigido la salida de los Hermanos; su votación del 4 de octubre de 1878 se formulaba en frases grandilocuentes, a las cuales el acento del lugar confería un sabor particular: “Los Religiosos, afirmaba esa gente, no han sido creados más que para colocar la luz bajo el celemín, para enseñar el absolutismo; ¡no conocen más Eldorados para los pueblos, que el régimen del Syllabus!” La República, tres años más tarde, daba satisfacción a los ardientes adversarios del “oscurantismo” y de la “tiranía sacerdotal”.

Seysses, en el mismo departamento de Haute-Garonne y Castelnaudary, subprefectura del Aude, amplían el campo de las laicizaciones en 1882. Montauban, en ese momento, expulsa a los Hermanos de sus escuelas de los barrios de Villebourbon y Villenouvelle. No obstante la ciudad, en 1875, había realizado un contrato para veinte años con el Instituto. Por lo cual el Superior General emplaza al alcalde ante el presidente del tribunal civil. Una ordenanza por el procedimiento de urgencia reintegra provisionalmente a la comunidad a su residencia de Villebourbon. La calma no es duradera, la ordenanza es anulada por el tribunal de conflictos; y un último juicio otorga a los maestros perjudicados unas indemnizaciones muy débiles por “daños e intereses”.

Viene a continuación la desaparición de las escuelas municipales cristianas en Saint-Antonin (Tarn-et-Garonne) en 1883, en Pamiers en 1885, en Ax, aldea del Ariège en 1886, en Belpech, del Aude, en 1888. Puylaurens, municipio dependiente de la subprefectura de Lauvaur, poseía, desde 1836, dos escuelas primarias: una para los protestantes, la otra para los católicos, ambas municipales. Los Hermanos, a quienes un tal Sr. Paul Routour había acogido precedentemente en su casa, se habían convertido en maestros públicos, el día en el que el gobierno de Louis-Philippe había aceptado las demandas de las dos confesiones religiosas de Puylaurens. Cuando llegó la decisión de laicización, el municipio quiso quedarse con el edificio de Routour: el Instituto lasaliano recordó que el donante había reservado el usufructo para los maestros religiosos, anteriormente a su reconocimiento oficial. Y el tribunal de Lavaur, en el juicio del 12 de agosto de 1890, condenó a Puylaurens a desprenderse del bien usurpado.

Solución similar en Auch. Después de las laicizaciones de los “barrios” Saint-Orens y Saint-Paul, en 1879, el centro escolar principal, Sainte-Marie, fundado el 1º de mayo de 1817, se mantuvo. Expulsados en 1891, los Hermanos reivindicaron el edificio que habían recibido de la generosidad del canónigo Ferrase y del P. Aignan, los fundadores. Lo recuperaron al cabo de un largo proceso.

En la capital del Languedoc la situación se resolvió mediante un arreglo amistoso. Finalizaremos aquí este recorrido a través del importante distrito. El 7 de noviembre de 1874, “Joseph-Just Paget, llamado Hermano Olympe, Superior General” y el vizconde François-Gustave Toussaint, alcalde de Toulouse, firmaron un tratado en cuyos términos la ciudad se comprometía, durante quince años, a entregar cada año a los representantes de la congregación la suma de 57.000 francos, correspondientes al empleo de setenta y un Lasalianos, repartidos en trece escuelas

municipales [1]. El prefecto de la Haute-Garonne aprobaba ese acuerdo, el 24 de noviembre.

Ahora bien, el 15 de septiembre de 1883, las escuelas de la Dalbade, de Saint-Michel, de Los Mínimos, del Sagrado Corazón y de Saint-Sylve quedaban laicizadas. El 5 de julio de 1888, el Consejo Municipal reunido en el Capitole votaba la laicización de los ocho establecimientos restantes. El contrato de 1874, un año antes de su expiración, quedaba anulado.

Ambas partes optaron por transigir. Convenía fijar la condición jurídica de varios edificios escolares: en Saint-Aubin, Saint-Sernin, Saint-Nicolas, Saint-Jérôme y en la Dalvade. Esos edificios habían sido construidos por bienhechores y concedidos a la ciudad para el establecimiento de escuelas cristianas.

“Con el fin de evitar un proceso costoso”, y con el consentimiento de los herederos o derechohabientes de los fundadores, la propiedad de las casas de Saint-Sernin y Saint-Jérôme pasaban sencillamente al municipio de Toulouse; Saint-Aubin, Saint-Nicolas y la Dabade, eran, incontestablemente, propiedad del Instituto, con todas las mejoras o transformaciones realizadas sea por la administración municipal, sea por los Hermanos, sobre el terreno primitivo y sobre las parcelas anexadas. La Congregación, por intermedio del Hermano Jurson, antiguo Asistente, Visitador provincial, y del Hermano Visitador Liacim, renunciaba a todos los derechos derivados del tratado de 1874. Con esas condiciones, el apoderado de la ciudad, Sr. Durand, teniente alcalde, aceptaba todas las cláusulas enunciadas a continuación.

Tal fue el acta del 31 de diciembre de 1888. Conservaba para el patrimonio lasaliano unas donaciones cuya “causa determinante”, según las expresiones mismas de los firmantes, no era otra más que la de estar “destinadas a perpetuidad para la enseñanza impartida por los Hermanos de las Escuelas Cristianas”. El bien más estimado para el corazón de la comunidad del Languedoc —la antigua donación del Padre Bernadet— seguía siendo, un siglo después, el centro de las oraciones y de los estudios bajo el nombre de “casa Saint-Aubin” [2].

* * *

Bastión del catolicismo, semillero de vocaciones religiosas, el distrito de Rodez conservará durante mucho tiempo un buen número de sus escuelas públicas bajo el signo de la fe. La resistencia a los laicizadores se hace sentir entre los ciudadanos y entre los magistrados elegidos. No obstante, se van abriendo brechas en los lugares mal protegidos; no se extenderán hasta los últimos años del plazo estipulado por la legislación de 1886.

En 1879, se produjeron algunos golpes de tanteo en los muros. Gourdon, en el Lot, La Bastide-Rouairoux, en el Tarn, cayeron enseguida. En tercer lugar se laiciza Martel. “La gente de ese parroquia, eran, en conjunto, indiferentes” escribe un antiguo Visitador del distrito de Moulins, el Hermano Isaïe-Michel, valiente

1 Cuatro de las cuales estaban por crearse.

2 Archivos del distrito de Toulouse, *Históricos* de diversas escuelas; *Resumen histórico* escrito en 1904.

octogenario, que, en 1877, a la edad de quince años, debutaba como auxiliar en la “clase de los pequeños” con setenta y tres alumnos. “Muy pocos hombres acudían a la iglesia; los sacerdotes mostraban un celo mediocre”. Ninguna malquerencia por parte de las autoridades locales; el Hermano Imilien, director inteligente, experimentado, muy paternal con sus jóvenes auxiliares, al igual que con los alumnos, se había ganado la estima general, se había creado relaciones amistosas. Pero el terreno carecía de consistencia; el edificio, rápidamente destruido, no volvería a levantarse [1].

En 1881 y 1882 tuvieron lugar algunos acontecimientos más insólitos, los éxitos obtenidos en el Aveyron por los anticlericales. El consejo municipal de Rodez decide, el 10 de mayo de 1881, por unanimidad de los miembros en sesión, laicizar la escuela del barrio Saint-Cyrice. A pesar de las gestiones de los senadores Delsol y Mayran, del diputado Azémar, el Hermano Irlide no juzga oportuno responder con la creación de una escuela libre [2].

Por lo tanto el incidente parece no merecer la pena de ser tomado trágicamente. Pero la tormenta retumbó, dieciocho meses después, en Millau. El Consejo municipal de esa ciudad había creado una escuela laica en 1878; el clero se había pronunciado con fuerza contra la iniciativa. Las pasiones se caldean, violencia en las palabras, se siente ya la presencia del Sur en la región de Millau. La excitación irá en aumento.

Durante la sesión del 18 de septiembre de 1882, presidida por el alcalde Albric, varios consejeros reclamarán la laicización de la escuela de los Hermanos, alegarán los ataques dirigidos por los católicos contra la ley de la neutralidad: “Los republicanos, dijeron, tienen derecho y el deber de defender al gobierno contra los enemigos más implacables; aquí, nosotros, ¿vamos a ayudar con el dinero público la campaña de nuestros adversarios?” El 31 de octubre la asamblea aprobó la votación para que los religiosos fuesen remplazados.

Una petición en sentido contrario recogió dos mil firmas. Indicando al prefecto del departamento que once de cada doce familias optaban por la enseñanza cristiana. De hecho, más de quinientos niños entraban con los Hermanos el 1º de octubre; la escuela laica de Eugène Celles no contaba más que con unos cuarenta.

El jueves 2 de noviembre, el inspector de primaria procedió a indicar al Hermano director Kellac la orden de abandonar la casa en el plazo de dos horas. Era a la mitad de la jornada escolar. Los miembros del comité de defensa católica se reúnen, protestan contra la brutalidad del despido; pronto las calles se llenan de una multitud en la que dominan las mujeres. El griterío va en aumento; se multiplican cuando aparece el alcalde, escoltado por los gendarmes. Albric es amenazado: una manifestante le arranca un faldón de la levita.

Logra liberarse de ese pueblo enfurecido, convoca a su Consejo para esa misma tarde. En el ayuntamiento, recibe expresiones de felicitación “por su valor cívico”. Se concede a los Hermanos un aplazamiento hasta la caída de la noche.

1 Archivos del distrito de Rodez, dossier de Martel.

2 Archivos del distrito de Rodez, *Histórico manuscrito*, 1887.

Los expulsados son despedidos con gritos de aclamación; les ofrecen flores; se organiza un desfile con antorchas hasta el pensionado del Sagrado Corazón y el convento de los Capuchinos, los dos puestos donde los miembros de la comunidad van a encontrar refugio.

Al día siguiente, los maestros laicos están en su puesto, en la escuela de la calle del Cheval-Vert. Aislados o por grupos llegan los alumnos: pero hay más que ruido y desorden. “No vamos a quedarnos; venimos únicamente a buscar nuestros cuadernos y nuestros libros” gritan los grupos soliviantados. Algunos vidrios vuelan en pedazos.

Todos los niños, sin excepción, van a unirse a los Hermanos en locales improvisados. Las clases laicizadas permanecen vacías. Finalmente enviaron allí a los alumnos de la escuela protestante.

Se entablaron diligencias judiciales contra los manifestantes del 2 de noviembre. Hubo condenas: cinco días de cárcel, quince francos de multa...

En las elecciones municipales de 1884, la “cuestión de los Hermanos” determinó la posición de los partidos y el voto de los electores. Los consejeros salientes mordieron el polvo. Sus sucesores se declararon dispuestos a pagar al Instituto lasaliano una indemnización de ocho mil francos, en razón de la plusvalía aportada al edificio escolar por diversos trabajos de mejoras. El acta transaccional fue firmada, el 12 de marzo de 1885, por el primer teniente de alcalde y el delegado del Superior General [1].

El mismo año que en Millau, una revuelta semejante tuvo lugar en Marcillac, donde la escuela instalada por el cura y la municipalidad de mutuo acuerdo, bajo el Segundo Imperio, perdía a sus maestros religiosos. Sin estrépito desaparecían en los departamentos vecinos, las comunidades de Lisle-sur-Tarn y de Caltelnau-Montratier.

Gambetta, al visitar Cahors, su ciudad natal, en 1879, había presionado al alcalde para sustituir con laicos a los Hermanos llamados por esa población después de la revolución. Primeramente se contentaron con levantar un establecimiento nuevo, conforme a los deseos del célebre tribuno. Luego al propagarse las ideologías “republicanas”, un consejero propuso, en septiembre de 1881, despedir inmediatamente a los maestros religiosos. La asamblea se dividió: de todos modos, ante un voto mayoritario, los moderados ganaron sobre los impacientes laicizadores. Éstos, presentaron su dimisión, con el fin de acudir a la opinión pública. Fueron derrotados por completo, el 10 de octubre.

Su revancha no tardó mucho. El consejo municipal elegido en 1884 estaba compuesto por francmasones: veintiuno votaron por la laicización, el 25 de agosto. No hubo más que un solo voto negativo [2].

1 Que fue el Hermano Tempier, el sabio jurista. — Archivos del distrito de Rodez; monografía del distrito e *Histórico* de Millau.

2 Archivos del distrito de Rodez, misma monografía, e *Histórico* de Cahors.

1886 contempla el final de la escuela municipal cristiana de Espalion; 1887, una laicización en Saint-Céré.

La corriente política se vuelve suficientemente fuerte como para romper todos los diques. Las escuelas fundadas en Decazeville por la Compañía de las hulleras del Aveyron habían pasado al rango de escuelas públicas en 1878. Continuaban formando contables, geómetras, dibujantes, a los cuales las sociedades industriales facilitaban gustosamente empleos. Sin tener en cuenta los deseos de los empleadores, los méritos de los profesores, la administración prefectoral laiciza...

Estamos en 1888. La ola llega a Brassac, alcanza Rodez. Lacombe, alcalde de la capital departamental, comunica el 20 de septiembre, al Hermano director la decisión tomada, la víspera por el prefecto: "Vista la ley del 30 de octubre de 1886; vista la autorización del Sr. ministro de la Instrucción Pública; de acuerdo con el Sr. inspector de Academia..., un personal laico sustituirá al personal religioso en las escuelas municipales de Frayssinous y Lebon..."

La municipalidad de Rodez rara vez ha manifestado muy activas simpatías hacia los religiosos educadores. Se muestra "oportunista" entre los cristianos, convencidos de qué están pobladas las regiones del entorno.

En cambio Castres, aunque parcialmente de confesión calvinista, permaneció particularmente fiel a los aquellos Lasalianos que Mons. de Barral, su obispo, patrocinaba en el siglo XVIII y que, en pleno periodo revolucionario, se las arreglaban para seguir sirviendo a una ciudad muy estimable para su corazón. En el mes de agosto de 1877, el alcalde Milhau-Ducommun, un protestante, presidía la distribución de premios en la escuela de los Hermanos. En 1882, el Consejo Municipal aumentaba los honorarios de dos directores y de sus catorce auxiliares. El prefecto del Tarn opuso su veto a esa decisión, entonces los elegidos del mes de mayo de 1884 volvían a la carga: "Los Hermanos, decían en la sesión del 13 de diciembre, se encuentran [desde el punto de vista pecuniario] en un estado de inferioridad con respecto a los demás maestros municipales, aunque novecientos alumnos acuden a sus escuelas; por lo tanto pueden reivindicar la recompensa por sus trabajos; y la justicia exige que sea recompensada su total dedicación". Si el Estado se negaba a tomar a su cuenta los aumentos necesarios, la ciudad de Castres los pagaría, "a título de indemnización".

Así sucedió durante varios años. El 10 de noviembre de 1886, el Sr. Gabriel Guy, ponente del presupuesto local, se expresaba de la siguiente manera: "En el mismo momento en que el Parlamento acaba de votar una ley que, en el plazo de cinco años, obliga a los municipios a laicizar todas las escuelas de varones y a excluir de la enseñanza municipal a todos los maestros religiosos, es deber nuestro afirmar claramente el doble principio de libertad y de igualdad que ha sido nuestra regla constante. Ustedes han considerado siempre un honor respetar la libertad de que debe gozar un padre de familia, de elegir la escuela donde hará educar a su hijo. Al dotar ampliamente el presupuesto de la instrucción pública, han garantizado la existencia simultánea de escuelas cuya variedad daba satisfacción a familias diversas. Este orden de cosas tan profundamente equitativo, se verá perturbado radicalmente por la ley del 30 de octubre..."

El hombre que hablaba con tanta franqueza y sentido común, desempeñó las funciones de alcalde en 1887-1888. En el momento de la renovación de los Consejos en mayo de 1888, Castres le manifestó su estima acordándole un gran número de votos. Pero Gabriel Guy fue, en esa fecha, el único reelegido de su lista. Los partidos gubernamentales obtenían veintiséis escaños.

En consecuencia, el 29 de octubre de 1889, la Comisión encargada de preparar el presupuesto de la instrucción primaria se pronunciaba, por unanimidad menos un voto, a favor de la laicización inmediata. El único opositor, Sr. Roch, consideraba preferible el *statu quo*, en consideración de las divergencias religiosas que, en la ciudad, complicaban el problema. “No necesitamos escuelas confesionales”, replicaba, en sesión pública, el relator, Sr. Loup. Lealmente otro consejero reconoció que habiendo realizado una encuesta entre los obreros, había recogido los cuatro quintos en favor de los Hermanos. Y el Sr. Guy intervino, conjurando a sus colegas a no “violiar el espíritu de tolerancia y de libertad”, abreviando el plazo previsto por el legislador.

El nuevo alcalde, Sr. Sicard, que pertenecía al protestantismo, no tenía alma de sectario. Poniendo en la balanza el peso de su autoridad, apoyó la moción de su predecesor. La mayoría no lo siguió en absoluto: dieciséis votos contra siete ratificaron las conclusiones del informe. El Sr. Sicard al momento presentó su dimisión.

El prefecto del Tarn no firmó la decisión de laicización hasta diez meses más tarde, el 12 de septiembre de 1890. El 24, un alguacil judicial emplazaba a los Hermanos “en la persona del señor Marie-Célestin Alibert, llamado Hermano Lazardin”, a vaciar el lugar en cuarenta y ocho horas. El Hermano Lazardin encargaba a otro alguacil de notificar a la municipalidad que no cedería más que a la fuerza, pues el edificio había sido dado a la ciudad de Castres en 1775 por el Padre Barral, hermano del difunto obispo, para el funcionamiento de las escuelas cristianas y el alojamiento de los maestros.

Los maestros se mantuvieron en su residencia hasta noviembre de 1891. Un instancia de reivindicación de propiedad fue presentada por el conde Horace de Barral, resobrinio del sacerdote. Ello dio lugar a un juicio el 4 de enero de 1894, realizado por el tribunal de Castres: el acta del 21 de abril de 1775 al no prever la devolución a los herederos sino, en caso de supresión de las escuelas, la venta en provecho del Seminario, o bien de los hospicios, con reserva de una quinta parte para la ciudad, no hacía posible admitir el punto de vista del demandante. La casa construida sobre el terreno del antiguo “Juego de Pelota” debía ser puesta a la venta y, —como el seminario ya no existía— los hospicios y el municipio se repartirían el precio, según las cláusulas del contrato. El comité de las escuelas cristianas no había esperado la decisión judicial para apremiar a los religiosos a liberar el edificio [1].

En Puy-l'Évêque, en el Lot, el Hermano director Idilonien tomó la decisión de cerrar su establecimiento tan pronto como se vio el blanco de los odios francmasónicos y antes de ser expulsado.

1 Archivos del distrito de Rodez, *Histórico* de Cartes.

En 1886, algunos políticos reclamaban su exclusión. Solicitado por el prefecto, el Consejo Municipal había respondido con la negativa. Se había expresado, en la sesión “el respeto, la simpatía, la admiración que inspiraba a todos los hombres de corazón, el carácter de los Hermanos y de su eminente jefe”; se había subrayado “la austeridad de su vida, la dignidad de su actitud, su entrega profesional, finalmente los éxitos, siempre crecientes, de una escuela que figuraba entre las primeras del departamento”. El alcalde, Sr. Debreil, enviaba al ministerio el acta de esa deliberación.

En 1889, la asamblea que él seguía aún presidiendo, ya no lo escuchaba más. Estaba integrada por elementos “avanzados”, victoriosos en las recientes elecciones. Mayoría laicizadora, ante la cual el Sr. Debreil, reducido a la impotencia, se retiró. El Hermano Idilonien recibió de él una carta de afectuoso agradecimiento. Un inspector primario, Sr. Pelouse, se sintió honrado de escribir en semejante tono al excelente director.

Éste, el 28 de septiembre de 1890, publicó una hoja titulada: *Adiós a nuestros alumnos, a sus padres y a los habitantes de Puy-l'Évêque*. Después de veinticuatro años pasados en esa población, se alejaba con tristeza. “Mis Hermanos y yo, declaraba, somos objeto de bromas mezquinas y nos vemos bajo la constante amenaza de un despido. El Sr. alcalde afirmaba, el 17 de agosto, que se necesitaba aquí “una enseñanza más sana, más democrática...” Yo no puedo dar otra que no sea la de los programas oficiales, enseñanza que veinte prefectos, doce inspectores de Academia, ocho inspectores primarios y cinco municipalidades, antes de la actual, han controlado sucesivamente; enseñanza consagrada por seiscientos ochenta y nueve éxitos en los exámenes, sesenta y cinco medallas o menciones honoríficas y todas las recompensas que la Universidad otorga a los mejores maestros. Como miembro de una Congregación antigua y respetada, no quiero aceptar ni las injurias, ni las injusticias que se pretenden dirigir contra ella. Por lo cual, en la fecha del 20 de septiembre, mis colaboradores y yo, hemos entregado nuestra dimisión de maestros públicos [1]...”

Con el año 1891 se iba a cerrar el plazo concedido a las escuelas municipales para separarse de los maestros religiosos. Quedaban diecinueve instituciones escolares de ese tipo en el distrito de Rodez. Catorce fueron suprimidos de golpe: Albi, Anglès, Lacaune, Mazamet, Rabastens, Cajarc, Saint-Afrique, Aubin, Saint-Chély d'Aubrac, Saint-Geniez, Najac, Rignac, Saint-Salvadou, Villefranche.

En conjunto, eran firmes ciudadelas para el cristianismo. Lacaune, durante la Revolución, había desempeñado el papel de “Vendée” [2] meridional. Rignac,

1 Archivos del distrito de Rodez, dossier de Puy-l'Évêque.

2 Nota para esta edición digital en castellano:

Vandée (Ejército Real y Católico) es el nombre del ejército insurgente durante la “Guerra de Vendée”. La Vendée reunió a tres ejércitos: Ejército Católico y Real del Centro, Ejército Católico y Real de Anjou y Alto Poitou y ocasionalmente, el Ejército Católico y Real del Bajo Poitou.

La Guerra de Vendée —o las Guerras de Vendée— es una guerra civil que enfrentó a los republicanos (apodados los “azules”) contra los realistas (los “blancos”) en el oeste de Francia durante la Revolución Francesa entre 1793 y 1796, con nuevos estallidos en 1799-1800, 1815 y 1832. Se calcula que estas guerras produjeron cerca de 200.000 muertos entre civiles y militares.

floreciente cabeza del cantón en el centro de una fértil llanura, conservaba la fe del viejo Rouergue; en 1877, el obispo de Rodez, Mons. Bourret, viendo al Hermano Irlide dudar en enviar Lasalianos a ese lugar, escribía al Superior General: “No será usted lo bastante enemigo de su Congregación como para alejarse de un lugar de donde les llegarán numerosos novicios. No se eche atrás, cuando se le ofrecen los mejores medios de rentabilidad [1]...”

Villefranche-de-Rouergue, que en 1822 abrió a los religiosos educadores el antiguo asilo de los “Penitentes” negros les había, al cabo de medio siglo, trasladado de ese lugar pintoresco, pero poco saludable, a edificios más espaciosos, en el barrio Savignac [2].

Cinco escuelas se beneficiaron de una prórroga especial, por lo demás bastante corta. Las de Lautrec, de Laguiole y de Mur-de-Berrez hasta 1892; la de Gua, un año más. La última, en La Besse-Vors, desaparecía en 1894.

Treinta y dos creaciones escolares habían sido retiradas al Instituto desde 1879. Por falta de disposiciones explícitas en los testamentos o en las actas de donación, veinticuatro edificios destinados a las clases y a las comunidades lasalianas quedaron como propiedades municipales [3].

* * *

La exploración que unos itinerarios detallados, numerosos puntos de referencia y buenos guías, nos han permitido emprender en varias provincias, no sería necesario continuarla útilmente hasta las últimas comarcas de la República Francesa. Nos encontraríamos en todas partes los mismos procedimientos, mismos hombres, ásperas críticas y fervientes alabanzas, brutales expulsiones y ovaciones reconfortantes [4]. Si, en algunas regiones, principalmente en la isla de Córcega (donde catorce comunidades sobre diecisiete quedaron aniquiladas), las laicizaciones causan profundos desastres, en otras no se limitan a las quejas y lamentaciones. Lo constataremos pronto, los muertos resucitan. Transformados, revestidos de una juventud y de una potencia totalmente nuevas, aliviados de embarazosos pesos, de algunas preocupaciones y miserias de este mundo. El volverlos a encontrar nos incitará a recorrer espacios que parecemos olvidar. Antes

Ver Wikipédie: “Armée catholique et royale (Vendée)” y “Guerre de Vandée”, en francés.

1 Archivos del distrito de Rodez, *Histórico* de Rignac, carta del 11 de octubre de 1877. La reprimenda era fuerte; a vuelta de correo, el Hermano Irlide contestaba: “Abandono el timón y las velas, antes que ganarme las iras con las que Su Ilustrísima me amenaza sobre mi débil barquichuela. Y espero que el Carísimo Hermano Jurson [el Visitador] me muestre las vías y los medios para la apertura de la escuela de Rignac, sin tentar demasiado a la Providencia...”

Los Hermanos se instalaron en Rignac el 3 de noviembre de 1877.

2 Archivos del distrito, *Histórico* de Villefranche. El alcalde Alfred Cibiel había dado 25.000 francos para realizar ese traslado.

3 Archivos del distrito, monografía del distrito.

4 Es el caso de Nîmes, en 1881. (F. DURAND, *Les Écoles des Frères à Nîmes*, pp. 47-48).

de comenzar otro viaje, detengámonos únicamente en el Macizo Central, luego, unos minutos, en el Franco Condado.

El Hermano Cyrus, que fue Visitador del distrito de Clermont-Ferrand, desde febrero de 1880 hasta octubre de 1884, debió abandonar a los maestros laicos veintisiete escuelas; diez no tuvieron ningún futuro: entre ellas las de Volvic en el Puy-de-Dôme, Curemonte en Corrèze, Guéret en la Creuse.

Culminación de mil enredos administrativos, la laicización alcanzó a las escuelas de Clermont en 1883; el 17 de agosto, veintiún consejeros municipales reclamaban el golpe de gracia. Montferrand, donde los Hermanos habían sido llamados antaño por el barón de Aubière e instalados en 1828 bajo los auspicios de otro administrador de Clermont, Antoine Blatin, Montferrand renegaba de ellos en este momento. Abandonaban, además, sus antiguas clases de Aubusson, de Maurs, de Ambert. Cinco laicos se presentaban en las clases de Ambert el 17 de enero de 1882; el alcalde y el inspector los entronizaban, con gran sorpresa de los alumnos, y escándalo de una parte de la población.

Cada departamento del distrito ve expulsar lo que queda de personal religioso en los centros escolares oficiales después de la votación de la ley del 30 de octubre de 1886. Saint-Saturnin, Aigueperse, Saint-Amant-Tallande, Cournon, Job, Dorat, Thiers, Vodable-Ville, Romagnat, Pontgibaud, municipios del Puy-de-Dôme, asisten al cambio de maestros en 1886, 1887, 1888, 1891. El Cantal conservaba los Hermanos de Murat; la ley se les aplica prontamente. Los de Eymoutiers, en Haute-Vienne, los de Felletin, en la misma circunscripción, sufren idéntico destino en 1888, en 1891 [1].

Veintiocho laicizaciones tienen lugar en el distrito del Puy; tres en 1886, seis en 1887, cuatro en 1888, una en 1889, dos en 1890, y doce en 1891. Las escuelas de la capital del departamento se encontraron entre la primera mitad aniquilada: después de haber abandonado el edificio de la calle Bessat, los Hermanos deben alejarse de su antigua residencia de Gouteyron. El adiós fue doloroso y solemne: estuvo precedido por un triduo, en honor del Beato de La Salle. Cuando las puertas de la capilla y de la casa se cerraron, una multitud de católicos acompañó a los religiosos que se iban a comenzar en otro punto de la ciudad su trabajo ya más que secular. Entre las comunidades ubicadas en las últimas listas de proscripción, en 1891, hay que señalar los nombres de Brioude, donde el Hermano Gabriel-Marie, futuro Superior General, había impartido en otro tiempo brillantes lecciones científicas, y de Saugues, donde el Beato Benildo fue durante veintiún años, hasta su muerte, director [2].

En cualquier región de Francia hacia donde se dirijan las búsquedas, las constataciones se imponen: la actitud de las municipalidades no siempre traduce las preferencias populares. Los electores han elegido, para representarlos, personajes cuyo programa supone el lema: “Libertad, igualdad, fraternidad”, son republicanos; y el país, en su conjunto, quiere la República. Pero esos republicanos declaran la guerra a la Iglesia; se muestran, antes que nada, fervorosos “anticlericales”. Sus

1 Archivos del distrito de Clermont-Ferrand, *Históricos*.

2 Archivos del distrito del Puy, *Históricos*.

actos van mucho más allá de las intenciones y los deseos de sus delegantes. “Si las elecciones —decía en 1889 un consejero municipal de Castres— se hubieran hecho sobre la cuestión de los Hermanos, ningún miembro de la mayoría republicana hubiera obtenido escaño”. Pero, una vez en su puesto, el político se da a conocer como es, pondrá al elector ante el hecho consumado. No se volverá sobre el pasado. Al contrario, el poder de los hombres y de los acontecimientos pesará, con un peso irresistible, sobre el futuro. La opinión, influenciada, dominada, se cambiará día a día. Y una generación nueva será modelada según la voluntad de los sectarios.

La Francmasonería raramente descubre su verdadero rostro. Se esconde bajo el manto de una política de justicia y de progreso. Según todas las apariencias, se enfrenta al “reaccionario”, al “partidario de los privilegios”, no al creyente. Así, el alcalde de Pontarlier, en el mes de febrero de 1881, propone el despido de los Hermanos, porque en el centro escolar municipal existe, con su consentimiento, “un verdadero club”. Ese “club”, es en realidad la “conferencia de San Vicente de Paúl”, la reunión caritativa. Pero según el parecer del magistrado, allí se encuentran enemigos del gobierno, hombres cuya influencia resulta “funesta” para los pedagogos [1].

A veces el odio se lo permite todo. No retrocede ante la elaboración de las más bajas calumnias. La escuela de la Isle-sur-le-Doubs fue confiada a los Lasalianos en 1875 por el alcalde Louis Meiner, cuya conciencia protestante estaba a salvo de estrecheces e intransigencias. El pueblo, donde funcionaban las grandes instalaciones Japy, era un centro industrial bien organizado, en una atmósfera de paz social. En 1866, se extiende la turbación; se acusa al Hermano director y a uno de sus auxiliares, de faltas vergonzosas. Maquinación tan hábilmente urdida que los dos acusados son encarcelados. Finalmente, al cabo de cincuenta días, su inocencia no presenta duda alguna. Reciben, al volver a su comunidad, una acogida triunfal. Pero el golpe ya ha producido efecto; facilita la laicización [2].

En Besançon, los espíritus no se sobresaltan para nada. Ceden a la ideología dominante, se someten a las posiciones indicadas por los dueños del momento. El 18 de marzo de 1881, la Comisión competente del Consejo Municipal se pronuncia a favor de la laicización: el inspector Demongeot, por su parte, declara que tiene listos los reemplazantes de los Hermanos, para la escuela de la calle Battant. Después de lo cual, se obtiene de la Asamblea un voto unánime.

El 25 de marzo, una carta del alcalde, Sr. Delavelle, llega al Hermano Joannès, director de las escuelas cristianas de Besançon: “Al aceptar la decisión que los desvincula de todos los compromisos con la ciudad, los Hermanos maestros que ejercían su empleo en la calle de Battant deberán estar persuadidos de que esta decisión no implica con respecto a ellos, individualmente, ningún motivo de descontento por parte de la administración; se trata de la aplicación de un principio. La municipalidad quiere manifestar a los Hermanos su agradecimiento”.

1 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de Pontarlier.

2 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de la Isle-sur-le-Doubs.

De ese modo, se cumple con la cortesía. Después de todo, una vez entregada una prenda a los adversarios de la enseñanza religiosa, se conserva el personal religioso de la escuela de Saint-Jean. Se acerca el final del plazo quinquenal estipulado por la ley de octubre de 1886: el Sr. Vuillecard, en ese momento alcalde de Besançon, pide al ministerio una prolongación de dos años. Le es concedida, el 25 de septiembre de 1891. En realidad irá hasta octubre de 1894. El Hermano Joseph, que había dirigido la escuela y contaba con más de treinta años de servicio, se ofreció a rechazar una pensión de jubilación. A cambio, los Hermanos no tuvieron que abandonar el edificio [1].

Tales fueron, de oeste a este, del norte al sur, los aspectos de la ofensiva contra la antigua educación francesa, patrocinada y garantizada por la Iglesia. La nación se libera del cristianismo que la ha engendrado. Amplios territorios y almas por millones, van a pasar bajo otras orientaciones. Pero una minoría, verdaderamente valiente y generosa, limita el desastre. Sin temer las dificultades, sin negarse a los sacrificios, organiza una sólida red de defensa. Confía en las tropas experimentadas algunas de cuyas formaciones acaban de ser licenciadas por los poderes públicos, pero que conservan aún la libertad, de dedicarse al bien general.

1 Archivos del distrito, *Histórico* de Besançon.

TERCERA PARTE

LA OBRA DE LOS HERMANOS

CAPÍTULO PRIMERO

LAS ESCUELAS LIBRES

Utilización de la ley de 1850; la escuela cristiana frente a la escuela neutra. El esfuerzo de los católicos. Algunos obstáculos suscitados por el gobierno en el campo financiero. Prohibición, a las municipalidades, de subvencionar las escuelas libres. Algunas trabas en el campo administrativo. — Los sacrificios pecuniarios de los fieles; fracaso del principio de la gratuidad. Función de los Hermanos en la organización de la enseñanza primaria libre. Los auxiliares civiles. “Balance” moral de las escuelas cristianas. — “El espíritu nuevo”. La Iglesia de Francia en tiempos de León XIII; fisonomía del episcopado. Los cardenales Perraud, Richard, de Cabrières, Bourret, Caverot, Place, Thomas, Meignan, Langénieux, Lecot; Mons. Besson, obispo de Nîmes; Mons. Gouthé-Soulard, arzobispo de Aix; Mons. Fulbert Petit, arzobispo de Besançon; Mons. Mignot, arzobispo de Albi. — Las escuelas libres de la región parisina; las instituciones educativas lasalianas, bajo su nueva forma. La asamblea anula el pensionado de Passy. — Los Hermanos en Artois y en Flandes; reaperturas de clases y creación de otras nuevas. Estadísticas del distrito de Cambray-Lille. Gira por la región del Norte: Cambrai, Douai, Armentières, Valenciennes; las obras de Lille; el gran centro: la casa llamada “de la Moneda”. La obra del Hermano Philibert Vrau. Las escuelas de Roubaix y de Tourcoing. La comunidad de Vattrelos. — Las provincias del Este; Reims: regreso de los Lasalianos a la “cuna” de su Instituto; el Hermano Amase-Léon. El Val-des-Bois; Rethel. Los Hermanos en Lorena; fundación de la casa del Épinal, vinculada al distrito de Besançon. Las escuelas libres en la capital del Franco Condado; el Hermano Joannès. Los Hermanos en Belfort; el Hermano Ammonius en Dijon. — A vista de pájaro sobre la región de Lyon, de Saboya (Hermano Véran-Michel), del condado de Niza (Hermano Pacôme-Victor), Mónaco, Córcega (Hermano Tibère-des-Anges). — Nîmes, Montpellier. El Consejo de administración de las escuelas cristianas y los grupos escolares de Toulouse. Estabilizaciones y conquistas en el distrito. — Rodez; resultados obtenidos a precio de sacrificios. La hermosa escuela de Gua. Colaboración de las diferentes clases sociales en las fundaciones del Rouergue. Figuras de maestros: el Hermano Zoélus en Gaillac, el Hermano Idiunet-Jean en Lacaune; el Hermano Isinger-Justien en Carjac. Algunos más, en Gramat, en Saint-Affrique. Las vocaciones sacerdotales y religiosas en el distrito. Importancia numérica de la población escolar. — Carácter de las escuelas y de los maestros en Haute-Loire y en Lozère. Progresión en el número de establecimientos escolares. Los edificios escolares y su arquitecto, el Hermano Nestor-Joseph. Bas-en-Basset y sus ciudadanos entrados en el Instituto. — El distrito de Clermont-Ferrand al final del siglo XIX; las escuelas de la capital de la Auvernia; centros de educación cristiana en los departamentos que forman el distrito. — Las comunidades de Burdeos después de las laicizaciones; la escuela de cantores de la catedral de Agen. El fervor lasaliano en Marmande. Escuelas en Gironde, Dordogne, Charente. — Los países del Oeste y sus maestros religiosos. El distrito de Quimper; fundación de la escuela de Arradon por Hector Bourruet; otras casas del Instituto en la diócesis de Vannes; Ludovic de la Villeboisnet, apóstol de la enseñanza cristiana; iniciativas sacerdotales. Las escuelas de Finistère, Quimper, Brest, isla de Buessant, el país de Léon. Las Côtes-du-Nord: Paimpol, Saint-Brieuc. En Ille-et-Vilaine, en Saint-Malo, obra de las señoritas Garnier-Kerruault en favor de la escuela libre. — Normandía: enumeración de las ciudades provistas con escuelas lasalianas; el Hermano Aubin-Xavier en Elbeuf. La escuela libre de Lisieux: función y fisonomía de Louis Lemaigen. Mérito y desprendimiento de la burguesía católica.

Encontrando, bajo el choque de los adversarios, toda su intensidad de vida, los católicos de Francia no se limitaron a protestar contra la política escolar del Estado; se asignaron a sí mismos actividades reparadoras. Sobre el particular, las leyes no se alzaban como obstáculos; después de las atrevidas campañas de *L’Avenir*, y como consecuencia de los perseverantes trabajos de Montalembert, de Mons. Parisi, de Mons. Dupanloup, la libertad de enseñanza había sido conquistada. Habían aparecido escuelas libres en tiempos de la monarquía de Julio. Se habían multiplicado —y, con ellas, los colegios, los pensionados, todas las instituciones del nivel primario superior o del tipo secundario clásico— después de la votación del “gran Estatuto” de 1850 que conservó, de su iniciador, el nombre de ley Falloux.

Los discípulos del Sr. de La Salle habían entrado en la corriente. Su título, reconocido, de auxiliares de la Universidad, la benevolencia que, de forma general, les manifestaban los gobiernos no podía impedirles dar respuesta a las llamadas de sus correligionarios. Curas de parroquias, laicos piadosos, sociedades privadas, elegían a los Hermanos para dirigir clases abiertas para los niños de la clase popular. Sucedió a veces que esas creaciones fuesen el preludio de un acuerdo entre los fundadores, los pedagogos y los municipios; pero, con mayor frecuencia, después de 1850, la escuela declarada libre, lo seguía siendo. El mantenimiento de esa independencia parecía elemental prudencia para quien preveía la inestabilidad de la opinión pública, los progresos del espíritu revolucionario. En consecuencia, los religiosos se encontraban empleados en unos lugares como maestros oficiales, en otros en calidad de maestros religiosos, depositarios, de modo muy especial, de la confianza del clero. Un mismo Hermano pasaba —por orden de sus Superiores— de la cátedra municipal, a la dirección de una clase parroquial, o a la inversa. Era simple cuestión de conveniencia administrativa, de utilización de los talentos o, en una cierta época, de dispensa del servicio militar. En otros lugares el Instituto lasaliano ofrecía a la pequeña burguesía, y a los mejor dotados entre los alumnos de primaria, las lecciones de sus pensionados, la enseñanza original, variada, adaptada a las necesidades regionales, y siempre impartida bajo la tutela de los poderes públicos.

Lógicamente, las laicizaciones debían provocar un mayor crecimiento de la escuela libre. A la neutralidad, preconizada, luego impuesta por la francmasonería, los creyentes responderían con una afirmación vigorosa de su cristianismo. A los educadores desacreditados y rechazados por las autoridades civiles, condenados a la exclusión por los legisladores, les daban el medio de continuar una misión de importancia sin igual. Mons. Freppel lanzaba la consigna: “En todas partes donde se aplique el nuevo sistema de educación, la escuela cristiana deberá establecerse frente a aquella que ha perdido su nombre” [1].

En aquel tiempo no se habrían encontrado católicos fieles para contradecir esa obligación. Era necesario reunir capitales inmensos: la generosidad francesa los consiguió. Ya en 1882, el Hermano Irlide admiraba ese impulso: “Nuestras escuelas, al cambiar de forma, se ven privadas de toda ayuda por parte de las municipalidades”, decía la circular del año nuevo. “Ahora bien, ante el considerable número de obras que no subsisten más que gracias a las suscripciones de los católicos, parecía temerario esperar conseguir los fondos indispensables para el nuevo servicio escolar... Todo ha sido muy diferente... Podrán ustedes juzgar de la inmensidad de los gastos cuando sepan que, tan solo en la ciudad de París, se elevan ya a más de ocho millones de francos”.

No obstante, el gobierno republicano, se las ingeniaba para suscitar problemas. ¿Alguna congregación docente esperaba beneficiarse de una herencia? Corría el riesgo de verse declarada no apta para recibirla: las oficinas ministeriales alegaban motivos extraídos del orden público, o bien interpretaban a su modo la voluntad del testador. Desde 1883 a 1897, sobre doscientas setenta nuevas herencias destinadas a sociedades religiosas que gozaban de personalidad jurídica, ciento cincuenta y dos fueron invalidadas; la suma global a ser percibida superaba un

1 Citado por BRUGERETTE, t. II, p. 229.

millón; los verdaderos beneficiarios no recibieron ni siquiera trescientos mil francos [1].

En 1891, el Consejo de Estado debió pronunciarse sobre una cuestión que le sometía el poder ejecutivo: ¿el sistema de neutralidad no se oponía a que una comunidad docente tuviese el derecho de aceptar donaciones y herencias para tener las clases en una localidad donde ya funcionaban escuelas oficiales? Hablando claro, se trataba de prohibir todo acto escrito que supusiese liberalidad con destino a sociedades indudablemente autorizadas, pero susceptibles, por su labor pedagógica, de competir peligrosamente con los equipos de la Instrucción Pública.

El gobierno se encontró ante una asamblea vacilante y que, en definitiva, se negó a crear una causa de incapacidad no prevista por la ley del 30 de octubre de 1886. Era suficiente, según el parecer del Consejo de estado, con que los casos en particular fuesen examinados; si el efecto de una donación parecía capaz de perjudicar gravemente a los intereses de una escuela municipal, el ministro se preocuparía evidentemente de someter a la firma del presidente de la República un decreto favorable [2].

Al final, no obtenía el parecer de principio que le hubiese permitido rechazar, sin otra forma de proceso, toda petición para autorizar herencias. Pero conservaba la más total amplitud.

Por esa misma época, el tribunal administrativo, llevado nuevamente a interpretar la ley escolar, concedía sentencia favorable a las prefecturas contra varias municipalidades. Éstas habían votado subvenciones para las escuelas libres: ningún texto impedía expresamente ese gesto de justicia. Sin embargo los prefectos tacharon de los presupuestos locales los gastos previstos en tal sentido. Las ciudades que presentaron recursos, Muret, Nantes, Vitré, en febrero de 1891, Espalion, en abril, más tarde Saint-Michel en El Herm, Lescar, Nontron, supieron que no les correspondía alentar una enseñanza desprovista del sello nacional. Sobre este punto, las intenciones del legislador, aunque no fuesen explícitas, no daban lugar, según el parecer del Consejo de Estado, a ninguna duda. A los municipios no les quedaba más que una sola manera de mostrarse relativamente imparciales: se podían admitir fácilmente las “ayudas individuales” a los niños pobres que acudiesen a una escuela privada [3].

A esa severa jurisprudencia se añadían las dificultades presentadas por los inspectores primarios, por los Consejos departamentales de la Instrucción Pública, al funcionamiento de las nuevas escuelas. Exámenes minuciosos de los informes, objeciones referentes a la consistencia de los edificios, su disposición, su iluminación, su higiene... A menudo, se necesitaba recurrir al Consejo Superior: este, felizmente, manifestaba mayor equidad, más serenidad; cantidad de apelaciones

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 268.

2 DES CILLEULS, *op. cit.*, t. IV, p. 268.

3 DES CILLEULS, *op. cit.*, t. IV, p. 459.

recibían soluciones satisfactorias. Las escuelas se abrían finalmente, para disgusto de los sectarios [1].

Desde 1880 a 1900, el número de escuelas creadas por los católicos se elevó de 12.526 a 17.348; el número de alumnos, de 751.453 a 1.377.578 [2]. Colocando en paralelo las cantidades del año 1875 las de 1892 [3], se constata que religiosos y religiosas de las congregaciones docentes, después de la pérdida de todas sus escuelas municipales, salvaguardaban la mayoría de sus posiciones. 18 por ciento de disminución, en el total de los centros escolares: el peso de todas las potencias adversas no produjo más que un retroceso sin desastre [4].

* * *

Para lograr mantenerse tan enérgicamente, maestros, padres, bienhechores aunaron sus fuerzas. La organización del “Denario de las escuelas” proporcionó recursos constantes. Fue necesario, además, solicitar la colaboración de las familias cuyos niños formaban la clientela de la enseñanza libre. Consentir ese sacrificio pecuniario parecía tanto más meritorio cuanto que en adelante toda retribución sería abolida en las escuelas municipales. La gratuidad, por la cual el Fundador y los Superiores del Instituto de los Hermanos habían luchado, habían sufrido desde hacía dos siglos, se convertía en ley del Estado, en el momento mismo en el que los católicos renunciaban a generalizar su uso.

Eugène Rendu, uno de los jefes del movimiento en la capital, se explicaba sobre el tema de la siguiente forma: “Cuando el Venerable de La Salle ponía la gratuidad como base de sus creaciones, esa gratuidad era la de la Iglesia: proveniente de las fundaciones caritativas, no tenía otra inspiración ni más finalidad que la fraternidad cristiana practicada para con los indigentes. Pero cuando la gratuidad no es más que un medio para favorecer la usurpación del Estado que se interpone entre la familia y la escuela para hacerse dueño del niño, ¿cómo no recurrir a ese instrumento de defensa que es la aportación voluntaria de los padres a los gastos de la educación? ¿La retribución escolar no se convierte en un arma protectora, la garantía de la acción paterna contra la intrusión de los poderes públicos?” [5].

En verdad, la burguesía francesa nunca había cesado de sustentar prejuicios contra la enseñanza gratuita. Aceptaba contribuir a la enseñanza de los pobres, conceder a tal o cual de sus protegidos la exoneración de la escolaridad, como quien da una limosna. Pretendía que el pueblo, si gozaba un cierto acomodo, pagase por sus hijos, no bajo la forma de una contribución espontánea, de un libre y universal impuesto de solidaridad, sino directamente, a plazos fijos, y en razón de la asistencia de cada uno de los suyos sobre los bancos de la clase.

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 268.

2 Cifras ofrecidas por BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 233.

3 Por consiguiente en el momento de la expiración del plazo previsto por la ley de 1866.

4 DES CILLEULS, *op. cit.*, t. IV, p. 678.

5 Eug. RENDU, *op. cit.*, p.66.

Este sistema que recomendaban —como acabamos de anotar— excelentes abogados, pero que acentuaba las desigualdades sociales, se va imponiendo por todas partes. Clero, consejos centrales, consejos parroquiales lo erigieron, siempre que pudieron, en regla absoluta. Los Lasalianos lo soportaron, habiendo recibido de Roma las dispensas necesarias desde los tiempos en los que los ministros de Napoleón III les manifestaban, con amenazas, la obligación de someterse a él. Es decir que, en ciertas localidades del Norte, los jefes de la Congregación debieron admitir la coexistencia, en el mismo edificio, de dos escuelas, una de pago, la otra gratuita. En Roubaix, los indigentes, designados bajo el nombre de “alumnos patrocinados”, fueron invitados a buscar bienhechores que pagaran por ellos una mensualidad, por lo demás, muy modesta, y comprasen los útiles escolares. Algunos congresos católicos, en Lille, se pronunciaron claramente en un sentido semejante. En Tourcoing, en Armentières, diversos comités realizaron campañas muy eficaces. Además de los motivos de tipo presupuestario, no se dudaba, en tales ocasiones, en emplear un argumento susceptible de alentar los egoísmos, de incrementar las envidias y las animosidades de castas: la retribución permitía la “selección” de la clientela [1].

A pesar de las controversias y en medio de las dificultades, los Hermanos iban a emplear todo su celo en la extensión de las escuelas libres. Al lado de los Hermanos superiores generales Irlide y Joseph, dos religiosos, principalmente, aseguraron al estado mayor eclesiástico y laico de la educación cristiana, una larga y fructuosa colaboración: El Hermano Tempier, en calidad de jurista, encargado de estudiar, en sus informes, en sus “memorias”, las leyes y los reglamentos, de indicar los caminos a seguir para evitar las emboscadas; el Hermano Anthymius, cuya competencia pedagógica acudía en ayuda de los directores llamados a abrir las escuelas, y con quienes mantenía una enorme correspondencia, así como con los comités fundadores [2].

Programas y métodos de enseñanza, preparación, vigilancia y organización de los concursos, presencia en los jurados de examen establecidos tanto para la doctrina religiosa como para la culminación de los estudios primarios, encauzamiento de los alumnos hacia los certificados oficiales, montaje y valoración de los materiales destinados a las exposiciones internacionales, ese es el trabajo que Eugène Rendu inscribe en el activo de los Lasalianos, cuando habla de la cruzada escolar comenzada en 1880 [3].

Homenaje legítimo. Y la alabanza no guarda proporción exacta con el esfuerzo. Como antaño las municipalidades, ahora las parroquias, los comités diocesanos reclaman a los maestros religiosos. Éstos no tienen un número suficiente; tienen que asumir tareas casi sobrehumanas. Su tiempo no alcanza, sus esfuerzos no aflojan. Entre los Hermanos se encuentran algunos jóvenes que deben dirigir clases de ciento veinte niños. Los dividen en ocho o diez secciones, preguntan a una, distribuyen a las otras tareas silenciosas, se consiguen algunos monitores

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*.

2 Noticia necrológica, 1904.

3 Volumen citado *Siete años de guerra*, *passim*.

dinámicos. Así y todo, en tales condiciones, la fatiga no basta para garantizar la importancia de los resultados [1].

La ayuda de personal civil parece urgente. Se recurre a ella, principalmente en París, donde los directivos han debido multiplicarse después de la fragmentación, y el reparto entre parroquias, de las grandes comunidades lasalianas de antaño. Desde 1885, cuarenta y dos laicos son asociados a los Hermanos en los establecimientos de la Seine. Se admitieron aún más, cuando los cuarteles retuvieron por tres años a los jóvenes religiosos. En 1903, noventa y nueve maestros procedentes del exterior contribuyeron al buen funcionamiento de las clases del Instituto en la región de París [2].

Ese personal queda no yuxtapuesto sino subordinado al personal religioso. El impulso parte del Hermano Director; el ejemplo lo dan los maestros del cuello blanco. Los principios de la *Guía de las Escuelas* no corren el riesgo de ser olvidados. Al contrario, el viento de persecución ha reanimado la llama del apostolado. El Padre Lesêtre, párroco de Saint-Étienne-du-Mont, publica, el 15 de marzo de 1897, en la *Revista del clero francés*, un artículo titulado “El balance de las escuelas cristianas”. En él escribe: “Aunque, en el momento actual, las Congregaciones tienen aún en funciones algunas personas ancianas que no han podido lograr hacerse una idea exacta de las necesidades nuevas, lo cierto es que los maestros formados desde la época de las laicizaciones están imbuidos de un espíritu más estrictamente religioso y están capacitados para prestar los servicios que la Iglesia espera de ellos”.

Y, después de haber recordado el hermoso elogio fúnebre que el arzobispo de Lyon ha dedicado, el 7 de enero precedente, al Reverendísimo Hermano Joseph, “apóstol por la energía de su fe”, el autor responde a la pregunta: “¿Las escuelas cristianas son lo que deben ser?” “En general sí. Los Superiores y los demás dirigentes de las Congregaciones docentes, antes que nada, se han preocupado por formar cristianos”.

* * *

Así pues los maestros libres y, entre ellos, los discípulos de Juan Bautista de La Salle en muy amplia medida, contribuyeron a crear un clima espiritual en una Francia ya intoxicada de materialismo.

Eugène Spüller, ministro de la Instrucción Pública, declaraba sin rodeos, el 30 de diciembre de 1894, a una delegación de la enseñanza primaria: “Algunos creen que la obra de esta enseñanza es cosa hecha y perfecta en nuestro país. Pero falta una parte de la tarea, muy grande y difícil, la más difícil de todas, que hay que completar, debería decir: comenzar seria y resueltamente; es la obra moral” [3].

1 Archivos del distrito del Puy, notas tituladas “Ojeada retrospectiva”.

2 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de mayo de 1907, pp. 140-141.

3 Citado por G. GOYAU, en su libro *L'École d'aujourd'hui*, 1ª serie, 1899, pp. 112-113.

Un reconocimiento tan sincero descubría inquietudes. Declaraba la génesis de ese “espíritu nuevo” cuyo desarrollo deseó el mismo Spüller y que volverá a expresarse en labios de Gabriel Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores, al decir al nuncio, Mons. Ferrata: “Es contrario a los verdaderos intereses de la nación, como a los de la Iglesia, formar generaciones irreligiosas y ateas” [1].

Una decena de años después de las primeras “leyes laicas”, se sentía pues, en el mundo político, el deseo, la necesidad de una distensión. León XIII, Papa conciliador y clarividente, lo facilitó con todo su poder. Exhortó a los católicos a no anclarse en estériles lamentos, a trabajar, de acuerdo con todos sus conciudadanos, al progreso del país, a las mejoras sociales, después de una aceptación, sin reticencias, de la Constitución Republicana. El representante de la Santa Sede en París, intérprete calificado de las directivas pontificias, ha ejercido una acción inteligente, hábil, perseverante.

No le han faltado las decepciones. Chocó con las intransigencias de derecha y de izquierda; no pudo abrir los ojos de algunos ciegos, hacerse oír de los sordos voluntarios, desarmar los odios irreductibles. No obstante, tiende a establecerse una paz relativa. ¿Se mantendrá? ¿No será más que una tregua? Bastará con un equívoco para comprometerlo todo, un choque para hacerlo pedazos. Pero en los mejores días del reinado de León XIII, la vida de la Iglesia en Francia se manifiesta con intensidad: piedad, ciencia, doctrina se renuevan y crecen. Al mismo tiempo que las obras de caridad se desarrollan, la justicia social debe a la palabra del Vicario de Jesucristo la esperanza de una próxima expansión: mejor comprendida, tiene oportunidades de ser mejor observada [2].

Las obras educativas disfrutaban también de esa atmósfera, de esa claridad. Trabajos de las jóvenes Facultades católicas; participación más decidida y más notoria, aunque a veces no sin peligro, del clero en el movimiento científico y filosófico. Pero también, en el terreno de la libertad, con la colaboración de los religiosos, de los sacerdotes seculares, de los abnegados laicos, éxitos en la enseñanza secundaria, amplias perspectivas para la enseñanza de masas.

El episcopado, aunque inseguro o dividido en materia política, es unánime cuando entran en juego la fe y la moral. Es consciente del bien producido por la educación. Construir escuelas, reclutar maestros, recordar a las familias sus deberes con respecto a los hijos, esa es, en cada diócesis, la preocupación primordial.

En esta época, la Iglesia conserva en la nación un puesto oficial. El Concordato de 1801, siempre en vigor, regula las relaciones del clero con los poderes públicos. Y, sin duda, esa situación conlleva serios inconvenientes: el Estado considera a los prelados y a los curas como funcionarios, a los que ha nombrado, a los que paga y cuyos gestos pretende vigilar, censurar, y si procede, también las palabras. Algunos ambiciosos, algunos mediocres pueden usar las intrigas o aprovechar útiles relaciones para conseguir los honores eclesiásticos. En su conjunto, no obstante, la independencia y la dignidad de los ministros de Dios permanecen a salvo. El Papa

1 GOYAU, *Histoire religieuse de la nation française*, p. 601.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 1 y 2.

se negaría a otorgar la institución canónica a personas notoriamente incapaces o, con razón, sospechosas; la elección de la Santa Sede es restringida, pero no paralizada. Un nuevo obispo, aún cuando antes de su designación hubiese dado demasiadas garantías al gobierno, siente, después de su consagración, todo el peso de sus responsabilidades, evalúa la grandeza de su misión. Pronunciará, en los momentos graves, el *non possumus*. Si recibe la censura de los altos personajes de la República y una condena, de ordinario tan sólo verbal, en Consejo de Estado, gana los corazones de los cristianos fieles, impone respeto a los adversarios. Se suprimen sus “honorarios”: venganza mezquina, evidente injusticia; pues, después de las expoliaciones revolucionarias, Francia ha contraído una deuda hacia los sacerdotes. Si nos encontramos con un jefe de diócesis ubicado entre los pobres: es para él, discípulo de Cristo, un título de gloria. Puede, además, liberarse de inquietudes: espontáneamente, sus feligreses, como en los primeros tiempos de la Iglesia, proveerán para su mantenimiento.

Así se estrechan los lazos entre pastor y rebaño; así, en todos los campos —que se trate de mantener el culto o promover la escuela— los católicos se acostumbran a no contar más que con ellos mismos. Los políticos de extrema izquierda reclaman la abolición del Concordato: cuando se produzca la brutal ruptura, no se sucumbirá al desaliento, se remediará pronto la zozobra; la lucha contra el laicismo habrá desarrollado facultades de iniciativa.

Los que están al frente tienen nobles e insignes fisonomías. Pongamos de relieve las más características, las que resultan inseparables de un cuadro de la Francia cristiana. En primer plano se dibujan los rostros de los prelados especialmente distinguidos por León XIII: cardenales de la víspera o de los días posteriores. Adolphe Perraud, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, miembro de la congregación del Oratorio, obispo de Autun desde 1874 a 1906: asceta de ojos profundos, a la vez tímido y que intimida, modelo de todas las virtudes sacerdotales, hombre de pensamiento y de oración más que voluntad emprendedora, audaz; François Richard, que no posee los mismos dones intelectuales, pero que, también él, es un alma grande: sobre la palidez y delgadez de los rasgos irradia una luz de santidad. Gran vicario de la diócesis de Nantes, fue llamado a París en 1875, para ser el coadjutor del cardenal Guibert; en 1886, se convirtió en el arzobispo de la capital; en tan alta situación, en circunstancias difíciles y muy complejas, aparece como el administrador laborioso, prudente consejero, ejemplo de rectitud, de lealtad, de justicia [1].

Contemporáneo de los dos precedentes, ya que fue obispo de Montpellier desde 1874, el futuro cardenal de Cabrières es un gentilhomme del antiguo régimen, por la amabilidad, los modales elegantes, la flor del honor caballeresco, las convicciones políticas, y un apóstol que comprende las necesidades de la sociedad moderna y no duda en colocarse a la vanguardia, al lado de Albert de Mun [2].

Y vemos también, en un plano secundario, una personalidad de no menor relieve: Mons. Bourret, el cual, al llegar a Rodez en 1871, bromeaba sobre la iglesia local “su

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 81 a 86 (Mons. Perraud), pp. 7 a 10 (Cardenal Richard).

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 102 a 105.

nueva esposa” adornada, para acogerlo, con blancas vestiduras de nieve y “pendientes de hielo”. Este espíritu cáustico sabrá conquistar las simpatías. Gobierna con autoridad, con un sentido muy fino de lo posible y de lo realizable. Llena su diócesis de iglesias y de escuelas; a las unas les da numerosos sacerdotes, piadosos, instruidos; para las otras, consigue la colaboración de las Congregaciones [1].

Tanto como este antiguo maestro de la Sorbona, el cardenal Caverot, arzobispo de Lyon, trabajo en favor de la enseñanza libre; se interesó por las clases primarias, al igual que por la universidad católica del Sureste. Muere en 1887. Tras los cinco años del episcopado del cardenal Foulon, discípulo de Mons. Dupanloup, historiador de Mons. Darboy, los lioneses conocerán el báculo amable, el corazón generoso y delicado de Mons. Coullié, procedente de Orleáns a principio del 1894, cardenal en 1897 [2].

En el Oeste, nos encontramos con el segundo titular del arzobispado de Rennes, el cardenal Place. Es otro miembro del entorno de Dupanloup. Recibió las órdenes después de una corta carrera de abogado y de agregado de embajada, dirigió el seminario menor del obispo de Orleáns, en La Chapelle Saint-Mesmin. En Bretaña, dedica una gran parte de su fortuna personal a la creación de las escuelas cristianas. Tan solo en su ciudad episcopal, se cuentan no menos de 2.300 niños que acuden a las clases de los religiosos docentes. El generoso prelado administra su diócesis con vigor. Profundamente piadoso, despliega una activa vigilancia para la santificación de los clérigos. Al desaparecer, el 5 de marzo de 1893, habría dejado más lamentos, si la frialdad de sus acogidas y la aridez de sus órdenes no hubiesen desconcertado a más de un eclesiástico [3].

El cardenal Thomas, arzobispo de Ruán, le sigue de cerca a la tumba. Nadie se mostró más completamente de acuerdo con León XIII que este orador elocuente, este ardiente patriota, este clarividente sociólogo. Mediante sus cartas pastorales “el Papa y Francia”, “la Iglesia y la Democracia”, “Los Ricos y los Pobres”, “Los Patronos y los Obreros”, se aplicó a servir la política del Soberano Pontífice y la causa de la paz entre los ciudadanos [4].

El pueblo creyente, que busca sus caminos entre los terrenos pantanosos y las emboscadas, no podría desconfiar de tales guías. Quizás algunas almas sencillas se sientan desconcertadas por el cardenal Meignan: el arzobispo de Tours, de elevada estatura, porte imponente, tiene ironía en sus ojos claros; sus labios finos están siempre listos para lanzar una agudeza. Dicen que es escéptico, porque conserva pocas ilusiones sobre la humanidad. No se ignoran sus tendencias, que lo acercan al “catolicismo liberal”. Pero nadie puede poner en duda su piedad. Este erudito, este

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 113 a 116.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 73 a 77.

3 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 25 a 27.

4 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 11 y 12,

exégeta reconocido, es asiduo a la oración. Y consciente de todos sus deberes de pastor, domina la Touraine y satisface las necesidades espirituales de esa región [1].

Para quien desee príncipes de la Iglesia más asequibles, más capaces de conseguir la inmediata simpatía, hasta de suscitar el entusiasmo, hay que hablar de los arzobispos de Reims y de Burdeos. El cardenal Langénieux conserva en su activo las obras admirables que ha creado en la parroquia de San Ambrosio en París, donde fue cura párroco en tiempos del Segundo Imperio. A continuación, ayudó a Albert de Mun en la fundación de los Círculos Católicos. Más tarde, será él quien guíe hacia el Papa las peregrinaciones de obreros. Se interesa vivamente por las masas trabajadoras; logra entrar en contacto con ellas, en manifestaciones explosivas donde fluye su elocuencia, donde se dilata su gesto de bendición. Los santuarios nuevos surgen en Reims durante sus años de episcopado: uno de ellos estará dedicado a san Juan Bautista de La Salle. En 1888 y en 1900, el cardenal Langénieux celebra magníficamente esta gloria de Champagne. Se muestra fiel no solamente al recuerdo, sino a la inspiración del Fundador de los Hermanos: las escuelas lasalianas, los círculos juveniles, las agrupaciones de buenos cristianos en las parroquias, florecen, gracias a las atenciones de su prelado [2].

Por su parte el cardenal Lecot, promovido a la sede de Burdeos en 1890, se cuenta entre el número de los principales auxiliares de León XIII. Su feliz intervención en una huelga de la construcción, lo hizo famoso. No siempre se mostrará tan hábil, tan sensato, tan atrevido. Pero su inteligencia y su celo son indiscutibles. Gracias a él, hasta el final del siglo, el centro de acción católica se establece en la capital de la Guyenne [3].

Otras figuras también tienen prestigio, sin verse iluminadas por los reflejos de la púrpura. Detengámonos, al menos un instante, ante Mons. Besson, obispo de Nîmes, orador, escritor, carácter original, vigoroso, corazón excelente. “Es un hombre, este Besson”, dice el Soberano Pontífice. Y los habitantes de Nîmes se declaran orgullosos de un jefe que infunde su vitalidad a las obras, se prodiga infatigablemente, no duda en absoluto, llegado en caso, en arriesgar mucho por defender a sus sacerdotes, por la salvación de sus escuelas [4].

Conviene también citar al enérgico arzobispo de Aix, Mons. Gouthé-Soulard, “esculpido en el basalto de sus montañas del Forez”, rudo y sin rodeos, no pensando más que en hacer el bien, lo más prontamente posible, arriesgado, quizás, en el plano político, pero que consigue su objetivo cuando se propone dar buenos maestros a los hijos de sus diocesanos [5]; Mons. Fulbert Petit, arzobispo de Besançon después de haberlo sido del Puy; “espíritu serio, moderado, conciliador, ecuaníme”, y cuyas iniciativas contribuirán a la evolución religiosa de Ferdinand

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 33 a 38.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 15 a 17.

3 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 50 a 52.

4 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 99 a 101.

5 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 107 a 109.

Brunetière [1]; Mons. Mignot, quien, asistido por su eminente vicario general, P. Birot, restableció el orden y la confianza en la región de Albi y proporcionó a una parte del clero francés directivas intelectuales; Mons. Marchal, de una generación anterior, con una autoridad menos decidida, pero de meritorio esfuerzo en la lucha contra la descristianización, en su proyectos de organización escolar y postescolar, en su Berry, lastimosamente, tan vaciado de sus firmes creencias [2].

* * *

Podríamos prolongar la lista. Pero con algunos grandes nombres será suficiente. Y después de las presentaciones de conjunto, las consideraciones generales, los retratos de los más ilustres o de los más solícitos representantes de la Iglesia docente, es importante entrar en los detalles.

París y sus suburbios habían ofrecido, desde 1879, un amplio campo para las laicizaciones. Los católicos de la gran ciudad tenían que movilizar sus recursos y pagar de su bolsillo con el fin de limitar las consecuencias de la ofensiva masónica. Bajo el impulso del cardenal arzobispo y de su coadjutor, se constituye un Comité Diocesano; el fondo común que va a crear y del cual conservará la gestión permitirá ayudar a las parroquias demasiado pobres para abrir escuelas por sus propios medios. En una reunión del 16 de marzo de 1880, Charles Chesnelong proclama: “No permitiremos que caiga ninguna de nuestras escuelas cristianas. Si son catalogadas como escuelas públicas, las haremos reabrir inmediatamente como escuelas libres. Fundaremos otras nuevas en cualquier otra parte donde sea necesario... Obra fácil, si todos los hombres de fe, de corazón y de bien participan en ella. Reuniendo sus sacrificios, conseguirán un fondo doblemente glorioso: glorioso porque sus contribuciones serán voluntarias, glorioso también porque la finalidad es sagrada. Será el fondo del sacrificio cristiano para el rescate del alma del pueblo” [3].

El Instituto del Sr. de La Salle está listo. En ese momento, se le confían veinticuatro escuelas libres; dieciocho en la capital, seis en los alrededores, principalmente en Saint-Denis, en Neuilly, en Sceaux. Anteriormente municipales, reunían a 5.960 alumnos; bajo su nueva forma, ven a 4.514 alumnos que les permanecen fieles. Entre los demás, muchos no han podido unirse a sus antiguos maestros por falta de puestos. A menudo la expulsión de los religiosos fue tan brusca, tan implacable, que el traslado de las clases tuvo que realizarse en condiciones difíciles. Locales de circunstancia, acogieron el material y el personal escolare, con el mayor número posible de jóvenes clientes. Mejores instalaciones no tendrán lugar sino después de la adquisición de suficientemente amplios terrenos, tras la construcción de edificios apropiados. Ahora bien, si en los barrios de la periferia las búsquedas no han exigido excesivo esfuerzo, en la avenida de Choisy, avenida de Saint-Ouen, en Notre-Dame de la Gare, donde los espacios libres no escaseaban, en el centro de la ciudad

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 87 a 89.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 44-45 y p. 112.

3 Obra diocesana de las Escuelas Libres, acta de la reunión del 16 de marzo de 1880.

donde la carencia de espacios, los precios de los edificios en el centro de la ciudad plantearon penosos problemas [1].

Los Hermanos se han adaptado. Sus grandes comunidades de antaño no han podido mantenerse; han sido fraccionadas en equipos que atienden las circunscripciones parroquiales. Así es como al desaparecer la casa del Carré Saint-Martin, los religiosos que la habitaban han ido a dirigir escuelas en la calle de Béarn, en la calle Saint-Denis, y cerca de las Iglesias Sainte-Élisabeth y Saint-Jean-Saint-François [2]. En definitiva, se tratará de formar sesenta grupos lasalianos, encargados de impartir la enseñanza en ochenta y cinco escuelas.

Algunas fundaciones adquirirán mayor importancia; su funcionamiento recordará, no sin algunas superioridades en el tipo de estudios, a las hermosas organizaciones de la época del Hermano Philippe. Como el centro escolar de Saint-Roch, que en 1886, comprende escuela parroquial, escuela de cantores de la catedral, escuela comercial, centro juvenil. El Hermano Agilbert-Marie, nuevo director en esa fecha, sabrá vencer el gran número de obstáculos para congregar las almas, garantizar el progreso de las mentes, incluso obtener las seguridades materiales. Habrá disipado tantos nubarrones que le llamarán “el sol” de Saint-Roch [3].

En el número 68 de la calle de Assas prospera otra institución: es la escuela de la parroquia de San-Sulpicio. En 1900, incluirá ocho clases y poseerá una gran capilla. Su comunidad, de una decena de Hermanos, demuestra mucho celo, goza de gran influencia sobre la juventud. Enseña a los de más edad y a los mejores alumnos en dos cursos de enseñanza primaria superior, trasladados de la parroquia Santa-Clotilde [4].

Casi por todas partes en la región parisiense, los discípulos de san Juan Bautista de La Salle son abnegados realizadores de las intenciones del clero, de las resoluciones de la autoridad diocesana. Sus casas sirven de cuartel general al estado mayor católico, se ofrecen para la realización de manifestaciones y de fiestas. Cada año, en el pensionado de Passy tienen lugar solemnes congresos; el delegado del Consejo de la enseñanza primaria libre presenta allí su informe; allí se proclaman los nombres de los alumnos que han obtenido, ante los jurados oficialmente constituidos, un “certificado de estudios” apreciado por las familias y, por los empleadores cristianos. Viene luego la lectura de una lista menos larga, pero de mayor interés: la de los jóvenes admitidos, tras concurso, en las escuelas comerciales libres, en calidad de becarios. Finalmente, la distribución de recompensas: premio de honor, dotado por el arzobispo, para el laureado del concurso de dibujo que los Hermanos han organizado de modo especial; coronas, diplomas y menciones, otorgadas tanto a varios otros dibujantes de mérito como a

1 Reunión del 16 de marzo de 1880, informe de Denys Cochin.

2 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1922, p. 25.

3 *Choix de notices nécrologiques*, t. III, pp. 563-564.

4 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1926, pp. 347 y ss.

los brillantes alumnos de las escuelas superiores. Tres mil adolescentes y niños se reúnen ese día, en torno a sus maestros religiosos [1].

* * *

Uno abuso, non deficit alter... La famosa cita se aplica bien a las resurrecciones de las escuelas en Artois y en Flandes. Por orden de los poderes civiles, la rama del cristianismo ha sido desgajada; vuelve a brotar instantáneamente. Esta tierra de frontera, tantas veces devastada, perturbada, durante las luchas entre pueblos, encuentra en sus sufridas labores una nueva fecundidad; después de las destrucciones, Arras, Dunkerque o Armentières reedifican, espléndidas, sus torres, sus campanarios, sus fachadas. Del mismo modo, las replantaciones de obras religiosas, son la respuesta a los desgarramientos.

Hemos relatado las laicizaciones de Aire, de Estaires, de Hazebrouck, todas ellas ciudades pertenecientes al distrito de Saint-Omer. De la escuela municipal, convertida en “neutra”, el paso de centenares de alumnos a la nueva escuela de los Hermanos se realiza el mismo día de la expulsión legal, o, a más tardar, inmediatamente después de las vacaciones. Similares cierres y reaperturas en 1891, en Laventie, en Dunkerque, en Gravelines, en Bourbourg, en Cassel, en 1892, en Bergues, en Saint-Valery, en Malo, en Rosendaël. Y no se piensa en lo provisional: en 1894, seis clases confortables son instaladas en la parroquia de Saint-Éloi en Dunkerque; el Hermano director Euphrase y el Hermano Edibe, su brazo derecho, dan renombre a un curso superior.

No se contentaron con salvar lo que corría el riesgo de perderse. Se usó la libertad sin esperar, por así decir, a verse obligado a ello. La población del Portel, tan católica, en 1879, había dado el ejemplo: todos sus habitantes y, en particular, los patronos de pesca colaboraban entonces en la creación de una escuela que el Hermano Frédebert, venido de Desvres, iba a convertir en posible y firme. En 1887 y 1888, la Compañía de Minas de Béthune llamaba, al territorio de “Brebis”, luego de Mazingarbe, en tercer lugar a Vermelles, a comunidades de Lasalianos para educar a los hijos del personal administrativo y de los obreros [2].

El distrito de Cambrai-Lille contaba, en 1874, con 332 Hermanos repartidos entre 35 casas y dirigiendo a 12.500 alumnos. Aprovechando un periodo de tranquilidad, su crecimiento había continuado, sorprendentemente rápido. Cinco años más tarde, el número de los religiosos lasalianos se elevaba a 441, el de los centros educativos a 51, el de los alumnos a 14.600. Cabía esperar cifras más bajas, una vez abierta la era de las laicizaciones. Las estadísticas, no obstante, siguieron siendo satisfactorias. Sin duda la curva de la clientela escolar indicó disminuciones. Fueron, al principio, poco considerables, puesto que en 1882, 13.000 niños seguían acudiendo a las escuelas cristianas. A continuación, el persistente laicismo agravó sus influencias. Una campaña de difamaciones —que no pasaremos, cuando llegue el momento, en silencio— amedrentó o desconcertó al público. En 1900 los Hermanos no enseñaba más que a 10.660 niños o jóvenes. Pero se produjo una

1 Eugène RENDU, *Sept ans de guerre, l'enseignement primaire libre à Paris* (1880-1886), prefacio.

2 Archivos del distrito de Saint-Omer. *Históricos de las casas*.

corriente favorable. Y, en 1903, eran 11.300 los niños del Norte que recibían las lecciones de 437 maestros religiosos en los 41 establecimientos conservados [1].

En definitiva, pues, no se podría hablar de retroceso. Las ciudadelas no han capitulado, el reclutamiento se ha mantenido, y solamente han abandonado el puesto los elementos, o poco fieles o sometidos bajo el yugo enemigo, de una población que se preparaba para los trabajos de la existencia.

Sin querer recorrer los cuatro puntos cardinales, propongámonos visitar algunos lugares significativos. En primer lugar Cambrai, la noble y discreta ciudad de los príncipes-arzobispos, con sus plazas solitarias, sus residencias señoriales y burguesas, sus iglesias severas. Capital eclesiástica, impone su nombre al distrito lasaliano. No obstante, confesémoslo, manifiesta menor vitalidad que la aglomeración de Lille. Los Hermanos dirigían allí un pensionado en edificios pertenecientes al municipio; el Hermano Flour-de-Jésus, sucedió, en 1874, al sabio y muy estimado Hermano Fuscien. Una municipalidad hostil le quitó los locales, para instalar un colegio oficial. El pensionado tuvo que desaparecer. Se conservaron los espacios necesarios para las actividades de una escuela libre, en la calle de las Hermanas de la Caridad. Los alumnos pagaban una retribución. Pareció muy deseable abrir en otro lugar clases gratuitas. En 1882, “Cambrai-Saint-Joseph”, se añadió, en favor de los pobres, a “Cambrai-Sainte-Croix” organizado dos años antes. Allí colaboró, como ayudante voluntario de los religiosos para las diversiones y la guía moral de los jóvenes, un periodista de Cambrai, el Sr. Ernest Delloye [2].

Douai conoció, en los tiempos de la Restauración y de Louis-Philippe, un hombre de bien, un “san Vicente de Paúl laico”, modelo de todas las generosidades, que se llamaba Deforest de Lewarde [3]. La fundación escolar de la calle Jean de Gouy perpetuaba el recuerdo del eminente hombre de Douai; sus cursos profesionales, su servicio de colocación, todos los apoyos liberalmente otorgados a los antiguos alumnos le merecieron una medalla de honor, en 1893, en la Exposición de Chicago y una medalla de oro, en París, en la Exposición de 1900. Además de eso, tres escuelas libres prosperaban en la ciudad: una, en la parroquia Saint-Jacques; otra cerca de Notre-Dame, en el barrio a orillas de la Scarpe impregnado de paz, de virginal delicadeza; la tercera a la sombra de la colegial Saint-Pierre, que, alza, por encima de los tejados, su silueta inmensa y pesada. Durante veinte años, a partir de 1884, el Hermano Emilianus presidió los destinos de ese conjunto de obras: figura inteligente de acuerdo con el entorno, pues Douai mismo ofrece un rostro de delicadeza y gravedad, una personalidad altiva, en la que se mezclan historia y poesía, energía y meditación, fidelidad patriótica y amor a la independencia. En otro tiempo, los católicos ingleses perseguidos por Isabel Tudor o Guillermo de Orange, encontraban allí asilo y, en la oración y el estudio, se preparaban para peligrosas misiones, para el eventual martirio. Doctrina, piedad, nobleza de alma, valor

1 Archivos del distrito.

2 Archivos del distrito, *Histórico* de Cambrai.

3 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 456-457 y t. V, p. 131.

indomable, los Hermanos recordaban, bajo las bóvedas de la iglesia de los Recoletos, un pasado que los curtió para el trabajo, el sufrimiento y la lucha [1]...

Un antepasado espiritual, y no de los menores, los había además precedido en ese país: el Hermano Barthélemy, primer Superior General, primer sucesor de san Juan Bautista de La Salle. Se procuraba, entre sus compatriotas, una posteridad. En el límite extremo del territorio francés, Armentières le procura hijos particularmente numerosos. Ciudad valiente que sabrá, en nuestro siglo de hierro, renacer de sus cenizas, con una frescura totalmente nueva. Desde la edad media, se inclina bondadosamente sobre las angustias infantiles, como lo demuestra esa cofradía de los “Buenos Hijos”, que se ocupaba antaño de dar educación a los retrasados y a los anormales.

Inmediatamente después de las medidas laicizadoras de 1882, se pone en marcha una suscripción con el objetivo de proporcionar, a los maestros religiosos, sueldo y alojamiento; bastan algunos días para que la colecta alcance 45.000 francos. Los habitantes echan una mano para la instalación de la comunidad en un local de la Plaza Mayor. Para los Hermanos, es el inicio de múltiples atenciones: tendrán en Armentières, el externado Saint-Charles, las escuelas Saint-Vaast, Saint-Joseph, Saint-Roch, y Sacré-Coeur. En 1893, contaban con más de 1.200 alumnos. El Hermano Anice es el capitán de los quince Lasalianos y de los once colaboradores laicos. Hace dos años que recibió esa obediencia y, por más loreno que sea, el amable y apacible religioso se identificará, al igual que su legendario ecónomo, el Hermano Fleury, con este terruño septentrional, que ambos deberán abandonar como proscritos en 1906... [2]

Un breve regreso hacia la otra punta del departamento nos lleva a Valenciennes: la escuela municipal fue laicizada allí en 1891. El Hermano Filélis, que la dirigía, siguió al frente de tres escuelas libres, una de ellas gratuita, las otras dos de pago. Sus virtudes, su competencia, su bondad le valieron la estima universal.

Y ahora, lleguemos al verdadero centro de la actuación religiosa y pedagógica; demos a Lille la conveniente atención. Aquí, se respira una atmósfera ardiente; es la ciudad cuyo glorioso pasado no le impide estar lista para el cumplimiento de las tareas presentes, y orientada hacia el futuro. Allí no faltan majestuosos recuerdos: arquitecturas antiguas de la Plaza Mayor, puerta triunfal, iglesia de Santa Catalina... Pero la vida moderna se desarrolla a lo largo de magníficas avenidas, en edificios bien adaptados a su finalidad. Al lado de los pesados monumentos del siglo XIX, dominan las líneas verticales de los campanarios, el estilo flamenco y su ladrillo rosado... La riqueza, el trabajo, la fe van al unísono. Los habitantes de Lille tienen amplitud de miras y las ponen en práctica con osadía. Han construido palacios, una casa municipal alejada de toda banalidad, numerosos santuarios. Notre-Dame de la Treille, la catedral, es una obra inmensa, cuya terminación sigue su curso a pesar de las guerras, de las desastrosas invasiones, de las peores dificultades financieras. La

1 Archivos del distrito, *Histórico* de Douai.

2 Archivos del distrito, *Notas sobre Armentières*. — *Bulletin du noviciat d'Annappes*, 1914. — Folleto del centenario de los Hermanos en Armentières (1840-1940). — El Hermano Anice tuvo la alegría de acoger en el Instituto a su sobrino, el carísimo Hermano François de Sales, actualmente Secretario General de la Congregación.

infatigable piedad de los poderosos industriales acumula en ellas la piedra, el oro, los mosaicos; la capilla absidal, donde tiene su trono la Virgen preferida de la población, ofrece el decorado maravilloso de un relicario.

Nos imaginamos las iniciativas y los esfuerzos de tales hombres para salvar la educación cristiana. Del mismo modo que lograrán crear una amplia y viva Universidad Católica, desplegarán sus atentas solicitudes en favor de las escuelas elementales.

Desde 1868, como ya dijimos, los Hermanos ya no eran maestros municipales. Con el fin de que siguieran en Lille, un comité, cuya presidencia correspondió al senador Théry, abrió una suscripción "quinquenal". Hasta 1873, se recogieron cada año, 40.000 francos; añadiendo a esa cantidad las retribuciones escolares se pudieron mantener, al principio, siete escuelas libres: San Andrés, San Esteban, San Mauricio, San Salvador, La Magdalena, San Pedro y San Pablo, San Vicente de Paúl.

La lista se incrementó o con escuelas suburbanas pronto englobadas en el gran Lille, o con fundaciones nuevas. Las clases de San Miguel, principalmente, se abrían en 1871; más tardes trasladadas al atrio de esa iglesia, adquirirían una legítima fama bajo la dirección del Hermano Edouardis, formador de excelente personal para el comercio, promotor de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Los Lasalianos tenían su cuartel general junto a Notre-Dame de la Treille. En ese lugar, donde se ubicaba el antiguo Hôtel des Monnaies, la condesa de la Granville había hecho construir un edificio destinado al centro juvenil del P. Jesuita Coeurdacier. Los Hermanos, llamados en 1861 en calidad de colaboradores, asumieron, cuatro años después, la completa dirección de la obra. Y "la Monnaie" se convirtió en 1867, por donación, en propiedad de su Instituto.

El centro juvenil convocaba a centenares de jóvenes y de niños; y se dotaba con clases nocturnas y una sociedad de música, la célebre "Harmonie Notre-Dame". Pero, durante el último tercio de siglo, la casa albergará muchas otras organizaciones: pensionado Saint-Pierre en el cual se integró el antiguo semipensionado Saint-Eubert, círculo San Luis Gonzaga, Escuela Saint-Luc, Escuela Católica de Comercio, externado, escuela de cantores de la catedral, curso normal de maestros... "La Monnaie" sirve de residencia al Hermano Visitador y aloja la procuraduría del distrito.

Varias veces más, nos la encontraremos en nuestro camino. Dejémosla ahora para regresar a las escuelas de las parroquias. En 1878 se contaba con diez. Su situación pecuniaria es más que mediocre en esa fecha. Los recursos han disminuido mucho, mientras que las necesidades han aumentado con el desarrollo de la población. La segunda suscripción quinquenal, desde 1873 no ha producido que entre 20 y 30.000 francos por año. El Comité se ve obligado a desprenderse de su escaso patrimonio.

No se trata de mala voluntad ni de tacañería. Solamente, lo que se necesita es la intervención de una mano firme, dirigida por un cerebro lúcido. La Providencia pone en movimiento a su servidor, Philibert Vrau, el santo hombre de Lille, el rico cuya fortuna se transforma en obras piadosas, en fundaciones sociales.

Vrau es un apóstol de alma mística, con una mente sagaz y calculadora. Él mismo suscitará la colaboración de otras personalidades de Lille, los Sres. Féron-Vrau [1], de Calincourt, Jonglez de Ligne, Dubois-Legentil, Henri Bernard. Propone la creación de “Comités de parroquias”, agrupados en torno al Comité Central.

Cada uno de los organismos particulares, que estará presidido por los deanes eclesiásticos o los párrocos, se encargará de mantener sus propios establecimientos escolares. El Comité Central generará una especie de caja de compensación: dado el caso, remediará el déficit, después del examen de los balances. Él mismo obtendrá su activo del “denario de las escuelas”, en adelante objeto de una percepción regular entre los católicos, y, en segundo lugar, del décimo de todas las suscripciones parroquiales.

Estas disposiciones son adoptadas, el 23 de mayo de 1878. Serán aplicadas exactamente, y con mayor perseverancia porque se está entrando en la era del anticlericalismo. A las amenazas, a los ataques, a los más duros golpes de los republicanos “oportunistas” o radicales, los católicos del Norte quieren oponer un frente sólido. En su Congreso de noviembre de 1879, afirman esta voluntad de resistencia. Escuchan a un belga, Sr. Verspeyen, de Gand, que les dice de qué modo sus vecinos llevan adelante la lucha contra el gobierno “liberal”, ejecutor de la “ley de la desgracia” [2]. El conde de Mun defiende la causa de la enseñanza cristiana, subraya los méritos profesionales de los Jesuitas y de los Hermanos. El Sr. Kolb-Bernard, senador, resume los agravios y las protestas de sus correligionarios en una fórmula a la que da lectura ante los cinco mil ciudadanos reunidos en el hipódromo.

Los fondos comienzan a diversificarse en la caja del Comité Central. Desde el mes de diciembre siguiente, todas las parroquias de la ciudad están provistas de clases, al menos en estado embrionario. Falta construir en los terrenos que se han podido comprar. Al principio de 1882, cerca de 3.000 niños ocupan un puesto en los bancos de las escuelas de los religiosos de distintas congregaciones. Philibert Vrau, se interesa en todos los modos por esa juventud; comité de caridad, obra del vestuario, comisión de higiene, servicio médico, son algunas de sus realizaciones “paraescolares”.

Según su costumbre, es discretamente, humildemente, entre bambalinas —por así decir— como realiza su fecundo trabajo. El clero sigue estando al frente de las agrupaciones; en el Comité Central, la presidencia corresponde a Mons. Lasne, arcipreste, deán de Saint-Maurice. Los laicos, no obstante, ocupan puestos de confianza. La percepción del denario de las escuelas corresponde al Sr. Jonglez de Ligne. Y muchos de los progresos de tipo técnico, solicitados y obtenidos por los miembros dirigentes, les son sugeridos por el Sr. Bernot, antiguo inspector departamental de las escuelas públicas, convertido en inspector de todas las escuelas diocesanas. Su hijo, el canónigo Bernot, lo suplirá, luego lo sucederá.

1 Cuñado de Philibert Vrau

2 Ver anteriormente, p. 233.

En noviembre de 1888, sobre 10.000 muchachos en edad escolar, más de 7.000 acudían a las escuelas cristianas o, si han comenzado antes de los catorce años a ser aprendices, en los cursos nocturnos previstos por la ley del 28 de marzo de 1882. Los Hermanos, aunque no piensan monopolizar la enseñanza primaria libre, asumen, en cambio, diversas tareas suplementarias con generosidad. A ellos se acude tanto para las lecciones a los aprendices como para las obras de preservación moral. Maestros de escuela, profesores de pensionado, directores de círculos juveniles, bajo todos esos aspectos, reúnen, en 1896, una clientela de unas 2.700 personas, en Lille [1].

Su celo no ha disminuido nunca en esas dos ciudades filiales de Lille que se llaman Roubaix y Tourcoing. En la primera, a partir de 1882, sus cinco comunidades — Nuestra Señora, San José, San Martín, Santísimo Redentor, Beato de La Salle— se van formando sucesivamente, para tener, en definitiva, 49 clases y enseñar a 1.900 alumnos.

Tourcoing, en 1877, había presenciado la creación de una escuela de pago, en la plaza Leverrier. Allí se encontraba algunos años después una comunidad de seis Hermanos, bajo la dirección del Hermano Eberhard. Se amplió considerablemente como consecuencia de las laicizaciones. En octubre de 1891, el Hermano Flour-de-Jésus dirigía una veintena de religiosos, que llevaban su enseñanza a diversos puntos de la ciudad. En la misma casa funcionaban cursos comerciales, se reunían los miembros de las asociaciones piadosas, los fieles “antiguos alumnos”. Pronto fue necesario formar nuevos centros de apostolado, en la calle Ingres, calle de la Cloche, calle Winoc-Chocqueel. En 1896, los Lasalianos, en Tourcoing contaban con 2.280 alumnos en sus ocho establecimientos educativos o barrios.

Eso bastaría para decir de qué fama gozaban, de qué afecto estaban rodeados. Una sola localidad, en esta región, les ofrecería mayor satisfacción de ánimo, se abrió aún más a su influencia: habían sido llamados a Wattrelos, en 1869, por la familia Delnatte, que construyó la escuela San José. Desde 1876 a 1879, el Hermano director Eubertus trabajó tan bien que la obra escolar recibió más de un tipo de éxitos: vocaciones eclesásticas, fama de los estudios, actitud favorable de la municipalidad que, hasta 1882, ofrecerá subsidios a esa fundación privada. Algunas clases municipales, organizadas en el barrio de la Baillerie, fueron entonces confiadas a un Hermano Cyrille, que rápidamente se ganó la simpatía de las gentes del lugar.

En la casa San José, el Hermano Elèmes remplazaba al Hermano Eubertus. Imponía su fuerte impronta sobre la comunidad, sobre el mundo infantil. El nivel de la enseñanza superaba al de las escuelas similares; siete alumnos de Wattrelos obtenían brillantes recompensas en la Exposición de Londres, en 1884. En el plano espiritual, el Hermano Elèmes cooperaba con un santo sacerdote, el Padre Lejeune, cura-deán durante un cuarto de siglo. El espíritu cristiano se mantenía en ese país privilegiado. Encontró nuevas facilidades para extenderse, cuando un industrial, Sr. Leclercq-Dupire, asumió todos los gastos de una escuela de cinco clases, destinada

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico general*; biografía manuscrita del Hermano Édouardis. — Mons. BAUNARD, *Philibert Vrau et les Oeuvres de Lille*, ed. de 1907, pp. 209 a 233. — Noticia necrológica del Hermano Maurice-Lucien, 1920.

a recibir gratuitamente a los hijos de sus obreros. Ese gesto, en 1890, compensó —ampliamente— la laicización que había sufrido, anteriormente, la barriada de la Baillerie. El Hermano Elèmes abandonaba Wattrelos para encargarse de la escuela de San Vicente de Paúl, en Lille. Pero el impulso dado se prolongaba, sin disminución. San José tendrá 185 alumnos en 1904; la otra casa dedicada a san Luis, irá por delante con un total de 277. En treinta años, 18 alumnos de los Hermanos habrán entrado en el seminario mayor, y 14 al noviciado de Annappes [1].

* * *

Las provincias del Este no nos proporcionarían una materia tan amplia. Reims, no obstante, ocupa en la historia de la Congregación lasaliana un puesto tan especial que no podríamos pasar por alto lo que se refiere a la ciudad natal del Fundador y del Instituto. Precisamente, llega el día en el que los Hermanos recobrarán el lugar mismo de sus comienzos.

En muchas circunstancias, la municipalidad de Reims —sin importar el régimen político de Francia— se había mostrado poco favorable a los discípulos de su ilustre conciudadano. Los ediles de 1879 encontraban en el pasado diversos precedentes, cuando en su sesión del 6 de octubre se pronunciaron contra el empleo de los religiosos en las escuelas municipales. El prefecto del Marne, respondiendo a su deseo, reemplazó a los Hermanos por maestros laicos, en el mes de marzo de 1880.

Pero inmediatamente el cardenal Langénieux lanza una llamada a los católicos. Se forma un Comité, presidido por un notable, Sr. Werlé, antiguo alcalde. El dinero recogido permite adquirir una propiedad: pero, justamente en ese momento, los edificios de la calle de Contray están disponibles. Allí, san Juan Bautista de La Salle, dos siglos antes, había guiado, instalado, entrenado a su pequeño grupo de maestros de escuela. Las expoliaciones revolucionarias, en 1792, había privado a la Sociedad docente de su “cuna”. ¡De repente les es devuelta!

Y el acontecimiento se produce en el año en el que el Hermano Irlide ordena celebrar el segundo centenario del Instituto. Se comprende la alegría del Superior General. De buena gana, diría a propósito de la decisión del poder civil: *¡Felix culpa!* Al prescribir una novena preparatoria a la conmemoración, relataba a grandes rasgos las primeras empresas del Fundador. Y mira por donde, parecen revivir en su marco. A la ingratitud oficial, el jefe de la Iglesia de Reims y, con él, los descendientes de las viejas familias, los representantes más calificados de la burguesía, aportan una maravillosa y sabrosa réplica.

“A iniciativa suya, gracias a su generosidad —declara la circular del 24 de mayo de 1880— el Instituto, después de ochenta y ocho años, podrá volver a tomar posesión de un edificio consagrado por las oraciones, las vigiliass, los sacrificios, los trabajos y los sufrimientos de nuestro venerado Padre”.

El 24 de junio, fiesta de san Juan el Precursor, aniversario de la mudanza del Sr. de La Salle, es la fecha fijada para una emocionante inauguración. El Hermano Irlide

1 Archivos del distrito de Cambrai, *Histórico general e Histórico de Wattrelos*.

penetra en la casa familiar, seguido por la comunidad que dirige el Hermano Amase-Léon.

El honor es vivamente sentido por este excelente religioso que, habiendo recibido su obediencia veinte meses antes, ha sido víctima de las inquietudes de la laicización. Las preocupaciones reaparecerán los días siguientes. Habrá que constatar que se carece de un elemental confort; que los locales presentan muchas incomodidades. Será necesario proceder a la reorganización de las nuevas clases, aceptar las recomendaciones y las imposiciones del Comité, regular algunas cuestiones delicadas, sufrir amarguras y no hablar de ellas...

Un íntimo del Hermano Amase escribía después del fallecimiento de su cohermano, en 1895: “El relato detallado de las pruebas por las cuales el Buen Dios hizo pasar entonces a su siervo parecería un página del canónigo Blain. Se diría que la Providencia, en el momento en el que el carísimo Hermano acababa de pisar una tierra santificada por los sacrificios del Beato de La Salle, lo había elegido para conectar el presente con el pasado, para reanimar las tradiciones del Fundador y de sus primeros discípulos, mortificados y sufridores” [1].

Ineludibles dolores de la condición humana. Aceptados con espíritu de fe, se transforman en méritos, garantizan las victorias definitivas. Así sucederá en Champagne... Y no solamente en Reims, sino también en Val-des-Bois, donde Léon Harmel, el realizador social, el cristiano de vida intensa, solicita la ayuda de los Hermanos para la enseñanza y para la educación moral de sus obreros y de sus hijos. Por falta de algunos arreglos finales, los colaboradores del “Buen Padre” consideran a veces una cadena pesada, las sujeciones “abrumadoras”. El Hermano Arbogaste, subdirector en 1892, luego director, se resuelve a formular claramente sus deseos. Obtiene audiencia, disipa los malentendidos especialmente penosos entre almas buenas, entregadas a las mismas obras de Dios” [2].

En las cercanas Ardenas, el Instituto, desde sus orígenes es muy apreciado. Rethel creyó perder a sus Hermanos; finalmente se consigue alojarlos, en adelante como maestros libres, en una modesta vivienda, en la plaza de Artois [3]. Sedan, para conservar a los suyos, constituye, bajo la presidencia del Sr. de Montagnac, una sociedad civil, abre una suscripción, construye; 240 alumnos trabajan con el Hermano Alode, en noviembre de 1880. Sus hermanos menores conocerán la poderosa dirección del Hermano Abercius, el cual, desgraciadamente, desaparece demasiado pronto, abatido por la muerte en 1885, a la edad de cuarenta y ocho años [4].

1 Noticia necrológica, 1895. El Hermano Amase-Léon era el hermano de Mons. Lamaze, obispo de Olympe, apóstol de Oceanía central. Su sobrino pertenece a la Congregación lasaliana, bajo el nombre del tío.

2 Noticia necrológica del Hermano Arbogaste, 1908.

3 Notas de M. LEFRANCO en Rethel.

4 ROUY, *op. cit.*

Natural de Lorena, el Hermano Abercius se había iniciado en Metz en 1852. Los alemanes lo expulsaron de allí en 1874. La anexión al *Reich* de la mayor parte del departamento de Moselle sustraía a la Congregación lasaliana nueve de sus establecimientos escolares: cuatro escuelas en la capital del departamento (subsistía tan solo Saint-Vincent, reducido a dos clases y a 80 alumnos); el pensionado de Beauregard; y las casas de Bitche, de Sarralbe, de Sarreguemines, de Thionville. “Los Hermanos son Franceses de corazón, no se pueden germanizar, declaraba Bismarck, durante el Kulturkampf. Prefiero que los niños corran por las calles, que saber que están en manos de esa gente” [1].

Saint-Vincent, protegido por Mons. Dupont des Loges, permanece, más allá de las fronteras de 1871, como un recuerdo y una esperanza. De este lado, la Lorena amputada conserva Hermanos en Meurthe-et-Moselle, en Meuse, en los Vosgos. Nancy y Verdun poseen, desde muy antiguo, escuelas cristianas. En la ciudad de los duques, se ha restaurado lo que existía antes de la Revolución. El obispo del lugar ha establecido maestros religiosos en la parroquia de la catedral en 1836; una se destaca sobre el horizonte gris: perfil venerado del Hermano Abdias-de-Jésus, presente en Verdun desde 1855 a 1903, primer director, en 1878, de la escuela Sainte-Catherine, una escuela muy pobre, en pleno barrio popular, un campo desbrozado a precio de duros trabajos y de ascéticas renunciadas [2].

El departamento de los Vosgos figura, en el atlas de la Congregación, como una reciente conquista. Ha dado algunos de sus hijos a las casas lasalianas antes de cualquier creación de ese tipo en su territorio. La primera en Épinal se inauguró en 1885. Creada gracias a la generosidad de un prelado, Mons. de Sucy, debe la existencia y los medios para crecer a los cuidados de una sociedad de católicos. En los comienzos, estuvo a punto de producirse un desacuerdo entre los fundadores y los Hermanos. Éstos estaban empeñados en mantener, en cuanto fuera posible, la regla de la gratuidad. Su clientela reclutada en los medios acomodados, no se prestaba a la mezcla de la burguesía y del pueblo pobre. Es el tema de una carta dirigida, el 8 de octubre de 1885, por el Hermano director Parmène-Léon a su superior jerárquico:

“... Las familias bien [es decir, según el estilo de la época, las que poseían a la vez fama de honorabilidad y algunos bienes raíces] acudieron en primer lugar a nosotros, numerosas y confiadas, creyendo que la escuela era solamente de pago, que tendríamos mediopensionistas y que daríamos lecciones de alemán. Algunas de esas familias, al saber que habría alumnos gratuitos, retiraron a sus hijos, y, entre ellas, hay que contar varias que solicitaron especialmente nuestra instalación en Épinal... Otras pidieron que se separase a los alumnos de pago; sobre la vaga promesa de esa eventual separación, su decisión se limitó a un ensayo provisional... Los pobres, al principio, no creían poder llegar a ser admitidos. Poco a poco, se extendió el rumor de que serían bien recibidos... Entonces se presentaron en cantidad... Por lo tanto, fisonomía de osados contrastes. ¿Qué pasará? Lo que usted quiera...”

1 Archivos del Secretariado General del Instituto, nota sobre las casa del departamento de Moselle; y artículo del *Lorrain*, número del 24 de diciembre de 1918.

2 Noticia necrológica, 1903.

El Hermano Parmène sugiere la solución siguiente: dos clases de pago y dos clases gratuitas. A lo cual se resigna el Reverendísimo Hermano Joseph, no sin objeciones y sin reservas, como se deduce de esta misiva al obispo de Saint-Dié, Mons. de Briey:

“No ignora usted, Monseñor, los esfuerzos que siempre hemos hecho para mantener la gratuidad; es nuestro patrimonio desde hace doscientos años, y el carácter distintivo de nuestras escuelas junto con la enseñanza de la religión.

“Pero, en estos tiempos difíciles, la necesidad manda; por esa razón Roma ha tenido a bien autorizar la dispensa provisional de dicha gratuidad, cuando la falta de recursos obligue a recurrir a la retribución. Si Su Ilustrísima, en su elevada sabiduría, encuentra la medida necesaria para nuestra escuela de Épinal, consideraré un deber autorizar a nuestros Hermanos a tener clases de pago.

No obstante, no puedo ocultar mi aprehensión: en vez de distribuir a los alumnos en una serie de cuatro clases ascendentes, nos veremos obligados a subdividir en dos grupos de dos clases cada uno, lo que tendrá como consecuencia una enseñanza incompleta, unos cursos debilitados” [1].

El peso de los prejuicios, si no le es el de las preocupaciones presupuestarias, determina la inclinación de la balanza. Pero el Superior General y su consejo no ignoran que cediendo con demasiada facilidad comprometerán las bases y la razón de ser de su Instituto. No consentir más que excepciones, mantener el principio, subrayar siempre su importancia, volver a ponerlo en vigor tan pronto como surja la ocasión esperada, esa será, a pesar de algunas debilidades locales, a pesar de las violentas corrientes de opinión, la voluntad permanente de los sucesores de san Juan Bautista de La Salle.

En 1883, cuando el distrito de Besançon —del cual depende administrativamente Épinal— creaba una escuela superior en la capital del Franco Condado, el Hermano Irlide se negaba a admitir una retribución por parte de los alumnos. Sin embargo, se trataba de un medio seleccionado, de muchachos mayores llamados a crearse una carrera, en derecho, por consiguiente, de solicitar de sus padres algún sacrificio pecuniario.

Obra de un comité de Besançon, esa fundación demostraba hasta que punto los católicos de la región y Mons. Foulon, en aquel tiempo su arzobispo, se congratulaban por la enseñanza de los Hermanos. Un maestro distinguido, el Hermano Ramissarius, en posesión del diploma superior, del certificado de aptitud pedagógica, del certificado de enseñanza secundaria especial, se convertía en el organizador y jefe del establecimiento. A él se unían algunos Lasalianos procedentes de la comunidad de Saint-Jean.

Desde 1856, Besançon veían al frente del conjunto de sus escuelas cristianas al Hermano Joannès. Nacido en Belleville-sur-Saône el 15 de agosto de 1814, Joannès Boisson, Lionés, se había adaptado al Franco Condado, una vez superados los treinta años. Su vocación tardía le llevaba primeramente, en 1841, al noviciado del

1 Archivos del distrito de Besançon.

Norte de Italia. Empleado en Turín, luego en Niza, había abandonado, después de siete años, el reino de la monarquía de Saboya para enseñar en el pensionado de Dole. Dijon lo recibía a continuación: breve estadía en Borgoña. Finalmente, última etapa, treinta y cinco años en Besançon, hasta la muerte en 1891.

Los Hermanos dirigían tres escuelas municipales, en la época del Segundo Imperio: el Arsenal, la Magdalena y San Juan. Con sus dieciocho auxiliares, el Hermano Joannès se prodigó: esfuerzos de actividad, de ingeniosidad, de abnegación; gasto, también, de su fortuna personal. Creó una clase para los soldados, una Obra para los aprendices, cursos de adultos; y la enseñanza de arte industrial que formaba parte de esos cursos, formó pintores, dibujantes, arquitectos.

Bajo los estragos de la laicización, hubo que abandonar la escuela del Arsenal, luego la Magdalena. San Juan, como hemos visto [1], conservo su título oficial más allá de los límites previstos por la ley. Aunque cedió sus mejores alumnos a “Saint-Joseph” —la escuela superior— seguía recibiendo varios centenares de niños. Su transformación en escuela libre se realizó sin mayores problemas. Diez años antes, Mons. Foulon había inaugurado la escuela llamada de las “Chambrettes”. Dos años más tarde, la parroquia de Santa Magdalena recuperaba a los Lasalianos, en la calle Battant [2].

En los departamentos que componen el distrito —Doubs, Jura, Haute-Saône, Côte-d’Or, Haute-Marne, Vosgos, y territorio de Belfort— unas cuarenta localidades conservan o llaman a los Hermanos en calidad de maestros libres antes de 1904. Sobre la parte de Alsacia que no está separada de la madre patria, el Padre Humbrecht ha dado un puesto a los cuellos blancos; 115 muchachos de Belfort han acudido a escuchar a los nuevos maestros, en 1889. La escuela, recomendada por el Sr. Keller, el antiguo diputado del Haut-Rhin en la Asamblea Nacional, bendecido por el arzobispo Ducellier, ha tomado consistencia de sólida avanzadilla, en la que militan, almas igualmente valientes, de Alsacia y del Franco Condado.

¡Cuántos de esos religiosos merecieron las simpatías de la población y habrían tenido derecho a los elogios que Dijon ofrecía a uno de sus cohermanos, meridional, trasplantado de Marsella a Côte d’Or, el Hermano Ammonius, maestro en Nolay, antes de 1858, director de la comunidad Notre-Dame en la capital de Borgoña, desde 1858 a 1891: “Héroe de la caridad y de la abnegación, modelo de fe y de piedad, pero, además, hombre de un trato agradable, espíritu notable de finura y de discernimiento [3]”!

* * *

1 Anteriormente, IIª parte, cap. III.

2 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico*. — Noticia sobre el Hermano Joannès y *Monografía de las Escuelas de los Hermanos en Besançon*, por el Padre SUCHET, cura de San Juan.

3 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de Dijon-Notre-Dame. En el centro, Orleáns, Bourges, Nevers, Moulins utilizan ampliamente el abnegado servicio de los Hermanos: son escuela populares las de “Saint-Bonose” en Orleáns, la de los “Jacobins” del Berry y del Béarn, y la escuela de la calle del Oiseau en Moulins.

A vuelo de pájaro sobre la región de Lyon, Saboya, Provenza, se perciben análogas agrupaciones en torno a los religiosos ignorados, o hasta perseguidos por el mundo político. La diócesis de Lyon, con sus fieles por centenares de miles, sus 1.800 sacerdotes, sus 700 parroquias en sus dos departamentos del Rhône y del Loire [1], la diócesis de Lyon en la cual la generosidad católica dispone de abundantes recursos, no puede desinteresarse de la enseñanza libre. Con dinero y edificios, sabe como utilizar sus bienes; las órdenes religiosas poseen entonces numerosos miembros en su territorio. Los Lasalianos no olvidan que, bajo los auspicios del cardenal Fesch, han restaurado su sociedad en Francia; siguen arraigados en las laderas de Fourvière, se han propagado entre los dos ríos de la amplia y laboriosa ciudad. Su presencia, pronto secular, un reclutamiento, que se realiza favorablemente en la región de Saint-Étienne, pero que no se ha agotado en la región lionesa, les confiere carácter de congregación naturalizada entre las congregaciones más antiguas o más exclusivamente locales. Después del Hermano Philippe, natural de una aldea del Forez, el Hermano Joseph, Superior General, ha salido de una familia obrera de Saint-Étienne: sigue con una mirada particularmente atenta, el progreso de las obras de las que se benefician sus compatriotas.

En Saboya, el florecimiento ha resistido los golpes del viento, los furiosos huracanes. No se contentan con crear una escuela libre allí donde anteriormente existía una escuela municipal cristiana; plantan sus semillas en terreno nuevo. Se vela su desarrollo; se lo facilita por medio de las aportaciones necesarias. Un librero de Chambéry, André Perrin, con su trabajo de tesorero de la Obra de las escuelas, aporta una gran contribución a su éxito. Encuentra en la fe del pueblo, en el celo de los maestros, los elementos esenciales.

Un buen ejemplar del saboyano es el Hermano Véran-Michel, natural de Megève, que ejerce las funciones de director en la capital distrital y es invitado, en 1886, a representar a la enseñanza libre en el Consejo Departamental. Sabiduría de administración, palabra elocuente y juicio recto, le merecen un prestigio entre sus colegas, así como la más durable influencia sobre las generaciones de alumnos. El círculo católico del que es fundador es testigo de esa influencia religiosa.

En Cognin, en las afueras de Chambéry, una escuela creada en 1844 por el cura párroco, P. Victor-François Fasy, prospera bajo la orientación del Hermano Parascève-de-Jésus —Jean-Pierre Ozier— educador de primera categoría, fino psicólogo, poderoso animador, y santo hombre. El Hermano Parascève comienza, en 1878, un apostolado que producirá muchos frutos y que, valientemente, prolongará hasta 1919.

Annecy, como Chambéry, siente apego por los Lasalianos, los ve rezar en su catedral, catequizar y dirigir a los jóvenes del coro catedralicio. La popularidad de los profesores religiosos no ha disminuido en Thonon. Desde las ciudades principales y de las orillas del Léman, se han proyectado hacia las montañas. El centro pedagógico, creado desde hace tiempo en Sallanches, ha formado las conciencias de la élite en el alto Faucigny; esa región ha vuelto a ser lo que era antes de la Revolución Francesa y todas las convulsiones de Saboya de 1792 a 1815: una de las regiones más instruidas, más civilizadas, más cristianas del antiguo ducado.

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 73.

Imparcialmente, se puede decir que los Hermanos demostraron ser excelentes artífices de esa renovación.

De igual modo trabajarán en Tarentaise, hacia donde se dirigen al comienzo del episcopado de Mons. Turinaz. En 1875, llegan a Hauteluce; en 1877 a Fontcouverte. Bajo la bandera francesa, como antiguamente bajo la bandera sarda, continúan siendo los pioneros de la cultura intelectual y moral, de una fe absolutamente católica y romana, de un patriotismo muy leal [1].

En el condado de Niza, también anexado a Francia en 1860, su situación presenta algunos rasgos semejantes. Son bien conocidos por los habitantes de Niza, a quienes, contrariamente a ciertos funcionarios piemonteses, han ayudado a mantener sus costumbres y su lengua [2]. La transición se realiza fácilmente de un régimen nacional y político anticuado a las nuevas orientaciones. El cambio de fronteras no modifica el fondo, ni la forma, de la enseñanza. Ya, varios Lasalianos del Sureste recibían obediencias para una u otra vertiente de los Alpes. En 1863, los Superiores enviaban a Niza al Hermano Pacôme-Victor, el cual proveniente del noviciado de Lyon, había practicado su enseñanza en Italia. Durante cuarenta años, este Hermano Pacôme impartirá sus lecciones de matemáticas y de física a los niños de la ciudad mediterránea. Dejará el recuerdo de un sabio maestro y de un hábil pedagogo.

En consecuencia Niza, aún sometándose a las leyes laicizadoras, no podía permitir la desaparición de los cuellos blancos. Un comité de escuelas libres, sin esperar las directivas episcopales que tardaban en hacerse explícitas, tomó las medidas más sensatas. Su presidente, el Sr. Jules Gilly, era un antiguo alumno del pensionado de Béziers; personalidad de mucho valor, en otro tiempo —como primer magistrado municipal— había administrado la capital de los Alpes Marítimos; conservaba la confianza de muchos de sus conciudadanos. Bajos sus auspicios, se organizó una sociedad anónima inmobiliaria. Se construyó un hermoso edificio para las escuelas libres, en 1891, en la quinta Bettero. Los Hermanos abrieron la Institución San Luis, que comprendía externado y semipensionado. Su defensor y garante, el Sr. Gilly, durante una peregrinación a la Grande-Chartreuse, tuvo una muerte que coronó dignamente su noble existencia [3].

Del otro lado del cabo Ferrat, se impone una parada en el principado de Mónaco. Aquí, ninguna laicización en perspectiva: los religiosos llamados de Francia son maestros oficiales. El principado de los Grimaldi es, desde 1868, tierra de paciente labor para el equipo que el Hermano Philippe suministró al príncipe. Se convierte en oasis de seguridad en el momento en que la Tercera República se presenta como enemiga de las Congregaciones. La tarea, no obstante exige una multiplicación de los esfuerzos: cuando el Hermano Thadée-des-Anges es nombrado director en 1880, encuentra en Mónaco cuatro clases bien llevada; pero él debe, poco a poco, crear otras nuevas. Luego, en 1890, abre una segunda escuela en Montecarlo. Esta escuela de San Carlos obtiene la particular atención y suscita la generosidad de

1 Bernad SECRET, *op. cit.*, pp. 69 a 73, 85-86, 108, 110.

2 Ver *Histoire générale*, t. VI, p. 52.

3 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de julio de 1935, pp. 212-213, 224 a 227.

Alberto I. Al soberano le gusta desempeñar en ella el papel de inspector de estudios; no deja de formular observaciones y críticas. Tan notable, además, resulta el desarrollo de la institución que el Superior General, Hermano Joseph, no duda en enviar al Hermano Thadée un mayor número de auxiliares. En 1896, San Carlos deja de ser sucursal de la casa fundada originalmente; una segunda comunidad de Lasalianos se instala en Montecarlo. Al año siguiente, el populoso barrio de la Condamine se ve, a su vez, dotado de varios maestros designados por el Hermano Gabriel-Marie. La educación de los jóvenes monegascos va a continuar en las mejores condiciones de libertad, de paz, de apreciable confort [1].

Sorprendente contraste con Córcega, donde los Hermanos, después de 1882, son muy poco numerosos y demasiado poco libres en sus movimientos para mantenerse en sus posiciones antiguas. Se resignan a no conservar más que Ajaccio y Bastia. Cuando el Hermano Troade-Anselme, director de la escuela de Bonifacio, hizo saber a la población que debía partir, se produjo una consternación general. El Consejo Municipal envió a varios miembros a solicitar al Hermano Visitador la retirada de una decisión tan dolorosa y perjudicial para la ciudad. Los motivos, desgraciadamente, seguían subsistiendo. Bonifacio perdió a sus maestros lasalianos en el mes de septiembre de 1883.

Ajaccio fue tratado con mayor consideración. Era la capital departamental, con un nombre cargado de prestigio; era la sede episcopal, del mismo modo que Bastia conservaba su título y sus recuerdos de antigua capital. En tanto los cuellos blancos estén presentes en esas dos ciudades, el pasado no quedará abolido, seguirá existiendo la esperanza de una completa resurrección. El Hermano Tibère-des-Anges, una vez llegado a Córcega, se ganó rápidamente las simpatías de los isleños. Director de la casa de Ajaccio, sabe aliar a sus cualidades administrativas el tacto, la mesura y la amenidad. Por eso, en 1892, al tener que ser completadas algunas sedes en la asamblea municipal, algunos notables acudieron a pedir al Hermano que permitiera ser inscrito en la lista de candidatos. Declina el honor; personalmente, pretende quedar al margen de las discusiones políticas; y, como en ese país más que en otros lugares corren peligro de acabar en pelea, los Superiores no dejarían de oponer su veto a las ofertas más sugestivas de los partidos [2].

* * *

Volviendo sobre el suelo continental y recorriendo el Languedoc, constatamos en Nîmes la infatigable solicitud de Mons. Besson y los impulsos de generosidad de sus diocesanos: el obispo predica en favor de las escuelas cristianas, promueve las donaciones, no solamente de los de Nîmes, a los que entusiasma rápidamente, sino de sus relaciones de París y de otras grandes ciudades. Provisto con tales colectas, hace construir una vivienda para los Hermanos; éstos, desde junio de 1881, han abierto sus clases en el convento de los Recoletos, calle Aquitaine. En noviembre, se crea una segunda escuela, en la calle Bossuet. En 1883, habrá una tercera, en la

1 Noticia necrológica del Hermano Tadée-des-Anges, 1902. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1934, pp. 361 a 364 y 371.

2 Noticias necrológicas del Hermano Troade-Anselme, 1907, y del Hermano Tibère-des-Anges.

calle del Agau. Más adelante, mucho después de la muerte del prelado, una cuarta, en la calle de Chassaintes [1].

Mons. de Cabrières no ha desplegado menor actividad en Montpellier. Tan pronto se decidió la primera laicización, él patrocinó la creación de la escuela parroquial Saint-Pierre. Una vez excluidos los Lasalianos de las escuelas públicas en Saint-Mathieu, Saint-Roch y Saint-Denis, se constituyeron nuevos centros de enseñanza. Otros más surgieron en 1886, y 1889.

El obispo, de ideas amplias, quiere que un organismo autónomo comunique al sistema escolar un fuerte impulso, movimiento regular, vitalidad sin disminución. Logra sus objetivos en 1897. Después de una entrevista en el palacio episcopal, el Sr. Élie Durand, presidente del Consejo de administración de *L'Éclair* y el Sr. de Vichet, director de ese periódico, lanzaron una suscripción en favor de las escuelas libres, que sería percibida por receptores voluntarios. El Sr. Élie Durand se hace cargo de la dirección de un Comité, destinado a recoger y a gestionar los fondos; de ese Comité una "comisión permanente" recibe poder para asegurar la buena marcha de las instituciones primarias libres y el reclutamiento de su personal. Los comisarios, y al frente de ellos el Sr. de Soullignac, luego el Sr. Bouche y el Sr. Bedos, inspeccionan las clases varias veces al año, interrogan a los alumnos en exámenes trimestrales. Esta obra de acción católica será particularmente preciosa después de las persecuciones de 1904 [2].

Ya hemos anotado la transacción que tuvo lugar, el 31 de diciembre, a propósito de las casas lasalianas de Toulouse [3]. Mientras la misma se está negociando entre la municipalidad y los Hermanos, un Consejo de administración de las escuelas cristianas se prepara para asegurar moral y financieramente el ejercicio de la libertad. Tiene por miembros a los cuatro curas deanes, el presidente, el vicepresidente, el secretario y el tesorero de la Sociedad de antiguos alumnos y amigos del Instituto, el Hermano Visitador del distrito y el Hermano Director de la comunidad de Saint-Aubin. Las reuniones están previstas cada tres meses. En los intervalos, el marqués de Suffren, presidente de los antiguos alumnos, sabrá movilizar, especialmente entre sus aristocráticas relaciones, todos los recursos que necesitan las escuelas.

Ese celo "creativo, incansable", se traduce en la fundación de nuevos grupos escolares: comunidad de Saint-François el 1º de enero de 1891; barrio san Jerónimo, en octubre de 1897; barrio San Silvio, en octubre de 1898. Los Hermanos, bien apoyados en la capital del Languedoc, han vuelto a recuperar sus puestos anteriormente abandonados. Sus servicios, sus éxitos merecen que, el 11 de junio de 1903, se celebre el centenario de su regreso a Toulouse [4].

1 DURAND, *op. cit.*, pp. 47 a 51.

2 *Le Très Cher Frère Anatole, ou quarante ans de vie religieuse à Montpellier* (por su hermano, el cura de Fontès) 1932, pp. 98 a 108.

3 Anteriormente, pp. 249-250.

4 Archivos del distrito de Toulouse, *Resumen histórico*.

En toda la región varias escuelas libres remplazan a las antiguas escuelas municipales que dirigían los religiosos. El senador Chesnelong, al escribir al Hermano Asistente Junien el 22 de septiembre de 1884, exhortaba a su interlocutor a no replegarse ante la ofensiva laicizadora, a abandonar más bien las escuelas públicas de las que el Instituto seguía siendo precariamente titular, para disponer de maestros religiosos en favor de las creaciones “que en el futuro, según decía él, serán la única fuerza de su Sociedad” [1].

En la medida en que lo permiten el número y la estabilidad de las vocaciones, se dan respuestas favorables a los sacerdotes, a los bienhechores que se proponen crear una comunidad docente. De ese modo, las pérdidas se encuentran reducidas, ya que no totalmente compensadas. Mientras que Auch, Belpech, Castelnau-d'Aud, Seysses o Pamiers logran retener o recuperar a los Lasalianos, que Baziège, Saint-Jory o Samatan siguen beneficiándose de las antiguas fundaciones de tipo privado, algunas conquistas en territorio nuevo se consiguen en otras partes: por ejemplo en Salies-du-Salat en 1888, en Montesquiou, del Gers, en 1889, en Prat, del Ariège, en 1892, en Verdun-sur-Garonne, en 1893 [2].

* * *

Mons. Bourret comunicaba, hacia 1886, a los curas de Rodez: “Si no pueden conseguir los fondos necesarios para conservar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ¡presénteme su dimisión! Encontraré otros sacerdotes para cumplir con ese deber”. Eso era dar testimonio de la energía y de la perseverancia que orientarían la reorganización de la enseñanza en las parroquias católicas del Aveyron.

Por lo demás, el esfuerzo se extendió a todo el distrito de Rodez. Más aún que en Toulouse, la consigna fue: ¡Ninguna laicización sin contrapartida!

Se obtuvieron muy buenos resultados. No sin esfuerzo. Los gastos de compra y de acondicionamiento de diversos edificios absorbieron a menudo los primeros capitales. Luego, hubo que pensar en los sueldos de los maestros: al Hermano Visitador Gelosius le hubiese gustado formar, en cada localidad, un comité responsable. Setecientos francos anuales para cada maestro lasaliano hubiesen permitido una aplicación general de la regla de la gratuidad.

De hecho, en diversos lugares, hubo que aceptar situaciones precarias, confiar en las promesas de un recaudador eclesiástico, o ir a pedir de puerta en puerta, más o menos al estilo franciscano.

En las parroquias rurales, fue necesario transformar muchas escuelas en internados: pensionistas o “camaristas” proporcionaban entonces al establecimiento sus medios de existencia.

De todos modos, los Hermanos del Rouergue y de las regiones limítrofes se empeñaron en salvaguardar lo esencial de sus obligaciones para con los pobres. A

1 Archivos del distrito de Toulouse, *histórico* de Revel.

2 Archivos del distrito de Toulouse, *Resúmenes históricos* de las instituciones.

los internados y a los externados de pago del mundo rural, se les agregaron clases gratuitas. Y si, en las ciudades, un comité exigía a los alumnos la retribución mensual, el director defendía la causa de las familias; y las excepciones justificadas no dejaban de ser admitidas [1].

Raramente se podían encontrar creadores de escuelas que fuesen capaces de realizar la obra del Sr. Charles Coince en la aldea de Gua en el Aveyron. Este ingeniero de minas, director de las forjas de Aubin, fue autorizado por la compañía propietaria a dedicar amplios recursos a la enseñanza de los niños. Siguiendo los planos de un profesor de la Escuela de Bellas Artes, Sr. Brune, se levantó un edificio monumental al costado de una colina; casa, patios y jardín ocuparon cerca de dos hectáreas. Y el conjunto respondió a los deseos del iniciador: “Nada imperfecto debe caer bajo los ojos de nuestros alumnos, declaraba Charles Coince. Los hijos de mis buenos obreros adquirirán aquí, junto con las ideas del bien y de la belleza, hábitos de orden, de limpieza, que serán la garantía de su salud, de su educación moral y de su futuro bienestar” [2].

En otros lugares los fundadores pertenecen a diversas clases sociales. La nobleza, notoriamente, se interesó por la obra de los Hermanos. En el departamento del Tarn, en Sémalens, los barones Reille, aunque no dotaron por completo la escuela libre abierta en 1868, de buena gana ponen su muy grande influencia a disposición del Instituto. Alguno de los miembros de dicha familia viene a presidir la fiesta que culmina el año escolar.

El conde Gabriel Solages adquiere el terreno y paga la construcción en la que se abrirá la escuela de Labessonnié, el 1º de noviembre de 1885.

En Espalion podemos observar un acuerdo entre el alcalde, Sr. Rieu, y el arcipreste, P. Brévier, para garantizar personalmente a los Lasalianos el sueldo de los primeros meses después de la laicización de 1887. Un rico propietario, Sr. Joseph Poulenc, da luego 50.000 francos para la construcción de un edificio donde funcionarán las clases, en el que se alojarán los maestros.

En otras partes, fortunas más modestas están en el origen de una obra escolar. La herencia de una administradora de correos, Srta. Barriol, hace que el cura de Saint-Amans se decida a solicitar los servicios de la Congregación, en 1890.

La escuela libre de Carjac, en el Lot, debe su existencia a los sacrificios de los humildes. Annette Pons, una criada de gran corazón, que permaneció cuarenta años en el mismo puesto, aporta, en 1891, 8.000 francos, todos sus ahorros. Luego, resultando beneficiaria de una herencia de 15.000 francos, ella se desprende de ellos en favor de la obra de la educación cristiana. Toda la población se esfuerza por imitar ese hermoso gesto: se ven a pobres vendedoras del mercado, deducir de su escaso beneficio la parte de la escuela. Para las paredes, las piedras son extraídas y transportadas gratuitamente; para el maderamen, se cortan y sierran los árboles en las fincas. Ese impulso vence las vacilaciones del cura, P. Bousquet.

1 Archivos del distrito de Rodez, monografía de la circunscripción.

2 Archivos del distrito de Rodez, dossier de la escuela de Gua; cf. biografía del *Hermano Isidorus-Marie* por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL.

Por esa misma fecha, los Lasalianos suceden a los Maristas, en una población del Aveyron, Saint-Georges de Luzençon. La fundación, que cuenta ya con veinte años, es un *ex-voto* de la condesa Antoine du Bourg, por haber escapado a la muerte su marido, durante las batallas de 1870. Dom du Bourg —Benedictino después de enviudar— vivirá muy lejos de Saint-Georges: pero la condesa de Sambucy, su suegra, se mostrará generosa con los maestros.

Los de Millau, tras las horas de agitación [1], recuperan la paz en la “casa del Campanario”, legada a Mons. Bourret por la Srta. de Tauriac, y en las clases edificadas por el cura de la parroquia del Sagrado Corazón, por el cura de San Francisco.

El alcalde de Flavin, Bernard de Bancarel, y el cura Lafon llaman a los Hermanos en 1892; las donaciones de una señora de Carnac aseguran el alojamiento y mantenimiento de la comunidad de Vezins, al año siguiente; finalmente, en Salle-la-Source, en 1899, se cuenta entre los bienhechores a un coronel, miembros del clero, una gran familia burguesa...

Tantas labores conjuntadas han logrado cimentar el dique contra la descristianización. La enseñanza basada en el *Credo* continúa, según el deseo de las familias, en Cahors, como en Castres, en Brassac, en La Bastide-Rouairoux, en Lacaune, en Mazamet, en Tabastens, como en Marcillac, en Mur-de-Barrez, en Rignac, en Villefranche-de-Rourgue... A orillas del Lot, del Tarn, del Aveyron, sobre las mesetas y las colinas, los fuegos se vuelven a encender.

Hay vigilantes para mantenerlos encendidos. Servidores de Dios que “durante las noches, levantan sus manos hacia el santuario” [2]. Algunos prolongarán su guardia, por años y años... Como, en Gaillac, el Hermano Zoélus, Alexis-Benoît Pagès. Nacido en 1830, llega en 1857 a la ciudad de Eugénie de Guérin y de Émilie de Vialar. Aunque no logra alcanzar la universal fama de sus conciudadanas de adopción, es pronto apreciado por los habitantes de Gaillac. Su noble fisonomía — que contemplamos en el cuadro sobre madera pintado en 1882 por el Hermano Isidore-de-Pélouse— sus ojos negros de penetrante mirada, sus rasgos regulares, enmarcados por una cabellera blanca, provocan simpatía. Demostró ser perspicaz y prudente. Sobresalía por su exquisita bondad. Cuando, el 13 de junio de 1893, murió en la brecha, *La Semaine religieuse* de Albi le dedicará este elogio:

“La piedad del Hermano Zoélus se reflejaba en su rostro siempre sonriente. Afable, acogedor con todos, ponía un tacto exquisito para no herir a nadie; y, sin quitarle nada a la inflexibilidad del deber, sabía practicar esa caridad benigna, paciente, que gana los corazones y los induce a dar aquello que, inicialmente, habrían rechazado duramente”.

Sus funerales reunieron a todo el clero de Gaillac y de los alrededores, y a la multitud de los antiguos alumnos; varios de ellos, llevaban sotana de sacerdote, o el

1 Ver anteriormente, pp. 251-152.

2 Ps. CXXXIII

mismo hábito religioso que su educador; todos, manifestando su emoción y su agradecimiento, se relevaban para ofrecer sus brazos al transporte del féretro [1].

En la generación siguiente, podemos observar otra persona de igual mérito: el Hermano Idiunet-Jean, presente en Lacaune durante unos treinta años, veintidós de los cuales director. Se inicia como profesor en la clase de los mayores, suscita una corriente de fe entre sus jóvenes oyentes y, por ampliación de la influencia, en toda la parroquia. Las vocaciones superiores se multiplican bajo la influencia del Hermano Jean.

Activo, emprendedor, optimista, recoge —con la ayuda de un vicario— los fondos para la construcción de una nueva escuela, en 1895 y 1896. Impulsa con fuerza los trabajos, colabora en las obras. Una vez acabado el edificio, amplio, bien realizado, el arzobispo de Albi puede con toda razón felicitar al Hermano Director.

Para la comunidad de Lacaune, la existencia pasa felizmente, cerca de un jefe paternal, que mantiene la alegría y que vela tanto por la salud como por el buen entendimiento. Los niños de la región reciben las lecciones de un maestro ilustrado, de un educador fiel al espíritu del Sr. de La Salle.

Desde el año 1881 hasta el 1915, estará en Cajarc el Hermano Isinger-Justien —Julien Bahu— animado por una fe profunda e inspirando convicciones semejantes a sus alumnos, a jóvenes, sobre los cuales ejerce su muy notable autoridad moral.

En situación más modesta, el Hermano Xiste —Martin Aussel— deja en Gramat el recuerdo de medio siglo de bondad, de entrega, de admirable conducta religiosa en las funciones de profesor, de ecónomo, de enfermero. En ese lugar se sigue siempre evocando la silueta del “viejo roble del Rouergue”, del patriarca de poderoso perfil, de barba fluvial.

Saint-Affrique debe a Bernard Alibert —Hermano Ildéphorien— los comienzos y la definitiva organización de su enseñanza libre, sistematizada por una voluntad indomable, impartida por una inteligencia de excepcional valor.

Y quedaría por citar, en el distrito de Rodez, muchos otros maestros de parecido origen —crecidos en algún hogar muy cristiano del mundo rural del Aveyron— religiosos, de temple tan fuerte, que están dispuestos a sacrificar todas las satisfacciones humanas, y hasta las más íntimas complacencias, para continuar a través de mil obstáculos, la obra de su santo Fundador; tales como en Rignac, el Hermano Ibartius —Joseph Bousquet— en Saint-Amand-des-Cots, el Hermano Itacien —Guillaume Gimalac— y el Hermano Isaac-de-Jésus —Joseph Gastal—.

¿Por qué sorprenderse, si muchas almas confiadas a sus cuidados han logrado su pleno desarrollo en la luz? Tan sólo en Saint-Amans se cuentan, desde 1891 hasta la época contemporánea, unas 50 vocaciones sacerdotales y 17 vocaciones para el Instituto de los Hermanos. Durante un periodo más corto y más antiguo, de 1877 a 1887, la escuela de Rignac había dado cinco sacerdotes y catorce religiosos. En Gua, desde 1881 a 1886, cuatro alumnos entraron al noviciado lasaliano, un quinto

1 *Les Frères des Écoles chrétiennes à Gaillac*, monografía por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL (antiguo alumno del Hermano Zoélus), 1938, pp. 44 a 47, 128 a 131.

al Seminario de las Misiones Extranjeras. En otros lugares, las estadísticas se extienden a varias generaciones; y se constata que en el siglo XIX, los Hermanos de Saint-Geniez del Aveyron, un pueblo de 3.000 habitantes, guiaron a 88 de sus alumnos hacia el clero parroquial, 91 hacia órdenes o congregaciones del catolicismo; los Hermanos de Villefranche-de-Rouergue presentan un cuadro, menos impresionante, pero ya muy honroso, de 30 eclesiásticos seculares, 40 clérigos regulares o Hermanos docentes.

No obstante, la aplicación de las “leyes laicas”, rigurosamente ejecutada, y orquestada con amenazas y promesas con respecto a ciertas categorías de ciudadanos, no ha dejado de tener resultados dolorosos para la Francia cristiana. Alguna que otra fisura, en el bloque de tradiciones y disciplinas, debía fatalmente agrandarse. En 1885, se contaba con 10.872 alumnos inscritos en las escuelas libres del distrito; las cifras descienden a 9.573 en 1890, a 8.436 en 1895, a 7.676 en 1900. El descenso era más acusado sobre todo en los centros urbanos, donde las presiones administrativas influían eficazmente sobre los funcionarios, o sobre las familias pobres. Además, conviene señalar que una disminución de la población escolar se produjo durante los últimos años del siglo, cuando descendió la natalidad. No dudemos en concluir: el esfuerzo perseverante que tapó las brechas obtuvo su recompensa. Quince años de lucha no habían hecho perder a la enseñanza libre más que un número de 3.196 alumnos. La fe y las costumbres se mantenían en toda la región donde los pedagogos cristianos ejercían su apostolado [1].

* * *

Velay y Gévaudan —Haute-Loire y Lozère— rivalizan con el Rouergue en energía y generosidad, si no lo superan. Los Lasalianos de esas sufridas comarcas dan testimonio, en muy alto grado, de las virtudes que el Fundador estimó de modo particular, y cuya herencia transmitió a su familia espiritual: rectitud y sencillez de corazón; práctica de la pobreza; entrega a la infancia, en primer lugar a los humildes; fidelidad a la Regla. Aquí, la enseñanza sigue siendo gratuita. El éxodo de un Hermano fuera de su Instituto, cuando se trata de un profeso de votos perpetuos, sigue siendo una excepción rarísima. Y, entre los Hermanos directores, no se ha conocido ningún tráfuga. La reputación del antiguo maestro de Saugues —el que un día será llamado “el Beato Benildo”— sólidamente establecida en el lugar mientras vivía, comienza, veinte años después de su muerte, a propagarse más allá de los límites del distrito; salpica a sus cohermanos; los incita a no decaer.

Por eso el pueblo manifestará, en los momentos críticos, su afecto a los maestros religiosos. Primeramente, nada de laicizaciones precipitadas. Luego, cuando interviene la ley del 30 de octubre de 1886, los municipios tratan de aprovecharse de las prórrogas que en ella se encuentran positivamente permitidas. Se conservará, el mayor tiempo posible, a las Congregaciones en la escuela pública.

No obstante, llega la hora inevitable. El maestro laico toma posesión de las clases, de la casa donde vivía la comunidad. Ese edificio, sin duda, parecía reservado para sus primeros ocupantes; los donantes, los suscriptores no se imaginaban otros

1 Para todo este párrafo sobre el distrito de Rodez, los informes recogidos por el carísimo Hermano ILDEFONSE-GABRIEL, y clasificados por él en los archivos de la casa lasaliana de la calle Sarrus, nos han sido de preciosa utilidad.

beneficiarios que no fueran los Hermanos, o educadores del mismo espíritu; diversas veces, para la mejora o la reparación de la construcción, el Superior General y sus Asistentes han permitido una ayuda pecuniaria. Pero, ¿quién podía prever el sectarismo de la República? Más o menos rápidamente, con el fin de librarse de los impuestos, de los gastos de mantenimiento, se ha decidido poner en manos de los magistrados municipales la escuela y sus dependencias. Una vez entrada a formar parte del patrimonio de la ciudad, la propiedad no volverá a salir, a menos que un texto, con sorprendente claridad —testamento o contrato— no pueda ser presentado ante la justicia. En consecuencia hay que pleitear: no queda sino resignarse. Y el resultado del proceso no siempre responde a las esperanzas.

Entonces, para que los Hermanos no se vayan, se removerá cielo y tierra. Todos los recursos son movilizados. No existen grandes fortunas en las proximidades: las pequeñas fortunas se abren espontáneamente. En los cimientos de la nueva escuela se entierra el precio de sacrificios a veces increíbles. Los más pobres se ofrecen para los trabajos pesados. Algunos obreros dan hasta dos o tres días de trabajos voluntarios. De cada aldea, por turno, las carretas aportan los materiales de construcción hasta la población que ha proporcionado los terrenos necesarios.

De ese modo se salvan las treinta escuelas del distrito. A ellas se añadirán diecisiete, desde 1886 a 1902. El comité constituido bajo los auspicios de Mons. Fulbert Petit, en 1888 obispo de la diócesis, edifica en el Puy la escuela San Miguel. Casi al mismo tiempo, el pensionado Nuestra Señora de Francia se encarga de mantener los maestros de un “barrio”, Saint-Joseph. En Mende, en 1884, se forma la “Sociedad Anónima Inmobiliaria de Educación Cristiana”, que agrupa a las personalidades del clero y de la ciudad: según sus estatutos, tiene como finalidad adquirir o alquilar edificios, “para el mayor interés de la enseñanza primaria católica”.

A partir de 1889 y durante trece años, las fundaciones se suceden, tanto en Lozère, como en Haute-Loire: Auroux, Nasbinals, Saint-Julien de Chapeuil, Araules... El Padre Édouard Peyron, cura párroco de Vieil-Brioude, relata —en una publicación de elocuencia bastante mordaz— cómo obtuvo, en el mes de noviembre de 1896, Hermanos del Beato de La Salle, y como aseguró la vida de su escuela publicando un poema a la gloria del Velay y obras eruditas sobre su parroquia [1]. Châteauneuf-de-Randon, Saint-Jeures, Loudes, Saint-Denis, Lantriac seguirán a Vieil-Brioude.

El Puy cuenta, en 1900, con una tercera escuela primaria dirigida por los Lasalianos, Saint-Pierre des Carmes; Tiranges, en Haute-Loire, Badaroux, en Lozère, pertenecen a esa época reciente. Todavía en el mes de enero de 1902, a pesar de los peligros que se anuncian, la Congregación acepta abrir clases en Brives, localidad del Velay.

Generalmente los edificios escolares de este distrito presentan un hermoso aspecto y están adaptados para sus fines. La mayoría son debidos a los sensatos proyectos y al talento de arquitecto de un profesor del pensionado de Notre-Dame, el Hermano Nestor-Joseph. “Hermosísimas jaulas”, opinaba otro religioso; “falta por saber quien dará la comida para los pájaros”. El dinero y la mano de obra no escasearon para construir. Pero el mantenimiento de los maestros exigía una perpetua renovación de

1 *L'École des Frères du Vieil-Brioude*, por el Padre PEYRON, Ginebra, 1900.

esfuerzos. Además de algún cansancio de las buenas voluntades, la escasez de los ingresos creaba problemas a la situación. Antes que faltar a la regla de la gratuidad, los Hermanos buscaron el indispensable complemento en el sistema de los “camaristas” y la organización de estudios vigilados. De todos modos fue necesario que el Hermano Exupérien, de quien dependían las escuelas de Haute-Loire y Lozère, reuniese las ricas limosnas de París para salir de la angustia y resolver las situaciones difíciles del personal del distrito.

En 1904, bajo el control del Asistente y del Visitador, 409 Hermanos enseñaban a 6.536 alumnos en 48 casas [1]. En la aceptación de las dificultades cotidianas, en el desarrollo de una existencia austera y, para muchos, en la dureza de un clima de montaña, profesores y alumnos incrementaban su fortaleza de ánimo. Las vocaciones germinaban numerosas sobre ese terreno sobrenaturalmente privilegiado. Bas-en-Basset, una de las más antiguas escuelas, podía exhibir, en 1887, cerca de 50 Hermanos y novicios menores entre los naturales del municipio y de los alrededores inmediatos. Ya unos cuarenta ciudadanos de Bas habían muerto como discípulos del Venerable de La Salle. Dos Superiores Generales del siglo XX, los Hermanos Allais-Charles y Adrien, hermanos de sangre y de religión, habrán preparado su futuro en las clases de esta localidad, su país natal. Uno de sus compatriotas, y de sus compañeros de infancia, Hyacinthe Chassagnon, futuro obispo de Autun, hablará, en estos términos, al Hermano Visitador del Puy, de su buen maestro, el Hermano Damien, fallecido en 1916:

“Vengo a depositar sobre la tumba del Carísimo Hermano Damien el homenaje de mi profundo agradecimiento y de mi afecto filial. Otros han pasado sobre mi alma sin dejar nada en ella. Él, el humilde y piadoso Hermano, tuvo sobre mí, niño de seis años, una influencia saludable y decisiva, por su ternura, por el respeto hacia sus alumnos, por su fe vivísima y muy práctica, que me comunicó [2]...”

* * *

El distrito de Clermont-Ferrand obtiene sus principales recursos de la vieja provincia de Auvernia. Pero, más allá de los departamentos del Puy-de-Dôme y del Cantal, se extiende sobre Corrèze, Creuse, y Haute-Vienne. Seguirá siendo uno de los más importantes entre los veintidós distritos que el Instituto Lasaliano posee en Francia en torno al 1900. En esa época, se cuentan en la circunscripción 71 comunidades, 450 Hermanos —407 de los cuales empleados en la enseñanza— 68 escuela y 3 casas de formación, 244 clases, 8.000 alumnos; 21 novicios, 32 escolásticos, 54 novicios menores siguen presentes el 31 de diciembre de 1903, último año antes de la dispersión.

El trabajo de los Visitadores y de los reclutadores, la pedagogía de los directores y de los profesores, la fidelidad de los padres católicos, los alientos del clero han provocado esos resultados. La réplica a las laicizaciones se desencadenó en el conjunto del sector. Fue necesario pensar en ello bastante rápidamente, después del

1 Incluido el noviciado menor de Vals, que databa de 1885.

2 Carta del 30 de agosto de 1916. Mons. Chassagnon era entonces vicario capitular de la arquidiócesis de Lyon. — Archivos del distrito del Puy, *Históricos* de las escuelas.

cierre, desgraciadamente definitivo, de la escuela de Borganeuf, en Creuse, en 1879, y de la escuela de Volvic, en el Puy-de-Dôme, en 1880.

En 1883, Clermont-Ferrand tomó la cabeza de la resistencia. Se formó allí un comité, por impulso del obispo, Mons. Boyer. Las suscripciones afluyeron. De acuerdo con el Hermano Visitador Cyrus, Mons. Chardon, vicario general de la diócesis, escribió la circular por la cual se anunciaba la próxima apertura de escuelas libres en la plaza de Jaude, callejón Delille, ciudad Vaudois, y en Montferrand.

En “Jaude”, se presentan 307 niños; hubo que crear rápidamente una clase complementaria. La escuela de Notre-Dame du Port, situada en los locales del Círculo Católico de obreros, vio llegar a 240 alumnos sobre los 250 que, anteriormente, seguían las lecciones de los maestros religiosos, en la calle Saint-Laurent. La escuela Saint-Eutrope, creada en 1838, en la calle Neuve-Sainte-Claire, conservaba 218 inscritos sobre los 230, después de su traslado a la ciudad de Vaudois [1].

Las clases de Montferrand reunieron 192 alumnos. Tan sólo 22 no volvieron a presentarse, cuando un buen hombre del lugar, un maestro cantero, puso a disposición de los Hermanos unas salas suficientemente amplias. Algunos años más tarde, el Hermano director Gamaliel-Henri lograba edificar una construcción apropiada para su destino escolar.

Bajo la administración del Hermano Visitador Narcellien (1884-1894), se organizan nuevos centros de educación cristiana, en particular en Murat, Aigueperse, Eymoutiers, Mauriac, Salers. Antiguas escuelas libres continúan prosperando; así fue en Thuret, país natal del Beato Benildo. En 1891, al final del plazo legal, se realizaron las transformaciones necesarias en Felletin, Job, Dorat, Vodable-Ville, Romagnat, Pontgibaud...

La fisonomía del distrito de Auvernia se muestra en todo su relieve. Casas numerosas, abundante clientela, proveniente de los medios populares; semilleros de vocaciones en el Puy-de-Dôme y Cantal; tan sólo Ambert suministra cincuenta jóvenes para el noviciado, en Aigueperse y Salers se ven generosidades del mismo tipo.

En el territorio del municipio de Clermont, trece comunidades van a desplegar sus actividades religiosas. El Hermano Henri-Gabriel anima maravillosamente la escuela de la catedral. El Hermano Gentien-de-Jésus, en 1890, dirige los comienzos de la escuela Saint-Pierre-les-Minimes. En un barrio nuevo, la parroquia de San José, poco después de su creación, en 1890, ha conseguido la colaboración de los Lasalianos [2].

* * *

1 En 1885, esta escuela encontró un local mejor en la plaza Saint-Georges.

2 Archivos del distrito, *Históricos* y notas.

Los de Burdeos, en los tiempos felices del Hermano Alphonse, constituían un grupo imponente, influyente, muy respetado en la casa de la calle Saint-Charles. Vivían allí como en un hermoso monasterio, de fachadas armoniosas, exquisitos trabajos de carpintería, hierros forjados provenientes del siglo XVIII. Bajo los golpes de la municipalidad se produjo la dispersión. Siete comunidades sustituyen a la gran comunidad Saint-Charles; dirigen otras tantas escuelas parroquiales. Otras dos casas de Hermanos existían anteriormente a 1880; de una de ellas, llamada Saint-Seurin, salen tres nuevos equipos, Saint-Seurin, Saint-Bruno, Saint-Ferdinand. De la otra, Saint-Louis, se formará el personal de las escuelas Saint-Louis y Saint-Martial.

En definitiva, el clero de Burdeos, secundado por un Comité de laicos, recogerá tantas ofrendas que podrá confiar a los Hermanos catorce escuelas de enseñanza primaria. Muy a menudo, carecerán de las comodidades materiales; los acondicionamientos serán precarios en algunos lugares, así sucede en la escuela Sainte-Eulalie donde las clases, de paredes de madera, bordean el largo patio plantado de plátanos, las capillas son provisionales, como las viviendas. Los discípulos del Sr. de La Salle realizan siempre el deseo de su Padre: con el fin de enseñar a los pobres, ellos aceptan la pobreza.

Su desprendimiento encuentra su recompensa terrestre en el éxito de sus empresas. La porción más considerable de los maestros, establecida en la calle de Candale, en la parroquia Saint-Éloi, añade, a la enseñanza elemental, un curso de estudios superiores. El Hermano Justinus gobierna y aconseja a esa pequeña élite profesoral. En 1882, se traslada con ella a la calle Margaux, en un edificio anteriormente ocupado por los Jesuitas. La casa de la calle Margaux se convierte en el marco en el que la reputación del director, al igual que el valor de su sistema pedagógico, alcanza su pleno desarrollo. El Hermano Justinus, llamado a la calle Oudinot por el Hermano Joseph, abandona Burdeos en 1886. Su digno remplazante se llama Hermano Léobert.

En Saint-Paul, Saint-Pierre o Saint-Nicolas, sufren, silenciosa y útilmente, los maestros de los niños de mente despierta e imaginación inventiva y pronta para captar la realidad; los Hermanos preparan para la gran ciudad comerciante los elementos vivos de su prosperidad sin decadencia. Se asocian a los sacerdotes para mantener a las almas por encima de las codicias efímeras; al umbral de cada nueva iglesia, como el santuario dedicado al Sagrado Corazón, surge el anexo indispensable: la escuela que, a su vez, recibirá la bendición solemne, y cuyo recinto albergará la existencia laboriosa, orante, de una Congregación fiel a la Regla.

En la catedral Saint-André, los Hermanos son los auxiliares del director eclesiástico de la escolanía. El cardenal Donnet les confió esa responsabilidad en 1869. Durante treinta y cinco años, la formación de los niños cantores de la iglesia primada estará enteramente a su cargo. Y de modo semejante inician en las ceremonias y cantos litúrgicos a los niños del coro de la parroquia de Notre-Dame [1].

Similar misión les corresponde en la capital del Lot-et-Garonne. Mons. Fontenau creó el coro de Saint-Caprais en la época de su episcopado en la sede de Agen. En primer lugar confió la responsabilidad al Padre Rumeau, futuro obispo de Angers.

1 Archivos del distrito de Burdeos, *Histórico*, y notas conservadas en el pensionado Saint-Genès.

Luego el canónigo Coeuret-Varin, al hacerse cargo de la obra, pidió Hermanos de Burdeos. El Hermano Liacim eligió tres, cuya instalación tuvo lugar el 14 de febrero de 1880. De los seis alumnos del principio, el joven grupo (que sigue siendo seleccionado) ha pasado a la cifra de sesenta. Cinco años más tarde, Mons. Coeuret-Varin, al convertirse en jefe de la diócesis, el coro de Agen interpretará las selectas composiciones de Joseph Schluty, autor de la misa de la consagración. Bajo la dirección conjunta de los Hermanos y del Padre Gallissaires, maestro de coro, el centenar de niños educados en Saint-Caprais, adquiere en todo el Suroeste una legítima fama [1].

No era la única institución lasaliana en esos parajes. Hasta 1905, los Hermanos de Agen atendieron la escuela libre que se abrió después de las laicizaciones de 1881. A la escuela principal se añadía una “sucursal”. No eran más que unos 300 alumnos de las clases primarias, en una región agradable, acogedora, pero más fértil en frutos de la tierra que en número de familias.

La tranquila, la burguesa Marmande encontró sitio para una comunidad de educadores entre los tejados, ligeramente inclinados, de sus calles antiguas. Los Hermanos llegaron allí en 1829, por iniciativa de un vizconde Drouilhet de Ségalas, miembro de la Cámara de diputados. Ante la estatua venerada en su morada, han acrecentado su fervor mariano en una ciudad cuya hermosísima iglesia está dedicada a Nuestra Señora. Expulsados de esa vivienda en 1886, fueron acogidos primeramente en el seminario menor. Luego, sus trabajos, sus piadosos ejemplos — y principalmente la aureola de santidad del Hermano Julius— continuaron sin eclipse ante los claros horizontes. Cuando haya pasado la tormenta sobre las praderas y sobre el río, Marmande se acordará aún de sus maestros del cuello blanco y del taumaturgo cuya oración obtenía “todas las gracias” de la Madre de Dios [2].

Entre las 45 instituciones lasalianas que existían al principio del siglo XX en el distrito de Burdeos, con 380 religiosos, señalemos, en Gironde, Saint-Émilion, donde los Hermanos ocupaban una casa histórica, la de la Sra. Bouquey, la hermana de Guadet, diputado en la Convención; varios de los Girondinos proscriptos se habían refugiado allí en 1793 y se podía observar el pozo que fue su asilo. Un liberalismo de buena ley animaba esa ciudad: por algún tiempo los alumnos de los Hermanos se beneficiaron de los fondos de la caja de las escuelas.

Blaye sufrió la laicización en 1890 pero conserva, al amparo de la ley de 1850, sus maestros lasalianos. Para éstos y para los hijos de las familias cristianas de la región, la Sociedad Inmobiliaria Saint-Genès, iniciadora y garante de las obras de enseñanza libre, hará construir una escuela muy hermosa; la posición de los religiosos seguirá siendo fuerte en la ciudad.

Paillet quería, en 1875, otorgar a la escuela fundada por el Instituto el carácter comunal. El Hermano Irlide entonces se negó. El número de alumnos que acudía a las clases de los religiosos era tan grande que por mucho tiempo la municipalidad tuvo que diferir la concesión para la vacante de director en el local público. Así, los

1 *Chez nous*, boletín de la asociación de antiguos alumnos de los Hermanos de Agen y de la institución Félix-Aunac, tercer trimestre de 1938.

2 Ver anteriormente, p. 121.

Hermanos de Paillet, sin haber ejercido nunca las funciones oficiales, gozaron de la confianza de los ciudadanos y de los magistrados.

Arcachon posee un externado, completamente gratuito con excepción de una clase. De la villa Sainte-Marie en la que murió el Reverendísimo Hermano Joseph a la villa Saint-Ange, luego a la villa Sainte-Anne, tienen lugar varios traslados, que no modifican la estabilidad fundamental.

Floriac, en los suburbios de Burdeos, sobre la orilla derecha del Garona, no tuvo hasta 1888 la presencia de una comunidad dedicada al servicio de su población. El Sr. Audinet, que tomó la decisión de fundar la escuela, era un amigo del orador católico Jacques Piou; la intervención de esta importante personalidad ante los Superiores estimuló la decisión deseada.

La Dordogne conoce también un cierto desarrollo de la enseñanza libre después de la ley de neutralidad y laicidad. Périgueux, Bergerac, Sarlat no se han perdido para las congregaciones docentes. La pequeña población de Domme debe su escuela de Hermanos a las últimas voluntades de un sacerdote François de La Salle, que se consideraba pariente del santo canónigo de Reims; el Padre Delguet, cura de la parroquia, se encarga de las gestiones en la calle Oudinot: obtiene Hermanos en 1893. Thiviers, en el mismo departamento, se inscribe, cinco años más tarde, en el número de las escuelas del distrito. Y en la Charente, donde ya los Hermanos están presentes en Angoulême, en Cognac, la herencia de una señora Lambert permite, en 1900, a los habitantes de Confolens manifestar su simpatía al equipo de maestros que vine para instruir a 80 alumnos de la parroquia Saint-Barthélemy [1].

* * *

Bretaña nos llama y espera que nos quedemos. Dividida en dos distritos, el de Nantes y el de Quimper, forma, en el Instituto, un bloque potente, un muy amplio territorio que desborda ampliamente las fronteras de la provincia, puesto que Nantes tiene autoridad sobre Anjou, Poitou, Aunis, Saintonge. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas comparten, además, en estas regiones, los deberes del apostolado pedagógico con los discípulos del P. Deshayes y del Venerable Jean-Marie de La Mennais: Hermanos de San Gabriel, Hermanos de la Instrucción Cristiana, llamados de Ploërmel. Los obreros no son demasiado numerosos y sus esfuerzos paralelos no pueden perjudicarse mutuamente en este campo donde la mies es extraordinaria. Nos resulta imposible multiplicar las paradas junto a esos trabajadores que se proponen los mismos resultados, manifiestan el mismo valor, repiten los mismos gestos, no ciertamente por rutina, sino en la inevitable monotonía de cada día. Desde La Rochelle hasta Saint-Malo, todos son dignos de admiración.

Si desde las riberas del Garona o de la Charente, nos apresuramos del otro lado de las orillas del Loira, no es parcialidad en favor de unos, ni en detrimento de otros. Varias veces, hemos detenido nuestra mirada sobre las obras de Nantes fecundas en verdaderos cristianos; no minimizamos en absoluto su interés. Y nuestras páginas lo volverán a señalar. Pero para observar mejor la Bretaña, se impone ahora un recorrido por el distrito de Quimper. Morbihan, Finistère, Côtes-du-Nord, y el

1 Archivos del distrito de Burdeos, *Históricos*.

fragmento septentrional de Ille-et-Vilaine, esas superficies se extienden sobre la mayor parte del país bretón. Están habitadas por un pueblo de rasgos y costumbres particulares, una raza que sigue siendo celosa de su independencia, apegada a sus tradiciones, y que, para escapar a la influencia del exterior, conserva su lengua antigua y misteriosa.

Un itinerario en semicírculo en los cuatro departamentos, nos revelará hasta qué profundidad la obra de san Juan Bautista de La Salle se ha implantado aquí.

El siglo dieciocho vio crecer la simiente, que se propagó de nuevo después de la Revolución. Flores y frutos llegan con abundancia. Los terrenos excelentes no escasean.

Existe uno, especialmente propicio para el cultivo, en la alegre población de Arradon, a orillas de las encantadoras aguas del golfo de Morbihan. Hector Bourruet-Aubertot, rico comerciante de París, propietario de los almacenes del Gagne-Petit, avenida de la Ópera, se ha instalado, después de 1870, en la villa de Kerjaffré. Cristiano practicante, establece amistad con el cura de la parroquia, el Padre Quillère. Corazón verdaderamente evangélico, multiplica sus caridades hacia los pobres. Ayudas en dinero, ayudas en especie, Hector Bourruet muestra con sus gestos generosos su espíritu de sabiduría y de método. Después de ayudar a la reconstrucción de la escuela de las Hermanas, piensa luego en dotar Arradon con una escuela para la educación de la juventud masculina. Sobre un prado de 57 áreas, que depende de su propiedad de la Breche, hace progresar con celeridad el trabajo de todos los grupos de oficios. El edificio se termina en la primavera de 1880. Los Hermanos toman posesión a partir de entonces; abren sus clases en septiembre, bajo la dirección del Hermano Cyrille-des-Anges.

La muerte del fundador llega demasiado pronto. El Sr. Bourruet-Aubertot desaparece el 2 de enero de 1882, a la edad de cuarenta y cuatro años. Su viuda no puede mantener íntegramente sus prodigalidades. Al disminuir las aportaciones anuales, reduciéndolas a 600 francos a partir de 1886, pone al Instituto en la situación de considerar el cierre de la escuela. Una aportación del cura párroco, Sr. Questel, permite superar el paso difícil. Arradon recibe externos y pensionistas en el edificio de dimensiones apropiadas. Los Hermanos de diversas comunidades, vienen durante las vacaciones, a meditar bajo las enramadas del jardín. Y vocaciones de calidad nacerán en este lugar creado por la bondad, fecundado con la oración.

Arradon, es el futuro. Pero, en Hennebont, Lorient, Vannes, Muzillac, Questembert, luego en La Roche-Bernard, Auray, Guidel, es el pasado que pide sobrevivir. Hay que restaurar, a medida que los políticos destruyen.

Mons. Bécel, obispo de Vannes, se dedica a constituer un Comité para la instrucción cristiana; promueve el celo de los curas de su ciudad episcopal. El 4 de abril de 1883 es bendecida la escuela Saint-Patern: el personal docente está formado por dos religiosos, los Hermanos Crispin y Constant, y dos maestros laicos retirados, los Sres. Le Blay y Quintin. Éstos aceptan volver a su profesión para servir a la diócesis; además, el Sr. Le Blay, con el título oficial de director, se hará cargo de las responsabilidades legales.

Una vez laicizada la escuela Saint-Pierre, dos clases provisionales funcionan en la torre del Connétable, calle de las Murallas. Decorado pintoresco pero no organización tranquila. Se encontrará en la ciudad un edificio que será ubicado bajo la protección de San José y, el 10 de enero de 1884, se inaugura solemnemente por el obispo, el arcipreste de la catedral y los notables católicos.

En Questembert, en 1888, el alcalde y los concejales se inscriben con el cura al frente de la lista de suscriptores para la escuela libre. Una religiosa, hija de san Vicente de Paúl, la Hermana Élisabeth Grayo de Kéravenan, ofrece el terreno necesario. A finales de abril de 1889, el edificio, bendecido, acoge a los niños de una población que, por entero, ha proclamado su fidelidad a los Lasalianos.

Ploemeur, cerca de Lorient, goza, desde 1862, de una escuela libre que el cura, el padre Le Groff había entregado en manos del Hermano Visitador en 1877. Mientras que en esta barriada continúa la humilde labor, una era nueva se abre para los educadores de Lorient. Dos hombres se dedican a impedir la ruina de la enseñanza basada sobre los dogmas: el Hermano Gimel-Martyr y el Sr. Charles Méry-Le Beuve. El celo del primero encuentra apoyo en la fortuna y la actividad del otro. Entre todos los establecimientos escolares que Lorient debe a Charles Méry, las clases ubicadas en la calle del Lycée, en la calle del Scorff, y el patronato de la conferencia San Vicente de Paúl, tienen al Hermano Gimel como iniciador, y a sus Hermanos en religión por profesores. Posteriormente se construirán —en la calle Brizeux— los dos grandes pabellones de “Saint-Joseph”, con fachadas de 42 y de 37 metros, con un patio interior rodeado por una galería: excelente realización, que proporcionará al Hermano Donan-Anselme, en 1901, el medio de unir un pensionado al externado gratuito y elemental; obra destinada a pasar por diversas vicisitudes, tras días felices y no sin gloria...

El Morbihan, en su conjunto, ofrece un espléndido esfuerzo. Fue especialmente suscitado por un manifiesto debido a la pluma de dos sacerdotes: *La escuela neutra frente a la teología*. Publicadas el 22 de febrero de 1889, esas páginas concluían, dirigiéndose a los pastores de las parroquias: “Deben ustedes construir escuelas libres”. Un laico, gran apóstol de la enseñanza cristiana, se adueñó de esa conclusión; se llamaba el conde Ludovic de la Villeboisnet; había trabajado ya ampliamente al éxito de las escuelas lasalianas de Vannes. “Si tienen que construir, ustedes pueden”, declaraba a los jefes espirituales. No se limitó a las palabras; sugirió medios prácticos, puso al servicio del clero sus conocimientos de jurista y su talento de arquitecto.

Esa fe operante, propagada por toda la diócesis, se tradujo no solamente en sacrificios en dinero, en gestiones administrativas, sino en iniciativas sacerdotales de tipo original: entre 1890 y 1903, algunos jóvenes eclesiásticos fueron, cada año, a seguir cursos en el escolasticado de los Hermanos, en Quimper; se presentaban luego ante los jurados oficiales para realizar las pruebas del certificado. Así conquistaban el derecho de enseñar en las clases primarias. En definitiva, varios centenares, consiguieron su diploma.

De esa forma, la escuela libre no tardaba en abrirse, dirigida por el vicario-maestro. Pero la atención a las almas seguía siendo el primer ministerio del sacerdote, convenía que éste cediese el testigo a los pedagogos profesionales. A ello se dedicaba más de un cura. Así, en Kervignac, el canónigo Constantin Julé que, sin

embargo, se había adelantado a todos sus cohermanos por caminos aún no transitados, puesto que en 1869 confiaba al Padre Taboureaux los alumnos del lugar. Después de la votación de las leyes laicas, invitó al Padre Laventure a capacitarse para enseñar; solución provisional: una llamada a los Hermanos fue cursada rápidamente, los cuales llegaban a Kervignac en octubre de 1890 [1].

Otras comunidades lasalianas habían tomado posesión de nuevos centros escolares, creados por todas partes: en Baud, en 1887, en Melrand, al año siguiente. La casa del Faouët se construía en 1889 y, bendecida el 13 de julio de 1890, escuchaba ese día retumbar la elocuencia de Albert de Mun, diputado de Pontivy. El canónigo Souarin, luego su sucesor el Padre Ezano, ayudados por la generosidad del conde de Plas, lograban instalar a los Hermanos en Plouay, en la escuela Saint-Ouen, en el mes de septiembre de 1892.

En la Roche-Bernard, en Guidel, los religiosos, antaño maestros públicos, continuaban en el lugar. Los de la Roche-Bernard suscitaban, en medio de una población muy cristiana, las resoluciones de un buen número de jóvenes, que se comprometían por las sendas de sus maestros; semejantes lecciones, semejantes ejemplos actuaban en Guidel, donde tricornos y cuellos blancos —perdonados en 1904— no cesarán de ser honrados.

No menos buenas voluntades se encontrarán en el católico Finistère. Mediante una carta del 12 de agosto de 1880, dirigida al P. de Penfentenyo, arcipreste, y leída en el púlpito de la catedral, el obispo de Quimper, Mons. Nouvel, solicita las donaciones de sus diocesanos con el fin de salvaguardar las creencias de los niños bretones. Las respuestas no se hacen esperar. La escuela de Saint-Corentin, primeramente refugiada en el pensionado del Likès, se traslada al recinto de un aserradero. La escuela Saint-Matieu congrega a sus alumnos en una sala del centro juvenil, antes de recibir, en la residencia de los Padres Jesuitas, un abrigo menos humilde.

En Quimperlé, la escuela municipal había sido laicizada en 1878. La reorganización de una escuela popular en manos de los Lasalianos se realizó en 1885. Entre los primeros bienhechores se inscribió, con toda su familia, el conde de Villemarqué, miembro del Instituto de Francia, presidente de la Sociedad Arqueológica del Finistère.

En esta región de Quimper, letrados y trabajadores manuales, pobres y ricos, nobleza, burguesía, labradores, gentes del mar se ponen de acuerdo para poner el Cristo encima de la cátedra del maestro. El puerto de Concarneau recupera en 1887 a los maestros tan añorados. Plonéour-Lanvern obtuvo similar equipo un año antes. La dueña del castillo de Moustoir, Sra. Dumarnay, edifica con su dinero la escuela Sainte-Evarzec, inaugurada el 2 de septiembre de 1894.

Dirijámonos ahora hacia Brest y sus alrededores. Desde 1887, Guipavas hace uso de la libertad de enseñanza; Plougastel-Daoulas tendrá Hermanos en 1891. Del otro lado del Elorn, sobre una meseta que domina el maravilloso decorado de las olas, las rocas y los barcos, el municipio de Saint-Marc contará a algunos Lasalianos entre sus habitantes, desde 1897 hasta 1907. En Lambézellec, la escuela libre

1 Noticia biográfica del canónigo Julé, rector de Kervignac, por el canónigo LE CLANCHE.

abierta en enero de 1879 cerca del arsenal y del poblado, trasladada a “la Cruz Roja” en abril de 1880, recibe internos, amplía sus programas. La institución, de la que se hace cargo una sociedad civil, se convierte en el pensionado de Nuestra Señora de la Buena Nueva; emplea a doce Hermanos en 1889; acuden centenares de niños y de adolescentes; unos reciben la enseñanza elemental, otros son guiados hacia el certificado, y hacen prácticas profesionales en el taller.

Pasando al sur, hacia la gran ciudad y los horizontes de la rada, nos detenemos en la principal sede de la congregación: la escuela Saint-Georges cuya dirección ha asumido el Hermano Damasius en 1881. Goza de las simpatías de la Marina; el almirante de Cuverville le ha dado a entender al director que le gustaría ver a un buen número de jóvenes de Brest preparar el concurso de mecánico de la flota. El consejo ha sido captado; los Hermanos orientan a sus alumnos en el sentido indicado. Por tres veces, el primer alumno de la promoción saldrá de Saint-Jorges.

La colmena lasaliana enjambra hacia diversos lugares. Fuera de Brest, siguiendo la costa, se distinguirá, a una cierta distancia, Plouzané, cuyo alcalde, Jean Lareur, y sus conciudadanos han proporcionado gratis un terreno, materiales, sus manos y su tiempo, sus carretas, para crear, en el mes de noviembre de 1894, una casa de educadores religiosos enseguida llena de todos los muchachos en edad de aprender. Y después de constatar, en Conquet, la existencia de una obra análoga, nos embarcaremos hacia Ouessant.

En 1887, todo el consejo municipal de la isla despedía, en su partida, al Hermano Drouaud-Jean y al Hermano Cyrin-Joseph, a quienes el prefecto del Finistère remplazaba por laicos. Los habitantes de Ouessant se negaban a un irrevocable adiós. Jean-Marie Malgorn, su primer magistrado, se ponía de acuerdo con el Padre Le Roux, su cura párroco, con el objetivo de hacer volver a la comunidad. Los habitantes reclamaban el regreso del Hermano Cyrin, a quien veneraban desde hacía veinticuatro años y a quien llamaban familiarmente “Hermano Coz” *el Viejo*. Para volver a verlo y conservarlo, cotizaron a escote hasta los últimos límites de sus recursos.

Se les prometió la llegada del Hermano Coz. El Hermano Domnin-Martyr, elegido como director, llegó el primero a Ouessant. Cuando los vigías anunciaron la llegada del barco que lo traía, sonaron las campanas, el clero y el pueblo se formaron en procesión para acoger el viajero y acompañarlo a la iglesia, donde el Padre Le Roux, desde el púlpito, se lo agradeció a Dios.

Algún tiempo después, el 26 de junio de 1888, el obispo de Quimper llegó, para impartir el sacramento de la confirmación. El Hermano Cyrin y un tercer maestro, el Hermano Duvian, pertenecían al cortejo episcopal. La muchedumbre rodeó al “Hermano Coz”, cada uno queriendo dirigirle la palabra y pasarle la mano. El prelado, informado de los motivos de esas manifestaciones, aplaudió la fidelidad de los insulares. Bendijo la escuela libre, el 27 de junio, en medio de la alegría general: 150 niños se sentaban en las dos clases. No quedaron más que 30 en la escuela neutra, hijos de modestos funcionarios, gente llegada de tierra firme.

Al noroeste de la región del Léon, las rutas encajonadas entre las aliagas, conducen hacia Ploudalmézeau, Lannilis y Ploguerneau; tres grandes aldeas cuyos campanarios despuntan por encima de la llanura, no lejos de las olas; tres

ciudadelas de la enseñanza cristiana, que parecen apoyarse mutuamente para aguantar las tempestades. En Plouguerneau, los Hermanos habían tenido que abandonar su puesto en 1886, tras la intimación de las autoridades departamentales. No obstante, la presencia persistente del director y de uno de sus ayudantes, huéspedes del cura, insinuaba la esperanza de próximas reanudaciones. En efecto, pronto apareció la declaración de apertura de la escuela libre. El local provisionalmente elegido propició al inspector primario el pretexto para un informe malintencionado. Una vez superado el obstáculo, la parroquia se puso en movimiento para la realización de una obra duradera. Las canteras de piedra ofrecían, en los alrededores mismos, materia abundante: sus dueños no dudaron en dejarlas a disposición del cura de Plouguerneau. Éste, responsable de la empresa, nombraba cada domingo en el sermón, los granjeros que, durante la semana, ejecutarían el trabajo de acarreo. Era un honor del que todos se mostraban celosos. El día de la bendición del edificio —8 de septiembre de 1887— se pudo apreciar entre los asistentes un senador, dos diputados, consejeros generales, el alcalde y toda la asamblea municipal... Los crucifijos destinados a las salas de clase figuraban en una solemne procesión. Sesenta miembros del clero los escoltaron.

La población escolar que iba a recibir las atenciones de los maestros suponía, desde el origen, cerca de 180 niños de la aldea y de los alrededores. Parecía un tanto basta, un poco hirsuta, pero entrañable: aunque las inteligencias se despertaban lentamente, los rostros, inocentes y tiernos, sostenían con franqueza la mirada del interlocutor; demostraban mucho valor los pequeños que, provenientes de alguna aldea, de alguna choza aislada, caminaban durante una hora para escuchar la lección cotidiana y, a mediodía, no comían más que un trozo de pan, con la sopa de la escuela o de una casa hospitalaria. En cuanto a los resultados de los estudios, hubieran sido menos decepcionantes, si muchas familias, ávidas de ganancias, a veces necesitadas, no hubieran llamado al cultivo del erial, al cuidado del ganado, al hijo que apenas sabía leer, escribir y calcular.

La observancia del Decálogo y las prácticas cristianas se encuentran reforzadas en la región. El Padre Grall, nombrado cura-deán de Ploudalmézeau en 1888, quedó negativamente impresionado por la indisciplina de los niños y su mal comportamiento en la iglesia. Enseguida decidió llamar a los Hermanos a su parroquia. La nueva fundación compitió seriamente con la escuela pública: a partir de octubre de 1889, el Hermano Director Corbré-Marie contaba con 214 muchachos bajo su tutela. Se organizó un internado, rápidamente floreciente. En el piadoso ambiente, las almas se transformaban; de año en año las gentes de Ploudalmézeau mostraban más fervor, hasta llegar a ser modelos en la diócesis de Quimper. Los mismos maestros oficiales armonizaban sus pensamientos y su conducta a la fe del medio bretón, y sucedió que varios curas de los alrededores ya no consideraron útil seguir enviando clientes al pequeño pensionado lasaliano...

En Lannilis, el canónigo Ollivier actuaba con otras miras. Llegado a ese decanato en 1893, escuchaba a los habitantes expresar su satisfacción por la enseñanza impartida por el director de la escuela municipal, Sr. Le Bars, antiguo normalista de Quimper en los tiempos en que los Hermanos eran profesores de los alumnos-maestros. Hacía doce años que el Sr. Le Bars era positivamente conocido en el Léon: pocos ciudadanos pensaban que algún día el puesto pudiese cambiar de titular y el recién llegado inspirarse en otras máximas. El P. Ollivier quiso prever para el futuro; declaró que abriría una escuela libre. Tal como cabía esperarse, las

objeciones y los rechazos se acumularon. Los pasó por alto. Después de hacer una colecta entre sus cohermanos, compró un campo, construyó, finalmente acudió al Superior General del Instituto, el Hermano Joseph. La escuela Saint-Antoine debutó modestamente el 21 de octubre de 1895. La víspera, tan sólo una docena de personas habían asistido a la bendición del local. Cincuenta y cuatro alumnos siguieron las primeras lecciones.

Su número se duplicaba antes de finalizar el año escolar. La creación de una tercera clase se imponía en 1897. El círculo de simpatías activas se ampliaba vigorosamente: el P. Ollivier, en 1899, cesó de pagar los tres sueldos de los que se hacía cargo, pero otros bienhechores lo remplazaron. Los alumnos pensionistas, además, proporcionaban recursos. No habían pasado diez años cuando los Hermanos de Lannilis enseñaban a 195 alumnos, 55 de los cuales internos. La escuela, sólidamente establecida, arraigada en profundidad, se disponía a enfrentar las tempestades.

Una vez comprobada la abnegación de los Lasalianos, padres e hijos les permanecieron fieles. En 1882, en Landivisiau, tuvo lugar un espectáculo bastante curioso: los campesinos, al saber que el poder civil prescindía de los servicios de la Congregación decente, resolvieron llamar al hogar a sus hijos pensionistas hasta entonces en la aldea. El 8 de noviembre, día de feria, un largo desfile de carretas llenaba las calles de Landivisiau; en lugar de los productos de la granja y de los animales vendidos por la mañana, las carretas llevaban los baúles y las camas retiradas de la escuela. Quince meses más tarde, se suscribían acciones de quinientos francos en cantidad suficiente como para que la obra de los Hermanos — aquí, como en Faouët del Morbihan, patrocinado especialmente por el conde de Mun— recomenzase bajo una fisonomía semejante, pero en condiciones nuevas.

Hacia el este del departamento, dos escuelas libres son confiadas a los discípulos del Sr. de La Salle: la de Saint-Thégonnec en 1885, la de Plougven en 1888.

En Plestin-les-Grèves, cuya fundación data de 1879, llegamos al límite del Finistère y de las Côtes-du-Nord. Y por Bégard, en actividad desde 1893 nos dirigimos a Paimpol cuyos futuros marineros se instruyen asiduamente con los Hermanos, a partir de 1891, sobre los conocimientos necesarios para su estado. Sobre la orilla opuesta de la bahía, se veía aparecer por esa misma época la casa de Erquy.

Para los habitantes de Saint-Brieuc, que habían acogido al Instituto desde el siglo XVIII, la situación —restablecida en 1818— se prolonga hasta septiembre de 1890. Entonces, la Sra. de Largentaye cede una parte de su edificio, en la calle Vicairie, para instalar allí cuatro clases; los Padres Maristas ponen su centro juvenil a disposición de los Hermanos y otras dos clases funcionan en ese lugar. Un séptimo maestro da clase en la “Ciudad obrera” en una sala ofrecida por el Sr. Clésieux, cuya familia, en otro tiempo, había construido la capilla de la comunidad, bajo la advocación de San Agustín y en recuerdo de un joven capitán mortalmente herido durante la guerra de 1870 [1].

1 Agustín du Clésieux fue enterrado en esa capilla. Una estatua lo representa yacente, sobre la lápida sepulcral. — LE MÉHAUTÉ, *op. cit.*

El reparto de los alumnos en diversos locales será tan solo provisional. Una sociedad anónima se da por misión preparar a los Lasalianos una residencia espaciosa, inteligentemente acondicionada. Será la escuela de la calle del Parque. Después del contrato realizado entre los representantes de los societarios y el Reverendísimo Hermano Joseph, los Hermanos de Saint-Brieuc toman posesión del edificio, el 23 de junio de 1891. Desde ese día hasta el 1º de septiembre de 1904, recorrerán alegremente una de las más interesantes etapas de su larga historia en la capital de Côtes-du-Nord.

En Ille-et-Vilaine, mientras que Rennes y sus escuelas primarias dependen del distrito de Nantes, los subordinados del Visitador de Quimper ejercen su misión en Pleurtuit, desde 1892; han remplazado a los Hermanos Menesianos en Saint-Méloir-des-Ondes en 1877 y conservado su apostolado en ese municipio en 1888, después de la laicización. Pero su puesto preferido sigue siendo Saint-Malo.

Las señoritas Garnier-Kerruault, provenientes de una rica familia de Saint-Malo, habían comprado, en 1883, en la vieja ciudad rodeada de murallas, un edificio compuesto por una hermosísima planta baja para uso de almacén y unos amplios sótanos. Pidieron a su arquitecto que transformara el local, levantase los muros, con la idea de realizar un conjunto perfectamente habitable, al mismo tiempo que apropiado para las necesidades y trabajos de una colectividad.

Se trataba de no tener que improvisar, en el momento de la laicización. Cuando la decisión prefectoral de 1887 tuvo lugar, el clero parroquial, según el deseo de las señoritas Garnier, tomó la decisión de crear una escuela libre. Quedaban por realizar numerosos acondicionamientos, reunir los fondos para el mantenimiento del edificio, para los salarios de los maestros. Algunos notables católicos ofrecieron su colaboración; una suscripción fue ampliamente cubierta. Se apresuraron a llevar a buen término todos los preparativos, por haber exigido la administración departamental que el inicio de las clases con los Hermanos no sufriese retraso sobre el comienzo del año escolar.

Una ola de 418 alumnos se abalanzó sobre el puerto acogedor. Enseguida las clases se quedaron demasiado pequeñas; fue necesario ocupar la sala de estudios de los maestros, encontrarles un refugio en una parte de la capilla, cuyo resto se convirtió en un modesto oratorio. Los oficios religiosos a los que asistían los alumnos se realizaron desde entonces a cien metros de la escuela, en la antigua capilla de los Círculos Católicos.

Cinco años después, la escuela y la comunidad debían emigrar a otro terreno, igualmente habilitado por la familia Garnier-Kerruault y otras generosidades del mismo tipo. La casa fue ubicada bajo la advocación de la Inmaculada Concepción.

En 1889, se obtuvieron del Consejo Municipal 20.000 francos de indemnización por los edificios entregados, bajo el Primer Imperio, al obispo de Rennes por el capitán de navío Bichat, y que los Hermanos habían ocupado desde 1822. La asamblea de Saint-Malo concedió, además, satisfacción al Hermano Director Collien, que reclamaba los atrasos de tres títulos de renta.

En un ambiente en general favorable, la Congregación docente continuó su tarea durante el último cuarto del siglo XIX. Las bodas de oro del Hermano Divitien, en

1898, ofreció a la opinión pública la ocasión de manifestarse: el maestro, al que se deseaba homenajear, había llegado a Saint-Malo cuando comenzaba la Segunda República; se había ganado una justa popularidad; en 1878, recibía una medalla oficial por sus leales servicios. Amado, aclamado, el anciano no se alejará de sus numerosos discípulos más que en el momento del cierre de 1904 [1].

* * *

Normandía nos aportará una de las pruebas más convincentes de la estrecha y confiada colaboración del pueblo fiel y los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para terminar sin demasiada demora este recorrido general que, ahora, nos conduce hacia el oeste pasaremos por alto un buen número de establecimientos escolares: Coutances, Cherbourg, Avranches, Mortain, Valognes, Saint-Lô, Saint-Sauveur-le-Vicomte, en el departamento de la Manche; Caen, Vire, Bayeux, Falaise, Honfleur, en Calvados; Darnétal, Ruán, Dieppe, Le Havre, Bolbec, Fécamp, Yvetot, Forges-les-Eaux, Sotteville, en la Seine-Inférieure; Évreux, Gisors, Bernay, Louviers, Vernon, en el Eure; y, en razón de la extensión del distrito fuera de los límites normandos, Noyon, Compiègne, Senlis, en el Oise. En total unas cuarenta casas, varias de las cuales contaban ya con una larga existencia, fueron conservadas o resucitaron después de los años de laicización; seis se organizaron entre 1886 y 1900.

Queremos simplemente señalar a modo de ejemplo, Saint-Jean de Elbeuf que subsistió sin interrupción desde 1844 y que, hacia finales del siglo, encontró en la persona del Hermano Aubin-Xavier un director de calidad poco común: este antiguo politécnico, oficial de marina durante la guerra de Crimea, dirigió a sus alumnos con una disciplina y una determinación muy militares, los condujo por el camino del deber a viva marcha, formó, de ese modo, conciencias clarividentes, voluntades enérgicas. Contaba con veintitrés años de profesión cuando murió, septuagenario, en Saint-Sauveur-le-Vicomte, en 1900.

Anteriormente, ya esbozamos la fisonomía de las clases populares de Chantilly [2]: no queremos abandonarlas sin haber relatado la actuación de una religiosa de San José de Cluny para la reapertura de la escuela lasaliana. Sor Clémence Fontaine, después de la partida de los Hermanos en 1888, visitó a los príncipes, las princesas que residían en el castillo de los Condé, los hombres de letras, de toga y de espada, los industriales, los comerciantes, los artesanos... El movimiento que provocó no se detuvo más. Un capital de 100.000 francos, reunidos poco a poco, permitió adquirir una hermosa propiedad donde, en 1892, concluían a su realización tantas infatigables gestiones, tantos perseverantes esfuerzos [3].

1 Todo este párrafo sobre Bretaña ha sido compuesto con la ayuda de documentos del distrito de Quimper. — Además, en lo que se refiere a Saint-Malo, hemos utilizado el artículo de J. DIQUERO, publicado por *L'Écho de chez nous*, boletín de la Asociación de los antiguos alumnos de la escuela libre, número de noviembre de 1932.

2 Anteriormente, pp. 243-244.

3 *Histórico* de las casas de Normandía, t. I y II.

No queda más que poner de relieve algunos rostros nobles en la ciudad de Lisieux. Cuando el Hermano Isméon murió, en 1875, después de haber dirigido la escuela de Lisieux durante treinta y un años, los habitantes, por suscripción, le habían erigido un monumento en el cementerio. El afecto hacia los vivos iba parejo con el agradecimiento hacia los difuntos. Por eso la decisión de laicización, tomada a pesar del parecer contrario de mayoría de los consejeros municipales, fue inmediatamente seguida por la creación de una sociedad civil destinada a procurar a los maestros religiosos una nueva sede. El iniciador se llamaba Louis Lemaigen: “Hombre de oración y hombre de acción, decía de él uno de sus auxiliares [1], honró singularmente nuestra ciudad por el brillo de sus virtudes y la incansable actividad de su apostolado”.

Industrial, periodista, dieciséis años consejero municipal, algún tiempo administrador del hospicio, y, de manera más duradera, presidente de las conferencias de san Vicente de Paúl en la diócesis, miembro y secretario de la Cámara consultora de artes y oficios, Louis Lemaigen se había ganado el respeto de sus compatriotas: su inteligencia despierta y espontánea, su juicio muy seguro, su elevada cortesía, le aseguraban un puesto privilegiado entre los polemistas. Henry Chéron, que fue su adversario político, le rindió un hermoso homenaje; con ocasión del fallecimiento de Lemaigen, en 1902, escribía en *Le progrès lexovien* [2]: “El director del periódico *Le Normand* ponía en sus actividades una fe ardiente que ignoraba los acomodados. Pero, en sus artículos, sabía reemplazar por un espíritu de buen gusto, las violencias inútiles... Contribuyó ampliamente a esa tolerancia recíproca de las personas y de las ideas que hacen de Lisieux una ciudad envidiable”.

Al retrato así esbozado, Henry Chéron añadía otros retoques: “Modesto y sencillo en su vida, generoso, simpático para todos, Louis Lemaigen sembraba, abundantemente a la vez que con discreción, el bien en torno suyo”

Diversos testimonios de contemporáneos aportan similar gavilla de alabanzas: “En él todo era amable... Esencialmente bueno, aportaba a muchos la luz de sus consejos, las ayudas de sus beneficios... Con una firmeza que se aliaba en él a la moderación, defendía la libertad y las buenas obras” [3].

Ya que, por suerte, poseemos los medios de dar a conocer a aquel a quien declaraban, “el fundador y animador incomparable” [4] de la escuela libre de los Lasalianos, no hemos dudado en extendernos un poco sobre él. Lemaigen muestra, en su persona, las cualidades humanas y las virtudes cristianas que explican la potencia, la constancia, el éxito del trabajo realizado para impedir al ateísmo multiplicar sus ruinas. Merece ser citado, ser estudiado, a modo de ejemplo,

1 G. DE BOISLAURENT, en su conferencia del 30 de octubre de 1927, dada con ocasión del ciento cincuenta aniversario de la llegada de los Hermanos a Lisieux.

2 Artículo del 25 de enero de 1902.

3 Artículos publicados en *Le Normand*, 31 de enero de 1902, y *Le Lexovien*, 25 de enero de 1902. — Discurso del P. L. TARGET en la distribución de premios de la escuela de los Hermanos, 30 de julio de 1902.

4 Conferencia, citada, de G. DE BOISLAURENT.

e incluso, en razón de su fe profundísima, de su valor en medio de pruebas muy dolorosas, como un prototipo del catolicismo en Francia hace medio siglo.

Pero sería injusticia no recordar que encontró ayudas. “Nos reunió a unos veinte, sigue diciendo el historiador local, y nos expuso su programa reparador”. Ese haz de buenas voluntades nunca se disoció; sin él, el Comité y la Sociedad Civil no habrían podido formarse, la suscripción no se hubiera lanzado ni completado, el antiguo “Decanato”, construido en 1769 por Le Bois du Fresne, no se hubiera convertido en la hermosa vivienda de los Hermanos de Lisieux. Éstos, bajo la dirección del Hermano Andelin, comenzaban allí sus clases el 24 de septiembre de 1884. Mons. Hugonin, obispo de Bayeux y de Lisieux, bendecía, el 5 de noviembre, la capilla y los dos grupos del establecimiento escolar: externado Juan Bautista de La Salle, escuela gratuita San José. Al mismo tiempo se organizaba la Asociación juvenil, bajo los auspicios de los Sres. Lemaignan, Guérin y Martin... El tercero, instalado en los “Buissonnets”, era el padre de Teresa, la futura carmelita, la joven santa [1].

Un antiguo y célebre diputado de la Asamblea Nacional de 1871, Sr. Target, y un médico muy estimado, el Dr. Notta, continuarán y consolidarán la obra de su amigo Lemaignan. También ellos burgueses de alto nivel, y el primero aparentemente distante, brusco, de exterior adusto; pero ambos de corazón delicado, de espíritu muy comprensivo [2]. Garantizando con su autoridad y apoyando con su dinero la escuela libre, estos hombres de la vieja sociedad francesa no se dejaban dominar por cálculos interesados, ambición, mezquinas esperanza de revanchas electorales; creyentes, o al menos apegados a todas las tradiciones nacionales, deseaban que el pueblo conservase una civilización inseparable del Evangelio; que el país evitase las catástrofes a las que le arrastraba el materialismo. Aún cuando hubiesen mostrado poco deseo por reformas atrevidas, por transformaciones que más tarde aparecerán necesarias, inevitables, ellos y sus similares —en toda Francia— no por ello dejaban de merecer el agradecimiento público: usando su derecho de ciudadanos libres, prepararon los caminos para la definitiva victoria de la paz social y de la verdad.

1 Archivos del Secretariado General del Instituto, rue de Sèvres.

2 BOISLAURENT, *op. cit.* y Archivos del distrito, *Histórico* de la escuela de Lisieux.

CAPÍTULO II

LOS PENSIONADOS

La enseñanza especial; las innovaciones universitarias de Victor Duruy; la Escuela Normal de Cluny. Trabajo paralelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los proyectos del ministro René Goblet; la enseñanza secundaria moderna y el decreto del 4 de junio de 1891; la reforma de 1902. Los Lasalianos fieles al programa de su Fundador. — El pensionado de Passy bajo la dirección del Hermano Albert-Marie. Siluetas de profesores. La clase de matemáticas especiales y su maestro, el Hermano Jean-Marie. El Hermano Auguste-Hubert, profesor, pro-director, director: retrato de ese gran religioso educador. — Los pensionados del interior del país. Grupo del Oeste y del Suroeste: Saint-Pierre de Dreux; el Hermano Léon-de-Jésus, el Hermano Adolphe-Marie, el Hermano Adolphe-Joseph; “Juan Bautista de La Salle” de Ruán, el Hermano Ambroisin, el Hermano Aventin-Marie, el Hermano Thomas; Saint-Joseph de Caen, el Hermano Arthaud, el Padre Garnier, el Hermano Albertis-de-Jésus; el Likès de Quimper, el Hermano Cyrille-des-Anges; Saint-Joseph de Bel-Air, en Nantes, el Hermano César; Saint-Martin de Tours; Saint-Genès de Burdeos: papel del Hermano Louis, subdirector de ese pensionado, de 1883 a 1891; el Hermano Israël. — Grupo del Centro: Orléans, fundación del pensionado Saint-Euverte; Moulins: el pensionado Saint-Gilles, el Hermano Imier-de-Jésus, director de ese centro; Notre-Dame de France en el Puy; el pensionado de Clermont-Ferrand, el Hermano Annet, el Hermano Gabriel-de-la-Croix, el Hermano Hélie; Saint-Joseph de Rodez y el Hermano Idinaël (Édouard Segonzac). — Grupo del Norte y del Este: Lille y la región de Lille; Saint-Omer y su director, el Hermano Évariste-Abel; Reims, el Hermano Victor-Nicolas; Longuyon, sustituye a Beauregard, el Hermano Arnaud-Marie. Dijon, el Hermano Pol-de-Léon y sus alumnos; el proceso de 1882: mantenimiento de los programas de enseñanza; Dole-du-Jura, el Hermano Néopolus. — Grupo del Sudeste y del Sur: el pensionado llamado “de los Lazaristas” en Lyon; Saint-Louis de Saint-Étienne, el Hermano Rodolfo (Jean Achile Sogno) y el Curso preparatorio para la Escuela de Minas; el Padre Chassagnon, capellán del pensionado. Los pensionados de Saboya; el pensionado de Grenoble, sus orígenes, su desarrollo. “La Inmaculada Concepción” en Béziers, el Hermano Théoctène, el Hermano Louis-de-Poissy, el Hermano Joannès-Berchmans; Saint-Joseph de Toulouse y sus tres grandes directores, los Hermanos Junien, Lactance y Létance-Marie.

Enseñar el catecismo y los primeros elementos de las ciencias humanas a los niños de la clase popular, tal es el deber que se impone, en primer lugar, a un discípulo de san Juan Bautista de La Salle. Acabamos de constatar que los Hermanos no lo eluden en forma alguna. En todas partes donde la Iglesia y los católicos de Francia han considerado importante reconstruir la obra escolar derruida, arruinada por los políticos, el Instituto ha respondido: ¡presente!

Pero su misión no se limitó nunca a las “escuelas menores”. Eso es un hecho histórico a propósito del cual nuestros precedentes volúmenes han suministrado las explicaciones y justificaciones útiles. En las nuevas páginas, no nos proponemos nada más que añadir algunos rasgos a narraciones ya extensas [1].

Los pensionados: los hemos visto desarrollarse en el siglo XVIII, desaparecer en la época revolucionaria, renacer después de un periodo de vacilación y de espera, recuperar su vigor de otros tiempos en el clima creado por el legislador de 1850. Passy sirvió de modelo para las innovaciones universitarias de Victor Duruy. Al organizar “la enseñanza especial” el ministro de Napoleón III pensaba, mientras

1 No habrá que sorprenderse si no insistimos sobre *todos* los pensionados. La historia de algunos ya ha sido contada en nuestros volúmenes anteriores.

rendía homenaje a los Hermanos, suscitarles una viva competencia. No los pilló desprevenidos. Paralelamente a las instituciones oficiales, los establecimientos de la congregación precisan y amplían sus programas; los maestros religiosos se adaptan a las necesidades regionales, orientan a sus alumnos hacia las carreras cuyo acceso no exige el bachillerato clásico. Ellos mismos se capacitan para igualar a sus colegas laicos en la forma y en el contenido de sus lecciones, incluso ante los jurados examinadores.

En los edificios de la antigua abadía de Cluny los poderes públicos han abierto una escuela normal destinada a los futuros profesores de la enseñanza especial. Subsistió desde 1866 hasta 1891. Los mejores sujetos salían de ella con el título de agregados, después de un concurso que tenía lugar en París. Pero, al margen, el ministerio de la Instrucción Pública creó un diploma que los pedagogos no “cluniacenses” podían tratar de conseguir y que efectivamente varios Hermanos obtuvieron.

Duruy había pretendido principalmente extender una enseñanza científica más concreta que la de los liceos; dar mucha importancia a los ejercicios prácticos, a los trazados gráficos, a las manipulaciones. Para las lenguas vivas, preconizaba el método directo, designación de los objetos, conversaciones, lecturas de corrido. Finalmente, pedía que el trabajo manual ocupase su puesto en las instituciones escolares; las escuelas primarias superiores, principalmente, debían todas estar equipadas con un taller [1].

Tales directivas correspondían perfectamente a los métodos inaugurados por el genial organizador de Saint-Yon, como para que sus herederos, en el siglo XIX, no lograsen conservar su delantera en el campo en el que la Universidad pretendía competir con ellos. A partir de 1874, los alumnos del pensionado de Passy, realizaron, en la Sorbona, y con excelentes resultados, las pruebas creadas para los usuarios de la enseñanza especial [2]. Sus maestros — y, casi tan activamente, los Lasalianos de las casas de las provincias — contribuían a la evolución del sistema pedagógico. La enseñanza especial, cuya experiencia había mostrado los buenos resultados y, a la vez, las imperfecciones, las lagunas, no cesaba de suscitar la atención de los técnicos. Parecía conveniente para un estado democrático, a una sociedad en la que las clases populares manifestaban su voluntad de ascensión, donde la ciencia y el trabajo industrial se encontraban en relación constante: y por eso los jefes de la Tercera República se mostraban particularmente favorables a volver a retomar y a ampliar la extensión de las tentativas de Duruy.

El decreto del 4 de agosto de 1881 concedía ya a los estudios “especiales” la sanción de un bachillerato. El 31 de marzo de 1886, René Goblet, entonces Gran Maestro de la Universidad, reunía una comisión en la que, entre los funcionarios y los profesores, figuraban representantes de la industria y del comercio. Los miembros de esta asamblea resumían sus aspiraciones en estos términos: “La nueva enseñanza deberá estar organizada de modo que pueda responder a las nuevas necesidades de la sociedad moderna y atraer hacia los estudios secundarios

1 Ferdinand BUISSON, *Nouveau Dictionnaire de Pédagogie*, artículo *Cluny* firmado J.-M. BAUDOUIN y René LEBLANC.

2 *Un religieux éducateur, Frère Auguste-Hubert* (por el Hermano PAUL-JOSEPH), 1923, p. 69.

franceses a los jóvenes que no tienen afición ni tiempo para dedicarse al estudio de las lenguas muertas”

Se consideraba pues una enseñanza “secundaria” de un género inédito. Un discurso del ministro, el 1º de mayo de 1886, contenía su anuncio:

“Se trata, declaraba Goblet, no de destruir la enseñanza clásica actual, sino de organizar, junto a ella, una enseñanza paralela —igualmente clásica, es decir de tipo general— y literaria a la vez que científica, en la cual el tiempo que en la otra se dedica al griego y al latín sea empleado en estudios más modernos, más prácticamente utilizables, principalmente al conocimiento de nuestra lengua y de las lenguas extranjeras... Se trata de asegurar una educación liberal a los jóvenes que se dirigen cada día más, hacia las carreras llenas de atractivo para los hombres de acción”

Enseñanza clásica francesa: tal era el nombre que patrocinaba el autor de ese manifiesto. El Consejo Superior de la Instrucción Pública quiso reservar para las viejas “humanidades” su habitual denominación. Acabó optando en favor del calificativo que oponía el presente y el futuro al pasado: la enseñanza especial se convirtió —promoción no solamente verbal sino conforme a las realidades— en “enseñanza secundaria moderna”. La serie de cursos estaba calcada sobre el plan tradicional de los estudios clásicos, el alemán y el inglés ocupaban las horas que, antaño, pertenecían al latín. Únicamente faltaba el año de “retórica”. En la clase de primero, la historia de la civilización, la economía política y el derecho desplazaban en parte a la filosofía. Matemáticas, física, química, ciencias naturales, dibujo, contabilidad formaban parte de las asignaturas esenciales del programa.

El decreto del 4 de junio de 1891 concretó las líneas de ese conjunto y organizó, como culminación, un bachillerato en sorprendente analogía con el bachillerato clásico. El examen se dividía en dos partes, separadas, como en el otro ciclo, por el intervalo de un año escolar. La segunda parte coronaba los estudios, al finalizar esa clase que no estaba indicada más que por el primer número de orden. A los alumnos se les ofrecían dos secciones: sección de letras, sección de ciencias. Y en el momento del examen el candidato podía optar entre las pruebas de “letras-filosofía”, de “letras-ciencias”, o de “letras-matemáticas”.

Era un encauzamiento hacia una más estrecha unión de todas las formas de enseñanza secundaria. El decreto del 31 de mayo de 1902 tuvo por objeto su proclamación. En adelante, los alumnos, al terminar las clases primarias, se verían situados ante dos rutas: la “vía latina”... y la otra, sin latín. Ellos elegirían, o sus padres y maestros elegirían por ellos. Luego, durante cuatro años, recorrerían el primer “ciclo”. Se otorgaba permiso, para quien lo deseara entre los “Latinos”, obtener, durante los dos últimos años, algunas nociones de gramática griega. El segundo ciclo comenzaba con la clase de segundo: en esa encrucijada, la dirección a tomar sería impuesta, naturalmente, por las aptitudes y los conocimientos adquiridos: “latín-griego”, “latín-lenguas”, “latín-ciencias”, “ciencias-lenguas”, cada uno de los cuatro sectores, al cabo de dos y tres años de trabajo, conduciría a los más meritorios, o a los más afortunados, a las pruebas —diversificadas según las

orientaciones— de un solo y mismo bachillerato; y todos los laureados, gozarían de iguales derechos para el acceso a las facultades de la enseñanza superior [1].

Mucho después de la conclusión de esa evolución, los pensionados de los Hermanos no utilizarán todas las amplitudes del decreto de 1902. Seguirán permaneciendo resueltamente “modernos”, hasta tanto una orden del Soberano Pontífice no les haya requerido renunciar al artículo de su Regla que proscribe el uso y la enseñanza del latín. Hasta el inicio del siglo XX, poniendo sus progresos en armonía con las decisiones gubernamentales, alcanzando o superando los niveles de los colegios secundarios oficiales y libres, se enfrentan con menores dificultades que sus similares o sus adversarios, por terrenos cuyos sólidos fondos, repliegues, escollos conocen desde hace mucho tiempo, por senderos que han explorado, han abierto, por iniciativa propia.

Este éxito recompensa la perfecta fidelidad a las tradiciones del Instituto. Los pensionados de Francia, en esos días de prosperidad que les ocasionan tantas rivalidades, tantos odios inexplicables, continúan en la línea de los establecimientos fundados antes de 1789. En ello Dios fue el primer servido; la preocupación por los exámenes no supuso, ordinariamente, perjuicio para la piedad de los maestros ni de los alumnos. La ciencia no se les subió a la cabeza ni corrompió la pureza y la sencillez de los corazones.

El Hermano Superior General Gabriel-Marie, en guardia contra todos los abusos, contra todas las infracciones a los mandamientos del Sr. de La Salle, alababa en estos términos los grandes establecimientos escolares que había visitado el primer año de su gobierno: “El pensionado de Lyon es para nosotros muy estimado, pues esta casa nunca ha pactado, ni directa, ni indirectamente, con el fruto prohibido...: la enseñanza secundaria clásica. Lo mismo sucede con la mayoría de las otras comunidades dedicadas a trabajos similares, principalmente las de Marsella y de Aviñón; han sabido resistir a la tentación de multiplicar los diplomas a expensas de la Regla” [2].

Dócilmente, y en definitiva, sin dificultad y sin errores, los directores y profesores lasalianos encargados de la enseñanza especial respetaban las prohibiciones recordadas por el reciente Capítulo [3].

* * *

En el marco que acabamos de presentar, se insertarán los rostros de los seres y los escenarios donde se mueven. Passy nos ofrece las primeras imágenes [4]. En 1879, el Hermano Libanos cede la dirección efectiva a su adjunto, el Hermano Albert-Marie. Después de treinta años de una fecunda administración, la enfermedad y la

1 Ferdinand BUISSON, *op. cit.*, artículo *Goblet*, firmado Maurice PELLISSON, artículo *Licées et collèges*, firmado T. STEEG.

2 Circular del 7 de julio de 1897.

3 Novena decisión del Capítulo General de 1897.

4 Cf. Álbum del Centenario de Passy, 1939.

vejez han alcanzado al hombre de poderosas energías; prueba particularmente cruel, ese animador, ese optimista, ese intrépido es presa de agobiantes tristezas, de ansiedades que ningún razonamiento, ninguna oración logran disipar. Muere en ese crepúsculo el 3 de septiembre de 1883, para no encontrar la luz más que en el umbral de la eternidad.

Su colaborador le sucede al frente del pensionado. Menos brillante, menos influyente, el Hermano Albert-Marie demostrará estar a la altura de su tarea. Toda su fuerza está en su interior; virtuoso hasta la santidad, bueno, con mucha sencillez, con mucha discreción; religioso ejemplar. Así es como ejerce una acción profunda; hasta se nota un nuevo fervor en el amplio establecimiento, ambiente ya complejo con su población de niños, adolescentes, jóvenes, llegados de París, de las vecinas y lejanas provincias, de varios países extranjeros..., 850 alumnos en los últimos tiempos del Hermano Libanos. Pero éste, y antes que él, el Hermano Théotique, han asentado tales principios, creado una tan cálida atmósfera de confianza y de afecto, que las labores de todos los responsables se encuentran sorprendentemente facilitadas. En Passy reina la paz; allí la disciplina es paternal, sin relajarse jamás; las fiestas se desarrollan con mucha solemnidad y alegría; los estudios mantienen un nivel muy alto.

El personal docente posee una elevada y legítima reputación. Desde 1839 se han formado maestros de calidad en esta casa. Y, en los Consejos de los Superiores Generales, subsiste la costumbre de considerar la comunidad del célebre pensionado como un semillero de jefes.

Profesor de la institución desde 1848, el Hermano Aventin-Marie es llamado, en 1873, a dirigir Saint-Pierre de Dreux; a continuación dirigirá el colegio de Clapham, en Londres, asumirá, en Inglaterra, el cargo de Visitador, hasta el día de 1885 en el que lo encontraremos nuevamente en Francia, al frente del pensionado de Ruán.

Otro miembro del estado mayor de París, el Hermano Thomas, se convertirá, a su vez, en 1887, en el eminente educador de los hijos de Normandía. Anteriormente desempeñaba las funciones de jefe de división en Passy. Allí lo llamaban “el buen Hermano Thomas”. Era muy asequible, conservaba la sonrisa. Y no se limitaba a una amabilidad superficial. Impulsaba vigorosamente al deber a aquellos que había atraído por su bondad; como auxiliar abnegado de uno de los capellanes, el Padre Caussignac, le condujo hacia las Congregaciones establecidas para las diferentes edades, a niños piadosos y a jóvenes de élite. Él mismo, debido a su mucha influencia, marcó con su impronta a varias generaciones.

Figura muy característica y muy atractiva, el Hermano Albert-des-Anges es nombrado subdirector en 1886. Sigue siendo el músico de talento, director de coro, organista, que ya hemos entrevistado [1]. Sus dos *Misas* para los domingos y la *Misa de la Natividad*, que compuso inspirándose en *Villancicos* antiguos, son obras notables, ardientes, conmovedoras, que merecen no desaparecer del repertorio litúrgico. El alma del autor se refleja en ellas: alma de exquisita delicadeza, de inmensa bondad, alma que entusiasma. Iluminaba y reconfortaba. Unía la prudencia a la entrega absoluta.

1 *Histoire générale*, t. V, p. 520.

Ofrecer como equivalente en ese medallón la silueta del Hermano Adéolien no deja de ser bastante curioso. Nos encontramos ante un alsaciano con voluntad de hierro. Este joven de Soufflenheim, en la diócesis de Estrasburgo, quedó huérfano desde sus trece años; decidió crearse por su cuenta un porvenir. En 1859, con diecisiete años de edad, partió, a pie, hacia Austria. Llegado a Viena, se improvisó, con algunas familias, como profesor de francés; y por su cuenta, aprendió un alemán más puro que el de su provincia. Lo encontramos luego en Maguncia donde un sacerdote le pide lecciones de francés y le otorga su amistad. Vuelve a su patria, se aloja en París, se presenta a los Marianistas del colegio Stanislas; bien acogido, temporalmente afiliado a la congregación del P. Chaminade, continúa enseñando. Pero oye la llamada de las armas: el Papa, amenazado por los piemonteses, necesita defensores. Nuestro alsaciano acude a servir bajo las órdenes del general de Charette. Suboficial de soberbia presencia, tiene la ocasión de conversar con el Hermano Siméon, director del colegio francés de Roma. Una nueva vocación surge de ese contacto: el zuavo pontificio, se transformará en Hermano de las Escuelas Cristianas. Un día, la Casa Madre de la calle Oudinot le ve llegar, con su indumentaria militar. De entrada conquista el interés, y rápidamente el afecto, del Hermano Exupérien, que, en 1869, lo confía al Hermano Libanos. El Hermano Adéolien elige finalmente una morada estable. Passy albergará, durante treinta y cinco años, al religioso siempre marcial, puntual como un buen soldado, trabajador que no siente la fatiga, hombre de conciencia y de claras resoluciones, que no se turba ante ninguna dificultad, a quien no detiene ningún obstáculo [1].

El personaje, sin duda, no pertenece a los primeros planos; su mérito y lo pintoresco de existencia, le impiden pasar desapercibido. El Hermano Jean-Marie, de perfil no menos acentuado, juega —por su parte— un papel capital. Nacido en Fabriano, en Italia, abandona su patria en 1868, para entrar en el noviciado lasaliano de Marsella. Normalmente, su destino son las comunidades del otro lado de los Alpes; y se llama Giovanni-di-Maria. Sus dotes excepcionales de matemático van a cambiar el curso de su existencia. En 1883, recibe una obediencia para Passy. Es su destino: residirá en Francia hasta el fin de sus días; y el gran pensionado le deberá una parte de su fama.

Desde 1873, una veintena de alumnos acaban el ciclo de sus estudios en la clase de matemáticas especiales, que en aquella época era totalmente autónoma, después de haber sido una simple sección de la primera clase. Se necesita un profesor que se consagre, de manera exclusiva, a estos jóvenes. El Hermano Jean-Marie será el maestro soñado. Una vez puesta a prueba su ciencia, es destinado, en 1886, a “la Especial”. Durante un cuarto de siglo, preparará los candidatos a la Escuela Central de Artes y Manufacturas. Trabaja con tesón. Posee la ciencia, y el arte de comunicarla. Su autoridad, su imparcialidad, su brusca franqueza subyugan a su auditorio. Es el rey entre los muros donde enseña; reivindica decididamente sus responsabilidades; en las altas instancias se las reconocen y se abstienen de perturbar su actuación. Los resultados, por lo demás, proclaman su competencia. Cinco veces —en 1887, 1890, 1893, 1898, 1899— un alumno del Hermano es el primero de la promoción. Passy, según todas las familias, es el vestíbulo de la “Centrale” (Escuela Superior de Ingenieros). De ahí, una afluencia continua y creciente hacia la institución de la calle Raynouard. La clase especial se abre para

1 Noticia necrológica, 1905.

32 jóvenes en el mes de octubre de 1891, para 47 en 1899, para 59 en 1901. Los cinco sextos de entre ellos figuran entre el número de los candidatos presentados con éxito. El Hermano Jean-Marie continuará su obra después del traslado del pensionado a Bélgica. Froyennes, nuevo Passy, disfrutará de las instrucciones del maestro y, una vez fallecido en 1912, recordará sus métodos, para no perder los frutos [1].

Las letras, al igual que las ciencias, se cultivaban bajo los auspicios del Hermano Libanos, del Hermano Albert-Marie. En 1882, la joven “Academia”, cuyos miembros se reclutan entre la élite de los alumnos mayores, es afortunada: el Hermano Auguste-Hubert le dedica sus atenciones, en calidad de consejero-director. Aporta un celo ilustrado en la elección de las composiciones; establece concursos literarios entre las clases. Sus principios, sus observaciones, sus críticas manifiestan su inteligencia y su buen gusto. Las narraciones, las fantasías imaginativas de antaño, la retórica excesivamente sonora y hueca, es remplazada por ensayos de psicología y de moral, a veces ejercicios de versificación, y también traducción de textos. Promueve la representación de escenas del teatro clásico, donde la memoria y el juicio encuentran juntos un alimento incomparable. Pero su amplitud mental, su deseo de abrir sus “academias” a horizontes más diversificados, lo conducen a proponer como temas de estudio las obras de los dramaturgos ingleses y alemanes; son declamados en el texto original, luego se ofrece una traducción francesa al círculo de los oyentes.

En 1891, el Hermano Auguste-Huber se convierte en “pro-director” de la institución. Tres años más tarde, remplace en el primer puesto al Hermano Albert-Marie, quien, sin haber abandonado su querido Passy, morirá el 19 de diciembre de 1895.

Es pues el momento de presentar a este “Religioso Educador” [2], este profesor verdaderamente “magistral”, este diligentísimo depositario de la herencia del Hermano Libanos: Léon-Auguste-Hubert Gérard, nacido en Poissons (Haute-Marne) el 17 de junio de 1845, hijo de un hortelano, alumno de los Lasalianos en su país natal, novicio menor en París a la edad de trece años, novicio en 1861, bajo la tutela del Hermano Exupérien, enviado a la comunidad de Passy al año siguiente.

Hasta su muerte en 1908, no cesará de trabajar en favor de la prosperidad, de la gloria, de la vitalidad espiritual del pensionado. Será él quien —cuando sople el viento de la persecución— asumirá los riesgos y realizará la magnífica hazaña de la instalación en Froyennes.

Etapa tras etapa se habrá ido encaminando hacia las responsabilidades supremas. Terminada su probación de debutante, el Hermano Libanos lo empleó según las necesidades de las clases; luego los talentos del Hermano Auguste-Hubert tomaron un gran impulso.

1 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1914. pp. 151 a 154. — Álbum del Centenario, 1939.

2 Título de la biografía que el Hermano PAUL-JOSEPH le consagra en 1923. Ver también la noticia necrológica de 1908.

De 1871 a 1879, los alumnos mayores encuentran en él un maestro casi enciclopédico: literatura, historia, geografía, moral, psicología, metafísica son los campos en los que metódicamente, alegremente, con ciencia y sabiduría, el maestro cultiva las mentes y las conciencias.

De 1879 a 1891, ejerce las funciones delicadas, absorbentes, esenciales, de jefe de división. Le corresponde coordinar los trabajos de los Hermanos en las clases superiores, promover y controlar todas las actividades de los pensionistas, preparar a esos jóvenes para los deberes y los peligros que les esperan en el mundo [1].

Función a su medida... Sus reflexiones de cada mañana, en el momento de la oración, serán particularmente memorables. Su aspecto, su voz, su rostro impresionan. Posee, ya en el aspecto físico, las dotes de un líder: esbeltez corporal, agilidad llevada a veces hasta la fogosidad. Brotan centelleos de sus ojos azules, profundos y delicados en su comportamiento habitual, velados por las gafas, luego, bruscamente vivaces, de una nitidez sorprendente. Los labios tan pronto sonrientes, como parecen “tenderse como un arco”, para lanzar órdenes breves. A veces les ocurre que parecen dibujar un pliegue de ironía... pero sin persistencia. Todos los rasgos, de asombrosa movilidad, acusan la energía y la tenacidad del alma.

El Hermano Auguste fue creado para mandar. “Nos sentíamos subyugados”, declaraba uno de sus antiguos discípulos. Observador sagaz, interlocutor de una sinceridad total, consejero afectuoso, vibrante, fácilmente entusiasta, corazón espontáneo, extremadamente sensible, las cualidades, incluso las exageraciones y los puntos vulnerables de esa naturaleza, explican la influencia, la seducción del hombre. “Sus capacidades intelectuales y su ternura viril nos envolvían”, dice también el testigo anteriormente citado [2].

Auxiliar del Hermano Director Albert-Marie, el jefe de la primera división elabora, en 1881, los programas para los candidatos al nuevo bachillerato de la enseñanza especial. Luego, comienza el exigente reclutamiento, la excelente reorganización de la Academia. En el plano religioso idéntica claridad de objetivos, mismo entusiasmo, igual éxito; en 1887, se inauguran en Athis-Mons, los retiros de fin de estudios: el Hermano Auguste-Hubert es su inspirador y allí conduce a sus jóvenes.

Por todo eso, es considerado digno de todo respeto, de toda confianza. La autoridad pasa, progresivamente, sin fluctuaciones, sin tropiezos, de las manos del Hermano

1 “El papel de inspector [o jefe de división] es múltiple y delicado”, dice el Hermano ADOLPHE-JOSEPH en la biografía del Reverendísimo Alès-Charles, pp. 57-58. “Una pesada responsabilidad le incumbe... Tiene en su mano todas las palancas de mando y ejerce, bajo la dependencia del Hermano director, una autoridad que engloba a maestros y alumnos. Encargado del control de los estudios, da las composiciones y sanciona sus resultados. Prefecto de disciplina, preside todos los movimientos, sigue a los alumnos al comedor, al dormitorio, durante el recreo, en los paseos. Debe reprimir las infracciones al reglamento, vigilar sin cesar, estar presente en todas partes, mantener el orden y el silencio, favorecer el trabajo y el buen funcionamiento. ¿Falta un maestro? El jefe de división busca un remplazante para la clase, y a menudo lo reemplaza él mismo. ¿Un alumno está indisposto? Hace que sea internado en la enfermería, pues es responsable tanto de la salud física como de la salud moral. Resumiendo, es iniciador, coordinador y vigilante... El ejercicio de semejante función exige tacto, paciencia y mucha abnegación. Es una escuela en la que se forman los jefes”.

2 Según el Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, pp. 45 y 160.

Albert-Marie a las del pro-director. Volveremos más adelante sobre algunos aspectos de la pedagogía practicada en Passy. Desde ahora, queremos señalar las relevantes observaciones de un beneficiario de tal educación. En una nota utilizada por el biógrafo [1], al recordar los modestos orígenes de Léon-Auguste Gérard y de un cierto número de sus cohermanos del pensionado, un “antiguo alumno”, que conserva su anonimato, se expresaba, hace veinticinco años, de la forma siguiente: “Unos religiosos, surgidos del pueblo, transforman en protagonistas de energía social, mediante sus ejemplos y sus enseñanzas, a los hijos de la burguesía que, si poseen en potencia las cualidades de sus ancestros, están lejos de verse libres de egoísmo, de intransigencia, de estrechez de miras, y tienen naturalmente tendencia a despreciar tanto la obligación del trabajo individual como los deberes de la justicia y de la caridad. De una forma que se presta a útiles reflexiones, unos hijos de gente humilde se convierten en maestros educadores —¡y qué inteligentes!— de esa juventud nacida al abrigo de las necesidades materiales, despreocupada de miserias que ni siquiera sospecha, de esos futuros jefes de industria, de esos ricos propietarios cuya influencia podrá llegar muy lejos”.

Misión, en definitiva, muy conforme a lo que deseaba, para los miembros del Instituto docente, Juan Bautista de La Salle, su evangélico Fundador: bajo la apariencia de la clase acomodada, son nuevamente los pobres quienes están en juego. No solamente a causa de los recursos inmediatos que el pensionado es capaz de proporcionar a las escuelas populares; sino debido a la solidaridad que los Hermanos se esfuerzan por establecer entre sus alumnos de las diversas clases sociales, educados en las mismas verdades, según los mismos métodos, en un mismo clima de fe y de oración; y porque a fin de cuentas la educación lasaliana, en sus representantes, al igual que en sus principios y en sus metas, manifiesta la preeminencia de los pobres en el cristianismo, y por eso les dedica una atención especial, que implica en su servicio la fortuna, la inteligencia, la influencia de los privilegiados [2].

* * *

De la terraza del “*hotel Valentinois*”, desde donde se descubren en sentido propio y figurado, tan hermosas perspectivas, partiremos hacia el interior del país. Con el fin

1 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, p. 47.

2 En las generaciones de las que podemos hablar aquí, Émile Montargis puede ser presentado como un ejemplo típico del antiguo alumno de Passy. Nacido en 1836 en la capital, calle de Lavandières-Sainte-Opportune, de una familia de comerciantes de ese antiguo barrio parisino, entró en una importante casa de tejidos, después de haber seguido las lecciones del pensionado desde los trece a los dieciséis años. Se perfeccionó en su profesión en Lisieux, donde se casó en 1868. Su situación comercial lo situó en primer plano: desempeñó la tarea de liquidador de la Exposición Universal de 1878; se convirtió en el experto en tejidos del Ministerio de la Guerra, de la Asistencia Pública, del Servicio de Aduanas. Notablemente rico, trabajó en favor de sus antiguos compañeros: lo vemos, en 1880, como miembro de la iniciativa para la fundación de una Asociación juvenil; en 1882, miembro del comité de administración, en 1892, presidente de la Asociación. Da, a la misma, una notable organización financiera; presta inmensos servicios a muchos de los “Antiguos”, a quienes aconseja útilmente, les ayuda, encuentra buenos puestos y bien remunerados para ellos. No contento con todas esas actividades, manifiesta su agradecimiento al Instituto de los Hermanos interesándose por la Obra de Saint-Nicolas, junto con sus amigos Housset y Achille Varin, y aceptando el papel de administrador en la Sociedad Inmobiliaria de Athis-Mons. Su activa y prolongada existencia finalizó el 15 de mayo de 1912 en Lisieux.

de simplificar nuestros itinerarios, colocaremos los establecimientos a visitar en varios grupos: grupo del Oeste y de Suroeste, grupo del Centro, grupo del Norte y del Este, grupo del Sureste, y del Sur. Procediendo por grupos, quizás logremos parecer un guía menos fatigoso, menos monótono.

Apenas hemos abandonado los alrededores de la capital, no encontramos en Eure-et-Loir, con Saint-Pierre de Dreux [1]. El Hermano Aventin-Marie, su director de 1873 a 1878, marca su quinquenio con las construcciones. Uno de los jóvenes maestros del pensionado le sucede en 1879: el Hermano Léon-de-Jésus, con treinta y seis años de edad. Hemos encontrado esta fisonomía tan noble en tiempos de Hermano Philippe [2]. Merece ser contemplada.

Léon Tissot, nacido el 28 de mayo de 1843, es el hijo de un notario de Annecy. Familia muy bien vista: “una de las primeras” de la burguesía local. Familia muy cristiana: Joseph, hermano de Léon, se convertirá en Superior General de los Misioneros de San Francisco de Sales. Las vocaciones religiosas germinan y crecen sin obstáculo en semejante ambiente.

Léon, confiado a los Hermanos que dirigen la escuela municipal y un semipensionado, pide entrar en el Instituto. Sus padres satisfacen dicho deseo; el mismo Sr. Louis Tissot escribe, el 30 de mayo de 1857, al Superior General, con el objetivo de la admisión en el noviciado menor de París. El niño se aleja tres meses más tarde. Su conducta de religioso estará en la línea de ese completo sacrificio.

Virtudes admirables, santidad creciente, que colegas y discípulos proclamarán a porfía, no ahoga lo que la naturaleza ofrece de exquisito. El Hermano Léon-de-Jésus, en el hogar de su infancia, ha vivido entre espíritus de alta distinción. Se muestra accesible a todas las manifestaciones del arte; maneja el lápiz y el pincel hábilmente; sabe escribir, con encanto, en verso y en prosa. Por encima de todo, cultiva la música “con delicia”. En Dreux, su fama supera el ámbito del pensionado. La gente acude para escucharlo al órgano. No son desconocidas sus dotes de compositor y que su alma se expresa en armoniosos cánticos.

Conquista a sus alumnos mediante un influjo suave. El director tiene esas miradas que impulsan al esfuerzo, frenan el desaliento, incomodarían una mala conciencia, si pudiera llegar a darse alguna en Saint-Pierre. Su apostolado no le teme a las realizaciones prolongadas, bien dinámicas. Un “informe” del Hermano Léon-de-Jésus tiene mucho eco, durante los ejercicios del segundo noviciado de agosto a noviembre de 1887, en Athis: se trata de las “conferencias de san Vicente de Paúl” en los centros escolares de la Congregación. Un educador debe servirse de este esplendido hallazgo de Frédéric Ozanam; ningún medio parecería más apropiado para el ideal que se propone: el joven “cofrade” de san Vicente de Paúl, en las reuniones semanales y en sus visitas a los pobres, practica la caridad cristiana, aprende a conocer y a aliviar la miseria física, la miseria moral, ejerce su celo mediante la palabra y las obras, y aumenta todas sus capacidades de vida sobrenatural, desprendiéndose del egoísmo, de la indolencia, de la búsqueda de los

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 397-398, los orígenes del pensionado de Dreux.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 398

placeres. Así se resume el tema, vigorosamente presentado. “Mediante actos repetidos que toman fácilmente la forma de la virtud y del sacrificio —declara el Hermano León— el joven descubre, en la organización de una “conferencia”, elementos de actividad, de entrega, de amplias posibilidades en los cuales su naturaleza ardiente se siente realizada, mejor quizás, que en una Congregación, cuyas otras cualidades, además, también están incluidas en una conferencia”.

¿Cómo no sentirse impresionado por este alegato, pronunciado por un hombre de oración y de penitencia, de obediencia y de humildad, por quien escribirá el muy personal y conmovedor *Vía crucis del Religioso Educador*? En el año 1887, después de su segundo noviciado, la obediencia lo saca de Saint-Pierre, para ir a ocupar un puesto particularmente ingrato en el colegio San Giuseppe de Roma, el Hermano León-de-Jésus finalizará en el sufrimiento su ascensión hacia Dios [1].

Dejó en Dreux a su adjunto, su amigo, el Hermano Adolphe-Marie. De 1872 a 1887, ambos, inculcaron la piedad, el amor al trabajo, el gusto por lo verdadero y lo hermoso, y un espíritu de leal y gozosa fraternidad, a los muchachos que les llegaban de París, de la Beauce y del Peche. Jefe de división en 1878, el Hermano Adolphe-Marie se convierte en director con motivo de la partida del Hermano León hacia Italia. Nuevamente un joven toma el mando: con treinta y siete años, Adolphe Relaut, que entró en el Instituto en 1866, posee la plenitud de las fuerzas físicas y morales. Grande, bastante esbelto aún, de sólida complexión, intimidaría por su prestancia, por su apariencia de severa dignidad, si la cordialidad de la voz, la placidez del gesto, una conversación original, sembrada de términos graciosos y pintorescos, no hiciera sentirse cómodo enseguida al recién llegado. La mirada viva y recta atrae como un imán; se ve la bondad sonreír en sus pupilas, mientras la energía se manifiesta sobre la frente bien modelada.

El hombre extiende en torno suyo su energía de vida. Las almas que ha conquistado por su acento de autoridad, su convicción profunda, las retiene por su bondad, una amabilidad que sabe volverse irresistible, y sobre todo por la fidelidad de su corazón. Así se explica una maravillosa influencia sobre muchos de sus discípulos, muchos de ellos dóciles hasta llegar a seguir al maestro en los caminos de la Congregación Lasaliana, todos —los religiosos y los laicos— conservando el recuerdo de sus años felices, de su formación espiritual, en el país de los “Druidas”.

Para secundarle, el Hermano Adolphe-Marie encontró el subdirector ideal: el Hermano Aberce-de-Jésus, Jean-Marie Romeyer, “el modelo de la entrega oscura y constante”: delicado, modesto, siguiendo la imagen del Hermano León, junto al cual, desde 1869 a 1887, ha servido y se ha edificado; también él haciéndose pasar desapercibido, olvidado, desconocido, con tal de que la felicidad y la paz reinen en la casa.

Y aunque no podamos aquí hablar de diversos profesores de Saint-Pierre, es necesario al menos evocar la silueta —juvenil en ese tiempo— del hijo predilecto: Charles Collier, llamado en el Instituto Hermano Adolphe-Joseph, cuya adolescencia

1 Entre los antiguos alumnos del Hermano León-de-Jésus, que llegaron a ser sacerdotes, señalaremos al R. P. Bellamy, Salesiano, colaborador inmediato de don Bosco, y Mons. Antonio Albano, obispo de San Luis de Maranhao.

y vocación estuvieron doblemente patrocinadas por el director de Dreux y por el Superior General, el Reverendísimo Hermano Joseph.

Charles, después de haber terminado sus estudios en el pensionado de Eure-et-Loir, permaneció cinco años como maestros de ciencias en el establecimiento, bajo el hábito civil. Fue una prueba que las circunstancias y los sabios consejeros impusieron a aquel que desea consagrarse a Dios. Admitido en 1894, al noviciado del Racher, el Hermano Adolphe-Joseph vuelve a Dreux, al cabo de su año de probación. Hasta 1904, asumirá, valientemente y con pleno éxito, una tarea que habría aplastado una voluntad menos inquebrantable, agotado una inteligencia menos abundantemente equipada. Él solo, enseña todas las materias de la clase preparatoria para la segunda parte del bachillerato moderno. Matemáticas, física, química, historia natural, letras, filosofía, historia, geografía, ese es el programa. El maestro no descuidará nada; pensador y erudito, concederá gustoso la preferencia a la enseñanza de la moral, a los comentarios de las grandes obras clásicas, a las consideraciones, al estilo Bossuet, sobre la acción de la Providencia a lo largo de los siglos; y, en verdad, guía las mentes de sus alumnos por la senda de los análisis y de las síntesis, les presenta, en sus lecciones históricas, exposiciones “apasionantes”. Da a la instrucción religiosa lo mejor de sí mismo: un corazón penetrado de amor divino, una fe que ha madurado sus creencias en la lectura, los estudios pacientes, la meditación cotidiana. Sin embargo, su labor conserva la misma intensidad cuando se aplica a las ciencias fundadas sobre el razonamiento o sobre la experiencia. En ellas busca principalmente disciplinas intelectuales para sus oyentes. Pretende formar cerebros enciclopédicos, cabezas excelentes capaces de resolver un problema de aritmética, de demostrar un teorema, a la vez que disfrutar de un poema, acoger la abstracta verdad de los filósofos. Veinte años de enseñanza demuestran su eficacia como educador. No serán más que un preludio de la obra generosa, dolorosa, admirable, de la madurez. [1]

Entonces, cuando Dreux desaparezca en la tormenta, Ruán se convertirá en el refugio de los expulsados. Nuestro relato debe detenerse en el umbral de ese futuro. Pero a cambio, ofrece la historia de los inicios del pensionado de Ruán.

Si después de la Revolución del siglo anterior, la capital normanda recuperó a los Lasalianos, que además de sus escuelas primarias, dirigen la escuela normal del departamento, no pudo volver a dar vida al Saint-Yon del Fundador. Los católicos, no obstante, deseaban la apertura de un pensionado. Con esa finalidad, se constituye en 1873, un comité, patrocinado por el arzobispo, Mons. de Bonnechose. El Hermano Jean-Olympe, contactado el año anterior, se declara favorable al proyecto: justamente en ese momento, estaba pensando en trasladar a Normandía el personal de la casa lorena de Beauregard, cerrada por la ley alemana. Las poblaciones del este no quisieron verse privadas de los Hermanos; la comunidad que Bismarck expulsaba, se replegó, sencillamente, a Longuyon.

Para mantener el compromiso asumido con los Ruaneses, el Superior General les envió al Hermano al Hermano Ambroisin. De la diócesis de Langres al igual que el

1 Vida del Hermano Léon-de-Jésus, 1933. — Hermano ALBERT-VALENTIN, *Le Pensionat de Saint-Pierre de Dreux*, 1914; y del mismo autor, biografía del Hermano Adolphe-Joseph, 1942. — Ver también, sobre el Hermano Adolphe-Marie, *Choix de notices nécrologiques*, t. III, pp. 235 a 255.

Hermano Auguste-Hubert, Ambroise Bournot, pertenece a la congregación desde 1852. Y también como su compatriota y más joven que él, se cuenta entre el número de los profesores de Passy. “Grande, imponente”, el rostro macizo, la boca severa, un aspecto de gravedad y de solemnidad en toda su persona, con mucha cortesía en su lenguaje, en sus modales, parece a primera vista proyectar sus ambiciones pedagógicas poco más allá de los horizontes inmediatos, y buscar principalmente el buen orden.

El Comité reunió fondos para la adquisición de un edificio, en la calle la Chaîne. A la llegada del Hermano Ambroisin, el acondicionamiento continúa. El director y sus ayudantes comienzan las clases el 20 de octubre de 1874. Salvo raras excepciones, tan sólo niños de seis a doce años fueron admitidos en el “pensionado de Nuestra Señora”. Sistema sensato que salvaguardaba las fuerzas de los maestros, facilitaba la disciplina, permitía crear, con almas nuevas, un espíritu de familia.

Pero de los 60 alumnos de los primeros días, se pasa rápidamente a 108, luego se alcanza la segunda centena. El local ya no es suficiente. No lo podrán abandonar sino es prometiendo mantener en la parroquia un externado que conservará la advocación de Nuestra Señora. En la calle Saint-Gervais se encuentran disponibles pabellones más espaciosos: fábrica, almacenes, oficinas, y casa para vivienda, en un barrio vecino al ferrocarril. Se adquieren por 350.000 francos [1]. Y se las arreglan para transformarlos para uso escolar, lo cual se logra no sin dificultades.

Los Hermanos toman posesión del conjunto, el 24 de septiembre de 1880; 350 alumnos entran, el 4 de octubre: afluencia demasiado considerable y con elementos muy variados. Ese fallo de selección tendrá consecuencias de las que el pensionado se resentirá por mucho tiempo.

Agotado de fatiga, el Hermano Ambroisin solicita otra obediencia. Lo volveremos a encontrar enseguida a orillas del Loira en Tours. Pero volverá para morir, el 2 de diciembre de 1899, a la institución que había fundado, que no ha cesado de amar, y que le es fiel de todo corazón [2].

Las direcciones del Hermano Benoît y del Hermano Aventin-Marie, no duran mucho. El Hermano Aventin, no obstante, tiene el honor de poner la primera piedra de la capilla. El gesto merece ser expresamente subrayado, ya que el edificio servirá de relicario a los restos de Juan Bautista de La Salle.

Desde 1835, esos preciosos restos, exhumados de Saint-Yon, reposaban en una cripta detrás del altar destinados a los oficios de la Escuela normal de la Seine-Inférieure. Cuando el Hermano Irlide retiró al departamento los maestros lasalianos, la comunidad de la calle Beauvoisine ofreció a las futuras reliquias un abrigo provisorio.

Ya era posible prever el momento de la beatificación. El pensionado de Ruan, al recibir la lejana herencia de la casa del arrabal Saint-Sever, debía —con toda justicia— colocarse bajo el especial patrocinio del creador de la enseñanza

1 Proporcionados por una sociedad civil.

2 Un busto del Hermano Ambroisin fue inaugurado en el pensionado de Ruán en 1925.

moderna. Los restos mortales le fueron pues confiados. Y los superiores decidieron la construcción de un monumento en relación con su destino. El arquitecto elegido, Sr. Barthélemy, comprendió la idea del Instituto: dibujó un sobrio y armonioso esbozo y lo realizó en piedra con todo éxito. La joya románica que es la capilla de la calle Saint-Gervais se exhibió en su fresca hermosura durante las fiestas en honor del nuevo Beato.

El Hermano Thomas acababa de asumir el cargo de director. Traía de Passy los mejores principios de pedagogía; para adaptarlos al medio normando, unía a su gran experiencia mucho tacto, clarividencia, y su amor por las almas. La casa estaba pasando por una crisis; solió de ella victoriosa, gracias a su jefe. Éste, secundado por auxiliares muy competentes, de amplia cultura científica, tales como el Hermano Honest, muy enérgico, como el Hermano Aucte, introdujo al “pensionado Juan Bautista de La Salle” en una era de prosperidad [1].

Días similares están reservados para la casa hermana, el pensionado Saint-Joseph de Caen. Había comenzado muy sencillamente, en la calle Geôle, en octubre de 1870, calle Saint-Gilles algunos meses después. Posteriormente se organizó en la calle Caumont, bajo la dirección del Hermano Abre, pero en unas condiciones materiales aún tan defectuosas que, por tres veces, el Hermano Irlide decidió su supresión. El obispo de Bayeux, Mons. Hugonin, y su vicario general, P. Révérony, insistían en mantenerlo, conseguían prórrogas.

En 1884, el nuevo Superior General dio su consentimiento a la necesaria transformación de la obra. Dos actividades se unían para forzar las puertas del futuro: la del Hermano director Arthaud, la del Padre Garnier, capellán desbordante de celo, animado por un sentido religioso y social del más alto grado, y que trabajaba con los miembros de la Congregación en perfecto entendimiento. El religioso y el sacerdote querían dotar a la capital del Calvados con un centro de formación de sólidos cristianos. Pero primeramente debían encontrar el marco: un terreno, situado en la calle de Rosiers, se prestaba para la construcción de edificios espaciosos; algunos amigos se encargaron de firmar el acta de adquisición. Luego, sin más tardar, se constituyó la sociedad civil que lanzó la recogida de fondos, reunió accionistas en número suficiente, y pudo, a continuación, financiar el plan del arquitecto Lamotte. La primera piedra se colocaba el 14 de abril de 1885; Mons. Hugonin, el 22 de octubre, bendecía las clases, en las que, quince días antes, los alumnos habían podido inaugurar el curso de sus estudios.

El Padre Garnier dedicó sus atenciones al pensionado hasta 1888. En esa fecha, su labor apostólica por toda Francia le ocupó por entero. El Hermano Arthaud continuaba, con su valor intacto, su manera un tanto ruda de dirigir su mundo y manejar el timón. A su lado se encontraban unos profesores en pleno rendimiento: entre ellos, el Hermano Albertis-de-Jésus, Édouard-Victor Decorde. Nacido en 1851 en Darnetal, de una familia de obreros, novicio menor en París, bajo las órdenes del Hermano Pierre-Célestin, su inicio en la enseñanza fueron anteriores a la guerra de 1870. Varias veces cambiado de puesto, llega en octubre de 1886 al pensionado de

1 Archivos del distrito de Caen, *Histórico* de las casas de Normandía, t. II. Noticia sobre las obras de Ruán (por el Hermano ADOLPH-JOSEPH), 1913. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1925, p. 335. — *Armand Le Lièvre, Frère Aucte*, por el Hermano ALBERT-VALENTIN, 1931.

la calle de Rosiers, para no volver a alejarse —provisionalmente— hasta 1902. Es un maestro ya experimentado: enseña a los alumnos mayores. El 1894, el Hermano Albertis, en las funciones de subdirector, se convierte en la columna sobre la que se sustenta la casa. Su lealtad, su distinción, su delicadeza le merecen la estima de todos y, a medida que avanza en edad, la más afectuosa veneración. Debe su influencia más duradera a sus virtudes religiosas; su perfume se difunde en la correspondencia que mantiene con su hermano sacerdote. Es fiel a la regularidad conventual; su oración se empapa de una piedad viva, de una franca docilidad a los designios de Dios. En los momentos críticos, se conocerá la extensión de su generosidad [1].

En “Juan Bautista de La Salle” de Ruán [2], en “Saint-Joseph” de Caen, glorias de la corona ducal de Normandía, corresponden, en la católica Bretaña, “el Likès” de Quimper y “Bel-Air”, en Nantes de fundación más antigua [3].

Gran constructor del Likès, el Hermano Dagobert muere en noviembre de 1879. Después de él vienen el Hermano Cyrille-de-Jésus y el Hermano Cyrille-des-Anges. El segundo sobre todo, en sus catorce años de dirección deja su marca en el establecimiento. Aunque, después del fallecimiento del Sr. Olive y a pesar de la supresión de los subsidios departamentales, conserva la cátedra de agricultura, atribuye la preponderancia a la enseñanza general sobre las lecciones técnicas del nuevo titular. En cambio, la sección industrial, iniciada antes de 1887, adquiere una rápida extensión; la misma abre a la juventud bretona salidas en la Marina militar que transforman las aplicaciones de las ciencias al armamento y al pilotaje de las embarcaciones. Otro ensayo más —positivo, en definitiva— que el director pone en marcha, es la creación de la sección administrativa y comercial. Se lo ve por mucho tiempo preocupado por organizar los estudios según una fórmula satisfactoria y estable. No lo consigue sin tanteos, sin retoques. Adaptar perfectamente a los trabajos de la provincia las enseñanzas de los Hermanos, tal es el objetivo perseguido; se lo puede considerar conseguido al constatar la presencia de 798 alumnos en 1895. Las cifras bajan a continuación, pero sin caer por debajo de una media de 600.

La influencia regional del pensionado continúa. Se constata en las elecciones políticas: en 1899 el departamento de Finistère cuenta 74 alcaldes, 97 concejales, 10 consejeros del distrito, 2 consejeros generales, antiguos alumnos de la sección agrícola. Las fidelidades se afirman mediante la creación de una “Asociación de Antiguos Alumnos”, bajo los auspicios del Hermano Cyrille; las creencias,

1 Bajo su nombre civil, Édouard Decorde tomará la dirección del pensionado de Caen, después de la ley de 1904. Hasta en su extrema, y además, vigorosa ancianidad, se identificará a los ojos de sus conciudadanos, con el alma del centro educativo. — Noticia necrológica, 1940; y biografía completa por el Hermano ALBERT-VALENTIN, 1948.

2 El nombre de “Saint-Gervais” ha prevalecido en el uso corriente, por ser el Santo Fundador patrono de varias otras instituciones escolares del Instituto.

3 Ver los comienzos de estas fundaciones en nuestro tomo V, pp. 260 a 265 y 388 a 390.

fortalecidas por las lecciones de los maestros, se manifiestan en la capilla, obra elegante del canónigo-arquitecto Abgrall, edificada de 1896 a 1898 [1].

Saint-Joseph de Bel-Air presenta con orgullo una élite de Nantesis, gentes de buena educación, gente de bien, observadores de las leyes de Dios y de la Iglesia; entre ellos, precursores e iniciadores de la Asociación Católica de la Juventud Francesa, discípulos del Padre Garreau, el capellán del pensionado, el fundador de la “conferencia León XIII”, donde se meditaba la doctrina social del Soberano Pontífice. Las vocaciones para el sacerdocio no escasean en ese medio fervoroso. Dos, de modo particular, han dado gloria al gran establecimiento escolar: la del P. Dorgère, apóstol del Dahomey, fallecido después de su regreso de África, en la diócesis de Fréjus, víctima de una abnegación heroica; la de un ecuatoriano, Emmanuel Polit, llegado a Francia a la edad de diez años, piadoso y brillante alumno del Hermano Idelphus. Regresado a su país de origen, el joven se dedicó primeramente a la profesión de abogado; del foro pasó al Parlamento de la República sudamericana. Pero pronto renunciando a los éxitos de la elocuencia judicial y política se fue a estudiar la teología en Roma, luego a inscribirse en el número de los seminaristas de San Sulpicio; en diciembre de 1894, era ordenado sacerdote, en París. El antiguo presidente de la Academia juvenil de Bel-Air tenía en adelante otra misión que cumplir: la Iglesia del Ecuador reclamaba la colaboración del sus ejemplos, de su ciencia, de su celo; profesor en el seminario de Quito, vicario general, Emmanuel Polit ocupará, en 1907, la sede episcopal de Cuenca. Arzobispo de la capital en 1918, será, hasta sus últimos días en 1932, el pastor venerado por sus feligreses, el jefe respetable del pueblo católico en su patria, y siempre, en el fondo de su corazón, el agradecido discípulo de los Lasalianos de Bretaña.

En el puesto relevante de esa comunidad de Nantes vemos, desde 1880 a 1892, al Hermano César. Natural del Anjou, originario de Doué-la-Fontaine, Félix Foyer transcurrirá toda su carrera religiosa a orillas del Loira. Joven Hermano en 1852, recibe su obediencia para el pensionado que el Hermano Lambert ha organizado. Diez años después, enseña matemáticas a los alumnos mayores. A continuación pasa a ser prefecto de estudios, subdirector. Su popularidad, bien merecida, no cesa de crecer. Ya director, las simpatías que le rodean le permiten crear, en 1884, la Asociación Juvenil de los antiguos de Saint-Joseph. Muere con cincuenta y seis años: esta desaparición prematura, inesperada, provoca un verdadero duelo público. Los funerales del Hermano César adquieren un aspecto triunfal. Sobre la tumba, en el cementerio de “Miséricorde”, se erigirá un monumento, que muestra el perfil del lamentado maestro, con este alejandrino de un poeta local:

Su hábito era de sayal y su corazón de oro.

Bel-Air sintió la dimensión de semejante pérdida. No obstante, lejos de declinar, el establecimiento sigue ganando en celebridad más allá de los muros de la ciudad, de los límites de la diócesis. Logra unos éxitos universitarios que antiguamente se consideraban superfluos. Se hermosea materialmente: el arquitecto Devosine le construye, en 1900, una espléndida sala de fiestas, cuyas líneas y la decoración

1 Archivos del distrito de Quimper; y libro del *Centenaire de l'École Sainte-Marie (Likès)*, 1938.

recuerdan la Ópera de Charles Garnier. ¡Lástima! los sectarios de 1904 llevarán una obra tan próspera, tan amada, a la irremediable ruina [1].

Con menos brillo, el pensionado Saint-Martin procuró a los hijos de los viñadores y de los modestos propietarios de la Touraine los principios de educación y los elementos de instrucción que deseaban. Los comienzos de esta escuela remontan a 1860, en los tiempos del Hermano Érasme, que se instaló, al principio, de forma provisional. En 1870, el arzobispo de Tours cedió a los Lasalianos los edificios del colegio Saint-Louis. A partir de entonces las incertidumbres del porvenir se solucionaron: cuando el Hermano Alphonsis, en 1879, remplaza al Hermano Érasme, afectado por un mal que no perdona, dirigirá a 240 alumnos. El año 1883 serán cerca de 300.

El Hermano Ambroisin, venido de Ruán, será quien —de 1884 a 1899— asegurará los progresos definitivos. Aquí mostrará todo su verdadero valor, el administrador y el pedagogo que, en Normandía, había tenido éxitos mezclados con algunos desengaños. Elabora un plan de estudios capaz de proporcionar a Saint-Martin la clientela más asidua, la más seria. Hacia finales de 1886, el programa está a punto: supone la extensión de la enseñanza de las lenguas vivas, la creación de un curso de derecho comercial, la preparación completa para el bachillerato moderno. Se practican, además, en el pensionado, ejercicios físicos; en los días de fiesta, se preparan grandes espectáculos deportivos.

El Hermano director, majestuoso, algo rígido, inspira un cierto temor. No parece paternal más que a los jóvenes ya avanzados en la vida. En su presencia, abandona la actitud de mando para no pensar más que en compadecerse de los problemas, ofrecer su aliento y sus consejos. Así consigue, desde 1887, realizar la unión de sus queridos alumnos de Tours en un “Asociación juvenil”.

Cuenta en su comunidad, con profesores de fisonomía poco trivial y de innegable prestigio: el Hermano Dionas, cuyos ojos claros, cabeza enérgica y amplio saber ejercen su influencia sobre los candidatos al bachillerato o al certificado; el Hermano Dacien, espiritual, extraño, apasionado por la filosofía de su compatriota Ernest Hello, y en relación de amistad con Léon Bloy, que le escribe una veintena de cartas y tiene el juicio de su corresponsal en singular estima.

El Hermano Cadélien, a quien el pensionado de Tours empleó, de 1869 a 1876, como maestro de matemáticas, luego, cuatro años más como prefecto de estudios, sucede al Hermano Ambroisin hacia el final del siglo. Acaba de poner al día los métodos. Da satisfacción a las familias que quieren dotar a sus hijos con un diploma. El decreto de cierre del 10 de julio de 1904, con su repentina brutalidad, aniquiló todas las esperanzas [2].

Constataríamos semejantes esfuerzos, análogos resultados, derrumbándose en la catástrofe, en el pensionado de Poitiers, dirigido durante veinte años por el Hermano Carolius, y —en espacios más restringidos— en los pensionados de Angoulême, de

1 Noticia sobre *Bel-Air*, y palmarés del pensionado del Loquidy, 1932-1933, 1933-1934.

2 Albert BRAULT, *Le Pensionnat Saint-Martin de Tours*, 1930.

Périgueux, de Bergerac. Pero es importante que nos dirijamos, sin multiplicar las estaciones, hacia “Saint-Genès” de Burdeos.

Esta casa debe su existencia al Hermano Irlide. Anteriormente creador del hermoso pensionado de Bayonne [1], el futuro Superior General supo prever, así como también realizar. En 1873, Asistente del Hermano Philippe y mientras atiende al distrito de Guyenne, considera necesaria la fundación, en la ciudad-reina del Suroeste, de un colegio para la burguesía comerciante y rural. Vence las dudas del Hermano Alphonse. Los Marianistas están queriendo vender su propiedad de Santa Ana, en la calle Saint-Genès, el Hermano Asistente le echa el ojo a esos amplios terrenos, situados en un barrio saludable, pacífico.

Provisionalmente se conservan las mediocres construcciones; las clases se abren, el 3 de enero de 1874: 28 alumnos, el primer día; serán unos treinta en el mes de agosto. Durante las vacaciones el Reverendísimo Hermano Jean-Olympe viene a Burdeos, examina el proyecto del arquitecto. El pensionado Juan Bautista de La Salle —fue aquí donde por primera vez se dio el nombre del Fundador a una gran institución educativa— comprende, en los planos, dos alas de cinco pisos sobre profundos sótanos; una galería deber unir esos edificios monumentales y tener fachada sobre la calle. El Hermano Irlide coloca la primera piedra del ala izquierda, en el mes de diciembre. Por ese lado los trabajos irán rápidos. Pero la obra de conjunto nunca llegará a realizarse con la grandiosidad con que fue concebida.

Desde 1885 a 1888, se verá levantar el ala derecha, que contiene la capilla. Una Sociedad inmobiliaria, presidida por uno de los más notables comerciantes de Burdeos, Émile Jurie, asume las responsabilidades materiales. Al ser ubicada bajo la advocación de Saint-Genès, el nombre del mártir acaba por suplantarlo, en el lenguaje cotidiano, al del santo Fundador, al cual, el pensionado y su santuario siguen oficialmente dedicados.

Los católicos de Burdeos ofrecen su confianza a la nueva creación. En 1875, el número de alumnos alcanza los 300 inscritos. La unidad moral, sin embargo, permanece por mucho tiempo incompleta; hay yuxtaposición, más que fusión, de elementos diversos. Se busca una fuerte voluntad, un talento superior, los únicos capaces de aglutinar las energías en un haz, de obtener el pleno rendimiento de las inteligencias.

Mientras tanto, una solicitud un tanto minuciosa e inquieta rodea de mantillas, de cintas, al ser apenas surgido a la vida. Una vigilancia exterior trata de suplir la insuficiencia de psicología. Una disciplina severa, mantiene el orden de un cuerpo cuyos movimientos necesitarán ser coordinados por un animador interno.

Ese animador, el Hermano Irlide lo encuentra. Y, con un gesto autoritario, lo envía a la Gironde. Conocemos al hombre: se trata del Hermano Vigbert-Louis, el saboyano, muy atareado, en esos días de 1883, en preparar su manual de filosofía. “¿Quiere

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 399-400. Saint-Bernard continuaba desarrollándose; prosperaba con su clientela franco-española, cuando la persecución de Combes le obligó a emigrar del otro lado de la frontera. Hoy ha vuelto a su ciudad natal: pero sin embargo no a su primera ubicación (donde se han instalado los grandes almacenes llamados “de las Damas de Francia”) sino en una muy hermosa propiedad en un marco de verdor.

usted la dirección?” pregunta el Superior General, contento con las palabras de obediencia del religioso. Humilde y sensato, el Hermano Louis se juzga poco capacitado para administrar. Desea, además, conservar, en cuanto sea posible, su libertad de trabajo. “¡Bueno!, será usted subdirector, prefecto de estudios”.

El Hermano Iblasius, que, anteriormente, secundaba al Hermano Léothéricien, y que, desde hace una década lleva las riendas de gobierno, acoge sin sombra de celos, al colaborador designado por el jefe del Instituto. ¿No lo deseaba, cuando suplicaba al Hermano Irlide que le enviase a “alguien”? Con toda razón, había subrayado la palabra.

Entre dos Lasalianos que están dispuestos a trabajar en la salvación de las almas, las tareas se comparten fácilmente. El Director continuará con su obra de constructor; seguirá siendo el representante de la Congregación ante las familias. Bajo su tutela, el pensionado será cada vez más próspero: le llegarán alumnos no solamente del suroeste de Francia, sino de España, de África y de América.

Por su parte el Hermano Louis será el Cónsul de las Letras, de las Ciencias, de la Filosofía. Todo lo que guarda relación con el ministerio de Educación pasará poco a poco bajo su control. En la época en la que el Hermano Iblasius se vea decisivamente agobiado por las fatigas y la enfermedad, la casa se encarnará por entero en la persona del subdirector.

La influencia de un pedagogo tan activo se ejerce particularmente sobre los jóvenes profesores. Los pone en guardia contra la presunción y contra el desaliento. Los habitúa al trabajo personal, a las lecturas, a los análisis de textos, a los recitados de memoria, a todo aquello que prepara las fuerzas intelectuales debilitadas por la inevitable rutina. Las composiciones francesas y, por supuesto, los ensayos poéticos, son sometidos al veredicto del Hermano Louis.

Todas las clases permanecen en vilo mediante las inspecciones, los “dictados”, las exhortaciones y los comentarios del subdirector. Su permanencia en Burdeos coincide con la evolución de los programas de la enseñanza especial: Saint-Genès capacitará a los alumnos para responder a las exigencias de los ministros de la Instrucción Pública.

Ideas claras, axiomas originales rigen la educación religiosa y moral. El Hermano Louis repite hasta la saciedad: “¡A los niños hay que hacerlos buenos para que sean felices; hay que hacerlos felices para que sean buenos!” Demasiados castigos y reprensiones no sirven para nada: hay que apelar a las potencias del corazón, de la razón y de la conciencia; de ahí la conveniencia de estudiar los caracteres individuales, de observar y utilizar las reacciones de cada naturaleza. ¡Pobres las escuelas cuyo único programa de educación se reduce a las sanciones punitivas, al respeto exterior de la disciplina!

¡Desdichadas también las escuelas donde la religión no sea más que una fachada! El Hermano Louis, en perfecta avenencia con el capellán P. Lafaye, instaura una verdadera ciudad de la juventud cristiana. “¡Y bien!, ¿cómo puede alguien pretender que la realización del bien choca con invencibles obstáculos, exclaman al unísono el sacerdote y el Hermano, cuando tenemos a Dios con nosotros, las almas nos ofrecen sus cualidades naturales y sobrenaturales, nuestra acción se apoya en la

oración, los sacramentos, y la fecunda la gracia?” Animados por un ardiente fervor, por un intrépido optimismo, los dos hombres forman, por medio de las congregaciones, una élite que arrastra a la masa.

Es el mismo lenguaje que el subdirector habla a los Lasalianos, sus discípulos. Los exhorta a desarrollar todas sus facultades. Dios los ha elegido para una misión magnífica: deben responder a esa elección multiplicando sus esfuerzos hacia la perfección, tanto en el plano humano como en el plano religioso. “Sin el trabajo, la piedad es vana; sin el trabajo, no hay virtud”. Ampliando las perspectivas de la inteligencia, se estimula la voluntad, se la obliga a estar lista para mayores impulsos.

Entre el número de sus oyentes, el Hermano Louis se encontró a uno del Languedoc de cerca de Castres, Jean-Augustin Blattes, el Hermano Israël. Éste, en 1883, dirigía la primera clase de Saint-Genès. Era ya considerado un excelente maestro. Transmitía esa calidez meridional que alegra y reconforta; la mitigaba mediante una mansedumbre serena, con una invariable amenidad. Sin sobresaltos, el adolescente había pasado de la escuela de los Hermanos al noviciado. Profesor en la casa de formación de Rodez, inmediatamente después de sus primeros votos, sabía disipar la melancolía de algunos postulantes, iniciar las almas graciosamente, aunque sin falsas apariencias, a la vida conventual. Naturaleza acogedora, alma recta, dócil y tierna, todo su ser le predisponía a la amistad que, en el país de La Boetie y de Montaigne, se estableció entre él y el religioso saboyano.

El Hermano Israël, llamado del Rouergue a Guyenne, fundirá su existencia con la del pensionado de Burdeos. *Alter ego* del Hermano Louis, comulgando con sus entusiasmos, sus decisiones, incluso en los trabajos personales del subdirector, continuará la obra, una vez que su amigo se haya alejado de Saint-Gènes.

Al principio del año 1891, el Hermano Director Iblasius fallece. El Hermano Jules, hombre de autoridad, le sucede. La sabiduría de los superiores entrega al Hermano Louis una obediencia para Saint-Étienne en Forez. Jean-Augustin Blattes se convierte, a su vez, en la casa de Burdeos, en prefecto de la primera clase, luego en subdirector. En 1897, lo vemos como jefe de la institución. Lo seguirá siendo hasta 1904; y más allá de esa fecha fatídica, su presencia sigue dedicada al cuerpo docente, “secularizado”, su influencia se ejerce, siempre profunda, sobre sus colaboradores, sobre sus alumnos, sobre esa falange de “antiguos alumnos” que cuenta con tantos nobles corazones, espíritus distinguidos, valores bien conocidos en Burdeos, los Salles, los Guyot, los Beydts, los Colson, los Grenié, los Chevalier, los Chassaing.

El Hermano Louis y el Sr. Blattes, mediante su concordancia espiritual asegurarán, entre ambos, luego el joven después del mayor, la unidad de inspiración, de orientación, la fuerza de los estudios en el pensionado de la gran ciudad, durante más de medio siglo; habrán transmitido la herencia a un equipo educado gracias a sus desvelos. Impresionante ejemplo de los resultados que puede obtener una Congregación docente, fiel a sus principios, coherente en sus miembros, perseverante en sus designios [1].

1 Archivos del pensionado Saint-Genès. — G. RIGAULT, *Le Frère Louis de Savoie*, 1928.

* * *

Un viaje más nos llevará hacia el Loira medio y desde el Allier al alto Loira, desde donde nos encaminaremos hacia el Macizo Central para descender hacia el Aveyron. Orleáns, Moulins, Le Puy, Clermont-Ferrand, Rodez, esas serán nuestras etapas.

Desde la época en la que el Hermano Irénée aseguraba para su diócesis natal la colaboración de los maestros lasalianos, nunca éstos abandonaron Orleáns. Bajo el traje civil, el Hermano Clair —ciudadano Étienne Benoist— el Hermano Libère —ciudadano Cendre— enseñaban a los jóvenes de Orleáns en plena Revolución. Las escuelas elementales florecían en la ciudad y algunas grandes aldeas del departamento. Un grado por encima de ellas, se organizó la casa de Notre-Dame de Nazareth, orfelinato por un lado, y por el otro, esbozo de pensionado [1].

De las dos obras coexistentes, sólo subsistirá el pensionado. Pero se ahoga en el “agujero” que lo alberga: el rincón más antiguo de la ciudad, el barrio bajo de Saint-Pierre-le-Puellier, encerrado contra la ladera que se avecina al río. Un alsaciano, lúcido y emprendedor, el Hermano Aglibert-Marie, dirige Nazareth a partir de 1875. Pretende lograr las soluciones que se imponen.

El obispo, Mons. Coullié, le ofrece Saint-Euverte, una antigua abadía de Agustinos de Santa Genoveva, situada en el extremo oriental de la aglomeración urbana: hermosos espacios, grandes árboles, habitaciones majestuosas de los canónigos regulares de antes de 1792, amplia iglesia en la que las aportaciones de siete siglos se funden en sorprendentes armonías. Los Padres de la Misericordia —misioneros destinados por P. Rauzan a evangelizar al pueblo francés— ocupan el recinto; pero declaran estar a punto de retirarse.

El Hermano Aglibert está listo para llevar a cabo la negociación. Choca con las resistencias del su Superior General: el Hermano Irlide teme aquí iniciar gastos considerables y poco productivos. Finalmente se deja convencer por el interés que Saint-Euverte presenta para el futuro de la enseñanza y del Instituto. Firma el acuerdo del 2 de febrero de 1879: los Hermanos se hacen cargo del arrendamiento —de manos de los Padres de la Misericordia— del pabellón principal, con opción de compra. Rápidamente lo modifican, según sus necesidades. La iglesia es restaurada, en los lugares que amenazan ruina.

Se abandona Nazareth, vendido a Dessaux, el gran fabricante de vinagre; se instalan en la abadía el 15 de octubre de 1880. Aurora de días plenos de trabajos, de beneficios. El Hermano Aglibert-Marie, la pudo ver, esa luz nueva: pero, en esta tierra, no recibirá otra recompensa. La inauguración se termina apenas cuando una carta del Hermano Asistente Joseph anuncia a Mons. Coullié el cambio del director... Tres años más tarde, el Hermano que ha dejado Orleáns morirá, en la madurez de sus cincuenta años, junto a los Superiores de la calle Oudinot.

Bajo los auspicios de su remplazante, el Hermano Eusébias, se constituye la Sociedad “La Esperanza”, que realiza la adquisición de todos los edificios agrupados

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 398-399, con las referencias.

en torno a la vieja iglesia. La propiedad pertenece en adelante a los accionistas. El alquiler es cedido. Jurídicamente se concede la ocupación a los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Los jefes sucesivos de la comunidad, los prefectos de estudio, los titulares de las clases, además de la preparación concienzuda de los exámenes oficiales, se dedican a la enseñanza catequística. Las mentes que se encargan de modelar, no se muestran refractarias: niños buenos del campo de la Beauce, junto con niños de la ciudad, más despiertos, aunque no más constantes en la tarea, comerciantes, gente de profesiones liberales, oficiales de la guarnición militar. Muchas familias confían a los lasalianos sus hijos, que, con frecuencia proseguirán en los colegios secundarios eclesiásticos los estudios para los cuales Saint-Euverte les habrá suministrado los muy sólidos cimientos.

La casa, no obstante, conserva para el ciclo entero de la enseñanza moderna a numerosos alumnos que hacen honor a sus maestros de francés, de ciencias, de lenguas y de historia. El personal docente, merece, en algunos de sus miembros, más que la simple estima: testigos, por no hablar más que de los muertos, el elocuente y fino moralista, Hermano Honoré-Victor, futuro director del colegio de Esmirna, el brillante matemático, Hermano Héli-Samuel, que volveremos a encontrar, nuevamente en Orleáns, inmerso en iniciativas de tipo práctico, con pleno éxito.

Rodeadas por las atenciones religiosas, cultivadas por capellanes atentos, abnegados, paternales [1], las vocaciones superiores germinan en este terreno. Allí se desarrollan, sin sufrir, necesariamente, al ser trasplantadas. Lecciones de latín, recibidas fuera del centro, servirán de preludio a los años de seminario de los candidatos al sacerdocio. Aunque los que se encaminan hacia el Instituto son mucho menos numerosos, no dejan de ser almas generosas que llegarán muy lejos en la carrera de educador.

Orleáns y Moulins, por pertenecer al mismo distrito, en más de una ocasión, intercambiaron sus profesores. ¿La ciudad a orillas del Allier no guarda parentesco con la ciudad del Loira? Idénticos paisajes de amable verdor, de aguas caprichosas, unas veces indolentes otras encrespadas; los mismos tejados de pizarra, idéntica arquitectura en ladrillo y piedra, similares recuerdos de razas reales, bajo un cielo de matices delicados. Quien tiene que vivir ya sea en la región de Orleáns, o bien en el Bourbonnais, no siente en ningún momento, la sensación de exilio.

Saint-Gilles de Moulins es más o menos contemporáneo del Nazareth de los Lasalianos del Loiret [2]. Pero, él por su parte, seguirá inmutable en el terreno del viejo hospital de Pierre de Bourbon. Su nombre sigue unido a ese pasado de caridad cristiana al servicio de la miseria y del dolor: oficialmente, hasta 1870, el pensionado se ha llamado "Saint-Joseph". El director de entonces, el Hermano Gélosius, tuvo que someterse ante la obstinación de los habitantes de Moulins que no quieren conocer más que a Saint-Gilles.

1 Queremos hacer constar aquí el nombre del más simpático y del más notable en ese tiempo: el Padre Paul Barbier.

2 Ver *Histoire générale*, t. V. p. 395.

Los edificios, cuya propiedad sigue en manos del obispo diocesano Mons. de Dreux-Brézé, recuerdan mucho su antigua historia: deteriorados, oscuros, estrechos, mal acondicionados, esperan, para desaparecer que la Congregación encuentre en ese lugar campo libre.

Maestros y alumnos llenaron ese pobre marco con alegres actividades, lecciones, juegos y oraciones. En tiempos del Hermano director Asclépiades, la enseñanza no superaba los límites del primario superior. Que contribuyera a dar acceso a la situación de los empleados de contribuciones directas e indirectas, de puentes y calzadas, de correos o de los capataces en la industria, las más vivas ambiciones, no le pedían más. No obstante, el jefe del centro educativo, erudito, polígrafo, antiguamente responsable de la Academia de Passy, y dentro de algunos años, archivero de la Casa Madre, prepara el futuro: dota a Saint-Gilles de una biblioteca, de una colección de monedas y medallas, de un embrión de museo.

Los estudios se completarán, orientándose entonces hacia el secundario, durante los gobiernos de los Hermanos Gélosius, Gervais, Godefroy-des-Anges, Imier-de-Jésus, Victor.

La poderosa fisonomía del Hermano Imier, futuro Superior General, adquiere — desde su periodo en Moulins— un relieve acentuado. En 1886, a la edad de treinta y un años, venía a Saint-Gilles para enseñar física e historia natural. A través de todo el Bourbonnais, y hasta en el Nivernais y el Berry, la fama del pensionado, se había extendido para entonces; se alababa el buen ambiente, el fervor religioso de los alumnos; se elogiaba la ciencia de los maestros, del Hermano Adelphin, del Hermano Honeste. El Hermano Imier-de-Jésus tomaba el relevo de estos hombres distinguidos; manteniendo la enseñanza al nivel que habían alcanzado sus predecesores.

Uno de sus antiguos discípulos habla de “la increíble influencia” que ejercía el religioso educador. “Su ascendiente moral se incrementaba con todo su valor profesional. Ningún texto impreso hubiera podido reemplazar sus exposiciones, tan claras, tan atrayentes. Un lección explicada por él era una lección comprendida y aprendida”.

Cuando en 1893 el Hermano Gedefroy-des-Anges fue enviado a Egipto, la opinión general ratificó la elección de los Superiores colocando al Hermano Imier en el puesto de mando. Entonces la casa se transforma: tras crear una sociedad anónima propietaria de los inmuebles, en 1891, el Hermano Godefroy había trazado un plan para un nuevo Saint-Gilles. Su sucesor, con el apoyo del obispo, Mons. Dubourg, y la autorización del Régimen, comienza a construir. Se ve al pensionado liberarse, en parte, del viejo hospital, como la crisálida de su capullo. El mismo Hermano director controló la construcción, sin por ello descuidar en nada sus vigilancias espirituales, las atenciones que ofrece a las almas de élite, el avance que, a pesar de los obstáculos, imprime al batallón de sus subordinados de todas las categorías [1].

1 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Imier-de-Jésus, 1929. — Álbum de Saint-Gilles de Moulins, 1932-1933. — Archivos del Secretariado General, 78, rue de Sèvres.

El recuerdo que deja en Moulins, el Hermano Gabriel-Marie —también él futuro jefe del Instituto— lo legó, muy parecido, a la comunidad del Puy, después de sus nueve años de dirección del pensionado Nuestra Señora de Francia. El centro educativo reposaba sobre sólidas bases; el Hermano Hugolin, su gran organizador, le había preparado posibilidades de futuro [1]. Pero la formación del personal seguía siendo incompleta. A partir de 1873, y hasta 1882, el Hermano Gabriel-Marie desplegó todo el vigor de su carácter para obtener el mejor rendimiento, el esfuerzo continuo y verificable, en la regularidad de los profesores lasalianos, en la disciplina de sus alumnos. Poco locuaz, sabía dominar las voluntades con sus órdenes breves. A él se debió la creación de una Academia literaria, testimonio y corona de los estudios ampliados. La piedad no perdió nada con ello: se expresó, muy fuerte, en la congregación mariana.

Los Hermanos Néonile-Marie y Nicet-Ernest gobernaron a continuación y se mostraron fieles a tan elevados ejemplos. Tenían, para ayudarles, a aquel subdirector tan influyente que se llamaba Hermano Nestor-de-Bithynie, erudito, arqueólogo, botanista y al Hermano Nicanor, que se dedicaba también, con éxito, a instruir la causa de beatificación del Hermano Benildo.

En tiempos del Hermano Nicet-Ernest, la capilla, una amplia nave románica, sobria, hasta austera, en sus líneas, se construyó según el diseño elaborado por el Hermano Nestor-Joseph, y, el 19 de septiembre de 1901, fue consagrada por Mons. Pélacot, obispo de Troyes. En el siglo XX albergará a una ardiente juventud, guiada por notables maestros, que sabrán suscitar los movimientos de acción católica, desarrollar la fe por medio de la renovación litúrgica [2].

Clermont-Ferrand en otro tiempo tenía al Puy bajo la dependencia de su distrito. La capital de Auvernia, bajo el patrocinio de la Virgen del Puerto, no se queda, en materia de educación cristiana, a la zaga de su antigua filial del Velay, centro de la antigua devoción a Nuestra Señora. El pensionado abierto en las cercanías de la basílica de Clermont nació el 22 de abril de 1862, en una era gloriosa: durante cuarenta años, se beneficiará de la dirección del Hermano Annet [3].

Inmediatamente después del fallecimiento del eminente Lasaliano, el R. P. Sertillanges, declaraba: “Si el Hermano Annet hubiera sido convocado para ocupar un puesto político entre los más importantes del estado, lo hubiera hecho con una distinción del más alto nivel. Si la Providencia lo hubiese colocado sobre el trono, hubiera sido un gran rey; había algo de Luis XIV en aquella prestancia majestuosa y en aquella grandeza, plena de afabilidad en mismo tiempo que de nobleza” [4].

1 Ver *Histoire générale*, t. V. pp. 396-397.

2 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, 1917. — Archivos del pensionado de Nuestra Señora de Francia. — En el mismo distrito, el pensionado de Mende se crea en 1880, bajo la advocación de Saint-Privat. Una sociedad inmobiliaria llamada “Educación Cristiana” se encarga, en 1884, de construir los edificios necesarios. En 1904, el pensionado y la escuela libre que estaba anexa, contaban, juntos, con 300 alumnos, al cuidado de 19 Hermanos.

3 Ver *Histoire générale*, t. V. pp. 333, 390, 525 y 527.

4 Citado por Léon PRUGNARD, *Historique du pensionnat Godefroy-de-Bouillon*, pp. 9 y 10.

Eso no es aún más que lo visible, las cualidades más externas, más aparentes del personaje. Un antiguo alumno como el Reverendo Padre penetra más allá, al expresarnos los motivos de su agradecimiento:

“Lo confieso emocionado, dice, yo le debo al Hermano Annet lo que sólo la eternidad puede darle, puesto que, bajo su mirada y su influencia, sentí caer sobre mis hombros el alba blanca y el manto del Predicador. Evidentemente, no puedo atribuir más que a Dios la iluminación súbita de mi vocación; pero el carísimo Hermano me ayudó —y ayudó a más de uno— a controlar, a desarrollar esa luz. Refutó, concretó, me obligó a darle vueltas al problema... Me incitó, especialmente, a rezar; y recuerdo la impresión renovada que desde entonces me producía, cada mañana su voz grave que se elevaba, desde el fondo de la capilla, como un vaivén de incensario, derramando sobre nosotros el recogimiento, a la vez que elevaba hacia el cielo la alabanza” [1].

Sentimos, en este discurso, la nota profunda. Vislumbramos al educador en su función más que humana, en sus descubrimientos y sus orientaciones de almas. Desde 1865 a 1887, conserva a su lado otro auxiliar de Dios, apóstol cuya irradiación actúa de manera más continua, más irresistible: el Hermano Gabriel-de-la-Croix [2]. Otro Dominicó, el R. P. Mondonnet, profesor en la universidad de Fribourg, evocaba de la siguiente manera, en 1913, la silueta que —después de veintiséis años— seguía presente en su memoria: “Cabeza demacrada y morena, imbuida de carácter, mascarilla muy marcada, frente amplia, rasgos ascéticos; sobre todo ello dominaban unos ojos llenos de visiones, una boca que expresaba bondad... El pobre cuerpo enjuto se veía perdido en el hábito a veces raído, siempre muy limpio” [3].

La actitud y el rostro del Hermano Gabriel conmueven a sus alumnos, los inducen a reflexionar, tanto quizás como las lecciones, y las sabias palabras, los acentos de oración, en los que quizás adivinan un poco de su vida interior. En cuanto a los resultados obtenidos, se manifiestan particularmente entre los miembros de las congregaciones del pensionado, jóvenes a los cuales, durante más de diez años, el santo religioso se consagra, para avivar su piedad hacia la Santísima Virgen, para insuflarles una caridad activa, el firme propósito de la integridad de costumbres y la voluntad del buen ejemplo.

Tercera figura dominante: la del Hermano Élie, adjunto y sucesor del Hermano Annet. Nacido en 1845, el Hermano Élie falleció en 1908, bajo su nombre civil de “Sr. Chanson”, que tuvo que retomar para salvar la existencia del pensionado Godefroy-de-Bouillon”. En el atrio del centro, en 1930, le levantaron un monumento: busto de bronce, frente al que representa al Hermano Annet. En él se puede descubrir el carácter del maestro sobre su ancha frente, boca firme, punteada en las comisuras de los labios, la barbilla enérgica, dominante. Los ojos parecen preguntar, reclamar respuestas sinceras. Sobre sus mejillas enjutas, algunas arrugas acusan las duras preocupaciones. No obstante, la impresión general de quien observa

1 Citado en la noticia necrológica del Hermano Annet, 1902.

2 Ver *Histoire générale*, t. V. pp. 483-484.

3 Citado por el Hermano PAUL-JOSEPH, biógrafo del Hermano Gabriel-de-la-Croix, p. 100.

fijamente esa fisonomía, conserva menos el discreto sufrimiento y la apariencia severa, que el reflejo de serenidad, de bondad delicada y contenida, de paz sobrenatural.

Tras el paso por la propiedad, un tanto sombría, de los “Jacobinos” de la vieja Auvernia, será una ascensión a plena luz la que nos conducirá a Saint-Joseph de Rodez. Sobre el promontorio que hemos descrito anteriormente [1], se ubicaban en buen orden los edificios de diversas fechas: ala oriental, edificada en 1860; ala occidental, de 1872 a 1874. La primera piedra de la capilla se colocó el 8 de mayo de 1870; los trabajos interrumpidos por la guerra, llegaron, en 1875, a feliz culminación: Mons. Bourret consagró, el 13 de julio, el monumento, de nave única, robustas proporciones, muros huecos con nichos según el estilo de las iglesias de otros países. El pensionado y las casas de formación y de retiro que se le añaden sufrirán diversas modificaciones o ampliaciones. A fin de cuentas, los usuarios se sienten a gusto entre unos muros que, sin pretender belleza plástica, no ofrecen nada desapacible, y en unos espacios libres donde se arremolinan los vientos. La catedral de Rodez se perfila en el horizonte, fachada de fortaleza, puntales y contrafuertes impregnados de majestad religiosa, torre rematada por la estatua de la Virgen y que fue esculpida por artistas-orfebres. Como canta François Fabié en uno de sus poemas, los “hijos de la Cause cubierta de trigales ondulantes”, “del Ségala donde florecen los robles..., del Vallon donde maduran los racimos”, de la Montagne... donde mugen los bueyes”, todos, después de recorrer los duros caminos hacia la acrópolis de Rodez, reciben la acogida maternal de “Nuestra Señora”. Los pensionistas bajo su mirada, no deberían sentir nostalgia: la iglesia tutelar se confirma como “el símbolo del viejo Rouergue” [2].

Así pues, no lejos de ella trabajan los muchachos animosos. Antiguamente, antes de los tiempos de la política antirreligiosa, la Universidad acudía a aplaudirlos. El 24 de junio de 1875, el Sr. Gaillard, inspector de Academia, presidía una fiesta durante la cual nueve jóvenes del pensionado recibían los diplomas otorgados por el jurado de la Exposición Internacional de Viena por los trabajos de dibujo lineal y de dibujo de imitación. Se impartía, entonces, en la casa, la enseñanza primaria superior. Desde 1877 a 1883, será remplazada por la enseñanza secundaria especial, para regresar luego al antiguo programa. La transformación definitiva de Saint-Joseph de Rodez en institución secundaria moderna tiene lugar en el mes de noviembre de 1895. Quinientos alumnos están entonces presentes; internos, más de la mitad [3].

François-Joseph Burguière, el Hermano Inglevert, el director de 1859, ha retomado las riendas del gobierno durante los años 1877 a 1879. Casimir Boulouis, antiguo alumno de las escuelas lasalianas, le sucede bajo el nombre de Hermano Isméon-Marie. Pero el hombre que el recuerdo agradecido de los habitantes de Rodez no aísla de la historia local, es Édouard Segonzac, el Hermano Idinaël, diecinueve años al timón de la nave bajo el hábito religioso, luego cinco años bajo el aspecto del “secularizado”, pero sin cambios en el corazón, con mano siempre firme.

1 Ver *Histoire générale*, t. V. pp. 400 a 402 y 524-525.

2 François FABIE, *La Terre et les Paysans*, poemas elegidos, 1923, p. 46.

3 El precio de la pensión, desde 1873 a 1904, no supera los 500 francos al año. Los gastos de escolaridad, para los externos, se sitúan en torno a 80 francos para los tres trimestres.

Su dirección —de 1885 a 1909— marca el apogeo de Saint-Joseph. Con él colaboran excelentes equipos de profesores. Entre ellos vemos al Hermano Ildefonse, el preferido de François Fabié; el Hermano Isidorus-Marie, maestro de francés y de historia, los Hermanos Isaac-de-Spolète e Isidore-de-Péluse, cuyos talentos artísticos hemos señalado [1], el Hermano Kostka-Marie, que merece los elogios del cardenal Bourret por la importancia otorgada a los estudios religiosos y filosóficos, el Hermano Xénophon-Joseph, pedagogo particularmente hábil, de una alegría expansiva, el Hermano Irlide-Bernard, futuro director del pensionado, futuro Visitador del distrito.

Entre sus alumnos, provenientes de los medios rurales, un cierto número se orientan hacia las carreras industriales, a las situaciones administrativas. Esta orientación se explica, sin que se pueda acusar a los Hermanos de restar brazos a la agricultura. Las familias del Aveyron no pueden asegurar el porvenir de todos sus hijos en unas tierras mediocrementemente productivas, débilmente rentables. Por tanto hay que pensar en otros medios de existencia. Desde 1886 a 1894, 56 candidatos del curso de Saint-Joseph son admitidos en las Escuelas de Artes y Oficios de Aix y de Angers. Durante el periodo precedente, se constata una afluencia hacia los Caminos y Puentes, Correos y Telégrafos, Contribuciones indirectas. Se puede notar también los éxitos en los exámenes para los ferrocarriles, Minas de Alès, Escuela de Veterinaria, y para los puestos de expertos geómetras.

En consecuencia, la enseñanza técnica es muy estimada en Rodez y no cesará de desarrollarse, con la ayuda de abundante instrumental. ¿Se descuida la formación del espíritu? No lo creemos, si hojeamos los registros de la “Sociedad Literaria”, que el Hermano Israël presidía hacia 1875, de la “Sociedad de Ciencias y Artes”, organizada en 1872 por los Hermanos Idulphin e Idinél-Marie, y cuyas actas son sumamente interesantes, vivas y juiciosas. Las dos sociedades, tras algunos meses de sueño, hacia 1878-1879 recuperan su actividad y se fusionan. La antigua Academia, donde la joven gloria de François Fabié había estrenado sus alas, recupera en 1883, su derecho de existencia. Y redactores voluntarios, reclutados tanto entre los Hermanos, como, según parece, entre los pensionistas, llevan la crónica de los acontecimientos escolares en “diarios” que se titulan: *El amigo de la infancia*, luego, *Fe y Ciencia*.

Su lectura muestra la forma que tienen los Lasalianos de comprender la educación: se ponen al alcance de sus alumnos, se interesan por los más pequeños acontecimientos de la clase, saben, si es oportuno, deslizar una palabra divertida en un relato instructivo, en una lección de moral; y cuando se trata de fiestas, juegos o espectáculos diversos, dan a toda manifestación un carácter familiar.

La Sociedad de Santa Cecilia reúne a los músicos. Más adelante se fundará el “Círculo Montalembert” que se dirige a los espíritus preocupados por las cuestiones sociales y no admite, por cierto, como miembros más que a los cofrades de San Vicente de Paúl [2].

1 Ver anteriormente, pp. 151-152.

2 Archivos del pensionado de Rodez. — *Histórico del pensionado*, por el M. ALBAGNAC (Hermano IRLIDE-BERNARD). — *Le Frère Isidorus-Marie*, por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL, 1930).

He ahí, a rasgos generales, el comportamiento de una obra en torno a la cual gravitan, como satélites de irradiación limitada, el pensionado del Sacré-Coeur, en Millau, el pensionado Saint-Gabriel, en Cahors. Mons. Bourret obtuvo del Hermano Irlide la creación del primero; prestó los fondos para la puesta en marcha; él mismo eligió el nombre.

Por su lado Saint-Gabriel, que lleva el nombre de bautismo del Beato Perboyre, el Lazarista mártir, y el nombre de religión de Edmond Brunhes, el Hermano Gabriel-Marie (que participó en los preliminares de su instalación), nació por razones ocasionales. Al no poder mantener la escuela primaria libre, por falta de recursos y de suficiente clientela, el Hermano Victor-Gélosius, propuso al jefe de la diócesis, Mons. Grimardias, el traslado, a Cahors, del pensionado de Puy-l'Éveque. Se estableció un acuerdo el 10 de mayo de 1889. Tras costosos trabajos de acondicionamiento, la institución abrió sus puertas en octubre de 1890. Algunos años después, se añadirán clases de agricultura a sus clases de enseñanza primaria [1].

* * *

Explorando el Norte y el Este, nos encontramos filones bastante numerosos, unos ya conocidos, ampliamente favorables a las tareas profesionales, y muy lejos de agotarse; otros, más o menos recientemente descubiertos, y dedicados a ensayos de primera explotación, y que dejan esperar, para el momento de profundizar, verdaderas riquezas.

El pensionado de Lille ofrece promesas de ese tipo. Es el único, en la región, que supera el nivel de primaria. La enseñanza secundaria especial se organiza y completa inmediatamente después de 1870. En mayo de 1889, el Hermano Benoît-Constant preside el gran traslado: los nuevos edificios, en la plaza de Tourcoing, debían servir de escuela preparatoria a una institución católica de Artes y Oficios. Hay que renunciar a ese proyecto inicial, cuando los Padres Jesuitas se hacen cargo del I. C. A. M. [2]. De todos modos la obra lasaliana se pone en marcha, bajo la advocación de Saint-Pierre; cuenta con cerca de 400 alumnos en 1895. Desaparece en 1904, pero en nuestros días, resurgirá, lleno de fuerza, del largo sueño de la tumba.

Tourcoing invoca la protección de san Miguel para un pensionado al cual el Hermano Messien dedicó una fortuna, que recibió por herencia. El éxito no correspondió con ese sacrificio. De todos modos, la obra, sin internado, durará treinta años; la propaganda del piadoso Hermano Florian y la Congregación de los Antiguos Alumnos de Saint-Michel, mantendrán en muchas familias el más puro y el más emprendedor cristianismo.

Una influencia análoga es la que ejerce, en Roubaix, la institución Saint-Louis. Desde 1878 hasta 1885, un semipensionado de la "Inmaculada Concepción" recibirá a los hijos de los empleados, de los capataces, de los directores de fábrica. Su suspensión causó malestar entre los católicos. Todos los medios especialmente

1 Archivos del distrito de Rodez, *Historicos* de Millau y de Cahors.

2 Iniciales de las palabras: Instituto Católico, de Artes y Oficios (*oficios*, en francés: *Métiers*).

interesados desearon beneficiarse, de nuevo, de las lecciones de los Lasalianos. El externado Saint-Louis les aportará, en 1891, un comienzo de satisfacción. Al cabo de dos años, acogía a más de 200 alumnos. En el mes de abril de 1895, la fundación de una sociedad civil permitió adquirir 7.000 metros cuadrados, en la calle del Collège. Y el mediopensionado Saint-Louis, listo desde el 19 de marzo de 1896, contaba, en octubre, con 325 jóvenes de Roubaix, confiados a las atenciones de una comunidad de 18 Hermanos [1].

En resumidas cuentas, en esa época, la región de Lille continúa siendo para los discípulos del Beato de La Salle un terreno de apostolado esencialmente popular; no sin motivos decisivos, puesto que allí multitud de pobres, apegados aún a sus creencias, se sienten conmovidos por las desigualdades, por las injusticias sociales, a menudo se ven probados por la miseria, y, en este estado de sufrimiento, se inclinan a escuchar a los profetas del materialismo y de la revolución.

No sucede exactamente lo mismo en la organización pedagógica de Picardía y de Artois. Mientras que en Boulogne-sur-Mer funciona un semipensionado, mientras la humilde creación del Hermano Amable en Amiens adquiere un rápido desarrollo y, a partir de 1896, se perfecciona en el campo adquirido al barón de la Motte [2], el pensionado de Saint-Omer, resucitado en 1854, se muestra digno de sus antiguas tradiciones.

Posee, a partir de 1865, el maestro que, después de haberse entregado de lleno a la juventud de Saint-Omer, comunicará progresivamente toda su alma a la casa “Saint-Joseph”.

Pierre-Ghislain Auberlique, hijo de un propietario de bienes raíces, nació el 2 de septiembre de 1848, en Villers-au-Flos, en el departamento del Pas-de-Calais. Educado por los Lasalianos, en Haplincourt, entró en el noviciado de Saint-Omer el 31 de agosto de 1863. Allí recibe el nombre de Évariste-Abel. El pensionado dirigido por el Hermano Fidèle, recibe pronto al joven profesor: diecisiete años, fisonomía distinguida, acogedora; la expresión de la mirada, bajo los párpados entreabiertos, es todo inteligencia, gracia, cordialidad; los labios añaden también su encanto. Y sobre la amplia frente se inscriben los sensatos y claros pensamientos.

La voluntad demuestra ser ardiente, decidida, tenaz. Se niega tan poco al trabajo que, “para ser capaz de hacer frente a las situaciones más difíciles”, el Hermano Évariste-Abel conquista una serie de diplomas: certificado superior, certificado de Cluny, certificado de aptitud pedagógica.

De ese modo se va encaminando hacia los puestos de confianza. Promociones sin orgullo; aceptadas, en cambio, con el sentimiento muy claro de las responsabilidades. En 1878, será el profesorado de la primera clase; en 1884, la subdirección. El ascendiente del educador se impone a los alumnos mayores, luego al conjunto del pensionado. Semejante fuerza hay que utilizarla plenamente: los superiores lo comprenden. Con cuarenta años, el Hermano Évariste-Abel se

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Historiques des établissements*. La hermosa obra pedagógica de Roubaix revivirá en Estaimpuis, en Bélgica, después de las prohibiciones de 1904.

2 Archivos del distrito de Saint-Omer, *Históricos*.

convierte en director de la institución. Lo seguirá siendo, en Francia, hasta la ley de proscripción; seguirá siendo el jefe en los días de la emigración a Holanda...

Este pedagogo eminente demuestra ser administrador y constructor. Emprende grandes labores para ampliar la obra del Hermano Fidèle. Las instalaciones más recientes databan de 1864 y 1875, en el muelle de Tanneurs. En 1890 y 1897, se suceden nuevas campañas de construcción. Luego comienzan las ampliaciones que van a dar al pensionado Saint-Joseph el título del más hermoso centro escolar de la región. El desmantelamiento de la antigua fortaleza abría amplias perspectivas: bajo la protección de la Sociedad Artesana de Lille, el Hermano director ejercita un derecho exclusivo de compra sobre las antiguas murallas. Los terrenos adquiridos permiten edificar un pabellón cuadrado, una serie de clases, un salón para las fiestas. Una reja de hierro forjado, de noble aspecto, protege la entrada sobre el nuevo bulevar. Periodo próspero y durante el cual no disminuye el ardor de los estudios, los fervores de piedad y de caridad. La conferencia de San Vicente de Paúl, fundada antiguamente bajo los auspicios de Philibert Vrau, conoce a partir de 1893, una renovación en su organización y su actividad [1].

La calidad de un jefe es un maravilloso multiplicador. Nos imaginamos lo que puede producir cuando multiplica la dedicación y el entusiasmo a la tarea en una excelente comunidad. Eso es lo que sucede en Reims, bajo el Hermano Bajulien y su sucesor, el Hermano Victor-Nicolas. La casa de la calle Venise [2] no solamente progresa en el número de alumnos —son 500 desde 1874— sino que obtiene de esa juventud resultados religiosos e intelectuales de la mejor calidad. Los doce años de gobierno del Hermano Victor son memorables. Ese religioso poseía un don de palabra casi magnético: de naturaleza entusiasta, encantaba y subyugaba las almas. Al mismo tiempo, no dejaba que las buenas resoluciones, los primeros esfuerzos quedaran sin continuidad; se percibía su impronta tanto sobre las voluntades como sobre las mentes. Joven profesor antes de 1883, se había mostrado como el precioso auxiliar del Hermano Bajulien; él mismo encontrará en el Hermano Arèse Casimir [3] un brillante segundo de a bordo.

El arzobispo, Mons. Langénieux, protege una institución tan bien llevada. Muy pronto le manifestó su benevolencia, después de su traslado desde Tarbes a la sede de San Remigio. En 1876, bendijo la nueva capilla. Le gusta presidir las reuniones de la Asociación Juvenil creada en 1877 [4].

La diócesis vecina, la de Soissons, ve a los Hermanos desvivirse, a veces sufrir duramente, en sus empresas, trabajosas y limitadas, de Saint-Michel, de Château-Thierry.

1 Archivos del distrito de Saint-Omer. — Biografía del Hermano Évariste-Abel, 1941.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 388.

3 Futuro “Vicario General” del Instituto (de 1940 a 1946)

4 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1907, pp. 18-19.

La fundación de Longuyon tiene una repercusión muy diferente. Se vuelve imprescindible después del cierre de Beauregard [1]. Se encuentra el lugar apropiado en la confluencia del Chiers y del Crusne, a unos 50 kilómetros de la casa que ha habido que abandonar. La primera piedra del establecimiento se coloca el 8 de septiembre de 1874. La llegada de los niños se efectúa el 23 de noviembre. Pero, por supuesto, al principio hay que contentarse con lo provisional que ofrece el castillo de la difunta condesa de Hofflize. Diversos edificios irán surgiendo de tierra, los acondicionamientos y mejoras no cesarán de ser imaginados, propuestos, ejecutados por el buen arquitecto que se llama Hermano Amé-Léonce.

Longuyon alcanza su apogeo en 1900. En ese momento está compuesto por un conjunto agradable, en un marco de arbustos, praderas y agua corriente. Los alumnos, a centenares, reciben la viva y fuerte influencia del Hermano Léonce, del Hermano Arateur-Joseph, del Hermano Arnaud-Marie. Proceden principalmente de la región de Thionville y de Metz, de la Lorena anexada por el *Reich* germánico. Por eso, manifiestan un patriotismo no menos ferviente que su fe religiosa. Sus maestros los alientan en ese amor por la Iglesia y por Francia. También ellos tienen sus orígenes en las provincias del Este; varios son lorenos, separados de su tierra natal desde 1871. Entre estos últimos se cuenta el Hermano Arnaud-Marie, Paul Hypolite de nombre de familia, nacido en Saint-Privat en 1856; es un antiguo alumno de Beauregard. Ha conservado las tradiciones del Hermano Athanasius; las ha trasplantado a Longuyon, donde le lleva su obediencia de Hermano muy joven, después de su salida del noviciado de Thillois, en mayo de 1875. ¡Cuál no será el golpe al corazón que sentirá, cuando, el 15 de julio de 1904, un gobierno francés se atreva a emitir la condena a muerte del pensionado levantado, como una bandera, sobre la frontera! [2]

Saint-Joseph de Dijon, a partir de 1869 se ha encarnado en la persona del Hermano Pol-de-Léon [3]. Éste ha conseguido, en un barrio de amplios espacios, la propiedad del Clos Muteau. La bautiza como “casa Saint-Joseph”, y, después de la construcción de un primer edificio, traslada allí, el 11 de noviembre de 1880, las clases y los pensionistas de la calle Berbisey. Poco a poco se irán edificando, en medio de un parque de 55.000 metros cuadrados, muros sólidos, fachada monumental, escaleras de piedra, galería interior adornada de pinturas, talleres anexos. En abril de 1890, los consejos y el apoyo del Hermano Procurador General Dominatoris permitirán formar, bajo la presidencia del Sr. Poupon [4], la Sociedad Inmobiliaria, “El Parque San José” a partir de entonces propietaria legal y financieramente responsable.

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 366, 397, 537; t. VI, p. 210, y en el presente volumen anteriormente p. 291.

2 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1939, p. 122. — Biografía del Hermano Ariste-Léonce por el Hermano ARTHÈME.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 393-394.

4 Padre del antiguo y aforado Presidente General de las Asociaciones Juveniles de la Enseñanza libre, Sr. Henry Poupon.

El busto del Hermano Pol-de-Léon ocupa hoy un puesto de honor en el centro educativo. Charles-François Badoz, natural del Franco Condado, novicio en Lyon en 1842, se ha ganado con todo derecho el título de ciudadano de Dijon. Vivió más de sesenta años en la capital de Borgoña, figura universalmente conocida, de rasgos poderosos y simpáticos, ojos brillantes de inteligencia, de enérgica prestancia. Los de Borgoña no serían capaces de renegar de él; ha adquirido su apariencia.

Él mismo, ha penetrado en su alma y se ha complacido en ella. He aquí una página que en su vejez escribía sobre “los niños de la Côte-d’Or”:

“En su gran mayoría, está dotados de aptitudes y de cualidades notables. Triunfan en las letras, en las ciencias, las artes liberales y mecánicas, en la agricultura, el comercio, la industria... ¡y los deportes! Nada los desalienta; se entregan al estudio, al trabajo, con ánimo, perseverancia, tenacidad. Espirituales y reflexivos, captan con prontitud y asimilan rápidamente lo que se les enseña.

“De gran generosidad, amables, de porte decidido, de una franqueza a toda prueba, se dejan ganar por un afecto verdadero y profundo. Se encariñan a un maestro virtuoso, instruido, entregado; pero ¡ay de aquel que los engaña! Se vuelven escépticos, desdeñosos. No perdonan la injusticia, y menos aún la falsedad.

“Colocados ante un nuevo profesor, se reservan, lo estudian, no descansan hasta que no conocen a fondo sus puntos débiles y fuertes.

“A nuestros jóvenes de Borgoña les gustan las bellas artes... Las ceremonias del culto, los cantos de la Iglesia, sus hermosas fiestas les entusiasman. En ellos la elevación del alma, la nobleza de sentimientos, un buen juicio natural les inspiran horror al vicio... Como por instinto, se complacen en la oración... Son capaces de sacrificios... Entre ellos, nunca tienen disputas gracias a su alegre humor y a la excelencia de su carácter. Se cuenta que en otras regiones, por una menudencia, una pluma, una canica, el codo que sobrepasa el pupitre del vecino, se producen peleas. En Saint-Joseph de Dijon, nada de eso: “¿Estas canicas son tuyas? —Sí. — ¡Tómalas!”, y está todo dicho.

“Aptos para los ejercicios físicos, se complacen en los juegos ruidosos... Para sus lecturas, sus composiciones literarias eligen preferentemente los relatos de guerra, las grandes hazañas de armas... Los actos de un valiente patriotismo los colman de emoción y de admiración”.

Se comprende que el buen Director proclame su alegría por haber formado una raza tan noble “para la ciencia y la virtud” y que concluya con este elocuente panegírico sobre una inmensa esperanza: “¡Los queridos antiguos alumnos de Saint-Joseph acudirán a formar mi guardia en las falanges eternas!” [1]

Aquí abajo, en el marco de una ciudad rica con tan magníficos tesoros de arquitectura y de escultura, de un pasado glorioso, de hombres ilustres en los fastos del catolicismo y de la historia nacional, los alumnos del Hermano Pol-de-Léon tenían ante sus ojos con qué suscitar todas las fuerzas interiores.

1 Con fecha del 11 de junio de 1907. — Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de Dijon, en la nota D.

Ningún sueño futuro les estaba vedado. No obstante, el programa de estudios, en sus inicios, no mostraba excesivas ambiciones. Hasta el año escolar 1873-1874, no iba mucho más allá del primario superior: en él figuraban la geometría, el álgebra, la química, la física, la literatura, una filosofía elemental...

Durante un viaje, el Hermano subdirector Narcellien vio entusiasmado la preparación para el diploma de la enseñanza especial en las casas de Moulins, de Clermont, de Toulouse. Educador lleno de iniciativa, a la vez que religioso lleno de celo, propone a su jefe un ensayo del que podrían beneficiarse los alumnos de Dijon. El Hermano Pol-de-Léon está de acuerdo en progresar; el Hermano Asistente Jean-Olympe le da su apoyo ante el Régimen. En agosto de 1874, toda la primera clase, compuesta por nueve alumnos, realiza las pruebas: y se registran nueve éxitos.

Con cierta osadía, los profesores del pensionado, animan a los mismos jóvenes a preparar, al año siguiente, el examen del bachillerato en ciencias. Ciertamente, que se necesitaba algo de latín: pensaron no faltar a la Regla ofreciendo a los candidatos una serie de lecciones fuera del centro. Los resultados colmaron sus expectativas. A partir de entonces la clase de segundo formó a los diplomados de la enseñanza especial, y la clase de primero, a los bachilleres científicos.

Aunque en aquella época, la Casa Madre no presentó objeciones, la Universidad, en cambio, se mostró violentamente hostil. Ya, bajo el Segundo Imperio, el Hermano director Namphase había soportado la tempestad: el ministro de la Instrucción Pública hubiera querido reducir a los Lasalianos al nivel del certificado elemental [1]. Los funcionarios de la Tercera República siguen las huellas de los del Imperio. El Rector y el Inspector de Academia intentan, en 1882, un proceso contra el Hermano Pol-de-Léon. Sus acusaciones se resumen así: programas más amplios que lo autorizado por la categoría del centro educativo; introducción ilegal de la enseñanza del latín.

El Sr. Ally, decano del colegio de abogados en el tribunal de Dijon, se encarga de la defensa: prueba al tribunal que las especialidades del diploma según Duruy y las del bachillerato en ciencias están todas contenidas en la enseñanza de las escuelas normales departamentales. Ahora bien, el examen al que se presentan los futuros maestros no es otro sino el certificado superior, desde hace tiempo —y, en definitiva, sin discusión— objeto de los esfuerzos de un número de casas de los Hermanos. Saint-Joseph de Dijon no innova pues, en realidad: sus discípulos utilizan, legítimamente, su bagaje escolar para las carreras que reclaman la tenencia de los diplomas. Si necesitan añadir a sus conocimientos generales algunas nociones de latín, es a título personal como adquieren esa lengua, como cualquier estudiante tiene derecho a acudir, fuera de su colegio, al maestro o experto que le convenga.

La absolución, obtenida el 16 de diciembre de 1882 fue confirmada por la Corte de Apelación el 21 de febrero de 1883. Un recurso al Tribunal Supremo, presentado por el ministerio público, dio ocasión al Sr. Sabatier a emplear todo su talento al servicio del Instituto lasaliano: y los altos magistrados rechazaron el poder del demandante, el 7 de agosto de 1884.

1 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 394.

Teníamos que insistir sobre este largo proceso, debido a la importancia de los intereses en juego. Porque, si en efecto, la Universidad y el procurador de la República hubiesen ganado su causa, no solamente el pensionado de Dijon se arriesgaba al cierre, sino toda la Congregación se vería obligada a devolver al nivel primario los mejores de sus establecimientos educativos [1].

El decreto de 1891 simplificó la situación, al crear el bachillerato moderno, sin latín. A partir de entonces se pudo renunciar a las lecciones exteriores, cuyos inconvenientes eran bien evidentes. La clientela del Saint-Joseph, libre de trabas, continuó sus progresos: contó con cuatro primeros alumnos en la Escuela de Minas de Saint-Étienne; en 1889, con Eugène Rousselot, obtenía el primer puesto en el concurso del *Borda* [2].

Otro pensionado Saint-Joseph, de mucho menor relieve, existió, desde 1886 a 1904, en Besançon, centro del distrito. El Hermano Rufin dirigió el de Semur, que también permaneció dentro del nivel de los estudios primarios. Para encontrar, en un centro educativo de este tipo, una vitalidad excepcional, debemos dirigirnos a Dole-du-Jura: el Hermano Néopolus, en 1865, fue autorizado a volver a abrir el pequeño colegio suprimido por orden del Hermano Philippe cinco años antes. Lo dirigirá hasta 1898. Y ¡con cuánta maestría! Pierre-Jean-Paul Terrasson, de Saint-Péray, en Ardèche, novicio en Lyon en 1847, recordaba —según cuentan— a Bonaparte, joven general, por sus brusquedades, por su voluntad dominante, así como también por su perfil: piel morena, ojos negros y brillantes, boca fina. La voz, fuerte y metálica, imponía de entrada sus órdenes. En la casa de Dole llamaban al director con el nombre de “Padre Abad”; o bien bastaba con pronunciar esta palabra: “la Autoridad”, para que cada uno comprendiese de quien se hablaba. Los Hermanos Visitadores enviaban al Hermano Néopolus algunos Hermanos para la enseñanza; se los elegían inteligentes, valientes, dóciles... Semejantes manos se complacían en modelar una obra de calidad, con tal que la materia no opusiese una tenaz resistencia ni la fuerza de la inercia.

No tarda mucho tiempo en verse rodeado de buen personal. Rápidamente adivina sus aptitudes y las aplica a la función. Cuando el Superior General, Hermano Joseph, viene a visitar, en 1886, a los Lasalianos de la antigua ciudad del Franco Condado, encuentra una comunidad de catorce Hermanos, un pensionado floreciente, con 158 alumnos. Buen número de esos niños comienzan bajo la dirección del Hermano Néopolus, para recibir una enseñanza de base antes de abordar las humanidades clásicas en el colegio de los Jesuitas. El valor del pedagogo y de sus auxiliares no es puesto en duda en los medios docentes; es también apreciado entre el clero, por la burguesía local. El Hermano director posee de tal modo la estima de sus semejantes que ocupa un escaño en el Consejo departamental de la Instrucción Pública como representante de los maestros de las escuelas libres. No obstante, él nunca pretendió ese puesto; nunca atrajo voluntariamente la atención sobre él. Aunque es enérgico es también tímido. Detesta el ruido que perturba la realización del bien. No se presta mucho a las

1 Archivos del distrito de Besançon.

2 Este joven oficial de marina, que daba tantas esperanzas, murió asesinado en Vladivostock, en 1891.

manifestaciones exteriores. Pero Dole, para quien las siluetas lasalianas son familiares desde hace generaciones, se felicita de enmarcar la del valiente religioso en el decorado de sus *hoteles* de magistratura, de sus conventos, de su iglesia de Nuestra Señora [1].

* * *

La región de Lyon, de Saboya, el Dauphiné, el Sur Provençal y del Languedoc nos ofrecen un último grupo de fundaciones. No las más recientes del Instituto. Por eso no nos detendremos más que en algunos de esos establecimientos educativos, ya que el origen y la organización de la mayoría nos son conocidos.

En Lyon tenemos que remontarnos hasta 1838 para entrever los comienzos del pensionado llamado de los “Lazaristas”. En otras páginas, hemos dado los motivos de esa denominación [2]. Esbozamos la fisonomía de terreno, sobre las laderas de la santa colina de Fourvière. Posteriormente presentamos al Hermano Paphnucius que, humilde obrero, novicio a sus veinte años, sencillo profesor, se convierte en prefecto de estudios, y que su reputación de gramático llamará la atención — demasiado pronto para la buena marcha y el éxito del pensionado— del Hermano Philippe [3].

La casa pasa por horas oscuras. Y, en 1874, está finalizando ese eclipse, y no reaparece a plena luz hasta 1880. Poco después, llega allí el Hermano Rimer, enviado desde Saint-Joseph de Dijon. Allí enseñará química, excelentemente, y el francés con un dominio semejante. En ese tiempo los Hermanos del pensionado lionés no tienen autorización más que para enseñar el primario superior. Una vez instituido el bachillerato moderno, obtienen de los poderes públicos un nuevo estatuto: varias de sus clases, en adelante, pertenecen al secundario. Las competencias del Hermano Rimer lo destinan para tomar la dirección de esa sección. Así “los Lazaristas” de la cuesta Saint-Barthélemy entran por las sendas donde les espera la prosperidad.

En la segunda gran ciudad de la diócesis, Saint-Étienne en Forez, tales caminos se abren ampliamente al notable equipo del pensionado Saint-Louis. Un hombre sobre todo toma aquí el aspecto del triunfador: el Hermano Rodolfo.

Italia se lo ha dado a Francia. Jean-Achille Sogno nació en Biella, el 2 de febrero de 1841. Comenzó sus estudios con los Lasalianos en su ciudad natal, los continuó bajo la dirección de aquellos que crearon, en Turín, el colegio San Primitivo. Pero cuando en 1858 el joven piamontés decidió unirse a los discípulos del canónigo de Reims, fue enviado del otro lado de los montes, al noviciado de Caluire. Tomado el hábito y con el nombre de Hermano Rodolfo, fue solicitado por el Hermano Papyle,

1 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de Dole. — Noticia necrológica del Hermano Néopolus, 1906. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de julio de 1927, pp. 205 a 221. — La misma publicación dio, en su número de enero de 1928, algunas notas sobre el pequeño pensionado de Chalon-sur-Saône.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 178-179 y 258.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 497.

director de la comunidad de Saint-Étienne. De la casa de la calle de Chappes, pasaba, en 1864, con su jefe, a los edificios de la calle Désiré. Su fama de matemático quedó rápidamente establecida: desde la edad de veintiún años, lo vemos como profesor de los muchachos mayores que preparan la Escuela de Artes y Oficios. Pero concibe ideas más ambiciosas para sus alumnos: claramente los orienta hacia la Escuela de Minas; y les suministra toda la ciencia necesaria.

Saint-Louis va a parecer como la antesala de la Casa de los Ingenieros, en el departamento del Loira. Se diría que el Hermano Rodolfo tiene la llave de esa morada. En 1873, da acceso a ella a ocho de sus discípulos. En un cuarto de siglo, serán admitidos cerca de 300, y en ese número se contará con 22 primeros alumnos de su promoción. Un de sus brillantes alumnos, Régis Pialat, se convertirá en el Hermano Régis [1].

Los directores de la Escuela de Minas manifiestan una gran estima al religioso que, tan vigorosamente, forma las inteligencias. “El Hermano Rodolfo, escribirá el Sr. Tauzin, está en el primer rango de aquellos que han contribuido a la reputación de la Escuela de Saint-Étienne” [2]. El Sr. Henri Gonthier lo trataba como a un amigo; y las sugerencias del Hermano, que escuchó en 1887, no fueron ajenas a la extensión de los programas del concurso.

Los “Mineros”, después de sus exámenes de final de carrera, saben que su antiguo maestro no los perderá de vista. Para prestarles los mejores servicios y, primeramente, asegurar su situación, Achile Sogno, mantiene una amplia correspondencia, incluso más allá de las fronteras. A menudo, una gestión personal añade peso a su recomendación. Viaja, en sus raros momentos libres, para llamar a la puerta de algún hombre que dispone de algún empleo interesante. Obtiene fácilmente respuesta favorable: ya sea que el agradecimiento entra en juego, o porque el ascendiente haya sido suficiente. Pues “este humilde... ejerce una profunda y persistente autoridad, sobre mentes privilegiadas, sobre sabios famosos, ingenieros, industriales, dueños de herrerías, directores de fábricas, de compañías mineras [3]...”

En el pensionado Saint-Louis, el Hermano Rodolfo es una figura sin par. En 1896, sucederá al Hermano Pantalus-Martyr en la dirección general del establecimiento educativo. Y a partir de entonces todo funciona según su voluntad. Pero no ha necesitado esperar tanto tiempo para animar y dominar el entorno. Alguien que vivió muy cerca de él no lo muestra “seco, menudo, atento, presente en todas partes, viéndolo todo con sus ojos penetrantes, curiosos, preguntando por todo, con su voz cantarina [4]...”. Tiene el rostro ascético, mejillas enjutas, boca severa, cráneo pelado cuya curva inmensa revela la potencia de su cerebro. Una bondad innegable, se esconde bajo la frialdad. El afecto “se expresa en un frase que nunca cambia”; la

1 Ver anteriormente p. 157.

2 Citado por el Padre GEORGE, biógrafo del Hermano Rodolfo, p. 53.

3 Prefacio de Mons. Hyacinthe CHASSAGNON, obispo de Autun, al libro del Padre J-M GEORGE, *Achille Sogno, en religion Frère Rodolfo*, 1925, p. 9.

4 Mons. CHASSAGNON, *Ibid.*, p. 7.

autoridad se afirma “con palabras breves, siempre claras, y que tampoco suelen cambiar” [1].

No obstante no anula a sus colaboradores. El Hermano Papyle se los había elegido de alto nivel: geómetras, matemáticos, químicos, el Hermano Paramon, el Hermano Narcellien, el Hermano Grastien-Joseph. Más adelante serían los discípulos ganados para el Instituto: el Hermano Régis, el Hermano Camille.

Al margen, en cierto modo, pero no en posición inferior, se encuentra el Hermano Vigbert-Louis. Ya había venido a enseñar francés en Saint-Étienne en 1881-1882. El Reverendísimo Hermano Joseph, natural de esta ciudad, se complace en ofrecer como regalo a sus compatriotas al ex subdirector de Saint-Genès de Burdeos. Durante trece años, el profesor original, pintoresco, alegre, sabrá cautivar la atención de un auditorio de élite mediante la extensión de su saber y la sólida contextura de sus razonamientos.

Un antiguo alumno de Saint-Louis, oficial de ingeniería militar durante la guerra de 1914-1918, dirá de las lecciones del maestro saboyano: “Sus principios tenían un alcance más lejano que la sola preparación del concurso... Esos principios —sobre los cuales volvía en toda ocasión— hay que decir que son básicos para la ciencia del ingeniero: concentración de la reflexión, disociación del problema en sus elementos, claridad en la exposición, concisión en la expresión. Por eso mismo, una enseñanza que, en un periodo de intensa cultura matemática, hubiera podido parecer de tipo accesorio, fue en realidad primordial...”

Sembrador y propagador de ideas, el Hermano Louis no dejó de actuar también como formador de conciencias. Al respecto, su irradiación se extendió a toda la casa. Asociado al Hermano Camille, estableció una congregación mariana. “La cultura y la distinción del espíritu se asociaban, en este religioso inolvidable, a una virtud poco común”.

Mons. Chassagnon, que formula este juicio, tiene él mismo todos los derechos no solamente como testigo, sino en cuanto inspirador de la vida espiritual del pensionado. Allí desempeñó la función de capellán, antes de ser nombrado auxiliar del arzobispo de Lyon, luego sucesor del cardenal Perraud en la sede de Autun. Encargado de la dirección religiosa de los futuros “Mineros”, su palabra cálida y su corazón de apóstol ejercieron una influencia magnífica. El Padre Chassagnon comprendió y estimó a los Hermanos de las Escuelas Crisitanas, sus primeros maestros en Bas-en-Basset. Cooperando, con todo su poder, a la obra educativa del Hermanos Rodolfo, del Hermano Louis, fue uno de los hombres de Iglesia que no dudaron en cultivar, tanto las vocaciones sacerdotales, como las vocaciones lasalianas.

Los días y los trabajos de Saint-Étienne consolarán al Hermano Louis de su salida de Burdeos, de su exilio lejos de Saboya. De todos modos, en 1894 y en 1900, vuelve a ver el pensionado de Thonon donde, siendo niño, recibió las lecciones del Hermano Alman, donde desde 1869 a 1881, daba sus cursos de literatura, de filosofía, de religión. Los Hermanos que trabajaron con él, y a los cuales no

1 Mons. CHASSAGNON, *Ibid.*, p. 7.

escatimaba sus consejos, mantienen en el rumbo correcto la barca bien aparejada que antaño pilotaba François-Marie Fillion, de la aldea del Lyaud en Chablais [1].

En la Motte-Servolex, el joven principiante de 1856, cercano a los sesenta años [2] volvería a encontrar, siempre vivos, sus más antiguos recuerdos. Una avenida sombreada de castaños conduce al patio de honor del castillo de los Pingon. Árboles gigantescos rodean los amplios edificios, inteligentemente adaptados a su destino escolar. Doscientos alumnos internos, treinta y cinco Hermanos viven en esos lugares campestres. El horizonte por debajo de los Alpes, se extiende desde la torres de Montmayeur y de Chignin hasta la Chautagne, hasta Culoz. Y el pueblito de La Motte, durante las vacaciones, a la hora del regreso a clase, ve pasar la alegre tropa de sus huéspedes, en el valle del Leyse, sobre la ruta que une Chambéry al lago del Bourget.

El pensionado acoge siempre a diversos hijos de buena familia, al igual que en los tiempos del Hermano Libanos y del Hermano Calix. Pero es imposible conservar las elevadas ambiciones que sobre él albergaba, antes de 1848, el rey Carlo Aberto [3]. Sensatamente, el Hermano Ptolémaque, director desde 1874 a 1887, ha orientado los estudios hacia la preparación para el comercio y la industria [4].

La cercanía de Saboya no impide al Dauphiné reclamar, al colegio Saint-Michel de Grenoble, los buenos servicios de una comunidad lasaliana. “Colegio del Águila”, lo llaman allí, porque en 1888 el establecimiento escolar —nombrado entonces “pensionado La Salle”— levantó sus muros completamente nuevos en el barrio del Águila. Su acta de nacimiento remontaba a unos cuarenta años ya. En los tiempos de la Monarquía de Julio, en los confines de la ciudad, existía un orfelinato, dirigido por los Hermanos, “la Obra San José”. En 1845, se admitió en él a doce niños de familias acomodadas, en calidad de “pensionistas”. Estos privilegiados pagaban 25 francos al mes; no estaban obligados, como sus compañeros huérfanos, a barrer las clases, a servir en el comedor, ni —añade el *Histórico* de la casa— “a asistir a los entierros, a no ser en las ocasiones solemnes”.

Semejante sistema educativo —mediocrementemente recomendable sin duda— duró hasta 1870. El Superior General ordenó al Hermano Rémézide, entonces director, separar las dos categorías de alumnos. No obstante siguieron albergados en la misma casa. Al inicio de las clases de 1872, había 135 “de pago” (internos y externos). La Obra San José tuvo que ampliar sus locales.

La fama de los pedagogos religiosos, los éxitos conseguidos en el certificado de estudios y el examen del diploma supusieron incesantes aumentos de clientela. El éxodo del pensionado se hizo necesario. El Hermano Rémézide, secundado por el canónigo Méresse, obtuvo de los padres de la Grande Chartreuse un donativo de

1 Sobre el pensionado de Thonon ver *Histoire générale*, t. V, p. 258, y nuestra biografía del Hermano Louis, cap. I, III y IV.

2 El Hermano Louis. Cf. *Histoire générale*, t. V, p. 259, y biografía citada pp. 43 a 45.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, p. 259.

4 B. SECRET, *op. cit.*, pp. 56-57 y 107.

100.000 francos. Constituyó una sociedad civil, preparó un plan de construcciones; en 1886, se adquirieron 9.000 metros cuadrados entre el ferrocarril, la calle Lesdiguières y la calle Mallifaud. Dos años después, el obispo de Grenoble, Mons. Fava bendecía el hermoso edificio al cual el esplendor del paisaje, el cercano verdor, las montañas en el horizonte, añade aún mayor encanto. En 1898, una nueva generosidad de los Cartujos permitía al Hermano Director Odilardus construir la capilla y la sala de fiestas. Grenoble había ocupado un buen lugar en la vida del Beato de La Salle, con la peregrinación a la Cartuja y los retiros sobre la colina de Parmenia; los Lasalianos se alegraron de recordarle a la ciudad, el nombre de su Fundador. Los habitantes hicieron justicia al celo de los maestros: 220 niños poblaban las clases desde el principio. El número creciente exigió la presencia de 24 Hermanos en 1904 [1].

“Saint-Charles” de Marsella, “La Inmaculada Concepción” de Béziers, “Saint-Joseph” de Toulouse conquistan los laureles, dan gran importancia a la formación religiosa, según las tradiciones que, en Provenza, datan de más de un siglo, que, en Languedoc, se inscriben en los primeros planos de la historia moderna del Instituto [2].

El establecimiento educativo de Béziers conserva con todo derecho el título de colmena madre y de primer modelo de los pensionados. Ha suministrado directores y profesores a París y a Roma, más adelante los proporcionará a España. Su ilustre organizador, el Hermano Leufroy, ha muerto el 2 de noviembre de 1868, rodeado de la afectuosa admiración de los habitantes de Béziers. Después de solemnes exequias en Saint-Aphrodise, su cuerpo reposa en la casa de Fonseranes.

Su espíritu inspira al Hermano Théoctène, el discípulo que le ha sucedido. Es una familia de 695 alumnos que el jefe debe dirigir en 1876, en el noveno año de su gobierno. Ente ellos se advierten muchos hijos de propietarios viticultores: vienen a pasar dos o tres años en “la Inmaculada Concepción”; sus padres, a quienes la venta del vino está enriqueciendo, consideran bueno “sacarlos de casa”, es decir confiarlos a los Lasalianos de la capital del Distrito, para que reciban el barniz de la enseñanza secundaria media sobre el fondo de las nociones inculcadas por el maestro del pueblo.

Los ciclos de estudio, en Béziers, están provistos en consecuencia. La clase de cuarto es generalmente la última en conservar muchos alumnos: hasta tal punto que hay que triplicarla, para preservar las fuerzas de los profesores e incrementar el rendimiento de los alumnos. Con ella se corona la enseñanza del primer ciclo, por medio de un programa recapitulativo.

El ciclo superior contiene dos series de cursos; una desembocará, dentro de algún tiempo, en el diploma de la enseñanza especial. La otra prepara para el examen del “voluntariado”, la modesta prueba que sufren los jóvenes de diversas familias de

1 Notas comunicadas por el Carísimo Hermano Director del pensionado del Águila.

2 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 549 a 562; t. V, pp. 158 a 165, 257-258, 391, 514 a 517 (Béziers), 258, 390, 536 (Toulouse), 259, 314, 391 a 393 (Marsella).

comerciantes o burgueses, con el fin de reducir a un año la duración del servicio militar [1].

Al Hermano Louis-de-Poissy, director desde 1878 a 1882, se deberá una mayor ampliación de los estudios. Albert Bruny fue, treinta años antes, un brillante alumno en las clases del pensionado. Natural de Toulon pero bien adaptado al Languedoc, discierne las necesidades de la región, sabe realizar las adaptaciones oportunas. Fija, para un largo periodo, el conjunto de las especialidades, literatura, ciencias y lenguas vivas, y hasta los horarios cotidianos. El valor del personal pedagógico le preocupa: invita a maestros experimentados para proporcionar principios y consejos a los jóvenes religiosos que el distrito envía a Béziers; él mismo se encarga de dar a los principiantes lecciones de filosofía.

Cursos de instrucción religiosa, Congregaciones de la Santísima Virgen, conferencia de San Vicente de Paúl, todo aquello que pueda desarrollar la práctica de las virtudes cristianas y asegurar la frecuentación de los sacramentos recibe del Hermano Louis-de-Poissy un vivo impulso.

Después de él, el Hermano Lange, el Hermano Joannès-Berchmans trabajarán en el mismo sentido. El Hermano Berchmans aportará a la ejecución de sus tareas la nota de su afabilidad encantadora. Comenzó su apostolado en la casa en 1872; subdirector en 1888, director en 1892, administra con habilidad, del mismo modo que se esfuerza por orientar hacia el éxito a una juventud resuelta a conquistar el bachillerato.

De todos modos las inteligencias están bien dispuestas. Los jefes del centro educativo no quieren que las creencias se vuelvan rutinarias, que la fe esté adormecida o sea estrechamente individualista. Desde 1886, la Academia del pensionado estaba afiliada a la Asociación Católica de la Juventud francesa. En 1900, el Hermano Director Josaphat creará para los alumnos de las dos clases de primero, una conferencia de estudios sociales: allí se encontrará prontamente al orden del día el análisis de la Encíclica *Rerum Novarum* [2].

Al final de nuestra ruta aparece Toulouse, con las actividades de tres grandes religiosos: el Hermano Junien, el Hermano Lactance, el Hermano Létance-Marie. Al primero ya lo conocemos, elegido Asistente por el Capítulo de 1875 [3]. Anteriormente, ha dirigido el pensionado de Toulouse, desde 1862: espíritu abierto, entusiasta y cultivado, elevó seriamente el nivel de los estudios. Materialmente, alumnos y comunidad no le deben menos; enriqueció los laboratorios de física y de química, las bibliotecas, creó un museo de historia natural. Desde 1865, la adquisición de la casa de campo “Santa Filomena” ofrecía a los pensionistas horas de esparcimiento, de alegres debates bajo los árboles, en la hierba, ante el magnífico panorama del valle del Garona. En 1874, se edificó una sala de fiestas tal y como la podía desear el acogedor y distinguido director.

1 A condición de entregar, además, 1.500 francos en las cajas del Estado (ley de 1872).

2 Archivos del pensionado de la Inmaculada Concepción. — Noticias necrológicas del Hermano Louis-de-Poissy (1924) y del Hermano Joannès-Berchmans (1936).

3 Ver anteriormente, p. 40.

Le sucede el Hermano Lactance. Nacido en Villefranche-du-Rouergue el 9 de diciembre de 1829, está en plena madurez cuando asume las responsabilidades del alto mando. Hace ya treinta años que es profesor en Saint-Joseph; todas las materias de la enseñanza secundaria le son conocidas; como consecuencia de uno de los exámenes que pasó en Burdeos, uno de los maestros de la Facultad de Ciencias escribía al Hermano Junien: “Felicitó a su institución por poseer un sujeto tan brillante”.

Del Hermano Lactance se dirá: “En él todo era grande, tanto el espíritu como el corazón”. Llegará a ser un buen anciano, de fisonomía grave, austera, a la vez que distinguida, con la frente coronada de blancos cabellos. Su administración hizo entrar al pensionado en la era de la más envidiable prosperidad. El número de los alumnos supera los 600 en 1886. El año precedente, pudo adquirirse el cuartel de Lignières: lo cual permitió la extensión del Saint-Joseph hasta la calle Riquet y la construcción de una capilla de grandiosas proporciones, y de líneas muy armoniosas. El monumento fue bendecido el 24 de junio de 1892; contemplará magníficas ceremonias, en un ambiente de cálida piedad, hasta el día desgraciado de la expoliación legal.

En ese momento, el Hermano Lactance habrá abandonado el mundo de aquí abajo. Fallecido el 18 de septiembre de 1902, había recibido, seis años antes, la obediencia de Visitador. El Hermano Létance-Marie lo remplazaba en el pensionado. El nuevo director, originario del Tarn, está en Toulouse desde el tiempo de su noviciado, en 1863. Su flexible inteligencia se adapta tanto a las matemáticas como a la literatura: “He frecuentado a hombres muy eruditos, declaraba un oficial de marina, educado con los Lasalianos; ninguno daba las lecciones vivas de nuestro Hermano Létance”.

Buen profesor, completa sus cursos mediante la elaboración de un manual de física, del que se beneficiará todo el Instituto bajo una u otra forma. Buen religioso, mostró la medida de su valor desde el momento en que, como hijo único, conquistaba tras difícil lucha el consentimiento paterno para dedicarse a la educación cristiana. Preside los supremos esplendores del establecimiento educativo fundado por el Hermano Claude. La Providencia lo destina para guiar al otro lado de la frontera, en el apacible Valle de Arán, a una juventud que quiere permanecer libre para elegir a sus maestros, de unir su oración a la de los hijos de san Juan Bautista de La Salle [1].

1 Archivos del pensionado Saint-Joseph de Toulouse. — Noticias necrológica del Hermano Junien, 1919, y del Hermano Lactance, 1902.

Un *Histórico* del establecimiento muestra que hacia el fin del siglo diecinueve el régimen escolar no carecía de austeridad; las clases comenzaban a las 6 de la mañana y los externos a partir de la cuarta, debían estar presentes en ese momento. Después de la misa de las 7, las clases recomenzaban, hasta el mediodía, interrumpidas por un breve recreo. Por la tarde, clases y estudios se prolongaban hasta las 8 de la tarde para los alumnos mayores. El jueves, los externos debían unirse al “paseo” reglamentario. Los internos salían una vez por mes, el segundo jueves, desde las 8 de la mañana a las 8 de la tarde.

CAPÍTULO III

LOS CENTROS DE FORMACIÓN PROFESIONAL

LA OBRA POSTESCOLAR Y SOCIAL

La herencia del Sr. de La Salle en las obras especializadas y postescolares. — Cursos comerciales y escuelas de comercio. Las cuatro escuelas comerciales de París. La escuela católica de comercio y de industria de Lille. — La escuela Saint-Luc de Lille y el Hermano Fidèle-Gabriel. Breve floración artística. — Los Hermanos, colaboradores pedagógicos de la industria francesa, en Saint-Étienne y en Lyon: la escuela La Salle y el Hermano Olbien-de-Jésus; el Hermano Paramon-Cyprien (Jean Barlet) fundador y director del Curso Profesional de Saint-Étienne. — Otras iniciativas, en Clermont-Ferrand, en Orleáns; instituciones educativas para la Marina, en Bretaña, en Dunkerque. El taller de ajuste y de ebanistería en Douai y el Hermano Fromont-Eubert. — El Hermano Fidèle: sus proyectos de escuela de artes y oficios en el distrito de Cambrai-Lille; cómo se perfila la operación; el Instituto lasaliano no asume su culminación. A cambio, crea la escuela de Artes y Oficios de Reims. — La Obra de Saint-Nicolas: los Hermanos Amérius y Antoine-Edmond, en la calle Vaugirard; los Hermanos Photius y Berturle en Issy-les-Moulineaux; el Hermano Bertandus en Igny; su sucesor, el Hermano Allais-Charles. — La agricultura en el Likès de Quimper, en Longuyon; el Hermano Arnaud-Marie. La escuela de horticultura Fénélon, en Vaujours. El Hermano Serdieu en Laurac. La granja-escuela de Limoux. Fundación de la escuela de Limonest. El Instituto Agrícola de Beauvais: sus convenios con la Sociedad de Agricultores de Francia; Paul Blanchemain; el Hermano Eugène-Marie, el Hermano Antonis. — Los orfanatos dirigidos por los Lasalianos; la fundación Galliera, en Fleury-Meudon; la casa de Levier, en el Franco Condado. Los Hermanos educadores de los sordomudos en Besançon, en Saint-Étienne, en Bourg-en-Bresse; el Hermano Riquier, el Hermano Pierre-Célestin, el Hermano Roger-de-la-Croix, técnicos de esa enseñanza. — Las actividades postescolares de la Congregación en el último tercio del siglo XIX; su inserción en el movimiento del catolicismo social; papel del Reverendísimo Hermano Joseph; misión recibida de León XIII. — Los patronatos católicos; colaboración que les prestan los Hermanos. — El Santo Hermano Alpert en el patronato de los Alsacianos-Loreños (Casa Saint-Joseph); el Hermano Alton-Marie en la parroquia San Agustín; el Hermano Blimond, el Hermano Isaac-Antoine, en Orleáns; el Hermano Ptolémée en Saint-Chamond; el Hermano Attique-Michel en Reims; el Hermano Camille-de-Jésus, apóstol de los soldados, en Nantes. La Obra de la Juventud, en Lille; el Hermano Edouardis y el Hermano Maurice-Lucien. Conferencias de San Vicente de Paúl y círculos de estudios en los establecimientos educativos lasalianos. El *Boletín de las Obras de Juventud*. — Las Asociaciones de antiguos alumnos: Clermont-Ferrand, Beauvais, Dijon. Auge después de 1880: la Asociación Juvenil de Béziers; la Asociación de Passy; la Asociación juvenil de la Escuela Profesional de Saint-Étienne. — Reuniones en la intimidad: la “Sociedad juvenil del Beato de La Salle” y el Hermano Idelphus. Los retiros de jóvenes en la finca de Athis. — La Asociación San Benito José Labre: sus fundadores, su carácter. El Padre Paguelle de Follenay; el Hermano Alban-Joseph. — El sindicalismo cristiano. Preliminares: obras de ayuda mutua. La ley de 1884. El sindicato de los empleados de la enseñanza libre. La obra del Hermano Hiéron: el sindicato de los empleados del Comercio y de la Industria, llamado sindicato de los Petits-Carreaux; sus inspiradores y sus organizadores. Los Hermanos y el Congreso obrero de 1894. El sindicato de los empleados en 1900.

Monumento de celo religioso y de inteligente atrevimiento, la escuela lasaliana da acceso a la vida. Los hombres, los cristianos que forman, saben que sus pasos se dirigen hacia la eternidad. Orientados de tal forma, siguen los caminos terrestres sin tanteos, sin vacilaciones, sin irremediables aventuras. Están capacitados para vencer los obstáculos, armados para no temer la lucha. Al vigor del alma, a la lucidez de la conciencia, unen el espíritu práctico, la habilidad técnica, el sentido social. Pues sus educadores no entran en la categoría de los ideólogos. San Juan Bautista de La Salle, orientado fijamente hacia Dios, observaba con mirada complacida todo comportamiento terrestre. Su juicio, su experiencia, los hallazgos y

los recursos de su genio colocaban al “hijo de la luz” en la vanguardia de los hijos del siglo, al igual que su predecesor Vicente de Paúl, como su similar de nuestro tiempo, don Bosco. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no han dejado perder ninguna de las lecciones de su Fundador.

Les gusta vincular sus emprendimientos modernos a los ensayos de los siglos XVII y XVIII. La escuela dominical, creada en la parroquia de San Sulpicio, el trabajo manual favorecido en Saint-Yon, éstos son los antecedentes históricos de los patronatos, de los establecimientos profesionales... Y sin duda el árbol está aún en germen. No obstante, entre 1870 y 1900, así se manifiesta el desarrollo de las obras especializadas y de las obras postescolares que es fácil descubrir la entrada en juego de sentimientos nuevos, de fuerzas nuevas. También aquí, los Hermanos, lejos de quedarse atrasados sobre su época, se adaptan a las circunstancias, adivinan las aspiraciones, se ingenian para facilitar la inserción de los individuos en los marcos sociales, para disminuir las causas de conflicto, aislamiento, abandono, incompetencias, odios e injusticias.

Esa influencia sobre la realidad, que quisieron asegurar a sus alumnos tanto por medio de la enseñanza elemental como mediante los programas de sus grandes pensionados, ese acuerdo entre los datos del saber y las exigencias de la acción, intentan llegar a conseguirlo mediante sus escuelas comerciales, en sus cursos técnicos y sus talleres industriales, en sus institutos agrícolas.

Cuando está en juego la defensa de la fe y las costumbres, la creación de un clima de amistades cristianas, la reunión de élites animadas por un poderoso ideal y capaces de organizar a la masa, los Hermanos no dudan en ir más allá del umbral de sus clases, intentar un apostolado popular, invitar a sus antiguos alumnos a la ayuda mutua material y moral.

Tales son, múltiples y complejas, las actividades educativas que nos queda por estudiar.

* * *

En un informe presentado a uno de los jurados de la Exposición de 1900, el Sr. Cail, ingeniero de Artes y Manufacturas, repartía en tres grupos los cursos comerciales creados por la Congregación Lasaliana.

Señalaba en primer lugar, “todos los pensionados que, junto con las clases de enseñanza secundaria moderna, poseían otras especiales, con un programa de estudios sensiblemente similar al de las clases comerciales de Passy”.

Luego venían las casas que, no gozando en la consideración de los poderes públicos, de la calidad de establecimientos secundarios, orientaban a sus alumnos hacia una preparación comercial.

Se ubicaban en la tercera categoría las cuatro escuelas superiores comerciales de París, la escuela de Comercio de Lille, el curso superior de la calle Beauvoisine, en Ruán, y algunas otras organizadas con un plan semejante. En ellas, el reclutamiento de los alumnos se realizaba, de ordinario, mediante un concurso, después de la

exitosa finalización de los estudios primarios. Y, un trabajo asiduo de dos o tres años procuraba a los jóvenes buenas colocaciones, un honesto porvenir.

Como se podía constatar en el informe en cuestión, la mayoría de esas creaciones lasalianas tenían su origen en épocas más antiguas que las instituciones similares que dependían del Estado. Las “escuelas nacionales de enseñanza primaria superior y profesional”, a cuya existencia se aludía en los decretos de 1881 y de 1882, solamente habían funcionado en 1887 en Vierzon, Armentières y Voiron; una cuarta se abría en Nantes en 1898. Por otra parte, una disposición introducida en la ley de finanzas del 26 de enero de 1892 había inaugurado una segunda serie de cursos técnicos bajo el nombre de “escuelas prácticas de comercio o de industria”; existían 34 a partir de 1899 [1].

Entre los internados o semipensionados del Instituto que tendían a especializarse en esta materia, se podía citar a Saint-Charles de Marseille, Saint-Joseph de Rodez, la escuela de Nîme, la escuela de Agen. La organización más completa se encontraba en las escuelas comerciales libres de la capital: avenida Saint-Ouen, calle Saint-Roch, calle Saint-Antoine, y en la parroquia Santa Clotilde. El arzobispo de París las había fundado para la élite de las escuelas parroquiales. Sin irle a la zaga, en materia de lecciones prácticas, a los centros educativos oficiales, el programa seguido por los Hermanos concedía un lugar importante a la instrucción religiosa: catecismo desarrollado, apologética, historia santa, historia de la Iglesia. Concursos trimestrales entre las cuatro escuelas mantenían la emulación. Al final de los estudios, los alumnos tenían un examen ante un jurado compuesto por profesores del Instituto Católico; un diploma, entregado por el rector, daba testimonio de los buenos resultados [2].

En Lille, “la escuela católica de comercio y de industria” tiene sus orígenes en la “clase de honor” de la calle de los Urbanistes. Encontramos aquí la impronta de Philibert Vrau. Con su amigo Jonglez de Ligne, insiste, en 1880, ante el Hermano Visitador Eleuthérius para que los estudios de algunos alumnos de los Lasalianos desemboquen en una inmediata preparación para las actividades de la región del Norte. Logra que se interesen por la obra los principales representantes del alto comercio, sus colegas. Dieciocho negociantes, industriales, banqueros aceptan patrocinarla. El Sr. Vrau, según su costumbre, la mantendrá con sus “donaciones anónimas”.

Las clases comenzaron el curso en octubre de 1880 en el gran establecimiento educativo de la calle de la Monnaie. El cuerpo de profesores estaba compuesto por Hermanos, en su mayoría, y algunos civiles. Un papel importante corresponderá al Hermano Maurice-Lucien: ninguno mejor que este antiguo empleado de comercio y subdirector de hilandería podía darse cuenta de las necesidades intelectuales, profesionales, morales y sociales, de su auditorio. Efectivamente, aunque no con el

1 Emile CAIL, *L'enseignement industriel et commercial dans les institutions libres catholiques*, París, 1900.

2 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE f, notas manuscritas. A menudo los mejores alumnos de esas escuelas acababan en los pensionados de los Hermanos, sus estudios secundarios, poniéndose al frente de las clases preparatorias para el bachillerato: por ejemplo Georges Blanpain, Adolphe Lepape en Dreux...

título, él dirige la escuela durante seis años. De acuerdo con el Sr. Bernot, el exuniversitario tan fiel a los Lasalianos, elabora el programa de enseñanza.

El Sr. Witz, profesor en las facultades libres, declara en uno de sus informes: “La naturaleza y la medida de la enseñanza están conformes a las exigencias más justificadas. Lo que nuestros comerciantes exigen a sus auxiliares, empleados, dependientes, jefes de almacén, contables, no es la teoría profunda, no son los conocimientos abstractos, es un saber positivo, un fondo de nociones claras, utilizables; pero, por encima de todo, una educación viril desde la que se pueda esperar almas fuertes y corazones bien templados”.

Los discípulos del Hermano Maurice-Lucien no tardan en ser solicitados por los medios industriales de Lille-Tourcoing-Roubaix. Tienen en sus manos el diploma firmado por Mons. Baunard, después de su paso ante los jueces competentes, profesores de la enseñanza superior y jefes de grandes empresas.

El crecimiento numérico y los progresos en el trabajo procuran satisfacción a los iniciadores. De unos treinta alumnos el primer año, se llega, al cabo del segundo, a los cincuenta; en 1883, a 90; 1885, a 150.

El “Consejo de perfeccionamiento” se recluta entre los notables de la ciudad, poderosos magnates, eminencias de la inteligencia. En toda esa organización, aparecen a la vez el espíritu cristiano y un realismo de buena ley: no cabría sorprenderse al encontrar la presencia de Gustave Lemaire y de Philibert Vrau; uno, excelente religioso, y ofreciendo al servicio de la juventud, y al de su congregación, la claridad de su mente, la firmeza de sus decisiones; el otro cuya “vida interior”, tan intensa, no cesa de “realizarse en obras exteriores” destinadas a transformar Lille en una “especie de ciudad santa” [1].

* * *

No podemos abandonar la capital del Flandes francés sin hablar de una creación debida también a los esfuerzos mancomunados de los Hermanos y del Sr. Vrau. Se trata nuevamente de trabajos técnicos pero donde las preocupaciones artísticas aparecen en primer plano.

Un informe del barón Béthune en el Congreso de los católicos de Lille presentaba, en 1878, el programa de las “Escuelas Saint-Luc”, esa magnífica institución cuyo muy notable inspirador, en su ciudad de Gante, era el gentilhomme belga [2].

Philibert Vrau deseaba, para Francia, un similar renovación del movimiento artístico, según el ideal y los métodos de los maestros creyentes. En su pensamiento, la Escuela Saint-Luc, a ser creada según el modelo de Gante, se vincularía, por una parte, a las facultades católicas; por otra parte, a la Escuela de Comercio.

1 Georges GOYAU, *Histoire religieuse de la Nation française*, p. 598. — BAUNARD, *Philibert Vrau*, pp. 237-238. — Noticia necrológica del Hermano Maurice-Lucien. — Archivos del distrito de Cambrai-Lille.

2 Ver, sobre las Escuelas Saint-Luc, *Histoire générale*, t. VI, pp. 157 a 164.

Su orientación fue en ese sentido. El Hermano Adelmir-Joseph, designado por los Superiores para asumir la dirección, había ido a formarse junto a sus cohermanos de las orillas del Escaut. Estableció cordiales y fructíferas relaciones entre su equipo de dibujantes y los industriales, los artesanos, los obreros de Lille.

En 1884, acogía a un religioso de diecisiete años, que manifestaba gusto, habilidad, mucha delicadeza de observación y una sorprendente seguridad de mano. Loreno de la diócesis de Metz, nacido en Filières el 24 de marzo de 1867, Paul-Gabriel Dufour salía del noviciado de Annappes, con el nombre de Hermano Fidèle-Gabriel. Toda la historia del Saint-Luc francés se resumiría algún día en su persona.

El Hermano Adelmir había sido encargado de especializarlo en las artes decorativas. Pero pronto el Hermano Marès-Joseph, el hombre en quien Bélgica saludaba al jefe y al apóstol de la nueva Escuela, obtenía el traslado del Hermano Fidèle-Gabriel a Gante. Durante dos años, el alumno-maestro manejó el lápiz, el carboncillo y el pincel bajo la mirada del Hermano Marès y del Hermano Mathias, el abnegado auxiliar del fundador. En esa época, lograba copias perfectas de las miniaturas medievales.

De regreso a Lille, sus talentos brillan con vivo resplandor. A partir de mayo de 1889, imparte sus cursos de decoración, que interesan a un buen número de oficios artísticos: pintura, forja, mobiliario, vidrieras, mosaico, encaje, tejidos. La demostración continúa, nítida, original, concluyente, ilustrada por trazados impecables que siluetean su objeto. Guiados por semejante profesor, los jóvenes artistas realizan obras de innegable valor. El examen profesional que superan con éxito los dispensa de dos años, de los tres, del servicio militar.

En 1894, Mons. Baunard solicita al Hermano Superior General Joseph, al Hermano Fidèle-Gabriel para la Escuela de Estudios Superiores Industriales. La enseñanza del Lasaliano allí versará sobre composición decorativa, tejidos y dibujo mecánico.

A partir de entonces, ¿qué más se puede esperar del ingenio así como de la maestría de nuestro religioso? Un día de diciembre de 1896, los estudiantes de la facultad libre de medicina lo ven aparecer en su anfiteatro; se sorprenden, sienten muchas ganas de bromear al ver ese hábito negro en lugar de los ilustres doctores. El Hermano Fidèle, sin conmoverse, toma sus tizas y, en la pizarra, presenta esquemas de una precisión poco común, las explica en un lenguaje que no suenan a las de un profano. El estupor del auditorio se transforma en admiración. En adelante habrá un público respetuoso y asiduo al “curso de dibujo osteológico y anatómico”.

Como teórico, el Hermano Fidèle-Gabriel extiende sus ideas en numerosos artículos sobre *La figura humana en el arte y la enseñanza*, envía a la Exposición de 1900 un álbum sobre *La Estilización de la flora*. Su obra de pintor se suma a su tarea de profesor en diversos lugares del distrito de Cambrai-Lille: decoración de la capilla del noviciado de Annappes, de las escuelas de la Monnaie y de la parroquia San Miguel, del pensionado Saint-Pierre, de los colegios de Tourcoing, de Douai, de Valenciennes, de Orchies; más adelante proporcionará planos de ornamentación, el esbozo de un retablo, en el pensionado de Passy trasladado a Froyennes. Su fama se extiende muy lejos, puesto que lo llaman de Bretaña para trabajos del mismo tipo. Y la iglesia de su pueblo natal conserva una serie de cuadros suyos. En el momento

de la canonización de san Juan Bautista de La Salle, ejecutará una tela inmensa, representando la apoteosis del Fundador.

Espléndida carrera, pero que, en definitiva, es la senda de un precursor aislado. El medio, los acontecimientos, quizás ciertos obstáculos, impidieron en Francia la germinación de estas escuelas de arte cristiano que enorgullecen a Bélgica [1].

* * *

En cambio, la industria, se beneficia muy ampliamente de las colaboraciones pedagógicas. Sobre este particular, la región lionesa se ve particularmente favorecida.

No vamos a volver sobre el curso preparatorio en la Escuela de Minas de Saint-Étienne. La institución, tan intrépidamente desarrollada por el Hermano Rodolfo, supera el nivel común. “No tiene nada que se oponga a nuestras Reglas”, afirma el Hermano Gabriel-Marie en su circular del 7 de julio de 1897; “es adecuada para el religioso más inteligente y el más apostólico”. De todos modos el Superior, se preocupa por subrayar el modo en que conviene vincularla a las más esenciales tradiciones de la Sociedad lasaliana: “Los futuros ingenieros aprenden a amar al humilde y al pequeño, al obrero y al pobre, a dedicarse a ellos”.

Los Hermanos no cesan de dirigirse directamente a esa clase obrera. Para ella trabaja el Hermano Olbien-de-Jésus y el Hermano Paramon-Cyprien, en la negra y populosa ciudad del Forez.

El Hermano Olbien, después de haber pertenecido, durante veintitrés años, a la comunidad de Saint-Polycarpe, donde se reunían los maestros de ocho escuelas parroquiales, sintió hasta qué punto era necesaria la fundación de un centro escolar que ofreciese a los mejores adolescentes una seria preparación técnica en un ambiente impregnado de fe y moralmente puro.

La Escuela de La Salle respondió a sus aspiraciones. Una Asociación de antiguos alumnos del Instituto tomó la iniciativa; el Hermano Pigménion fue su organizador. Pero el Hermano Olvien se dedicó a ella, con toda su alma, con una incansable solicitud. Ocupó un puesto de profesor en 1881, poco tiempo después de la fundación; allí enseñó inglés, contabilidad, historia y geografía. Simultáneamente montó un taller de tejeduría.

Esa sensata introducción de las máquinas provocó el despertar de muchas aptitudes. Las matemáticas y el dibujo, asociadas a la herramientas, aparecieron a las mentes bajo una nueva perspectiva, bajo “una luz persuasiva”. Las abstracciones tomaban cuerpo; el dibujo se convertía en un lenguaje.

Después de unos comienzos particularmente modestos, se completó el material indispensable. Los fabricantes lioneses veían acudir al buen Hermano, bajando de su cátedra magistral para transformarse en limosnero. Lo recibían amablemente, le entregaban generosos aportes. El profesor en la Escuela de La Salle adquiría, a la

1 BAUNARD, *op. cit.*, p. 240. — Noticia necrológica del Hermano Adelmir-Joseph, 1901. — *Choix de notices*, t. II, el Hermano Fidèle-Gabriel.

vez que recursos para su obra, estima, afecto, popularidad. Sus numerosos relaciones entre los “de la seda” servían para la colocación de sus jóvenes.

Éstos contaban con tantas más oportunidades de obtener buenas colocaciones cuanto que su educación moral no le iba en zaga a su instrucción profesional. El Reverendísimo Hermano Joseph, al escribir al director del centro educativo el 5 de enero de 1892, se extasiaba sobre “el milagro” de esos buenos muchachos que vivían una vida íntegramente cristiana “en las oficinas, las tiendas, los talleres” del “licencioso final de siglo”. Los resultados muestran, añadía el Superior en 1895, que nuestras escuela producen conciencias sólidas, creyentes resueltos.

Los discípulos del Hermano Olbien eran ampliamente conscientes de sus deberes. Conferencias de tipo social se entremezclaban con los programas de estudio. Y diversas instituciones de previsión y de ayuda mutua los acostumbraban a apoyarse mutuamente durante la vida [1].

Los lyoneses —al igual que sus vecinos de Saint-Étienne— saben unir un sentido común muy vivo a unas aspiraciones muy elevadas. Caminan con paso decidido y seguro, mientras alzan los ojos hacia los astros. Jean Barlet —el Hermano Paramon-Cyprien— era el hijo de un obrero en las sederías del barrio Saint-Clair. Una vez terminado su noviciado, en 1868, en Caluire, fue enviado a Saint-Étienne: cambio de ambiente muy relativo. Las cualidades del hombre encontrarán aquí un amplio campo de acción; sus virtudes de desarrollarán, a veces en la paz, otras en la contradicción y el sufrimiento. Parece desprenderse como un encanto de su persona, de sus miradas penetrantes, de su bondad inteligente y verdaderamente sin límites, de su fe con la intensidad de la llama. “Hijos míos”, dirá de los alumnos de su escuela, de los religiosos de su comunidad de Saint-Étienne; “abuelo” le llamarán los que se relacionaron con él al atardecer de una existencia fecunda, que después de setenta años, apenas entra en decadencia.

En 1882, al ser laicizada la escuela que él dirigía, el Hermano Paramon-Cyprien se trasladaba a un alojamiento estrecho, precario, en la calle de la Bourse: 74 de sus alumnos lo siguieron.

Mientras continuaba instruyéndolos, les hace aprender un oficio, elegido después de una avenencia con los padres, y según las aptitudes del muchacho. Así se inicia el Curso Profesional. De acuerdo con el cura de la parroquia, el Padre Bouché, el Hermano Paramon compra un terreno en la calle Santa Bárbara, vecino a otra institución lasaliana de la que hablaremos algo más tarde [2]. Se construye un edificio de dimensiones suficientes.

Pero no se disponía de los fondos necesarios para instalar talleres provistos de todas las herramientas. Una genialidad resolvió el problema: la enseñanza teórica se daría en la escuela; los aprendizajes prácticos se realizarían con los industriales y los artesanos de la ciudad. El Hermano Director estableció relaciones en diversos

1 Noticia necrológica del Hermano Olbien-de-Jésus, 1914. — Publicación sobre la Escuela de La Salle, en Lyon. — G. RIGAULT, *Le Frère Joseph*, p. 240.

2 La institución de los sordomudos. Ver más adelante, pp. 410-411.

medios de Saint-Étienne; rápidamente conquistó a los patrones, capataces, obreros calificados.

A partir de entonces se desarrolló esa obra tan original. El Hermano Paramon-Cyprien, rodeado de un excelente estado mayor de religiosos, de sacerdotes, de ingenieros, dirigió la enseñanza técnica y la educación moral de una numerosa juventud. En los locales de la calle Santa Bárbara, daban clase los maestros de matemáticas, de francés, de contabilidad, incluso personalidades competentes en economía política y en derecho civil. Y, en la ciudad, los alumnos de la escuela lasaliana se convertían en cinteros, tintoreros, forjadores, fundidores, escultores, carpinteros...

Veamos como se realiza la orientación: a partir del mes de enero, los alumnos de segundo año visitan detalladamente las industrias de Saint-Étienne por grupos de quince o veinte bajo la dirección de un profesor. El patrón o uno de sus hombres de confianza —a menudo es un “antiguo” del Sr. Barlet— suministra todas las explicaciones útiles, que los alumnos anotan cuidadosamente. Las principales formas de actividad regional, son así estudiadas antes del final del último trimestre escolar. Durante el tiempo de las vacaciones, los futuros aprendices someten su decisión al Hermano Director; y se elaboran las distribuciones, entre los diversos oficios.

Durante los años tercero y cuarto, la jornada se reparte entre el trabajo especializado y un complemento de enseñanza general. Cada alumno presenta a continuación un informe sobre la profesión que ha elegido. Esa redacción es objeto de un juicio solemne, ante una asistencia de padres, amigos, bienhechores. La asiduidad y el éxito a los cursos obtienen como sanción un diploma.

Las circunstancias particulares habían provocado el ensayo del sistema. La experiencia demostró que era tan bueno que otras escuelas —en el extranjero— lo imitaron, y los jurados de las Exposiciones Internacionales le concedieron felicitaciones y recompensas [1].

* * *

Aunque el grupo lionés merece, suscita, el más vivo interés, no por ello daremos a entender que detenta una especie de monopolio. Al dirigirnos hacia Auvernia, señalaremos el “curso superior profesional” organizado en Clermont-Ferrand sobre un terreno adquirido en 1892, en la calle Charras; el Hermano Guillaume-de-Jésus, que empleó una parte de su patrimonio en esa fundación, reunió 70 alumnos, en el mes de octubre de 1893. Les dio un programa de estudios primarios superiores, y los sometió a un régimen de ejercicios prácticos, prolongado durante tres años [2].

Más al norte, encontramos la escuela Saint-Bonose de Orleáns, las realizaciones —demasiado pronto detenidas por el desastre de 1904— de aquel Hermano Héli-Samuel, que ya encontramos en Saint-Euverte, colocado a continuación al frente de

1 Noticia sobre la Escuela profesional libre de Saint-Étienne, 1909. — *Choix de notices nécrologiques*, t. III, el Hermano Paramon Cyprien, pp. 129 a 134, 139 a 144.

2 Archivos del distrito de Clermont-Ferrand, *Histórico*.

una institución a la que imprime un carácter nuevo: algunos contra maestres son reclutados para enseñar a los alumnos mayores el trabajo del hierro y de la madera. Un cierto número de hábiles obreros, formados sin prisas, se extienden por las empresas de carpintería, de serrería y de ajuste de Orleáns [1].

Pasemos a Bretaña. Como debe ser, los Lasalianos de esta provincia piensan en facilitar a sus clientelas escolares el acceso a la Marina. En Lorient, desde 1873 a 1880, la escuela de los aprendices del puerto había sido confiada a una comunidad de Hermanos, siguiendo el parecer favorable del subdirector de construcciones navales. Las laicizaciones pusieron fin a ese empleo. Pero en otros lugares tareas más amplias van a requerir las solicitudes pedagógicas y religiosas: en Paimpol, comienza, en 1892, “la Obra de los candidatos”. Se trata de lecciones ofrecidas a los futuros “alumnos de náutica de alta mar” y a los “alumnos de náutica costera”, que acuden, en la misma ciudad, a la escuela oficial de hidrografía. Pacientes y claras explicaciones permiten a estos jóvenes comprender mejor los cursos del profesor nombrado por el gobierno. Además, una docena de entre ellos se benefician de un alojamiento en una habitación en la escuela Saint-Joseph, fundada por una bienhechora local.

En Brest, el establecimiento educativo del mismo nombre recibe desde 1896, además de los aspirantes a mecánicos de la flota, a profesionales de categorías semejantes, que se disponen, después del examen, a entrar ya sea en el arsenal, sea en la compañía de obreros de artillería, sea en el taller de maquinaria del puerto.

Los habitantes de Saint-Malo recurren a la inagotable caridad de las señoritas Garnier-Kerruault [2]. De ese modo, en 1897, pueden crear un taller de ajuste, en 1897, abrir un curso de matemáticas y de francés para uso de los candidatos al grado de capitán de la marina mercante [3].

En otras costas, en una ciudad marina no menos célebre, trabajo similar. Existía en Dunkerque, entre 1880 y 1895, un profesor de navegación que se llamaba Sr. Lheureux. Preparaba patrones de cabotaje, capitanes de altura, mecánicos de alto rango. Sus convicciones cristianas ofrecían plena confianza al clero. Pero, después de su muerte, existieron razones para temer la influencia de ciertos enemigos de la religión. Avisado el Hermano Visitador, encargó a uno de sus religiosos, el Hermano Emilas, tomar el relevo del Sr. Lheureux. Muy competente y muy abnegado, el maestro —designado así, de improviso— logró pronto reunir a 25 alumnos. La obra prosperó, para mayor bien de los de Dunkerque [4].

Nos separamos ahora de la “gente del mar”: sin ir más lejos, primeramente, que hasta Douai, donde la antigua fundación de Lewarde proporcionó, en 1875, los medios de organizar, en la calle Jean-de-Gouy, un taller de ajuste, de carpintería y de ebanistería. La maquinaria y herramientas son de excelente calidad; los

1 Noticia necrológica, 1940.

2 Ver anteriormente, p. 324.

3 Archivos del distrito de Quimper.

4 Archivos del distrito de Saint-Omer.

aprendices se convierten en obreros de calidad o en patronos, cuya habilidad profesional y conciencia moral van a la par. Por su parte los maestros religiosos, sobre todo dos, asentaron la reputación del establecimiento: el Hermano Ahtilde-Edmond, que se desvivió en el esfuerzo inicial; el Hermano Fromont-Eubert, práctico, de una inteligencia fuera de lo común: durante su corta vida —una laringitis tuberculosa lo llevó a la tumba a la edad de veintinueve años— se dedicó a las diversas formas de las artes industriales; las notas y los dibujos que acumuló quedan como pruebas de su talento, al igual que de su espíritu inventivo. Profesor estimado, obtenía para sus discípulos puestos importantes en la metalurgia y entre los fabricantes de muebles artísticos [1].

* * *

En los cuatro puntos del horizonte, podríamos seguir descubriendo escuelas técnicas: en Aix y en Toulon, de Provenza, o en Commentry, en un centro hullero, o en Roanne o en Fourchambault, lugares donde se trabaja el hierro y el acero. Los Lasalianos se preguntan cuáles son los trabajos de una región; se informan también sobre las necesidades y los recursos. Una vez informados, se proponen servir a las almas contribuyendo a crear nuevas actividades en el medio social.

Pero por encima de esa dispersión, oportuno en modo alguno perjudicial, meditan alguna síntesis. Uno de sus mejores teóricos sobre el particular —un espíritu positivo, en modo alguno un soñador— es el Hermano Fidèle, predecesor del Hermano Évariste-Abel en la dirección del pensionado de Saint-Omer.

Católicos eminentes le suelen consultar con frecuencia: ¿cómo, según el parecer del Hermano Fidèle, se podría llegar a restaurar, en la clase obrera, los principios de la moral y de la fe? Él respondía que la influencia de una élite que actuase directamente sobre la masa, ayudaría grandemente a esa recristianización. Para formar esa élite, sugería la fundación de escuelas libres de Artes y Oficios. Los capataces, los jefes de taller, incluso los directores de fábrica que surgiesen de ellas, provendrían del pueblo, y no debían de dejar de pertenecer al pueblo o, al menos, seguir con el pueblo en contacto cotidiano, en relaciones cordiales y confiadas.

Estas ideas encontraron audiencia entre los notables de las diócesis de Arras y de Cambrai. La Comisión de Enseñanza de su Congreso, en noviembre de 1876, escuchó un informe del Sr. Bernot, que conducía a una rápida actuación. Philibert Vrau propuso la idea de adquirir enseguida un terreno de 10.000 metros cuadrados y dirigirse, para la ejecución del programa, al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Se constituyó una sociedad civil, el 3 de febrero de 1877. Se procedió a lanzar una amplia convocatoria de recogida de fondos. Con vistas a conseguir la colaboración de los Hermanos, el cardenal Ranier, arzobispo de Cambrai, intervino ante el protector romano de la Congregación, el cardenal Pitra.

La gestión logró su finalidad, puesto que el Hermano Fidèle, recibió la orden de abandonar su pensionado para presidir la futura organización. Lo cual no se produjo

1 Archivos del distrito de Cambrai; y noticia necrológica del Hermano Fromont-Eubert, 1897.

sin dolor. El Sr. Vrau coincidía con él en que “las obras de Dios no se fundan más que mediante sacrificios”.

Esos sacrificios, el religioso estaba dispuesto a realizarlos. En definitiva, los que se le pidieron, no se parecían en nada a los que él pudo prever. Parecieron inútiles. Sin dejar de ser menos meritorios, conservaron su profunda eficacia.

En el Congreso católico de noviembre de 1879, el Hermano Fidèle, portavoz de la comisión competente, declaró que un capital de 1.250.000 francos cubriría únicamente el gasto de construcción, de acondicionamiento, así como la compra del material. Esas cifras “metieron miedo”.

Al haberse aplazado el emprendimiento, el inspirador se puso nuevamente en camino hacia Saint-Omer. No obstante —como sencilla “piedra de espera”— la primera piedra de la Escuela de Artes y Oficios se colocaba en la plaza de Tourcoing, en Lille, el 27 de noviembre de 1880.

Los Hermanos continuaron, en las inmediaciones, con otro proyecto, corolario del precedente según los planes aprobados antiguamente, pero, como operación complementaria, y que ahora pasaba a ser considerada urgente y principal realización ante las carencias constatadas: la obra del pensionado Saint-Pierre.

Por eso, aunque sintiéndolo, el Instituto renunciaba a hacerse cargo eventualmente de la Escuela siempre esperada. Cuando, el 25 de junio de 1892, El Sr. Féron-Vrau y el Sr. Harmel acudieron ante el Superior General, recibieron esta respuesta: “Actualmente carecemos del personal necesario. Y además, parece difícil, sino imposible, reunir las cantidades de dinero que serían necesarias”.

Fue entonces cuando el Comité de organización acudió a los Padres Jesuitas: éstos abrieron “el Instituto Católico de Artes y Oficios”, con catorce alumnos, el 24 de octubre de 1898 [1].

El Hermano Fidèle murió sin haber conocido la satisfacción del éxito. Pero otros, en su Congregación, cumplirían lo que él había tan ardientemente deseado. Como Lille continuaba siendo territorio de la Compañía de Jesús, Reims se ofrecerá a los Lasalianos como terreno de elección. La ciudad natal del Fundador tenía todo el derecho a ese privilegio.

Así pues, no con un sentimiento de rivalidad celosa, sino de legítima emulación, en la Champagne, se abrirá una Escuela de Artes y Oficios dirigida por los Hermanos.

Desde 1893, un curso de hilandería, de ajuste y de carpintería funcionaba en la calle Contray, en el lugar donde el Sr. de La Salle había instalado a sus primeros discípulos. El Hermano Bérardus-Julien era el creador. Ese esbozo pasó a manos de un hombre habituado a los grandes trabajos: el Hermano Amé-Léonce, de Longuyon. En unos cuantos meses, consiguió su objetivo: acondicionar la propiedad de Henri Goulet, en la calle Barbâtre; construcción y dotación de los talleres; puesta en marcha de los motores. Una sociedad anónima reunió y gestionó los capitales. La situación una vez regulada y restablecido el orden completo, el cardenal Langénieux

1 BAUNARD, *op. cit.*, pp.241 a 247. — Noticia necrológica del Hermano Fidèle, 1888.

vino a bendecir la escuela, el 17 de noviembre de 1900, en presencia del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie. Los alumnos comenzaban ya sus trabajos, bajo la dirección del Hermano Apollone-Henri; y pronto iban a dedicarse vigorosamente a su servicio, maestros tales como el Hermano Ariste-Léonce, matemático de gran fama o como el Hermano Auxence-de-Jésus. Éste, auxiliar del jefe de la institución, conquistó la opinión para la obra naciente: los industriales, inicialmente desconfiados, pudieron convencerse de la disposición inteligente de las herramientas, de la seriedad de los programas, del buen ambiente y el buen ánimo de los jóvenes, del valor de la enseñanza. Las dudas desaparecieron. Después de la contratación de los primeros técnicos diplomados en diferentes casas de Reims o más lejanas, fue necesario reconocer que la Escuela Católica igualaba, incluso superaba, en muchos puntos, a las escuelas similares [1].

* * *

En el panorama de los centros educativos lasalianos, naturalmente, la Obra de Saint-Nicolas no podría escapar a nuestras miradas. Conjunto imponente por el número de su población, por la cantidad de maestros que esa clientela exige; conjunto no menos grandioso por su desarrollo material, sus instalaciones de la calle Vaugirard, de Issy, de Igny, y, posteriormente de Buzenval. En esos lugares se evoca una historia semisecular [2]. Y la fundación de Mons. Martin de Bervanger, salvada en 1859 por el cardenal Marlot, se sigue distinguiendo de sus vecinas menos brillantes por un solo motivo: sigue siendo autónoma, bajo la responsabilidad de su Consejo de administración.

Los Hermanos no dejan de desempeñar una función capital, como directores de estudios, maestros religiosos y profesionales, organizadores de toda la existencia de los pupilos.

El Hermano Amérius, en la calle Vaugirard, trabaja durante veinte años —de 1869 a 1889— por el progreso de su casa. La energía y la bondad irradian de este robusto Burguiñón. Su auxiliar principal, que será su sucesor, el Hermano Antoine-Edmond, proviene de la misma provincia; el tal Antony Dolez entraba, en 1866, como alumno de trece años, en los talleres de Saint-Nicolas. Allí recorrerá toda su carrera en este mundo, director a los treinta y siete años, para morir, en 1908, a los cincuenta y seis. No posee la envergadura de su cohermano y predecesor: pero, aún así, es solemne en su comportamiento, sus gestos, su modo de andar. Verdaderamente, es un encantador; fisonomía inteligente, amable y distinguido; voz cautivadora; espíritu cultivado, lleno de recursos y capacidades. No desdeña la broma aguda; escribe con un estilo claro, cálido, pintoresco. Su amistad es preciosa: pocos corazones son tan delicados, a la vez que discretos, juiciosos, tiernos y abnegados.

Bajo la dirección de los Hermanos Amérius y Antoine-Edmond, Saint-Nicolas de Vaugirard consigue un éxito tras otro. En 1874 contaba con 225 aprendices. El

1 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1907, p. 15. — Noticia necrológica del Hermano Auxence-de-Jésus, 1910. — Biografía del Hermano Arnaud-Marie. — Biografía del Hermano Ariste-Léonce (por el Hermano ARTHÈME). La otra “columna fundamental de la Escuela” fue el Hermano Appollinaire-Jean (M. Poinsat).

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 409 a 415.

Hermano Antoine deberá dirigir a 950 alumnos, en colaboración con 60 Lasalianos. Certificados de estudios primarios, diplomas simples, certificados superiores, todos esos diplomas, modestos o difíciles de conquistar, se multiplicarán en el palmarés del establecimiento. Los muchachos de Saint-Nicolas se presentan a los concursos de las Escuelas de Artes y Oficios: obtienen su admisión en puestos muy honrosos, y se benefician de becas bastante numerosas. En ese tiempo, Vaugirard es un semillero de jefes y de pequeños patronos.

En 1887, la Sra. Aristide Boucicaut, viuda del creador de los grandes “Magasins du Bon Marché”, legó a la Obra la suma de un millón de francos. Esta fortuna permite la adquisición de un terreno de 4.000 metros cuadrados, que se añaden a los 7.000 de la propiedad primitiva. Allí se construyen talleres: el cardenal Richard los inaugura en 1896.

De todas partes, elogios y recompensas convergen sobre la célebre fundación: medalla de oro en la Exposición de 1889, premio Audéoud, atribuido, el 5 de diciembre de 1896, por la Academia de Ciencia Morales y Políticas.

El esfuerzo realizado en la capital por el Hermano Amérius y el Hermano Antoine-Edmond —y que el Hermano Basile-Joseph, con ellos, y después de ellos, continuará de manera no menos meritoria [1]— los Hermanos Photius y Bertule, luego el Hermano Anaclétis, le proporcionan la segunda casa de Saint-Nicolas, situada cerca del seminario sulpiciano, en Issy-les-Moulineaux. Transformaciones materiales y excelentes métodos educativos marcan este periodo. El arquitecto Corroyer edifica una capilla, donde el reposa el cuerpo de Mons. Bervanger. Un millar de niños acuden allí a rezar, a unir sus cantos a las armonías de la música instrumental.

Por su lado Saint-Nicolas de Buzenval, no cobrará vida hasta el 1º de mayo de 1901, en la admirable propiedad legada por la duquesa de Cadore: doce Hermanos conducen hasta allí, en un gran cortejo, a 269 alumnos. Al año siguiente, el nuevo establecimiento albergará casi el doble de esa población. Los novicios menores, huéspedes de la propiedad desde hacía 13 años, se han replegado entre los muros y los patios reservados para su uso [2].

Con luz resplandeciente, y bajo un aspecto particular, se presenta Saint-Nicolas de Igny. Empresa atrevida del Padre Mullois, la colonia agrícola fue anexada en 1863 a las fundaciones Bervanger. En 1872 aún no había salido de su situación precaria. El Hermano Bertandus, de la diócesis de Lyon, recibe, en esa fecha, la obediencia de director; se encuentra con 75 huérfanos o en situación similar, cuyas pensiones, además pagadas muy irregularmente, no son suficientes. Bajo su administración, todo va a cambiar de aspecto.

Es un religioso de exterior austero, de rasgos rústicos; pero en cuanto se lo conoce, se lo ama. Su grave cortesía no tarda en dejar trasparentar su sonriente e indulgente bondad. Está dispuesto a cualquier servicio, del mismo modo que se somete a todas

1 El Hermano Basile-Joseph ejerció una influencia decisiva, tanto antes como después de 1904.

2 Ver anteriormente, pp. 90-91.

las tareas, vigilante, enfermero, campanero, cajero, según las ocasiones y para prestar servicio.

No obstante, no se pierde en los detalles. Su buen juicio lo lleva a tomar decisiones que garanticen el porvenir. El orfanato no puede subsistir por sus propios medios: el Hermano Bertrandus desarrolla un pensionado de primaria, cuya posición, a la vez en pleno campo y próximo a París, atraerá una clientela, modesta sin duda, pero ciertamente abundante. Pero el objetivo primitivo de la institución no cae en el olvido: el nuevo director apenas ha llegado hace un año cuando acondiciona un pabellón y terrenos para 40 horticultores. Procurará puestos ventajosos para esos jóvenes cuando hayan terminado su aprendizaje. Sus relaciones en el mundo rural, como en la burguesía de terratenientes, se extiende muy lejos. ¿Cómo, en los alrededores, y hasta en París, y en algunos medios provinciales, se podía ignorar una institución educativa cada día más importante, mejor acondicionada, que ofrece un evidente interés social, y cuyas legumbres, frutas, flores son las más buscadas en los mercados?

A su fallecimiento, el 26 de mayo de 1896, el Hermano Bertrandus será llorado por su comunidad, por sus 825 alumnos, por sus 80 aprendices de horticultores. El Saint-Nicolas de Igny que el Hermano Allais-Charles, prodirector, recibe de manos del moribundo, “hace pensar en los monasterios cistercienses de otros tiempos”: sólidas construcciones entre los espléndidos jardines. La capilla conserva aún la frescura de la novedad. Como en la calle de Vaugirard, la generosidad testamentaria de la Sra. Boucicaut ha tenido, aquí, un perfecto destino.

El Hermano Allais, de forma vigorosa, amplía no el territorio, sino el alma de la institución. Profesor, jefe de división, subdirector en el Saint-Nicolas de París, de 1877 a 1891, y desde hace cinco años pro-director en Igny, conoce su mundo de niños despiertos, ruidosos, traviesos, afectuosos, prontos para dar su confianza, y también para retirarla, según la simpatías o las aversiones que sienten. Con un organizador enérgico y justo, que es al mismo tiempo un padre por sus atenciones, por su humor fácilmente alegre, todo irá bien. El Hermano director es excelente para inspirar un sentimiento de seguridad. Por esa razón puede exigir mucho, obligar sin agotar.

Hasta entonces, los estudios carecían de un plan de conjunto. El Hermano Allais impone a cada clase un programa determinado, bien dividido, y coordinado con el de las secciones vecinas. En octubre, los alumnos nuevos pasan un examen que permite conocer sus capacidades y su nivel de enseñanza. Otras pruebas semi-trimestrales suministran a continuación un control totalmente generalizado. Al final de cada año escolar, se procede a una revisión muy seria. El certificado de estudios se prepara desde las clases cuarta y tercera. El diploma se vuelve accesible para algunos de los alumnos mayores. Todos, por otra parte, se presentan ante la Comisión libre de la diócesis de Versailles y reciben, de ese modo, una sanción a sus esfuerzos. Para alentar el gusto por la composición literaria y la lectura de los grandes autores, se funda una “Academia San Luis Gonzaga”, que reúne a una élite de jóvenes inteligencias.

El trabajo manual no es menos estimado. Después de tres años de ejercicios prácticos, al igual que de aplicación a los estudios, los horticultores pueden tratar de conseguir un diploma: jueces calificados se los concederán.

Seguidos paso a paso, cordialmente amados, cristianamente formados, los de “Saint-Nicolas de Igny” se benefician, hasta noviembre de 1899, del impulso del futuro Superior General del los Lasalianos. El Hermano Agée-Propre sucede al Hermano Allais-Charles, promovido a Visitador; la existencia sana y vigilante, continúa [1].

* * *

Acabamos de ver —entre las actividades de un robusto organismo— el funcionamiento de una escuela que devuelve a la tierra a los jóvenes franceses. Igny, por supuesto, no es el único punto del mapa pedagógico donde los Hermanos del Sr. de La Salle proceden con eficacia a ese nuevo regreso a las raíces. Aunque, en 1900, los Hermanitos de María, los Hermanos de San Gabriel y los Salesianos de don Bosco, pueden mostrar obras de ese mismo tipo [2], ni unos ni otros han desempeñado en papel de precursores. El “Likès” de Quimper prestaba ya bajo el Segundo Imperio preciosos servicios a la agricultura bretona [3]. Otras casas lasalianas, durante el último cuarto del siglo XIX, albergan cursos especiales para aquellos de sus alumnos que desean más tarde explotar alguna propiedad rural: tales como, La Roche-sur-Yon, Saint-Joseph de Dijon, Longuyon...

En Longuyon, el Hermano Arnaud-Marie se ocupa de esta orientación profesional desde 1889. —En 1898, organizará una completa “Sección agrícola”, que comprende dos clases autónomas—. Él, que gustaba declararse “campesino”, se convierte en un verdadero técnico; mediante el riego, los abonos, el pastoreo, transforma en tierras productivas el barbecho rocoso que, en el lugar llamado “les Boussieux”, rodeaba el pensionado. Se crea un laboratorio de análisis; los rendimientos económicos de los diversos suelos son objeto de profundos estudios. La granja-modelo posee un ganado abundante y seleccionado, máquinas de tipo moderno, parcelas experimentales para las variedades de trigo, de patatas. En exposiciones internacionales o regionales, en Luxemburgo, en Nancy, los emprendimientos del Hermano Arnaud merecen halagüeñas recompensas [4].

En otros lugares, como en Igny, se trata de horticultura. El Hermano Photius, el antiguo director de Issy-les-Moulineaux, se ve encargado, en 1875, de sacar a flote “la escuela Fénelon”, en Vaujours. Es una institución análoga a Saint-Nicolas y caída en decadencia, a pesar de la buena voluntad del fundador eclesiástico y de los administradores laicos. El Hermano Photius, y su ayudante y sucesor, el Hermano

1 Noticia necrológica del Hermano Bertrandus, 1896. — *Vida del Hermano Basile-Joseph* (M. Lévesque), por el Hermano ALBERT-VALENTIN, 1933. — *Vida del Reverendísimo Hermano Allais-Charles*, por el Hermano ADOLPHE-JOSEPH. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1909, p. 161, y de octubre de 1929, pp. 327 a 331. — Notas manuscritas del Hermano AUNOBERT. — LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 270.

2 VEDIE, *L'Église et les Oeuvres sociales en 1900*, p. 20.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 264-265 y 389-390.

4 Biografía citada, pp. 36 a 43.

Aidan-Pierre, le garantizan un periodo de prosperidad. Allí se impartirá la enseñanza primaria, a la vez que se preparan serios hortelanos [1].

En Laurac, del Ardèche, la obra se resume en una personalidad original, la de Jacques Breton, el Hermano Serdieu. Los habitantes de la población han manifestado su agradecimiento a este oriundo de Montpellier, convertido en su conciudadano de adopción, levantándole una estatua, mediante suscripción pública. El Hermano Serdieu no solamente formó agricultores, sino alumnos de Artes y Oficios de Aix, “Mineros” de Saint-Étienne y de Alès... Trazó planos de iglesias, de casa presbiterales y de escuelas, ejecutó, con resonante éxito, una canalización de agua potable; se improvisó como hábil curandero... No obstante, su gran fama le viene de sus iniciativas en materia de cultivos locales. Después de los estragos de la filoxera en las viñas, introdujo cepas americanas. Con los consejos de Luis Pasteur, ante el cual delegó al Hermano Samuel, uno de sus auxiliares, conjuró la enfermedad de los gusanos de seda, y logro hacer que volvieran a prosperar los criaderos de gusanos de seda. Una vez laicizada su escuela municipal, restableció en Laurac un antiguo internado que dio lugar a una escuela agrícola. Y las demostraciones experimentales realizadas por el ingenioso profesor le valieron una clientela de discípulos en todos los municipios vecinos. Así que acabó fundando un sindicato agrícola y se convirtió en su animador. Por añadidura, tuvo la suerte de verse muy bien secundado por el Hermano Sabien, también él iniciador social, creador de asociaciones de ayuda mutua contra los riesgos de accidentes, de incendio [2]...

Siempre en el Languedoc, señalemos la granja-escuela de Limoux, creada por el antiguo director de las escuelas normales de Ruán y de Aurillac, el Hermano Surin: éste había querido dotar a su ciudad natal con esa fundación y a ella consagró todos sus bienes patrimoniales. Después de él, el Hermano Hunon se hizo cargo de la obra.

La Sra. Perret, de soltera Dupont de Latuillerie, realizó, el 11 de noviembre de 1898, con el Hermano Gabriel-Marie, un acuerdo en cuyos términos figuraba la organización de una enseñanza agrícola y hortícola en una propiedad situada en Limonest, municipio del departamento del Rhône. El Instituto de los Hermanos se convertiría en dueño de la propiedad; la donante se comprometía además a entregar una renta anual de 8.000 francos para el funcionamiento y el mantenimiento de la institución. Además de alumnos de pago, un número de pensionistas totalmente gratuitos, principalmente huérfanos, recibieron educación en Limonest [3].

1 Noticias necrológicas del Hermano Photios, 1904, del Hermano Aidan-Pierre, 1911. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de octubre de 1929, p. 324.

2 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1923, pp 135 a 139. — *Choix de notices nécrologiques*, t. III, pp, 458-459.

3 Archivos del Secretariado General del Instituto. — Para garantizar la ejecución del acuerdo, la Sra. Perret “da mandato al Sr. Émile Loubet, presidente del Senado, para representarla. En caso de fallecimiento del Sr. Émile Loubet, los mismos poderes serán delegados a su hijo Sr. Paul Loubet”. De ese modo, el séptimo presidente de la República Francesa, tuvo la oportunidad de entrar en contacto con los Lasalianos cuyo Instituto se vería tan duramente afectado durante el septenio de 1899-1906.

Baste una palabra para recordar el floreciente “recinto” de Saint-André, en Clermont-Ferrand, y la casa de los Choisinets, en una agreste región del Lozère [1].

Es conveniente, que nuestra mirada se detenga sobre el célebre Instituto Agrícola de Beauvais. Los años del Segundo Imperio vieron los felices inicios de la obra del Hermano Menée, de Édouard de Tocqueville y de Louis Gossin [2]. Después de 1870, el apoyo de las autoridades civiles sigue siendo favorable a los organizadores. En cierto momento incluso —era en 1872— se llegó a esperar que el gobierno concedería a tan hermoso esfuerzo una recompensa bien merecida: la institución habría obtenido el título y las prerrogativas de “Instituto Agrícola Nacional”. El Sr. Gossin había obtenido la actitud favorable del ministro Pierre-Edmond Tesserenc de Bort, que además era uno de los más distinguidos agrónomos de la época.

Por ese lado, bruscamente, las gestiones se mostraron infructuosas. En compensación, el Consejo General del Oise, presidido por el duque de Aumale, decidía, el 2 de abril de 1873, instalar en la obra de los Hermanos la estación agronómica departamental: se prepararon amplios locales; bajo la dirección de personas altamente calificadas, se realizaron experiencias múltiples; sus “anales” informaron a los especialistas y al público interesado. Por ese mismo tiempo, Louis Gossin daba la tercera edición de su obra sobre *La Agricultura Francesa*, modelo de lengua elegante y sobria, notable tratado técnico, pero también testimonio de las observaciones de un sociólogo y de las reflexiones de un cristiano.

Al producirse, en la política, una evolución desfavorable para los emprendimientos católicos, el Instituto Agrícola no podrá contar más que con la ayuda de amigos fieles: nueve de ellos elaboran los estatutos y forman el Consejo de la “Sociedad Anónima Beauséjour” cuyo objetivo declarado es “la creación y la explotación, en el departamento del Oise, de todos los centros de enseñanza y de educación, con o sin internado, así como también todas las granjas-escuelas”.

El nuevo organismo se encuentra definitivamente a punto en septiembre de 1881. Ese mismo año, se establecen relaciones, inicialmente muy discretas entre el establecimiento lasaliano y la “Sociedad de los Agricultores de Francia”. La administración departamental, antiguamente tan favorable, había cesado entonces de delegar a los exámenes de los alumnos a la Comisión que a continuación sometía los certificados y diplomas a la firma del prefecto.

El barón de Corberon, presidente de la Sociedad de agricultura de Beauvais, se inscribía, junto con el conde de Salis, presidente de la sección del Genie Rural, entre los fundadores de la Sociedad de Beauséjour. Ambos se dedicaron a dirigir la atención de los grandes propietarios de Ile-de-France, de Picardie, de Brie, de Beauce sobre los trabajos de los jóvenes que conocían. En 1883, los dos fueron designados por sus colegas para presidir el examen final: las composiciones escritas tuvieron lugar en los edificios de la calle Nully-d'Hécourt, las pruebas prácticas en la granja de Bois.

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 408-409.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 404 a 407.

El sistema, cuyos resultados fueron satisfactorios, no permaneció mucho tiempo como un simple esbozo. Paul Blanchemain, antiguo alumno de Beauvais y, como tal, presidente de la "Asociación de Antiguos Alumnos", desempeñaba las funciones de secretario del Consejo de la Sociedad de los Agricultores; muy agradecido a sus profesores de antaño, animado de constante solicitud hacia sus jóvenes compañeros, y gozando de una viva estima, de amplio crédito en los medios de la aristocracia rural, el simpático Blanchemain defendió la causa de los Hermanos ante el consejo directivo. Fue apoyado por el conde de Salis, por el Sr. de Luçay, quien presentó el informe definitivo. En consecuencia, la Sociedad de los Agricultores de Francia concedió, oficialmente, su patrocinio al Instituto Agrícola de Beauvais. El jurado que eligió con entera competencia entregó los diplomas de fin de estudios, a partir de 1884. La República Francesa no les otorgó ningún valor legal. Pero numerosos gobiernos extranjeros los convalidaron; y las personas de la profesión reconocieron fácilmente la buena formación profesional de los laureados.

De 30 alumnos, en 1870, el centro, veinte años después, pasaba al doble. Los cursos se realizaban a lo largo de tres años. No obstante, los bachilleres, y algunos otros que daban pruebas de una sólida instrucción, podían inmediatamente comenzar el segundo ciclo, ganando por consiguiente un año sobre sus compañeros.

El Hermano Eugène-Marie sucedió al Hermano Menée; pertenecía a la comunidad de Beauvais desde 1840; estuvo presente en los orígenes del Instituto Agrícola, en 1854; será el alma de la casa hasta el 30 de julio de 1893, fecha de una muerte demasiado rápida, puesto que aún no había completado sus sesenta y nueve años. Por tanto más de medio siglo de presencia en el la capital del Oise: un verdadero siglo de actividades, de realizaciones de todo tipo, de servicios prestados con cordialidad, con afecto, y el más completo olvido de sí mismo. "Sabio distinguido, educador hábil, hombre encantador", religioso sin reproche, se dijo del Hermano Eugène. Su antiguo alumno, Paul Blanchemain, lo describió, como erguido en su pequeña estatura, "sonriente ante sus interlocutores que le superaban un codo, no se desconcertaba nunca, suavizando sus réplicas con tanta bondad que, de buena o mala gana, el adversario acaba rindiéndose..."

La misma pluma filial ha dibujado los rasgos del principal colaborador y del continuador efectivo de aquel maestro tan añorado. El Hermano Antonis, proveniente de la región de Auvernia (mientras que el Hermano Eugène-Marie era un campesino de la Champagne) llegó a Beauvais en 1860, Lasaliano de dieciocho años. "En él reconocíamos, declara el Sr. Blanchemain, como la personificación de nuestros más caros recuerdos. Evocamos sin esfuerzo la memoria de aquel amable rostro del hombre que fue el guía de nuestra vida: grande, con mucho dominio de sí mismo, sin darse nunca por vencido, el Hermano Antonis imponía sin coacción una autoridad aceptada". Su vida estuvo trenzada de trabajos oscuros e incesantes. Durante la mañana de cada día hablaba desde su cátedra de profesor. Por la tarde, en invierno como en verano, llevaba los alumnos a la granja; después de un recorrido de cinco kilómetros, explicaba la tarea, y luego él tomaba su parte. De regreso a Beauvais al fin de la jornada, se unía, puntualmente, a los ejercicios de piedad de la comunidad. A la hora en que los demás gozaban del descanso, él se encargaba de las vigilancias: se lo veía recorrer los pasillos, deslizando su rosario, *ave tras ave*, entre sus dedos.

Al llegar las vacaciones, sacrificaba todo su tiempo libre en los trabajos de la tierra, en innumerables experiencias relativas a las plantas y a los abonos. Mediante hábiles selecciones, mejoraba las especies vegetales, y, de igual modo, las razas ovina, bovina y equina. Componía abundantes artículos para los *Anales del Instituto de Beauvais*, para diversas revistas de agricultura.

Sus competencias técnicas no hacían más que incrementar su ascendiente espiritual sobre la juventud. “Nuestro guía”, afirmaba Paul Blanchemain. El Hermano Antonis dirigía por los caminos de la cristiandad a los pensionistas de la casa, y, muy especialmente, a aquellos que reunía en una congregación ubicada bajo la advocación de la Inmaculada Concepción. Mantenía profunda influencia sobre los antiguos alumnos, generalmente convertidos en importantes propietarios, en personalidades locales, regionales, incluso grandes nombres del mundo de la cultura [1].

* * *

Un último aspecto de celo propiamente pedagógico de los Lasalianos —y uno de sus empleos más meritorios— fue la ayuda ofrecida a la infancia moralmente desheredada o con discapacidades físicas. No hemos podido hablar de Saint-Nicolas de Igny o de Limonest sin recordar que se trataba, o por principio o, parcialmente, en la práctica de fundaciones en favor de los huérfanos. Señalábamos, en páginas anteriormente publicadas, las mismas características bien manifiestas, en Saint-André de Clermont-Ferrand y en los Choisinets.

Vemos ahora una magnífica institución para los niños abandonados: el orfanato de Fleury-Meudon. Tiene su origen en la generosidad de la opulenta duquesa Galliera, hija de un antiguo embajador de Cerdeña en Francia, viuda de Rafaële, marqués de Ferrari, príncipe de Lucedio, duque romano de Galliera, el cual murió en 1876 dejando una herencia evaluada en 220 millones. Las bellas artes y las obras de caridad se beneficiaron de esas riquezas.

En Fleury la duquesa se proponía una triple finalidad:

1º Recoger huérfanos varones, en una propiedad ubicada bajo la advocación de san Felipe; darles, a través de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, una enseñanza primaria y profesional; y particularmente, permitir a un cierto número de entre ellos especializarse en el arte de jardinería;

2º Asegurar a los Lasalianos de edad o inválidos, hasta alcanzar un centenar, los cuidados adaptados a las necesidades de la vejez y la enfermedad;

3º Finalmente, en una propiedad situada cerca del municipio contiguo de Clamart, edificar, “el hospicio Ferrari” para los ancianos de ambos sexos.

1 Archivos del Secretariado General del Instituto. — Archivos del Instituto Agrícola de Beauvais. — Paul BLANCHEMAIN, *Louis Gossin*, París 1880: del mismo, discurso sobre las tumbas del Hermano Eugène-Marie, 1893, y del Hermano Antonis, 1905. — Informe al Congreso de los Católicos de París, mayo de 1890, por C. DE SENNEVILLE. — *À la mémoire du Frère Eugène*, Beauvais, 1894. — Noticia necrológica del Hermano Antonis, 1905. — J. BAVENCOVE, *L'Institut agricole de Beauvais*, 1921. — *Bulletin de la Société des Anciens élèves de l'Institut agricole de Beauvais*, cuatro volúmenes, 1867 a 1904.

El conjunto quedaba bajo la tutela de un consejo de administración que, entre sus nueve miembros, debía contar con un representante del ministerio del Interior y un delegado del arzobispo de París [1].

Se necesitaron varios años para la finalización de las construcciones planificadas. La bienhechora quería un monumento grandioso y no retrocedía ante el gasto. Catorce millones de francos no le parecieron una suma excesiva para el orfanato y la casa de retiro: por un contraste premeditado, uno se elevó en lo alto de la colina, el otro se asentó en el valle.

El 3 de noviembre de 1888, el obispo de Versailles bendijo los edificios, en presencia de la Sra. de Galliera y del Hermano Joseph. Poco después se producía la muerte de la duquesa. Dotados con un capital considerable, las casas de Fleury-Meudon parecían garantizadas contra todos los riesgos...

El orfelinato de Levier, en el departamento de Doubs, no guardaba comparación con todos esos esplendores. Pero al menos, fue un gesto muy generoso el de dos negociantes de Pontarlier, Alexis y Nestor Cretin, al abrir al Superior General el crédito de un millón para la compra del terreno, el edificio a edificar, la puesta en marcha y la continuidad de la obra. Levier, su país natal, había visto partir a los Hermanos en 1882, en el momento en que la escuela municipal fue laicizada. El Hermano Ostinien, que nuestros dos negociantes habían conocido como director de Pontarlier, se había prestado a ofrecerles sus consejos. Y en 1889 la Casa Madre de la calle Oudinot recibía la oferta de una nueva instalación de los Religiosos en Levier, en condiciones totalmente nuevas, con finalidades conformes a la misión educativa y caritativa del Instituto Lasaliano.

La Sociedad “El Parque San José” —de Dijon— aceptó las responsabilidades financieras y, actuando en calidad de propietario legal, realizó el contrato de arrendamiento del terreno adquirido y del establecimiento proyectado a un grupo de tres sacerdotes, los curas de Levier, de la Chapelle d’Huin y de Labergement-du-Navois. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas se hicieron cargo de la dirección del “Establecimiento San José” el 3 de octubre de 1891. Los fundadores, en 1893, anexaron al orfanato una granja-escuela, en la que se aplicaron los métodos de cultivo intensivo, seguidos con interés y pronto imitados por la gente del país [2].

Praesertim pauperes: esta obligación que imponen a los Lasalianos la Regla de su Instituto y la Bula de Benedicto XIII, les incita a extender sus solicitudes a una categoría de niños que la minusvalía coloca entre el número de los más desdichados de los seres: los Hermanos de las Escuelas Cristianas, al igual que los Hermanos de San Gabriel y las Hijas de la Sabiduría, se dedican a la educación de los sordo-

1 Acta de la fundación Brignole-Galliera, realizada ante el Sr. Duluard, notario de París, el 30 de noviembre de 1878. Aprobación del Consejo de Estado, con fecha del 26 de diciembre de 1878. Decreto de autorización del día siguiente. Archivos del Secretariado General del Instituto de los Hermanos.

2 Archivos del Secretariado General y Archivos del distrito de Besançon. — No podemos por menos que señalar aquí la Obra de los Huérfanos-aprendices fundada en 1892 por el Padre Thilmont, en Guénange (Lorena anexada) y confiada a los Hermanos de las Escuelas Cristianas en 1902. Esa institución, de elevado interés, no será francesa sino a partir de 1919.

mudos. Dirigen, desde los tiempos del Hermano Philippe, tres establecimientos reservados a esos niños que entonces eran educados por medio de signos, según el método del Padre de l'Épée. Habían sido llamados a Chambéry en 1845, a una casa creada por una santa persona, la Srta. Barthélemy. La institución "real" bajo el régimen sardo, "imperial" tras la reunión de Saboya con Francia, había sido trasladada, en 1862, al castillo de Corinthe. En 1866, el ministro de la Instrucción Pública quiso imponer un director civil: los Hermanos se fueron [1].

Conservaban aún y por mucho tiempo, el centro pedagógico de Saint-Étienne y el de Besançon. Además, realizarán un acuerdo con el obispo de Belley, que desea confiarles una enseñanza del mismo estilo en Bourg-en-Bresse [2].

El Hermano Odilide, proveniente del establecimiento saboyano, fue el organizador de la escuela de sordomudos en Saint-Claude-lès-Besançon. Existía, en el Franco Condado, desde el principio del siglo XIX, una fundación debida a un discípulo del Padre Sicard. Traslada, en 1808, de la capital del Jura a la capital del Doubs, había pasado por diversas vicisitudes. En definitiva, el Consejo General del departamento, para asegurarle un futuro, había acudido a la Congregación Lasaliana. Ésta, a partir de diciembre de 1865, destinó a esa obra a sus especialistas: después del Hermano Odile, fue el Hermano Riquier, luego el Hermano Romule-Martyr.

En Hermano Riquier se entregó a los primeros ensayos de la "articulación oral", que, poco a poco, sustituiría tan felizmente a la "dactilología". Presentó una muestra de la nueva modalidad durante la distribución de premios de 1876 y de la bendición de la capilla recientemente construida: un sordomudo leyó una felicitación, otro recitó el *Pater*, un tercero los Mandamientos de Dios.

El gran promotor de un sistema que devolvía a los mudos el uso de la palabra no fue otro que el antiguo director del noviciado menos de Paris, el Hermano Pierre-Célestin. El asiduo formador de los futuros religiosos, el notable dibujante, mostró que podía desempeñar de diversas maneras su dedicación al servicio de las almas y de las inteligencias, su espíritu muy creativo y su flexible talento. Fue nombrado inspector de las casas de sordomudos, por el Hermano Irlide, en 1880. Acude a Besançon, allí trabaja con ardor en la composición de obras escolares destinadas a estos minusválidos, pasa algunos meses en Tours y en París para supervisar la realización tipográfica. En 1882 nos lo encontramos nuevamente en Saint-Étienne, en 1886 en la casa de Besançon, en 1889 en Bourg-en-Bresse. En varios congresos, sus teorías son examinadas, recibiendo adhesiones. Sus libros, los aparatos fonéticos de su invención o que él ha perfeccionado, ocupan un puesto en los stands de las grandes exposiciones. El Hermano Pierre-Célestin muere en Saint-Étienne, en 1899: los aprendices de sus talleres estaban ejecutando allí la impresión de su curso de francés para uso de los alumnos privados del oído.

El establecimiento educativo de Bourg-en-Bresse se beneficia durante un cuarto de siglo de la ciencia y de la bondad del Hermano Roger-de-la-Croix. Novicio en

1 B. SECRET, *op. cit.*, p. 80.

2 El acuerdo de 1889 será renovado el 1º de junio de 1899 entre Mons. Luçon, entonces obispo de Belley, y el Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie (Archivos del Secretariado General del Instituto).

Besançon en 1862, el Hermano Roger no tarda en consagrarse a los sordomudos: primeramente junto al Hermano Riquier; luego desde 1878 a 1889, en las clases de Saint-Étienne, donde se despliegan todas sus buenas cualidades de corazón y de mente.

Cuando los Hermanos son llamados a la diócesis de Belley, para un trabajo del mismo tipo, el Superior General confía al excelente religioso la dirección del nuevo centro. Hasta entonces, la administración eclesiástica, de la que dependía la casa, contaba como principales recursos las pensiones de los alumnos, las becas instituidas por los consejos generales de varios departamentos y las limosnas. Las iniciativas del Hermano Director incrementan los ingresos: al curso de agricultura, que ya funcionaba, le añade la explotación de un viñedo, las atenciones dadas a los árboles frutales, finalmente una industria lechera. Y se hace merecedor de la medalla de oro de la Sociedad de los Agricultores de Francia [1]. También aquí, una enseñanza profesional —particularmente indicada para la reinserción social de los sordomudos— corrobora la enseñanza del lenguaje y de la gramática, en el marco, siempre tradicional, de la educación cristiana.

* * *

No hay ninguna acertada tarea pedagógica que no redunde en provecho de las colectividades humanas: Todos los análisis que preceden pueden servir para ilustrar esta verdad. Los Hermanos, no obstante, no se limitan a la educación de la niñez ni de la primera juventud. Desde los años en que comenzaron a extenderse por Francia, han aconsejado, ayudado, moral y materialmente a sus discípulos a caminar hacia la edad adulta del hombre. El recíproco afecto entre los Lasalianos y sus antiguos alumnos se ha manifestado en todas las épocas.

Pero, en el último tercio del siglo XIX, la actividad postescolar de la Congregación toma mucha amplitud. Y se integra en la historia del catolicismo social. Círculos católicos de obreros, patronatos, asociaciones juveniles, mejoras y transformación de las relaciones entre los asalariados y los jefes de industria, iniciativas de ayuda mutua, sindicatos, labores de la *Acción Popular*, de la *Juventud Católica*, del *Surco* en sus orígenes, doctrina de las *Semanas Sociales*, bajo todas sus formas..., en Francia, se produce un poderoso movimiento, más coherente de lo que lo suponen los observadores externos, un movimiento que ya no se detendrá.

En el punto de partida, se encuentra el noble propósito de Albert de Mun y de La Tour du Pin que se proponen devolver la clase obrera a la religión y reconciliarla con la clase “dirigente”; esforzándose en ello, por medio de la creación de “círculos”, sobre el modelo del que había imaginado un sacerdote de la comunidad de los Hermanos de San Vicente de Paúl, Maurice Mignen, en París, en el barrio de Montparnasse: lugar de encuentro, de entendimiento, (sin embargo, no de verdadera fusión) entre hombres de mundo, creyentes y practicantes, y auténticos representantes de los medios populares. En 1884, se contará con 400 Círculos, que agrupan a un total de 50.000 miembros de todas las condiciones [2]. Ese año, tiene

1 Archivos del distrito de Besançon. — Noticia necrológica del Hermano Pierre-Célestin, 1899. — Noticia necrológica del Hermano Roger-de-la-Croix, 1914.

2 BRUGERETTE, *op. cit.*, pp. 15 a 18.

lugar, en las Cámaras francesas, la votación de la ley sobre los sindicatos profesionales: la parte que tomó en los debates Albert de Mun, el apoyo que dio al autor del proyecto, Waldeck-Rousseau, demostraron ampliamente la solidez de sus estudios y de sus experiencias sociales, la sinceridad y la independencia de sus convicciones.

No obstante, no le fue posible realizar su hermoso sueño de reconciliación nacional. La Obra de los Círculos no penetra a fondo en el mundo de los trabajadores manuales. En la fábrica de Val-des-Bois, Léon Harmel ofrece el ejemplo, particularmente cautivante, pero que permanece excepcional, de una fraternidad cristiana y trabajadora entre un patrón y su personal. Al menos se descubren aquí los rasgos característicos de una organización de futuro: la concepción “patriarcal” del empresario que ejerce sobre el pueblo la tutela bienhechora, pero sin límites ni control, es sustituida progresivamente por la idea de una colaboración sobre bases justas, de derechos y deberes recíprocos, de responsabilidades compartidas, exactamente definidas [1].

La obra de los Círculos preparó el terreno. Por otro lado, la misma suscitará, entre los jóvenes, un vivo deseo de hacerse útiles a la Iglesia y al país, la más firme resolución de renunciar a las actitudes de egoísmo y de pesimismo perezoso, de buscar la solución a los problemas del siglo. Bajo la inspiración del Sr. de Mun, la Asociación Católica de la Juventud Francesa nace en 1886, en la casa de la calle del Bac donde murió Mons. de Ségur. Robert de Roquefeuil es el primer jefe [2].

Unos doce años más tarde, Marc Sangnier abre sus *Surco*. Con sus amigos, logra provocar, en las asociaciones de la capital y de los suburbios, la creación de “círculos de estudio”, reuniones íntimas donde las almas leales, anhelantes de pureza, espíritus ávidos de luz se fortalecerán y se educarán mutuamente, mientras esperan la actuación externa. Louis Cousin, Hermano de San Vicente de Paúl, el padre Roblot, sacerdote de París, constituyen, cada uno por su parte dos florecientes grupos, dos prototipos. Mons. Péchenard, rector del Instituto Católico, el Padre Odelin, antiguo capellán de los Francs-Bourgeois, futuro vicario general, y, con ellos, muchos directores de obras colaboran con las propagandas de “Marc”. Una irradiación de esperanza traspasa las tinieblas y las nubes, en las primeras horas del siglo XX.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se contentaron con alegrarse por ello; ayudaron a la renovación. En la persona de su Superior General, el Hermano Joseph, poseían un maestro en actividades sociales. Su ascendiente sobre los jóvenes había permitido al director de la Escuela Comercial de la calle Saint-Antoine una hermosa serie de realizaciones: reunión y perseverancia de sus antiguos alumnos en un Círculo de aspectos variados; apertura de una Casa de familia para los jóvenes de provincias que trabajaban en París; solidaridades morales, relaciones y acuerdos firmemente mantenidos entre los discípulos del Hermano, después de su entrada en plena vida; la fundación de un hogar, con los consiguientes deberes de la paternidad, de las preocupaciones por conquistar o consolidar una posición social.

1 GOYAU, *Histoire religieuse de la nation française*, pp. 604-605. — Cf. Georges GUITTON, *La vie ardente et féconde de Léon Harmel*, París, 1929.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 660 a 662.

La reputación del educador le vale en 1873, un puesto en la Oficina central de la Obras obreras católicas, organismo de enlace que dirige Mons. Ségur. El Hermano Joseph se encuentra así bien situado para tener una perspectiva de conjunto. Asiste, además, a diversos congresos.

Esta preparación explica, en cierta medida, las actuaciones de su gobierno desde 1884 a 1897. Pero es importante poner el acento sobre otra causa: la voluntad de obediencia al Soberano Pontífice.

El Papa León XIII se apiadaba de las multitudes que sufrían en cuerpo y alma; tenía piedad de los pueblos que buscaban, fuera de las sendas de la sabiduría cristiana, una respuesta a sus inquietudes, una solución al enigma de su destino. No aceptaba ninguno de los errores modernos; no retiraba en absoluto los anatemas lanzados contra ellos por sus predecesores. Pero comprendía las aspiraciones de sus contemporáneos, sentía profundamente la sinceridad, el fundamento de sus quejas. Sabía que la doctrina de la Iglesia, incluida en el Evangelio, ofrecía los principios necesarios para las reformas justas. En 1891, la Encíclica *Rerum novarum* será la culminación de pacientes investigaciones, de fecundas meditaciones; pasará a ser el estatuto del catolicismo social [1].

Pero los pensamientos esenciales del Pontífice han sido formulados anteriormente en sus diversas audiencias. León XIII habla con el corazón a los miembros del clero, a los religiosos, a los fieles, que merecen su confianza y que son capaces de dar continuidad útil a sus instrucciones. El Hermano Joseph está entre ellos.

Acude a Roma en marzo de 1885, al comienzo de su generalato. El Papa le pregunta por el reclutamiento de los Hermanos, sobre su formación, su fervor y su docilidad, sobre la multiplicación de sus obras educativas por toda la tierra. Una vez informado, él precisa lo que espera de esos educadores ricos de fe y de experiencia: en los ambientes muy amplios y muy sólidos en que actúan los 12.000 Lasalianos, no solamente deben recibir enseñanza los 300.000 alumnos de las escuelas, de los pensionados, sino que deben organizarse y militar, en batallones bien ordenados, los aprendices, los obreros, los empleados, los estudiantes... Es necesario arrancar las almas del peligro del aislamiento; hay que devolver a las masas cristianas el sentimiento de su fuerza y de su fraterna cohesión.

Esas son las consignas. Ya, el Superior General había captado la esencia, cuando, en su circular del 21 de noviembre de 1884, relataba una entrevista del Santo Padre con el cardenal Massaja: "No es, había dicho León XIII, mientras los jóvenes acuden a los centros educativos religiosos cuando se enrolan en las asociaciones diabólicas, causa principal de todo el mal que vemos en torno nuestro; es después de su salida de la escuela. Por tanto, es importante que se encuentren en el marco de una obra capaz de preservarles de las seducciones de la Francmasonería... Deseo que los Hermanos creen instituciones de ese tipo en todas las ciudades donde dirigen escuelas".

* * *

1 Ver el libro que el Padre J. LAMOOT ha dedicado a la memoria de *Monseñor Paul Six, Primer misionero del Trabajo*, gran realizador de los principios de la Encíclica en el norte de Francia, París, 1937.

¿Cuáles serían, justamente, esas obras de apostolado? Todas, evidentemente, tendrían la religión como base: el Hermano Joseph insistía sobre el papel del sacerdote, “dispensador de la palabra de Dios y ministro de los sacramentos”. No pretendía dar un modelo *ne varietur* del trabajo a realizar correctamente. Habría que adaptarse “a las circunstancias, a los lugares y a las personas”. En un sitio, los Hermanos ubicarían en su propia casa el centro de las amistades y oraciones; en otros orientarían a sus jóvenes hacia una agrupación parroquial o diocesana. Algunas veces, la asociación juvenil, con sus oficios, sus juegos, sus fiestas, sus paseos, sería el hogar, constantemente reanimado, de la vida cristiana. Menos absorbentes, las asociaciones de piedad, de estudio y de ayuda mutua merecerían ser especialmente favorecidas: se tenía la prueba de su eficacia espiritual, se conocían los resultados conseguidos en el plano de las colaboraciones cordiales.

El hogar juvenil se ofrecía como prolongación inmediata, e indispensable de la escuela. “No se puede contar en absoluto —escribía un cura de París [1]— sobre la perseverancia de un niño que, con once o doce años, abandona la escuela cristiana. Aún suponiéndola excelente desde todo punto de vista, él no ha podido recibir más que una impronta pasajera. Su alma es una cera maleable que no se endurece más que con el tiempo. Por más perfecta que sea la forma primitiva, puede ser sustituida rápidamente por otra, con el riesgo de hacer realidad el dicho: *Corruptio optimi pessima*”.

Es lo que, desde hace medio siglo, los católicos de Francia han comprendido claramente. Nadie les niega, esta materia, la calidad de precursores. “Nuestros adversarios, declaraba en 1896 uno de los jefes del laicismo, Léon Bourgeois, inventaron los hogares juveniles en torno a las instituciones que la Iglesia protege, suscita, desarrolla y defiende” [2]. Radicalismo, socialismo, comunismo, y Francmasonería trataron, no sin éxito, ¡lastimosamente! de recuperar el tiempo perdido [3]...

Los hogares juveniles fundados por los cofrades de San Vicente de Paúl, aparecieron poco después del nacimiento de la caritativa Sociedad. En 1834, el edificio nº 11 de la calle de Fossés-Saint-Jacques se convierte en la cuna de una obra que comienza con la salvación de tres niños vagabundos.

Con el vizconde Armand de Melun se ampliaban las iniciativas de Ozanam y de sus primeros compañeros. El gran creador de obras sociales y el Hermano Philippe se hallan en las mejores relaciones: una recíproca confianza permitió, en 1843, la creación del hogar juvenil de la parroquia Santa Margarita [4]. En 1845, todos los Hermanos directores de las escuelas de París eran convocados a la Casa Madre; el Sr. de Melun les exponía, en presencia del Superior General, el abandono de la

1 M. LESÊTRE, párroco de Saint-Étienne du Mont, en su artículo, *El Balance de las Escuelas Cristianas*.

2 Citado por LECANUET, t. IV. p. 273.

3 A propósito de las obras postescolares laicas al final del siglo XIX, ver G. GOYAU, *L'École d'aujourd'hui*, 1ª serie, 1899.

4 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 527-528.

juventud popular: una vez pasado el día de la primera comunión, miles de niños, a penas adolescentes, carecían de toda dirección moral, de cualquier refugio contra las tentaciones de la calle. Calurosamente apoyado por el Hermano Philippe, el conferenciante obtenía la promesa de colaboración.

Algunos meses más tarde, las organizaciones postescolares funcionaban en tres circunscripciones. Y otras se perfilaban. El progreso será constante hasta más allá de los años del iniciador. En 1875, los Lasalianos dirigen, en la capital, 17 hogares juveniles a los que acuden 300 jóvenes; contaban con 23 en 1879, con un aumento de unos 500 inscritos.

“¡Que toda institución escolar, salvo caso de imposibilidad absoluta, acoja un hogar juvenil como corolario! Esta expresión de León XIII al Hermano Joseph, Anatole de Ségur la subrayó en una asamblea solemne de militantes católicos, el 28 de enero de 1894.

Para alcanzar ese objetivo, queda un largo camino por recorrer. Se registran serios esfuerzos, puesto que el 31 de diciembre de 1897, 31.200 jóvenes franceses, de París o de las provincias, pertenecen a hogares juveniles del Instituto de los Hermanos. El departamento del Norte se encuentra a la cabeza con 7.125 asistidos; la Seine llega sólo en segundo lugar, con 6.450. Le siguen, pero a distancia, Seine-Inférieure, Gironde, Pas-de-Calais, Loire, Somme, Loire-Inférieure, Oise, Aisne, Calvados...

He ahí el balance, inmediatamente después del fallecimiento del Hermano Joseph. Las estadísticas realizadas para la Exposición Universal de 1900 presentan una cifra de 32.572 muchachos, repartidos entre 350 hogares juveniles.

El total es aún muy modesto, sin duda. No representa más que la décima parte de las obras de igual denominación existentes en todo el territorio nacional. Los cofrades de San Vicente de Paúl y los religiosos ubicados, también ellos, bajo la advocación del genial apóstol de la caridad, han trabajado incansablemente. Los sacerdotes de las parroquias han recogido, mantenido o devuelto a las sendas del cristianismo a una inmensa cantidad de niños educados en la escuela laica. Los Lasalianos, en definitiva, no reivindicán más que un puesto honroso en la lista de los buenos obreros. Quizás algunos temieron excesivamente mezclar a sus pupilos con los pequeños “laicos”; y la irradiación de sus actividades se ha visto reducida por ese exclusivismo. A parte que, como lo señalaba el Hermano Joseph, con frecuencia el programa de una jornada en el hogar juvenil se compaginaba difícilmente con los ejercicios de la Regla: de ahí algunas dudas en comprometerse a fondo en ese terreno sembrado de obstáculos...

Pero es imposible olvidar que otras modalidades de apostolado social se manifiestan en la Congregación; si añadimos a los beneficiados por los hogares juveniles los de las casas de familia, los de las mutualidades, finalmente los asociados de las poderosas agrupaciones de las que hablaremos a continuación, se constata que, hacia el año 1900, la influencia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fuera

de los muros de sus clases, se extiende a más de 57.000 individuos de nacimiento o de cultura francesa [1].

* * *

Saquemos de la sombra donde se disimula la humildad religiosa algunos nombres. Descubrimos, en primer lugar, el rostro y el alma del Hermano Alpert. Este alsaciano, mediante sus lecciones y sus ejemplos, va a instruir, edificar a sus compatriotas trasplantados a París, a estimular con su santidad los *¡Sursum corda!* Chrétien Motsch, nacido en 1849 en Eywiller, municipio del Bas-Rhin [2], conoció primeramente de oídas al Instituto del Sr. de La Salle; entró en relación con los Hermanos de Serralbe, luego, el 10 de septiembre de 1864, se presentó en la calle Oudinot. Después de su noviciado, fue enviado a la escuela de la Mision Saint-Joseph, en la calle Lafayette; allí ejerce su profesión hasta 1869. Allí volverá en 1879, esta vez en calidad de director y para no alejarse hasta ser arrasado por la enfermedad [3].

La institución en cuestión había sido fundada por un Jesuita, el P. Chable, hacia 1850. Era la “Misión Alemana”. En las cercanías, en los barrios Saint-Denis y Saint-Martin vivía un buen número de emigrantes, provenientes de los países germánicos; la mayoría eran pobres y desconocían la lengua francesa.

La Compañía de Jesús se puso a su servicio. Se abrió una capilla cerca de la residencia de los Padres. La obra comprendía también una escuela para los chicos, una escuela para las chicas, dos hogares juveniles... Los Hermanos empleados como maestros, después de tener que acudir cada día desde su comunidad del Carré Saint-Martin, acabaron por instalarse en el lugar. Los primeros jefes del nuevo grupo pertenecieron a diversas nacionalidades: uno de Westfalia, el Hermano Vicenzius, un polaco, el Hermano Mainaudin; un luxemburgués, el Hermano Alix-Pierre.

No obstante, después de la guerra de 1870, la Misión vio modificarse su clientela. Familias de Alsacia y de Lorena, al abandonar su provincia convertida en *Reichsland* pidieron asilo a la madre patria. La administración de París los autorizó —lo cual correspondía en justicia— a ocupar los terrenos libres que rodeaban las Buttes-Chaumont y las alturas de Belleville. Otros se establecieron en la Villete y, fuera de las fortificaciones en Quatre-Chemins. Cuando el Hermano Alpert inauguró su dirección, la mayor parte de sus 300 alumnos eran alsacianos o lorenos. Esos alumnos hablaban francés y alemán; las lecciones se daban en ambas lenguas; el alemán se empleaba únicamente para las instrucciones y los catecismos que se daban en la iglesia: se pensaba mantener así las costumbres piadosas adquiridas en el país natal.

1 MAX TURMAN, *Au sortir de l'école: les patronages*, París, 1899, pp. 17, 19, 86-87, 96-97, 191-192. — Étienne VEDIE, *L'Église et les Oeuvres sociales en 1900*, París, 1901, pp. 28-29. 97 y ss. — LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 272-273. — *Vie du Frère Exupérien*, p. 119.

2 Su abuelo materno, Jean Schneider, constructor, tomó, en 1853, la iniciativa de construir una iglesia en el pueblo, hasta entonces dependiente de una parroquia vecina.

3 Ver anteriormente, pp. 123-124.

El hijo de los Motsch y de los Schneider se encontraba con el medio más favorable para su acción religiosa. Los Jesuitas, contentos ya con sus auxiliares lasalianos, se felicitaron por la presencia de un director que correspondía a sus expectativas con tanta deferencia, inteligencia y dedicación. Y, la turbación, momentáneamente causada en la obra por los decretos de expulsión de 1880, no impidió, en definitiva, que el bien se siguiera realizando.

El Hermano Alpert, lleno de vigilancia y de clarividencia, de estricta firmeza y de delicada bondad, impera sobre las voluntades y los corazones. Las familias de los niños se muestran dóciles a sus consejos. En el hogar juvenil, las charlas de santo hombre son muy apreciadas; no impiden ni los juegos ni los grandes y alegres paseos. Inclinan las almas hacia la oración, preparan los únicos éxitos que ambiciona el apóstol: los de las fiestas litúrgicas, y las fidelidades o la vuelta de los jóvenes a Dios.

Pide y obtiene mucho; los reglamentos que establece son escrupulosamente observados; la vida cristiana prospera, se profundiza. Cada mes, la élite del hogar juvenil sube, con el Hermano, a la basílica del Sacré-Coeur, para la adoración nocturna. Y en la asociación de San Benito-José Labre —magnífico grupo que estudiaremos pronto— los alsacianos-lorenos encuentran amplio espacio: acuden allí para templar sus energías; luego, se los vuelve a ver, en las reuniones dominicales de la calle Lafayette, piadosos, valientes, emprendedores, serviciales, alrededor de su venerado director.

Cuando se casan, los discípulos del Hermano Alpert no por ello dejan de seguir vinculados a la existencia de la obra y se siguen reuniendo en las salas y los cursos de la Misión San José; el campanario de la iglesia sirve de punto de referencia para muchos jóvenes hogares, entre los cuales se establecen amistades seguras.

De hecho, es una parroquia viva. Además, en el origen, el empleo de la lengua alemana, por los predicadores como por los catequistas, había justificado ampliamente la autonomía de que gozaba la fundación del R. P. Chable. Cuando fueron creciendo las generaciones nacidas después del tratado de Francfort, y siendo todas de París, se extendió el uso del francés, y acabó predominando. ¿Se conservaría el privilegio de los bautismos, las primeras comuniones, las Pascuas, fuera del centro eclesiástico oficial? El Hermano Alpert solicita la autorización para impartir la instrucción religiosa bilingüe: el arzobispado lo consiente. El catecismo de Metz es introducido en la escuela Saint-Joseph. Un embajador de Austria-Hungría, el conde Hoyos, envía a sus hijos a prepararse para los sacramentos de la Eucaristía y de la Confirmación entre los niños de Alsacia: el cardenal Richard preside las ceremonias, cumpliendo con los confirmandos su función de pastor; se retira encantado. Los derechos de la Misión quedan mantenidos. El Hermano director ha trabajado eficazmente [1].

En un barrio muy diferente de la capital, el Hermano Alton-Marie impone el prestigio de su virtud, de su natural dignidad, de su palabra muy juiciosa, tranquilizadora y afable: desde 1869 a 1905, es el jefe de la comunidad de Saint-Augustin. Como nadie, contribuye a la prosperidad de ese hermoso hogar juvenil en el que sus

1 *Vie du Frère Alpert*, pp. 10 a 20, 54 a 90, 110 a 112, 123, 135-136.

antiguos alumnos, numerosos, perseverantes realizan, en franca armonía, un tipo particularmente logrado de sociedad católica [1].

En Orleáns, el Hermano Blimond, director de Saint-Bonose, se desvive, durante veinte años, no solamente por sus alumnos sino también al servicio de los empleados de comercio, de los aprendices, de los jóvenes obreros. Se muestra servicial y útil colaborador de un clero abierto a las aspiraciones de las almas jóvenes y dispuesto a seguir las directivas de Roma. Nombrado Visitador del distrito de Moulins en 1888, lamenta tener que “abandonar esta estupenda ciudad de Orleáns, donde ha experimentado tantas satisfacciones, a los buenos sacerdotes que le ayudaron con sus luces [2]...”. Él mismo, no será olvidado en una ciudad que conocía su popular silueta.

También entre el número de los Lasalianos de Saint-Bonose, he aquí, desde 1891 a 1898, un representante de todas las obras de fe y caridad: se llama Hermano Isaac-Antoine. Natural de Rabastens, en el Tarn, hijo de un padre que practicaba la piedad y la pobreza franciscanas, Antoine Darrasse pasó de la escuela de su país al noviciado de Rodez. Desde Moulins, donde ejerció las funciones de subdirector de novicios, llega a Orleáns: su influencia se extiende, más allá de los pequeños cantores de la coral de la catedral, sobre la juventud que frecuenta la “Obra de San José”; en ese ambiente serio y modesto se reclutan los católicos activos, cofrades de San Vicente de Paúl, auxiliares del apostolado parroquial, colaboradores de las escuelas cristianas, iniciadores sociales, y futuros sacerdotes, y futuros religiosos. El Hermano Isaac-Antoine siente aprecio por esas conciencias rectas; ellas tienen confianza en él, aprecian su entrega discreta, su intenso amor de Dios. Dejará su impronta sobre algunas de ellas, cuando, demasiado pronto, sus Superiores lo transfieran a Dun-sur-Auron, donde hasta el umbral de la vejez seguirá siendo un modelo de educador [3].

En la región de Saint-Étienne, dos nombres merecen ser resaltados: en Saint-Chamond, el del Hermano Ptolomée; inválido, parcialmente paralizado, desplazándose con ayuda de dos bastones, la miseria de su cuerpo no impide a este animador dirigir el Círculo Católico, crear una asociación de patronos cristianos, una oficina de asuntos en litigio, un banco popular. Acostumbra a un grupo de jóvenes al diálogo sobre los problemas sociales y, al mismo tiempo, pone las inteligencias y los corazones ante la presencia de la desgarradora realidad, mediante la visita de buhardillas y cuchitriles [4]. En el mismo Saint-Étienne, nos volvemos a encontrar con el Hermano Paramon-Cyprien, cuyas obras postescolares, círculo de estudios,

1 Noticia necrológica del Hermano Alton-Marie, 1908. — Théodore Botrel, el buen cantautor bretón, se contó entre los miembros de la Sociedad Saint-Augustin; pronunció un discurso en el funeral de su antiguo maestro.

2 Carta citada en su noticia necrológica, 1896.

3 El Hermano Isaac-Antoine tuvo el honor y la alegría de contribuir a la formación cristiana y social del Sr. Émile Jouffrey, fundador de los Hogares Juveniles de la Enseñanza Libre en la diócesis de Orléans, antiguo vicepresidente general de los Hogares Juveniles de Francia. — *L'Écho de Bethléem*, del cual el Hermano fue un fervoroso propagandista, le consagró un artículo en su número de mayo de 1935.

4 Noticia necrológica, 1897.

Congregación de los antiguos alumnos, conferencia de San Vicente de Paúl, “Obra de los clásicos” (distribución gratuita de libros), se suman a la original escuela profesional.

Sobre el cielo de Reims se dibuja un perfil de Leyenda Dorada: el Hermano Attique-Michel vivió su corta vida según el modelo de los santos ensalzados por los viejos hagiógrafos. Nace en 1861 en Steinsel, en el gran ducado de Luxemburgo. Novicio en Thillois, se somete dócilmente, gozosamente, a la austera dirección del Hermano Arnould. Como prenda de total adhesión a los sentimientos de su maestro, solicita ser destinado a la escuela más pobre del distrito. Le confían la “clase de los pequeños” en el barrio Santa Ana. Se prodiga en atenciones maternas con los pequeños golfillos, especialmente con los más andrajosos y piojosos. Comienza con el indispensable aseo, cura las llagas, limpia las cabezas, remienda las ropas y repara los zapatos. La indigencia de algunas familias lo angustia; mendiga humildemente ayuda. “No puedo negarle nada, me conmueve hasta fondo del corazón”, dice el cura deán de Saint-Remi, el P. Baye.

El Hermano Attique-Michel transforma un hangar en amplia sala; albañilería y maderamen, ha logrado concluirlo todo, gracias a su habilidad personal. Reúne a los niños en ese sencillito cobijo. Allí convoca a los padres, jornaleros, obreros de fábricas. Se crea una atmósfera familiar. El humilde religioso es especialista en poner en acción las buenas voluntades, en deshacer los prejuicios, en sembrar la paz. De ese modo congrega a los elementos de una nueva parroquia, que tomará a Santa Ana como patrona. Igualmente, contribuirá, como estupendo ayudante del ministerio sacerdotal, a la organización de un segundo centro, Santa Clotilde, en una barriada de Reims.

Sus cohermanos, testigos de sus trabajos, apenas sospechaban de su profunda e irradiante influencia. Exterior muy sencillito, ciencia bastante escasa, empleo muy modesto, nada podía atraer las miradas sobre el Hermano Attique. Pero, al producirse su muerte el 28 de diciembre de 1901, los funerales del joven religioso, revistieron un carácter triunfal. La gente sencilla acudió, triste por haber perdido un verdadero amigo [1].

Los soldados del cuartel de Nantes profesan un afecto semejante por el Hermano Camille-de-Jésus [2]. Éste, en 1876, eligió una veintena de entre los mejores, los cuales deberían entrenar a sus compañeros en la práctica de todos los deberes cristianos. El grupo, bautizado como “Legión”, desapareció oficialmente cuando en 1880 la autoridad militar, dando un giro hacia el anticlericalismo, prohibió las reuniones en el *hotel* Rosmadec. El bien continuó realizándose bajo capa. En la fiesta de Navidad del año 1893, doscientos soldados comulgaban en la capilla del centro educativo lasaliano. En 1894, Mons. Laroche, obispo de Nantes, distribuía allí la Eucaristía a 295 fieles del Hermano Camille, el domingo de la Pasión; luego, el día de Ramos, 115 militares y 45 estudiantes se acercaban a la Santa Mesa, después de haber escuchado los sermones de un retiro pascual. En 1897, se contaban 490

1 Noticia necrológica, 1902. — Y *Choix de notices*, t. II, pp. 388 a 409.

2 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 528-529.

comuniones; y 429 en 1899, los soldados ellos solos formaban las nueve décimas partes de la asistencia [1].

“Obra de la juventud”: este título bajo el cual, en Marsella, el Padre Allemand había antaño inaugurado un apostolado recuperado, mucho tiempo después, por el Padre Jullien, por el Padre Timon-David [2], en 1854 el Hermano Joseph lo adoptó para su fundación de los “Franc-Bourgeois” [3]. El término, más flamante de “Círculo” acabó imponiéndose: lo cual no disminuye en nada el valor educativo de la organización y le da cierto atractivo, que colabora en su éxito.

Lille no le hace ascos al término de Marsella. La Obra de la Juventud, en la capital flamenca, manifiesta ya una interesante actividad hacia 1872. Es la época en la que el futuro Hermano Maurice-Lucien frecuenta ese medio de antiguos alumnos del Instituto Lasaliano, en los edificios de La Monnaie. Allí dispone de los medios espirituales que son la salvaguardia de las creencias, de las conciencias, y —para ciertas almas como la suya— el itinerario hacia el don total: retiros privados, retiros generales, adoración diurna y nocturna del Santísimo Sacramento, congregación de la Santísima Virgen, conferencia de San Vicente de Paúl. Pero el gusto por las bellas artes y las letras no se queda aquí sin algunas satisfacciones: el Hermano Édouardis, profesor en Saint-Pierre, ha organizado una Academia en La Monnaie; allí se escriben fragmentos literarios, se leen o se declaman versos, monólogos, fragmentos de autores clásicos; se representan, en un teatro, comedias y dramas. El joven Lemaire demuestra ser un buen actor y aprende a escribir con soltura y precisión. Los aplausos no lo embriagan. La modesta gloria de los talentos que cultiva la atribuye a Dios; sacará buen partido de ellos en su carrera pedagógica, ya sea para orientar los ensayos de los principiantes, o bien para dar a su propio pensamiento una forma adecuada.

El Hermano Maurice-Lucien se recordará siempre de las piadosas orientaciones que le guiaron hacia el Instituto. Cuando sea Visitador de Cambrai-Lille, los hogares juveniles merecerán su atención; los querrá no solamente como simples intentos de preservación moral, sino, a imagen de la casa de sus veinte años, como centros de educación cristiana, de preparación para las luchas y conquistas bajo el signo de la Cruz. Por incitación suya, el clero de la diócesis, los maestros de la enseñanza libre, los directores de las instituciones religiosas ofrecerán a los alumnos mayores, a los estudiantes, a los empleados, a los obreros encontrados en los cruces de los caminos, incluso a los padres de familia que cargan con las más duras responsabilidades de la vida, horas de “recolección”, días de meditación, de oraciones, de renovación interior, en el silencio, de tú a tú con Dios [4].

De forma general, se puede decir que los Hermanos de las Escuelas Cristianas se preocupan, ante todo, de la perseverancia religiosa de sus discípulos, no obstante sin descuidar el aspecto temporal, la adaptación al mundo exterior. Salvar las almas,

1 I. DE CICE, *Le Frère Camille-de-Jésus*, 1927, pp. 58 y 67-68.

2 MAX TURMANN, *op. cit.*, pp. 16-17.

3 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 529 a 531.

4 Noticias necrológicas del Hermano Édouardis, 1900, del Hermano Maurice-Lucien, 1920.

ese es el objetivo; pero la salvación se realiza en este mundo, entre los seres humanos, en las circunstancias más concretas. Hay que saber colaborar con Dios, abrir los caminos de la gracia. Las conferencias de San Vicente de Paúl proporcionan un medio cómodo de unir la acción con la oración, la voluntad de perfeccionamiento personal a la comprensión de las necesidades del pobre, a la caridad concebida como un esfuerzo de amor hacia el prójimo, no como una evasiva limosna. Se comprende que el santo Hermano Léon-de-Jésus estimase particularmente esta forma de apostolado. Su voz no deja de ser escuchada, puesto que en 1899 las Obras Juveniles dirigidas por los Lasalianos aportan a la Sociedad fundada por Ozanam un contingente de unos 500 miembros [1].

Ozanam, Armand de Melun, Albert de Mun, Roquefeuil, Bazière, Gerlier, Marc Sagnier, Henri Lorin, Marius Gonin, todos los iniciadores y los buenos obreros del catolicismo social, sucesiva o simultáneamente, encontraron entre los Hermanos simpatías, incluso entusiasmos, y una ayuda preciosa. Después de la guerra de 1870, los educadores cristianos, como el Hermano Louis [2], fundador del Círculo católico de Versailles, se dejan guiar por los pensamientos del conde de Mun y del marqués de la Tour du Pin. Luego, la Asociación Católica de la Juventud Francesa recluta sus seguidores en los pensionados. Grupos del *Surco* se forman en diversos hogares juveniles; en ellos el ambiente es favorable a las ideas de una democracia imbuida del espíritu del Evangelio: pero cuando demasiada política y arriesgadas afirmaciones doctrinales provoquen inquietud en las autoridades eclesiásticas, y ocasionen, finalmente, una condena de la Santa Sede, no se encontrarán rebeldes entre los seguidores del *Surco*, sin importar a que medio pertenezcan. Por su parte los organizadores de las *Semanas Sociales*, estarán seguros de la audiencia más atenta por parte de una juventud prevenida contra el egoísmo y contra el espíritu de casta; y en el pensionado de Saint-Euverte de Orleáns se desarrollará una de las primeras sesiones de la *Universidad ambulante*, llamada a tener un futuro tan fecundo.

Para los Hermanos, fieles a las lecciones de sensatez, de prudencia y de modestia de Juan Bautista de La Salle, no se trata de correr a la vanguardia de la opinión; la función de los educadores consiste en tener a sus alumnos en contacto con la vida, abrirles los ojos sobre el amplio mundo. El *Boletín de las Obras de la Juventud* lanzado por el Hermano Exupérien en 1882, en 1904 alcanza una tirada de 6.000 ejemplares mensuales: incrementa la cohesión entre las fuerzas nuevas, impide el pesimismo y se desentiende de él. Se crea un alma común, que mantendrá la esperanza en las horas más sombrías.

Esa “enseñanza social” que el Instituto lasaliano ha preconizado, que ha practicado bajo distintas formas, un comentarista de la Exposición de 1900, Sr. Lami, se refirió a ella de modo entusiasta: “A las generaciones que ya no tienen, para guiarse, el respeto de la costumbre, los Hermanos las han hecho oír las lecciones de la experiencia... Conferencias dominicales iniciadas en las escuelas de Lyon, se han propagado a continuación a Saint-Étienne, a Burdeos, a Roubaix... La expansión se

1 Ver anteriormente, p. 342.

2 Conocido bajo el nombre de Hermano Louis, este Lasaliano había recibido, al entrar en el Instituto, el nombre de Hermano Némésionis; noticia necrológica, 1884.

amplía un poco por todas partes; la Sociedad de Economía Social contribuye a ello. Ofrece premios a los mejores trabajos”.

Y esas observaciones terminan con una declaración particularmente elogiosa: “Los discípulos del Sr. de La Salle han sido los primeros en pensar que lograr buenos cristianos no es suficiente; que además hay que preparar buenos ciudadanos. En el mundo religioso, están en el origen del movimiento sindical, corporativo y mutualista” [1].

* * *

Hoy en día, es raro encontrar instituciones educativas cuyos antiguos alumnos no se reúnan en “asociaciones”. En este campo, los beneficiarios de la enseñanza religiosa han tomado la delantera. Al deseo de conservar, unos con otros, relaciones cordiales se ha sumado el de manifestar su fidelidad a los principios recibidos y su gratitud hacia los maestros que se los han inculcado. Tales sentimientos no han podido permanecer inactivos; “prestar servicio” se ha convertido en el lema de esas Asociaciones: se han propuesto aportar una ayuda a los compañeros que pasan por unos comienzos difíciles o son víctimas de la adversa fortuna; apoyar, moral y pecuniariamente, los colegios libres, al igual que las escuelas cristianas; y, ante los sectarios, proclamar, con las palabras y los hechos, la solidaridad de los católicos, antiguos alumnos de los sacerdotes o de los religiosos, con sus profesores de ayer.

Estas generosas intenciones no se definieron enseguida, incluso en los ambientes lasalianos. Se comenzó por disfrutar de reuniones más o menos frecuentes, saludos mutuos, seguidos por el intercambio de noticias. Ese es el aspecto inicial de la Sociedad de antiguos alumnos del pensionado de Clermont-Ferrand, la decana, según parece, de las Asociaciones que gravitan en torno a la Congregación de los Hermanos. Data de 1865. Con ella se conectaba, a partir del año 1866, la “Sociedad Literaria de los Antiguos Académicos” de la misma institución. Se consideró oportuno aportar a las conversaciones y a la correspondencia elementos sustanciales: en consecuencia, se pedía a cada miembro que entregase al secretario “notas literarias o científicas”, que entrarían a formar parte de la composición de los “informes” periódicos [2].

Se produjo una evolución. En 1882, todos los antiguos alumnos podían inscribirse en la Sociedad Literaria, al terminar sus estudios en una de las clases del curso superior. El boletín que se publica a partir de esta época parece el órgano de cualquier Asociación. Ofrece un carácter de intelectualismo acentuado, a la vez que revela una inspiración muy religiosa: san Pablo es elegido como patrón por los

1 Informe de la clase 108 de la Exposición universal. Citado en una “memoria sobre la gestión del pensionado Saint-Pierre”, en los Archivos del Secretariado General del Instituto.

2 Archivos del pensionado de Clermont. Exposición presentada en la sesión del 12 de mayo de 1867, por J.-M. BIÉLAWSKI, miembro titular de la Sociedad Histórica y Literaria polaca de París, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Bellas Artes y Letras de Clermont-Ferrand.

antiguos alumnos. Los futuros Dominicos Félix Mandonnet y Antonin Sertillanges prueban su pluma juvenil en páginas de filosofía moral y de historia sagrada [1].

El camino hacia la edificación mutua es seguro. En otros lugares, aparece la voluntad de ayuda mutua. Se presupone en Beauvais donde, en 1867, Louis Gossin se felicita por ver una Sociedad enteramente “fraternal” proveniente de la “valiente iniciativa de Paul Blanchemain”, en el clima propicio del Instituto Agrícola [2]. La Asociación Juvenil del pensionado de Dijon, fundada en 1872 por el Hermano Pol-de-Léon —la primera que cumple con todas las formalidades legales— mantendrá a algunos becarios elegido entre los mejores alumnos de las clases primarias después de haber pasado un examen para la admisión en “Saint-Joseph” [3].

En Nîmes, donde no existe pensionado, son los antiguos alumnos de las escuelas cristianas quienes, bajo el impulso de uno de ellos, Marc Milliarède, se agrupan con el objetivo de sufragar los gastos de la enseñanza libre. De 320 en 1878, pasan a ser 522 en doce meses. Manifiestan rotundamente su fe católica en una ciudad en parte protestante. Allí, la rica burguesía pertenece al calvinismo: los alumnos de los Hermanos, generalmente de condición modesta, encuentran recursos para pagar el mantenimiento de algunos novicios en Aviñón [4].

El Norte y el Sur coinciden en los mismos proyectos de beneficencia: en Douai, la Asociación de los Antiguos Alumnos de la fundación Lewarde, creada en 1879, decide dedicarse al mantenimiento y prosperidad de una casa muy apreciada.

Nos acercamos al momento en el que las Asociaciones Juveniles toman un mayor campo de acción. Los tanteos no van más allá del 1880. Es la fecha de las ofensivas anticlericales; el adversario no esconde suficientemente su juego como para que los católicos no sientan la amenaza pesar no solamente sobre las Congregaciones, sino sobre la Iglesia. Es importante salvaguardar la fe de los niños, multiplicar las escuelas libres, hacerse cargo de la defensa de los maestros acusados de mostrarse inferiores a su tarea. El individualismo ya no es de recibo. En torno a los Lasalianos, numerosos discípulos dan el toque de llamada para agruparse.

Las Asociaciones existentes necesitan su programa. Nuevas Asociaciones se van organizando. Paul de Pèlerin, magistrado que acaba de dimitir con ocasión de los decretos Ferry, elabora los estatutos de la Asociación de Béziers —y de algunas otras— de acuerdo con su amigo, y su condiscípulo de antaño en el pensionado de la Inmaculada Concepción, Adrien Mas, el Hermano Exupérien [5].

1 El boletín nº 4, en (1883), contiene un estudio de A. Sertillanges sobre Moisés; el boletín nº 8 (1884) un artículo, del mismo, sobre las *Poesías de David*.

2 Boletín de la Asociación: primera reunión, 6 de junio de 1867.

3 Archivos del distrito de Besançon. Henry Poupon preside, desde 1880 a 1900, esa Asociación que contará con más de 100 sacerdotes de la diócesis de Dijon, 5 Jesuitas, 3 Dominicos, un Capuchino, un Premostratense, una quincena de Hermanos de las Escuelas Cristianas.

4 DURAND, *op. cit.*, pp. 43-44.

5 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1924, pp. 163-164.

No seríamos capaces de pasar revista a todos esos batallones que surgen por todas partes. Experimentados ya en la lucha, con ocasión de las grandes llamadas a la lucha, o de reciente formación, los hay en París, existen en las provincias: la Asociación de los Francs-Bourgeois, que no debemos confundirla con el Círculo de ese centro escolar y que ejerce una influencia externa mediante la propaganda [1]; la Sociedad de los Antiguos Alumnos de Saint-Nicolas, establecida en la calle de Turenne, en la Casa de Familia de la Obra; la Asociación de Passy, de la cual hemos nombrado uno de los principales dirigentes, Émile de Montargis [2]; y —agrupación más íntima, al margen de esa poderosa organización— la Sociedad de perseverancia creada en octubre de 1887, que funcionaba mensualmente, luego dos veces al mes, bajo la presidencia del Hermano Auguste-Hubert [3]; en Saint-Étienne en Forez, la hermosa obra del Hermano Paramon-Cyprien como es el Hogar Juvenil de la Escuela profesional, bastión que protege la plaza, centro de reclutamiento, de abastecimiento, de distribución de las fuerzas; en Rodez, la reagrupación de los antiguos alumnos del pensionado Saint-Joseph, solicitada en 1885 por un senador del Aveyron, Eugène Lacombe, realizada tan sólo cinco años más tarde a instancias del Hermano Idinaël-Marie [4]. Y, entre los recién llegados, el grupo de Saint-Genès de Burdeos, puesto en funcionamiento por el Hermano Jules en 1894 [5], el grupo de Gaillac, equipado por el Hermano Isaac-Alexis al año siguiente; sus estatutos no son aprobados en la prefectura del Tarn más que por medio de la supresión oficial de este párrafo: “[tiene como objetivo] acudir en ayuda de los niños pobres que frecuentan las escuelas de los Hermanos” [6].

Los “Asociados” —es el nombre que consagrará el siglo XX— no buscarán minimizar sus deberes. La tormenta de 1904 exaltará sus energías. Es entonces cuando se reconocerá a esos valientes: de una punta a la otra de Francia, los antiguos alumnos de las escuelas y los hogares juveniles se “federarán” para tener en jaque los planes de los destructores, limitar el desastre, levantar las ruinas.

* * *

Ciertas reuniones “en familia” respondían a unas aspiraciones del corazón y del alma que las grandes asambleas, a la vez solemnes y ruidosas, dejaban insatisfechas. Acabamos de señalar, en Passy, la Sociedad de perseverancia del Hermano Auguste. Se propuso como finalidad la edificación mutua, un programa de

1 Del Círculo de los Francs-Bourgeois, ya hemos dicho el origen y el carácter en nuestro tomo V, pp. 529 a 531. El Hermano Joseph, su fundador, convertido en Superior General, conserva una profunda influencia sobre sus antiguos discípulos. No podemos volver a ocuparnos aquí de su correspondencia con Ernest Hubert, Léon Dupont, Jules Loebnitz, Charles Pelliot, Ferdinand Florentin, Charles Petit. Se la puede encontrar bastante copiosamente analizada en el cap. III de nuestra obra sobre el décimotercer Superior General del Instituto, bajo el título “El maestro de la Juventud”.

2 Anteriormente, p. 340.

3 *Vie du Frère Auguste-Hubert*, pp. 300 a 317.

4 Archivos del pensionado, *Histórico*, por M. ALBAGNAC, (Hermano Irlide-Bernard).

5 Archivos de Saint-Genès.

6 Hermano ILDEFONSE-GABRIEL, *op. cit.*, pp. 138-139.

perfeccionamiento interior sobre las sólidas bases plantadas durante los años de pensionado. La “Sociedad del Beato Juan Bautista de La Salle”, establecida en París en 1888, fue principalmente un círculo de estudios. En la persona del Hermano Idelphus encontró el más maravilloso de los animadores. Este Lasaliano del distrito de Nantes, profesor en Saint-Joseph de Bel-Air, fue convocado, en 1884, por el Hermano Joseph para desempeñar su empleo en el Secretariado General, de la calle Oudinot. Era conocido por su competencia en literatura, y por sus primeros éxitos como escritor. Sus obras dramáticas, *Olivier de Clisson*, *Arthur de Bretagne*, *Los Niños de Nantes* (santos Donatien y Rogatien), gozarán de un prolongado éxito. El hombre no podía pasar desapercibido: posee una magnífica voz de tenor, que utiliza en las capillas, para la gloria de Dios, y que cuando es oportuno apoya con el acompañamiento de órgano, ya que es capaz de tocar todos los instrumentos musicales. Su alta estatura, su rostro afable, su mente despierta, su alegría, que fácilmente toma la forma de humor, aparecen como otras tantas ventajas para conquistar una atenta simpatía. El Hermano Idelphus será siempre un maestro apreciado y amado por la juventud. Funda la Sociedad del Beato de La Salle para los antiguos alumnos de los pensionados y de las escuelas primarias superiores que vienen a vivir en París. Las sesiones tienen lugar en el nº 78 de la calle de Sèvres, dos o tres veces por mes. Comienzan con una oración en común, se continúan con la lectura y el comentario de algunos versículos del Evangelio. Luego, sobre un tema determinado y aceptado en el momento oportuno, uno de los miembros desarrolla sus ideas, que suscitan las preguntas, las aclaraciones, la discusión franca y cortés. Futuros dirigentes del movimiento social, Zirnheld, Verdin, Viennet, Tessier, Poimboeuf, recibieron de esta forma su iniciación a la palabra pública. “El Hermano Idelphus —según el testimonio de Édouard Verdin— ejercitaba a sus discípulos en el arte de escribir y de hablar, con una delicadeza sorprendente, atenciones frecuentes, una rara capacidad educativa”. Sin desviarlos de sus investigaciones sociológicas, de sus actividades profesionales, en delicado letrado les enseñaba a saborear un poema, a captar los secretos del orador y del lógico [1].

El ardiente religioso —que traducirá un día, en versos franceses las poesías místicas de san Juan de la Cruz [2]— tenía buen cuidado de no descuidar el cultivo de las almas. Se dedicaba a ello en las charlas de la calle de Sèvres. Y se entregó más de lleno aún en la casa de Athis-Mons, donde lo podremos ver en medio de sus jóvenes.

En primer lugar, será al Hermano Joseph a quien habrá que atribuir el honor de las realizaciones apostólicas de Athis. Director de la escuela y del círculo de los Francs-Bourgeois, se preocupaba por suministrar a las conciencias todos los medios de progresar y volverse más profundas. Como Asistente del Hermano Irlide, proyectó ofrecer, a los laicos de su entorno al igual que a los Hermanos de todos los distritos, una soledad para recogerse, para comenzar, renovarse o perfeccionar un trabajo ascético.

1 *Choix de notices*, t. III, pp. 216 a 222; *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1938, pp. 162 a 164. — I. DE CICÉ, apéndice nº 17 a la biografía del Hermano Camille-de-Jésus.

2 París, Beachesne, 1922, con un prefacio de Maurice BRILLANT.

Sabemos como el recinto de Athis, se abrió para los “ejercicios de treinta” y para “el segundo noviciado” de los Lasalianos [1]. Queda por exponer las intenciones y las gestiones que provocaron la adquisición de los edificios señoriales y del parque tan impresionante, corona de verdor sobre el valle del Sena.

El Hermano Joseph quería una vivienda suficientemente amplia para alojar en ella a numerosos huéspedes, bastante tranquila para que en ella se desarrollase la meditación lejos de los ruidos del mundo, y no obstante suficientemente próxima que permitiese los desplazamientos rápidos y poco costosos. Le echó el ojo a la propiedad que entonces pertenecía al coronel egipcio Mottet-Bey, “el castillito de Athis”, residencia —en el siglo XVIII— de un duque de Roquelaure.

Una carta del 18 de julio de 1883 [2], nos muestra al Hermano Asistente a punto de “cerrar el asunto”. Ha recogido abundantes suscripciones, principalmente en los Francs-Bourgeois. Los antiguos alumnos, delicados y generosos, garantizarán el éxito de las negociaciones. Y los Hermanos estarán encantados de ser, sobre el otero boscoso, los beneficiarios de un gran gesto de agradecimiento.

El acta de compra se realiza, en efecto, a nombre de la Sociedad Inmobiliaria de Athis-Mons”. El Instituto, en calidad de usufructuario, edificó, delante del castillo, unas galerías acristaladas que unían las alas de los edificios, y, en 1884-1885, la capilla, de estilo sencillo y severo, obra del arquitecto Conchon [3].

En una de las naves laterales de ese santuario, se nota una pintura de características bizantinas, enmarcada por un friso románico: es la Virgen del Cenáculo, invocada aquí bajo la advocación de Nuestra Señora de los Retiros. Los exvotos la rodean; recuerdan las numerosas vocaciones, sacerdotales y religiosas, que germinaron, o que se decidieron irrevocablemente, en esa tierra sagrada.

Aquí vinieron a rezar, elevarse sobre su ideal, miles de jóvenes cristianos. Al Igual que los Padres de la Compañía de Jesús y los Hermanos de San Vicente de Paúl, los Lasalianos enseñaban a sus alumnos el valor de un “retiro cerrado” para la purificación del corazón, la liberación de las mejores energías. Figuraban entre los precursores de la senda que las recomendaciones de León XIII proponen a todos los educadores de obediencia romana. “Es una empresa de regeneración para la sociedad, declaraba el Papa. ¡Dios quiera que instituciones de este tipo se multipliquen en Francia!” [4]

El Hermano Anthymius fue, durante más de veinte años, el alma de las organizaciones de Athis. A él le correspondía la tarea de acoger a los que acudían al retiro. Se deshacía en atenciones, desplegaba su bondad, para que sus huéspedes, que llegaban llenos de entusiasmo juvenil, se mantuviesen en las felices

1 Ver anteriormente, 1ª parte, cap. II.

2 Dirigida al Sr. Falcimaigne.

3 Archivos del Secretariado General, noticia sobre la casa de Athis-Mons, por el Hermano BOMEL.

4 Citado por LECANUET, t. IV, pp. 149-150.

disposiciones y con el fin de que nada turbase la paz y la alegría de sus almas [1]. Por su parte el Hermano Idelphus, se prodigaba como cantor, organista, conferenciante, y presidiendo los ejercicios de piedad. Doscientos de sus discípulos, que guió en las jornadas de Athis, le debieron —así lo han afirmado— su entrada en religión o al seminario [2].

* * *

El 1º de marzo de 1896, en la Asamblea General de los Francs-Bourgeois, el historiador Georges Picot se dirigía a los Hermanos en estos términos: “Ustedes han sabido estrechar los lazos con sus alumnos en el momento en el que la vida los separa y tiende a aislarlos. Lo que en otras partes los jóvenes buscan en vano, ustedes se lo ofrecen; ustedes les enseñan a vivir de la vida común, a perfeccionarse juntos”.

Y, poco después de la muerte del Hermano Joseph, el Padre Paguelle de Follenay, recordando los méritos del Superior General en un artículo del *Boletín de las Obras Juveniles*, podía escribir: “Fue para sus almas, mis queridos lectores, que el Hermano creó, adaptó, embelleció, con evidente predilección, esta casa de Athis... A veces, se le ocurría comparar la actitud de ustedes con la de sus religiosos, y su corazón dudaba a quien dar el premio al fervor”. En otras páginas, el mismo testigo ha esbozado una emotiva silueta del gran educador en el marco de su “paraíso”: “Esos días de retiro eran para él días de fiesta. Lo veíamos entrar en la capilla o caminar a lo largo de las avenidas del parque, encorvado por la edad, el rostro surcado por la fatiga y las angustias, pero con una piadosa sonrisa en sus labios y un rayo de alegría en los ojos. Sus miradas se posaban con ternura sobre nuestros jóvenes y nos decía con voz temblorosa: “¡Qué recogidos están, cómo rezan! ¡Qué hermoso es este periodo de la vida, cuando es cristiano!” [3]

El Padre Paguelle de Follenay hablaba con pleno conocimiento de causa. Desde 1889 a 1898, desempeñó la función de director espiritual de la Asociación de San Benito José Labre. Ese grupo de élite ocupa el primer puesto en la historia de “Nuestra Señora de los Retiros”.

He aquí los orígenes: el 21 de mayo de 1881, el Hermano Exupérien asistía a la reunión de las Obras Juveniles de París. Desde hace varios años, sueña con una congregación reclutada entre los más valientes, los más capaces de vida sobrenatural y de sacrificios. En el momento en el que la asamblea se dispersa, le dice al Padre Chaumont, capellán de la Casa Madre: “No me cabe duda de que aquí se encontraban jóvenes que se transformarían en apóstoles con una educación más avanzada que la de las asociaciones juveniles. Hay que descubrirlos, reunirlos, entrenarlos, y hacer uso de ellos para la mejora de nuestras obras”.

1 Noticia necrológica, 1904.

2 I. DE CICÉ, *op. cit.*, p. 175.

3 Padre PAGUELLE DE FOLLENAY, vicerector del Instituto Católico de París, *El Reverendísimo Hermano Joseph, su acción personal en la obra educativa*.

El Padre Henri-Louis-Joseph Chaumont era digno de comprender al Hermano Exupérien. Ambos serán quizás un día honrados oficialmente por la Iglesia [1]. Habla del proyecto con el Padre Gabiller, en aquella época capellán de los jóvenes Incurables, y, como él, discípulo de Mons. de Ségur.

El 9 de junio, los dos sacerdotes y el Hermano se volvían a encontrar en la calle Oudinot en compañía de nueve jóvenes. Enseguida se decidió elaborar un reglamento, nombrar un director, ponerse bajo la protección celeste. ¿Qué patrono elegir? Uno de los nueve —que más tarde pertenecerá al clero— propone san Benito José Labre. El mendigo desconcertante y sublime acababa de ser canonizado. Proclamarse seguidor suyo era atraerse las burlas de los profanos; era comprometerse a afrontar el respeto humano, a tener un comportamiento ejemplar, sin retroceder ante la penitencia... No carecía de audacia y hasta de una cierta “chulería”. Pero, de ese modo, se manifestaba total confianza en Dios y se definían los destinos de la naciente asociación. El nombre de bautismo fue adoptado, con entusiasmo.

En adelante los de “San Labre” se congregaron en reuniones de piedad, y practicaron, con la ayuda de sus estrictas obligaciones todas las virtudes cristianas. Se los vio en las adoraciones nocturnas de Montmartre, en las conferencias de San Vicente de Paúl [2], y, por supuesto, en grupos cada vez más compactos, en los retiros de Athis. Fueron levadura muy activa en una masa no rebelde al fervor y a los arranques generosos.

Dirigidos, de momento, por el Padre Chaumont, recibieron luego los consejos del Padre Gabiller. Su asociación tomó nueva fuerza cuando, a partir de 1889, se abrió a la influencia del Padre Paguelle de Follenay. Bajo unas apariencias sencillas, con salidas originales e ingeniosas, el vicerector del Instituto Católico dejaba entrever una elevada comprensión de las almas de los jóvenes, una completa entrega sacerdotal. Regularmente, cada sábado al atardecer, y hasta una hora avanzada, se ponía a disposición de sus penitentes de San Labre en una sala de la Casa Madre de la calle Oudinot. Hacía que se sintiesen cómodos; pero su bondad, su paternal ternura no perjudicaba para nada la firmeza de sus correcciones. En él había tanta delicadeza como fortaleza. En las reuniones de Athis, en las recolecciones, en los retiros a los cuales, salvo motivo grave, nunca faltaba, su palabra era muy estimada: se expresaba —igual que escribía— en un estilo animado, colorido, siempre apto para retener o despertar la atención. Ninguna vulgaridad; nada de falsas elegancias. El orador actuaba sobre las voluntades; su esfuerzo tendía a inspirarles resoluciones prácticas.

Con ese mismo espíritu, con idéntica expresión, se realizaron las *Hojas mensuales*, órgano de la asociación. En cuatro sencillas páginas, los consejos se sucedían, mezclados con reflexiones humorísticas, y terminaban con consignas claras.

1 Sus dos causas de beatificación están introducidas en el Tribunal de Roma.

2 Al principio, cuatro pequeñas conferencias se entrenaban en la caridad en los hogares juveniles. En 1903, ese número se había multiplicado por diez. La acción propagandística del marqués Anatole de Ségur contribuyó, sin duda, a tan amplios resultados.

De ese modo, el nombre de Louis-Paul-Joseph Paguelle de Follenay permanece estrechamente vinculado a los de los Lasalianos que dieron origen y apoyaron su apostolado: el Hermano Joseph, el Hermano Exupérien, el Hermano Alban-Joseph, el Hermano Idelphus. Cuando, al convertirse en cura párroco de Saint-Michel de Batignoles, pasó la dirección de la Obra de San Labre al Padre Jean Peuportier, no por ello abandonó, las almas que seguían confiando en él.

Desde 1898 a 1903, el P. Peuportier —el futuro párroco de San Roque— dirigió, con rostro sonriente, con corazón afectuoso, con un lenguaje lleno de unción, al grupo de cristianos de élite. Intentando infundirle vida sin cesar mediante incorporaciones de jóvenes, se aplicó muy eficazmente, a mantener a los más antiguos: a él se debió la organización definitiva de la “sección de los miembros casados”; les ofreció, en la soledad de Athis, recolecciones especiales, reuniendo hombres de la misma edad, comprometidos en las mismas sendas de vida, y decididos a continuar en su hogar cristiano, la realización del ideal que se les había propuesto en su adolescencia.

En 1901, se contaba con 1.093 asociados. El Hermano Exupérien los seguía, como a la valiente tropa de 1881, con sus simpatías y sus oraciones. Pero, desde 1885, había cedido al Hermano Alban las responsabilidades inmediatas. El gran discípulo del santo religioso es Visitador del distrito de París, y director general de los hogares juveniles de la capital. Debido a esa doble responsabilidad, interviene en el medio de los “San Labre”. Aunque consigo mismo practique la dureza del montañés del Dauphiné [1], aunque siga siendo el imitador, en su severa virtud, de su maestro de noviciado, con respecto a la juventud aparece como el hombre de la bondad resplandeciente.

La mayoría de las veces, las reuniones únicamente se pueden celebrar al caer de la noche, una vez terminada la tarea profesional de los participantes. Llueva o hiele, el Hermano Alban-Joseph se pone en marcha. Se presenta, feliz, amable, saluda con un vigoroso apretón de manos. No posee el don de la palabra fácil y elocuente; la nitidez de su mirada, la nobleza de su carácter, su caridad tan fuertemente impregnada de abnegación, la confianza sobrenatural que manifiestan su oración y sus exhortaciones, todo su comportamiento y todos los reflejos visibles de su alma crean entorno a su persona una atmósfera luminosa. Raramente exigente, persuasivo con frecuencia, siempre animando, obtiene inmensos resultados. El Hermano Idelphus y el Hermano Almer-Bernard garantizan la continuidad del trabajo, el papel modesto y necesario de los agentes de enlace. El primero, también en esto, demuestra ser un promotor incomparable; cuando aparece a la entrada del patio de un hogar juvenil, en el andén de una estación, en el momento en que se prepara un paseo, en el momento de la partida hacia Athis, surgen saludos de todas partes, gritos de entusiasmo, a veces tan ruidosos que los no iniciados se preguntan: “¿Llega algún personaje político, o hay alguna revuelta en perspectiva?”

Ni la Revolución, ni la República tienen nada que ver. Y esa exuberancia acabará canalizándose hacia la oración. La Sociedad de San Benito José Labre acumula energías que se emplearán en el servicio de Dios. En treinta y dos años, 168

1 Recordemos que el Hermano Alban-Joseph nació en Tencin, en la diócesis de Grenoble, en 1837. Siguiendo a otros dos hermanos suyos, entró en el Instituto en octubre de 1859, a la edad de veintidós años.

vocaciones eclesiásticas o religiosas darán testimonio del valor de las intuiciones, del éxito de los planes del Hermano Exupérien [1].

* * *

Y el germen del sindicalismo cristiano lo vamos a encontrar en la obra de un místico. Tal y como lo señalaba, en junio de 1890, el marqués de Ségur, una asociación de oración, de recogimiento, de penitencia, logró suscitar —sin perder nada de su carácter propio— una institución eminentemente favorable a los intereses profesionales de sus miembros.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas prestaron voluntariamente su colaboración al movimiento mutualista. La mutualidad llamada de “Saint-Éloi” funcionaba en Dunkerque entre sus antiguos alumnos, y bajo el impulso de los maestros de la escuela lasaliana, desde 1855; un decreto de Napoleón III le confería investidura oficial, el 2 de abril de 1864. Ninguna iniciativa podía ser mejor acogida por esas poblaciones del Norte, de espíritu secularmente “comunitario”; en ellas las vicisitudes económicas y políticas no detuvieron su desarrollo: Saint-Éloi contaba con 800 socios adheridos, al final del siglo XIX [2]. Sus principios serán aplicados en otros lugares, por ejemplo en La Rochelle donde el Socorro Mutuo se organiza en 1861 dentro de la Asociación Juvenil dirigido por los maestros religiosos [3]. Hemos señalado emprendimientos análogos en un centro educativo meridional, en la localidad de Laurac [4].

La caridad religiosa los inspira; también el deseo de conservar en unanimidad de convicciones y sentimientos a los hombres ya cercanos por las solidaridades locales, por los intereses materiales. Sobre el terreno profesional, esta unión aparece como singularmente deseable y de realización más fácil.

La vemos iniciada por el Hermano Alban-Joseph entre los “empleados de la enseñanza libre”. Se trata aquí, a la vez de una sociedad de ayudas mutuas y de un verdadero sindicato. El Hermano Visitador saca provecho de la ley de 1884 para reunir a los auxiliares civiles que utiliza en su Congregación. Su sueño, atrevido para la época, esboza las bases de una asociación general de los laicos, miembros de la enseñanza cristiana y querría garantizarles los progresos futuros por medio de un

1 He aquí, según el *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de enero de 1921, p. 87, el detalle de esas vocaciones: 116 sacerdotes o seminaristas, 17 Capuchinos, un Franciscano, 3 Cistercienses, un Jesuita, un Benedictino, 3 Padres Espiritanos, un sacerdote de las Misiones Extranjeras, 3 agustinos de la Asunción, un Redentorista, un Salesiano, un Camilo, un Padre Blanco, 3 Hermanos de San Juan de Dios, 15 Hermanos de las Escuelas Cristianas. — Los sacerdotes diocesanos de París, antiguos “San Labre”, permanecen vinculados por lazos especiales de fraternidad.

En todo lo referente a la Asociación, hemos consultado el estudio del Hermano BOMEL en los Archivos del Secretariado General, la biografía del Hermano Exupérien, la noticia necrológica del Hermano Alban-Joseph, 1903, *L'Éssai sur la Maison Mère*, de 1905, y el *Bulletin* anteriormente indicado.

2 En el *Bulletin des Oeuvres*; citado en el *Bulletin des Écoles chrétiennes*, número de abril de 1938, p. 171.

3 VÉDIE, *op. cit.*, p. 27.

4 VÉDIE, *op. cit.*, p. 27.

trabajo de conquista entre la juventud estudiante [1]. Perspectivas generosas, muy dignas de un heredero espiritual del Sr. de La Salle, creador de los “seminarios” pedagógicos de Reims, de La Fère, de París, de Saint-Denis... Después de sesenta años, siguen estando más que nunca a la orden del día...

No obstante, no será de ese lado de donde soplen los vientos propicios. El hombre que supo prever su dirección, y que se dedicó, con éxito, a captar una parte de sus fuerzas, se llamaba Jean Giraudias, en religión el Hermano Hiéron. Nacido en el departamento del Puy-de-Dôme, en Ravel, el 22 de julio de 1830, novicio en Clermont-Ferrand dieciséis años después, se cuenta entre los hijos de la Auvernia cuyo genio práctico descubre su campo de acción a orillas del Sena.

En 1883 es destinado al hogar juvenil de Nuestra Señora de la Buena Nueva de París. Rápidamente instala una oficina de colocación para empleados de comercio; él es administrador a título gratuito; se pone en contacto con los grandes patronos, comerciantes notables, incluso jefes de industria. Sus modales directos, su franqueza, su fuerte sentido común, le merecen consideraciones, promesas, amistades; se establece la confianza. Una vez pertrechada, la oficina del Hermano Hiéron centraliza las ofertas de las casas serias, las solicitudes de un buen número de jóvenes, que salen de las escuelas cristianas o que frecuentan alguna de las obras postescolares del Instituto.

Mientras tanto, se promulga la ley de 1884. Ley verdaderamente social, que rompe abiertamente con el individualismo de los Constituyentes de 1789, devolviendo a los asalariados el poder de la asociación. El sistema capitalista, los regímenes políticos, los prejuicios, las costumbres han perpetuado, desde hace un siglo, la miseria del obrero; para arrancarle de la esclavitud física y moral, no hay que temer rechazar un ilusorio “liberalismo”, hay que admitir la intervención del legislador. Los “católicos sociales” han actuado según el verdadero espíritu del Evangelio: en Alemania, en Austria, en Bélgica... Albert de Mun, en Francia, combatió por la justicia: la persona humana, piensa, correrá menor riesgo de verse sometida a la máquina, si la asociación le suministra las posibilidades de defender sus derechos, su autonomía, su alma. El sindicalismo no se reduce al socialismo; postula iniciativas; no contradice ningún principio de orden familiar, de orden espiritual. Basado en la ayuda mutua, y por consiguiente adversario del egoísmo comodón y perezoso, se corresponde, en el plano temporal, con las cofradías, incluso con las Congregaciones, del mundo religioso. Contemplantelo con terror es poco inteligente; sospechar de él es torpeza. Utilizarlo como uno de los elementos de la ciudad cristiana se convierte en una obligación urgente.

Los Hermanos no figurarán entre los retrógrados. Atentos a las aspiraciones populares, pondrán su espíritu de rectitud, su buena voluntad y su corazón de lleno en el trabajo de organización y de transformación del mundo moderno. Buscan no el combate, sino los campos de entendimiento, donde ejercitar entre los hijos de una misma nación, entre los fieles de una misma Iglesia, una verdadera “caridad”: amor, comprensión y respeto del “prójimo”.

1 Noticia necrológica del Hermano Alban-Joseph, p. 318 del volumen de noticias de 1903.

Comenzaron secundando los intercambios de opinión entre sus antiguos alumnos, patronos católicos. Y, de esa forma, contribuyeron, a esa “Unión de los sindicatos del Comercio y de la Industria” que facilitará las relaciones entre los creyentes sobre cualquier tema de naturaleza económica.

Luego, pensarán en los empleados que acuden a la oficina del Hermano Hiéron. Los más sobresalientes de esos jóvenes pertenecen a la Asociación San Benito José Labre. Se les pueden ofrecer amplias actividades: se dedicarán al bien común. El Hermano Alban-Joseph convoca a diecisiete de ellos, una tarde de otoño de 1887. El “Sindicato de los Empleados del Comercio y de la Industria” queda creado. Como su sede se establece en el local del Hermano Hiéron, número 14 de la calle de Petits-Carreaux, durante mucho tiempo será conocido bajo ese nombre tan modesto: “Sindicato de Petits-Carreaux”.

Para desempeñar en él una función, es necesario haberse dado ya a conocer en las Obras católicas de perseverancia. Por esa razón los administradores son, de ordinario, miembros de “San Labre”: la acción profesional y social representa la puesta en práctica de los más elevados principios de la vida espiritual. Las oraciones nocturnas en la basílica del Sacre-Coeur, las misas matinales, el acercarse a la Sagrada Comunión preceden y preparan las sesiones en las que se elaboran los artículos estatutarios, donde se controlan las cuentas, o se precisan las legítimas reivindicaciones.

En los primeros puestos nos encontramos a los queridos amigos del Hermano Idelphus, los miembros de la Sociedad del Beato de La Salle; y son, al mismo tiempo, discípulos del Padre Chaumont, del Padre Paguelle de Follenay, del Hermano Exupérien: Édouard Verdin, empleado modelo en el Banco de Francia, militante sin miedo ni reproche durante medio siglo, admirable en su triple fidelidad a los Lasalianos, a “San Labre”, al sindicato. “Todo lo que soy, declara, lo debo a los Hermanos” [1]. En idéntica posición vemos a Édouard Zirnheld, que presidirá el desarrollo de la obra; también él querrá proclamar su agradecimiento hacia el Instituto, no dudará en escribir [2] que la Confederación francesa de los trabajadores cristianos lleva la “marca de fábrica” de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es decir: “La disciplina en la doctrina, la independencia en la acción, el espíritu de humildad, el sentido práctico”. La C.F.T.C., fuerza sobre la que reposan tantas esperanzas, cuenta también entre sus jefes con otro socio de San Labre, antiguo alumno de los “del cuello blanco”, íntimamente vinculado, de alma y corazón, a sus profesores de antaño: Gaston Tessier.

Ante la mirada de un observador atento y, más aún, del iniciado, el embrión de 1887 anuncia el ser que contemplamos en su robusta madurez. No obstante, ¿quién hubiera predicho la amplitud de su crecimiento? En 1890, el Sindicato de Petits-Carreaux no superaba un total de 253 adheridos; seguía siendo muy pobre en instalaciones y dinero. En cambio, poseía, junto con las convicciones religiosas, la

1 Édouard VERDIN publicó, en 1929, un libro de preciosos recuerdos y de irremplazable documentación: *Los orígenes del sindicalismo cristiano en Francia. Fundación del sindicato de los Empleados de comercio e industria*. — Falleció en 1935.

2 En el prefacio del libro de Édouard Verdin. — Édouard ZIRNHELD también ha publicado la obra titulada *Cincuenta años de sindicalismo cristiano*.

clara noción de sus derechos y de sus deberes, la voluntad emprendedora, el impulso vital.

Sus miembros provenían, en su mayor parte, de las asociaciones lasalianas; ninguno que no estuviese relacionado con el catolicismo, no solamente por el bautismo, por la educación, sino por la más explícita profesión de fe. Y hemos señalado el valor de las almas de los dirigentes. “La agrupación corporativa, constataba Max Turmann, se ofrecía como coronación de las obras juveniles” [1]. En realidad, se trataba de mucho más que de la culminación de una etapa. Es un edificio nuevo que se levanta, muy original, en materiales cuidadosamente elegidos para su resistencia y su duración.

La bandera tricolor le sirve de estandarte; la imagen del Sagrado Corazón ocupa su centro. Unión de Cristo y de Francia, según el deseo divino expresado a la vidente de Paray-le-Monial. Cuando los asociados al sindicato se reúnen entre los peregrinos que presentan a León XIII el homenaje de las clases obreras, el estandarte simbólico flota en San Pedro de Roma; el Papa lo bendice, y ordena que figure a la cabeza del cortejo en el que se despliegan todos los emblemas.

Esta marcha a la vanguardia no podría complacer a los guías del movimiento. El Hermano Joseph estima que sus hijos —religiosos o laicos— han entrado bien por las sendas que el Soberano Pontífice le recomendaba a él personalmente. La asociación juvenil, decididamente, no se contenta con proteger a un cierto número de adolescentes: recluta voluntarios para un trabajo de regeneración. Los habitúa a contemplar los problemas sociales que, mañana, deberán contribuir a resolver a la luz de las Encíclicas romanas.

El sindicato cristiano no se confina en un círculo restringido de ideas y de intereses. Muy conscientemente, se une a los luchadores, los campeones de la causa católica en el Parlamento. Uno de ellos se llama Paul Lerolle: en 1893, escribe a Édouard Verdin y a sus amigos cartas en la que insiste sobre los peligros del individualismo, sobre la necesidad de la asociación para instaurar el reino de una justicia menos imperfecta. “El ejemplo, la dirección tan segura, la inspiración tan elevada del Sr. Lerolle siguen siendo nuestra ley”, afirmará Verdin en los momentos en los que la doctrina sindicalista se haya introducido ya con vigor en las realidades cotidianas [2].

Estos animosos equipos surgidos de los centros de educación religiosa, de las obras postescolares, los vemos también ubicarse al lado de Léon Harmel. Están en el congreso obrero que el apóstol del Val-des-Bois organiza en 1894, en Reims. Los Hermanos han abierto de par en par a los congresistas las puertas de su pensionado de la calle de Venise: “Estamos magníficamente instalados, anota Harmel en su correspondencia; la sala de fiestas puede contener dos mil participantes; las clases sirven para las sesiones de las comisiones; tomamos las comidas en el comedor. Los amables Hermanos han puesto todo a nuestra disposición; en su hermosa capilla está establecida la adoración del Santísimo Sacramento, pedida por Robert,

1 TURMANN, *op. cit.*, pp. 107-108.

2 Paul BLANCHEMAIN, *Un apostolar social et religieux, Paul Lerolle*, París, 1925, pp. 196-197.

el presidente obrero. Gracias a él, una guardia de honor se mantiene, sin interrupción, ante la Eucaristía” [1].

He ahí un cuadro significativo. En la ciudad natal del Fundador de la Congregación, los Lasalianos trabajan en servicio de la democracia cristiana; y la joven fuerza proclama, ante sus ojos, su alianza con Dios.

Regresemos a la tierra. Los informes de la Exposición de 1900 nos suministrarán, sobre el tema del Sindicato de los Empleados, algunas informaciones prácticas y precisas. La agrupación se compone en ese momento de 2.002 miembros, que aportan una cotización mensual de 50 céntimos. “Tiene como objetivo unir en el campo de sus intereses profesionales a los empleados católicos de París, y principalmente a aquello que forman parte de las obras de perseverancia”.

Se subdivide en 8 grupos, según las modalidades de trabajo de cada uno: administración (pública y privada), imprenta, construcción, tejidos, papel, representantes y viajantes de comercio, vestimenta, alimentación.

Utiliza una oficina de colocación, un consejo judicial, profesores de contabilidad, de taquimecanografía, de inglés y de español.

Ha establecido un “servicio de cooperación” (ofreciendo a los sindicatos descuentos para las compras en diversas casas), un “servicio de ayuda mutua” (atenciones médicas gratuitas, indemnización salarial en caso de enfermedad y, hasta, garantía de una pensión de jubilación). Además, han abierto un restaurante obrero.

Una comisión especial estudia las cuestiones económicas y sociales, publica un boletín mensual, completa los elementos de una biblioteca [2].

Sin usurpación, los Hermanos de las Escuelas Cristianas podían atribuirse el honor de una buena parte de esos resultados.

1 Georges GUITTON, *Léon Harmel*, (1829-1915), t. II, p. 24.

2 VÉDIE, *op. cit.*, Anexo número XXXIX. — Cf. sobre el tema del «Sindicato de Petits-Carreaux», las noticias necrológicas de los Hermanos Alban-Joseph y Hiéron, y el *Bulletin des Écoles chrétiennes*, números de abril de 1913, pp. 179-180; de julio de 1929, pp. 284 a 286; de octubre de 1929, p. 321; de julio de 1935, p. 281. Finalmente, es importante señalar la biografía de Édouard Zirnheld que acaba de publicar (1948) el R. P. Stéphane PIAT.

CAPÍTULO IV

LA EDUCACIÓN LASALIANA

Objetivo de este capítulo. La Exposición de 1878 y la circular del Hermano Irlide del 25 de enero de 1879: constatación de los progresos y de las lagunas; direcciones pedagógicas, precisadas aún en los años siguientes. Resultados logrados. — Proyecto de “Guía de los pensionados”, plan de 1873 y de 1874. Defensa de los pensionados ante el Consejo de Estado, en 1883. La prohibición del latín en estos establecimientos escolares. — Esencia de la educación cristiana; el apostolado del catecismo; las lecciones de filosofía; el ambiente religioso; creación de una élite y atención a cada uno de los alumnos. Los cuadros psicológicos del Hermano Auguste-Hubert; su teoría del esfuerzo personal; el trabajo de Passy; el régimen del internado, cómo debe ser practicado: en espíritu de religión y en espíritu de familia. — La encuesta parlamentaria de 1899 sobre la enseñanza secundaria; la Comisión constituida bajo la presidencia de Alexandre Ribot; el Hermano Secretario General Justinus aporta su testimonio: variedad, nitidez, importancia de esa declaración. Declaración final del Hermano Justinus. — Los Lasalianos y los programas de 1902: intervención del Hermano Exupérien y del Hermano Justinus en el Consejo Superior de la Instrucción Pública. — El discurso de Brunetière en el Círculo de los Franch-Bourgeois (11 de marzo de 1900). El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la Exposición Universal; función del Hermano Justinus; recompensas obtenidas; puesto de la Sociedad lasaliana en el mundo; circular del Hermano Gabriel-Marie, del 2 de octubre de 1900. — La obra titulada “Bancarrota de los maestros cristianos en el siglo XIX, sus causas, sus remedios”. Espíritu que anima y motivos que guían al autor; objetivo de sus críticas; interés que presentan y observaciones sobre la falta de fundamento de un buen número de ellas; conclusiones a extraer.

En diversas páginas hemos aprovechado la ocasión de poner a plena luz las ideas y los procedimientos de los discípulos del Sr. de La Salle: maestros de escuelas primarias, directores y profesores de pensionado, organizadores de cursos especiales o de obras juveniles. No se trata ya aquí más que de un complemento de información. Lo encontraremos principalmente en los comentarios observaciones, informaciones precedentes de varias personalidades del Instituto.

En el punto de partida, tenemos una circular del Hermano Irlide con fecha del 25 de enero de 1879. El Superior General comunica a toda la Congregación las reflexiones que le sugieren los trabajos pedagógicos que figuran en la Exposición Universal de 1878. En lugar de extenderse en cumplidos, invita a sus subordinados a una especie de examen de conciencia. Señala las “lagunas”, mucho más que indicar las aportaciones positivas.

La geografía y el dibujo, son las dos ramas de la enseñanza que los Hermanos han cultivado con los mejores resultados. Los grandes iniciadores en estas materias — sabemos que se llaman Hermano Alexis, el geógrafo, los Hermano Pierre-Célestin y Victoris, los dibujantes— han ofrecido un magnífico esfuerzo; los expertos de la época lo reconocen y lo celebran.

Gramática, análisis, composición francesa, todo lo referente al arte lingüístico parece estar en proceso de perfeccionamiento. Es de lamentar, no obstante, que se den demasiado pocas explicaciones a propósito de los métodos de lectura. En cuanto a la escritura, la misma es objeto de abundantes presentaciones caligráficas: se desearía que el interés igualase la cantidad. Pero se nota más bien una disminución, salvo en los envíos de las escuelas canadienses.

La geometría no se estudia suficientemente en sus aplicaciones para la enseñanza primaria. La contabilidad no ofrece apenas nada que llame la atención.

Queda la historia. El Hermano Irlide deplora aquí negligencias y carencias especiales. Por lo cual multiplica los consejos: “Sería muy útil para los alumnos resumir las lecciones por escrito y sobre todo ejercitarse en deducir de los acontecimientos principales las consecuencias morales que de ellos se derivan. Reseñas biográficas..., las modificaciones, los desarrollos de tal o cual institución, los inventos y los descubrimientos más notables, los éxitos y los fracasos de la patria...” podrían servir de temas para redacciones tan provechosas para la formación del juicio como para el entrenamiento de la memoria y el perfeccionamiento del estilo.

Finalmente, después de haber acabado el recorrido por los programas escolares, el Superior formula sus deseos: que al margen de la clase, los niños, debidamente exhortados, ayuden al maestro a recoger “las muestras de materias primas sobre las cuales trabaja la industria local”, los productos naturales del país, sus riquezas minerales, sus vegetales, sus mariposas, sus insectos... de ese modo se podrá construir un pequeño “museo”, cuyo enriquecimiento provocará emulación e iniciativas en la juventud. Excelente manera de poner las mentes en contacto con la realidad, de evitar, en pedagogía, el psitacismo, las nociones confusas, la ciencia vana [1]. En ese aspecto, la escuela cristiana de Lisieux merece una mención elogiosa.

En total, a pesar de las deficiencias lealmente declaradas, la enseñanza de la Congregación sale honrosamente de esa confrontación con los sistemas educativos del mundo entero. “No cae bajo el reproche que, siguiendo una posición ya tomada, se le inflige muy frecuentemente: de establecerse en la rutina, de no tener cuenta de los progresos de la actividad humana”.

Aunque el severo y vigilante observador rehúsa a sus Hermanos un *satisfecit* absoluto, sus mismas exigencias demuestran que el Instituto se preocupa sin cesar por introducir en sus tradiciones un elemento de renovación. Sin duda, las solicitudes de tipo religioso deben seguir estando en primer plano: y por esa razón la circular de 1879 juzga demasiado discreta la parte que las instituciones lasalianas han reservado, en los espacios de la Exposición, a su misión fundamental [2]. Pero no conviene dejarse adelantar por ningún competidor en los caminos de la enseñanza.

Al año siguiente, a propósito de los certificados de estudios demasiado pronto anhelados, el Superior General escribirá: “Si niños de once o doce años obtienen ese diploma, la tendencia a abandonar prematuramente la escuela se agravará. Resultado deplorable tanto para los estudios como para la religión. Las necesidades actuales de la sociedad están reclamando algo más que unos conocimientos

1 Recordemos el principio de COMENIUS, *Docendi sunt homines non e libris sapere, sed ecoelo, terra, quercubus et fagis*. No son los libros, es el cielo, la tierra, son los robles y las hayas quienes deben enseñar la sabiduría a los hombres. (Citado por DURKHEIM, *L'Évolution pédagogique en France*, t. II, cap. IX).

2 Con excepción de las casas de Passy, de Bayonne y de Versailles, dice el Hermano Irlide.

superficiales. Carísimos Hermanos, ustedes servirán los más sagrados intereses de las familias, de la patria y de la Iglesia, retrasando lo más posible los exámenes, de modo que sus alumnos no se presenten al certificado hasta la edad en la que necesariamente deben abandonar las clases” [1].

Cultivo intensivo de la fe; simultáneamente, cultivo, cada vez más amplio, de la inteligencia: la consigna se especifica poco tiempo después [2]. “Al haberse convertido las escuelas cristianas como en una especie de ciudades de refugio para las creencias y las costumbres, dejarían de ser dignas de su pasado, si ya no respondiesen a las necesidades presentes, si, por un lado, no pudiesen desafiar cualquier crítica y mantener cualquier competencia, por la perfección de los métodos, la extensión de los programas, el nivel de los estudios, la superioridad de los resultados; si por otra parte, no ofreciesen un ambiente hasta tal punto impregnado y saturado de espíritu cristiano que los alumnos respirasen en ellas a pleno pulmón la piedad, única capaz de fortificar el temperamento religioso”.

Estas directivas son escuchadas. Los Lasalianos redoblan el impulso de su labor catequística. Y en aquellas disciplinas profanas que dejan particularmente que desear, se benefician de las lecciones impartidas más seriamente en los noviciados menores y en los escolasticados. Eugène Rendu, testigo y juez sutil, anota en 1885: “Un buen número de Hermanos —no todos aún— se dedican, más eficazmente que en el pasado, a hacer comprender a sus jóvenes oyentes el carácter de un periodo importante de la historia, de una institución económica o social, a extraer de ciertos hechos informaciones útiles y conclusiones asimilables”. El antiguo inspector general de la Universidad, invitado a pasar por las clases lasalianas, escuchó plantear con mucha inteligencia preguntas sobre la obra de Sully, la obra de Colbert, las reformas de Turgot; y las respuestas le probaron que el método, claro y paciente, de los maestros produce sus frutos [3].

La costumbre de los concursos escolares estimula la competitividad: la de los docentes y la de los discentes. Durante mucho tiempo practicada en París, donde permite una selección con vistas a la enseñanza primaria superior, se extiende por las provincias. El Hermano Blimond la inauguraba en Orleáns cuando, antes de 1888, dirigía Saint-Bonose: cada mes, las secciones paralelas de diversos barrios recibían el mismo tema de composición. El Hermano Bertulien, que fue director de la escuela parisina de Saint-Sulpice, importa luego a Ruán un sistema análogo al de la capital. Cuando el Hermano Adolphe-Marie se convierta en visitador, establecerá en su distrito de Mans unas justas famosas bajo el nombre de “concursos provinciales”. Para equilibrar las oportunidades, respetar la justicia, las escuelas serán clasificadas por categorías. Cada una recibirá, al principio del año de trabajo, el programa sobre el que será interrogada. El jurado estará compuesto de forma que se evite toda parcialidad [4].

1 Circular del 30 de mayo de 1880.

2 Circular del 6 de enero de 1881.

3 Eugène RENDU, informe de 1885, p. 12.

4 Noticias necrológicas del Hermano Blimond, 1896, del Hermano Bertulien, 1903. — Hermano ALBERT-VALENTIN, *Saint-Pierre de Dreux*, pp. 602 a 611.

No se puede, pues, negar que, en el nivel de primaria, los Lasalianos no continúen siendo fieles a su Regla, y profundamente compenetrados con su deber profesional. No tienen la *Guía*, ese venerable libro, como un texto intocable. Tampoco la consideran como una simple reliquia. Sigue siendo una guía siempre prudente, que proporciona un itinerario. Necesita ser interpretada, suplir sus silencios, superarla cuando no puede conocer el trazado de una ruta nueva.

Pero puesto que la atención a las “escuelas elementales” ya no es la única tarea de la Congregación, sería bueno disponer, en lo que corresponde a otros modelos de establecimientos, de un *vade-mecum* semejante a la *Guía*. El Fundador no dejó nada escrito sobre ese particular; no obstante, desde los comienzos de la casa de Saint-Yon, se ha establecido una tradición. Enriquecida, durante el siglo XVIII, con la experiencia de los profesores, y de la gran institución normanda y de sus réplicas de Saint-Omer, de Nantes, de la Rossignolerie, de Marseille..., esa pedagogía, aplicada a una categoría especial de niños y de jóvenes, encontró su legislador: el Hermano Agathon, que preparó hacia 1788 una edición revisada de la *Guía de las Escuelas*, y le añadió algunos capítulos sobre “la guía de las pensiones”: un juicioso conjunto de principios, definiciones, anotaciones psicológicas, reglamentos administrativos y disciplinarios [1].

Por desgracia, la obra, elaborada en vísperas de la Revolución, nunca llegó a imprimirse. El manuscrito, conservado por el autor, luego recuperado por los archivos del Instituto tras los días de la dispersión, no sirvió más que para suministrar algunos textos para la edición de la *Guía* de 1811. No se utilizaron en absoluto las páginas tan interesantes relativas a los pensionados; la Congregación lasaliana, apenas restaurada, aún muy poco numerosa y sometida a la tutela de la Universidad imperial, no pensaba para nada, bajo el generalato del Hermano Gerbaud, en retomar la obra amplia y compleja que había realizado eficazmente en tiempos más favorables.

Sin embargo, los pensionados acabaron por renacer. Bajo la ley liberadora de 1850, conocían una prosperidad comparable a aquella de que habían gozado en la época de Louis XVI. Un ministro de la Instrucción Pública, Victor Duruy, se inspiraba, en 1864, en sus programas de estudios. Las orientaciones, intelectuales y morales, de Francia después de la guerra de 1870, con el regreso de los “conservadores” al poder, parecía garantizar el desarrollo de las instituciones frecuentadas por los jóvenes católicos de la clase media, hijos de comerciantes y agricultores.

En consecuencia, los Capítulos Generales de 1873 y de 1874 concibieron la idea de la publicación, naturalmente no del trabajo del Hermano Agathon (después de un siglo se habían producido inevitables desfases), sino de un código de semejante naturaleza, en correspondencia con las direcciones propuestas a los maestros de la enseñanza elemental.

1 Ver *Histoire générale*, t. II, pp. 602 a 611.

El Hermano Philippe esbozaba el plan, a continuación de su circular del 21 de julio de 1873: el libro comenzaría con una “introducción histórica” y constaría de tres partes: *Administración general, Enseñanza, Educación*.

Cuando en 1874, el Hermano Jean-Olympe gobernaba el Instituto, confió al Hermano Joseph, director de los Fracs-Bourgeois, la misión de advertir a todos sus colegas para que enviasen informes. “Parece apropiado, dice una carta del 4 de mayo, que cada establecimiento dirija una nota general sobre su organización, su reglamento, su finalidad particular, su personal de profesores, su clientela de alumnos”. El encargado de la tarea reclama, además, informes “sobre los cursos especiales, sobre las conferencias de San Vicente de Paúl, sobre las academias...”. Los Hermanos competentes no deben dejar de aportar su piedra al edificio. Más adelante la documentación se centralizará en manos del subdirector de Passy, el Hermano Albert-Marie. Por otra parte, se trata de poner al día un programa de enseñanza, condensando las materias comunes a todos los pensionados [1].

Ese esfuerzo no llegará a concluirse —probablemente— por falta de disponibilidad, por parte de los directores de los establecimientos, y, sobre todo, por falta de un hombre cuyas horas y actividades pudieran estar enteramente dedicadas a la obra de síntesis. La *Guía de los pensionados* no cesará de figurar entre las preocupaciones de los Superiores Generales; hubiera sido escrita a finales del siglo XIX, si el horizonte político no se hubiese ensombrecido demasiado como para dejar a las almas la alegría de esperar, a las voluntades el gusto de intentarlo.

Al menos la Congregación reivindicará invariablemente el derecho que tiene, recibido de su Fundador, de abrir internados para la enseñanza secundaria moderna. En 1883, el Consejo de Estado se niega a autorizar tanto la entrega de una herencia destinada al establecimiento en Grenoble, como la adquisición de un edificio destinado al pensionado de Passy: el Instituto, se arguye, se sale de su función y se desvía de sus principios al no limitarse a dirigir escuelas primarias. El Hermano Irlide protesta manifestando que las letras patentes de 1724 han considerado y legitimado la existencia de los pensionados; que, desde entonces, las iniciativas lasalianas, lejos de suscitar las objeciones del gobierno, han recibido en, cierto modo, el reconocimiento oficial a través de los ministros del Imperio y de la República, en 1865, 1867, y 1874, con motivo de la discusión de los textos legislativos que se refieren a la enseñanza. Aunque no se le dio la razón ante los juristas de la Asamblea, al menos logró plantear y resolver el problema en los términos más indiscutibles [2].

El campo expresamente prohibido es el de las humanidades greco-latinas. La tentación, confesémoslo, es fuerte de deslizarse hacia ellas; no se puede negar que Francia —y, con ella todos los pueblos de civilización occidental— encuentren en Atenas y en Roma sus orígenes intelectuales; que esos pueblos tengan la oportunidad de comprenderse mejor recíprocamente, y hasta de sentirse más fraternales cuando escuchan la voz de los antiguos. La cultura latina, la cultura helénica sobre todo, contribuyen a la verdadera educación de los hombres de

1 Carta litografiada, adjunta al volumen decimotercero de las circulares de los Superiores Generales. Archivos de la Casa Generalicia.

2 Noticia necrológica, pp. 136-137.

ciencia: en otros tiempos ellas formaron el espíritu de un Lavoisier, de un Laplace, de un Bethelot. Argumento supremo para un católico: la Iglesia eligió el latín y el griego como lenguas de su liturgia, vehículos de sus misterios y de su predicación; se han convertido en parte integral de su tesoro. Negarse a su empleo, ¿no será condenarse a una dolorosa ignorancia?, ¿no será privarse de un perfeccionamiento del alma? [1]

Muchas vocaciones sacerdotales germinan en las escuelas lasalianas. Exigen una preparación humanista. ¿No se atreverán a darla en el propio lugar? Antiguamente, la escuela del Béguinage, en Douai, pagaba un profesor de latín. El puesto fue suprimido en 1872. Algunos años después, una docena de alumnos solicitan su restablecimiento. El Hermano director les concede una bondadosa acogida; informa a los administradores de la fundación que los estatutos elaborados por el Sr. Deforest de Lewarde se pronuncian en favor del reclutamiento del clero. Se solicita un sacerdote-profesor al cardenal Renier; éste no dispone más que de un seminarista. Lo envía a los Hermanos, los cuales lo ponen en posesión de su cargo, adjuntándole uno de los miembros de la comunidad, en calidad de auxiliar. Pero, dado que en julio de 1881 el inspector de Academia declara ilegal ese arreglo, los latinistas del Béguinage, con su profesor, emigran al colegio Saint-Jean [2].

En otros lugares, la ambición de conquistar el antiguo bachillerato en ciencias arrastra a los alumnos mayores de los pensionados a darse un barniz de latín. Ya vimos el caso de Dijon. La Universidad, sintiéndose agraviada por la competencia, intentó un proceso al Hermano director, que un hábil alegato del defensor hizo tornarse en ventaja para el acusado [3]. Los superiores habían mostrado indulgencia; ni el Hermano Irlide, ni el Hermano Joseph eran dados a los rigores sin contemplaciones. Bien resueltos a mantener la Regla, admitían excepciones provisionales, acomodaciones discretas y oportunas. Era la época en la que sobre el particular, los Lasalianos de los Estados Unidos de América se beneficiaban de una situación particular [4].

Un nuevo jefe, el Hermano Gabriel-Marie, decidirá no volver a permitir ninguna derogación. Su golpe de timón, totalmente justificado, es el acto de una voluntad firme, de una mano que no duda. Todo el equipaje conservará el mérito de la obediencia. No sin sacrificios; no sin angustias por parte de algunos. El futuro, con Pío XI, llegaría a compensar a los más afligidos...

Pero durante veinticinco años más, la Regla primitiva se mantiene íntegramente. Los maestros de los pensionados saben lo que costaría infringirla. El Superior General considera importante recordar que “el fin primero y directo” de la Sociedad creada por el Beato Juan Bautista de La Salle reside fuera de tales instituciones. “Las escuelas de caridad, las escuelas de los artesanos y de los pobres” deben ser

1 Cf. R. P. François CHARMOT, *La Teste bien faite*, París, 1931.

2 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico* de Douai.

3 Ver anteriormente, pp. 372-373.

4 Hemos examinado sus causas en el tomo VI de la *Histoire générale*; veremos su continuación en otro volumen.

siempre las preferidas. “Si, nunca Dios lo quiera, no estuvieran más que en segundo lugar”, la Obra del Fundador perdería su carácter [1].

* * *

Profundicemos algo más en el pensamiento de nuestros pedagogos. Algún día se sumarán a esta definición de la educación cristiana enunciada por el Soberano Pontífice: [En su finalidad propia e inmediata, la misma, busca] “cooperar a la acción de la gracia divina en la formación del verdadero y perfecto cristiano, es decir a la formación del Cristo mismo en los hombres regenerados por el bautismo, siguiendo la sorprendente expresión del Apóstol: *‘Hijitos míos, por quienes siento dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros’*” (Gal, IV, 19) [2].

Ese es el ideal que se ofrece al educador religioso. La lección de catecismo es el inicial ensayo de realización. No debe “parecerse a un resumen de teología especulativa” [3], ser “una enseñanza árida” como temía y rechazaba Mons. Dupanloup. Según los consejos del prelado, tan buen psicólogo, es necesario que la clase de instrucción religiosa se desarrolle en un ambiente “familiar”, que establezca un marco de intimidad donde los principios del cristianismo “se insinúen en el corazón”, se vuelvan inseparables de la vida [4]. El método narrativo, tal y como lo preconizaban Bossuet, Fénelon, el Padre Fleury, en el siglo XVII, tal como lo practicaba Gerson ya en siglo XV, se impone, hasta que las inteligencias sean capaces de captar las fórmulas abstractas. Semejante enseñanza, que se dirige a la vez a la imaginación y a la conciencia, que despierta la atención para abrir un camino hacia el fondo del alma, necesita ayudarse de cuadros: el dibujo y la pintura traducen el texto, fijan su tabiques significado en la memoria visual, al modo esquemático de la decoración de las catacumbas, o según el modelo más rico ofrecido por las vidrieras de la edad media [5].

Los Lasalianos se encuentran bien preparados para ese fecundo apostolado. Hemos señalado sus estudios catequísticos, sancionados por una serie de exámenes [6]. Sus alumnos no olvidan la excelencia de ciertos cursos, y guardan en su alma, toda su vida, la influencia del alma de sus maestros. “Con el Hermano Léon-de-Jésus, yo ya era teólogo”, declara un discípulo de don Bosco, antiguamente sentado en los bancos del pensionado de Dreux. Y puesto que, en este momento, se trata de una ciencia y de un celo que honran al conjunto de la congregación, podemos muy bien recordar el nombre del ilustre catequista que fue el Hermano Miguel: el religioso ecuatoriano poseía el arte de esclarecer el sentido de cada palabra, de aclarar

1 Circular del 26 de abril de 1897.

2 Palabras de Pío XI citadas por el Reverendísimo Hermano JUNIEN-VICTOR en su circular del 19 de febrero de 1938.

3 BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 314.

4 BAUNARD, *Un siècle de l'Église en France*, p. 396.

5 BRUGERETTE, *op. cit.*, t. II, p. 314 a 317. — El autor señala las reiterativas demandas en ese sentido del Congreso Eclesiástico de 1896, en Reims.

6 Ver anteriormente, pp. 145 a 148.

mediante ejemplos el tema tratado; de embellecerlo con reflexiones cautivantes. Tan sorprendente exposición, pasando a través de los tabiques, llegaba a los oídos de las clases vecinas, a veces detenía el desarrollo ordinario de un recitado, de una demostración. Desde la capilla muy cercana, se escuchaba también la voz armoniosa y cálida: algunos Hermanos, en oración ante el Santísimo Sacramento, se dejaban llevar por el placer de escuchar a un colega cuya santidad enaltecía, aún más, su elevada inteligencia [1].

Para los jóvenes una formación religiosa semejante adquiriría una solidez, una plenitud incomparable cuando podía nutrirse con buenas lecciones de filosofía. No todos tenían la suerte de encontrarse con el Hermano Gabriel-de-la-Croix, el Hermano Louis, el Hermano Adolphe-Joseph; los privilegiados se daban cuenta de la importancia capital que se concedía a esa culminación de los estudios. Los años precedentes, habrían carecido de la madurez necesaria; una vez salidos del colegio, las especializaciones apresuradas los habrían privado de las ocasiones de instruirse y de meditar. El profesor, apasionado por convencer, resuelto a crear hombres verdaderos, había intervenido exactamente en su momento [2].

Pero, prescindiendo de estas ventajas —sin duda poco comunes— existía, en la mayoría de los establecimientos escolares, el ambiente que facilita el conocimiento y la realización del deber. La virtud de los maestros ejerce su poder; la conducta de los mejores compañeros, de aquellos que pertenecen a las congregaciones marianas, se impone mediante su trabajo, su alegre fervor, por su sincera forma de ser, y finalmente conjura “el mal ambiente”, aleja los vientos de revuelta y la insolente murmuración. A fin de cuentas, escuelas y pensionados no están impedidos de practicar una selección: rechazando los elementos sospechosos, candidatos con demasiada edad para dejarse modelar por las exigencias de la disciplina colectiva; mediante la eliminación de los viciosos, rebeldes a cualquier cura de almas, y capaces de extender funestos contagios.

“Nuestros alumnos, escribía el Hermano Augusto-Hubert, no recibirían con nosotros una educación cristiana si únicamente tuvieran apariencia de creencias... No deben ser mundanos untados de cristianismo, sino caracteres donde la gracia ha esculpido la imagen de Jesucristo”.

No se le quita a Dios su parte. El Creador, el Redentor, el Soberano Bien continúa su obra por medio del pedagogo. La savia del Evangelio debe circular por todas las ramas, sin que pongan obstáculo, en el maestro y en el alumno, ni el diletantismo, la rutina o la indiferencia, ni el amor propio y las miras interesadas [3].

Pero hay que entender bien esta palabra: la élite. Todo ser humano, normalmente formado, libre de herencias demasiado pesadas y de hábitos tiránicos, está llamado a desempeñar una función entre sus contemporáneos. Una página de Henri

1 *Vie du Frère Miguel*, pp. 106 y ss. Citado por el Reverendísimo Hermano Junien-Victor en la circular del 19 de febrero de 1938.

2 Cf. CHARMOT, *op. cit.*, pp. 226-227.

3 Cf. BAUDRILLART, *Vie de Mgr d'Hulst*, 1912, t. I, pp. 418 a 420.

Bremond, comentando las teorías de un educador inglés, Édouard Thring, ayudará, pensamos, a ilustrar el pensamiento lasaliano.

“La escuela, dice Bremond, no tiene finalidad más esencial que la de preparar a los jóvenes para ser personas a la altura de su misión en este mundo; y como todos, inteligentes y débiles de mente, tienen una misión, cada niño, por más limitado que sea, tiene derecho exactamente, a tantas atenciones por parte de sus maestros, como los más brillantes de sus compañeros, a menos que, por razones particulares, no reclame aún mayor celo y dedicación... Thring planteaba en primera línea esta idea fundamental: en un verdadero colegio, es necesario que cada alumno sea objeto de una atención directa y personal. Un niño del cual sólo se ocupa uno en general, es como si fuese excluido de la casa [1]”.

Esa atención individual, los Hermanos la consideran también como de estricta obligación. Su Fundador, al utilizar el método de enseñanza simultánea, no olvidó que en realidad la educación sigue siendo la acción de un espíritu y de una conciencia sobre una sola alma a la vez. No existen dos naturalezas absolutamente idénticas: los procedimientos a emplear varían, pues, casi al infinito; o, al menos, conviene matizarlos, combinarlos o disociarlos, después de un escrupuloso examen de los caracteres y de los temperamentos. En el libro de la *Guía*, unos análisis cuidadosos inician este trabajo psicológico.

No hay pues que sorprenderse al ver a los discípulos de san Juan Bautista de La Salle extremadamente hábiles en sacar partido de las inteligencias mediocres o perezosas. Algunos los alaban, otros les dirigen reproches, por semejante paciencia, de tal asiduidad con respecto a todos los alumnos de sus clases. Las familias tienden a menudo a confiarles aquellos que llamamos “malos estudiantes”. De ordinario, muy tarde, y cuando la situación parece sin salida. Los profesores, sin embargo, se las arreglan para soplar la ceniza, para reanimar la chispa. Normalmente lo logran, porque no desesperan.

Así actuaba el Hermano Vigbert-Louis que prohibía a la comunidad de Saint-Genès el pesimismo, que proclamaba “el valor de toda alma bautizada”, que reclama al educador una confiada y constante colaboración con la gracia divina liberalmente concedida a las más humildes criaturas racionales.

Por su parte las máximas del Hermano Auguste-Hubert se enunciaban con una perfecta nitidez, antes de traducirse en maduras actuaciones. Declaraba: “Quiero estudiar los corazones uno por uno..., conocer las disposiciones personales de cada alumno, modificar, en consecuencia, mis métodos y mis exigencias”. Observa, experimenta, controla, durante semanas y meses. Acaba concluyendo que se trata de un exceso de sensibilidad, de la preponderancia de la imaginación, o bien del predominio de la voluntad, la frialdad de una razón lúcida. Cuando se cree suficientemente bien informado, resume su encuesta en un “cuadro sinóptico”; retrato que no deslizará, sin pensar más en él, en algún cajón, sino que lo consultará en el momento de dar un parecer indispensable —exhortación o reprimenda— o de orientar el esfuerzo educativo de los padres y de los maestros; retrato que retocará,

1 H. BREMOND, *Ames religieuses*, (1902), *Un Éducateur anglais*, Édouard Thring.

cuidadosamente, incansablemente, según las fluctuaciones, las crisis, las correcciones del interesado, hasta el día en el que abandone el pensionado [1].

El psicólogo respeta las personalidades cuyas profundidades ha escrutado. Afirma, como conclusión: el problema de la educación es el niño quien debe solucionarlo, con la ayuda de hombres realizados.

“El mejor de los maestros no crea nada en sus alumnos y no puede nada sin ellos” ese es el lenguaje que maneja el Hermano Auguste con la juventud que le rodea. “Deseamos formarles, añade, no llenarles la mente... No sean máquinas de recitar, sino inteligencias que razonan... En la educación moral, nuestro objetivo es prepararles para las luchas de la existencia... Tienen que abordar el mundo exterior con un cuerpo sano, un alma sana..., como cristianos serios, no como *bienpensantes* a los que su cristianismo no les preocupa” [2].

No hay ningún trabajo, ninguna virtud que no comience por un esfuerzo. Es el *leitmotiv* del director de Passy. Y ese esfuerzo, “constante, progresivo, universal” no duda en pedirlo bajo la forma del “sacrificio”. Recuerda a sus oyentes el precepto de Jesús: si ustedes quieren ser mis discípulos, ¡niéguese a sí mismos! “No podemos enseñarles otra doctrina... Hay que saber y querer sufrir: si uno goza siempre, la carne se vuelve despótica, la conciencia se anestesia, la voluntad se enerva, todo el ser se corrompe... El espíritu de sacrificio es la ley de su educación, al igual que la ley de toda vida cristiana” [3].

Passy, la imagen más completa de los pensionados lasalianos, se presenta como una colmena de actividades, no como una fábrica o como una cárcel. “Nunca se les ha tratado a ustedes como autómatas, reitera el buen educador. Hemos querido darles el gusto, la necesidad del trabajo de la mente, no de un trabajo especializado, como conviene después de la elección definitiva de una vocación o de una carrera, sino de todos los estudios en relación con su edad y que son una gimnasia provechosa para sus facultades. Sus profesores han guiado el esfuerzo personal; no lo han hecho tan fácil como para que su aplicación se convierta en una diversión... Los programas, orientados hacia el bachillerato, no le estaban totalmente sometidos” [4].

En cuanto al régimen del internado, no merece ni condenación ni panegírico. “Si la familia posee fuertes tradiciones, explica el Hermano Auguste, si su jefe goza de una autoridad moral suficiente, de una cultura personal y de un dominio de sí mismo, no hay nada comparable con la educación familiar”. Semejantes condiciones no se encuentran fácilmente reunidas. Además, circunstancias de hecho, pueden obligar a los padres a vivir lejos de sus hijos.

1 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, pp. 107 a 115.

2 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, pp. 86 a 89.

3 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, pp. 91 a 94.

4 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, p. 168.

Entonces, es importante garantizar a los “pensionistas” todas las ventajas de la educación en común, de la fuerte disciplina, de la emulación en las tareas cotidianas, en los juegos, en los buenos ejemplos. “El internado es un medio social adaptado a la capacidad de acción y de resistencia del niño”. Ayuda a la fusión de las castas y contribuye a la formación de los caracteres.

Pero no vale nada, “si en ellos la influencia de la religión no es preponderante”. Cuando los adolescentes se encuentran en continua relación sin ser protegidos por una fe viva y sin practicar el respeto de sí mismos, “se opera en ese medio una fermentación de inmoralidad... Los malos se vuelven peores; los buenos sufren, y muy a menudo sucumben; los débiles son víctimas de todos los entretenimientos”.

El hombre competente lo reconoce, un pensionado, incluso muy cristiano, es “difícil de dirigir, especialmente cuando el número de alumnos es muy considerable”. Un orden riguroso se impone, para evitar la anarquía. Pero, tal rigor puede perjudicar el pleno desarrollo de las almas.

Por lo tanto debe mitigarse con un “real espíritu de familia”. El ambiente de hogar penetra en los grandes establecimientos del Instituto. Los padres acuden al recibidor, se entrevistan con el Hermano Director, con algunos de los Lasalianos de la comunidad, se sienten a gusto. Y la correspondencia epistolar regularmente intercambiada entre el pensionado y la casa paterna, muestra que el corazón de los niños une gustosamente la familia ausente a los sentimientos de afecto inspirados por el entorno de los profesores y los condiscípulos.

Transformar la vida común en vida gregaria, esa es la queja, que no sin razón, se dirige a muchos internados. ¡Pobres alumnos, cabezas anónimas en el hacinamiento del “rebaño”! Pero no se escucha esa queja, cuando “el pastor conoce a cada una de sus ovejas”, la llama por su nombre, la libra de las zarzas y la devuelve a la alegría del redil.

El niño no está triste más que cuando no ama y no es amado. ¡Cuidado, pues, con su aburrimiento, su tristeza! “Aburrimiento, desánimo, desmoralización se encadenan para arruinar la obra educativa”. En Passy, se “cultiva la alegría”. ¡Feliz y apacible existencia! escribe un “antiguo alumno”. El Hermano Auguste-Hubert, después del Hermano Théotique y el Hermano Libanos, “ha logrado esa maravilla de crear felicidad entre unos muros austeros, sin suprimir nada a una educación viril” [1].

* * *

Nada queda por decir, según parece, sobre el fondo de la pedagogía lasaliana [2]. Para precisar, en atención al público, las formas exteriores, se presentó una ocasión en 1899. El Hermano Justinus, Secretario General de la Congregación, supo señalar

1 Hermano PAUL-JOSEPH, *op. cit.*, pp. 76 a 82.

2 Sobre el particular, se podrá además, acudir a los precedentes volúmenes de esta *Histoire générale*, principalmente a las pp. 540 a 598 del tomo I, pp. 570 a 611 del tomo II, pp. 486 a 531 del tomo V.

entonces, de la manera más apropiada, varios de los objetivos esenciales pretendidos y logrados por los herederos de un “Maestro” genial.

La Cámara de los diputados, en su sesión del 12 de diciembre de 1898, prescribía una encuesta sobre las causas de la crisis padecida por la enseñanza secundaria: el número de alumnos disminuía en los liceos, las humanidades clásicas contaban con detractores, el nivel de los estudios comenzaba a bajar; el favor de las nuevas generaciones parecía orientarse hacia las escuelas técnicas. Y como imperaba el sectarismo en los medios políticos, se echaba la culpa a la enseñanza libre: hacia él derivaban las corrientes juveniles, ¡en perjuicio de la Universidad! Algunos hablaban ya de derogar la ley de 1850; otros proponían privilegiar la enseñanza pública, no manteniendo la obligación del bachillerato más que en contra de la clientela de las casas religiosas.

Perplejidades, inquietudes, mezcladas con amenazas, condujeron al proyecto de una encuesta previa. Se estableció una comisión compuesta por 33 miembros. Reunida desde el 27 de enero de 1899 hasta el 27 de marzo, tuvo 38 sesiones y escuchó 196 declaraciones. Además se dirigieron cuestionarios a los Consejos Generales, a las Cámaras de Comercio y a los rectores de Academia.

Estos trabajos, cuyos resultados quedaron consignados en seis volúmenes, honraron, en definitiva, a los encuestadores y a los testigos interrogados. Entre los primeros, se encontraban católicos, como Albert de Mun, Jacques Piou, el Padre Lemire, liberales como Aynard. La presidencia pertenecía a Alexandre Ribot: jurista apasionado, defensor de los derechos del Estado, bastante receloso con respecto a la Iglesia, totalmente partidario de la Universidad, pero espíritu abierto, penetrante, respetuoso de las opiniones ajenas y hábil conductor de las discusiones [1].

Llamó a su estrado a todas las personalidades competentes: al arzobispo de Toulouse, Mons. Mathieu, a los rectores de los Institutos católicos, a los directores de los principales colegios libres, a los miembros de las Congregaciones docentes. Y así fue como el Hermano Justinus tuvo que suministrar, en la sesión del 28 de marzo, aclaraciones que no solamente llamaron la atención de los comisarios sino que, una vez publicadas, merecieron las alabanzas de los especialistas de la pedagogía y de la psicología [2].

Inmediatamente, el Presidente se mostró preocupado por las posiciones asumidas por los Lasalianos sobre el terreno escolar. Les dijo: “Ustedes, desde hace algún tiempo, sobre todo en estos últimos años, han extendido el carácter de su enseñanza. Antiguamente, la enseñanza primaria constituía su objetivo principal”

“... Señor Presidente, respondió el Hermano Secretario General, existen sobre este tema prejuicios que le pido permiso me permita disipar...” Se comprenderá mejor la función de nuestra Congregación cuando se conozca su historia. Y el Hermano Justinus relata a grandes rasgos el pasado de los grandes pensionados, Saint-Yon,

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, pp. 279 a 282.

2 La declaración del Hermano Secretario General fue objeto de un folleto impreso en París, por Davalois, en 1899 (ejemplar conservado en la Biblioteca nacional bajo el registro Le ⁸⁹ 141). Gustave LE BON habla con admiración en su obra *La Psicología de la Educación*.

Marsella... su destrucción en 1792, los recomienzos del siglo XIX. Define la obra: "Una enseñanza media o secundaria hacia las carreras comerciales, industriales y agrícolas".

La "versatilidad" del sistema "contrastaba con la inflexibilidad de los programas universitarios". La misma explicaba sus rápidos y duraderos éxitos, pero también la alarma de las autoridades académicas. Los Hermanos adquirían, ante los ojos de ciertos inspectores y algunos rectores, incluso de un ministro, el aspecto de revolucionarios audaces, intrusos. Victor Duruy los consideraba, en cambio, como precursores, modelos; estimó que había que suscitar, en vez de impedimentos, una leal competencia. De ahí, sus visitas a Passy, y la exposición de los motivos de su proyecto de ley sobre la enseñanza especial.

"El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, concluyó el representante de la Congregación, no se ha salido de su función primitiva... Sencillamente ha continuado siendo fiel a las tradiciones dos veces seculares de su Fundador".

No innovaciones sino progreso en las sendas abiertas desde el origen. Y, aprovechando la oportunidad, se puede recordar que los métodos de J.-B. de La Salle triunfan en las escuelas públicas. Como lo señala Ferdinand Buisson en su *Diccionario de Pedagogía*, "el Sr. Gérard, habiendo constatado el éxito de los Hermanos, decidió la transformación de las escuelas mutuas de París en escuelas simultáneas".

Pero la encuesta no se refiere a la enseñanza primaria. Y aunque, en realidad, la crisis de clientela afecte mucho más a las escuelas que preparan para el certificado de estudios que a los liceos y los colegios (en diez años, el número de alumnos de primaria ha disminuido en 320.000), es necesario limitarse a las indicaciones, de manera que quede bien asentado el juicio de los 33 hombres políticos.

¡Qué se tomen en cuenta los números! Los cursos complementarios, las escuelas primarias superiores, las escuelas profesionales dependientes de los poderes públicos han ganado 16.600 alumnos, sustraídos en su mayoría, a los maestros de grado secundario. Lo cual manifiesta ya las tendencias de un gran número de mentalidades.

Otra estadística, las de las carreras seguidas por los antiguos alumnos de los principales pensionados del Instituto: 35 por 100 de entre ellos se dedican al comercio; 33 por 100 son agricultores; 15 por 100 industriales. Queda un 17 por 100, que se reparte así: 7 en las administraciones, 5 en el ejército y las colonias; finalmente 5 que, continúan sus estudios, se destinan a las profesiones liberales.

Los Hermanos, sin embargo, no practican, hasta nueva orden, las especializaciones en amplia escala. En primer lugar, es conveniente advertir que casi la mitad de sus alumnos, en los establecimientos escolares aludidos, se detienen antes de finalizar sus estudios; muchos incluso no superan en absoluto la etapa de la primaria, tal como la realizan las clases inferiores de los pensionados. Luego, tan sólo de modo paralelo a la enseñanza secundaria moderna, y para dar respuesta a las aspiraciones cada vez más nítidamente expresadas, se organiza una enseñanza más concreta, enfocada hacia la preparación para un empleo. Se estima en 4.000 el número de niños que pertenecen al ciclo primario del que estamos hablando, en

2.000 el total de las clases llamadas “comerciales” o “profesionales”, en 5.000 la de las clases de la enseñanza moderna.

Estas precisiones llevan al presidente Ribot a preguntar: “¿Encuentra usted que el programa de la enseñanza moderna no está suficientemente adaptado a las necesidades comerciales?”

El Hermano Justinus replica, con toda franqueza, que dicho programa no es más que un calco del programa “clásico”.

“Así pues, continúa el interrogador, ¿ustedes han necesitado transformarlo para los futuros comerciantes?” —“Nuestra preocupación sigue siendo la de adaptarnos a las necesidades de las diversas regiones”.

Los Hermanos son fieles a los principios generales de educación. Pero no encierran a su clientela en esquemas rígidos. Se prestan a las múltiples formas de la vida, como su Fundador les dio el ejemplo.

“Es mediante un entendimiento reflexionado con las familias como nos aplicamos a solucionar el problema de la orientación... Algunos padres nos dicen: “¡Hagan de nuestro hijo un joven instruido, bien educado, provisto de fuertes convicciones cristianas y de buenas reglas de conducta; no deseamos nada más!”. “En ese caso, ¿por qué no limitarse a los estudios secundarios?”

En otros lugares, se preferirá la enseñanza primaria superior. Se imparte tanto en algunos pensionados con exclusión de cualquier otro programa, como en una de las secciones de un establecimiento escolar orientado en su conjunto hacia el bachillerato. Muchos alumnos, sin adoptar un programa exhaustivo, reciben lecciones de dibujo industrial, de contabilidad comercial, de agrimensura, o nociones de agricultura. Existe, en el pensionado Santa María de Quimper, un curso de enseñanza agrícola que ha contribuido seriamente a los progresos básicos de Bretaña. Bastante variados se presentan los establecimientos propiamente técnicos, en Brest, en Douai, en Lyon, en Saint-Étienne... La Obra de Saint-Nicolas, desde hace mucho tiempo, realiza, en ese aspecto, un esfuerzo inmenso y coronado de éxitos.

¿Qué debemos pensar sobre el reproche a veces indicado a la Congregación lasaliana: “Ustedes llevan a cabo una competencia perjudicial para los liceos del Estado y los colegios eclesiásticos?” “Por una parte, habrá que reconocer que algunas familias cristianas, al optar por la enseñanza moderna, acuden naturalmente a los maestros religiosos que han creado las tradiciones de esas disciplinas intelectuales”. Por otra parte, ¿cómo hablar de invasión en el campo del clero, puesto que los Hermanos se niegan a organizar cursos de latín?

Lo que resulta cierto, para todo observador imparcial, es que la evolución social favorece el sistema antiguamente inaugurado en Saint-Yon. Cuando el Fundador trazaba sus líneas maestras “no respondía más que a las necesidades de una minoría de jóvenes. En las clases acomodadas de la nación, las actividades se orientaban hacia las carreras liberales. Desde entonces, se ha operado una transformación del mundo. Las necesidades de la vida se han vuelto mucho más

apremiantes. Nosotros acogemos a la multitud, a partir de ahora considerable, de aquellos que se encuentran lidiando con ellas”.

El diálogo, a partir de este momento, se vuelve más animado. Y las preguntas de Alexandre Ribot provocan, en el Hermanos Justinus, respuestas cuya claridad, precisión, sentido común cautivan al auditorio.

EL PRESIDENTE: “¿Considera usted que el modelo de educación moderna, tal como ha sido establecido en 1891, sea susceptible de extenderse?... O por el contrario ¿es su opinión que hubiera sido mejor atenerse al modelo del Sr. Duruy?”

EL HERMANO JUSTINUS: “Pienso que ciertos amigos de la enseñanza moderna han soñado para su cliente una ambición demasiado amplia, la de suplantar la enseñanza clásica”.

EL PRESIDENTE: “A su parecer, ¿hubiera valido más quedar en el marco de 1865?”

EL HERMANO: “Pienso que ese marco no es inmutable. Se hubiera podido modificar el sistema escolar, dar a los programas la flexibilidad que les faltaba. Nosotros hemos intentado, por nuestra modesta parte, realizar una semejante mejora... ¿No se podría aplicar, sobre un fondo común de conocimientos, unas disciplinas particulares, adaptadas a las diversas regiones?”

“Distingamos dos categorías en la enseñanza moderna: la primera, compuesta por alumnos que no continúan sus estudios hasta el bachillerato; para ellos, conviene idear un ciclo específico. Los otros piden una formación completa, diferente de la cultura greco-latina, pero que ofrezca unas garantías equivalentes, en cuanto a los resultados de tipo práctico y social. El número creciente de bachilleres modernos ofrece la prueba de esas aspiraciones. No nos expongamos a desviar tantas mentes fuera de sus caminos”.

EL PRESIDENTE: “Entonces según usted, ¿hay que mantener la reforma de 1891, es decir un ciclo completo de estudios que conduzcan al bachillerato moderno?”

EL HERMANO: “Sí, pero a condición de aligerar los programas y flexibilizarlos”.

EL PRESIDENTE: ¿Piensa usted que sea necesario abrir la escuela de derecho o la escuela de medicina a aquellos que han seguido el ciclo completo?”

La cuestión revestía un carácter un tanto insidioso. Ya que los más exaltados partidarios de las humanidades clásicas declaraban que el latín seguía siendo indispensable para los futuros médicos y a los futuros juristas; evidentemente hubieran considerado petulante al “moderno” que hubiese pretendido aventurarse en el campo de Bartolus y de Cuyas, de Hipócrates y de Galeno. Por eso, el Hermano Justinus expresó primeramente una respuesta hábil y amena, provocando también la sonrisa en los labios de los comisarios:

“Le ruego, señor Presidente, me permita guardar silencio... ¡No queremos dar a entender unas ambiciones a las que somos muy ajenos!”

El Sr. Ribot insiste: “¿Temería usted quizás que la enseñanza primaria superior se colara por esa puerta en las Facultades correspondientes?”

¡Pues bien! el Hermano no se negó a contestar: “No hemos solicitado ese privilegio; y no lo reclamamos en este momento. No obstante —para ser sincero hasta el final— nos sería difícil admitir que un bachiller moderno, como de hecho los hay, que pasea una real cultura literaria, y que se haya señalado por sus éxitos en historia natural, en física y química, no pueda llegar a ser un buen farmacéutico, y hasta un hábil médico”.

Detalle curioso, la última observación irónica es presentada por Jacques Piou. El jefe de la Acción Liberal, cuyas simpatías no admiten dudas, desea mostrarse imparcial, o bien ofrecer al religioso educador la ocasión de explicarse.

“Nos cuentan, —así introduce su observación en el debate— nos cuentan que los alumnos egresados de las escuelas de los religiosos, cuando entran en las escuelas del Estado, caen por debajo de su nivel de admisión. ¿No sería esa una indicación a tener en cuenta? Esos jóvenes, ¿no habrían recibido un exceso de atención, tras el cual pierden sus adquisiciones?”

El Secretario General del Instituto no se deja desconcertar. Sin duda, admite, las deficiencias individuales siempre son posibles. Pero, para rechazar ciertas alegaciones, basta exponer los hechos. Los alumnos de Passy salen de la Escuela Central con excelentes calificaciones. En la Escuela de Minas de Saint-Étienne, once primeros alumnos, unos que consiguieron ese puesto en el concurso de entrada, los otros en la clasificación final, durante los diez últimos años, habían seguido las lecciones del Hermano Rodolfo. Sobre cien “mineros” que obtuvieron los diez primeros puestos desde 1889, 51 procedentes del pensionado de la calle Désiré se encontraban entre esos cabezas de lista, durante su admisión, y 53 en el momento de la entrega del diploma. Si fuesen necesarias otras pruebas de éxitos mantenidos y hasta incrementados, el Hermano Justinus podía exhibir una, muy convincente: en julio de 1898, la suma de los números de orden para los 19 candidatos recibidos (del primero al trigésimo séptimo) daba la cifra de 382. Ahora bien, en la clasificación de enero de 1899, realizada al interior de la Escuela Superior de Saint-Étienne, los puestos de esos mismos jóvenes, escalonados desde la del primero al trigésimo, alcanzaban el índice de 283: es decir un avance muy claro (concretizado por la cifra 99, diferencia entre los dos índices).

Antes de ser calurosamente agradecido por el presidente de la comisión, el excelente religioso concluyó su testimonio con la siguiente declaración: “los Hermanos tienen sumo interés en mantener la tradición de sus buenas relaciones con la Universidad... Ustedes nos encontrarán siempre dispuestos a dar una patriótica cooperación, en todo aquello que se refiera a la importante tarea de la educación nacional”.

* * *

El Hermano Justinus no pronunciaba frases a la ligera. El Instituto, al que su palabra comprometía, no permaneció ajeno a la redacción de los programas de 1902.

En enero de ese año, Georges Leygues, ministro de la Instrucción Pública, escribía al presidente Ribot: “La encuesta que usted dirigió, durante la cual recibió las declaraciones de los hombres más eminentes de todas las profesiones y de todos los partidos y que es, sin duda, una de las más completas y de las más fructíferas

que hayamos conocido, los trabajos de la comisión parlamentaria y sus informes, los del Consejo Superior de la Instrucción Pública y de mi Administración, los estudios realizados en el congreso de profesores, en la Universidad y fuera de la Universidad, por los hombres apasionados por tan importantes problemas, tantas buenas voluntades, la acumulación de documentos tan preciosos, un esfuerzo tan inmenso, no es posible que todo eso se vaya a perder” [1].

Sí, Universitarios y religiosos, Parlamentarios, funcionarios y ciudadanos libres, las profesiones más diversas trabajaban en la reforma de la enseñanza. El Secretario General de los Lasalianos desempeñó su papel en esas circunstancias.

Los proyectos del ministro, lógicamente concebidos, habían sufrido, durante su gestación, retoques y añadiduras inoportunas. Cada especialista se había sentido en la obligación de añadirle lo que creía, de buena fe, necesario para la cultura literaria, científica, histórica, filosófica, de las jóvenes generaciones. Éstas corrían el gran riesgo de desanimarse ante tan pesadas horas de trabajo prolongadas durante varios años escolares.

El Hermano Justinus encargó al director de uno de los pensionados, maestro de gran mérito, de una especie de oficiosa revisión. “No es nada probable, le comunicaba, que se vuelva sobre el fondo de la cuestión. Pero podemos y debemos intentar corregir los errores más lamentables. Habremos mostrado nuestra sincera opinión... Formule usted la suya: 1º sobre el conjunto de los programas, indicando las razones por las cuales considera demasiado extensos, muy diferentes también de los antiguos programas matemáticos elementales; 2º sobre tal o cual rama, indicando lo que podrían ser útilmente sacrificado”.

Doce días más tarde, el 30 de mayo de 1902, un informe partía con destino al buen “obrero de la revisión”. El Hermano Justinus había ganado ampliamente la causa. Narraba “el acontecimiento”, a la vez que se disimulaba con modestia detrás del Hermano Exupérien, representante titular de la Enseñanza libre en el Consejo Superior de la Instrucción Pública.

“Nuestras observaciones han conmovido a algunas buenas mentes de esa asamblea. En el momento de la votación sobre el programa de ciencias, el Sr. Gréard presentó, con mucha fuerza, observaciones inspiradas por las notas que nosotros les habíamos proporcionado. El ministro presidía la sesión; él mismo solicitó una reunión de la Comisión de ciencias con el objetivo de un nuevo examen... Dicha comisión trabajó sin descanso. El jueves, a las 3 h., el Consejo escuchó el informe del Sr. Darboux, decano de la Facultad de Ciencias de París. Con toda franqueza, el informador declaró que las notas entregadas por el Hermano Exupérien habían sido tomadas en consideración, en la medida de lo posible; y propuso al Consejo un cierto número de modificaciones”.

Para regocijo de su corresponsal, luego, el Secretario General presentaba a Ernest Lavis, personaje de tanto peso en las esferas gubernamentales, “bromeando amablemente sobre el Carísimo Hermano Exupérien”: “Ahora es el Hermano

1 Citado por F. BUISSON, en el *Nouveau Dictionnaire de pédagogie*, artículo *Lycées et collèges*, col. 1141-1142.

Exupérien quien guía el Consejo; no hace mucho ruido en su rinconcito, ¡pero de todos modos nos hace avanzar!” [1]

“*Cortesía*” francesa; que ¡lastimosamente! no impedirá que los prejuicios sigan subsistiendo y las iniquidades se hagan realidad. No obstante, el valor profesional, el valor humano de los discípulos del Sr. de La Salle eran reconocidos por los jefes y los oráculos de la República...

* * *

En el mundo de las letras, las mentes superiores proclamaban igualmente su estima por la obra realizada por los Hermanos de las Escuelas Cristinas. Ferdinand Brunetière, que se encaminaba con decisión hacia la fe católica, había aceptado presidir, en el mes de marzo de 1900, la sesión anual del Círculo de los Francs-Bourgeois. Su discurso, pronunciado con vigor, y el acento de convicción, que subyugaban a los oyentes, fue un magnífico homenaje a los religiosos educadores.

“Lo que admiro y amo en sus maestros, dice el académico a los antiguos alumnos del Hermano Joseph, es, en primer lugar, el carácter popular o social de su Instituto... No conozco obra más democrática que la suya... La verdadera democracia consiste... en extender y estrechar los lazos de la solidaridad..., en favorecer la perpetua ascensión de los humildes hacia las cumbres y hacia la luz. ¿Quién mejor que ustedes, mis queridos Hermanos, ha intuito la llegada” de esta nueva potencia, “quien, mejor que ustedes, ha contribuido a ella?”

“Ustedes nunca separaron” (y esa es la razón profunda de su éxito), “la enseñanza de la educación... Ustedes se han dedicado en primer lugar a formar las conciencias... ¡Será necesario regresar, a esa primacía de la educación moral y religiosa!” ¡Por haberla afirmado, puesto en práctica, reciban nuestro agradecimiento!

Brunetière se complacía luego en saludar, en el Beato de La Salle, al hombre que había “asentado el principio de la gratuidad de la enseñanza”; principio, por cuyo mantenimiento, los Hermanos habían luchado “contra más de un gobierno, contra más de una política”.

A la vez que manifestaba sus preferencias por las humanidades clásicas, “de singular y única virtud”, el orador convenía en que, al evolucionar las formas de la existencia, era necesario adaptar los programas de estudio: también, sobre ese particular, los Hermanos habían demostrado ser precursores.

Después de doscientos años, continuaban siendo los mismos, sin mostrarse ineptos para “acomodarse” a los cambios de las naciones. Y, el siguiente apóstrofe, lanzado a los del cuello blanco merecerá no caer en el olvido:

“Son ustedes antiguos y son modernos; provienen del tiempo de Luis XIV y son de nuestro tiempo; han precedido ustedes en la senda del progreso a aquellos que se consideran como los heraldos del siglo futuro” [1].

1 Noticia necrológica del Hermano Justinus, pp. 40 a 42.

El siglo que finalizaba establecía, antes de fenecer, el balance de sus conquistas. En aquella famosa “Exposición Internacional”, los Lasalianos ocuparon un puesto mucho más que honroso.

Se notaba la mano de su Secretario General. El Hermano Justinus, para esa participación del Instituto en el triunfal escaparate de los progresos de las ciencias, se propuso una intención apologética. ¿Daba la enseñanza de la congregación señales de clara inferioridad? Era importante probar lo contrario.

Se enviaron Avisos a todos los centros educativos, precisando el tipo de documentos que debían figurar en los stands. Se crearon comisiones regionales, encargadas de realizar una primera selección. La segunda tuvo lugar en París, bajo severos controles. Los trabajos así seleccionados provenían no solamente de la metrópoli, sino también de las colonias, y de todos los países por los que se había extendido la congregación.

El Hermano Justinus mismo los presentó a la comisión oficial. Alabado por sus cualidades de organizador, puesto de relieve por su competencia pedagógica, conquistando simpatías, se vio recompensado por su espléndido esfuerzo [2].

El Instituto recibió tres “grandes premios”: por su enseñanza primaria, por su enseñanza profesional, por su actividad social.

Trece “medallas de oro” recompensaron la enseñanza secundaria moderna, la enseñanza agrícola de Beauvais y de Limoux, la enseñanza técnica, la de los sordomudos, la escuela normal de Feldkirch en Austria, las iniciativas geográficas del Hermano Alexis, la casa de Tananarive y, de forma general, los resultados de la “colonización”.

Los Hermanos del Canadá recibieron algunas medallas de plata, por sus pacientes y eruditos mapas en relieve, e individualmente a los Hermanos Charles, por el dibujo, Léobert, por la caligrafía, Justinus, por la “técnica”, Alexis por sus obras personales, Anselmis, por sus cursos de enseñanza marítima en el Havre, Léoderic, por sus lecciones en la escuela de Revel (Haute Garonne), Bellot, por su colaboración en el Instituto Agrícola de Beauvais, Florimondis, por la mutualidad Saint-Éloi de Dunkerque. Élie Bernat, presidente de los antiguos alumnos de Burdeos, y Édouard Verdin, en calidad de miembro del Consejo de las asociaciones juveniles, fueron incorporados a estos laureados [3].

El informe de René Leblanc, inspector general de la Instrucción Pública, hacía balance de la situación de la Sociedad lasaliana en Francia y en el mundo: escuelas elementales o superiores, pensionados, escolasticados, escuelas normales, cursos de enseñanza técnica y profesional, casas de estudio y de prácticas agrícolas, elevaban a 2.256 en ese año de 1900, las diversas instituciones creadas,

1 Ferdinand BRUNETIERE, *Discours académiques*, 1901, pp. 273 a 283.

2 Noticia citada, pp. 45-46.

3 En total 21 medallas de plata y, además, 14 medallas de bronce, 6 menciones de honor. — Es decir, con los grandes premios y las medallas de oro, 57 recompensas.

organizadas, dirigidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Francia, ella sola, sin contar las colonias, se beneficiaba de 1.500 escuelas, 32 pensionados, 42 cursos profesionales, 70 cursos comerciales, 11 establecimientos agrícolas, el más importante, el más legítimamente famoso de los cuales, tenía su sede en Beauvais. Sobre los 350.000 alumnos de la Congregación, 285.000 pertenecían al territorio metropolitano de la República Francesa. Las asociaciones juveniles lasalianas reunían, además, unos 33.000 adolescentes y jóvenes, las asociaciones o mutualidades de antiguos alumnos agrupaban a unos 21.000 hombres de todas las edades y condiciones; y 3.000 estudiantes, obreros, empleados recibían la hospitalidad de las “casas de familia” [1].

Espiritual y materialmente, los herederos del sacerdote de Reims habían servido bien a la humanidad. Se abstenían de orgullosas complacencias. Al igual que el Hermano Irlide veintiún años antes, el Hermano Superior General Gabriel-Marie pensaba en extraer de la amplia encuesta pedagógica las lecciones más fecundas. Su circular del 2 de octubre contenía una serie de observaciones sobre los procedimientos intuitivos, sobre el ejercicio de las facultades humanas, juicio, memoria, imaginación, sensibilidad, conciencia moral, sobre la “unidad” que se debería mantener y fortalecer entre las diferentes especialidades de la enseñanza, sobre la necesidad, finalmente, de adaptar continuamente el saber a las necesidades de la práctica.

Al pedir “vida” en las clases, el jefe de la Congregación escribía: “Uno de los más graves defectos de un método escolar sería el de no estimular la actividad intelectual de los alumnos”. “Alumnos pasivos, alumnos nulos”, dice el refrán. Ahora bien, ¿cómo dar a esa actividad estímulo y alimento, sino es haciendo que las lecciones sean vivas? El maestro no debe realizar su profesión con solemnidad, sino enseñar familiarmente, hacer mucho y hablar bien... Porque ustedes son, carísimos Hermanos, impulsores de las mentes, su enseñanza gana por ser sobre todo oral; por lo tanto el papel preponderante no es al libro a quien le corresponde, sino a la colaboración del maestro y del alumno” en la exposición, el desarrollo, el comentario de un tema.

Bajo el título “la unidad de la enseñanza”, se trataba de la “compenetración recíproca de las diversas especialidades, composición francesa, moral, historia, geografía, elementos de las ciencias, lectura explicada”. En la base, principios comunes; en todos los tipos de trabajos, una misma inspiración espiritual; y luego, de unos a otros, algunos intercambios, ciertas confrontaciones, algunas ayudas en cierto modo caritativas.

“El horario, dicen ustedes, reserva demasiado poco tiempo para el estudio del francés y de la geografía; pero la lectura explicada, el recitado de las lecciones, la sensata elección de los deberes escritos pueden convertirse en aplicaciones complementarias de su enseñanza de la geografía y del francés”. Método facilitado, seguramente, por las atribuciones casi universales del “profesor titular de la clase”, en los pensionados y en las escuelas de primaria.

1 Maurice CROISE, *L'Institut des Frères des Écoles chrétiennes*, Versailles, 1903, pp. 4 y 5.

Más racional y más fácil aún esa compenetración en “los cursos especiales, escuelas rurales agrícolas, escuelas del litoral, escuelas industriales”. En el campo, dictados, lecturas, redacciones versarán frecuentemente sobre la tierra y sus productos; en una sección industrial, el informe de la visita de fábricas deberá servir como composición francesa; las ciencias físicas, químicas y naturales, la geografía, el dibujo manifestarán su correlación con todos los objetos y trabajos que exigen la atención del joven técnico, materias primas, manipulaciones, herramientas, máquinas, transformaciones y síntesis.

* * *

Por lo tanto, habría sido sumamente injusto acusar a los Hermanos de estrechez de miras en sus concepciones, de pereza en sus realizaciones. No obstante, un escrito oculto tras el seudónimo de *Milès* y animado por rectas intenciones, quiso englobarlos en los severos criterios que aplicó, en 1904, a la enseñanza libre en una obra titulada *Bancarrotas de los maestros cristianos en el siglo XIX, sus causas, sus remedios*.

¡Época dolorosa, aquella en la que el autor publicaba su libro! Abordaremos la historia en nuestras páginas finales. Pero los problemas que Milès planteó, que intentó resolver, se vinculan a la pedagogía mucho más que a la política. Tenemos que examinarlos bien aquí, como corolario de las cuestiones ya estudiadas.

Esta frase de Mons. Dupanloup aparece a modo de epígrafe: “Si, cómplices de la apatía del siglo, nosotros no aprovechamos mejor [que los educadores religiosos que vivieron antes de 1789] de la libertad de enseñanza recientemente conquistada, la posteridad nos lo reprochará muy amargamente” [1].

Pues bien, veinticinco años de República anticlerical suscitaban reflexiones preocupantes: “Decretos de 1880, neutralidad escolar, sacerdotes al cuartel, [expulsión de algunas congregaciones], esas son las leyes votadas por los políticos, muchos de ellos nuestros antiguos alumnos; en todo caso, elegidos por un pueblo, del cual, una buena parte han salido de nuestras escuelas” [2].

Honestamente, hay que inscribir entre las causas “externas” de esta especie de degeneración al medio social, gangrenado, desde el siglo XVIII, por la irreligión, y al medio económico, tan contrario a la tranquilidad moral, al equilibrio de la conciencia, en el obrero de las ciudades, en el trabajador asalariado de las explotaciones agrícolas, porque fueron indiferentes a su bienestar, a su libertad, implacables con su paro, sus enfermedades, su vejez.

Pero, según Milès, es conveniente buscar las causas intrínsecas, las deficiencias imputables directamente a los educadores. El primer reproche se dirige a la insuficiente formación de las inteligencias. Los maestros cristianos habrían “atiborrado” a sus alumnos, en lugar de ejercitarlos a la reflexión, de dejarles tomar iniciativas. He aquí un testimonio acusatorio: “Yo reconozco al primer vistazo — declara un católico, un “antiguo alumno de los Padres de X...”, jefe de estudios de

1 DUPANLOUP, *De l'Éducation*, t. II, parte III.

2 MILÈS, *op. cit.*, p. 6.

una sociedad financiera— entre los jóvenes ingenieros que tengo bajo mi dirección a aquellos que salen de nuestros colegios... Están llenos de buena voluntad...; pero no saben trabajar, no son espabilados. La torpe dedicación de sus profesores les ha habituado a una tarea totalmente preparada” [1].

Esta afirmación coincide con la preocupante pregunta del Sr. Piou. Conocemos la respuesta del Hermano Justinus en lo que se refiere a los Lasalianos [2]. Tiene fuerza de prueba. ¿Es universalmente válida? Muy buenos jueces dudarían quizás en afirmarlo. Parece, en efecto, que en diversos lugares la “abnegada actividad” reconocida... y censurada por el interlocutor de Milès haya superado los límites; y que alumnos de quince a dieciocho años, demasiado dirigidos, no hayan aprendido suficientemente el uso de la libertad intelectual. Sobre este punto, la época contemporánea, instruida por los errores de antaño, trabaja en las ampliaciones necesarias.

Ofensiva más grave. Milès deplora la ausencia de verdadera educación religiosa en los colegios libres. “Poco tiempo y pocos cuidados” según él, fueron reservados para el cultivo del alma, para la profundización de la fe. De la religión, los jóvenes no habrían conservado más que “la obligación de los oficios y de los sermones”. “Esa misa, que tienen que soportar cada mañana del año escolar, ¿qué es para la mayoría?” —se pregunta nuestro autor— “Un ejercicio como cualquiera otro, bastante soportable durante el canto de los himnos, cuanto toman parte activa en ellos, pasablemente anodino” en los demás momentos [3].

Aquí hay que hacer una distinción. Es necesario confesar que los oficios — particularmente las misas rezadas— hayan provocado aburrimiento y fatiga, sino de una manera constante, al menos demasiado frecuentemente, en los días en los que la preparación litúrgica era muy mediocre. Los corazones no se sentían conmovidos más que durante las ceremonias de las grandes fiestas, aunque entonces de manera muy viva, y en mucha gente, de forma duradera. Los recuerdos de la Primera Comunión persistían hasta la edad madura, o se despertaban en los momentos de prueba, en la enfermedad, en presencia de la muerte. Navidad, Pascua, Pentecostés, entonces muy frecuentemente celebradas en las capillas de las instituciones educativas católicas, con esplendor, unían a maestros y discípulos en sentimientos de alegría colectiva, de familiar concierto.

Antiguos alumnos de los colegios eclesiásticos, antiguos alumnos de los pensionados religiosos aportaban gustosamente, sobre el particular, testimonios decisivos. Creemos cierto que, en las casas dirigidas por excelentes religiosos, la piedad cotidiana contribuyó al mantenimiento de las creencias. Estamos persuadidos de ello cuando nos referimos a toda la historia del Instituto lasaliano.

Ahora bien, entre los Hermanos no se trata simplemente de emociones. La piedad colectiva se nutre de instrucción catequística, de exhortaciones morales, de

1 MILÈS, *op. cit.*, pp. 15-16.

2 Ver anteriormente, p. 463.

3 MILÈS, *op. cit.*, pp. 22 y ss, 28 y 29.

emulación entre los mejores alumnos. Nos hemos extendido con tanta amplitud en estos diversos capítulos que sería fastidioso seguir insistiendo.

Así mismo, Milès habla con demasiada ligereza, y sin conocimiento de causa, del *Directorio pedagógico* publicado por la Congregación en 1903 [1]. Se sorprende de no encontrar en esa obra como “programa de enseñanza de la religión” más que una referencia al “catecismo de la diócesis”. Compuesto “para todos los niños sin distinción, ¡ese catecismo no es más que un mal menor! Eso es olvidar que el Directorio no quiere ofrecer más que puntos de referencia; añade, además, que los alumnos recibirán más adelante explicaciones ampliadas. El mismo duro crítico, advierte esa fórmula, pero no le complace, porque, dice, semejantes explicaciones “dependen de cada maestro” [2].

Se nota cierta posición tomada en ese pasaje. El prejuicio se manifiesta aún mayor en la continuación: “Dirigirse a la fe de los niños, de una forma práctica y eficaz..., en vano se buscaría huella de ello en el *Directorio pedagógico*; que se lea en él el capítulo de la “represión”: ni una sola palabra da a entender que los maestros cristianos tratan con niños cristianos. ¡Cualquiera dirían que están en la escuela neutra! [3]”. He ahí el diapasón de violencia al que asciende de golpe el panfletario. No sería capaz de convencer más que a lectores muy superficiales de los manuales y de los *vade mecum* del Instituto.

Al detenerse en la reglamentación, se niega a creer que tenga bajo su corteza una sustancia viva. ¿Teme acaso anular sus propias tesis? Nos lo imaginaríamos apuntando a un blanco, al escucharlo vaticinar a propósito de la “reflexión”, del “examen” de la tarde, del “acordémonos que estamos en la santa presencia de Dios”.

“Prácticas excelentes, declara, pero... a hora fija, abarcando a la generalidad, nunca al individuo, buenas para todos, poco útiles para cada uno; ¡engranaje administrativo que gira, monótono y, en su perpetua cadencia, engendra rutina y aversión! ¡Cuándo se comprenderá que una palabra cristiana dirigida a un niño en particular, una palabra adaptada a su estado, a su carácter, a sus disposiciones del momento..., una palabra precisa y personal... será, para su formación religiosa, de un alcance muy diferente que esos ejercicios de conjunto, esas tácticas piadosas!” [4].

Pongámonos de acuerdo, responderán los Lasalianos. Lo que usted llama “tácticas”—y que no carecen de influencia sobre el comportamiento moral de una clase, incluso de tal o cual alumno, celadamente aludido, secretamente afectado— se completa, como usted lo desea, con la entrevista más íntima; un director de colegio, un educador digno de tal nombre, se consideran obligados a manifestar interés y

1 Ver anteriormente, pp. 162-163.

2 MILÈS, *op. cit.*, pp. 110-111.

3 MILÈS, *op. cit.*, p. 145.

4 MILÈS, *op. cit.*, pp. 146-147. Los testimonios de los mejores antiguos alumnos, sacerdotes, religiosos, cristianos íntegros, subrayan, no obstante, el valor radical de esas prácticas condenadas en nombre de la libertad individual, de la salvaguardia de la personalidad, de la iniciativa en materia de piedad.

afecto al más pequeño de los que le han sido confiados. “El corazón del niño, expresa usted, se consume esperando [1]” el consuelo, la luz. Acaba usted confundiéndose en su propia elocuencia.

Y lo mismo sucede cuando llega hasta escribir: “La obra de los maestros cristianos ha fracasado, en el siglo XIX, porque cayó en manos incompetentes; porque lo indispensable —instrucción religiosa, educación, energía disciplinaria— fue sacrificado a lo accesorio —a la ambición de acaparar un gran número de clientes, a la vanidad de los diplomas— [2].”

Sí, Milès, combatiente fogoso, hostiga y zarandea a sus compañeros de armas. Finalmente, ¿les presta un buen o un mal servicio? Dejando de lado sus juicios erróneos o excesivos, tendemos a pensar que su duro lenguaje provocó útiles exámenes de conciencia.

La rutina y la timidez en los métodos, la insipidez del espíritu sobrenatural, la búsqueda muy humana del éxito, son otros tantos peligros que temer para el pedagogo cristiano: Milès los denuncia y, por consiguiente, los hace menos insidiosos, recuerda que, para vencerlos, hay que saber mirarlos de frente.

Se expresa apropiadamente sobre el ministerio sacerdotal que debe ejercerse ampliamente con la juventud. Sin duda, se descubre amargura en esta frase: “En la escuela, en los pensionados, en los colegios, se ha querido limitar al sacerdote a las funciones oficiales [3]”. Se constata una cierta intransigencia en esta otra afirmación: “En todo establecimiento escolar, la enseñanza religiosa debe corresponder al sacerdote o, por lo menos, la verdadera dirección y el control eficaz de tal enseñanza [4]”. La anotación está claramente dirigida contra los catequistas no revestidos del sacerdocio.

Pero no cabe más que adherirse a las justas demandas, inspiradas en pensamientos muy apostólicos, apoyadas, en la vida cotidiana, por un celo clarividente, perseverante, desinteresado. He aquí una serie de recomendaciones, de exhortaciones más exactamente, a subrayar y retener: “Que el maestro facilite las entrevistas frecuentes con el confesor y no les impida ni los demore nunca. Que tenga a este último al corriente de la conducta exterior de los niños, entregándole cada semana, las notas detalladas de cada uno; que le suministre oralmente, con discreción e imparcialidad —sin tratar de influir en un sentido o en otro— las informaciones suplementarias exigidas por circunstancias especiales. Una vez realizado eso, ¡que se retire! Aunque fuese sacerdote, con mayor razón sino es más que religioso [no clérigo] o simple laico, no tiene por qué inmiscuirse en las cosas de la conciencia [5]”.

1 MILÈS, *op. cit.*, pp. 146-147.

2 MILÈS, *op. cit.*, p. 82.

3 MILES, *op. cit.*, p. 181.

4 MILES, *op. cit.*, p. 123.

5 MILÈS, *op. cit.*, pp. 170-171.

Una estrecha, cordial y fiel colaboración entre los capellanes, el director y los profesores, en un pensionado, entre el cura o el vicario y los maestros, en una escuela cristiana, aparece —nadie lo duda— como la garantía primordial de la preservación y del progreso de las almas. Los malentendidos son molestos; los conflictos, siempre dolorosos, pueden convertirse en causa de anarquía, objeto de escándalo. Habría que ignorar por completo la naturaleza humana para no admitir que semejantes situaciones se produzcan. Pero conjurar su frecuencia entra dentro de las competencias no solamente de una sana pedagogía, sino de la caridad fraterna y del respeto que todo fiel debe a sus pastores.

Milès no deja de tener razón al reclamar, para aquellos que llamamos “vigilantes” o “responsables”, consideraciones especiales, una mayor autoridad. “Deben ser en realidad considerados como “directores”, escribe, pues la formación moral y religiosa de los alumnos depende, en buena parte, de su sabiduría y de sus cuidados. La tarea que se les asigna exige serias competencias, un esfuerzo permanente; conlleva responsabilidades más pesadas que las del profesorado, aunque sea “de filosofía, de retórica o de ciencias” [1]. Si nuestro autor hubiese estudiado más de cerca la obra de los Hermanos, habría dibujado ese retrato de elevado, enérgico y concienzudo vigilante con todas las precisiones deseables; los “jefes de división” de los pensionados le hubiesen mostrado cuales eran la importancia y la complejidad de su función.

Y, en el momento de sacar sus conclusiones, se hubiese abstenido de emplear el término “bancarrota”, incluso para alertar a la opinión pública. No habría alargado y sobrecargado la columna del “pasivo”, sin querer equilibrarla con el conjunto de resultados positivamente logrados. En lugar de una acusación lanzada contra las víctimas de los sectarios, habría percibido los méritos, y los habría puesto de relieve con tanto vigor como el que empleó en proclamar los errores. En lugar de condenar, hubiera pensado que, para la absolución que se imponía, no se necesitaban “circunstancias atenuantes”.

1 MILÈS, *op. cit.*, p. 197.

EPÍLOGO

LA GLORIFICACIÓN DEL PADRE Y LA GRAN PRUEBA DE LOS HIJOS

En el umbral de las persecuciones. — La gloria del Fundador; situación de la Causa de beatificación en 1873. Honores rendidos en Francia a Juan Bautista de La Salle: el monumento de Ruán; su inauguración, el 2 de junio de 1875. — Etapas del proceso romano; el Hermano Robustinien, postulador; decreto pontificio del 13 de febrero de 1883 sobre la validez del procedimiento relativo a los milagros; decreto *de tuto* del 27 de diciembre de 1887. — Ceremonia de la beatificación, 19 de febrero de 1888. Los *triduum*s en Francia y en el mundo. Circular del Reverendísimo Hermano Joseph sobre el Oficio del Beato, 7 de abril de 1889. — Las curaciones de Léopold Tayac y del Hermano Néthelme. Reinicio de la causa, 22 de febrero de 1890. Decreto sobre la autenticidad de los milagros, 30 de abril de 1899. — Las fiestas de la Canonización, en 1900: el 24 de mayo en Roma. Algunos panegíricos episcopales. La estatua de san Juan Bautista de La Salle en la basílica de San Pedro. — La República y la Iglesia entre 1892 y 1900; el Affaire Dreyfus; cómo la Francmasonería lo utiliza según sus planes. Preludio de nuevos asaltos: el golpe montado contra los Hermanos en Lille; arresto y sufrimientos del Hermano Flamidien. — La fisonomía y la política de Waldeck-Rousseau. Su proyecto de ley en 1899. La ley del 1º de julio de 1901; su título III, dirigido contra las congregaciones religiosas. Nuevas amenazas contra la libertad de enseñanza. — Émile Combes, presidente del Consejo de Ministros. La Cámara de 1902. El informe de Fernand Rabier que estipula el rechazo de las demandas de autorización de las congregaciones docentes. — Cierre de miles de escuelas libres. Situación de los Lasalianos; no directamente afectados por la ley de 1901, sufren, en algunas escuelas recientemente abiertas, las consecuencias de una cierta interpretación de ese texto. — El Instituto víctima de los odios antirreligiosos. Muerte de León XIII (20 de julio de 1903); grave accidente sufrido por el Hermano Exupérien. Discurso de Combes en Clermont-Ferrand (10 de octubre) y presentación del proyecto de ley tendiente a la supresión de la enseñanza de las congregaciones (18 de diciembre). Medidas previstas por los jefes del Instituto de los Hermanos. La “exposición de motivos” del proyecto Combes. Carta del cardenal-arzobispo de Lyon al presidente de la República. Informe de Ferdinand Buisson; carácter de ese documento: sectarismo rígido y juicios empapados de inteligente simpatía. — La discusión de la Cámara de diputados; discurso de Paul Lerolle; respuesta de Buisson. Clausura de la discusión general, el 7 de marzo de 1904. — Examen de los artículos; la enmienda Caillaux; la enmienda Georges Leygues: mantenimiento de los noviciados para Hermanos destinados a los establecimientos educativos fuera de Francia. La enmienda Charles Dumont resta a la enmienda Leygues su esencial interés. El procedimiento de liquidación de los bienes. Votación de la ley en el Palais-Bourbon (28 de marzo). — Función del Senado. Los defensores de la libertad: el conde de Cases, el Sr. de Lamarzelle; intervenciones de los senadores Bérenger y Vidal de Saint-Urbain. Palabras del decano de la Asamblea, Sr. Wallon. — Promulgación de la ley, 7 de julio de 1904. Fin de un periodo de la historia lasaliana.

Olvidando tantos servicios prestados, el pueblo francés, por intermedio de sus legisladores, va a condenar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas a la dispersión. Como en 1792, el Instituto del Sr. de La Salle, en 1904, será oficialmente destruido sobre el territorio que lo había visto nacer. Sin duda la persecución legal no llevará sus violencias hasta la efusión de sangre; en nuestros días veremos, en Méjico, en España, renovarse las escenas de martirio que conocieron los contemporáneos del Hermano Agathon. La injusticia no obstante tendrá campo libre: mediante el cierre de las escuelas, las confiscaciones o “liquidaciones” de edificios, la prohibición de enseñar impuesta a todos los religiosos, los procesos incoados a aquellos a quienes un gobierno de ideas mezquinas sospechaba que conservaban, bajo el hábito civil, entera fidelidad a sus Superiores y a sus votos.

Nosotros no traspasaremos el umbral de este periodo sombrío. La ley del 7 de julio de 1904 marca verdaderamente el final del siglo de historia abierto por el gesto de

Bonaparte permitiendo el restablecimiento de la sociedad lasaliana. Estudiaremos los síntomas de la ofensiva antirreligiosa, luego la elaboración y la votación del inicuo texto. Al llegar el momento de tinieblas, nos llamaremos a silencio. De todos modos no habremos abandonado a los Hermanos de Francia sin vislumbrar un mejor futuro. Una luz en el cielo ha precedido la tempestad; parece ser la garantía de las reconciliaciones y de las resurrecciones. Los discípulos de Juan Bautista de La Salle sufrirán, deberán renunciar a vivir públicamente según su Regla, o esparcirán por el mundo las lecciones de fe y de moral cristiana que su primera patria, ya no puede, como en otros tiempos, escuchar de su boca. Pero se llevarán, en su voluntario y generoso destierro, el más hermoso título de nobleza: ahora son los hijos de un santo canonizado. La gloria del Fundador les ayuda a sobrellevar una prueba que ella misma hacía prever y que le servirá, en cierto modo, de rescate.

* * *

Recordemos a qué fase había llegado —en el momento de la muerte del Hermano Philippe— la “Causa” introducida en el tribunal Romano el 6 de mayo de 1840 [1]. El decreto pontificio promulgado el 1º de noviembre de 1873 había afirmado “la heroicidad de las virtudes” del sacerdote de Reims. A partir de ahí, se trataba de continuar con “el reconocimiento de los milagros” atribuidos a la intercesión de Juan Bautista de La Salle.

Al mismo tiempo que la Santa Sede dejaba fuera de discusión ese valor católico y sacerdotal, en Francia se perfilaba un movimiento para que fuesen otorgados honores oficiales al organizador de la enseñanza primaria bajo el reinado de Luis XIV.

Hacia 1832, el académico Joseph Droz había escrito ya: “La gratitud nacional debería erigirle una estatua”.

En 1872, de Ruán partió una petición; firmada por las más diversas celebridades, de protestantes, de israelitas, incluso de musulmanes, así como también de dignatarios de la Iglesia, solicitaba de los poderes públicos la autorización de lanzar una suscripción que permitiese reunir el dinero necesario.

Conseguida la aprobación, y como los fondos afluyeron de todas partes [2], el comité iniciador abrió un concurso de artistas; dio su voto a la maqueta de Alexandre Falguière. Después de lo cual, el Consejo Municipal de la capital normanda designó la plaza de Saint-Sever como la ubicación más favorable. Era no lejos de la antigua propiedad de Saint-Yon, y a orillas del Sena, desde donde se descubre un maravilloso panorama de la ciudad y sus hermosos campanarios.

1 Ver *Histoire générale*, t. V. pp. 451 a 454.

2 El Consejo General de la Seine-Inférieure y el Consejo municipal de Ruán votaron subsidios. Lo mismo hicieron las asambleas municipales de Elbeuf, de Bayonne, de Nîmes, de Rodez. Numerosas suscripciones provenían de Marsella, de Argelia y también de Londres, de Nueva York, de Saint-Louis, de Filadelfia, de Québec, de Montreal... — Un artículo de Georges DUBOSC, titulado *El cincuentenario del monumento de J.-B. de La Salle*, fue publicado por el *Journal de Rouen*, el 12 de abril de 1925. Nosotros lo resumimos aquí.

El conjunto de bronce —formado por Juan Bautista de La Salle y dos niños a los que enseña— se levantó sobre la cúspide de una fuente monumental, diseñada por De Perthes, el arquitecto de la basílica Sainte-Anne d'Auray y del nuevo ayuntamiento de París. El conjunto de la obra, con sus motivos decorativos, sus bajorrelieves, las estatuillas del zócalo, ofrecía un aspecto de elegancia y de armonía; Falguière había sabido expresar, en la actitud y en la fisonomía de su héroe, el alma bondadosa, límpida, firme y tierna, del gran Fundador.

La fiesta de inauguración se desarrolló el 2 de junio de 1875. Arzobispos, obispos, generales, magistrados, funcionarios, niños de las escuelas y de los pensionados, antiguos alumnos del Instituto, delegados de naciones extranjeras, en total más de 15.000 personas, enmarcadas por la tropa, por las músicas militares, formaron el inmenso cortejo; una multitud de cien mil cabezas, se concentraba sobre el recorrido. Voces numerosas y potentes hicieron oír dos cantatas, una de las cuales había sido compuesta por Charles Gounod. Y, en recuerdo de la emocionante jornada, Henri de Bornier publicó el poema en el que dialogaban las estatuas de Ruán:

*Enseñé a leer a los niños pequeños,
Era un simple sacerdote...*

dice Juan Bautista de La Salle a Juana de Arco, a Napoleón y a Boïeldieu. Finalizado el paralelo entre las glorias patrióticas, guerreras, artísticas y la fama, aparentemente más modesta del educador, Bornier mismo concluye:

*El verdadero maestro del mundo es el que lo ilumina;
Y César que, con gesto altivo y soberano,
Lleva la espada de oro o el cetro de bronce,
No es más grande ante los ojos del poeta y del sabio
Que el sacerdote que detiene dos niños que pasan
Y les muestra, con mirada paterna,
Con una mano un viejo libro y, con la otra, ¡el Cielo!*

Estos sonoros alejandrinos vibraron por mucho tiempo en las almas lasalianas y, muy dignos de una antología, aparecieron en los libros de los estudiantes [1].

* * *

El 30 de junio de 1881, los restos óseos del Venerable fueron trasladados a la escuela de la calle Beauvoisine al nuevo pensionado, en la calle Saint-Gervais, en presencia del Hermano Irlide [2]. La capilla del pensionado se convertirá pronto en un relicario en perfecta concordancia con su destino.

1 En 1886, siguiendo el informe del teniente alcalde Foray, el monumento de J.-B. de La Salle fue relegado a la pequeña plaza de Saint-Clément, a pesar de las protestas de Falguière, el parecer contrario del arquitecto De Perthes y del Comité de Bellas Artes de Ruán. En 1888, se contentaron con rodearlo con 21 catalpas.

2 Noticia, por el Hermano ADOLPHE-JOSEPH, 1913; ver anteriormente, p. 346.

Mientras tanto, el proceso romano se encamina hacia una etapa de extrema importancia. El cardinal Pie se interesa por él [1]. El cardinal Pitra, particularmente propicio al Instituto cuya “protección” oficial le incumbe, se encarga de tener en vilo al tribunal eclesiástico.

El Hermano Floride, Procurador General ante la Santa Sede, desempeña a la vez el papel de Postulador de la Causa. En el mes de octubre de 1878, recibe como auxiliar al Hermano Robustien. Y muere el 3 de enero de 1880.

Su ayudante, que le sucede, asume una tarea tanto más delicada cuanto que nada lo ha preparado para los lentos y prudentes procedimientos del Tribunal pontificio. Natural de Montagnieu, en la diócesis de Grenoble, entró en el noviciado de Lyon en 1846, ejerció de profesor en Vienne en el Dauphiné, dirigió las escuelas lionesas de la Guillotière y de Saint-Polycarpe. Es un religioso muy regular, discreto, prudente, de recta conciencia, un poco indeciso, según parece, propenso a las incertidumbres y a los aplazamientos. Pero trabaja con una aplicación admirable. Se provee de informaciones útiles preguntando a los otros postuladores, a los prelados competentes, a los abogados duchos en las dificultades que presentan —por deber profesional— esos terribles adversarios: los “promotores de la fe”. El Hermano Robustinien pasa noches estudiando la documentación, poniendo a punto los informes. Habiendo conocido el sufrimiento, se mostrará caritativo con los obreros que vendrán tras él: para evitarles un exceso de tarea, elaborará, en lengua francesa, un *compendium* de las reglas a observar en la marcha de una Causa [2].

Durante veinte años, será él quien se dedique al éxito de la gran empresa. Por supuesto, en el plano en el que pueden intervenir la dedicación y la paciencia de un hombre. Puesto que se trata de un campo especialmente reservado a la acción divina: el de los milagros.

Sobre el particular, la Sagrada Congregación de los Ritos se consagra a los exámenes siguientes: ¿la instrucción diocesana relativa a los hechos considerados como milagrosos se ha realizado de forma normal? Y esos “milagros”, ¿presentan un carácter indiscutible a los ojos de una ciencia no sospechosa?

El decreto pontificio del 13 de febrero de 1883 confirma la decisión de los jueces sobre el primer punto: los procesos que han tenido lugar en Orleáns, Ruán y en París, relativos a las curaciones de Victoire Ferry, de Étienne de Suzanne y del Hermano Adelmanien [3] son declarados válidos. Ése sí es “un gran paso hacia la beatificación”, señala el Hermano Superior General en su circular del 7 de abril siguiente.

La segunda cuestión recibe respuesta entre abril y octubre de 1887. León XIII elige el día de Todos los Santos para publicar su decreto sobre la “autenticidad” de los tres milagros: “Con el fin, dice, de que el resultado redunde en provecho del nombre

1 BAUNARD, *Histoire du cardinal Pie*, t. II, p. 718.

2 Noticia necrológica, 1917.

3 Ver a propósito de estos tres milagros, *Histoire générale*, t. V. *loc. cit.*

católico en todo el universo y que además haga realidad los prolongados y piadosos deseos de la Francia cristiana, esa muy noble nación” [1].

Ocho semanas después, el 27 de diciembre, llega el decreto *de tuto*. “Con total seguridad”, se puede pensar en otorgar a Juan Bautista de La Salle el honor de los altares.

Los Hermanos Asistentes Exupérien y Gabriel-Marie disfrutan de la profunda alegría de estar presentes en Roma durante esta última promulgación. Todo el Instituto se estremece de gozo. La circular del Hermano Joseph, con fecha del 15 de enero de 1888, invita a los religiosos lasalianos a preparar la beatificación del Fundador, y sobre todo, a prepararse ellos mismos como conviene a los hijos de un santo:

“Por nuestra parte, carísimos Hermanos, en medio de los cantos de triunfo, de los himnos de alegría, de los panegíricos elocuentes..., tendremos cuidado de no dejarnos deslumbrar o distraer por el brillo exterior y la pompa de las fiestas; pero desearemos saborear hasta el fondo del alma su significado religioso. Ahí es donde escucharemos sin cesar la voz del Padre recordándonos estas dos grandes lecciones, compendio de nuestros deberes: la santidad personal y el celo por las almas”.

* * *

La ceremonia de la Beatificación fue fijada para el domingo 19 de febrero de 1888 [2]. Ese día, doscientos Hermanos se apretujaban en la sala donde iba a desarrollarse el rito, debajo del pórtico de San Pedro: al frente de ellos, el Superior General y seis de sus Asistentes, los Hermanos Osée, Louis-de-Poissy, Cyrus, Junien, Apronien-Marie y Raphaélis; entre los del cuello blanco estaba el Hermano Adelminien, uno de los “sanados milagrosamente”. Los arzobispos de Ruán y de Besançon, los obispos de Orleáns y de Poitiers representaban a la Iglesia de Francia.

A la solicitud del Hermano postulador Rubustinien, el cardenal Bianchi, prefecto de la Congregación de los Ritos, ordena la lectura del breve que tiene por objeto la inscripción del Venerable de La Salle en el rango de los Beatos. El prelado oficiante, Mons. de Neckere, entona a continuación el *Te Deum*. Suenan las campanas, cae la cortina ante el cuadro que muestra al Fundador de los Hermanos elevado hacia el cielo; se repliega el velo que cubría sus reliquias. Los chantres de la capilla Juliana y la coral de San Salvatore in Lauro dejan oír las notas litúrgicas del *Introito: Justus ut palma florebit...* Y en esa misa de confesores no pontífices se introduce la oración propia, compuesta en honor del beatificado.

A las 4 de la tarde, el Papa acude a rezar ante la imagen y las reliquias. Permanece un tiempo prolongado postrado, en silencio. El embajador de la República, el conde Lefebvre de Béhaine, se ha unido, con todo su personal en traje de gala, a la multitud de los religiosos. De manos del Hermano Joseph, León XIII recibe las

1 Texto del decreto del 1º de noviembre de 1887.

2 Lo esencial de este apartado lo tomamos prestado del volumen de Armand RAVELET, que nosotros mismos revisamos, París, 1933, pp. 504 a 510.

“ofrendas” acostumbradas: el relicario, las flores, la biografía y el retrato esperados. El Santo Padre se retira; y en las vísperas cantadas se eleva el *Magnificat* de acción de gracias.

Más de doscientas diócesis en el mundo invocaron solemnemente al gran Francés, creador de la escuela moderna y espejo de perfección evangélica. El relato de esas fiestas ocupa siete gruesos volúmenes que el Instituto conserva como un magnífico documento de familia. Entre el número de los *tridiums* entonces celebrados conviene señalar los de cuatro ciudades inseparables de la hagiografía lasaliana: París, Reims, Ruán y Mende.

En París, la iglesia de San Sulpicio vio, en esos días de oración, arrodillarse a doce mil niños de las escuelas cristianas. En Ruán, el Padre pronunció uno de los panegíricos: dijo que el alma santa del Fundador continuaba santificando las almas de sus discípulos; a éstos los llamó “los primeros defensores del país, ubicados en esas fronteras morales donde terribles apetitos amenazan la existencia de todos los pueblos”

Reims quiso superar en esplendores a todas las iglesias que aclamaban a su glorioso hijo. Comenzó con la construcción, en el barrio Cérès, de un santuario que estaría ubicado bajo la advocación del Beato Juan Bautista. Mons. d’Hulst recordó los augustos destinos de una ciudad baptisterio de la nación, cuna del Papa de las Cruzadas, Urbano II, Tabor de Juana de Arco y —con el canónigo de La Salle— cimiento fundamental de la escuela popular. Mons. Freppel puso de relieve los aspectos tan novedosos, tan originales, de la institución lasaliana.

Mende escuchó oradores menos ilustres. Pero no fue menos fervorosa en alabar al gran hombre, esa vieja ciudad que el Sr. de La Salle amaba, esa capital de una región fecunda en vocaciones de educadores religiosos: en 1888, más de mil Hermanos eran originarios del Gévaudan.

El 7 de abril de 1889, el Superior General enviaba a los miembros de la Congregación el oficio propio del Beato [1] y lo comentaba en excelentes términos. Convidaba a los Hermanos a servirse de esa “oración oficial de la Iglesia, oración muy celestial que ilumina la inteligencia e inflama el corazón”. Descubría en el texto de los salmos las fórmulas sorprendentemente adecuadas a los pensamientos, a las aspiraciones del elegido del Señor. Subrayaba el alcance de la “colecta”, donde la “sublime misión” del Padre y de sus herederos se encuentra indicada de forma tan clara. Los himnos tan estupendos deberían ser en adelante —el Hermano Joseph lo pedía con insistencia— “los cantos preferidos” de los Lasalianos.

Poesía, elocuencia, música, pintura, escultura, todas las artes prestaban su colaboración al triunfo del “Maestro de los maestros”. Siguiendo a Falguière, Montagny, Cabuchet, Oliva intentaban hacer revivir, bajo el cincel, la fisonomía austera y radiante del hombre de oración y del hombre de acción.

* * *

1 La fiesta del Beato J.-B. de La Salle se fijó, en aquella época, el 4 de mayo, día aniversario de la exhumación y del reconocimiento de sus huesos en Ruán, en 1835.

Dios multiplicaba los favores sobrenaturales solicitados por intercesión de Juan Bautista de La Salle. En 1889, se produjeron dos milagros muy sorprendentes. [1]

El primero correspondía a un alumno del pensionado de Rodez, Léopold Tayac. Nacido en Labruguière, del Tarn, en 1873, ese joven se vio afectado, a la edad de quince años y medio, por una neumonía infecciosa, agravada por complicaciones cerebrales. Recibió los últimos sacramentos el 10 de febrero de 1889. Y, el mismo día, sus profesores y sus compañeros comenzaban una novena. El 13, los médicos anunciaban la cercanía del desenlace fatal. Se duplicaron las súplicas. Mientras la comunidad se hallaba reunida ante el Santísimo Sacramento el delirio del enfermo cesó de golpe, la temperatura del cuerpo se volvió normal. El 14 una misa de acción de gracias celebraba la extraordinaria convalecencia.

Mons. Bourret constituyó sin más tardar un tribunal eclesiástico con el objetivo de examinar la curación. Un certificado muy probatorio fue entregado por los doctores Artus y Laurens. Después de 39 sesiones de interrogatorio, los documentos del proceso parecieron bastante completos como para ser transmitidos a la Santa Sede.

El otro beneficiario de una manifiesta intercesión pertenecía a la nación franco-canadiense. Se llamaba el Hermano Néthelme. Hasta 1887, gozaba de una salud excelente. Mientras acompañaba a una clase de niños pequeños a Ottawa, sintió una parálisis de los miembros inferiores. Incurable, pues la médula espinal estaba profundamente dañada, fue trasladado a Maison-neuve, cerca de Montreal, a la enfermería de una gran institución de la provincia lasaliana. Sus piernas carecían absolutamente de sensibilidad.

El 25 de abril de 1889, las comunidades que se reunían en Maison-neuve —aspirantes, escolásticos, novicios, ancianos— se decidieron a preparar la ya cercana fiesta del Beato, la primera después de las solemnidades romanas. Se inició una novena; tuvo como objetivo esencial la curación del paralítico.

Durante la noche del 3 al 4 de mayo, el Hermano Nethelme, soportó atroces sufrimientos. De todos modos se trasladó a la capilla, para la misa. En el momento de la comunión, murmuró esta inocente oración: “¡Santo Fundador, si es posible hacer algo, ahora es el momento!” Sobre sus muletas, con mucha dificultad, se dirigió hacia la Santa Mesa. Apenas recibido el Cuerpo de Cristo cuando sintió un estremecimiento en las piernas y la necesidad de caminar. Abandonó sus muletas

1 Archivos del distrito de Rodez, *Histórico* del pensionado por el Hermano IRLIDE-BERNARD. — *Vida del Hermano Isidorus-Marie*, por el Hermano ILDEFONSE-GABRIEL. — Léopold Tayac, en 1898, entró en el noviciado lasaliano de Rodez y tomó el nombre de Hermano Idinaël-Léopold. Tenía entonces veinticinco años. Fue profesor de la clase de octavo en su antiguo pensionado. En realidad no tuvo mucho éxito. Trasladado al noviciado menor, luego a la Comunidad de los Ancianos, manifestó señales de trastorno mental y tuvo que ser llevado a la casa del “Buen Salvador” de Albi, donde murió el 14 de septiembre de 1929. ¡Doloroso y misterioso porvenir de una intervención celeste, y sobre todo asombrosa! (Archivos del distrito de Rodez).

Otro alumno de los Hermanos, Célestin Roou, de la escuela Saverdun (Ariège), afectado de meningitis, también fue curado, durante una novena, mediante la aplicación de una reliquia del Beato. El milagro fue objeto de una constatación en regla para servir a la Causa de canonización. El agraciado por el milagro se convirtió en un distinguido sacerdote de la diócesis de Pamiers. (Archivo del distrito de Toulouse).

de inválido junto a la balastrada y volvió con paso tranquilo hasta su banco. Los asistentes, sorprendidos, al terminar el oficio, le vieron arrodillarse ante las reliquias del Beato, expuestas en el coro, luego, en compañía de sus cohermanos, subir la larga escalera que conducía a la sala común.

El obispo de Montreal, Mons. Fabre, se presentó enseguida, luego llegó el médico. Tanto uno como el otro se aseguraron del prodigio. Las numerosas llagas, que cubrían los miembros del pobre Hermano algunas horas antes, habían desaparecido. ¡Nos imaginamos lo que fue la misa pontifical de ese gran día! [1]

Como consecuencia de semejantes acontecimientos, nacía la esperanza de una pronta canonización. La Santa Sede aceptó las instancias del Hermano Robustinien: el decreto del 22 de enero de 1890 ordenó la reiniciación de la causa; al difunto cardenal Jean-Baptiste Pitra sucedía como “ponente” el cardenal Thomas Zigliara, cuyas disposiciones eran muy favorables a los Lasalianos.

El Hermano Joseph comunicaba al Instituto estas felices noticias en su circular del 31 de marzo. Pero el Superior del tiempo de la beatificación no será el que participe en el triunfo final.

El decreto sobre la autenticidad de los milagros no se producirá antes del 30 de abril de 1899. Las curaciones de Léopold Tayac y del Hermano Néthelme habían ganado los sufragios de la Sagrada Congregación. A partir de entonces ninguna duda podía subsistir sobre la finalización del proceso.

“Santísimo Padre, debe usted presidir esta canonización”, dijo el Hermano Gabriel-Marie a León XIII en la sesión del 2 de julio, en la que fue promulgado el decreto *de tuto*. “Ha querido usted ser el Papa de los obreros...” —“Y me siento orgulloso de ello”, interrumpió vivamente el pontífice nonagenario. —“Pues bien, continuó el Superior de los Hermanos, el Beato Juan Bautista de La Salle fundó su Instituto para dar la instrucción cristiana a los hijos de los artesanos y de los obreros”.

Ciertamente, León XIII tenía un especial interés en esta Causa de un Educador del pueblo. En 1899, como ya en 1887, se felicitaba por verla cercana a su conclusión, en los momentos más oportunos. “Mientras, escribía, la educación religiosa es rechazada en diversos países, que hasta es prohibida por las mismas leyes civiles..., los ejemplos y la protección de Juan Bautista de La Salle ayudarán a preservar a la juventud de una catástrofe que hace inminente una pedagogía destructora” [2].

* * *

1 *L'Oeuvre d'un siècle; Les Frères des Écoles chrétiennes au Canada*, Montreal, 1937, p. 229. — El Hermano Néthelme enseñó en diversas escuelas de Montreal durante once años. Murió súbitamente durante la noche del 12 de enero de 1900, en la comunidad del Sagrado Corazón, sin haber visto en este mundo la suprema gloria de su Padre y Bienhechor.

2 Citado en la circular del Hermano Gabriel-Marie, del 15 de diciembre de 1899.

Efectivamente, será el gran Papa, doctor de las naciones, quien otorgue los honores de la gloria al Fundador de los Hermanos de las Escuelas cristianas [1].

Las alegrías de un año jubilar, el brillo del día de la Ascensión —24 de mayo de 1900— sirvieron de marco a la canonización de san Juan Bautista de La Salle; 16.500 personas, 8.500 de los cuales peregrinos franceses, participaron en esa apoteosis. El sol, en un cielo puro, armonizaba con la alegría de las almas. Precediendo la *sedes gestatoria*, desfilaron en procesión las congregaciones religiosas, las órdenes monásticas, el clero romano, los seis Hermanos que escoltaban el estandarte de su Padre, los camareros del Papa, los prelados, los obispos, los cardenales, los guardias nobles. Cuando apareció León XIII en la basílica, las trompetas de plata tocaron la marcha de Longhi, los cantores entonaron el *Regina coeli*.

Una vez que el Soberano Pontífice hubo ocupado su puesto en su trono, el abogado consistorial, de rodillas, pidió que “Su Santidad inscribiese al Beato Juan Bautista de La Salle en el catálogo de los Santos...” Siguiendo el ritual, las Letanías de los Santos y el *Veni Creator* preludiaron la augusta decisión. Luego, con la mitra en su cabeza, León XIII, Vicario de Dios, ejerciendo hasta sobre el mundo invisible su poder de Juez, pronunció las fórmulas emocionantes de la canonización. Continuó con el *Te Deum* que, enseguida, se amplió con todas las voces de los fieles en la inmensa nave de San Pedro, mientras que todas las campanas de Roma comenzaban a sonar.

Después de la invocación del nuevo santo, la oración, el *Confiteor* y la bendición, la misa fue celebrada pontificalmente por el decano del Sagrado Colegio. La ceremonia de las “ofrendas”, vinculada al ofertorio, se realizó, simbólica, pintoresca, con el cortejo de los cardenales portando grandes cirios, de los religiosos y nobles unos llevando cirios pequeños, otros jaulas de pájaros, uno la patena de oro y el pan, otro el vino en las vinajeras; y ciento treinta cantores aclamaban: *Cantate Domino canticum novum, laus ejus in ecclesia sanctorum...*

Por la tarde, la basílica se iluminó de nuevo: la multitud acudió a venerar las reliquias. Al caer de la noche, los *Sampietrini* encendieron los 3.000 faroles y las 1.000 antorchas sobre las fachadas, las cornisas y la cúpula.

Treinta y tres cardenales asistieron a la glorificación de Juan Bautista de La Salle y, entre ellos, el cardenal Langénieux, arzobispo de Reims. Algún tiempo después, en la iglesia de Saint-Sulpice de París, de tanta significación para el Instituto de los Hermanos, Mons. Touchet, obispo de Orleáns, ofreció un panegírico a su manera, muy colorido, esbozado a grandes rasgos, lírico y familiar. Alabó al noble canónigo, al doctor en teología que se entrega al pueblo, hacia aquellos que, según la expresión de Tertuliano, “no tienen más que su alma” y “que extraen de esa sublime pobreza un derecho tanto más evidente y más sagrado cuanto más uno se interesa por ellos”; lo mostró logrando establecer entre él y los humildes esa igualdad que exige la amistad, porque el Sr. de La Salle se despojó de su riqueza, de su nobleza, de sus títulos, de sus aficiones intelectuales, de su libertad de acción.

1 Retomamos aquí nuestras páginas de 1933, in Armand Ravelet.

Ruán, orgullosa de poseer las insignes reliquias del Fundador, le rindió un culto público con magnificencia. El relicario, recorriendo procesionalmente las naves de la catedral, era seguido por el Superior General, un descendiente de los magistrados de Reims, el duque de La Salle de Rochemaure, y del conde Étienne de Suzanne, curado milagrosamente hacía más de treinta años. El arzobispo, Mons. Fuzet, quiso, ese 11 de julio de 1900, clausurar el triduum subiendo él mismo al púlpito; antiguo alumno de los Lasalianos, su elocuencia académica, su “frío y enigmático rostro” [1], se animaron para alabar, con hermosos acentos, el héroe que se había santificado realizando un triple ideal: el de la vida cristiana, el de la vida sacerdotal, el del educador [2].

La Santa Sede había fijado definitivamente para el 15 de mayo la fecha en la cual se festejaría esa ilustre memoria. El decreto pontificio del 26 de febrero de 1901 aprobó el oficio y la misa propios concediéndole la categoría de “doble de primera clase, con octava”, en todas las capillas y en los oratorios del Instituto. Para la Iglesia universal, el rito —a partir del 10 del mismo mes— era el “doble menor”, que conllevaba el oficio y la misa del común de confesores no pontífices, con excepción de la oración, del evangelio (...*nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli*), y de las lecturas del segundo y tercer nocturnos.

El 27 de octubre de 1904, se colocaba en la nave central de San Pedro de Roma la colosal efigie del sacerdote francés cobijando bajo su manto a dos alumnos e indicándoles, con su mano derecha alzada, las alturas celestiales. El escultor Aureli había tallado los tres personajes en un bloque de mármol de Carrara. San Juan Bautista de La Salle figuraba a partir de entonces entre los fundadores de órdenes, en el centro de la catolicidad, en esa *Urbs aeterna* a la que él reverenciaba tan profundamente, la que antaño deseaba ver con sus propios ojos de hombre mortal, y que más adelante reservaría a sus reliquias una acogida entusiasta [3].

* * *

En esta canonización el Instituto lasaliano encontraba la garantía de las bendiciones más abundantes y de las más sólidas recompensas. Podía simultáneamente, augurar la cercanía de los sufrimientos; sin aprensión, sin escándalo, para unas almeas que meditaban la Pasión de Nuestro Señor y las enseñanzas acumuladas en la vida de su Padre, el perfecto discípulo del Crucificado.

Las relaciones de la Iglesia de Francia y de la Tercera República habían estado marcadas por unos años de relativa tranquilidad después de las instrucciones dadas por León XIII al episcopado y a los católicos. “El espíritu nuevo” se iniciaba en su existencia, pero de forma tímida, manifestando muchas desconfianzas y, a veces, realizando inquietantes retrocesos. Los más moderados de los hombres del poder temían pasar por “clericales”. La Francmasonería los mantenía en vilo, proyectando

1 LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 12.

2 Hermano ALBERT-VALENTIN, *Armand Le Lièvre, Frère Aucte*, Ruán, 1931, p. 70-71.

3 La causa del Hermano Benildo fue introducida en el tribunal de Roma el 23 de abril de 1903. A partir de entonces, según la regla en vigor en aquella época, el Hermano tuvo derecho a la calificación de “Venerable”.

amenazas, y acechaba la ocasión favorable para reemprender contra la religión una campaña feroz.

Las divisiones y las dobles actuaciones de sus adversarios le ofrecieron la partida en bandeja. Eran muchos los hombres “de derecha” —en definitiva, animados por sentimientos respetables— que se negaban a seguir al Papa, y a sus jefes tan sensatos como Albert de Mun o Jacques Piou, en el campo “constitucional”. Esos opositores conservaban con demasiada frecuencia, un lenguaje violento, y unos modales insultantes, con respecto al gobierno establecido.

La perniciosa ley del “abonamiento”, del 16 de abril de 1895 [1], provocó entre los partidarios de la resistencia y los de la sumisión, un motivo de controversias corteses, de opiniones irónicas, mordaces, todo menos caritativas. Los golpes afectaron a las personalidades más irreprochables, a aquellos religiosos que se mostraban más fieles a los deseos de la Santa Sede, transmitidos por la nunciatura. Y un periódico, cuya política de conciliación recibía los apoyos del Vaticano, *Le Monde*, escrito por el Padre Naudet, por el padre Félix Klein, por Georges Fonsegrive, Georges Goyau, Max Turmann, Darnard y Jean Brunhes, estuvo a punto de sucumbir. La publicación de Veuillot, *L'Univers*, comprometida en la misma causa, perdió igualmente cantidad de lectores. Fue necesaria una fusión de los dos equipos para evitar el desastre [2].

Luego apareció el Affaire Dreyfus. Demasiada confianza en la infalibilidad de los jueces militares y también una pasión antisemita llevaron a los grandes periódicos católicos a manifestar a los defensores del condenado el más categórico rechazo de audiencia. La prensa religiosa de las provincias se dejó arrastrar por esa lamentable senda. Un discurso del P. Didon en el colegio de Arcueil agravó aún más el error inicial. El clero, en su conjunto, manifestó una menor imprudencia; pero bajo su neutralidad oficial se sentía bien hacia qué parte, salvo raras excepciones, se inclinaban sus opiniones. En consecuencia cualquier partido, toda secta que, en Francia, se vinculaba al catolicismo tomó una postura definitiva. El Affaire, que exigía un examen de conciencia, una preocupación por la verdad, una voluntad de justicia, se transformó en una terrible máquina de guerra. El país se encontró profundamente dividido. En el campo de los partidarios de “Dreyfus” una mayoría de sectarios lanzó las consignas. Una ganga para la Francmasonería: ésta pudo ampararse de todos los puntos estratégicos; y con el pretexto de una lucha por los derechos del hombre y del ciudadano, preparó nuevos asaltos contra la Iglesia [3].

Por supuesto, las congregaciones fueron las primeras en verse afectadas. Atacándolas, se disminuían las fuerzas vivas del mundo cristiano; principalmente se alteraba el sistema escolar organizado sobre las bases de la ley de 1850, actualizado, ampliado después de las laicizaciones. Por consiguiente, los Hermanos debían esperarse combates muy duros.

1 Ver anteriormente, pp. 220 a 223.

2 LECANUET, t. IV, pp. 235 a 238.

3 BRUGUERETTE, *op. Cit.*, t. II, pp. 442-443, 451 a 453, 474-475.

Soportaron el primero en 1899. Fue una confabulación odiosa, con una puesta en escena sin duda alguna inspirada en el asunto Léotade [1]. Toulouse había contemplado el desarrollo del triste proceso de 1848; Lille se convierte en el teatro de una tragedia, también ella fértil en horrores, pero cuyo desenlace tuvo un giro imprevisto.

El domingo 5 de febrero de 1899, Gaston Foveaux, alumno del externado Nuestra Señora de la Treille, de doce años de edad, desaparecía, hacia las 6 de la tarde, del hogar juvenil dirigido por los Hermanos. Se lo buscó en vano en toda la casa de “La Monnaie”. Pasaron tres días sin poder descubrir huella alguna del niño. Finalmente, el miércoles, a las 8 y media de la mañana, el portero de la institución lasaliana, al entrar al recibidor, vio allí el cadáver de Gastón. Sobre una silla, se encontraba una hoja de papel, bien a la vista: la nota estaba firmada “un antiguo Hermano, ardiente socialista” y, dirigida al padre de la víctima, declaraba que el niño había sido violado, luego estrangulado. Al mismo tiempo, se pudo constatar, en el patio vecino, la insólita colocación de una caja, en la cual el cuerpo parecía haber permanecido.

El juez de instrucción Delalé condujo la encuesta con una precipitación y una parcialidad escandalosas. Según él, el asesino pertenecía a la comunidad. El interrogatorio de cada uno de los religiosos se continuó para obtener confesiones, costase lo que costase. Muy emocionado, el Hermano Falmidien balbuceó sus respuestas: “¡Ahí está el culpable!” concluyó enseguida el magistrado.

Entonces comenzó para el pobre Hermano una verdadera tortura moral. Lo pusieron bruscamente en presencia del cuerpo autopsiado. Fue obligado a observar fijamente esa carne ensangrentada, mientras un estudiante de medicina se encargaba de hacer parecer que los párpados cobraban vida: jacusación de ultratumba!, se atrevía a insinuar Delalé. El macabro espectáculo reforzaba las amenazas, las palabras injuriosas, las supuestas “pericias en escrituras”.

Los enemigos de la fe estaban exultantes. Hordas tumultuosas recorrían Lille, antiguamente denunciada por Jules Ferry como “la ciudadela del clericalismo”. Pensionados femeninos, orfanatos, varios domicilios privados fueron víctimas de los saqueos; las facultades católicas tampoco se libraron: tres de sus anexos fueron apedreados, un dispensario, una clínica, una casa de familia. El externado de la Treille tuvo que cerrar sus clases, para no volver a abrirlas hasta después de Pascua.

El populacho, excitado por los periódicos, lanzaba el nombre de “Flamidien” como un insulto a la cara de los sacerdotes y de los religiosos. El resonar de las calumnias se prolongará mucho más allá de la apertura del proceso [2].

Pues, al cabo de cinco meses de una detención preventiva, sufrida con calma y valentía, el Hermano fue devuelto a la libertad. Todo probaba su inocencia. Según el parecer de los médicos legales, Gaston Foveaux no había sufrido, antes de morir, infames violencias; sino que, fríamente estrangulado, el lunes por la noche o el

1 Ver *Histoire générale*, t. V, pp. 293 a 296.

2 El Hermano Visitador Maurice-Lucien supo, en esa tempestad, mantener el timón con un vigor, una calma, un espíritu de fe, que suscitaron la admiración.

martes por la mañana, después de una copiosa comida, no era más que un cadáver ya rígido cuando el autor del asesinato —o algún cómplice— lo trasportó a la casa de los Hermanos en la caja fúnebre. Extrañas cartas anónimas aportaban sobre las circunstancias del crimen, precisiones que coincidían con los resultados de la autopsia.

El defensor del acusado, Sr. Pierre Chesnelong, poseía así serios argumentos. La instrucción judicial, llevada a cabo ilegalmente, fue suprimida, el 20 de abril, por la Cámara de acusaciones de Douai. Reiniciada, provocó, el 30 de junio, una ordenanza del Primer Presidente del Tribunal de Apelación, que añadió a la Cámara de acusaciones la Cámara de apelaciones correccionales para sentenciar el caso.

Los once jueces proclamaron, mediante una sentencia del 10 de julio, “que no cabía proseguir”. El mismo día, Boillerault, jefe de seguridad de Lille, conducía al Hermano Flamidien de nuevo con los profesores de “La Monnaie”. Se cantó un *Magnificat*. Los miembros del hogar juvenil rodearon afectuosamente, y con gritos de alegría, al religioso que había conocido los sufrimientos de Cristo en el pretorio.

Por su parte el verdadero criminal, si escapó a las investigaciones de la justicia humana, es porque en realidad había servido de instrumento a secretos odios. El misterio, que los poderes públicos no se esforzaban en esclarecer, planeó sobre la muerte del pequeño Foveaux, y sobre el empleo, muy sospechoso, de las horas que precedieron al asesinato [1].

* * *

El “Affaire Flamidien” mostraba hasta donde podía llegar el furor antirreligioso. Un político pretendió no detener ese flujo de lava sino canalizarlo en provecho de la República. Él, Pierre-Marie-René Waldeck-Rousseau, estaba exento de pasión ciega; había crecido en Nantes en un medio familiar profundamente honrado, sólidamente cristiano, cuya principal característica, en el comportamiento como en las ideas, consistía en una moderación correcta y distinguida” [2]. Poco a poco se había ido deslizado hacia el “indiferentismo”: abogado dispuesto a pleitear hábilmente todas las causas, legislador ansioso por realizaciones “oportunas”, fuera de las consideraciones de tipo espiritual y moral, gran ambicioso que gozaba gobernando, hasta el día en el que su saciedad llegaría a transformarse en asco.

Waldeck-Rousseau, en 1900, consideraba que los partidos derechistas, complotando contra las instituciones republicanas y soñando con golpes de estado, merecían una lección contundente. Aunque, a pesar del Papa, tenían aliados en la Iglesia, el presidente del Consejo de Ministros, apoyado en una mayoría anticlerical, no encontraría inconveniente en satisfacer al grueso de sus tropas mediante una

1 Archivos del distrito de Cambrai-Lille, *Histórico*. — Canónigo MASQUELIER [CYR], *La verdad sobre el crimen de Lille*, 1899. — LECANUET, *op. cit.*, t. IV, p. 269. — MOURRET, *Histoire de l'Église*, t. IX, p. 157. — *Essai sur la Maison Mère*, p. 200. — Abbé Léon MAHIEU, *Vie de Mgr Baunard*, París, 1924, pp. 439-440. Mons. Baunard, después de la liberación del Hermano Flamidien, acudió a presidir la distribución de premios de la calle de la Monnaie: “Allí pronunció una de las más vibrantes alocuciones que salieran de sus labios”.

2 MOURRET, *op. cit.*, p. 155.

campaña que tuviese por objeto la dispersión de “los monjes coaligados”. Este calificativo se dirigía de modo particular a los Asuncionistas, los cuales se habían mezclado ardientemente en las luchas civiles, durante la crisis del “affaire Dreyfus”. Pero los adversarios de las congregaciones no se molestarían por extender el alcance, muy peligroso, del término. En definitiva, ¿qué orden religiosa escaparía al ostracismo? La misma Iglesia, asediada en sus baluartes, ¿esperaría mucho antes de que trataran de derribar sus murallas? La reciente historia de la Tercera República dejaba augurar un amplio despliegue del frente de combate.

“Hablo como hombre que no está animado por ningún espíritu sectario”, declaraba Waldeck-Rousseau en Toulouse, el 28 de octubre de 1900. No obstante, dejaba ya las riendas al sectarismo, cuando, al amenazar a la enseñanza libre a través de los Jesuitas, denunciaba el peligro de “las dos juventudes”; cuando, como demagogo, prometía utilizar para mejoras sociales “los mil millones de las Congregaciones” [1].

Lo habíamos escuchado, dieciocho años antes, afirmar que el religioso, una vez emitidos sus votos, ya no conserva ningún valor de personalidad humana [2]. Personas de esa clase desencadenaban y justificaban las persecuciones. Lejos de negarlas, su autor las insertaba en su discurso del 21 de enero de 1901, en la tribuna de la Cámara.

El proyecto de ley sobre el “contrato de asociación”, que presentó en el Parlamento en el mes de noviembre de 1899, es muy significativo, aunque velado por las palabras: el artículo 2 declara “nula y sin efecto toda Asociación que suponga renuncia a los derechos que sean comerciales”; el artículo 13 somete a un régimen de excepción las Asociaciones formadas en parte por extranjeros o cuya sede esté fijada en el extranjero. Ahora bien, las congregaciones, como la Iglesia, se extienden más allá de las fronteras nacionales; y a “derechos que no son comerciales” — derecho de libre disposición de sí mismo, derecho al matrimonio— el religioso renuncia a ellos voluntariamente [3].

Las comisiones, elegidas por los diputados y por los senadores para el examen del texto, rechazaron las fórmulas hipócritas. Con una franqueza brutal, distinguieron las Asociaciones en sentido general del término, las congregaciones, llamadas por su nombre, consideradas como sospechosas [4].

Inútil hacerse ilusiones. Si, como decía el Sr. De Gaulhard-Bancel, se reservaban “los primeros golpes” para sociedades particularmente odiadas por la Francmasonería, los gobiernos futuros no se limitarían a ello. “Yo defiendo a los Jesuitas, porque están en la vanguardia, afirmaba valientemente el orador católico; pero, al defenderlos, pretendo apoyar la causa de todas las congregaciones”. Y se

1 HANOTAUX, *Histoire politique de la nation française*, pp. 646-647.

2 Ver anteriormente, pp. 209.

3 MOURRET, *op. cit.*, t. IX, p. 159. — LAVISSE, *Histoire de France contemporaine*, t. VIII (por Ch. SEIGNOBOS), pp. 217 a 220.

4 LAVISSE, *loc. Cit.*

alzaba contra esos legisladores cuya incompetencia se preparaba para sentenciar los problemas de conciencia, reglamentar la vida religiosa [1].

La ley del 1º de julio de 1901 realizó las previsiones pesimistas, al consagrar las usurpaciones del poder civil sobre el campo en el que el César entra en conflicto con Dios. Liberal en sus dos primeros “títulos”, que se referían a las asociaciones ordinarias, en el título III, acumulaba las disposiciones tiránicas.

“Ninguna congregación religiosa, estipulaba el artículo 13, puede formarse sin autorización concedida por una ley que determinará las condiciones de su funcionamiento.

“La misma no podrá fundar ningún nuevo establecimiento si no es en virtud de un decreto emitido por el Consejo de Estado.

“La disolución de la Congregación o el cierre de todo establecimiento podrán ser decididos por decreto producido en el Consejo de Ministros”.

El primer apartado dejaba fuera de causa a las Congregaciones ya autorizadas, tales como el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Pero el segundo y el tercero suscitaban preocupantes reflexiones...

El artículo 14 revelaba todas las segundas intenciones de los sectarios: “Nadie es admitido a dirigir, sea directamente, sea por persona intermediaria, un establecimiento de enseñanza, del tipo que sea, ni a dar en él enseñanza, si pertenece a una congregación religiosa no autorizada”. Nueva brecha a la ley de 1850. Ese estatuto de libertad era el punto de mira de la Francmasonería; Fernand Rabier, diputado del Loiret, con mandato de la sociedad secreta de la cual era miembro muy activo, había impuesto el artículo 14 a la comisión parlamentaria: “En el fondo, en toda esta ley, decía sin disimulos, no buscamos más que la supresión de la libertad de enseñanza”. Y Waldeck-Rousseau había aceptado la inserción de la cláusula agravante, que nada reducía de su proyecto primitivo [2].

Sombríos resplandores empañaban de pronto el porvenir.

* * *

Waldeck, al abandonar el poder en junio de 1902, propuso al presidente de la República como jefe del gobierno a Émile Combes, enemigo declarado de esa misma Iglesia a la que antiguamente le estaba agradecido, se consideraba servidor, y de que había estado a punto de ser sacerdote. Toda la política del hombre se limitará al anticlericalismo perseguidor. Con esa única finalidad había asumido, conservaría las palancas de mando. De la forma más clara indicaba su resolución: Alexandre Ribot recibió un día su confesión sin arrepentimiento [3].

1 H. DE GAULHARD-BANCEL, *Discours parlementaires recueillis et annotés par M. A. DE FONTGALLAND*, Valence, 1902; discurso pronunciado en la Cámara el 5 de febrero de 1901.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 271-271.

3 HANOTAUX, *op. cit.*, p. 647.

Las elecciones de 1902 marcaron un avance significativo del radicalismo. La esperanza de un amplio acuerdo entre franceses se desvanecía para varios años. Se constataba la derrota, en Saint-Gaudens, de Jacques Piou, uno de los hombres que trabajaban, con mayor inteligencia, al acercamiento de los católicos y del centro republicano.

Combes se beneficiaba pues, para su obra abominable, de numerosos apoyos, sobre un terreno despejado de muy serios obstáculos. Se serviría de la ley del 1º de julio de 1901 como de una maza, golpeando sin distinción, furiosamente, las cabezas que el anterior presidente hubiera seguramente salvado [1].

Según los términos del artículo 18, “las congregaciones existentes... que aún no hubieran sido autorizadas o reconocidas, debían en un plazo de tres meses [2], justificar su disposición a adaptarse a las prescripciones legales”.

La Compañía de Jesús y otras órdenes y sociedades, que se sabían condenadas sin remisión, se abstuvieron de toda gestión ante el gobierno. Su disolución fue considerada efectiva. Pero algunas congregaciones, ya sea docentes, ya dedicadas al ministerio de la predicación, considerándose menos comprometidas y fiándose de los casi compromisos de Waldeck-Rousseau, formularon solicitudes de autorización. Las Cámaras estaban llamadas a decidir. Combes sometió a los diputados un proyecto de ley que en su conjunto, equivalía a una ejecución capital. El Fernand Rabier se hizo cargo del oficio de verdugo.

Su famoso *Informe*, publicado en 1903 [3], con una carta prefacio de su colega en sectarismo, Henri Brisson, revelaba las intenciones de las logias masónicas para todos los ciudadanos que tenían ojos para ver y oídos para oír.

Desde el preludio, quedaba uno advertido. Después de la enumeración de los solicitantes concernidos: Hermanos de Ploërmel, Hermanos de Saint-Gabriel, Hermanos del Sagrado Corazón, Clérigos de San Viator, Marianistas, Maristas, etc... el gobierno, cuya tesis resultaba ser la del relator, proclamaba que los maestros de las congregaciones, ya excluidos de la enseñanza pública, debían desaparecer de la enseñanza libre.

“Los rápidos progresos realizados desde hace treinta años y particularmente después de las leyes de 1882 y de 1886, los sacrificios asumidos por nación garantizaba en todas partes, a partir de ahora, el servicio de la enseñanza en Francia. Si, a pesar de la plena realización de esta organización, [los hombres de estado] seguían siendo partidarios” de una cierta “competencia”, de forma “laica y privada”, los mismos se oponían al “mantenimiento, en una situación privilegiada, de instituciones confesionales cuyos miembros renunciaban a la plenitud de su individualidad...”

1 HANOTAUX, *op. cit.*, p. 647.

2 A partir de la promulgación de la ley.

3 En París, H. Simonis, editor.

El sofisma caro a Waldeck-Rousseau no fue suficiente para el espíritu huraño de Fernand Rabier. Éste se creyó obligado a retomar por su cuenta los más antiguos “clichés” de la propaganda volteriana; siguiendo el ejemplo de los “liberales” de 1815 a 1830, habla de la “congregación”, en singular; reduce la hidra a una sola cabeza, con la esperanza de acabar con ella lo más pronto posible. ¿Y qué le reprocha al monstruo? “La deformación culta de los cerebros y de los corazones, el dominio sobre las razones y las voluntades...”

Concluye: “Es un deber para todos los republicanos arruinar semejante enseñanza... La ley de 1886 revocó las disposiciones de la ley de 1850” que favorecían la introducción de los Religiosos en las escuelas primarias. La ley Falloux —ese texto “nefasto” — queda, a partir de ahora, revocado: las personas a las que privilegiaba, que se hallan vinculadas a toda su historia, “no podrán sobrevivirle”.

El relator, sin dificultad, resultó vencedor. La Cámara se negó, sencillamente “a pasar a la discusión de los artículos”. Al no haberse concedido ninguna autorización, el gobierno consideró superfluo informar al palacio del Luxemburgo después del Palais-Bourbon.

* * *

Miles de escuelas y los colegios libres fueron cerrados. Se le objetaba a Combes: “¿Que harán ustedes con su clientela? ¿Son capaces de dar un puesto a tantos alumnos privados de sus maestros?” Respondió cínicamente: “Los católicos encontrarán el medio de reabrir sus clases. Y los religiosos, lejos de retirarse para crearme un problema, enseñarán hasta el último minuto, hasta el momento en que, seguro del futuro, pueda expulsarlos a todos” [1].

De ese modo, la misma paciencia de las víctimas facilitaba las tareas del perseguidor. Se jactaban de escapar a la masacre; se daba por descontado el cambio de la situación. Algunas almas buenas practicaban el entusiasmo cándido. El Hermano Exupérien el primero; no podía considerar la anulación del decreto de 1808; ponía su seguridad en altos personajes que no le escatimaban las manifestaciones de estima. “Que si se dudaba del valor de semejantes argumentos, aparecerían otros de tipo sobrenatural” [2].

Ciertamente, el santo religioso tenía perfectamente razón en creer en el triunfo definitivo del bien. Pero, como profeta, pasaba por alto los planos intermediarios. Y, cuando escuchaba demasiado su corazón humano, prestaba a sus adversarios unos sentimientos de justicia y de lealtad análogos a los que el mismo sustentaba.

La jurisprudencia administrativa le confirmaba en su tranquilidad. Un parecer del Consejo de Estado, con fecha del 16 de enero de 1901 [3], reconocía, una vez por todas, que el decreto imperial, “entregado en ejecución de la ley del 10 de mayo de 1806, constituía una verdadera autorización, en el sentido del artículo 4 del decreto

1 LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 548-549.

2 *Vie du Frère Exupérien*, p. 271.

3 Mencionado en el informe Rabier, p. 112.

del 3 de mesidor del año XII, cuyas condiciones había realizado”. Por esa razón el ministro del Interior había declarado, el 28 de diciembre siguiente, que todos los establecimientos Lasalianos se encontraban en situación regular, excluyendo, después de la promulgación de la ley del 1º de julio, la necesidad de recurrir al Parlamento [1].

No obstante, una congregación, incluso autorizada desde hacía mucho tiempo, ¿podía, sin decreto especial, fundar nuevos establecimientos? Y, para una congregación docente, ¿la apertura de una escuela equivalía a la creación de un centro de vida religiosa?

Waldeck-Rousseau parecía haber disociado los elementos del problema. En la sesión del 18 de marzo de 1901, Denys Cochin le preguntaba: “¿En qué se van a convertir las escuelas, de iniciativa privada, que dirigen los Hermanos y las Hermanas? ¿Se verán obligados a solicitar un decreto de autorización?” El presidente del Consejo respondió: “Sobre el derecho a abrir escuelas primarias, la Cámara sabe que está regulado por la ley del 30 de octubre de 1886; basta con una simple declaración”. Un poco más tarde, el Padre Gayraud, diputado por Finistère, recibía las siguientes confirmaciones: “En el caso de que los religiosos *presten sus servicios*, para cualquier obra, al propietario legal y real de una entidad, no por ello existe “fundación”. No será necesario un decreto especial o incluso una solicitud particular de autorización” [2].

Confiados en explicaciones tan claras, los católicos pensaron en conservar sus escuelas y en instalar otras nuevas según las necesidades. Pero, el 23 de enero de 1902, el Consejo de Estado decidía: “En caso de apertura de una escuela por uno o varios religiosos, esa escuela debe ser considerada como un nuevo establecimiento abierto por la congregación, sea quien sea el propietario o quien alquila el edificio y el modo de remuneración del personal docente”.

Equipado con ese parecer interpretativo, Combes cerró diversos establecimientos Lasalianos creados después de la ley sobre las asociaciones. En Dunkerque, la escuela libre, fundada y dirigida por el Padre Choquet, acababa de pasar a manos de los Hermanos: éstos fueron expulsados de ella. [3] En Darney, en los Vosgos, la señorita Clément había dejado un legado de 100.000 francos para que una comunidad religiosa viniese a establecer clases. Su ejecutor testamentario, Sr. Girardin, había acudido al Hermano Gabriel-Marie. El decreto presidencial del 19 de marzo de 1900 negó al Instituto el derecho de aceptar la “donación Girardin”. La escuela, no obstante, funcionó, bajo la dirección del Hermano René, a partir del 28 de septiembre de 1901, al haber puesto el mandatario de la bienhechora a disposición del Superior General los ingresos del capital legado.

A partir del 10 de octubre, el inspector de academia invitaba al Hermano Director a presentar “un decreto de autorización otorgado por el Consejo de Estado”. El Hermano Justinus escribió, el 9 de noviembre, al Hermano René que “el asunto

1 *Essai sur la Maison Mère*, p. 242.

2 LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 307 y siguientes.

3 Archivos del distrito de Saint-Omer, *Histórico*.

tenía arreglo”, que “el ministerio de la Instrucción pública iba a enviar instrucciones al inspector”. Una nota proveniente del Secretariado General de la calle Oudinot se expresaba así: “La escuela de Darney no puede ser considerada como un establecimiento del Instituto... Los Hermanos la ocupan en calidad de empleados al servicio de un tercero, con el fin de realizar una misión pedagógica”.

El rigorismo del Consejo de Estado destruyó esa tesis. Y, tras un decreto que tenía por objeto “las contravenciones a las prescripciones del artículo 13, párrafo 2, de la ley del 1º de julio de 1901”, el prefecto de los Vosgos tomó una decisión de disolución. Los Hermanos tuvieron que abandonar Darney, el 29 de junio de 1902 [1].

Perdieron también otras seis escuelas más: Lucenay-l'Évêque, Alençon, Brives-Charensac, Caudiès, Dormans y Socx [2].

* * *

El hacha, alzada sobre sus cabezas, habría de abatirse un día u otro. “Es necesario —se leía, el 20 de julio de 1901, en el periódico *Le Radical*— que la República se deshaga de los Hermanos de las Escuelas Cristianas: ahí está el peligro esencial; todas las otras reformas están subordinadas a esa. De todas las congregaciones no hay ninguna más peligrosa... Tienen la habilidad de transformar a sus antiguos alumnos en una milicia negra que extiende sobre el país una amplia red de espionaje y de reacción... Es una de las más vigorosas potencias del mal, de la mentira y de la ignorancia” [3].

Ese clamor furioso se propagaba por toda Francia. Los adversarios del Instituto trataban de suscitar escándalos. En Brest, debido a la queja del padre de un alumno despedido, el Hermano Duvian-Joseph fue llevado ante el tribunal criminal. Los socialistas se manifestaban ante la casa de la comunidad. No obstante, el comisario de policía decía al juez de instrucción: “Según los informes recogidos sobre el acusado, resulta que su conducta no ha dado nunca lugar a observaciones desfavorables. Nada puede hacer sospechar que no desempeñase su función con celo y dignidad”. El 6 de abril de 1903, el jurado emitía un veredicto negativo. El Hermano Duvian era absuelto [4].

Las potencias de las tinieblas continuaban en plena acción. Combes y los que lo apoyaban no cesaban de inventar algún medio legal para reforzar el cerco capaz de aniquilar la enseñanza libre. Desconcertado, desanimado, el mismo Waldeck-Rousseau protestaba, en la tribuna del Senado, contra la mezquina y brutal política de su sucesor [5].

1 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de la escuela de Darney.

2 Circular del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, 29 de junio de 1905.

3 LECANUET, *op. cit.*, t. III, p. 286.

4 Archivos del distrito de Quimper.

5 HANNOTAUX, *op. cit.*, pp. 647 a 650; LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 461 a 470.

Duros momentos para las almas creyentes. Es la época en la que llevan luto por León XIII. El gran Papa muere el 20 de julio de 1903; el Instituto de san Juan Bautista de La Salle pierde un muy atento y clarividente protector. “La predilección de su corazón para con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Soberano Pontífice nos la ha manifestado en diversas ocasiones, escribe el Hermano Gabriel-Marie en su circular inmediatamente después del fallecimiento; durante nuestros viajes a Roma, nos deparaba una acogida afectuosa; nuestras demandas obtenían respuestas de conmovedora deferencia; la marcha y los progresos de nuestra Sociedad le interesaban constantemente” [1].

Algunos meses después de esta pena, otro golpe afecta al Superior de un modo no menos vivo. El Hermano Exupérien es víctima de un accidente, el 13 de octubre: un auto lo derriba, y las ruedas le pasan sobre las piernas. Sin que sea necesario hablar de amputación, las heridas no dejan de ser preocupantes. Se ha producido gangrena. Y el choque de todo el organismo se resiente mediante problemas cerebrales. Mientras esto sucede, el Hermano Alban-Joseph cae gravemente enfermo. Da su vida a cambio de la de su maestro y amigo. Fallece, el 2 de diciembre, mientras que poco a poco el Hermano Exupérien camina hacia una completa curación [2]. Pero será para participar en las más crueles inmolaciones.

En un discurso pronunciado el 10 de octubre en Clermont-Ferrand, Combes había anunciado la supresión, en breve plazo, de la enseñanza de los religiosos en todos los niveles. El 18 de diciembre, informó a la Cámara de su proyecto de ley.

Por más persistentes que fuesen ciertas ilusiones, los jefes del Instituto no cerraban los ojos ante el peligro. Dos veces en 1903, el Régimen convocó a los Hermanos Visitadores para el examen de todas las eventualidades. El Hermano Gabriel-Marie había declarado el año precedente: es importante “salvaguardar nuestro ministerio de religiosos educadores, aceptando, con esa finalidad, las condiciones más duras, las privaciones de todo tipo, incluso la expatriación” [3]. En la reunión de abril, se abordó, ese problema del apostolado lejano, medio de salvación para las vocaciones; al mismo tiempo se pensaba en preparar, de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, la organización de “cursos normales” para los maestros cristianos llamados, llegado el caso, a remplazar a los Hermanos.

El 27 de noviembre, hubo que enfrentar las dificultades de ejecución. ¿Cómo incorporar los 11.000 Lasalianos de Francia a los 4.000 de otras regiones? Bajo esa forma, la cuestión resultaba insoluble. El Superior General sugirió establecer entre los distritos franceses un reparto proporcional de los puestos disponibles en el extranjero, privilegiando las circunscripciones que sustentaban ya los países de misión o los establecimientos del otro lado del Atlántico [4].

1 Circular del 21 de julio de 1903.

2 *Vie*, pp. 264 a 267.

3 Circular del 2 de julio de 1902.

4 Resumen de dichas deliberaciones en la circular del 29 de junio de 1904.

El Hermano Aimarus había acudido anteriormente a Guernesey para inspeccionar los trabajos de instalación de un noviciado y escolasticado [1]. El Hermano Réticius ordenaba a los directores de Besançon-Saint-Claude notificar del próximo despido de sus sujetos en formación: no obstante, añadía, se podrá enviar a Canadá a los escolásticos y a los novicios que se considere dignos de una elección tan honrosa, a condición de que sus padres presten su apoyo [2]. Se realizó la partida de un primer grupo: comprendía 34 Hermanos, 20 de los cuales no habían emitido aún los votos [3].

El Visitador de Rodez procedió al despido, entre el 18 y el 27 de enero de 1904. Adolescentes y jóvenes que deseaban perseverar expatriándose debían conseguir ellos mismos la autorización escrita de su familia. Algunos serán orientados hacia el Oriente mediterráneo; otros continuarán sus estudios religiosos y profesionales en Bettange, en el gran ducado del Luxemburgo [4].

El 15 de diciembre de 1903, el Hermano Gabriel-Marie prescribía a sus subordinados “residentes en Francia o en las dependencias” de la metrópolis, oraciones, ayunos y comuniones, “con el fin de prevenir el cierre de las escuelas cristianas y la dispersión” de sus maestros, o “para obtener las gracias necesarias en los días de prueba”. Los Lasalianos del mundo entero eran invitados a unirse fraternalmente a esas súplicas.

* * *

La “exposición de los motivos” del proyecto de ley relativo a la supresión total de la enseñanza de los religiosos acumulaba a saciedad el cinismo, la mentira y el sofisma.

Combes comenzaba por vanagloriarse de haber cerrado 8.200 establecimientos escolares. “Pero ahí, continuaba, no se detendrá la tarea del gobierno. La opinión pública no se explicaría cómo otros establecimientos, de utilidad igualmente dudosa, continúan abiertos, bajo el beneficio de una autorización con una antigüedad de cincuenta o de ochenta años”.

Se atrevía a defender que “todas las encuestas habían demostrado la mediocridad” de la enseñanza impartida por los Hermanos. “Desde el punto de vista de los

1 Noticia necrológica del Hermano Asistente Aimarus, 1906.

2 Archivos del distrito de Besançon, *Histórico* de la casa de Besançon Saint-Claude.

3 Sobre los 313 Hermanos que el distrito contaba al 31 de diciembre de 1903, 142 (76 de ellos profesos) se expatriaron; sus partidas se escalonaron desde 1904 a 1906. El 16 de septiembre de 1905, dos novicios menores se embarcaban, con 12 Hermanos: uno de los dos, Maurice Lecomme, nacido el 22 de septiembre de 1891 en Reclesne (Saône-et-Loire), llegó a ser en Canadá, el Hermano Malon-Raphaël y, después de una larga estancia en el nuevo mundo, regresó a Francia, donde ejerce actualmente las funciones de Visitador del distrito de Besançon. (Archivos del distrito de Besançon).

4 Un buen número de padres se opusieron a las generosas resoluciones de sus hijos. 26 escolásticos sobre 43, 9 novicios sobre 38 regresaron provistos de la autorización exigida. Un poco más tarde, volvieron 10 novicios menores, 6 partieron hacia Biella, en Italia, 4 para Clemont-Ferrand, de donde fueron trasladados a Lembecq-lez-Hal. (Archivos del distrito de Rodez).

inconvenientes, incluso de los peligros” que resultaban de la manera de pensar y de las opiniones tendenciosas de los profesores, “no había que establecer diferencia entre las congregaciones autorizadas y las que no lo son”

Puesto que los discípulos de Juan Bautista de La Salle se encuentran esencialmente cuestionados, el panfleto oficial traza un esbozo de su historia en el siglo XIX: al principio sencillamente “tolerados” en los tiempos napoleónicos, no tardaron en liberarse de las “precauciones” tomadas con relación a ellos; se convirtieron en “asociados”, luego “privilegiados”. En 1819 “la ciudad de París se ve forzada a concederles una propiedad” para transferir su sede social. Bajo la Monarquía de Julio se introducen en la enseñanza pública en calidad de “verdaderos maestros municipales”. Se desarrollan simultáneamente en el territorio nacional y en el plano religioso: Roma los colma de alientos y de alabanzas, “hasta la apoteosis de 1888” que, al elevar a su fundador al rango de los Beatos, coloca su obra ¡¡“por encima de la crítica humana”!!

Excluidos de las escuelas municipales por las leyes republicanas, “se trasladan “al lado” o incluso conservan su antiguo local. Y ahí se presenta la “competencia” dispuesta a intervenir. De esa competencia, el ministro habla con desdén y con resentimiento a la vez. Sus secretas intenciones se descubren: enfrentar a unos rivales demasiado felices, demasiado apreciados, demasiado rodeados de afectuosa veneración.

Al oírlo, “parecería poca cosa, en sí”, la existencia de la escuela “privada” frente a la escuela laica, “si no tuviese como resultado el convertir a menudo en ilusorio” el éxito de las laicizaciones y, sobre todo, “introducir en los municipios causas de división, focos de agitación política”.

“El único medio” de acabar con ello, para que “la laicización de la enseñanza llegue a ser una realidad”, cese de ser “una fuente de gastos inútiles”, Combes lo indica sin perifrasis: ¡es necesario “retirar todas las autorizaciones” de las que se benefician los religiosos y de las cuales ninguna tiene razón de ser! [1]

Palabras de perseguidor decidido a no dejarse desviar nunca de su meta, a pasar por encima de todos los razonamientos, todas las protestas, todas las quejas. Los cardenales de Francia escribirán en vano al presidente de la República. Particularmente conmovedora y noble, no obstante, será la carta del cardenal Coullié:

“Para mí, que he tenido el honor de suceder, en Orleáns, al gran obispo que fue uno de los intrépidos defensores de la libertad de enseñanza, Mons. Dupanloup, yo debo a esa ilustre memoria el no dejar cometer el atentado que se prepara sin lanzar, en nombre de la Iglesia, el grito de dolor. Lo debo también a la memoria de uno de mis predecesores en la sede episcopal de Lyon, el cardenal Fesch. Gracias a él, y a su influencia sobre el Primer Cónsul, secundado por los juiciosos informes de Portalis, se restableció el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas... La ciudad de Lyon conserva ese recuerdo con honor. ¿Cómo podría yo asistir sin emoción a la

1 Documentos parlamentarios, anexo nº 1382, sesión de la Cámara del 18 de diciembre de 1903. — DUVERGIER, t. CIV, pp. 207 y 208. — Cf. LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 549-550.

ruina de la obra... cuyo admirable desarrollo ha valido a los niños de la clase popular un siglo de beneficios?” [1].

El arzobispo y el político no hablaban la misma lengua. En cambio, el filósofo y pedagogo Ferdinand Buisson, encargado —como miembro de la Cámara de los diputados— de exponer a sus colegas el sentido del proyecto de ley, mostró, en su voluminoso informe, que sabía hacer justicia al celo y a la abnegación. Homenaje, por lo demás, platónico, como antaño el que los legisladores de 1792 dirigieron a las “corporaciones” docentes, coronadas de flores antes de ser inmoladas [2]. Buisson retomaba la tradición de los “ancestros” revolucionarios: con mano aparentemente respetuosa, apartaba las “supervivencias” del pasado; pretendía seguir siendo un historiador equitativo, mientras colaboraba al implacable trabajo de destrucción.

El fondo de su lógica no se diferenciaba de la sofística de un Rabier o de un Combes. El objetivo de la ley, decía, es “establecer una incompatibilidad entre la institución monástica y la institución escolar”. Un Estado laico no puede continuar dando investidura a unas congregaciones que abdican de toda personalidad humana. Y es su deber arrancar a los niños de unas presiones que perjudican su desarrollo normal.

“¿Quién será capaz de creer que la congregación no hará todo lo posible por modelar esas almas jóvenes a su imagen?... Los alumnos de tales maestros entrarán en la sociedad del siglo XX con las ideas del siglo XIII...”

Una vez planteadas estas premisas, el relator se consideraba satisfecho por poder poner algunos granos de incienso sobre los carbones ardientes: “Los Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron, durante tres cuartos de siglo, no solamente asociados sino incorporados a la Universidad; han tomado algo de su espíritu, que no carece de parentesco con el del hombre admirable que fue su fundador. Han seguido nuestros programas, incluso a veces los han superado...”

Y Ferdinand Buisson sugiere —de buena fe, sin duda— un programa de futuro para esa Sociedad Lasaliana, que no se priva de considerar muy elevado: “Semejante sociedad no puede pensar en perpetuarse a pesar de la ley... Tan pronto el nuevo régimen entre en vigor”, el Instituto, [según parece], tomará las decisiones que se imponen. “Como conservará muchos establecimientos escolares en el extranjero, los Hermanos que pretendan seguir vinculados a la congregación se dirigirán hacia esos lugares. Los demás, permanecerán en Francia..., se someterán lealmente a la necesidad de los tiempos: una vez liberados de sus votos... abrazarán la vida laica, sin reservas”.

Los Hermanos no necesitan esos consejos aventurados. Pero anotan la preocupación que inspira al adversario inteligente: no dejar perder unas actividades preciosas. Sobre ese particular, el informe del 11 de febrero de 1904 presenta un carácter original, y guarda un interés más que documental.

1 Diario *L'Éducation chrétienne*, número del 13 de febrero de 1904.

2 Ver *Histoire générale*, t. III, p. 209.

Sobre las consideraciones de carácter general en las que se compromete el autor, el temor de faltar a la caridad impide tacharlas de hipocresía. En ellas, al menos, se reconocerán todos los prejuicios del individualismo proveniente de Calvino. “Sin entrar en la idea católica —afirma Buisson— habrá que despojarla de una armadura que se ha fabricado a expensas de la libertad humana... Esa ley no quita ni a la Iglesia el derecho de enseñar la religión como ella pretenda, ni a los católicos el de enseñar todo lo que quieran en el espíritu que deseen”. Ella les obliga únicamente a situarse en las mismas condiciones que todos los demás ciudadanos, sin gozar en adelante del privilegio de “poner en movimiento el antiguo aparato, jerárquico y autoritario, de las congregaciones docentes” [1].

Difícilmente se hubiera uno imaginado argumentos más falaces para sostener una causa tan injusta.

* * *

El 3 de marzo, Paul Lerolle, alzado sobre la tribuna del Palais-Bourbon, se giraba hacia Ferdinand Buisson, y se dirigía al eminente colega en estos términos corteses y categóricos a la vez: “Hoy, los delicados instintos de su conciencia ponen, ante el mal que usted va a hacer, un velo espeso de ilusiones: de modo que usted puede caminar, como en un sueño de justicia, hacia una obra de real iniquidad, de real avasallamiento”.

El antiguo alumno de la casa de los Franks-Bourgeois, que un año antes, pronunciaba ya en el recinto parlamentario una magnífica apología de las Órdenes religiosas, expuso —a lo largo de dos sesiones— cuales eran las tareas de los Hermanos. Apóstol del cristianismo social, ilustró con viva luz la fisonomía de esos educadores, “la mayor parte de ellos nacidos del pueblo”, y que continúan en contacto con el pueblo. “Legiones de hombres les deben la dignidad y el éxito de su vida. Si la democracia de ustedes no es la nivelación de todo lo que es grande sino, por el contrario, la ascensión de todos los ciudadanos por la elevación, a la más alta potencia, de las cualidades del corazón y del espíritu”, nadie “ha servido mejor a la democracia francesa” que los discípulos de san Juan Bautista de La Salle [2].

Al día siguiente, Buisson se complació en responder al católico Lerolle con un verdadero panegírico del Fundador del Instituto. Resumiendo la existencia del sacerdote al que había llamado “el hombre admirable”: “¡Existen, exclamó, páginas que, aunque no figuren en nuestros libros de historia oficiales, no por ello son menos merecedoras de ser conocidas por todos los Franceses!”. El voluntario

1 Documentos parlamentarios, anexo nº 1.509, sesión del 11 de febrero de 1904. — Cf. LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 550-551.

2 Debates parlamentarios, sesiones de la Cámara de los días 2 y 3 de marzo de 1904. — Cf. Paul BLANCHEMAIN, biógrafo de Paul Lerolle, p. 262. — En la reunión de la sala Wagram presidida por Blanchemain, Lerolle dio la fórmula del “voto” aclamado por los 3.000 asistentes: “Como alumnos de los admirables Hermanos, nos alzamos y ante este pueblo de París, tan apasionado por la justicia y la libertad, ante Francia entera, queremos poner toda nuestra alma en estas palabras: Maestros de nuestra infancia, les saludamos; pueblo de París y de Francia: ¡consérvenlos! (*op. cit.*, pp. 313-314). — Durante el primer Congreso de la Federación de las Uniones regionales de las Asociaciones de la enseñanza libre, en Lyon, en septiembre de 1904, Lerolle se convirtió en uno de los consejeros del Comité Central. (*Ibid.*, pp. 314-315).

desprendimiento de ese rico, sus “cuarenta años de dedicación obstinada, inagotable”, la paciente elaboración de “la obra oscura de la cual, casi él solo, adivinaba la importancia”, he ahí las maravillas de leyenda dorada que el autor del *Diccionario de Pedagogía*, convertido en exacto y entusiasta hagiógrafo, enseñaba a la mayoría partidaria de Combes.

Espectáculo curioso, casi edificante; pero que no cambiaba nada a la psicología de esa multitud politizada. Los oradores de la oposición, Lasies, Charles Benoist, Denus Cochin, Raiberti, e incluso Ribot, cuyo liberalismo se despertaba y se sublevaba en ese momento crítico, unos tras otros procedían a demostrar la maldad del proyecto, a apelar al testimonio de las otras naciones, a conjurar a la Asamblea “a no atascarse en miserables querellas”; era un torneo de elocuencia, alivio de las conciencias, alabanza de las víctimas, acusaciones contra la tiranía. El desenlace estaba previsto. El 7 de marzo, por 307 votos contra 243, la Cámara de los diputados decidía la clausura de la discusión general.

* * *

A partir del 8 y durante trece sesiones, se procedió al examen de los artículos. Los debates relativos a la enseñanza profesional [1] —que la comisión, de acuerdo con el ministro, pretendía suprimir, al igual que todas las demás ramas de la enseñanza— permitieron a Lasie, a Ferri de Ludre, a Plichon, a Prache, testimoniar el valor de las realizaciones lasalianas en Saint-Nicolas, en el Likes de Quimper, en Saint-Étienne, en Vaujours, en el Instituto Agrícola de Beauvais... Gailhard-Bancel argumentó a favor de los internados religiosos, únicos capaces, a su parecer, de unir la instrucción de la mente y la formación del carácter.

Sobre una enmienda de Joseph Caillaux, el plazo de supresión de las Congregaciones autorizadas fue llevado de cinco a diez años. ¡Poco importa! Declaró Combes, con tal de que yo sea libre de cerrar las escuelas en cuanto lo considere oportuno [2]. —Sin embargo, esa prolongación tuvo unas consecuencias que no se podían prever en 1904 [3]...—

Se concedió, no sin motivo, mucha atención a los grandes debates, que suscitaron hombres de Estado de visión amplia y patriótica, preocupados por mantener las posiciones de Francia en el mundo. El Hermano Secretario General Justinus se había encargado de informar a los funcionarios de las altas instancias, a los parlamentarios influyentes, sobre las misiones del Instituto en Oriente Próximo, en las colonias, y sobre las obras educativas en América.

Étienne Flandin abrió la discusión el 18 de marzo. Luego, el 21, Georges Laygues intervino, con toda la autoridad de un antiguo ministro y de un especialista de la política extranjera. Reclamó el mantenimiento de los noviciados destinados a formar

1 Abiertos con una intervención del Padre Lemire. Debates parlamentarios, sesión del 14 de marzo de 1904.

2 DUVERGIER, t. CIV, p. 209.

3 Al principio de la guerra de 1914, el ministro J.-L. Malvy suspendió —en razón de “La Unión Sagrada”— los cierres definitivos. Ese “provisional” sigue en vigor.

el personal de las escuelas misioneras. “Los informes de nuestros agentes diplomáticos, de los viajeros, de los miembros de nuestras Cámaras de Comercio —dijo en substancia— nos comunican que si ustedes cierran los establecimientos escolares religiosos, y en particular los de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, Francia perderá todo lo que le resta de potencia moral y de prestigio en Egipto”

Después de lo cual, François Deloncle, un radical, lo menos sospechoso posible de clericalismo, se expresó enérgicamente: “No quiero que en Madagascar los misioneros protestantes, ingleses, noruegos, puedan catequizar, enseñar su Biblia —es decir su lenguaje— a los Hovas y a los Sakalaves, cuando se haya hecho desaparecer a los Hermanos, a los cuales no se les puede reprochar ni la más pequeña falta de patriotismo, la menor tibieza al servicio de la nación en la gran isla africana”. Sin dudar en cuestionar al ministro de Asuntos Exteriores, Delcassé, lo mostraba poco dispuesto en seguir al presidente del Consejo en la senda del sectarismo indiferente a los intereses primordiales del país. Si estuviese aquí y le preguntásemos: “¿Acepta usted la supresión de las escuelas del Cairo y de Alejandría?” nos respondería: “Estoy negociando con una gran potencia [Inglaterra]; no necesito entregarle gratuitamente uno de los últimos factores de nuestra influencia a orillas del Nilo”.

En efecto, como Delcassé se negaba a sostener la tesis del gobierno, Combes, había movilizado a su ministro de las Colonias Gaston Doumergue, un hugonote meridional al cual la experiencia aún no le había enseñado lo suficiente. También Ferdinand Buisson había combatido duramente la posición de Georges Leygues: “Ella equivale, exclamó, a la negación misma del principio de la ley... Para que haya noviciados, es necesario que existan congregaciones; ¿qué sería un noviciado sin congregación? Su ustedes mantienen los noviciados, eso quiere decir que quieren mantener las congregaciones... ¡Ustedes, un estado republicano, ustedes van a realizar un contrato completamente nuevo con el Instituto de los Hermanos, concederle un certificado de perennidad, hacer mucho más difícil, quizás imposible, la secularización sincera de sus miembros!”

Pero en ese momento, el patriotismo resultó victorioso sobre la lógica. Por once votos de la mayoría, la Cámara se unió a la bandera defendida por valientes jefes. Se escribió en la ley que se haría una excepción en la supresión de los noviciados donde se reclutasen los profesores de las escuelas francesas “en el extranjero, en las colonias y en los países de protectorado”.

Para calmar los espíritus recelosos, se añadió esta frase: “El número de noviciados y el número de novicios serán limitados a las necesidades de los establecimientos educativos anteriormente mencionados”. Semejante concesión no fue suficiente para los sectarios. Charles Dumont presentó una nueva enmienda, que pudiera restringir, incluso destruir, el alcance de la enmienda Leygues. La redactaba en una línea: “Los noviciados no podrán recibir alumnos que tengan menos de veintiún años”. —“He elegido esa edad, dijo el ponente, porque es la de la mayoría política y porque considero el acto que consiste en entrar en una Congregación y alienar una parte esencial de su personalidad como uno de los más graves que un hombre pueda realizar, más grave aún que el testamento”. Y Dumont reclamó a sus colegas que votasen su texto “¡en nombre de la libertad del niño, en nombre de la conciencia y del derecho individual!”

Esas grandilocuentes palabras produjeron el efecto deseado. Arrepintiéndose, por así decir, de su acceso de independencia, deseosos de volver a conformar el “bloque” en torno al ministerio, muchos de los hombres de izquierda y de centro izquierda se retractaron: 313 votos contra 239 se pronunciaron en el sentido de Charles Dumont.

Como hacía notar, en la sesión del 22 de marzo, el diputado de derecha Massabuau, “después de veintiún años, es muy tarde para adaptar una inteligencia a una misión especial”. La enmienda Leygues no podía conservar más que un valor teórico; serviría de piedra de espera para las restauraciones que desearía una Francia horrorizada por la inmensidad de las ruinas.

En todo caso, en principio la ley no es aplicable más que en el territorio metropolitano. Para extenderlo a las colonias y a los países de protectorado, serán necesarios nuevos textos sobre los cuales el gobierno se reservó la iniciativa [1].

Quedaba por determinar el procedimiento de la liquidación de los bienes. Un incidente significativo tuvo lugar el 24 de marzo. El Sr. de Ramel solicitó que dicha liquidación se realizara únicamente “después del cierre del último establecimiento de la congregación”. Combes exigió la adición al sustantivo “establecimiento”, del calificativo “escolar”: “La Cámara, hizo observar, aclarará de esa forma cual ha sido el sentido al permitir a la congregación de los Hermanos, suprimida en Francia como congregación docente, el conservar noviciados con miras a proseguir su misión en el extranjero... La enmienda del Sr. Ramel tendría como consecuencia hacer imposible la tarea de los liquidadores, puesto que algunos establecimientos están llamados a persistir... Rechazar el término “escolar”, sería dar a entender que el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se encuentra, en efecto y en derecho, suprimido por el artículo 1º.

Se trataba, en total, de una empresa de expoliación. Paul Beauregard, diputado de París, subrayó lo odioso que eso era, el 28 de marzo: “Van ustedes a ampararse de bienes que han sido dados para asegurar la enseñanza de un cierto tipo; y pretenden emplear esos bienes en provecho de una enseñanza contraria al que pretendía el donante... A unos hombres que, desde hace cien años, instruyen al pueblo, ustedes le quitan una herramienta construida gracias a su trabajo”.

La Asamblea escuchaba con indiferencia esa protesta. El mismo día aceptaba el conjunto de la ley, por 316 votos contra 269.

* * *

El senado se contentó casi con registrar las decisiones de la otra Cámara. En el momento del escrutinio final, uno de los opositores, el conde de Goulaine, pudo resumir así sus impresiones: “Esta ley, destinada a combatir las creencias y las conciencias, no es el resultado de una discusión... Nadie, fuera del gobierno y del

1 Debates parlamentarios, sesiones del 14 y del 28 de marzo. — Un decreto del 18 de septiembre de 1904 hará ejecutoria la ley en Argelia.

relator [1], ha acudido a defenderla. Se elaboró en el silencio, en el mutismo de sus partidarios [2].

Aún así, ocupó 10 sesiones en el Palacio del Luxembourg, entre el 23 de junio y el 5 de julio. Los defensores de la libertad se sucedieron en la tribuna.

El conde Emmanuel de Las Cases demostró, por medio de ejemplos recientes, con cuantas dificultades los religiosos secularizados recuperarían el derecho a enseñar, el derecho de vivir: “Se reeditan con ellos, explicó, los juicios sobre intenciones. Son invitados a probar que han cambiado de forma de pensar, de métodos, de doctrina..., que no han escrito cartas, que no han saludado a un antiguo cohermano”.

El orador no omitió el rendir homenaje a los Hermanos. Añadió: “Me hubiera gustado volver a presentar la figura tan original y tan atrayente del Padre de La Salle; pero ese retrato ya ha sido pintado, con mano maestra, por el Sr. Buisson” [3].

El Sr. de Lamarzelle, también él, al referirse a los discursos del relator de la Cámara, recordó que el Instituto Lasaliano, habilitado para conservar noviciados misioneros, recibía una condena a muerte acompañada de un privilegio de supervivencia. “El Sr. Buisson lo ha dicho: “No se liquidan, a causa de fallecimiento, los bienes de una persona que se reconoce que está viva tratando de nuevo con ella” [4].

“Sí, confirmó el senador Saint-Germain, hablando en nombre de la comisión competente; los noviciados existirán en virtud de una ley; los hemos mantenido a pesar de todo” [5].

¿Pero como se asegurarán sus gastos de mantenimiento? René Bérenger sugiere que se reserve para tal efecto, sobre el patrimonio confiscado, una masa suficiente de capitales y de propiedades. El ministro de la Instrucción Pública se limita a replicar que la cuestión será objeto de un reglamento de administración pública. Y la enmienda Bérenger fue rechazada [6].

El mismo artículo provoca una intervención de Vidal de Saint-Urbain. Este parlamentario pide sensatamente que se rebaje a dieciocho años la edad de admisión de los novicios. El ministro presente responde que se juzgará, una vez hecha la experiencia, si el límite de veintiún años “pone trabas al reclutamiento”. En

1 El senador Saint-Germain, que declaró que la Comisión había escuchado a los Hermanos Exupérien y Justinus.

2 Debates parlamentarios, sesión del 5 de julio. — Cf. LECANUET, *op. cit.*, t. III, pp. 564 a 566.

3 Debates parlamentarios, sesiones del Senado, 23 y 24 de junio de 1904.

4 Sesión del 28 de junio.

5 Sesión del 1º de julio.

6 Sesión del 4 de julio. — El senado Bérenger pretendía proveer de recursos no solamente a los noviciados sino a los establecimientos a los que proveyesen de profesores. Temía que las subvenciones a las escuelas de Oriente fuesen totalmente suprimidas.

caso afirmativo, el gobierno lo advertía, sin tomar posición. La explicación satisface a la mayoría senatorial, que mantiene en todos los términos la tan pérvida enmienda de Charles Dumont.

Nuevamente interviene Bérenger, en la sesión del 5 de julio, para tratar de garantizar a los religiosos de la congregación dispersados una situación material menos precaria. Antes que él, su colega Tillaye había reclamado, sin éxito alguno, el reparto del capital social entre los miembros de la congregación disuelta. Bérenger desea simplemente que el tesoro público consienta adelantos de créditos, con el fin de que los ancianos y los inválidos no esperen indefinidamente sus pensiones alimenticias. Tampoco obtiene ese gesto de humanidad.

“El gobierno usando el poder para aplastar al débil, es la persecución; en este caso es la persecución de Julián el Apóstata”. Este justo veredicto provenía de boca del Sr. Vallon. El “padre de la Constitución de 1875”, decano de la Cámara Alta, había querido, a pesar de sus noventa y dos años, dar públicamente testimonio a favor de los ciudadanos privados de una libertad esencial. La fatiga le impidió terminar su discurso, cuyas últimas páginas Bérenger se encargó de leer [1]. Otro representante de las antiguas generaciones parlamentarias, el Sr. de Marcère, había acudido a recordar que “sociedad francesa” y “civilización cristiana” se situaban en un mismo plano [2]. Todas las tradiciones, todo el honor y todos los intereses, condenaban la política de Émile Combes.

* * *

Votada, el 5 de julio, por 166 senadores, contra 105, la ley era promulgada dos días después. “La enseñanza de todo tipo y de toda naturaleza quedaba prohibida, en Francia, a las congregaciones”. Éstas debían en principio abstenerse de cualquier reclutamiento y desaparecer por extinción. Los liquidadores procederían a la venta en justicia de los bienes no recuperados o reivindicados en tiempo útil [3] por los donantes o sus derechohabientes, “salvo excepción para los inmuebles destinados al retiro de los miembros ancianos o inválidos” [4]. “Toda acción en razón de las donaciones o legados hechos a los municipios y a las entidades públicas con la finalidad de establecer escuelas o salas de asilo dirigidas por congregaciones sería declarada no admisible si no era promovida en el plazo de dos años” a partir del cierre legal de los locales donde se ejercía la actividad de esos religiosos [5].

El artículo 6 y último abrogaba todas las disposiciones contrarias a los nuevos textos “y principalmente el artículo 109 del decreto del 17 de marzo de 1808”.

1 Debates parlamentarios, sesión del 1º de julio.

2 Debates parlamentarios, sesión del 24 de junio.

3 El plazo, bajo pena de prescripción, quedaba fijado en seis meses a partir del día del cierre oficial del establecimiento. (Art. 5, § 5).

4 La ley no hablaba de aquellos que vivían durante la proclamación del 7 de julio. (Art. 5, § 6).

5 Art. 5, § 7.

El periodo de historia abierto, por el Instituto Lasaliano, bajo el reino de Napoleón I, se cerraba en este cuarto año del siglo XX.

El 9 de julio, hacia las 11 de la mañana, uno de los Hermanos de la calle Oudinot entraba junto al Superior General. Lo encontró leyendo el *Diario oficial de la República Francesa*. El dolor se dibuja sobre el rostro el Hermano Gabriel-Marie. Sus lágrimas caen, exhala un gemido: “¡Hágase la santísima voluntad de Dios!” pronuncian los labios un tanto temblorosos. Luego, el jefe de la Congregación muestra a su interlocutor las decisiones ya tomadas en ejecución de la reciente ley y que se refieren a las escuelas cristianas de Reims: “¡No se salva ninguna! Y el pensionado es cerrado. ¡Parece que hayan querido herirnos enseguida en el corazón, dirigiendo el golpe sobre la ciudad del Fundador!” [1].

Las ruinas van a acumularse con una rapidez fulminante. La Casa Madre no podrá sobrevivir por mucho tiempo: el proceso, duraba ya un cuarto de siglo entre la ciudad de París y el Instituto [2], finalizará necesariamente en perjuicio de los Hermanos, puesto que en adelante la República les niega la existencia legal. El 6 de diciembre de 1899, la Corte de Apelación de París había emitido una decisión favorable a las pretensiones del Consejo Municipal de París. Esa decisión fue objeto de un recurso en casación —y anulado efectivamente el 7 de junio de 1901— y por ende el asunto fue reenviado ante los magistrados de Ruán. Éstos se encontraron frente a la nueva situación creada por la ley del 7 de julio de 1904; en consecuencia el 22 de junio de 1905, decidieron que la congregación, al dejar de estar reconocida, debía entregar la propiedad a la ciudad en un plazo de cuatro meses [3].

Las decisiones ministeriales de los días 9, 10, 12, 13 y 15 de julio de 1904 afectaron a 801 establecimientos lasalianos franceses, más o menos las tres quintas partes del número total. El desastre era tan terrible que, en las primeras horas, quedaron horrorizados. ¿Qué resoluciones tomar? ¿Qué consejos proponer? ¿Hacia qué destinos conducir a tantos religiosos de repente arrancados a sus trabajos? ¿Qué prever para el futuro de las escuelas provisionalmente salvadas? ¿Cómo organizar las salidas en masa por los países de ultramar? [4]

Una vez las defensas destrozadas por una ofensiva sin precedente, existía riesgo de desbandadas, de abandonos, de capitulaciones. Se impuso un esfuerzo de restablecimiento. Con la ayuda de Dios se logró. Magníficamente en algunas regiones; en otras de modo incompleto. Se volvieron a instalar comunidades, casas de formación, pensionados del otro lado de las fronteras, en Bélgica, en Holanda, en Italia, en España, en las islas anglonormandas. Los superiores se encaminaron hacia el feudo de los Brabante de Lembecq-lez-Hal. Turquía, Egipto, las Indias, Canadá, Estados Unidos, América Latina recibieron contingentes desde Francia. Por su parte los Hermanos que se secularizaron para salvar las obras y las almas de la patria terrestre, los más valientes siguieron fieles a sus compromisos de conciencia,

1 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, pp. 102-103.

2 Ver anteriormente, pp. 197 a 200 y 223.

3 *Essai sur la Maison Mère*, pp. 235 y 247.

4 Noticia necrológica del Reverendísimo Hermano Gabriel-Marie, p. 103.

en medio de dificultades inauditas, sometidos a sospechas de los adversarios, a las persecuciones de la policía, a los interrogatorios de la magistratura, a menudo ¡lastimosamente! con la sensación de ser mal comprendido por sus correligionarios, de ser —al menos en apariencia y por motivos de extrema prudencias— ignorados, o tenidos a distancia, por sus jefes.

Pero nosotros no podríamos emprender aquí el relato de los éxodos, las resistencias, las perseverancias, toda aquella actividad en que, en diversas ocasiones, se llegó al heroísmo. Tenemos que decir sencillamente que la suma de los sacrificios meritorios y eficaces superó en gran número las defecciones. El Bien no fue vencido. La misma Francia fue, a pesar de los sectarios, admirablemente servida.

En la circular de Navidad del 1904, el Hermano Gabriel-Marie, extraía de los acontecimientos esta conclusión: “Los hombres han actuado, pero porque Dios lo ha permitido; nosotros debemos, como nuestro Santo Fundador, “adorar a Dios en todo lo que existe”.

Pensando en los nobles ejemplos dados por sus auxiliares del Régimen, por los Visitadores responsables de los distritos, por tantos profesos, por una juventud generosa, añadía: “Ustedes, Carísimos Hermanos, han reanimado su fe; y esperan con confianza que se haga realidad, para los miembros de nuestro Instituto, esta palabra consoladora: todas las cosas redundan en mayor bien de aquellos que aman a Dios”.

FIN

